
UC-NRLF
$B 313 923
Digitized by Google



EDICIONES POPULARES ILUSTRADAS

DE

MANINI HERMANOS, EDITORES.

LA MALDICION DE DIOS

SEGUNDA PARTE

DE DON JUAN TENORIO.

POR

D. M. FERNANDEZ Y GONZALEZ.

. . . *Ego sum Dominus Deus tuus fortis, zelotes, visitans iniquitatem patrum in filios, in tertiam et cuartam generationem eorum qui oderunt me.*

. . . Yo soy el Señor tu Dios fuerte, celoso, que visito la iniquidad de los padres sobre los hijos, hasta la tercera y cuarta generacion de aquellos que me aborrecen.

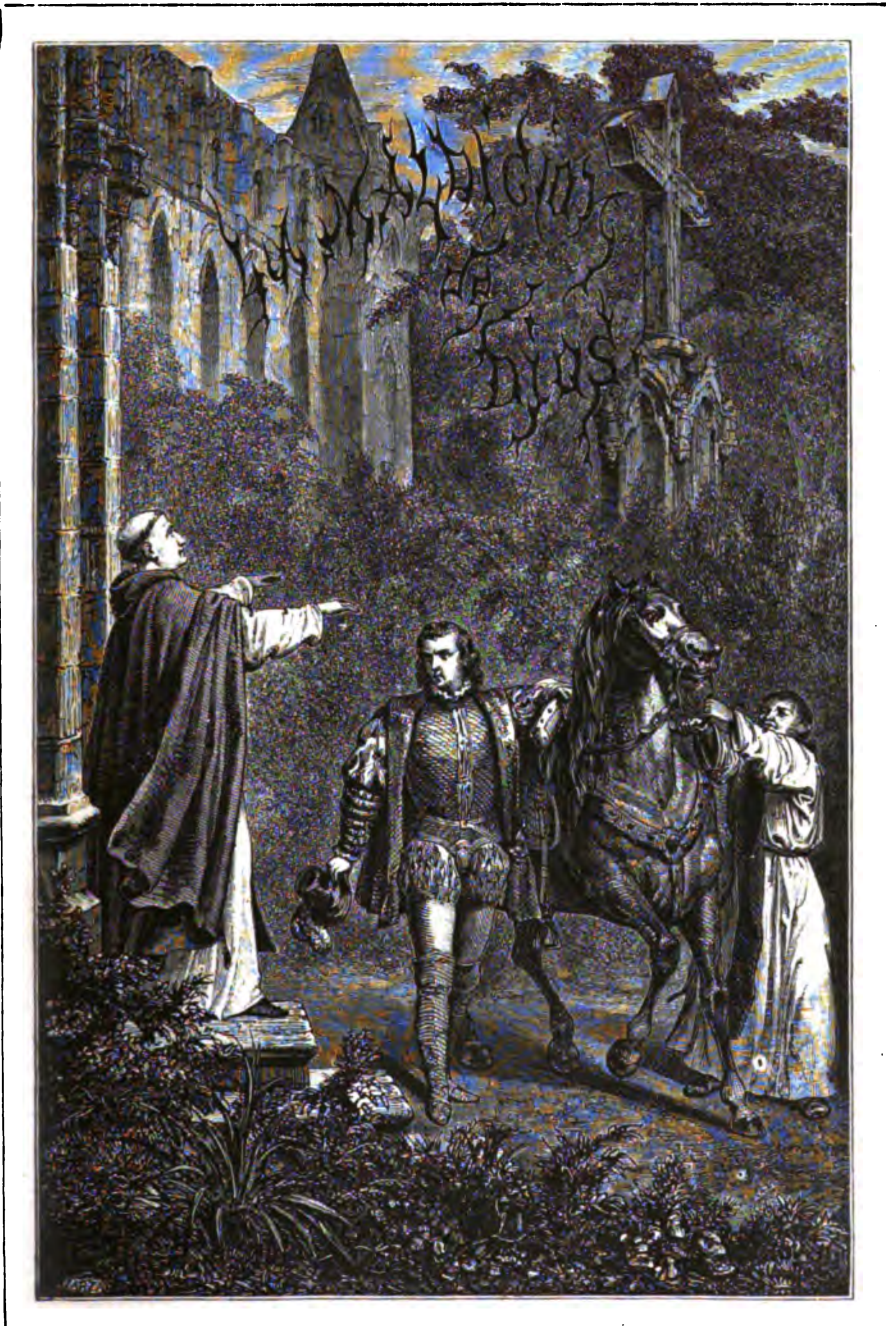
(Sag. Bib. Exodo, cap. XX, vers. 5.)

TOMO I.

MADRID: 1863

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MANINI HERMANOS

Ancha de San Bernardo, núm. 9



POR DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Á CAROLINA SANTONI

MARQUESA DE ZAMBECARI.

AMIGA MIA: La primera parte de esta novela la dediqué, once años há, á un grande actor, que era para mí un grande amigo; á Cárlos Latorre. Mucho tiempo despues he conocido á V., la he admirado y, con placer mio, he llegado á ser su amigo.

Si un trágico eminente honró con su nombre la primera página de mi novela, una actriz inimitable, un prodigio del arte, una musa, me permitirá que estampe su nombre al frente de esta segunda parte, dedicándosela.

Acepte V., amiga mia, este débil homenaje que la rinde por admiracion á su génio su amigo

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Madrid 2 de Noviembre de 1863.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

De cómo un novicio volvió la espalda al claustro.

I.

Era una tarde de primavera del año de 1530.

Una de esas tardes diáfanas, puras, frescas, en que el sol poniente inunda de una luz dulce, dorada, poética, las puntas de las montañas, mientras los valles parecen adormirse bajo un blanco y transparente vapor.

El convento de San Gerónimo de Yuste, reclinado en su vertiente, aparecia inundado por la luz, color de rosa, del postrer rayo de aquel sol de primavera.

El paisage era muy bello; las huertas mostraban el lujo de su fresca vegetacion, de las frondas de sus árboles frutales, floridos los unos, los otros mostrando ya sus frutos tempranos.

La fértil tierra de Estremadura se dejaba ver ostentando su lozanía.

II.

Á gran distancia del convento, entre los vallados de dos huertas, en un pequeño ensanchamiento, sentado sobre una piedra, al lado de una fuente, habia un monje que, á juzgar por su cabeza intonsa, era novicio.

Es decir, un hombre que podia despojarse de su hábito, volver la espalda al claustro y marchar de frente hácia el mundo, porque ninguna órden sagrada se lo impedia.

Este novicio de todo tenia menos de aspecto monástico.

Sus hábitos parecian un disfraz.

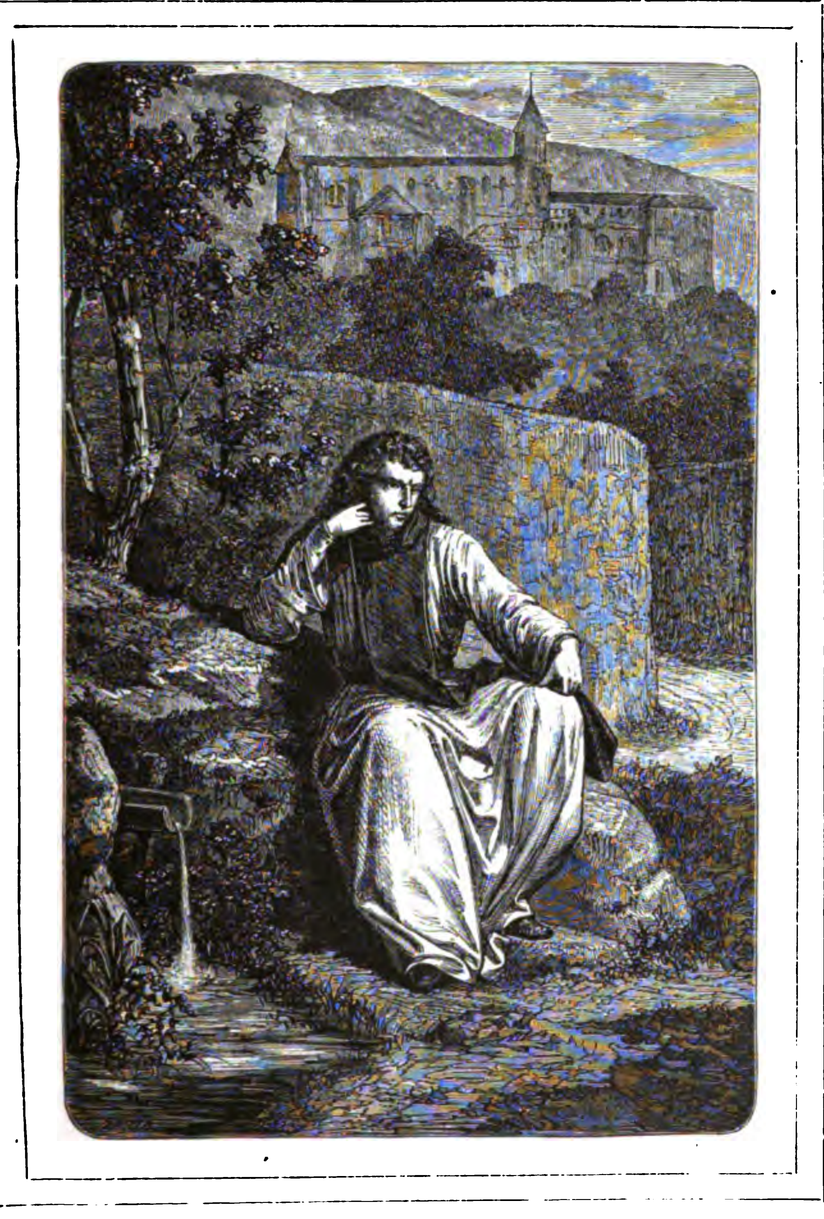
Se comprendia que aquel hombre no habia nacido para vestirlos.

Que su inteligencia y su actividad no podian contenerse en el estrecho recinto de una celda.

En una palabra, aquel novicio era don Juan Tenorio.

Ó como mejor queramos: el hermano Juan de la Penitencia.

Los terribles sucesos de su vida, la terrible impresion de aquel sueño espantoso, en que las víctimas que habia inmolado sin voluntad propia, arrastrado por la incontrastable fuerza de su destino, se le habian presentado ensangrentadas ó lívidas, ofreciéndole sus lágrimas y sus corazones en la copa y el plato del festin de los muertos, habian arrojado á don Juan al claustro, donde mas tarde habia de ir á sepultarse, arrojando á sus puertas su corona, el gran Cárlos V.



LA MALDICION DE DIOS.—LAMINA 1.ª—...Sentado sobre una piedra, al lado de una fuente, habia un monje que, á juzgar por su cabeza intonsa, era novicio.

III.

Pero como Cárlos V se arrepintió muy pronto de haber trocado el imperio por la soledad, por la humildad, por el alejamiento de todo, don Juan Tenorio, que era otra grandeza, no tardó en conocer que en el claustro no habia atmósfera para él; que le faltaba aire; que se ahogaba.

Le empujaba la inexorable mano de su destino.

Su jornada sobre el camino de la vida no habia aun terminado.

Su tumba estaba aun muy lejos de él.

Y para hombres como don Juan Tenorio, el claustro, la soledad, la regla, la obediencia pasiva, el coro á unas mismas horas, la monotonía de la vida contemplativa, son la horrible sepultura de un cadáver que siente.

Don Juan tenia lleno el corazon de una amargura infinita.

Todo lo que habia amado habia sucumbido.

Su memoria era un panteon donde yacian inolvidables recuerdos, candentes historias de amor, sangrientos sucesos á que le habia arrastrado su destino, y que habian dejado en su alma un sedimento horrible, si se nos permite la frase.

Don Juan habia luchado contra un imposible, contra el imposible de llenar las gigantescas aspiraciones de su alma.

Aquel imposible existia aun.

Don Juan, al entrar en el claustro, no habia podido apagar el fuego de su corazon, ni desvanecer los encantados sueños de su cabeza, y el imposible que le veia sin convertirse, dentro del claustro, se ponia frente á frente de don Juan, y le escitaba, y le embravecia, y le apartaba cada vez mas, del propósito que en

un momento de espanto se habia hecho, de reducirse á la soledad, á la penitencia, al olvido.

IV.

La situacion de su espíritu se reflejaba en el hermoso semblante de don Juan.

No era aquel el semblante de un cenobita apartado del mundo, desengañado por sus miserias, vuelto á Dios buscando en él solo la verdad y la grandeza.

No; era el semblante de un cautivo, á quien su cautiverio irrita, y que espera un momento para romper sus cadenas.

¿Por qué don Juan no se despojaba de su hábito de novicio, cuando ningun voto le ligaba, cuando solo su voluntad le retenia entre los monjes de San Gerónimo de Yuste?

Por un sentimiento de dignidad.

Él habia llamado espontáneamente á las puertas de aquel monasterio que se habian abierto para él, y un anciano prelado le habia estrechado entre sus brazos lleno del amor de la caridad.

Don Juan necesitaba un pretesto, mas que un pretesto, una causa que justificase su salida del claustro.

Un instinto misterioso le revelaba que aquella causa sobrevendria antes de que llegase el plazo en que debia pronunciar unos votos irrevocables.

El plazo, sin embargo, se extinguia rápidamente, se achicaba.

El dia en que presentamos á don Juan Tenorio á nuestros lectores, era la víspera del en que debia recibir las órdenes sagradas.

V.

Don Juan levantó la vista al cielo con la frente pálida y nublada por un pensamiento sombrío.

—Si he de ser sacerdote, —dijo, —mi destino se ha cansado de perseguirme: tú, Señor, habrás perdonado los pecados de mi familia; los habrás apartado de sobre mi cabeza, porque si yo llego á las gradas de tu altar, convertido en sacerdote, cumpliré con mis deberes sacerdotales, como he cumplido con mis deberes de caballero; pero ¿por qué, Señor, si esto ha de ser así, mi corazon arde y mi cabeza alienta pensamientos que están muy lejos de ser el pensamiento de un monje?

Don Juan inclinó la cabeza, salió del convento, se perdió meditabundo entre los vallados de las huertas, y se sentó maquinalmente en aquella piedra, junto aquel límpido manantial, bajo el ramaje de un tilo.

Y allí permaneció inmóvil, pálido, con la mirada fija, en que se transparentaba su alma agitada por violentas pasiones.

El sol se habia puesto completamente.

La luz de la tarde empezaba á hacerse vaga.

El aura que precede á la noche agitaba los largos, sedosos y rizados cabellos de don Juan, que durante un año no habian sido tocados por la tijera.

El semblante de don Juan resplandecia con una especie de fulgor fantástico que parecia fluir de su mirada.

Temblaban sus lábios, pálidos, con una convulsion casi imperceptible.

La mano en que tenia apoyada su mejilla, se crispaba.

Habia pasado ya la hora de volver al monasterio y don Juan permanecia inmóvil.

La luna llena se habia levantado sobre el horizonte.

La tarde espiraba; empezaba á confundirse con la noche.

VI.

De repente se oyó el ruido del galope de un caballo, que fué creciendo, adelantando.

Al fin apareció un ginete.

El caballo al ver de improviso á don Juan, se asombró, dió un bote de carnero, y descompuso al ginete, á quien cogió desprevenido.

Inmediatamente se entabló una lucha entre el ginete y el caballo.

Don Juan se puso de pié.

—Vais á venir al suelo sino desmontais, amigo; —dijo don Juan: —vuestro caballo es muy duro de boca y os domina; echad pié á tierra; aquí no os ve nadie que pueda motejaros.

—¿Qué diablos os importa á vos, —dijo el ginete, —que mi caballo pueda mas que yo, ó que yo pueda mas que mi caballo?

Don Juan Tenorio, al escuchar aquella grosera contestacion, tembló de cólera.

Sin embargo, se acordó que representaba un papel de monje, que habia tomado por su voluntad, y que debia ser consecuente con su papel.

Que debia ser humilde, y á mas de humilde, caritativo.

El caballo habia descompuesto de tal manera al ginete, que éste estaba á punto de dar en tierra.

Don Juan adelantó rápidamente, se lanzó al caballo, asió el freno y le obligó á permanecer inmóvil.

En aquel momento el golpe de un pequeño látigo que el ginete auxiliado, tenia en la mano, cruzó el rostro de don Juan.

Este lanzó un rugido de leon.

—¡Ah!—esclamó;—yo no he nacido para sacerdote; el infierno me envia á este insensato para que me arroje del claustro.—¡A tierra miserable, á tierra! ¡tú has contado tus dias, tocando el rostro de don Juan!

VII.

El ginete echó pié á tierra.

Era un hombre atlético, como de treinta años, de mirada dura y agresiva, altivo, buen mozo, hidalgo, al parecer, y vestia el uniforme, por decirlo así, de la guardia alemana de Cárlos V.

Bajo su capotillo de terciopelo, y sobre su coleto de ante, se veia una banda de seda roja; lo que demostraba que era capitan de un tercio de infantería.

—¿Quién eres tú?,—dijo don Juan, con el acento imperativo de un rey,—¿quién eres tú, que te atreves á cruzar el rostro de un hombre que te favorece?

—Quien me ayuda, cuando no le pido socorro; cuando no le necesito, me insulta.

—Quien como tú obra, merece ser muerto, y yo voy á matarte,—dijo don Juan.

El desconocido lanzó una carcajada.

—No sé yo,—dijo,—cuántos miles de frailes serian necesarios para matar, ni aun para tocar, al capitan Fernan Perez.

—No se yo dónde podria librarse, no digo yo el capitan Fer-

nan Perez, sino el Gran Capitan Gonzalo de Córdoba que resucitase; de que le enviase al infierno don Juan Tenorio, si se atrevia á insultarle como tú le has insultado..

—¡Ah diablo!—dijo el capitan:—¿vos sois don Juan Tenorio?

—¡Yo!—contestó don Juan pronunciando aquel ¡yo! de una manera indefinible.

—Pues señor don Juan,—dijo Fernan Perez,—siento que os hayais entrometido á socorrerme, suponiendo que yo era tan mal ginete que necesitaba socorro; pero despues de haberos tomado esa licencia, no me pesa de lo que he hecho. Estoy á vuestra disposicion. Algo atrás vienen mis lacayos: yo os daré mi espada y tomaré una de las suyas. ¡Qué diablo! me alegro; teneis tanta fama, que el que os mate faz á faz, debe cubrirse de gloria, y yo soy muy ambicioso de ella.

—¡Os mataré, os mataré, porque mi destino es matar!—dijo don Juan;—pero vuestros criados tardan mucho, señor Fernan Perez, y no necesitamos de ellos.

—No os comprendo:—¿acostumbran á llevar espada bajo los hábitos los monjes de San Gerónimo de Yuste?

—Me basta con vuestra daga: dádmela, y al morir comprendereis que entre don Juan Tenorio y vos, hay la distancia que existe entre la longitud de una daga y la de una espada: una inmensidad cuando se trata de un duelo á muerte; alcanzar, cuando no podemos ser tocados; un abismo.

—Os habeis propuesto ofenderme; vuestra peticion es un latigazo que dais á mi honra. Estamos igualmente ofendidos; esperad, ya siento á mis lacayos que se acercan; mientras llegan puedo cumplir una comision que traigo para vos.

—¡Para mí! ¿Veníais á buscarme?

—Sí: os traigo una carta del emperador mi amo, con encargo de entregárosla en mano propia:—Fernan Perez, me dijo su magestad,—toma esta carta para don Juan Tenorio; está en San Gerónimo de Yuste; es de todo punto indispensable que se la entregues antes del dia quince de mayo.—Estamos á catorce; he cumplido el mandato de su magestad: hé aquí la carta, don Juan, y hé aquí tambien mi espada; ya se acercan mis criados.

Don Juan tomó con la mano izquierda la carta y con la derecha la espada que Fernan Perez le daba desenvainada.

Luego puso la carta del emperador sobre la piedra en que habia estado sentado junto á la fuente.

VIII.

En aquel momento llegaron dos lacayos montados, y se detuvieron y echaron pié á tierra, al ver pié á tierra á su amo.

—Tu espada, Gabriel,—dijo Fernan Perez á uno de ellos.

El lacayo desenvainó su espada y la entregó por el puño á su señor.

—Haceos á un lado,—dijo Fernan Perez.

Los criados obedecieron.

Don Juan y Fernan Perez se pusieron á distancia, y un momento despues, Fernan Perez acometió á don Juan.

Instantáneamente retrocedió.

Don Juan habia parado, y contestando con una rapidez admirable, habia cortado la mejilla derecha al capitan.

—Por cruce de látigo, cruce de espada,—dijo don Juan;—os espero de nuevo señor Fernan Perez; pero ved lo que haceis, no sea que tropeceis con mi hierro; porque, yo os lo aseguro, no necesito atacaros; para mataros me basta con esperar.

Fernan Perez contestó á las palabras de don Juan con una estocada.

Don Juan paró y se salió de distancia.

—Siento tener que castigaros de la única manera que me es posible. Serenaos; la cólera os ciega, y mi honor me manda deciros que no os he muerto ya porque hubiera sido un asesinato.

En aquel momento Fernan Perez, pensando coger desprevenido á don Juan, se lanzó sobre él.

—¡Ah!—dijo don Juan, parando admirablemente aquella alevosa estocada;—¿tú lo quieres? ¡sea!

Un momento despues, Fernan Perez vaciló, pretendió en vano sostenerse de pié, y cayó al fin.

—Me habeis muerto,—dijo;—dentro de poco, lo conozco, no podré hablar: acercaos por caridad, don Juan.

Tenorio arrojó con desden y con despecho la espada, se acercó al herido y se inclinó sobre él.

—Tengo una hija, don Juan; soy viudo; no tengo parientes; mi hija queda huérfana; el emperador os ama; por vuestra mediacion, la emperatriz servirá de madre á mi hija; se llama Estrella Fernan Perez; es menina de la emperatriz; ¡amparad á mi hija!

—¡Es mi destino!—dijo don Juan, como hablando consigo mismo.

—¿Pero no me respondeis don Juan?—dijo Fernan Perez;—¿aun me guardais rencor?

—No; siento que hayais venido en hora menguada; haré por vuestra hija cuanto me sea posible hacer; morid tranquilo.

—Gracias, don Juan; ello habia de suceder alguna vez, porque no somos eternos. Si yo no sintiese que solo me quedan algu-



LA MALDICION DE DIOS. — LAMINA 2.ª — ¡Ah! — dijo don Juan, parando admirablemente aquella alevosa estocada; — ¿tu lo quieres? ¡sea!

nos momentos de vida, os pediria me procuráseis el auxilio de un monje; pero el monasterio está lejos aun. Hacedme la merced de decir á mis criados que se acerquen.

—Acercaos;—dijo don Juan;—vuestro señor os llama.

Los criados se acercaron temerosos, porque les habia impuesto miedo el terrible aspecto de don Juan.

—Gabriel,—dijo Fernan Perez,—y tú, Diego; guardad un profundo secreto acerca de lo que habeis visto; que nadie sepa que este caballero me ha muerto en duelo. Si él os quiere tomar á su servicio, servidle: yo os los recomiendo don Juan; son valientes y leales.

— Los tomo por mios, señor Fernan Perez.

—En mi maleta encontrareis ropas que vestiros, si no quereis volver al convento. En ella encontrareis tambien, en una bolsa, cien doblones: aceptad, porque no tendreis dinero para el viaje, este préstamo de un moribundo. Solo me queda una gracia que pediros, y es que me perdoneis. Yo, provocándoos, obligándoos á matarme, os he apartado de la vida religiosa, que era, tal vez, vuestra salvacion.

—No, no habeis sido vos, ha sido mi destino;—contestó sombríamente don Juan.

—Pues bien,—dijo Fernan Perez;—vuestra mano y vuestra palabra otra vez, de que en vos tendrá mi hija un generoso protector.

—Os lo juro;—dijo don Juan, estrechando la mano de Fernan Perez que estaba ya rígida y fria.

—Gracias don Juan, gracias y.... á Dios....

Una tos seca acometió á Fernan Perez, y de su boca, en medio de una convulsion violenta, salió un vómito de sangre.

Poco despues murió.

IX

Don Juan permaneció un momento inmóvil y profundamente pensativo; pero en su semblante no habia muestras de temor ni de debilidad alguna.

Estaba viendo frente á frente su destino, que le arrancaba del claustro poniendo en su camino una nueva víctima.

Se alzó terrible y severo, tomó la carta del emperador y dijo á los aterrados lacayos de Fernan Perez:

—Esperadme aquí.

Luego tomó lentamente el camino del monasterio.

Llegó á él; llamó á la portería que ya estaba cerrada; le abrieron; entró; atravesó el claustro; subió las anchas escaleras; adelantó por una larga crujía, y al fin de ella entró en su celda.

X.

Una lámpara, puesta sobre una mesa de nogal, á los piés de un crucifijo de marfil, junto á una calavera, alumbraba aquella reducida estancia.

XI.

Don Juan abrió el pliego que estaba sellado con las armas imperiales.

Don Juan al examinar la carta vió que estaba escrita de mano del Emperador.

Decia lo siguiente:

«Cárlos de Gante á su muy querido compañero de infancia «don Juan Tenorio:—Si vuestra vocacion no es tal que os haga «apartaros del mundo, sin que podais de ello arrepentiros, venid

junto á mí: os necesito don Juan. Temo además que no habeis nacido para el claustro y un loco empeño os lleve á una perdicion segura, haciendo de vos un mal sacerdote. Venid; si recelais que un dia el claustro pueda pareceros estrecho, en mí encontrareis siempre amor y proteccion.—Dios os guarde.—De Colonia á treinta de abril de mil quinientos treinta y un años.»

XII.

Don Juan leyó impasible esta carta, la dejó sobre la mesa, fué al arcon, le abrió, sacó de él un hermoso traje de camino, un traje completo, incluyendo el sombrero, las botas y las espuelas, una espada, una daga y un bolsillo lleno de oro.

Con aquel traje, con aquellas armas, con aquella bolsa, habia llegado, solo, un año antes, sobre un magnífico caballo, á San Gerónimo de Yuste.

Cuando espuso al prior su deseo de recibir el hábito de novicio le dijo:

—No estoy completamente seguro de que las eventualidades de mi destino me dejen abrazar la vida religiosa. Por si llega ese caso, padre, os ruego mandeis mantener en las cuadras del convento mi caballo, guardar su montura y que me permitais conservar mi traje y mis armas. Yo entro aquí voluntariamente, y me reservo el derecho de salir, si así lo deseáre, antes de mi profesion.

Y el caballo y sus monturas existian en el convento; y como hemos visto, el traje y las armas de don Juan en una caja en su celda.

Don Juan se despojó del hábito y vistió sus ropas de caballero: se ciñó la espada y la daga, guardó el bolsillo en que habia

cien doblones de á ocho, se calzó las espuelas, se puso un capotillo de viaje, unos guantes de gamuza y un sencillo sombrero redondo de ala estrecha; tomó la carta del emperador, que estaba sobre la mesa, salió de la celda, atravesó la larga crujía, entró en el claustro alto, llegó á una mampara, la abrió, atravesó un recibimiento y dijo á un lego que al verle en aquel traje se levantó asombrado.

—Decid al padre prior que don Juan Tenorio quiere hablarle.

El lego se persignó como si hubiera visto al diablo, y andando para atrás, sin dejar de mirar á don Juan, abrió otra mampara y entró.

Al poco tiempo volvió a aparecer.

—Su paternidad le manda entrar, hermano Juan de la Penitencia,—dijo con una socarronería sarcástica, apartándose para que entrase don Juan, que poco despues estaba delante de un anciano que escribia.

Aquel anciano era el prior de San Gerónimo de Yuste.

XIII.

Al sentir las espuelas de don Juan, el prior levantó la cabeza de sobre su escrito y miró fijamente á Tenorio.

—Nos dejais al fin,—dijo con acento dulce.—En buen hora: vinísteis por vuestra voluntad y por vuestra voluntad os vais: Dios os acompañe y os asista: la nave corsaria se encuentra mal en el puerto tranquilo y se lanza de nuevo á las tempestades: nunca confié yo en vuestra vocacion; pero sois libre; por mucho que yo me estremezca al veros abandonar este santo asilo, no os detendré, es decir, no procuraré deteneros ni con un solo consejo.

Don Juan mostró en silencio, la carta del emperador, al prelado.

—Su majestad os conoce tambien como yo, don Juan,—dijo el prior doblando la carta y devolviéndola á Tenorio.

—Inútilmente, padre,—dijo don Juan,—he querido apartarme de mi destino: él me persigue implacable: Este era el único dia de libertad que me quedaba y me sentia ahogar dentro del monasterio; me faltaba aire y salí á respirarle fuera. En mi alma se daban un reñido combate mis recuerdos; mi pasado venia sobre mí y me impulsaba á un porvenir que estaba muy lejos de ser el claustro. Me senté junto á la fuente de las Azucenas; permanecí allí abismado, dudando, temiendo. Yo sentia una desgracia que se acercaba; una desgracia que debia sacarme de esta santa casa.

—¡Una desgracia, hijo mio!—dijo el prior.

—¡Sí padre, sí!

—¿Y ha acontecido esa desgracia?—dijo el prior levantándose y con ansiedad.

—He muerto en duelo al capitan que me traia esta carta del emperador. Aun tengo en mi rostro la señal del látigo de ese desdichado. El que cruza el rostro de un caballero, debe morir, y ese hombre ha muerto.

—Yo no soy mas que un religioso,—dijo el prior, pálido como un cadáver,—y solo sé que la mejor contestacion á la mas grave de las injurias, es perdonarla; vos pensais de una manera mundana; yo os perdono. Estais en un lugar de asilo y habeis muerto á un hombre. Permaneced aquí si quereis ampararos de nuestro derecho de asilo; yo no os entregaré á la justicia.

—Voy á partir, padre; don Juan Tenorio no ha huido jamás, no puede huir; por lo mismo os suplico mandeis que ensillen mi caballo.

El prior tocó una campanilla, á cuyo sonido apareció el lego que estaba en la antecelda.

—Que ensillen al momento el caballo de don Juan, y le traigan á la portería,—dijo el prior.

El lego desapareció.

—¿Y á dónde vais, don Juan?—dijo el prelado.

—Á Colonia, á casa del Emperador.

—Si alguna vez os arrepentís; si alguna vez comprendeis que todo cuanto el mundo ofrece es vanidad de vanidades, volved; aquí os recibiremos siempre con los brazos abiertos.

—No volveré, padre, á este convento, ni iré á llamar á las puertas de ninguno; pero siempre conservaré un grato recuerdo de vos y de los que, durante un año, han sido mis hermanos.

—Y lo son todavía, don Juan. Ellos y yo os recordaremos siempre en nuestras oraciones al Altísimo.

—Gracias, padre, y hasta la eternidad. Don Juan no puede detenerse en su camino y le sigue con la frente alta y resignado á todo. Adios, señor.

—Adios, don Juan.

Tenorio salió, bajó á la portería, fuera de la cual un lego le tenia el caballo.

—Adios, hermano Silvestre,—le dijo don Juan montando.

Y puso espuelas al caballo, y se perdió á lo lejos, en direccion al lugar donde le esperaban los criados del difunto Fernan Perez.

XIV.

—Á caballo,—les dijo,—y sin descansar, á la frontera de Portugal.

—¿Y dejamos así á nuestro amo?—dijo Gabriel.

—Sí; los monjes cuidarán del cadáver.

—¿Y el caballo?—preguntó Diego.

—Atadle á un árbol, y en seguida tras mí.

Y don Juan, como si le tardase alejarse de aquel sitio, lanzó su caballo al galope.

Diego ató el caballo á un árbol, y Gabriel se acercó al cadáver de Fernan Perez, y recobró la espada que habia dado á su señor.

La espada de Fernan Perez que don Juan habia arrojado, quedó abandonada junto á la fuente.

Gabriel y Diego, pálidos y aterrados aun por el suceso, permanecieron un momento indecisos.

—¿Y qué hacemos?—dijo Gabriel.

—Qué hemos de hacer,—contestó Diego,—mas que obedecer á nuestro amo. Él nos ha mandado que sirvamos á don Juan Tenorio, y don Juan Tenorio es tan buen amo como otro cualquiera.

—Tiene algo de demonio,—observó Diego;—¿no viste cómo le relucian los ojos cuando reñia con nuestro amo? Yo no he visto hombre semejante en toda mi vida. Yo tengo miedo de servirle.

—Yo, no; á mí me gustan los hombres así.

—Ea pues, si tú te atreves, yo tambien me atrevo,—dijo Diego,—vamos á alcanzar á nuestro nuevo señor.

Y montaron y partieron á escape por el mismo camino por donde se habia alejado don Juan.

XV.

Tres dias despues, don Juan habia entrado en un mal camino

que conducia á Portugal y marchaba detrás de un coche, al que acompañaban dos solos criados.

Aquel coche era enorme, y las anchas llantas de sus grandes ruedas se hundian en la tierra blanda del camino y marchaba con lentitud, á pesar de que iba tirado por ocho grandes mulas.

La zaga de este coche iba enormemente cargada con grandes baules. Dos solos criados le escoltaban, armados con lanzas á la gineta.

Al pasar don Juan junto al costado del coche, apareció en la portezuela una cabeza de mujer, que hizo que don Juan refrenase un poco su caballo.

La luna inundaba de lleno el semblante de la dama, y del mismo modo el de don Juan.

—Caballero,—dijo la dama con una voz tan sonora, tan simpática, tan insinuante, tan incitante como puede serlo la voz de una mujer, pero con un marcado acento portugués;—¿querreis decirme si llevais el mismo camino que yo?

—Señora mia,—contestó don Juan, ciñendo su caballo al coche de manera que podia tocarle y descubriéndose;—despues de besaros las manos, permitidme que para poder contestaros os pregunte á dónde vais vos.

—Ante todo, caballero,—se apresuró á decir la dama,—cubríos; la noche se vá haciendo bastante fresca.

—Con vuestra licencia, señora,—dijo don Juan, cubriéndose.

—Pues bien,—dijo la dama;—yo voy á Portugal, y en Portugal á Lisboa.

—Ese es mi camino, señora; pienso embarcarme en Lisboa, pasar por mar á Francia, y de Francia pasar á Alemania, á donde me llama el Emperador don Cárlos.

—¿Sois de la casa del emperador, caballero?—preguntó la dama.

—Sí señora, el emperador y yo nacimos en un mismo dia, y le he servido mucho tiempo como paje.

—¿Y qué sois ahora de la casa del emperador?

—Eso, señora, me lo dirá cuando llegue á Colonia, su magestad.

—Debeis tener un nombre muy conocido,—dijo la dama.

—Y vos debeis ser mucha persona,—dijo don Juan.

—En Portugal me conoce á mí todo el mundo.

—Y á mí me conoce el mundo entero,—dijo don Juan;—donde no por la persona, por el nombre.

—¿Pues cómo os llamais que todo el mundo conoce vuestro nombre?

—Vuestro humilde servidor, señora, se llama don Juan Tenorio.

—¡Ah!—dijo la dama, con un acento singular;—pues bien, vuestra humilde servidora, señor don Juan, se llama Estefanía de Silva, Carbalho y Meneses.

—Conozco vuestro nombre, mi señora doña Estefanía.

—¿Por qué me llamais mi señora doña Estefanía?

—Porque cuando yo andaba por el mundo oí decir que habia en Portugal una dama que, habiendo sido muchos años favorita del rey don Manuel, y habiéndola conocido el rey don Manuel, ya mayor de edad, y habiendo muerto dicho rey hace muchos años, su amiga se conservaba tan jóven como cuando la conoció el rey, á pesar de que debia ya contar... sus cincuenta y... tantos......

—Sesenta he cumplido, señor mio, el dia diez y nueve de enero.

—En otro tiempo,—dijo don Juan,—un encuentro con vos hubiera sido para mí un suceso muy importante; ahora no es mas que un consuelo; porque me encuentro en una situacion muy triste.

—Don Juan,—dijo doña Estefanía;—al ver pasar junto á mi coche un ginete que, como érais vos no pudo menos de parecerme caballero y gentilhombre, os hablé por necesidad.

—¡Por necesidad, señora!

—Sí, por miedo.

—¡Miedo! ¿y de qué?

—Hace una hora encontramos unos caminantes que nos dijeron:—Id con cuidado, porque mas allá, donde empiezan los árboles, hay bandidos: nosotros nos hemos salvado por la velocidad de nuestros caballos.—Como podreis conocer, don Juan, esta noticia no era muy buena; el mayoral dice que no encontraremos poblacion hasta las diez de la noche, hora en que llegaremos á Somorinos; por eso, al veros, os hablé para rogaros que si la lentitud de nuestra marcha no os impedia el acompañarme, me hiciérais la merced de ello.

—De ningun modo señora; no tengo prisa: tanto me da llegar un año ántes como un año despues á Colonia, ó mejor dicho, al lugar donde se encuentre el emperador.

—Pues bien, don Juan; en ese caso, permitidme os convide á entrar en mi carruaje; va haciendo bastante frio.

—Acepto, señora,—contestó don Juan.

—Silverio, para,—dijo doña Estefanía,—y que Pedro venga á tener el caballo á este caballero y á abrir la portezuela.

Un momento despues, don Juan se acomodaba en el carruaje, en su parte delantera frente á doña Estefanía.

Indudablemente el carruaje siguió su lenta marcha.

XVI.

Don Juan notó que iba otra persona en el carruaje en el testero, junto á doña Estefanía y á su derecha, y que aquella persona era una mujer.

Pero la débil luz, si podia llamarse luz el reflejo de la luna que penetraba en el interior del coche, no permitia á don Juan juzgar de si aquella mujer era jóven ó vieja, noble ó plebeya, dama ó sirvienta de doña Estefanía de Silva Carbalho y Meneses.

Aquella aventura habia venido muy á punto para neutralizar en el ánimo de don Juan el terrible efecto de la situacion en que se encontraba.

Al entrar don Juan por segunda vez en el mundo, al dar el primer paso, habia tropezado con su eterno inconveniente: la mujer.

La mujer se le habia presentado duplicada.

Una de ellas era una dama cuya historia galante habia pasado las fronteras de Portugal y llegado á noticia de los contadores de historias: una mujer estraordinaria que á los cincuenta y tantos años conservaba la juventud de una mujer de veinticinco, y una fresca y magnífica hermosura.

La otra mujer estaba envuelta para don Juan, en el misterio de lo desconocido.

Doña Estefanía empezó muy pronto á aclarar aquel misterio.

—Don Juan,—dijo,—á mi lado veis una dama; es una protegida mia; tiene diez y siete años y se llama Isabel.

—¿Isabel de qué? con vuestra licencia señora.

—Por ahora no mas. ¿Duermes Isabel?

—No, no señora,—dijo una de esas voces hechiceras en que se revelan á un tiempo la niña y la mujer.

—Quien nos acompaña y nos libra del miedo de los bandidos que nos han anunciado, es el famoso don Juan Tenorio.

—Vuestro humilde criado doña Isabel,—dijo con su usual galantería don Juan.

—Dicen,—contestó Isabel,—que vos no habeis nácido para servir, sino para mandar.

—¡Mandar!—dijo don Juan de una manera profunda.

—Me parece señor mio que habeis pronunciado la palabra mandar, de un modo tal, que pudiera creerse que sois ambicioso.

—Sí, muy ambicioso,—contestó don Juan;—la ambicion es un entretenimiento como otro cualquiera; por ella se goza ó se sufre, y gozando y sufriendo se mata el hastío, la frialdad del alma, que es la muerte.

—¿Qué edad teneis, don Juan?

—El dia de San Matias cumpliré treinta y un años.

—¡Oh! pues entonces deben existir para vos, ántes que la ambicion, otras mil cosas que no os permitan fastidiaros.

—He pasado por la tumba,—dijo don Juan;—he dormido el largo sueño de un año, y al despertar de él, me he hallado mudado completamente.

—¿Tendreis la bondad de decirme, don Juan, en qué consiste esa mudanza?—dijo doña Estefanía.

—En todo,—contestó don Juan.

—¡En todo!—dijo con extrañeza doña Estefanía.

—Sí, si señora: hace un año tenia corazon, y ahora no le tengo; ántes todo me conmovia..... ahora..... nada me conmueve: ántes, cuando una provocacion, una insensatez agena me

obligaba á un castigo, mi corazon se estremecia y mi sangre se helaba al sentir rasgarse la carne en la punta de mi espada.

—¡Ah!—exclamó Isabel con un acento semejante á un gemido.

—Ved don Juan que asustais á esta pobre niña.

—¡Ah!... ¿qué importa?—dijo don Juan;—el hombre destruye ó es destruido; cuando dos objetos se encuentran en un mismo punto, con una fuerza dada, el mas fuerte rompe al mas débil; la culpa no es ni del fuerte ni del débil; es del destino que ha hecho que se choquen. Yo jamás he provocado el choque; el choque ha sucedido sin intervenir en ello mi voluntad; ¿por qué he de conmoverme yo de la destruccion de los séres que mas débiles que yo, conmigo han chocado, si no era mia la culpa?

—¿Habeis sido estudiante, don Juan?

—Sí, si señora.

—Se conoce, porque usais mucho del sofisma.

—Puede ser, pero le uso de buena fé.

—Continuad, continuad diciendo por completó cuánto habeis cambiado.

—Como os decia, señora, cuando yo destruia al insensato que se atrevia á provocarme, sufria, sufria de una manera horrible; ahora destruyo con la misma impasibilidad con que destruye una bala lanzada por un arcabuz.

—¡Ah! ¿seguis destruyendo?

—¡Es mi sino!

—Continuad.

—La mujer ha sido mi sueño; mi ambicion entera, su amor, un amor inmenso, infinito, que no he encontrado en ninguna mujer, aunque aquella mujer haya muerto por mí.

—¡Ah!—exclamó Isabel, de una manera dolorosa.

—¿Lo veis don Juan? continuais asustando á esta pobre niña.

—¡Qué importa! el amor es un sueño del que se despierta con el corazon dolorido, con la cabeza loca; un fantasma embriagador, tras el cual corremos, sedientos de delicias desconocidas, que nos arrastra, que nos envuelve en un caos de ilusiones; un fantasma falaz, que se desvanece y se reduce á la nada, cuando creemos tocarle.

—¡Desdichado de vos don Juan, sino os engañais respecto á vuestro corazon!—dijo doña Estefanía.

—¡Ah no, no señora! vos misma acabais de darme la prueba de que la mujer nada puede ya conmigo; si hace algun tiempo, ántes de que yo me transformase, os hubiera visto, pálida, hermosa, tentadora, vos hubiérais sido para mí un nuevo amor, un nuevo fantasma; hubiera deseado ver la locura en vuestros ojos; sentir en vuestros lábios el abrasador suspiro de la pasion; veros estremecida, anhelante, bajo mi mirada; haceros mia..... Nada de eso he sentido; he admirado vuestra gran belleza, esa belleza que ha resistido al amor y á los años; pero como hubiera admirado la belleza de una estátua.

—Muchas gracias don Juan,—dijo doña Estefanía riendo,—pero de una manera forzada.

—No os ofendais, señora, porque digo lealmente lo que pienso,—dijo de una galante manera don Juan.

—¡Ah! no, no,—se apresuró á decir doña Estefanía,—yo no puedo ofenderme de que no os hayais enamorado de mí, ni me hagais creer que sois presuntuoso.

—Es mi destino, señora, que las mujeres me amen y los hombres me provoquen.

—¿Sabeis don Juan que teneis una franqueza que mete miedo?

—Siempre he dicho lo que he sentido; es lo único en que no he cambiado.

—¿Y estais seguro, don Juan, de que no podeis ya enamoraros, solo porque no os habeis enamorado de mí?

—Tengo otra prueba mas, señora.

—¿Cuál?

—Si en otro tiempo hubiera yo oido la dulce y pura voz de doña Isabel sin ver su semblante, me hubiera imaginado una hermosura sin igual, un alma de arcángel; hubiera sentido una impaciencia insoportable por verla; la hubiera amado como un loco ántes de verla; ahora..... esa voz de arcángel no ha hecho mas violento el latido de mi corazon, no; la he escuchado como se escucha el leve y dulce susurro del aura de la mañana entre las flores de un jardin; el aura halaga la frente calenturienta, pero no puede inspirar ni un solo pensamiento de amor.

—¡Oh, Dios mio!—dijo de una manera involuntaria Isabel.

—¡Lo veis don Juan! ó sois un loco ó un malvado; no parece sino que os habeis propuesto que la pobre Isabel se enamore de vos.

—¡Yo!—dijo don Juan;—¿sabeis que me parece que estais desempeñando el oficio de la tentacion por mandato del diablo?

—¡Ah!... explicadme eso, don Juan,—dijo doña Estefanía:—¿habeis tropezado ya con una tentacion?

—¿Y quién os ha dicho, señora mia, que yo esté á salvo de las tentaciones? ¿Acaso lo creeis porque he declarado formalmente que estoy á salvo del amor?

—Vamos á llevar muy buen viaje, don Juan.

—¡Dios quiera no os pese un dia el que yo os haya encontrado!

—¡No! lo que yo deduzco de todo lo que me habeis dicho, es

que en vez de haber perdido el corazon, habeis perdido la esperanza; que la desventura os ha maltratado de tal modo, que no creis en la felicidad; y que, como la felicidad es el amor, no creis en el amor.

—Sí, tengo un amor, que aunque no sea el amor de la mujer, es siempre el amor.

—Sí, ¡amais la ambicion! es natural; el hombre á los treinta años empieza á vivir sériamente, ó lo que es lo mismo, empieza á sér ambicioso; pero ¿cómo llegareis á realizar vuestra ambicion si prescindís de la mujer? la mujer cruza todos los caminos que el hombre emprende; la mujer le ayuda ó le combate; sin la mujer... el hombre es un sér incompleto; porque el sér completo humano, se compone de un hombre y de una mujer.

—Pues bien; la mujer será el instrumento, el medio, la escala de mi ambicion.

—¡Oh! ¡callad por Dios, caballero!—dijo Isabel;—me estais haciendo daño hablando como de cosas ciertas, de cosas en que no quiero creer.

—Perdonad, señora,—dijo don Juan;—yo no queria lastimaros; pero, á propósito; empezamos á caminar entre los árboles; aquí es dondé se suponen bandidos, y debo salir, montar á caballo y despejaros el camino. ¿Son valientes vuestros criados, doña Estefanía?

—¡Oh, sí! soldados viejos de Portugal.

—Tiene Portugal muy buenos soldados,—dijo don Juan.

Y asomándose á la portezuela, dijo al mayoral:

— Parad.

El coche se detuvo; el zagal abrió la portezuela y don Juan bajó.

El coche continuó su marcha.

Don Juan montó á caballo.

—Continuad vos junto al coche, —dijo á los criados de doña Estefanía; y vosotros dos, añadió dirigiéndose á sus nuevos sirvientes, adelantaos conmigo.

Y amo y criados adelantaron y se pusieron á vanguardia del coche.

XVII.

—¿Qué te parece, Isabel, —dijo doña Estefanía, —de esta aventura? apenas salió del carruaje don Juan.

—Me alegro de haber encontrado á este famoso salteador de corazones, —dijo Isabel.

— Cuidado niña, ¿hablas con sinceridad?

— De todo corazon.

—¿Qué te parece don Juan?

—¡Oh! es un hombre que no puede imaginarse; que no puede comprenderse exista sino cuando se le vé.

—¿Te parece hermoso?

—Sí, me parece completamente hermoso, porque es hermoso sin fatuidad; parece que no sabe lo que es: solo le he visto un momento, euando al entrar en el coche le dió la luna en la cara, y confieso que me estremecí, pero despues me he tranquilizado. No le puedo amar: es soberbio por naturaleza, y yo soy mas soberbia que él.

—Juraria que te has conmovido de una manera profunda.

—¿Y no has pensado que puede ser muy bien que yo me haya fingido conmovida?

—¿Y con qué objeto?

—Me he propuesto vencer á don Juan, enamorarle, rendirle,

y cuando le tenga á mis piés, lanzarle una carcajada á la cara y volverle la espalda.

—¡Niña! ese empeño ha perdido á muchas mujeres.

—No me perderá á mí: ¿acaso no me llaman la niña de mármol?

—El mármol se calcina en el fuego, Isabel; don Juan es irresistible.

—¡Ah, no! te has equivocado en tu prueba: has querido hacerme creer en tus últimas palabras que le amas ó que has empezado á amarle por probar si siento celos.

—¡Oh, y qué diez y siete años tan maliciosos!

—¿Quieres dejarme que me recoja para pensar de qué manera he de empeñar mi combate con don Juan?

—Sí, Isabel sí: yo tambien necesito recojerme para pensar cómo he de hacer para enamorarme de don Juan.

—Pues buenas noches, Estefanía.

—Buenas noches, Isabel.

XVIII.

Apenas habian tomado la vanguardia don Juan y los dos lacayos, Gabriel dijo á Tenorio:

—¡Ah, señor! si me diérais licencia, yo quisiera hablar con vos.

—En buen hora, —dijo don Juan;—¿qué tienes que decirme?

—Yo, señor, era el ayuda de cámara, el cocinero, el lacayo, todo junto, para el capitan Fernan Perez, mi pobre amo.

—Pues bien, serás mi ayuda de cámara, mi cocinero y mi lacayo.

—No lo digo por eso, aunque yo tenga un grande honor en

servir al famoso don Juan Tenorio; digolo porque yo gozaba de toda la confianza de mi amo.

—Criado que á mí no me inspira confianza, —dijo don Juan, —no le tengo.

—No lo digo tampoco por eso, señor.

—Pues acabemos; ¿por qué dices tú lo que dices?

—Porque dicen, señor, que las almas de los que mueren á hierro sin confesion, acompañan siempre invisibles á los que les han dado muerte, y ven todo lo que hacen, escuchan todo cuanto dicen y saben todo cuanto piensan.

—Como no te expliques mas claro, no te entiendo, —dijo don Juan.

—Yo me explicaré. Cuando mi pobre amo agonizaba, yo oí que os pedia amparáseis á su hija, á doña Estrella. Yo sé cuánto amaba el buen capitan Fernan Perez á su hija: por ella no se ha casado otra vez, por no darla madrastra: por ella se ha hecho agujerear la piel en servicio del rey, y ha sido el primero en entrar al asalto, para ser el primero en el saqueo y aumentar su hacienda, para dejar, cuando muriese, rica á su hija, ó darla ántes de morir, una gran dote que la procurase un buen marido. El capitan Fernan Perez no vivia mas que para su Estrella; no pensaba en otra cosa; no hablaba de otra cosa.

—¿Y bien, qué?

—¿Qué señor?—Que si vos no sois para doña Estrella un padre tan bueno como para ella lo fué mi amo, el pobre capitan, que irá siempre junto á vos, invisible, sufrirá mucho: ya que por vos á muerto sin confesion, no hagais señor que por su hija viva su alma en pena; esto os lo ruego por mi pobre amo. Hacedlo y tenedme por esclavo.

—¿Y crees tú de buena fé que las almas de los muer-

tos sin confesion, van pegadas al cuerpo de quien las mató el suyo?

—Eso dicen, señor, y mas vale creerlo que echarse á buscarlo: yo, por mi parte, si matase á un hombre sin confesion me moriria de miedo, de tener su alma junto á mí...

—¿Qué edad tiene doña Estrella?

—Los diez y ocho años mas hermosos del mundo: no habeis visto una mujer mas blanca, ni una mujer mas rubia; es tan alta como vos, señor; y si os casárais con ella, los hijos que de ella tuviérais, deslumbrarian de hermosos.

—Te advierto que no vuelvas á suponer que yo puedo casarme, porque te rajo de alto á bajo.

—¿Y entonces, señor, qué va á ser de doña Estrella? porque os vais á enamorar en cuanto la veais, como un loco.

—Te advierto que no vuelvas á suponer que yo puedo enamorarme, porque te estrangulo.

—Pues entonces peor; porque es muy posible que doña Estrella se enamore de vos.

—¿Cómo ha de enamorarse del que ha muerto á su padre?

—Es que ella no lo sabrá; porque el capitan Fernan Perez nos mandó que guardásemos secreto acerca de que vos erais su matador, y nosotros le guardaremos.

—¿Y si se lo digo yo?

—Vos, señor, sois incapaz de hacer eso. Vos no sois ni villano ni cruel.

—Teneis razon; seria una crueldad horrible; será necesario callar. Cuando yo vea al emperador, se lo revelaré todo; le suplicaré por ella, y el emperador la protejerá de tal modo, que podrá escoger á su gusto marido.

Gabriel aguijó á su caballo y le puso á nivel del de don Juan.

—¿Por qué adelantas hasta á mí?

—Perdonad, señor; pero quiero deciros en voz baja una cosa que no sabe Diego. Como el emperador es mozo y hace seis años que está casado con la emperatriz, se ha enamorado de doña Estrella que es mucho mas hermosa que la emperatriz doña Isabel.

—¡Oh! pues entónces debe ser un prodigio, —dijo friamente don Juan.

—Mas blanca, mas matrona, mas rubia, mas gentil, y mas jóven que la emperatriz, y mas grave y mas altiva que ella. Yo se bien por qué el emperador envió á mi amo á España para traeros una carta suya, cuando tenia mil otros á quienes enviar. El emperador temia la vigilancia del padre y se le quitó de encima.

—Entonces no hay necesidad que yo ampare á doña Estrella; probablemente su majestad la habrá amparado ya.

—No sabeis cuán virtuosa y cuán honesta es mi señora. Conquista es la suya que no conseguirá su majestad, aunque es muy conquistador.

—¡Imbécil! ¿qué fortaleza resiste si la pone cerco el gran Cárlos V?

—Mi señora.

—Y entónces, si tanto confias en que tu señora escape á los deseos de un emperador tan poderoso, ¿por qué temes que se enamore de mí?

—Porque el emperador es un hombre, y vos sois mas que un hombre. Yo no he visto jamas un hombre, ni creo que le haya, que riña como vos, que como vos mate, y que como vos quede tan sereno despues de matar, y que al poco tiempo de haber matado hable de cualquier cosa como si nada hubiera sucedido, como vos hablais. Ademas de eso, basta miraros, señor, en los

ojos, en la boca, en los ademanes, teneis algo que parece del otro mundo: sois hermoso como una dama, y vuestra hermosura impone respeto, miedo: á otro hombre le hubiera pedido yo una ágria cuenta de la muerte de mi amo, y le hubiera aborrecido el tiempo que hubiera tardado en matarle: vos me dais espanto y no os aborrezco: si esto no es tener algo del otro mundo, yo no se lo que es.

—¡Tienes razon, Gabriel, tienes razon! ¡yo no soy un hombre, soy una fatalidad!

—Con vuestra licencia, señor, ¿qué quiere decir, una fatalidad?

—Estúpido, ¡quién sabe lo que es la fatalidad!: un misterio; tal vez el misterio de la Creacion.

—Perdonadme señor, pero yo no entiendo una palabra de lo que decís.

—Ni hace falta que lo entiendas. Basta ya. Vete al lado del otro y déjame en paz.

Gabriel refrenó su caballo, esperó á Diego que venia detrás y siguió marchando á su lado.

XIX.

Don Juan sentia en su alma algo insoportable, algo friamente pesado: su existencia era abrasadora.

Volvia á encontrarse rodeado de los inconvenientes del mundo, pero ya sin ilusiones, ya sin esperanzas: creia haber amado lo bastante, haber sufrido lo bastante para dominar al amor y al horror. Habia creido por un momento que solo podia gozar ya en las gigantescas y las terribles luchas de la ambicion; habia creido que muerta en el hombre la propension al amor, la mujer debia

serle completamente indiferente. Sin embargo, le irritaba la lucha que se habia entablado entre él y las viajeras, y al mismo tiempo, sin poder evitarlo, veia al capitan Fernan Perez, arrojando sangre del pecho á borbotones y presentándole á su hija Estrella, á quien ocultaba su hérida. El corazon de don Juan se habia secado, pero vivia fecunda, enérgica y ardiente su imaginacion calenturienta de poeta; de poeta que no hacia versos; pero que lo sentia todo envuelto en la bella fatalidad del arte. Don Juan podia muy bien no amar á la mujer, pero no podia dejar de amar lo bello, y para él era bello todo lo que era sublime; y como el horror tiene una sublimidad relativa, don Juan amaba la belleza y el horror. Don Juan necesitaba vivir de una manera candente.

Y no podia ser mas candente todo lo que desde el oscurecer de aquel dia habia pasado por él.

Don Juan, fuera ya del claustro, aspirando la candente atmósfera del mundo, no podia comprender cómo habia vivido un año en el claustro, callando siempre, obedeciendo siempre, sufriendo siempre el combate de su alma con su situacion.

Don Juan acabó por creer que todo aquello habia sido un sueño: hacia apenas tres dias que habia salido del convento, y el recuerdo de su estancia en él se habia alejado en la memoria de don Juan, á una distancia inmensa.

Y es que el tiempo no tiene medida: cuando hemos vivido por todo un año en una hora, aquella hora tiene en nuestro sentimiento la duracion de un año.

El tiempo en que menos se siente es el mas corto.

XX.

Don Juan habia vuelto á ser lo que era: lo que habia perdido de corazon lo habia ganado en imaginacion.



Volvió á la vida.

Su estancia en el convento habia sido un paréntesis de sí mismo.

Respiraba con placer el aura de la noche.

Perdia su mirada en la inmensidad del cielo.

Le parecía que aquella aura era mas fresca, mas fácil que la que respiraba en el convento.

Que aquel firmamento azul, poblado de estrellas, era mas límpido, mas diáfano, que cuando le veia á través de las ventanas de su celda.

Era libre; habia roto la losa de su sepultura.

Los medios, ó mas bien, la causa, habian sido terribles.

Pero lo terrible era el destino de don Juan.

Se sentia excitado; las aventuras le envolvian ya.

Doña Estefanía, Isabel, Estrella, tres mujeres á un tiempo excitaban su pensamiento.

No amaba ya; pero la hermosura le conmovia; su amor habia descendido de la region del espíritu; pero existía en la region de la materia.

Don Juan estaba calenturiento.

Solo en tal estado podia dominar lo terrible de su situacion.

XXI.

De improviso algunos hombres se lanzaron desde los árboles al camino con intencion manifiesta de impedir el paso á don Juan.

Aquellos eran, sin duda, los bandidos de quienes habia hablado doña Estefanía.

—¡Alto y á tierra! — dijo uno de ellos.

—¡Á mí Gabriel! ¡á mí Diego!—gritó don Juan tirando de la espada y lanzándose sobre los salteadores.

Algunos de ellos dispararon. Don Juan oyó tras sí un grito de agonía.

Era Gabriel que habia caido herido por uno de los disparos.

En cambio, don Juan habia pasado por cima de uno de los salteadores hiriéndole de un tajo en la cabeza al echarle encima el caballo.

Se oia la carrera de los otros dos lacayos armados á la gineta, que acompañaban á doña Estefanía.

Don Juan habia arrollado á otro de los bandidos; quedaban solamente cuatro; pero se batian á la desesperada procurando dominar á la escolta del coche.

Hubo un combate de algunos minutos, durante los cuales don Juan mató á otro de los bandidos; Diego, el otro lacayo de Fernan Perez, habia caido tambien.

Don Juan acosaba á los tres bandidos que aun resistian, ayudado por los otros dos lacayos.

Parecia que un poder misterioso protegia á don Juan.

Los bandidos habian disparado sobre él á poca distancia, casi á quemaropa y no habian podido herirle.

Los dos lacayos de doña Estefanía ayudaban á don Juan, acosaban á los bandidos.

Estos huyeron al fin perdiéndose entre los árboles.

—Ved,—dijo don Juan,—lo que ha sido de esos cinco hombres que han caido.

Uno de los lacayos desmontó y examinó los cinco hombres que estaban por tierra.

Muerto,—dijo despues de haber reconocido al primero;—muerto, añadió á medida que fué reconociendo los otros.

—¿Es decir,—preguntó don Juan,—que los lacayos que me acompañaban han sido tambien muertos?

—Sí señor,—dijo el lacayo de doña Estefanía que habia hecho el reconocimiento;—el uno tiene un tiro en la cabeza; el otro un tiro en el corazon.

—¡Dios los haya perdonado!—dijo don Juan;—y luego añadió para sí;—el prior guardará el secreto; estos dos que han sido testigos de mi lance con el capitan Fernan Perez, no pueden hablar. Estrella no sabrá, no puede saber que yo he sido el matador de su padre.

Y partió al galope, en busca del coche que se habia detenido á alguna distancia.

Doña Estefanía estaba asomada á la portezuela de la izquierda.

—¡Qué es eso!—dijo asustada á don Juan.

—Nada, señora, sino que tenemos franco el camino: los bandidos no se atreverán á volver; eran seis y han muerto tres: tambien es verdad que este lance me ha costado los dos lacayos que me acompañaban.

—¡Pobres!—exclamó doña Estefanía.—¿Y vos? ¿os ha sucedido algo, á vos, don Juan?

—Ni aun he sido levemente herido.

—¡Oh! ¡gracias á Dios! no sabeis cuánto me alegro, don Juan: no sabeis cuánto me hubiera desesperado el que vos hubiérais recibido el mas leve daño.

—¡Oh! gracias, señora; no sabeis cuánto os agradezco yo el interés que sentís por mí.

—¿Y esos desgraciados lacayos, tenian familia?

—Lo ignoro, señora.

—¿Ha sucedido algo á mis criados?

—Creo que no;—dijo don Juan.

Y volviéndose á los dos lacayos que se habian acercado, les preguntó:

—¿Estais heridos?

—No, no, señor, á Dios gracias,—dijo uno de ellos.

—Pues bien, don Juan,—dijo doña Estefanía;—puesto que ha pasado el peligro, entrad en el coche y continuemos nuestro camino.

—No, no señora, aun no hemos salido del bosque, y yo debo ir delante asegurando vuestra marcha. ¿Pensais deteneros en el pueblo de Somorinos?

—Indudablemente, don Juan.

—Pues el pueblo de Somorinos está á poca distancia de la salida del bosque: allí volveremos á reunirnos, señora.

—Hasta luego, don Juan.

—Hasta luego, señora mia,—dijo Tenorio.

Y mandó al mayoral que siguiese adelante, y avanzó con los dos lacayos.

—¿Y nos dejamos ahí los caballos de los difuntos?—dijo uno de los criados de doña Estefanía.

—¿Para qué los queremos, para que conozcan en el pueblo por los caballos que hemos andado en el lance y nos acose la justicia á preguntas y respuestas? Seguid, seguid; no hay que hablar una palabra de lo que ha sucedido.

Y don Juan siguió adelante.

XXII.

Le contrariaba el que Isabel, ni por una sola palabra, se hubiese mostrado cuidadosa de lo que pudiera haberle acontecido.

Esta circunstancia hizo que don Juan, ofendido en su amor

propio, fijase su pensamiento en Isabel. Solo habia visto su bulto, replegado en un ángulo del carruaje.

¿Cómo seria aquella jóven?

¿Cuál el color de sus ojos, de su semblante, de sus cabellos?

¿Hasta dónde, si era hermosa, la fuerza de su hermosura?

¿Quién seria ella?

Esto, á pesar de todo, excitaba á don Juan.

Nunca se habia visto tratado de tal modo por una mujer, y esto bastaba á incitar, sino su amor, su orgullo.

Isabel y Tenorio estaban, pues, frente á frente.

XXIII.

Una hora despues de la salida del bosque, llegaron al pueblo de Somorinos, y al único meson que en él habia.

La puerta estaba cerrada.

No se veia luz por ninguna de las rendijas de sus ventanas.

Ni una sola persona pasaba por la calle.

La luna alumbraba en paz aquel pueblo dormido, y aun no eran las diez de la noche.

XXIV.

Don Juan mandó á uno de los lacayos que llamase fuertemente.

Poco despues se abrió una ventana y apareció en ella un hombre que dijo:

—Dios guarde á vuesas mercedes; posada hay y buena, y voy á abrir al momento.

Á poco se abrió de par en par la gran puerta del meson para que pudiera entrar el coche, que algunos instantes despues estaba en el patio de la posada.

Las dos señoras salieron.

Á la luz de un candil que el posadero tenia en la mano, don Juan, que habia echado pié á tierra, vió que las dos damas estaban envueltas en sobretodos ó lobas de tercianela negra de seda, con capuchones y sombreros con plumas.

Por mas que hizo don Juan por ver el rostro de Isabel, no pudo. Esta, con la cabeza inclinada, se habia deslizado hácia las escaleras,

Doña Estefanía, la siguió, y tras ella fué don Juan.

El posadero siguió alumbrando.

—Entren vuesas mercedes en el aposento de la derecha, conforme se suben las escaleras, que es el mejor del meson, —dijo el posadero.

Isabel, que iba delante, torció á la derecha, vió á la luz de la luna una puerta, alzó su picaporte, empujó la puerta y entró.

Doña Estefanía se detuvo junto á aquella puerta.

—¿Han venido dos caballeros, el uno anciano y el otro como de unos treinta años, con dos criados?—preguntó al posadero.

—¿Un caballero cano, muy señor, y muy principal; y un caballero mozo, moreno, que tiene los ojos muy negros y el semblante muy sério?—dijo el posadero.

—Sí, eso es, —contestó doña Estefanía.

—Pues han llegado esta tarde á puestas del sol, han comido y están durmiendo.

—¿No hay en el meson una mujer que nos sirva?—dijo doña Estefanía.

—Sí, sí señora; mi hija que es una moza que ni de perlas, para servir damas, porque ha estado mucho tiempo sirviendo de doncella á la corregidora de Badajoz.

—Pues enviádmela al momento; id además al cuarto de esos

caballeros, y decidles que las damas que esperaban han llegado. Adios, don Juan—añadió,—dirigiéndose á Tenorio. Yo os doy las gracias por lo que habeis hecho por nosotras; y os ruego que no procureis volvernos á ver, si por ventura lo deseáreis y que en ese caso espereis á que... la casualidad vuelva á reunirnos... Adios, don Juan...

—Adios, señora.

Doña Estefanía entró en el cuarto.

El posadero gritó desde el corredor:

—¡Eugenia, Eugenia! ¡hija! acude con un velon encendido.

—Acomodadme á mí,—dijo imperativamente don Juan.

—Perdóneme vuesa merced por un momento,—dijo el posadero,—que así que mi hija haya entrado á servir á esas damas, yo le llevaré á donde quedará contento de mí.

En aquel punto apareció una jóven bastante buena moza, con un velon en la mano, que al ver á don Juan, dijo:

—Válgame Dios, padre, y que buenos huéspedes nos envia Dios esta noche.

—Entra, entra muchacha, y déjate de eso,—dijo el posadero;—mira á ver lo que esas señoras quieren, y á servirlas lo mejor que se pueda, que es gente principal.

Eugenia entró, no sin mirar de nuevo profundamente á don Juan.

—Caballero, sígame vuesa merced,—dijo el posadero,—y si no le contenta el aposento, yo lo sentiré mucho, pero no tendré cosa mejor que darle.

—Seguid y concluyamos,—dijo secamente don Juan.

El posadero no se atrevió á contestar.

Siguió adelante, llegó á una puerta al estremo del corredor, la abrió y se apartó para que pasase don Juan. Este se encon-

tró en un aposento, de suelo terrizo con una mala cama en un ángulo, dos sillas desvencijadas, y una mesa de pino, feble y maltratado.

Al frente de la puerta habia una ventana.

No parecia sino que don Juan necesitaba respirar el aire libre porque fué á aquella ventana y la abrió.

Al abrirla retrocedió.

Á poca distancia habia visto una especie de corralon á cuyo fondo habia un alto muro, envuelto en la sombra que proyectaba una penumbra sobre el terreno.

En aquel corralon crecian ortigas y malvas locas, y de trecho en trecho se veia un montecillo de tierra poblado de musgo, sobre uno de cuyos estremos estaba clavada una cruz de madera.

—¡Por Cristo vivo! don bellaco,—dijo don Juan al posadero,—¿qué habeis pensado de mí, que me habeis puesto vecino de un cementerio?

—Los muertos duermen y no se meten con nadie,—dijo el posadero;—¿qué culpa tengo yo de que hayan hecho esta posada lindando con el cementerio de la iglesia?

—Tanto me da,—dijo don Juan Tenorio, cerrando la ventana y yendo á examinar la cama.—Por lo que yo no paso es por este lecho fementido; haced que á fuerza de colchones levante media vara mas; me gusta dormir bien porque aun no he muerto.

—Pondremos cuantos colchones quiera vuesa merced.

—Á mas de eso, enviadme á vuestra hija para que me sirva.

—En pagando bien, señor caballero, os servirá como quisiéreis.

—¡Cuenta con poner mi caballo en pesebre que no haya habido alguna bestia con muermo!, le estimo mucho.

—Descuide vuesa merced, ¿Pero cómo haremos si esas damas entretienen mucho á mi hija?



—Esperaré aunque no me gusta esperar. Entretanto, que vayan arreglando la cama.

—¿Qué quiere cenar vuesa merced?

—¿Qué teneis?

—Abadejo y arroz.

—¿Y qué mas?

—Arroz y abadejo.

—Pues enviadme abadejo y arroz.—¡Eh! ¿qué diablos haceis ahí todavía?—Idos quiero estar solo.

El posadero puso el candil, sujeto por el garabato, en una de las infinitas rendijas de la pared y salió.

Don Juan se quedó paseando, profundamente pensativo, á lo largo del aposento.

CAPITULO II.

De cómo don Juan encontró en la posada una grande aventura,

I.

Un mozo záfio y soñoliento trajo un velon y aumentó con algunos colchones éticos, el volúmen de aquella cama mezquina, sin atreverse á hablar con don Juan que tenia semblante de pocos amigos.

El mozo salió y don Juan volvió á quedarse solo.

Una atraccion irresistible, le llevó á la ventana; la abrió de nuevo y quedó inmóvil, contemplando el silencioso cementerio, sobre el cual la luz de la luna aparecia fantásticamente lúgubre.

El alto muro, apoyado en fuertes botareles góticos dejaba ver entre ellos ventanas ojívas, detrás de cuyas vidrieras solo se veia sombra.

Aquello era pavoroso, y sin embargo don Juan lo contemplaba, lo aspiraba con cierta fruicion deliciosa.

—Ellos duermen,—dijo—, ellos han pasado; ¡sábe Dios cuántas historias, cuántas miserias, cuantas locuras se encierran en esas tumbas!

¡Sabe Dios cuántas mujeres reposarán ahí sin haber sufrido mas dolor que el de la agonía! ¡Sabe Dios cuántas otras, solo habrán dejado de sufrir en ese lecho de reposo!

¡La eternidad, la eternidad está sobre la miseria humana! porque ó la eternidad es mentira, ó el alma libre no puede recordar el dolor ó la alegría que el cuerpo de que se ha exhalado ha sentido en la tierra.

Un cementerio es un lugar de paz y de consuelo.

Yo te saludo dormitorio de muertos, y si yo envidiára algo, envidiaria el imperturbable sueño de los que duermen bajo tu césped.

—Cerrad, cerrad pronto esa ventana, buen caballero,—dijo á espaldas de don Juan una voz de mujer.

Don Juan se volvió y vió delante de sí á la hija del posadero que traia en una mano una cesta y en la otra una fuente humeando.

La muchacha miraba sonriendo á don Juan, de una manera tímida y pudorosa.

—Hé aquí una liebre que me sale de debajo de los piés y á la cuál no tiro, porque ya no me divierte la caza,—dijo don Juan mirando friamente á la muchacha, y como hablando consigo mismo.

—¿Por qué dice eso vuesa merced, señor caballero?—preguntó Eugenia.

—Porque veo algo en tí que en otro tiempo me hubiera entretenido;—¿Y por qué dices tú que cierre esa ventana?

—Os diré señor,—dijo Eugenia yendo á la mesa, poniendo

en ella la fuente y sacando de la cesta un mantel, un jarro con vino, un vaso de vidrio, pan y un cubierto de hierro.—Á este cuarto no se trae á nadie sino cuando no hay otro de qué disponer, y siempre se dice al huésped que á él se trae que no abra de noche la ventana; particularmente á la media noche.

—¿Y por qué?—dijo don Juan sentándose y empezando á comer, resignado, la mala cena que le ofrecian.

—Porque el que vé al fantasma que aparece á la media noche en el cementerio, ó muere, ó por lo menos pasa una grave enfermedad; sin embargo, yo fuí la primera que la ví y no me ha sucedido nada; pero lo atribuyo á un escapulario de la vírgen del Consuelo, que llevo siempre conmigo.

—Pues veremos si yo muero ó me sucede una desgracia,—dijo don Juan;—porque una de dos, ó la fantasma no viene al cementerio esta noche, ó yo hablo con ella.

—¡Jesús, Maria y José!—dijo la muchacha.

—¿Qué te espanta?—dijo don Juan.

—Vos no sabeis lo que os decís, señor. Es una mujer negra que tiene la cara muy blanca, tan blanca como la de una muerte y los ojos relucientes como brasas.—Cuando yo la ví estaba sentada en una sepultura, vuelta á la ventana y mirándome de hito en hito; yo hice la señal de la cruz y se levantó y desapareció, metiéndose por la puertecilla de la torre de la iglesia.

—¿Y te pareció mujer tambien cuando se levantó?

—Sí señor, y mujer muy gentil, de muy buen talle y muy gallardo.

—Pues, vive Dios, que me va gustando la fantasma mas que este abadejo, que está tan correoso que mas que otra cosa parece suela de zapato; ¿has servido de esto mismo á esas damas?

—No, no señor. Á esas damas las han servido sus criados

fiambres que traian; yo solo he arreglado las camas; por eso no he podido venir tan pronto.

—Y dime ¿has visto á la mas jóven?

—¡Ay Dios mio, y qué ángel, señor!—dijo Eugenia.

—¡Es hermosa!—dijo don Juan.

—Yo no he visto otra mujer como ella; pero parece que la deben y no la pagan.

—¡Está triste!

—No señor, es que tiene la cara tan mala como puede tenerla quien tiene la cara tan buena.

—¿Es rubia?

—¿Pues qué, no la conoceis señor, y habeis venido con ella?

—No, no la conozco.

—Pues bien, es pelinegra; ¡pero qué pelo señor, qué bulto! es morena, está pálida como una difunta y por su palidez sus ojos parecen mucho mas negros, aunque son negrísimos, pero su palidez no debe ser de enfermedad porque tiene los lábios como la grana.

—La conoceré, si me encuentro con ella con la faz descubierta, aunque pasen diez años. ¿Y qué edad tiene la otra señora?

—Cuanto mas, veinticinco ó veintiseis.

—Me parece que doña Estefanía, tiene al revés los caprichos. Todas las mujeres desde que pasan de los veinte años mienten acerca de su edad; ella pretende hacer creer que tiene mas de doble de la que realmente tiene.

—Pues no tiene un año mas de veintiseis,—dijo Eugenia.

—¿Y de qué hablaron mientras tú estuviste allí?

—De nada, porque es lo mismo qué hablar de nada el que

me dijesen que arreglase las camas de esta manera ó de la otra.

—¿Has visto tú á los dos caballeros que han llegado esta tarde?

—Sí, y no.

—¿Cómo es eso?

El de mas edad, que tenia los cabellos entre canos y que parecia mucha persona, traia puesto un antifaz y no se le ha quitado delante de nadie; con él puesto ha entrado en su aposento, y despues solo le han servido sus criados que eran muchos; como que han llenado la posada y los veinte soldados de á caballo que con los caballeros venian han tenido que acomodarse en el pajar.

—¡Diablo, diablo!—dijo don Juan,—pues la noche va de aventuras; ¿quién será este señor que tan noblemente acompañado viaja.

—No lo sé. El otro caballero es jóven; pero con el rostro mas desabrido del mundo, á pesar de que es buen mozo.

—Vas á ir ahora mismo al cuarto de esas señoras, y á la de mas edad la dirás aparte que necesito verla cuanto antes sea posible; que vea el modo.

—¿Y nada mas que eso?

—Nada mas.

—Pues voy al momento, señor.

Y Eugenia salió.

II.

Don Juan volvió á sentirse arrastrado por un impulso misterioso, y se levantó, y fué á ponerse en la ventana á mirar de nuevo desde ella el cementerio.

Buscó la puerta de la torre de la iglesia, y la vió en un ángulo, perdida casi en la oscuridad.

Por allí decia haber visto entrar á la fantasma, Eugenia: luego por allí debia la fantasma salir.

El reló de la iglesia dió entonces lentamente las once.

Una hora despues debia probablemente aparecer la fantasma, porque ya se sabe que esta clase de gente no aparece hasta la media noche.

Don Juan pasó aun un largo espacio contemplando, no ya el cementerio, sino la puerta de la torre de la iglesia.

III.

—Os habeis empeñado en que os pase algo,—dijo de nuevo á espaldas de don Juan, Eugenia;—creedme, cerrad la ventana y dejad en paz á los muertos.

—¿Qué contestacion traes?—dijo don Juan.

—Esta carta,—contestó la muchacha,—mostrándole una que traia en la mano.

Aquella carta estaba sellada sobre cera encarnada, con un escudo de armas y escrita en un papel superior al que podia encontrarse en un pueblo.

Lo que demostraba que doña Estefanía llevaba consigo recado de escribir.

La carta decía así:

«Señor don Juan: Cuando os encontramos teniamos mucho miedo, y por él os supliqué nos acompañáseis. Yo ignoraba que fuéseis el terrible don Juan Tenorio. He tenido un placer en conoceros; estoy muy obligada á vos, y deseo qué por lo que os estimo seais complaciente acerca de lo que voy á suplicaros. No procureis vernos ni hablarnos mientras estemos en esta posada; pero si teneis empeño en conocernos, id á Lisboa, yo os buscaré: por

ahora espero de vos que no me comprometais negándoos á hacer lo que os suplico hagais. Vuestra humilde servidora—ESTEFANÍA.»

—¿Qué mas me dá pasar algunos dias en Lisboa ó embarcarme en cuanto llegue?—dijo don Juan, doblando la carta y guardándola debajo de su ropilla.—Buenas noches, hija mia,—añadió, volviéndose á Eugenia.—Por si no te veo cuando me vaya, toma para alfileres.

Y la dió un reluciente doblon de á ocho.

—Vivais mil años, señor,—dijo Eugenia, tomándolo.—Con tan buena cara no podíais menos de ser generoso. Buenas noches; pero cerrad la ventana... y no mireis al cementerio. Adios.

Y Eugenia salió.

IV.

Apenas salió la jóven, don Juan echó la llave á la puerta.

Colgó de la llave su capotillo, para que no pudiesen ver por el ojo de la cerradura, si le observaban; se fué á la ventana, avanzó por ella el cuerpo y midió la altura.

Esta era pequeña.

La pared en que daba la luna, áspera, lo bastante, para que don Juan pudiese bajar por ella al cementerio y volver á subir.

Don Juan echó un pié fuera de la ventana, luego otro, se volvió, se apoyó en las asperezas de la pared y saltó al suelo.

Despues atravesó el cementerio y fué á colocarse al ángulo en que estaba situada la puerta de la iglesia, y cerca de ella.

El terror, lo extraordinario, lo maravilloso, lo fantástico, atraian á don Juan.

Creyó que su destino, que le habia obligado á matar al capitan Fernan Perez, le ponia cerca de aquel fantasma ó de aquella aventura para que se pusiera en contacto con ella.

La verdad era que todo peligro, toda situacion terrible atraia á don Juan.

La noche era bastante fresca, ó por mejor decir, fria; y sin embargo, don Juan no sentia el frio.

No habia dormido la noche anterior, y sin embargo no tenia sueño.

No habia comido, casi durante tres dias, porque el estado de su alma se lo habia impedido, y apenas habia probado la cena de la posada; y sin embargo, no tenia hambre, ni aun debilidad: tenia aun cercano el recuerdo de la muerte del capitan Fernan Perez y de la de sus dos criados, estaba en un cementerio, y sin embargo, no tenia miedo.

La fiebre le dominaba, y no sentia la fiebre.

Don Juan continuaba siendo un ser formidable.

V.

Pasó media hora.

Dieron las doce.

Aquella era la hora en que por la puerta, junto á la cual estaba don Juan, debia aparecer la fantasma, y Tenorio no sintió otra cosa que impaciencia.

Pasó algun tiempo, y ni la puerta se abrió, ni se oyó ruido alguno detrás de ella.

Sin duda el fantasma preferia dormir á salir al aire libre en aquella fria noche.

—¡Bah!—dijo don Juan,—consejas de posada: basta con que tengan junto á sí un cementerio para que hayan soñado en fantasmas; y sobre todo, las fantasmas, ¿qué me importan?, ¿para qué he venido yo aquí?

Y don Juan dió un paso para volver atravesando el cementerio, y por la pared y por la ventana, al cuarto que le habían destinado en la posada; pero apenas habia dado aquel paso, cuando oyó un leve ruido.

Un ruido semejante al que produce el roce del trage de una mujer por unas estrechas escaleras.

Don Juan retrocedió y volvió á pegarse al ángulo que formaba el muro de la iglesia con la saliente de la torre.

Rechinó un cerrojo; chillaron luego unos goznes, se abrió la puertecilla y apareció una mujer.

Aquella mujer era alta, esbelta, completamente vestida de negro y con una toca negra en la cabeza.

Don Juan no pudo ver si era hermosa ó fea; jóven ó vieja, porque estaba envuelta en la penumbra que proyectaba sobre el cementerio iluminado por la luna, la masa de la iglesia.

La mujer no vió á don Juan.

Adelantó lentamente hasta el centro del cementerio, llegó á una tumba y se arrodilló junto á ella, quedando de espaldas á don Juan.

—Esta es una historia,—dijo Tenorio;—una historia que nada me importa, y luego ¿qué derecho tengo yo para turbar la oracion y la tristeza de esa desventurada? Dejémosla en paz.

Pero don Juan no contaba con que su carácter aventurero le habia de inspirar la tentacion de conocer á aquella mujer.

Esto sucedió.

—Y bien,—dijo,—¿por qué no he de verla el semblante? ¿y quién sabe? puede ser que yo pueda consolarla.

La tentacion era siempre fuerte para don Juan; en ésta ocasion lo fué mucho mas que en otras.

Adelantó lentamente, sin hacer ruido, hácia la mujer que

permanecia de rodillas, y se detuvo á su espalda, sin que la mujer le sintiese.

Hablaba en voz baja, pero no tan baja que nó la oyese Tenorio.

—¡Ah don Juan, don Juan!—decia,—ya debes estar satisfecho; me has separado del mundo por medio de un crímen, y no puedes temer el que vaya á poner delante de tí mi dolor y mis lágrimas.

—¿De qué don Juan hablais?—dijo Tenorio.

La mujer se alzó de una manera nerviosa; se volvió y quedó frente á frente de don Juan.

La luna la daba de lleno en el rostro.

Sus ojos de un negro intenso se fijaban de una manera profunda en don Juan.

Era blanca como la luz de la luna, y hermosa como pudiera haberlo sido la estátua del dolor, creada por Fidias.

Era jóven; apenas llegada, al parecer, á los veinte años.

—¿Quién sois?—dijo con voz grave, pronunciando lentamente sus palabras;—¿qué haceis aquí? ¿quién os ha traido aquí? ¿quién os envia?

—¿De qué don Juan hablábais señora?—dijo Tenorio preguntando en vez de responder á la pregunta de la dama.

—Del rey don Juan III de Portugal,—contestó ella.—¿Y vos quién sois? Ya os lo he preguntado, y por cortesía debiais haberme respondido.

—Yo soy don Juan Tenorio,—contestó don Juan.

—¡Ah!—dijo la dama,—os conozco.

—Yo no os he visto jamás,—dijo don Juan.

—Yo tampoco á vos,—dijo la dama.

—¿Y me conoceis?



LA MALDICION DE DIOS. — LAMINA 3.ª — ¿De què don Juan hablais? — dijo Tenorio.

—Sí, mucho.

—Y ¿cómo?

—Por vuestra fama.

—Maldiga Dios mi fama.

—Vuestra fama me hace alegrarme de haberos conocido, don Juan.

—¿Me necesitais?

—¡Oh! Sí.

—¿Para qué?

—¡Para vengarme!

—¿De quién?

—¡Del rey de Portugal!

—¿Es vuestro enemigo don Juan III?

—¡Es mi verdugo!

—Si teneis razon, os protegeré á todo mi poder.

—Mi razon está en esa tumba.

Y la dama señaló al montecillo de tierra cubierto de musgo y coronado por una cruz, junto al cual habia estado arrodillada.

—¿Quién reposa en esa tumba?—dijo don Juan.

—Mi padre, don Luis de Sese, hijo bastardo del duque de Viseo.

—Entonces sois parienta del rey don Juan.

—Sí, soy su prima hermana.

—¿Cómo os llamais?

—Leonor de Sese.

—¿Cayó en esa tumba vuestro padre á impulsos de la mano de Dios, ó de la mano de los hombres?

—Cayó envenenado por órden del rey.

—Os vengaré, señora.

—Y ¿cómo?

—¿Cómo? no lo sé, pero mi voluntad se cumple siempre.

—¿Cómo estais aquí, don Juan?

—De paso para Portugal.

—¿Vais á Portugal?

—Sí, á Lisboa.

—¿Conoceis allí á alguien?

—No.

—Iré con vos.

—Venid, pues.

—¿Cómo habeis entrado en este cementerio?

—Por aquella ventana, tras la cual se ve luz.

—¡Ah, sí!; solo vos os hubiérais atrevido á abrir aquella ventana, porque todos me tienen por un fantasma, y nadie, en cuanto cierra la noche, se atreve á mirar al cementerio.

—¿Dónde vivís señora?

—Oculta en un aposento de la torre de la iglesia: un pobre hombre, un hombre sencillo, el sacristan Ruiy Perez, me oculta y me protege.

—¿Preferis volver á vuestro aposento ó venir al mio?

—Prefiero ir al vuestro, don Juan.

—La pared es tal, y la ventana tan baja, que bien podeis subir como por una escalera, ayudándoos yo.

—En buen hora; perdóneme el buen Ruy Perez si le abandono sin despedirme de él. Tengo en vos confianza; encuentro en vos un protector fuerte, porque yo sé cuánto valeis don Juan, y me uno á vos; si triunfamos, porque yo ós daré medios para triunfar, yo probaré al buen Ruy Perez mi agradecimiento.

—Seguidme, pues, señora.

—Dejadme que ore un momento sobre la tumba de mi padre; que me despida de él.

Y doña Leonor se arrodilló de nuevo.

Don Juan permaneció de pié y meditabundo, mientras duró el rezo de doña Leonor.

Esta se levantó al fin y dijo á don Juan:

—Os sigo.

Don Juan la asió de una mano y notó que aquella mano que era pequeña, mórbida y suavísima, ardía y temblaba.

Por en medio de las tumbas la llevó hasta debajo de la ventana. Trepó por la pared y dijo á doña Leonor:

—Dejaos asir por mí por la cintura, señora; es necesario.

Doña Leonor se dejó asir.

—Rodead vuestro brazo á mi cuello; de otra manera no podríais subir.

Doña Leonor abrazó el cuello de don Juan.

Don Juan se estremeció al sentir las admirables formas de doña Leonor.

Acabó de trepar y con una fuerza maravillosa puso á doña Leonor dentro del aposento y despues saltó él y cerró la ventana.

VI.

Doña Leonor permaneció de pié, confusa y como aturdida.

Á la palidez de su semblante habia sucedido un vivo color: tenia la mirada fija en el suelo y su seno se levantaba y se deprimia á impulsos de una respiracion violenta.

—Tranquilizaos señora,—dijo don Juan;—estais bajo el amparo de un caballero.

—En efecto,—dijo doña Leonor levantando su mirada, posándola en la de don Juan y sonriendo de una manera lánguida;—

esta aventura se parece mucho á las que se relatan en los libros de caballería.

—¿Os pesa de ella, hermosa doña Leonor?

—No, si vos sois digno de la confianza que he depositado en vos, solo por el nombre que llevais.

—¿Y no dudais de si soy ó no, don Juan Tenorio?

—No; llevais vuestro nombre escrito en el semblante; sois como me han dicho que érais. Vos no os pareceis á ningun hombre, y si no fuérais don Juan, os pareceríais á don Juan; seríais tanto como él.

—¿Y quién os ha hablado de mí, señora?

—Un caballero portugués que os conoció en Sevilla cuando andábais en vuestros desgraciados amores con la hija del Comendador.

—¡Ah!—exclamó don Juan como si hubiera recibido una puñalada en el corazon;—¡qué recuerdo habeis presentado á mi memoria!

—¿La amasteis mucho, no es verdad, don Juan?

—Yo no sé si la amé, contestó Tenorio; porque no sé si existe el amor, ó si no es mas que un sueño de nuestro deseo; pero Inés, Inés es el recuerdo mas terrible de mi vida. No hablemos mas de ella; quiero volver á sepultar su recuerdo en la nada del olvido.

—¿Y cómo podeis olvidarla?

—Por el terror que me causa su recuerdo; por ella solo he vertido lágrimas; por ella solo, he tenido miedo; no hablemos, no hablemos mas de ella. Dejemos á los muertos en paz, nosotros que aun estamos vivos, nosotros que podemos aun embriagarnos con la copa de fuego del festin de la vida; vos podeis ser de nuevo esa ardiente copa para mis lábios secos.

—¡Yo!—dijo palideciendo y de una manera suprema doña Leonor.

—Sí, vos; á menos que yo no sea ni pueda ser para vos la copa ardiente que vos podeis ser para mí; á menos que no hayais amado al caballero portugués que os contó mis amores.

—Nó,—dijo de una manera breve y nerviosa doña Leonor.

—Ó á otro.

—Á nadie.

—Nos amaremos,—dijo don Juan con acento seguro, mirando profundamente á la jóven, y como quien profetiza.

—¡Que nos amaremos!—respondió con altivez doña Leonor.

—No os ofendais,—dijo Tenorio, comprendiendo la causa de la altivez de doña Leonor,—si no os he dicho que os amo ya: el amor me encuentra con el corazon duro, estrujado, sin deseos; si fuérais una dama como otra cualquiera, no os hubiera dicho, nos amaremos; os hubiera dicho si me hubiérais mirado como me estais mirando.—Pasad señora, yo no puedo amaros, yo no quiero amaros, dejadme en paz.

—Es decir que creeis.....

—¡Que me amais! Sí, no sabeis lo que os sucede, estais aturdida, vuestras mejillas se coloran ó palidecen al sentir mi mirada; estoi viendo que no habeis amado nunca, que empezais á amar, que habeis nacido para amar tanto, que el amor os asusta.

—¿Y por qué don Juan, no me decís, como á otra dama cualquiera, que se encontrase en la situacion en que yo me encuentro, pasad, dejadme en paz?

—Porque..... porque en vuestra maravillosa hermosura hay algo que la engrandece; algo que está en armonía con lo que yo siento; y este algo es la altivez de la ambicion.

—Soy nieta de reyes,—dijo con un indescribible orgullo doña Leonor.

—¡Y quereis ser reina!

—Sí, reina de Portugal; mi abuelo, el duque de Viseo fué asesinado por su hermano el rey don Manuel; yo, apoyándome en vos, procurándoos los medios para ello, pediré con las armas en la mano, la corona de Portugal; ¿quereis partir conmigo, don Juan Tenorio, la muerte ó la victoria?

—¿Que si quiero embestir el peligro, luchar, marchar hácia un grande objeto? Sí doña Leonor, sí; soy vuestro, peró vos habeis de ser mia.

—Oireis mi historia; y si despues de oirla persistís en uniros á mí, soy vuestra.

—Sentaos, señora, sentaos y empezad: os escucho.

Doña Leonor se sentó junto á la mesa, apoyó en ella un brazo y en la mano la cabeza y dijo, mirando de hito en hito á don Juan:

—Oid.

Don Juan se sentó frente á doña Leonor y escuchó con atencion.

CAPITULO III.

En que empieza la historia de doña Leonor de Sese.

I.

He cumplido veinte años el dia primero de este mes de mayo.

Nací en Lisboa.

Mi padre, como os he dicho, se llamaba don Luis de Sese.

Mi madre, su esposa, que murió al darme á luz en el término preciso despues de su casamiento, se llamaba doña Margarita de Souza y Andrade.

Mi padre era alférez mayor de Portugal. Mi madre hija del almirante Souza.

II.

Desde que fuí criada, es decir, desde que no tuve necesidad de nodriza, he vivido en el convento del Espíritu Santo, de Lis-

boa, donde era abadesa doña Ana de Souza, mi tia, hermana de mi madre.

En aquellos sombríos claustros, don Juan, he adquirido la grave seriedad de mi carácter.

La sombra del claustro ha dado á mis mejillas esta blancura de cadáver.

La tristeza, su brillo sombrío á mis ojos.

Yo sufria en el convento.

Aquel era para mí un espacio muy reducido; un espacio donde me ahogaba.

III.

—Como yo en San Gerónimo de Yuste,—dijo don Juan Tenorio;—os pareceis mucho à mí, doña Leonor.

—Cómo, ¿vos tambien habeis vivido en un monasterio?

—Sí, durante un año; he salido de él hace tres dias.

—¿Y qué os llevó al monasterio, don Juan?

—Un momento de debilidad; un sueño, una vision aterradora; la idea de la condenacion de mi alma; el deseo de mi salvacion; pero yo, como vos, señora, no habia nacido para el claustro, y mi destino me ha arrancado de él, en la víspera del dia en que debia dar un paso irrevocable, ordenándome *in sacris*; ¡no, no, que se cumpla mi destino!: no lucharé con él, porque luchar contra el destino, es blasfemar de Dios, que ha señalado á cada hombre su camino sobre la tierra: ¿por qué me he de imponer yo la penitencia? ¿por qué me he de convertir en un cadáver viviente, sin voluntad y sin poder, si mis culpas no son mias, sino de mi estrella, de mi inexorable estrella, mas poderosa que yo?

—Mi destino me sacó tambien del claustro; habia nacido

hermosa, y la hermosura es un don funesto para la mujer.

—Continuad vuestra historia, doña Leonor; os escucho con toda mi alma.

IV.

Á los catorce años era, como mujer, ni mas ni menos que lo que soy ahora; y mi espíritu estaba tan desarrollado como mi cuerpo.

Sentia yo esta tristeza mortal que me devora.

Un ánsia por un objeto desconocido, que he conocido al conoceros á vos. Amaba á don Juan, sin conocer el amor. Os digo esto, porque vos conoceis demasiado á las mujeres, porque lo sabeis sin que yo os lo diga.

Puede ser que vos, en quien de repente y á primera vista he encontrado el objeto misterioso que mi alma ansiaba, causeis la mas terrible de mis aventuras; pero no importa, no me pesa el haberos encontrado; nada recelo de vos; nada temo, aunque vos no teneis ya corazon para el amor; yo amaré por vos y por mí.

—¿Y estais segura de que me amais?

—No, yo no os amo; pero vos lo habeis dicho, he empezado á amaros: decís bien, porque empezar á amar es ponerse en el camino por donde se vá al amor. Si vos sois lo que yo he imaginado, os amaré como no os ha amado otra mujer. Si me he engañado acerca de lo que en vos supongo, me desencantaré, me curaré de vos, pero viviré amando un recuerdo, un sueño, una ilusion querida y no amaré á ningun otro hombre. Ya veis que lo que yo amo ahora, lo amaba antes de conoceros; esto es, á un hermoso y magnífico fantasma, á quien creo que vos habeis dado cuerpo.

—Me parece, doña Leonor, que vais vivificando mi corazon, que empieza á latir para el amor.

—Pero para el amor unido á la ambicion.

—Tengo ya treinta y un años: en esos treinta y un años he vivido un siglo. Tengo el alma vieja, pero un cuerpo jóven; veremos si teneis poder para rejuvenecer mi alma.

—¡Oh! tomo por empeño el que renazcais jóven, lleno de vida, de esperanza y de amor por mí.

—¿Y teneis toda la voluntad necesaria para realizar un empeño casi imposible, doña Leonor?

—No me hableis de imposibles,—don Juan;—no creo en ellos. La voluntad firme y el corazon alentado, triunfan de todo. ¿No ha dicho nuestro divino Salvador que la fé basta para mudar de su asiento una montaña? Yo, oculta, pobre, jóven, rezando de noche en un cementerio sobre la tumba de mi padre, no he creido jamás imposible mi venganza; yo la esperaba, yo la ansiaba, yo soñaba con ella, la sentia acercarse, y hé aquí que mi venganza ha llegado con vos de la manera mas estraña del mundo; gracias á vuestro carácter aventurero, porque vos me vengareis, don Juan, estoy segura de ello; ¡y cuánto os amaré yo cuando me hayais vengado!

—Me amareis antes, me amareis con toda vuestra alma antes de salir de aquí: los empeños son mi existencia; yo amo las dificultades, y cuanto mas imposible es para mí un deseo, mas le adoro.

—¿Y cuándo habeis vencido el imposible, don Juan?...

—Busco otro imposible.

—¡Ah! pues para que no busqueis otro, yo seré siempre un imposible para vos.

—Mirad que os olvidais de vuestra historia,—dijo sonriendo don Juan.

—Me importa mas lo presente que lo pasado,—dijo con impaciencia doña Leonor.

—Cuidado con lo que decís, porque lo presente para vos, soy yo; y si me asegurais que os importa mas lo presente que lo pasado, el imposible habrá desaparecido para mí; porque en el breve tiempo que hace que me conoceis, me habreis amado mas que á vuestro padre, mas que á vuestra venganza, mas que á vuestra ambicion.

V.

Doña Leonor bajó su mirada, dominada por la de don Juan, y se puso vivamente encendida.

Don Juan se levantó y se puso á pasear á lo largo del aposento.

Esto era colocarse en una especie de intimidad respecto a doña Leonor.

—Me parece que estoy en mis veinte años,—dijo don Juan,—que no han existido los sucesos que por mí han pasado durante diez años; que vos sois mi Eva, á la que he encontrado en un paraiso despues de haber salido de un infierno.

—Ved, don Juan, que llamais paraiso á un cementerio.

—Pues bien; mi alma muerta ha encontrado entre la muerte su vida,—contestó ardorosamente don Juan, asiendo una mano de doña Leonor y besándosela.

Doña Leonor no retiró aquella mano que don Juan siguió cubriendo de besos.

—¡Cuenta no os engañeis! don Juan,—dijo,—¡cuenta no os suceda lo que al sediento que refresca su garganta en una fuente cristalina, y cuando ha saciado su sed se aparta de la fuente, y á los pocos pasos se olvida de ella!

—Y bien; será lo que quiera nuestro comun destino.

—Soltad mi mano; sentaos de nuevo, don Juan, y continuad oyendo mi historia.

Don Juan se sentó.

Estaba sobreescitado, pálido; miraba con ansiedad y al par con respeto á doña Leonor.

En la espresion de su semblante se notaba que estaba asombrado de sí mismo.

—El hombre es un pobre loco,—dijo en voz alta, pero como hablando para sí;—una pluma que el viento lleva, una nave sin timon que arrastra consigo el oleaje: ¡oh! la tempestad ó la calma no son nuestras, vienen á nosotros. Yo creia haber muerto ya para el amor, y siento amor, y dudo de él; y por la primera vez el amor me espanta; porque al sentirle, cuando habia renunciado á él sin dolor, creo que estoy loco.

Don Juan calló y bajó, abatido, la cabeza, por la primera vez de su vida.

Doña Leonor le miraba de una manera dominante y profunda.

Por aquel momento los papeles se habian trocado.

Quien dominaba era doña Leonor.

Quien era dominado, don Juan.

VI.

Y era que en doña Leonor se le habia presentado de repente la ambicion bajo su forma mas tentadora, mas hechicera.

Una nieta del duque de Viseo podia pretender la corona de Portugal.

El derecho era cuestionable.

Y estas cuestiones de derecho se deciden por la fuerza.

La empresa era difícil, casi insuperable.

Habia que hacerse partidarios, levantar ejércitos; para levantar ejércitos, tener oro; ¿de dónde podia sacar todo aquello aquella hermosa niña, que buscando á un fantasma habia encontrado en un cementerio don Juan?

No importaba.

Don Juan adoraba lo imposible.

Por lo mismo, como doña Leonor estaba unida á un imposible, la adoraba ya don Juan.

Y cuando un hombre adora á una mujer, no es el hombre quien domina, sino la mujer adorada.

Por eso don Juan aparecia dominado por la primera vez de su vida, ante una mujer.

VII.

—Un dia, —dijo doña Leonor, continuando su historia, —el rey don Juan fué á visitar el convento del Espíritu Santo, y me vió.

Su esposa doña Catalina de Austria, la hermana de nuestro rey, el grande emperador don Cárlos V, le acompañaba.

El rey, segun me dijo despues, se sintió enamorado de mí.

La reina se interesó tanto en mi favor, que quiso tenerme en su servidumbre.

Tres dias despues de la visita de los reyes al convento, fué al convento mi padre.

—Sus altezas, —me dijo, —nos honran demasiado; no satisfechos con proseguir engrandeciéndome, como lo habia hecho el difunto rey don Manuel, su alteza la reina quiere que vivas á su lado, en palacio, en su servidumbre: que seas su menina.

—¿Y no habeis aceptado? padre y señor, —dije con ansie-



dad; porque cada dia sentia con mas fuerza el deseo de salir del convento.

—No he aceptado, porque los vasallos no aceptan,—me contestó mi padre;—obedecen; pero he obedecido con placer, con alegría, y vengo á sacarte del convento para llevarte á nuestra casa, donde solo permanecerás el tiempo necesario para proveerte de los trajes y de las joyas que necesitas para estar dignamente entre la servidumbre de su alteza.

Aquel mismo dia salí del convento, don Juan.

Quince dias despues todo estaba dispuesto.

Mi padre se encerró conmigo en una de las cámaras de su hermoso palacio, y me dijo:

—Yo, y tú porque eres mi hija, lo debemos todo al rey don Manuel y á su hijo el rey don Juan. Tú ignoras un secreto que es necesario que sepas, para que aprecies bastante bien lo que debemos á nuestros reyes y los sirvas con todo tu amor, con toda tu lealtad. Yo no soy hijo del condestable de Portugal don Sebastian de Sese.

—¡Cómo!—respondí,—¿pues qué, no venimos del ilustre condestable y de su esposa doña Beatriz Pereira?

—No, los moribundos no mienten, Leonor;—me contestó mi padre.—Un dia, hace diez años, el condestable me llamó.

Estaba próximo á la muerte, víctima de una grave enfermedad. Se quedó solo conmigo y me dijo:

—Tú heredas mis bienes y mi nombre, pero no eres mi hijo.

—¡Qué no soy vuestro hijo, señor!—exclamé aterrado por aquella noticia.

—No, pero es lo mismo que si lo fueras, porque nadie puede probar lo contrario. Mi esposa se llevó este secreto á la tumba.

Yo no lo he revelado á nadie. Guárdalo tú y ama mi memoria, hijo mio, porque yo te he amado y te amo, como si fueras carne de mi carne, y hueso de mi hueso.

—¿Pero de quién soy yo hijo, señor?—le pregunté.

—No te lo puedo decir,—contestó mi padre;—he jurado guardar el secreto por la salvacion de mi alma y no he de perderla, faltando á mi juramento cuando estoy próximo á comparecer ante Dios.

—¿Sabe alguien ese secreto?

—Sí.

—¿Quién?

—¡El rey!

—¡El rey es mi padre!—dije aturdido.

—¡No!—me respondió el condestable con energía.

—Juradme, señor, por la salvacion de vuestra alma, que no es mi padre el rey.

—Te lo juro por la justicia de Dios, ante el cual voy á estar muy pronto. Y escucha, Luis.—Yo te maldigo desde ahora si alguna vez dices al rey que sabes que no eres mi hijo.

—¿Y no podré revelarlo á mi hija Leonor?—pregunté al condestable.

—Sí,—me contestó;—pero únicamente exigiéndola juramento de guardar el secreto.

—Morid, tranquilo señor,—dije al condestable,—que yo no mancharé vuestra memoria, faltando al secreto que me habeis confiado.

—Dios te bendiga, hijo mio, si así lo haces,—dijo don Gabriel poniendo sus manos sobre mi cabeza.

—Pero señor,—dije al condestable,—¿por qué heredo yo vuestros bienes, no siendo vuestro hijo?

—Porque así es necesario que sea para servir al rey nuestro señor, afirmando un secreto que importa mucho á su alteza. Además, yo no tengo hijos y mis parientes son mis mas encarnizados enemigos. Seria para mí un dolor terrible el que mis enemigos me heredasen; y luego, ¿no eres tú mi hijo del corazon? ¿no te amo yo como si hubieras nacido de mi esposa? ¿no te amaba, como si hubieras sido hijo de sus entrañas, aquella noble señora?—No hablemos mas de esto, Luis; dame tu postrer abrazo; besa por la última vez mi boca y déjame morir al lado de mi confesor.

VIII.

Yo,—continuó mi padre,—salí deshecho en lágrimas de la cámara donde quedaba mi padre moribundo.

Porque yo no podia considerar sino como á mi padre al generoso y nobilísimo condestable de Portugal, cuyo apellido llevo con orgullo.

Cumpliendo con la última voluntad del condestable, te exijo el juramento solemne de guardar este secreto, y arrostrar la muerte ántes que revelarle. Si yo te lo he revelado, es porque quiero que sepas cuánto debemos al rey don Manuel y á su hijo el rey don Juan, cuando vas á entrar al servicio de su alteza la reina doña Catalina.

Yo presté á mi padre el juramento que me pedia.

IX.

Al dia siguiente entré en la corte contenta, porque salia del convento; porque respiraba, porque vivia al fin en una atmósfera de grandeza.

Yo no sabia que al entrar en la córte iba á verme rodeada de peligros y que me encontraría al fin en la gravísima situacion en que me hallo.

Mi presencia en palacio causó una gran sensacion entre los que por su nacimiento podian acercarse á la corte.

El amor de ilustres pretendientes me rodeó desde los primeros dias; yo no me sentí interesada por ninguno.

Yo amaba ya á mi fantasma, á mi sueño, á mi ilusion, y ninguno de aquellos hombres personificaba mi deseo.

La altivèz con que yo rechazaba sus pretensiones, hizo que los desdeñados, cada uno de los cuales tenia soberbia bastante para creer que ninguna dama podia menos de sentirse halagada por sus pretensiones; la altivez de aquellos hombres, repito, hizo que buscasen la causa de mi frio desden para todos ellos.

Yo debia amar á alguien cuyo amor produjese en mí el orgullo que á mis pretendientes lastimaba, y no encontraron otro amante que atribuirme mas que el rey don Juan III; y no se detuvieron en la suposicion, sino que afirmaron que yo era la favorita del rey.

La calumnia, don Juan, es cobarde.

Hiere por detrás sin dejar sentir la herida.

El último que conoce la calumnia, es el calumniado.

Pero vé sus efectos sin comprenderlos.

Vé algo extraño; algo que le ofende en la palabra, en la mirada, en el trato de las gentes que le rodean.

Acaba por creer malas aquellas gentes y por despreciarlas, porque siente su mudo desprecio, y le encuentra injusto y miserable.

Pero hay siempre alguna persona caritativa que acaba por deciros que se os calumnia, y lo que de vos la calumnia dice, y

entonces comprendeis por qué es tirante el trato de las personas con las que estais puesto en contacto.

¡Oh! yo he sufrido mucho don Juan, mucho. He sido primero víctima de la calumnia, víctima despues del crímen.

He llorado mucho hasta que la desesperacion ha secado mis lágrimas, y en vez del dolor ha llenado mi corazon la venganza.

Doña Leonor inclinó la hermosa cabeza sobre su pecho y guardó por algun tiempo silencio.

Don Juan la miraba, á cada momento mas impresionado, á cada momento mas sombrío.

X.

Alzó al fin doña Leonor la cabeza, fijó en don Juan su serena y profunda mirada y continuó:

—Pasó un año sin que yo encontrase en el rey don Juan ni en la reina doña Catalina mas que una prediléccion marcada.

El rey me trataba con sumo afecto, pero de una manera tal que yo nada podia sospechar, y era la favorita de la reina que siempre me tenia á su lado.

Al fin empecé á notar que la reina me trataba con una sequedad disimulada al principio, despues ostensible.

El rey continuaba siendo para mí sumamente afectuoso.

Un dia, una de las dueñas de las meninas me dijo:

—Doña Leonor, tengo una buena noticia que daros.

—¿Y qué buena noticia es esa?—la pregunté.

—El rey que os proteje decididamente, quiere casaros con el almirante. Ya sabeis que el almirante es muy valido del rey y es jóven, como que apenas tiene treinta años, y buen mozo que no hay mas que pedir; de nobleza no hay que hablar, ni de hacienda,

porque el mismo rey no es mas noble ni mas rico que el almirante.

—Tampoco es mas noble ni mas rico que yo; y os confieso francamente que me pesará mucho de que el rey se tome interés por ese caballero; ya me ha dicho que me ama y que quiere ser mi esposo; y tanto me lo ha dicho y tanto me ha importunado, que para que me deje en paz he tenido que decirle que no le quiero por esposo, porque no le amaba ni le amaria nunca.

—Por lo cual, el almirante ofendido os llama la pequeña reina, la soberbia y no sé cuantas cosas; y como el almirante es un caballero que abulta mucho en la córte, á todos les ha parecido muy bien lo que de vos dice, y os llaman todos la reina pequeña, la soberbia y qué se yo cuántas cosas mas.

—Dejadlos que digan lo que quieran mientras no digan cosa que empañe mi honor.

—¡Oh! ¿y quién se atreverìa á ello, que el rey no le castigase?

—Bastaria con que le castigase mi padre.

—El almirante, que no desiste, se ha amparado del rey; y como el rey no ve mas que por los ojos del almirante, ha tomado á su cargo el que seais esposa de su favorito; pero el rey quiere hablaros de este negocio á solas.

—¡Á solas! ¿y por qué?

—Porque como ya una vez habeis desdeñado al almirante y lo sabe todo el mundo, el almirante no quiere que haya nadie que conozca un nuevo desden vuestro, y para ello será necesario que el rey venga esta noche á veros secretamente á vuestro aposento.

Yo no pude comprender que el rey me tendiese un lazo.

No cabia en mi cabeza tal villanía.

Creí buenamente que el rey no pretendia otra cosa que conquistarme para el almirante, y yo no podia negarme á escuchar al rey.

XI.

Á la media noche, la dueña, la miserable dueña, llevó en secreto á mi cuarto al rey, y apenas entró cerró la puerta.

El rey se desembozó de la capa en que iba envuelto, se quitó el antifaz que le cubria el rostro, arrojó su birrete y su capa sobre un sillon y se me dejó ver engalanado, con un traje riquísimo.

Yo me apresuré á presentar un sillon al rey y permanecí de pié á una distancia respetuosa.

—Acercaos y sentaos, doña Leonor,—me dijo.

—Yo no puedo, yo no debo sentarme delante de mi rey,—respondí algo alarmada,—porque la espresion de los ojos del rey era demasiado elocuente.

—Yo no soy en este momento vuestro rey, hermosísima Leonor,—dijo don Juan,—sino vuestro amigo.

—Yo no he recibido aquí,—le contesté con altivez,—á un amigo; yo no he hecho mas que obedecer al rey mi señor, que me ha mandado le espere esta noche para hablarme de no sé que pretensiones del almirante.

—Del almirante hablaremos, pero en segundo lugar.

—Yo no oiré mas que al rey, mientras me hable como rey.

—Bien dicen los que os llaman la reina pequeña.

Yo guardé silencio.

—¿Qué os espanta en lo que yo pretendo?—dijo el rey.

—Yo no sé lo que pretendeis, señor, porque no puedo comprender á un rey que pretenda, sino á un rey que mande.

—Apartemos, apartemos á un lado al rey,—me dijo don Juan de Portugal con impaciencia;—aquí no hay mas que un hombre.

—Pues que el hombre salga inmediatamente, porque yo ni puedo, ni debo, ni quiero estar encerrada á la media noche con un hombre.

—Este hombre os ama, Leonor; este hombre está loco por vos y debeis comprender que está loco y resuelto á todo, cuando se atreve á hacer lo que hace,—me dijo el rey levantándose.

—Si dais un solo paso hácia mí,—dije con toda la energía de mi pudor, de mi dignidad, de mi altivez, de mi cólera;—gritaré.

—¡Que gritareis!—dijo el rey permaneciendo inmóvil junto al sillon.

—¡Sí!—respondí, dirigiéndome rápidamente á un balcon y abriéndole;—gritaré de tal modo, que me oirán, que acudirán, que sabrán que el hombre por quien grito, es vuestra alteza, que se ha introducido alevosamente en mi cuarto.

—¡No griteis, doña Leonor, no griteis, evitemos un escándalo!

—Pues salid vos de aquí esta noche, que yo os lo juro, saldré mañana de palacio; y si es necesario, de Lisboa y aun de Portugal.

—¿Y para qué? hablemos tranquilamente Leonor; creerian que habíais caido en desgracia; no que os íbais, sino que se os enviaba.

—¡Yo! ¿y qué me importa á mí caer en desgracia, porque no quiero caer desde lo alto de mi honra, á un abismo de infamia?

—¡Ah! es que yo no pretendo infamaros.

—¡Que no pretendeis infamarme y quereis hacerme vuestra manceba!

—Quiero que seais mi alma, mi vida, mi luz, mi gloria.

—¡Envileciéndome!

—El almirante pretende casarse con vos, y si vos quereis, sereis su esposa dentro de quince dias.

—¡Salid!—dije indignada al rey;—¡salid ó grito! ¡grito vive Dios, y que sobrevenga en buen hora un escándalo que vos, solo, tendreis que deplorar! ¡Salid al momento! ¡Yo os creia loco, pero me he engañado! ¡Sois un villano, un miserable!

Pasó algo terrible por el rey don Juan, y yo me aterré y corrí al balcon.

—¡Esperad!—dijo, haciendo un violento esfuerzo para dominarse.—¡No griteis! voy á salir; pero no salgais vos de palacio, porque para salir tendreis que revelar la verdad á vuestro padre: vuestro padre, le conozco bien, se irritará, cometerá alguna insensatez, y el hombre se convertirá en rey para cortar la cabeza del rebelde. Adios, Leonor, os juro que sereis mia, ó que por lo menos, todo el mundo creerá que lo sois.

Y salió.

XII.

—De todo esto se desprende,—dijo don Juan,—que hay reyes que se olvidan tanto de que lo son, que no merecen que un caballero los castigue por su mano, sino que los haga dar de palos por mano de sus lacayos.

—¡Ah, don Juan!—dijo doña Leonor;—aquella fué la primera amargura que he sentido, y que por terrible que fué debia ser seguida de otras mayores: yo quedé aturdida, aterrada: el rey habia dicho bien: para salir yo de la servidumbre de la

reina, necesitaba revelarlo todo á mi padre: mi padre hubiera hecho entonces lo que hizo despues: el rey le hubiera matado antes: me ví obligada á callar: al dia siguiente el rey me trató como de costumbre, con afecto, y la reina se mostró mas séria que otras veces: asi pasó algun tiempo: yo notaba mucha mas tiesura en todos los que me hablaban; mayor seriedad en la reina, de dia en dia: yo me volvia loca, no sabia á qué atribuir aquello; especialmente una de las damas de la reina, doña Estefanía de Silva Carbalho y Meneses, me trataba de una manera agresiva.

XIII.

—¡Doña Estefanía de Silva Carbalho y Meneses!—exclamó don Juan.

—¿La conoceis?

—La he oido nombrar; alcanza cierta fama dentro y fuera de Portugal, por una singularidad que, segun me han dicho, se advierte en ella.

—Sí,—dijo doña Leonor;—esa singularidad consiste en que siendo como era, por el tiempo en que yo estaba en palacio, una mujer de cincuenta y cuatro años, solo parecia contar veinticinco: Satanás la ha dado una juventud que no se marchita, que resiste al tiempo, y una gran hermosura; pero tratándola de cerca se conoce que es vieja; porque su malvada alma es viejísima y sale á través de su mirada.

Esta miserable habia sido amiga del rey don Manuel; habia criado al rey don Juan; tenia sobre él un ascendiente infinito y lo dominaba todo.

Ella era realmente el rey de Portugal.

Pero desde que yo entré en palacio, doña Estefanía empezó á encontrar al rey difícil y rebelde á sus insinuaciones.

Don Juan estaba dominado por una sola idea; por la de obtenerme.

Habia contado con el almirante para llevar á cabo á un tiempo un sacrilegio y una infamia; esto es, para cubrir con el sacramento del matrimonio, sus amores conmigo; y el almirante se le habia mostrado sumiso, pero no de balde.

La influencia del almirante, que era enemigo á muerte de doña Estefanía, eclipsó la influencia de esta sobre el rey.

Doña Estefanía que sabia que yo era la causa de su desgracia, se hizo mi enemiga mortal, y para que fuese espulsada de palacio me indispuso con la reina, haciéndola conocer calumnias que acerca de mí se propalaban en la córte.

Pero el rey me sostenia á todo trance, y la reina se veia reducida á mantenerme en su servidumbre.

XIV.

Una tarde en que paseaba yo triste y sola por el jardin de palacio, doña Estefanía me salió al encuentro.

Yo habia mirado siempre con reserva aquella mujer, porque causaba en mí una repulsion infinita.

Al verla bajé la vista para pasar junto á ella sin saludarla y sin verme obligada á hablarla, fingiendo que no la habia visto; pero doña Estefanía no me lo permitió: se dirigió rectamente hácia mí y me saludó sonriendo y de la manera mas afectuosa.

—Estais muy triste, hija mia,—me dijo;—y vuestra tristeza me aflige porque conozco la causa. Todas las que hemos vivido mucho tiempo en la córte, hemos pasado alguna vez por la situacion en que os encontrais, y sabemos cuánto se sufre en es-

tas situaciones; pero esas nubes, doña Leonor, pasan, las desvanece el sol de la virtud, y llega un dia en que todo el mundo conoce que hemos sido calumniadas, y se nos hace justicia. Tambien de mí dijeron que fuí manceba del rey don Manuel.

—¡Qué decís de calumnias y de mancebas, señora!—esclamé demudada por la indignacion y por la cólera.

—Cómo se conoce,—me dijo doña Estefanía sin perder su aplomo,—la sangre de reyes que corre por vuestras venas.

—No sé si en mi familia ha habido algun rey,—respondí;—pero lo que sé es que mi sangre tiene bastante nobleza, bastante dignidad para rechazar y castigar una injuria.

—No hay que remontarse mucho,—me dijo aquella infame mujer,—para encontrar un rey en vuestra familia. Vos, doña Leonor, sois nieta, aunque bastarda, del duque de Viseo, á quien mató por sus mismas manos, por traidor, segun dicen, aunque no está claro, el rey don Juan el Segundo, su primo.

—¡Qué decís, de bastardía y de traicion en mi familia!—esclamé desesperada.

—Tranquilizaos, doña Leonor; nadie sabe este secreto mas que yo; sola yo puedo probar que vuestro padre es hijo del duque de Viseo, y que el condestable de Portugal y su esposa hicieron un gran servicio al rey don Manuel, haciendo pasar por hijo legítimo suyo á vuestro padre. En esto, el rey don Manuel, tenia un gran interés; el de quitarse de encima, sin cometer un crímen, á un hijo bastardo del duque de Viseo, que pudiese servir de pretesto á los nobles descontentos y ambiciosos, para una rebeldía.

—¡Pero la prueba, la prueba de todo eso!

—La prueba es una carta del duque de Viseo, á su amiga Inés de Pomar, en que reconoce por hijo suyo á un niño que se

criaba en una aldea del Alentejo. El rey don Manuel habia recibido un legado del rey don Juan el Segundo. Este legado era el hijo bastardo, habido por el duque de Viseo en doña Inés de Pomár. La disposicion secreta en que don Juan II hacia este legado á su primo el rey don Manuel, encerraba dentro de sí el consejo siguiente: El condestable de Portugal don Gabriel de Sese, es un caballero de los buenos, y su esposa una santa: los dos serian capaces de dejarse quemar vivos por su rey. Ese niño que pongo en vuestras manos puede ser legitimado por el condestable y por su esposa; y con esto descansará mi alma y vos estareis seguro de de que un dia pueda servir ese bastardo para una rebelion. Doña Inés de Pomar es mujer que si se la casa bien y se la hereda, entregará la carta de reconocimiento de su hijo, del duque de Viseo. Vos hareis lo que os encargo, porque os conviene.

—¿Y quién tiene esa carta de reconocimiento del duque de Viseo, y esa disposicion secreta del rey don Juan II?

—Yo,—me contestó doña Estefanía.

—¡Vos!—esclamé.

—Sí; yo por aquel tiempo tenia la edad que represento ahora, es decir, veinticinco años, y se decia de mí lo que ahora se dice de vos.

—¿Y qué se decia de vos entonces, señora? dije alentando apenas.

—¡Que era la querida del rey!

XV.

Sentí el frio de la muerte.

La necesidad de exterminar aquella mujer infame, me atormentaba de una manera horrible.

Pero me habia hecho gravísimas revelaciones, y aunque entonces solo contaba yo quince años, tuve bastante reflexion para dominar mi cólera y seguir escuchando á aquella mujer.

—Pero nadie creerá esa calumnia,—la dije.

—Todo el mundo lo cree,—me contestó:—se ha visto salir una noche de vuestro aposento al rey, en una hora muy avanzada.

—¡Salia rechazado por mí!

—En palacio se vé todo y se pretende saber todo; pero muchas veces se sabe mal. No importa; la envidia da por hecho lo que desea haya sido, y la calumnia nace. Á mi tambien me calumniaban, doña Leonor. Decian que yo era la querida del rey. ¡Mentira! yo era la reina del rey y del reino; y una mujer así, no es la manceba, es la dueña. Yo, que he criado al rey don Juan III, he seguido siendo la reina de Portugal; ó mejor dicho, el rey; pero vos, sin quererlo, os habeis puesto en medio de mi camino, el rey os ama, el almirante se presta á cubrir un dia los amores del rey con vos, y me ha destronado. Me estorbais, os conviene y me conviene á mí, salir de palacio. Estais vendida; yo sé que vuestra honra está sin mancha, pero mañana, puede no estarlo.

—¡Y esa calumnia, esa horrible calumnia! exclamé.

—Yo haré que se desvanezca completamente; además, que vuestra salida de palacio, por vuestra voluntad, bastará para desvanecerla; porque cuando se ha sucumbido al amor de un rey, no se deja voluntariamente el poder que da el amor de un rey.

—¿Tendreis alguna dificultad en que mi padre conozca esos papeles que prueban que es hijo del duque de Viseo?

—Ninguna, doña Leonor, ninguna. ¿Para qué, prevaliéndome del dominio que tenia sobre el rey don Manuel, habia yo

de haberme apoderado de esa carta de reconocimiento del duque de Viseo, y de esa disposicion secreta del rey don Juan II, sino para que me sirviese en su dia?

—Pues bien, decidme dónde podré yo encontraros, acompañada de mi padre.

—Esta noche á las nueve, en mi cuarto: avisad á vuestro padre; id vos con el pretesto de una visita.

—Iremos,—dije estrechando la mano de aquella mujer, con la espresion del ódio.

Y me separé de ella.

XVI.

Hice llamar á mi padre y cuando llegó le dije:

—Esta noche, para un asunto gravísimo, id á las nueve, padre mio, al cuarto de la camarera mayor.

Mi padre me preguntó, pero yo me obstiné en callar.

Á las nueve de la noche, mi padre y yo, estábamos en el cuarto de doña Estefanía.

Mi padre lo supo todo con una sorpresa y una cólera semejantes á las mias cuando lo supe.

Mi padre pidió la prueba á doña Estefanía y esta se la presentó. Mi padre no pudo tener duda.

Aquellos papeles estaban tan autorizados, que constituian una prueba completa.

Mi padre quiso apoderarse de aquellos papeles; pero un hombre terrible, un miserable, que estaba oculto en la habitacion de doña Estefanía, asió á mi padre por detrás y le sujetó.

Mientras mi padre luchaba, doña Estefanía tuvo tiempo de recobrar aquellos papeles y de desaparecer con ellos.

Entonces el hombre que sujetaba á mi padre huyó por otra puerta y la cerró tras sí; pero yo habia reconocido á aquel hombre.

Mientras luchaba con mi padre, le habia yo arrancado el antifaz que le cubria el rostro.

Aquel hombre se llamaba Gaston de Riveira, y era camarero del rey; su camarero de confianza, por el que, doña Estefanía sabia todo lo que pensaba el rey.

XVII.

Mi padre comprendió que en aquella situacion nada podia hacer que no fuese un escándalo inútil.

Se dominó, me asió de la mano y se fué conmigo á la cámara del rey, á quien pidió una audiencia del momento para sí y para mí.

El rey nos recibió inquieto.

—Señor,—le dijo mi padre con la voz trémula que dejaba conocer su cólera mal contenida;—mi hija no puede permanecer en palacio, ni yo puedo permanecer en el reino: nos desterramos voluntariamente y yo pido á vuestra alteza su licencia escrita para salir de Portugal, á fin de que nadie pueda impedirme el paso.

El rey no contestó.

Fué á su mesa y de su puño y letra escribió la licencia que permitia á mi padre salir de Portugal.

Pero al dar á mi padre aquella licencia, ví yo un relámpago de muerte en sus ojos; me estremecí.

Mi padre, apenas tuvo la licencia del rey en la mano, salió de la camara del rey, luego de palacio y me llevó á nuestra casa.

XVIII.

Apenas nos quedamos solos en ella, me dijo:

—Esto es cosa concluida; no podemos vivir en Portugal; no podemos seguir gozando la herencia del Condestable; voy á hacer renuncia de todos sus bienes en sus parientes; en aquellos á quienes lo que poseia el Condestable, hubiera ido si hubiera aparecido al morir, sin hijos; para trasladarme á donde se encuentre el rey de España, pediré dinero prestado á mis amigos, y malo será que el noble rey don Cárlos no dé un oficio con que pueda vivir á su lado el que con tanta honra ha sido alférez mayor de Portugal.

—¿Y por qué, padre,—le dije,—no ser un digno nieto del duque de Viseo, cuando el rey ha pretendido ofenderos en vuestro honor?

—¡Si otro que tú,—me dijo severamente mi padre,—me aconsejase una rebeldia, una traicion indigna, su consejó seria para él la muerte, en el mismo momento que me lo diese! ¡no insistas Leonor, borra de tu pensamiento, hasta el recuerdo de esa idea, porque podria olvidarme de que eres mi hija!

Temblé y callé.

—¡No! el que el rey haya sido villano para conmigo, no disculpa el que yo me vuelva traidor contra mi rey. Un vasallo que estima su honra, se desnaturaliza, pero no incurre en traicion. Dentro de ocho dias habré hecho cuanto tengo que hacer, y partiremos á España.

XIX.

Aquellos ocho dias, que pasé retirada en mi aposento, sin ver á nadie, fueron para mí, ocho eternidades.

Mi padre, á pesar de que habia enfermado, y de que se quejaba de algunos dolores de cabeza, dolencia que le habia sobrevenido al quinto dia de mi salida de palacio, se obstinó en partir al noveno.

Partimos. Ibamos solos en un coche, sin mas escolta que cuatro criados.

Durante el camino, la dolencia de mi padre se agravó, y sin embargo, no permitió detenerse.

Le tardaba salir de Portugal.

Llegamos al fin á la frontera.

Mi padre estaba ya gravemente enfermo, y sin embargo quiso seguir adelante, caminando de dia y de noche.

XX.

Una noche, muy tarde ya, atravesábamos este pueblo, cuando la enfermedad aguda que mi padre sentía, no le permitió ya obstinarse en seguir adelante.

—¡Me muero, hija mia!—me dijo,—y al sentir la muerte me asalta una horrible sospecha. He sido envenenado.

—¡Envenenado! ¡Señor!—esclamé.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Envenenado! Siento fuego en la cabeza y en el corazon; ¡que paren! que llamen á cualquiera de esas casas: quiero morir al menos, con los auxilios de la religion.

Paró el coche, y uno de los lacayos llamó á la primera puerta que encontró á mano.

Abrieron, y el lacayo pidió al que habia abierto, hospitalidad para un enfermo, por todo el dinero que quisiese.

Aquel hombre se apresuró á aceptar.

Mi padre fué llevado por los lacayos á aquella casa que, pegada á la iglesia, servia de habitacion al sacristan.

Media hora despues de haber sido puesto mi padre en un lecho, y en el momento en que entraba el médico del pueblo, murió.

Al dia siguiente fué enterrado en la tumba junto á la cual me habeis visto, don Juan, llorando y rezando.

XXI.

—¿Y cómo es,—dijo Tenorio,—que las gentes de la posada os creen un fantasma? ¿pues qué, no se sabe en el pueblo que vos, despues de la muerte de vuestro padre, os habeis quedado en él?

—No, don Juan, no. Mi residencia en el pueblo es un misterio que solo conocen el cura párroco y el sacristan. Yo habito, ó por mejor decir, habitaba, porque no pienso volver á él, en un cuarto de la torre de la iglesia, que hacia mucho tiempo estaba deshabitado por el terror que causaba la tradicion de haber vivido en él, no se sabe cuando, un hombre poseido por el diablo.

—¿Y habeis tenido valor para vivir en ese aposento?—dijo sonriendo don Juan.

—¡Y qué importa á un fantasma vivir donde ha vivido un endemoniado!—contestó sonriendo tristemente Leonor, y luego continuó:

—Voy á esplicaros cómo puede ser el que yo resida en un pueblo, donde todo se sabe sin que nadie sepa que yo resido en él.

La muerte de mi padre, al par que me inspiró una ardiente sed de venganza, me inspira tambien el temor de que si no me perdia un nuevo crímen, ejecutado sobre mí, me impidiese llegar á mi venganza. Yo no tenia duda, ni la tengo, de que el matador de mi padre era el rey de Portugal.

No he podido olvidarme de la mirada sombría, amenazadora, lúgubre; de la mirada de muerte que ardió en sus ojos la noche en que mi padre, fué á pedirle licencia para salir de Portugal.

Yo tengo la certeza, me lo dice mi corazon, de que el rey pretendia privarme del apoyo de mi padre, para tenerme sin amparo, bajo su poder.

Yo estoy segura de que el rey no contaba con que mi padre saliese vivo de Portugal.

—Y, decidme Leonor,—observó don Juan,—¿no es mas fácil suponer que la autora de ese crímen, fué doña Estefanía?

—No, porque doña Estefanía no podia querer que yo me encontrase desamparada haciendo mas fáciles al rey, sus proyectos sobre mí.

—¿Y no podia suceder que doña Estefanía lo haya preparado todo para que vos creais que el rey es el asesino de vuestro padre? El rey don Juan III puede haberse olvidado de quién es, por el amor que le inspirásteis; porque la mujer tiene el privilegio de volver loco al mas cuerdo: los delitos del amor no infaman; pero el asesinato, sí. Don Juan III, Leonor, ha probado que es un noble rey. Además, ¿no podia estremecer á doña Estefanía el temor de que vuestro padre pretendiese apoderarse á toda costa de los papeles que probaban su descendencia del duque de Viseo?

—¡Sea como quiera!—dijo doña Leonor;—el rey, pretendiendo hacerme su manceba, ha sido la causa de la muerte de mi padre. Aborrezco al rey: le aborrezco de muerte, y luego, soy nieta del duque de Viseo, asesinado por don Juan II; y por derecho de herencia, por don Juan II, es rey de Portugal don Juan III. Mi sangre es enemiga de la suya. Mi venganza será arrojarle del trono para colocarme en él, no sé cómo; pero si no llego á ser reina de Portugal, no me creeré nunca vengada.

—Lo intentaremos, Leonor.

—Y si vos retrocedeis, lo intentaré yo sola.

—Yo no retrocedo jamás,—dijo don Juan.

—Lo creo, y porque al veros lo he comprendido, os amo desde que os ví.

—Continuad; decidme cómo habeis vivido completamente desconocida en la habitacion del poseido por los diablos.

—El cura párroco de este pueblo es un varon justo y sábio; un aciano venerable, que se ha retirado del ruido de las grandes ciudades para venir á pasar en una aldea una vida tranquila y pura.

El sacristan Rui Perez, viejo tambien, y soltero, es el mejor hombre del mundo. Yo revelé, bajo sigilo de confesion, á don Pedro de Illescas, que es el cura párroco, la situacion en que me encontraba, y mi temor de ser víctima de una nueva maldad. Don Pedro convino conmigo en que era de todo punto necesario el que yo desapareciese de una manera tal que no se supiese lo qué habia sido de mí.

Se hizo conocer el secreto á Rui Perez, y éste se acordó del cuarto del endemoniado.

Para evitar que aquel cuarto trajese sobre mí algun maleficio, don Pedro exorcisó al espíritu que en aquel cuarto se albergaba por si existia; roció las paredes, el suelo y el techo con agua bendita, y bendijo aquel espacio.

Ya se podia vivir sin temor en él: estaba purificado. Yo, por mi parte; dije á los criados que nos habian acompañado, que dispusiesen la partida para el dia siguiente.

Pero mil cruzados de oro que habia sacado mi pobre padre de Portugal los entregué á don Pedro, escepto una pequeña cantidad que llevé conmigo.

El sacristan Rui Perez salió del pueblo sin ser visto de nadie

la noche antes del dia en que yo debia partir ostensiblemente del pueblo.

Se habia convenido en que cuando el coche llegase á una cruz de piedra que estaba á una legua del pueblo, en el camino, en direccion al interior de España, yo bajaria del coche, le mandaria retroceder, adelantaria sola, y á un cuarto de legua tomaria por un camino de atraviesa, situado á la izquierda.

Así se hizo: al dia siguiente, delante de una multitud de curiosos del pueblo, me despedí del cura, entré en el coche y partí.

Cuando llegué á la cruz de piedra hice detener el carruaje y llamé junto á mí á los cuatro criados que me escoltaban: dí á cada uno veinticinco cruzados, otros tantos al mayoral y al zagal; les manifesté que iba á adelantar sola y les mandé que se volviesen.

Resistieron por interés mio, pero yo me mantuve firme y obedecieron.

Me senté al pié de la cruz y el coche se volvió llevando tras sí á los cuatro criados en direccion á la frontera de Portugal.

XXII.

No podeis figuraros, don Juan,—continuó doña Leonor, despues de una breve pausa,—cuán dolorosa fué mi amargura cuando habiendo desaparecido el carruaje y los cuatro lacayos en una vuelta del camino, me encontré sola en el mundo.

Nadie pasaba.

Parecia que me encontraba en una naturaleza desierta. Era preciso llegar al sitio donde me esperaba el buen Rui Perez.

Me levanté de las gradas de la cruz y seguí el camino.

Yo no estaba acostumbrada á andar y tardé una hora en recorrer el cuarto de legua que habia desde la cruz á la entrada del camino de travesía que debia tomar.

Durante aquella hora no vi una sola persona; ni durante otra que invertí en llegar al principio de un monte espeso de encinas, al que conducia la senda.

Á la entrada de aquel monte encontré á Rui Perez que me esperaba con un asno.

—Gracias á Dios, señora, que habeis llegado; yo creia que os habia sucedido algo cuando tardábais tanto.

—No amigo mio,—le dije,—es que ando muy despacio; que me canso.

—Pues entrémonos en el monte y descansad; nos tenemos que pasar aquí el dia, y bien embreñados, para que nadie nos vea; pero no le hace, yo traigo buenas provisiones en las alforjas, y hace muy buen tiempo: al oscurecer nos pondremos en camino por uno muy estraviado, por el que se da un gran rodeo y llegaremos á la media noche cuando todo el mundo está durmiendo en el pueblo y nadie nos pueda ver.

Así se hizo, y aquella noche, habiendo entrado en el pueblo sin ser vista de nadie, dormí ya en la habitacion de la torre de la iglesia, donde se habian puesto algunos muebles.

Allí he vivido ignorada cinco años.

—Rui Perez vive solo en la sacristia; él me cuida, él es mi cocinero, mi criado, mi amigo; nadie vive con él; los monaguillos, cuando suben á repicar á la torre pasan muy de prisa y haciendo la señal de la cruz por delante de la puerta del cuarto del endemoniado, temerosos de que éste salga y los coja.

Si alguna vez han oido el ruido de un mueble, un estornudo,

una tos, han creido que era el endemoniado, y han bajado á escape las escaleras.

Hé aquí por qué cuando alguna vez me han visto desde las ventanas de las casas que lindan con el cementerio, á las doce de la noche arrodillada junto á la tumba de mi padre, y vestida de negro, han creido que yo era un fantasma.

Y yo no bajo á las doce de la noche porque la media noche sea ó no la hora de los aparecidos, sino porque á aquella hora murió mi padre.

Ya sabeis mi historia, don Juan; ahora desearia que me dijéseis cómo es que os encontrais aquí.

—He amado mucho, he sufrido mucho, me he horrorizado de mi suerte, he querido vencerla y me he acogido al claustro donde he estado un año; mi destino ha podido mas que yo y me ha arrojado del claustro la víspera del mismo dia en que debia pronunciar unos votos irrevocables.

Despues, y felizmente, he tropezado con vos Leonor; hé aquí mi historia entera.

Calló don Juan, y doña Leonor guardó silencio por algun tiempo.

XXIII.

El reló de la iglesia dió las tres de la mañana.

—¿Á qué hora amanece, don Juan?—dijo doña Leonor:—os pregunto esto, porque cuando amanece estoy durmiendo yo mi primer sueño y no me levanto hasta bien entrado el dia, hora en que Rui Perez me avisa para traerme el almuerzo.

—En el convento,—dijo don Juan,—nos obligaban á levantarnos antes del alba; por esa razon sé que amanece á las cinco.

—Faltan, pues, dos horas para el dia.

—Sí.

—Podemos, pues, volver al cementerio.

—¿Y para qué?—dijo don Juan.

—Qué, ¿no quereis que rece yo por la última vez por ahora sobre la tumba de mi padre, ni deseais ver el triste aposento donde he pasado cinco años enterrada en vida?

—Sea, doña Leonor,—dijo don Juan levantándose y abriendo la ventana.

Don Juan hizo que doña Leonor abrazase su cuello; rodeó su cintura como habia hecho para subir, pero en la mitad del descenso sonó un beso seguido de un lijero grito.

Poco despues doña Leonor y don Juan estaban arrodillados junto á la tumba del alférez mayor de Portugal don Luis de Sese.

Al fin don Juan entró siguiendo á Leonor por aquella pequeña puerta junto á la cual habia esperado la salida de una fantasma.

CAPÍTULO IV.

De cómo el buen Ruí Perez tuvo algo de qué maravillarse y de cómo fué necesario descerrajar la puerta del cuarto de la posada para que entrase en él don Juan, con otros particulares.

I.

Amaneció Dios.

El buen Rui Perez dejó su fementido lecho, se puso su sotana y su bonete, se fué á la parte baja de la torre, asió una cuerda que pendia del techo, tiró de ella y retumbó el toque de misa.

Despues, Rui Perez abrió la puerta de la iglesia y se fué á la sacristía, y preparó el terno y el servicio del altar.

II.

Era Rui Perez un hombrecillo, á lo mas de cuatro piés de estatura, delgadísimo hasta el punto de que su sotana parecia puesta sobre un palo, de semblante benévolo y cándido con grandes narices acaballadas, ojos grises, pequeños y tímidos, y larga cabellera blanca como la plata, porque rayaba ya en sus sesenta años.

Poco despues llegó el cura.

Don Pedro de Illescas, graduado en la celebre Universidad de Salamanca, sábio doctor que habia gozado de una gran reputacion en el mundo hasta que se retiró al silencio de una aldea, era un noble señor de la misma edad que Rui Perez, pero de aspecto magestuoso, aunque sencillo.

La virtud y la grandeza rebosaban de él.

Se revistió y salió á decir misa.

Despues de dicha la misa entró en la sacristía, se despojó, se puso los hábitos y se fué al confesonario.

Rui Perez, con sotana y bonete, cogió una cesta y se fué á hacer su compra diaria.

—Yo no sé cómo no estais gordo,—le dijo el tio Pedralva, el carnicero;—os llevais avío para una familia, y bueno: ¿qué diablos haceis de lo que comeis?

—Es que no me presta,—contestó sonriendo cándidamente el sacristan.

—¡Y llevais caza y pescado!—dijo el tio Pedralva.

—Es que el tio Barbas estaba con algunos pares de perdices en la plaza y han llegado truchas frescas.

—Buena vida os dais, señor Rui Perez; por fuerza os habeis encontrado enterrada una olla de dinero.

Puede ser,—dijo Rui Perez;—quedad con Dios, tio Pedralva, y hasta mañana.

III.

El sacristan se volvió á la iglesia, y como ya habia acabado de despachar los penitentes en el confesonario, don Pedro, éste se fué á su casa y el sacristan cerró la iglesia.

No tenia que abrirla ya hasta el dia siguiente.

Rui Peréz se consagró, pues, por completo á sus quehaceres domésticos, y á las ocho de la mañana subia por las estrechas escaleras de caracol de la torre, llevando en una tabla una cazuela de sopas de tomate con huevos, y sobre la cazuela un plato con truchas fritas. Como á la mitad de aquella estrecha escalera de caracol de piedra, se detuvo junto á una puerta estrecha y baja, y llamó á ella con una rodilla, á falta de las manos de que no podia valerse porque las tenia ocupadas con la cazuela.

Pero nadie respondió á su llamamiento.

Dejó la tabla con la cazuela y el plato sobre un peldaño de las escaleras, y llamó con fuerza á la puerta con la palma de la mano.

Tampoco respondieron.

—Á estas horas está despierta siempre,—dijo el buen Rui Perez, poniéndose pálido;—¿habrá sucedido algo á la señora?

Y llamó con el puño.

—¡Esperad!—dijo desde dentro una voz de hombre, que hizo en Ruiz Perez un efecto terrible:—¡he oido desde la primera vez que llamásteis! y á seguida oyó Rui Perez el ruido de unas espuelas.

Es decir, no sabemos si oyó; porque se habia quedado inmóvil como una estátua.

La puerta se abrió y apareció ante el asombrado, ante el estático Rui Perez, don Juan.

Si hubiera tenido la cazuela en las manos, la hubiera dejado caer.

IV.

—Entrad, entrad buen hombre,—dijo don Juan;—ya os esplicaremos esto y vereis que nada tiene de particular.

—¿Cómo que nada tiene de particular,—dijo Rui Perez,— el que yo me encuentre un hombre en la habitacion de doña Leonor?

—Hablad, hablad mas bajo; ha pasado una noche muy agitada y está durmiendo.

En efécto, doña Leonor dormia de una manera profunda; pero completamente vestida, sobre un modesto lecho.

Un rayo de sol que penetraba por una alta claraboya con una especie de pequeño roseton caladó, cerrado con cristales de colores, única abertura del muro por donde entraba la luz en aquel cuarto de piedra cerrado y abovedado; un rayo de sol, repetimos, bañaba el dormido semblante de doña Leonor, proyectando en él los colores de los vidrios por los cuales pasaba, sin despertarla.

Las anchas trenzas negras de la jóven, desordenadas, medio velaban su semblante que estaba iluminado por una leve sonrisa que parecia el reflejo de un sueño de felicidad.

V.

Rui Perez entró con miedo sin olvidarse de recoger la tabla en que estaban la cazuela y el plato que habia dejado sobre el escalon, y los puso sobre una silla.

—Yo no entiendo esto,—dijo todo aturdido,—pero yo la traia el almuerzo.

—Bien, almorzaremos; así como así yo tengo muy buen apetito, señor Rui Perez.

—¡Sabeis como me llamo yo!—dijo el sacristan, cuya voz temblaba todavía.

—Doña Leonor me ha hablado de vos con mucho afecto, amigo mio.

—Pero ¿cómo y dónde habeis conocido á doña Leonor?

—Junto á la sepultura de su padre.

—¿Sereis vos el endemoniado que murió en este aposento, segun dicen unos, ó que desapareció, segun otros, en medio de una tormenta?

—En cuanto á endemoniado, puede ser que yo tenga algun demonio en el cuerpo, —contestó don Juan;—pero lo que os puedo asegurar es, que no soy ese endemoniado que dicen y que no me he muerto nunca. ¿Sabeis vos si hay algun muerto que tenga gana de almorzar?

—Yo no entiendo esto, yo no entiendo esto,—dijo Rui Perez acabando de poner la mesa, con mantel, servilletas y cubiertos que habia sacado de su cajon;—pero yo estoy malo, muy malo; esta sofocacion me va á costar una enfermedad.

VI.

En aquel momento despertó doña Leonor, se incorporó, y al ver que aun estaba allí don Juan, y que le habia visto Rui Perez, se enrojeció vivamente.

Luego se levantó del lecho y se puso de pié.

—Ello al fin,—dijo,—era necesario que lo supiéseis, Rui Perez; este caballero es mi esposo, ha venido á buscarme y esta noche partiremos á Portugal.

—¡Ah!—dijo cándidamente Rui Perez;—¿este caballero es vuestro esposo? eso es ya distinto. Que sea por muchos años, pero yo os creia, y os creia tambien doncella, don Pedro.

—Es un secreto que he guardado,—dijo doña Leonor.

—¡Ah! si, bien, ¡eso es distinto!—dijo Rui Perez,—pero ¿por dónde ha entrado aquí vuestro esposo?

—Por el cementerio,—dijo doña Leonor.

—¿Pero por dónde ha entrado en el cementerio?

—Por el aire,—dijo don Juan,—ó por una puerta, ó por una ventana.

—¡Ah! ya, ¡sí!—dijo Rui Perez que ya se habia serenado, sonriéndose;—por la ventana del meson; pero si quereis volveros al meson no podreis volver á entrar por la ventana, porque hay otras ventanas que dan al cementerio, y os verán subir.

—Entraré en el meson por la puerta.

—¡Ah! de ese modo ya lo entiendo; y ¿habrá bastante almuerzo aquí para los dos?

—Sobrado,—dijo doña Leonor,—porque yo apenas tengo ganas.

—El comer y el rascar, todo es empezar. Voy, voy por el pan, por el vino y por la fruta.

Y Rui Perez salió y bajó por las escaleras murmurando:

—¡Válgame Dios! ¿y por qué no nos habrá dicho á don Pedro y á mí, que era casada?

VII.

—Mi honra está en vuestras manos, don Juan,—dijo doña Leonor;—vos me habeis jurado ser leal á mi amor; me habeis dicho que nunca habeis amado como me amais á mí, á pesar de que apenas me conoceis; yo os he creido, yo que os amaba antes de conoceros, he enloquecido por vos; aquí hay un sacerdote, don Juan, volvedme mi honra, siendo mi esposo.

—Yo creia que mi corazon estaba seco para el amor,—dijo don Juan,—y tú, amada mia, le has llenado con un amor divino que yo nunca habia sentido: yo adoro en tí la hermosura, la virtud, la fé del corazon, la grandeza del alma, y no quiero que

nadie pueda creer que por un momento has sido la amante de don Juan: este es un encantador misterio que debemos guardar. Yo soy tu esposo, así lo has dicho á Rui Perez, y así lo debemos decir á ese buen sacerdote; tu esposo que te buscaba, tu esposo que te ha encontrado, cuando menos lo pensaba, por una afortunada casualidad; y en esto no mentimos, porque yo, al verte, he reconocido la mujer que he buscado desde que siento el amor, sin encontrarla jamás, y por eso te he amado al reeonocerte, porque te he estado amando toda mi vida, y por eso tu eres la esposa de mi alma, por eso no quiero que nadie dude de tí. No importa que don Pedro sepa por tu historia que eras libre; puedes decirle que porque no te obligase, con arreglo á su conciencia, á avisar, del lugar en donde te encontrabas á tu marido, hiciste de tu casamiento un secreto, que nadie le sabia, ni aun tu padre, porque en efecto habia sido secreto: quiero que ante el juicio de estos dos hombes, salgas de aquí tan pura como has entrado.

—Rui Perez sube,—dijo doña Leonor,—¡silenció! será lo que vos querais, porque yo soy vuestra esclava.

Rui Perez, al entrar, oyó esta última palabra.

—Esclava debe ser, la mujer del marido, digo, si la mujer es honrada y temerosa de Dios; ¡pero qué cosas pasan en el mundo! ¡quién lo habia de creer! si apenas teníais quince años cuando llegasteis aquí con vuestro señor padre que en paz descanse. Pero comed, doña Leonor, comed; imitad á vuestro esposo, que lo hace muy bien.

Don Juan comia con apetito y era que se encontraba de lleno dentro de las condiciones de su térrible existencia.

Vivia de la única manera que le era posible vivir bien.

En medio de grandes sensaciones, empeñado en grandes aventuras.

Doña Leonor por el contrario, se encontraba subyugada por una fascinacion, empeñada en un nuevo camino que ignoraba dónde podria conducirla.

La terrible fama de burlador, de don Juan, que habia llegado á su noticia, la hacia sentir una ansiedad infinita, porque la causa que don Juan habia alegado para no casarse con ella, no pasaba de ser un pretesto fútil.

Algunas preguntas del párroco don Pedro, y una bendicion suya, podian hacerlos esposos, porque entonces aun no habia tenido lugar el Concilio de Trento, que prescribió el cúmulo de formalidades que son necesarias para el matrimonio.

Entonces bastaba con que un hombre y una mujer se presentasen á un sacerdote y le pidiesen que los casase, para que el casamiento se hiciese.

Podian pues, haber sido casados en el momento en que hubiese llegado don Pedro.

Doña Leonor, al amar, habia perdido la voluntad y la energía: se habia sometido á don Juan, y sufria y callaba.

La vuelta de don Juan al mundo, su segunda época, habia empezado de una manera brava.

Habia hecho víctimas de sangre y de amor, y tenia á la vista un grande empeño que llevar á cabo.

Habia vuelto á ser lo que habia sido.

Estaba al fin en su elemento.

Era por completo don Juan Tenorio.

VIII

Don Juan debia necesariamente volver á la posada.

Lo manifestó así á doña Leonor; se despidió de ella y salió prometiendo que volveria pronto.

Cuando doña Leonor le vió salir, creyó que no iba á volverle á ver.

IX.

Don Juan siguió un costado de la plaza, torció por una esquina próxima y se encontró delante de la posada.

Un caballero portugués, mal carado, moreno, pálido, de mirada sombría, aunque jóven y hermoso, el mismo que hemos sabido acompañaba á un caballero enmascarado que había llegado la tarde anterior á la posada, estaba á la puerta de ella, cuando entró don Juan.

Un alférez, jefe sin duda de la escolta que había acompañado á aquel personaje del antifáz, dirigió la palabra al caballero mal encarado y le llamó por su nombre.

Aquel nombre era Gaston de Riveira.

—¡Ah!—dijo para sí Tenorio mirando profundamente á Gaston,—este es el miserable que sujetó á don Luis de Sese mientras la bribona de doña Estefanía le arrebataba los papeles que probaban que el duque de Viseo era su padre.

—¿Me conoceis?—dijo con insolencia Gaston á don Juan, reparando en la mirada de éste.

—Hace cinco años,—dijo friamente don Juan,—érais camarero del rey de Portugal; ahora yo no sé lo que sereis. ¡Que Dios os guarde!

—Esperad un poco,—dijo Gaston de Riveira;—cuando un hombre me habla, como vos me habeis hablado, necesito saber quién es y cómo se llama.

—Preguntadlo á vuestra grande amiga doña Estefanía de Silva Carbalho y Meneses, ó á su compañera de viaje, Isabel.

—¡Las conoceis!

—¡Qué Dios os guarde!

—Esperad.

—¡Que Dios os guarde!

Y don Juan se entró decididamente en el meson, y al subir por las escaleras se encontró con Eugenia.

—¡Jesús!—dijo ésta,—¿de dónde venís, señor?

—Del otro mundo,—dijo don Juan.

—Yo os hacia en vuestro cuarto,—dijo Eugenia,—porque cuando fuí, hace una hora, á ver si necesitábais algo, encontré la puerta cerrada y la llave puesta por dentro.

—¡Ah, diablo!—dijo don Juan,—pues necesito que esa puerta se abra.

—Será necesario descerrajarla.

—Que la descerrajen: en el corredor espero. ¿Qué hacen las viajeras?

—Duermen.

—¿Qué hace el otro viajero que venia con antifaz?

—Duerme tambien.

—¿Cuándo se marchan esos señores?

—Dentro de una hora.

—¡Vayan en paz! Haced que en el momento se me ponga franca la puerta.

Y don Juan se puso á pasear distraido, por el corredor.

Á los tres ó cuatro paseos se abrió la puerta de una de las habitaciones por delante de la cual paseaba, y apareció un hombre cubierto con un antifaz.

X.

—¿Hay aquí,—dijo aquel hombre con una voz en que se

notaba la costumbre del imperio,—alguien que responda al nombre de don Juan Tenorio?

—Don Juan Tenorio en persona,—dijo éste volviéndose y sin saludar, puesto que el desconocido no le saludaba.

—Entrad,—dijo el desconocido.

—Perdone el rey de Portugal si no obedezco su mandato: esto es España, y aun en Portugal veria si obedecia á un mandato del rey ó no.

El desconocido hizo un movimiento de sorpresa al oirse llamar rey, pero conteniéndose, dijo:

—Sea yo quien fuere, en Portugal y en España soy un caballero, y cuando un caballero pide á otro que entre á un aposento á cuya puerta se encuentra, es cortesia entrar.

—Cuando un caballero, sea quien quiera,—respondió con altivez Tenorio,—me habla con el semblante cubierto, comete una descortesia y no puede pedirme que yo sea cortés con él.

—Don Juan Tenorio,—dijo el desconocido retirándose hácia el interior de la habitacion y quitándose el antifaz;—el rey don Juan III de Portugal os suplica que entreis.

Don Juan adelantó entonces, se quitó el sombrero al llegar á la puerta y saludó al rey.

XI.

Don Juan III era un hombre como de treinta y cinco años, hermoso, pero con una hermosura grave, sombría; era sumamente pálido, lo que le hacia parecer mas blanco, rubio y de grandes ojos de un azul celeste muy bajo.

Vestia completamente de negro y con gran sencillez.

XII.

—¿Quereis decirme don Juan,—dijo el rey,—por qué paseábais por delante de esta puerta? y sobre todo ¿quereis decirme por qué sabeis que yo soy el rey de Portugal, cuando vengo completamente de incógnito?

—Paseaba delante de esta puerta como podia haber paseado delante de otra cualquiera. Cómo sé que vuestra alteza es el rey de Portugal, me lo ha dicho un fantasma con quien he hablado esta noche; porque habeis de saber señor, que la ventana del cuarto que me han dado en esta posada, da sobre un cementerio, y como en los cementerios suceden cosas estraordinarias, á la media noche me puse en observacion por si acontecia algo; y en efecto, á las doce apareció un fantasma: dicen que estos séres sobrenaturales lo saben todo, y yo por probar si era cierto pregunté al fantasma quién era un caballero enmascarado que paraba en el meson; la fantasma me contestó, que el noble enmascarado era el rey de Portugal.

—¿Hablais sériamente, don Juan?—dijo el rey.

—Por mi honor,—contestó don Juan,—y sobre todo, señor, sabed que yo nunca miento.

—Os creo; vuestra fama me responde de vuestro honor; por lo mismo, y porque sé que me respondereis con lealtad, deseo que me digais si podré contar con que entreis á mi servicio y os naturaliceis en mi reino.

—Señor rey de Portugal, yo no tengo mas señor que el rey de España. El tiempo que yo permanezca en Portugal seré un extranjero.

—¡Bien!—dijo el rey;—pero como extranjero, admitireis la hospitalidad del rey de Portugal.

—Os lo agradezco, señor.

—¿Es decir, que nada aceptais de mí?

—Nada.

—Ni aun me habeis preguntado quién me ha dicho vuestro nombre.

—Pues lo sabeis y me conoceis, sin duda os lo ha dicho alguien: ¿qué me importa á mí quién ese alguien sea?

—¿Tratais á todo el mundo como me tratais á mí?

—Según y cómo.

—Esplicadme ese cómo y segun.

—Cuando preveo que puedo ser enemigo de una persona, me pongo á distancia y no me comprometo á nada.

—¿Es decir que vos podeis ser mi enemigo?

—¿Quién duda que un caballero español puede ser, con mucha facilidad, enemigo á muerte del rey de Portugal?

—¡Vive Dios, don Juan, que he de haceros mio!

—Vuestro soy,—contestó don Juan;—todo consiste en saber lo que yo he de ser vuestro.

—Pasad, pasad á esta otra habitacion, don Juan,—dijo el rey,—y conocereis á la persona que me ha procurado el contento de conoceros.

—En buen hora, señor.

—Pasad,—dijo el rey abriendo una puerta.

—¡Cómo! señor, ¿me cedeis el paso?

—Os convido á pasar, y yo en España y de incógnito, no soy rey, sino caballero: ya veis; estoy delante de vos con la cabeza descubierta.

—Si cubierta la tuviérais, yo mantendria mi sombrero en la mano; un rey debe ser siempre un caballero; pero un caballero mientras no llegue á ser rey, debe medir de alguna

manera la distancia que de los reyes le separa. Pasad, pues, señor.

Pues como á rey en algun modo me tratais,—dijo don Juan III, cubriéndose;—os ruego que paseis.

Don Juan pasó.

XIII.

Se encontró en una habitacion en la cual penetraba el sol por dos ventanas.

De pié, en medio de ella, estaba doña Estefanía é Isabel. Esta tenia el semblante descubierto y fijaba una candente mirada en don Juan.

Era, como habia dicho á don Juan Eugenia, magníficamente hermosa, y cuando mas, de quince á diez y seis años.

—Hé aquí la bella criatura que me ha hablado de vos, y por la que he podido conoceros, don Juan,—dijo el rey.

—¡Ah! ¿y esa hermosa señora ha dicho á vuestra alteza.....

—Todo, don Juan: que habeis ahorcado los hábitos la víspera del dia en que debíais profesar, en lo cual habeis hecho muy bien, porque no servís para fraile: que doña Estefanía, al veros pasar junto á su coche os suplicó la escoltáseis con vuestros criados por ciertos ladrones que habia en el camino. Todo, en fin.

—Pues ved ahí, señor; yo creí que doña Estefanía era la que habia dado noticias de mí á vuestra alteza.

—¡Ah, no! se apresuró á decir doña Estefanía algo contrariada; yo ignoraba si vos queríais guardar el incógnito.

—En ese caso, señora, hubiera empezado por no deciros mi nombre.

—¿Temeroso acaso de que yo, porque soy mujer, no guarda-

ria vuestro secreto?—contestó sonriendo, aunque de una manera forzada, doña Estefanía.

—En una palabra, don Juan: yo queria que el rey, mi señor, supiese el gran servicio que nos habeis hecho, para que os lo agradeciese,—dijo con un acento singular por su intencion, Isabel.

—Nada hay que agradecer,—dijo don Juan;—la obligacion de todo hombre es resistir al fuerte y amparar al débil.

—Segun tengo entendido, don Juan,—dijo el rey,—vos, cuando os retirásteis á San Gerónimo de Yuste, fundásteis ese hospital y le dejásteis todos vuestros bienes.

—Cierto, señor.

—Vuestros bienes eran inmensos.

—Mis padres eran muy ricos.

—¿Y cómo vais á aveniros á vivir en la pobreza?

—Como me he avenido con la opulencia.

—Vos no podeis vivir de cualquier modo.

—Vos lo habeis dicho, señor. Don Juan Tenorio no vivirá jamás de cualquier modo.

—Creo que habeis confiado siempre demasiado en vos mismo.

—Siempre he creido, señor, que lo que ha de ser, será; y no me he tomado nunca el trabajo de pretender arreglar las cosas de manera que sucedan á medida de mi deseo.

—Me parece que os vais á quedar, rico y honrado, en Portugal.

—¡Puede ser, señor, que quede en Portugal muy rico y muy honrado!

—¿Por vuestro solo poder, don Juan?—dijo el rey.

—Por mi solo poder será si es, señor; porque yo no acepto nada de nadie.

—En buen hora,—dijo el rey;—pero deseo que nos volvamos á ver en Lisboa.

—Nos veremos, señor.

—¿Quereis acceder á una súplica mia?

—¿Cuál, señor?

—Que guardeis secreto acerca de mi entrada de incógnito en España.

—Yo, señor, no me entretengo en conversaciones ociosas: aunque vuestra alteza no me encargara el secreto, yo le guardaria.

—¿Cuándo os vais, don Juan?

—No sé; porque nunca sé lo que ha de pasar por mí ni un solo momento adelante.

Soy un hombre muy singular.

Soy una pluma lanzada al viento que el viento lleva, no importa á dónde.

—Pues adios, don Juan, hasta la vista.

—Hasta la vista, señor. Hasta la vista, señoras mias.

Habia algo terrible en el saludo de don Juan, que salió.

XIV.

—Don Juan Tenorio no parece un hombre,—dijo profundamente el rey de Portugal:—parece mas bien un ser del otro mundo.

—Por lo poco que he hablado con él, señor,—dijo doña Estefanía,—he comprendido que no debia poneros en contacto con don Juan: es friamente insolente, aunque en su insolencia haya grandeza.

—¡No, doña Estefanía, no!—dijo el rey:—don Juan no es insolente: es que nada teme, que nada le asombra, que está so-

bre todo, que lo desprecia todo: es un gran loco, ó una verdadera grandeza. Me ha enamorado ese hombre, lo confieso; y no me estrañaria, añadió mirando profundamente á Isabel, que alguien se hubiera enamorado de él; mejor; así podríamos hacer la felicidad de alguien que nos es muy querido.

Isabel sostuvo la mirada del rey y no contestó á sus palabras.

Doña Estefanía se puso pálida.

—Dentro de un momento,—dijo el rey,—partiremos, y dentro de dos dias habremos llegado á Lisboa. Siento acercarse al señor Gaston de Riveira.

XV.

En efecto: se abrió la puerta, y una voz servilmente respetuosa dijo:

—¿Me dá licencia vuestra alteza?

—Entrad señor Gaston, entrad,—contestó el rey.

Adelantó el caballero que habia disputado en la puerta de la posada con Tenorio.

—¿Está todo dispuesto para marchar?

—Sí señor,—contestó Gaston:—el coche espera; los criados y la escolta están ya á caballo.

—Pues marchemos,—dijo el rey.

—Me atreveria á pedir una gracia á vuestra alteza,—dijo Gaston inclinándose profundamente.

—¿Cuál?

—Que vuestra alteza me permitiese quedarme aquí.

—¿Y para qué?

—Para castigar á un insolente.

—Os estimo demasiado, señor Gaston, para permitid que os maten.

—¿Que me maten, señor?

—Si os poneis delante de don Juan Tenorio sois hombre muerto, y yo os necesito: desistid, pues, de pedir cuenta alguna á don Juan Tenorio, porque saldreis alcanzado, y no podreis pagarle mas que con la vida.

—Me ha insultado, señor.

—El insulto no puede haber sido grave, porque no os conocia.

—Sí, sí señor, sabe que soy camarero de vuestra alteza.

—¡Cómo! tambien sabia que yo soy el rey de Portugal: sed ingénua doña Estefanía: ¿habeis sido vos la que habeis revelado á don Juan todo lo que sabe?

—No, no señor,—dijo Isabel adelantándose á la respuesta de doña Estefanía.

—Juro á vuestra alteza por la salvacion de mi alma,—dijo doña Estefania,—que yo solo he revelado mi nombre á don Juan.

—Señor Gaston,—dijo el rey:—vos estais á mi lado para verlo todo, para saberlo todo: ¿ha hablado don Juan con alguno de mi servidumbre?

—No señor.

—Entonces, hay en este pueblo quien nos conoce.

—Puede muy bien conocernos don Juan.

—Nosotros no hemos estado nunca en España, y don Juan no ha estado nunca en Portugal.

—Pues entonces, señor, don Juan es brujo, ó tiene hecho pacto con el diablo.

—Puede ser: en fin, no hablemos mas de esto, pues nada podemos sacar en claro; si de ello ha de resultar algo, ya resultará. Vosotras, Inés, doña Estefanía, cubríos con vuestros rebocillos, y al coche.

Y don Juan III se puso el antifaz, y salió seguido de las dos damas que iban rebozadas, y de Gaston que se mostraba lúgubremente contrariado.

Algunos minutos despues, el coche del rey y el en que habian llegado hasta allí las dos damas, marchaban hácia la frontera de Portugal, seguidos por la servidumbre, y por la escolta á cuya cabeza iba Gaston.

CAPITULO V.

En que don Juan dá principio á su empresa sacando de su sepultura á Leonor de Sese.

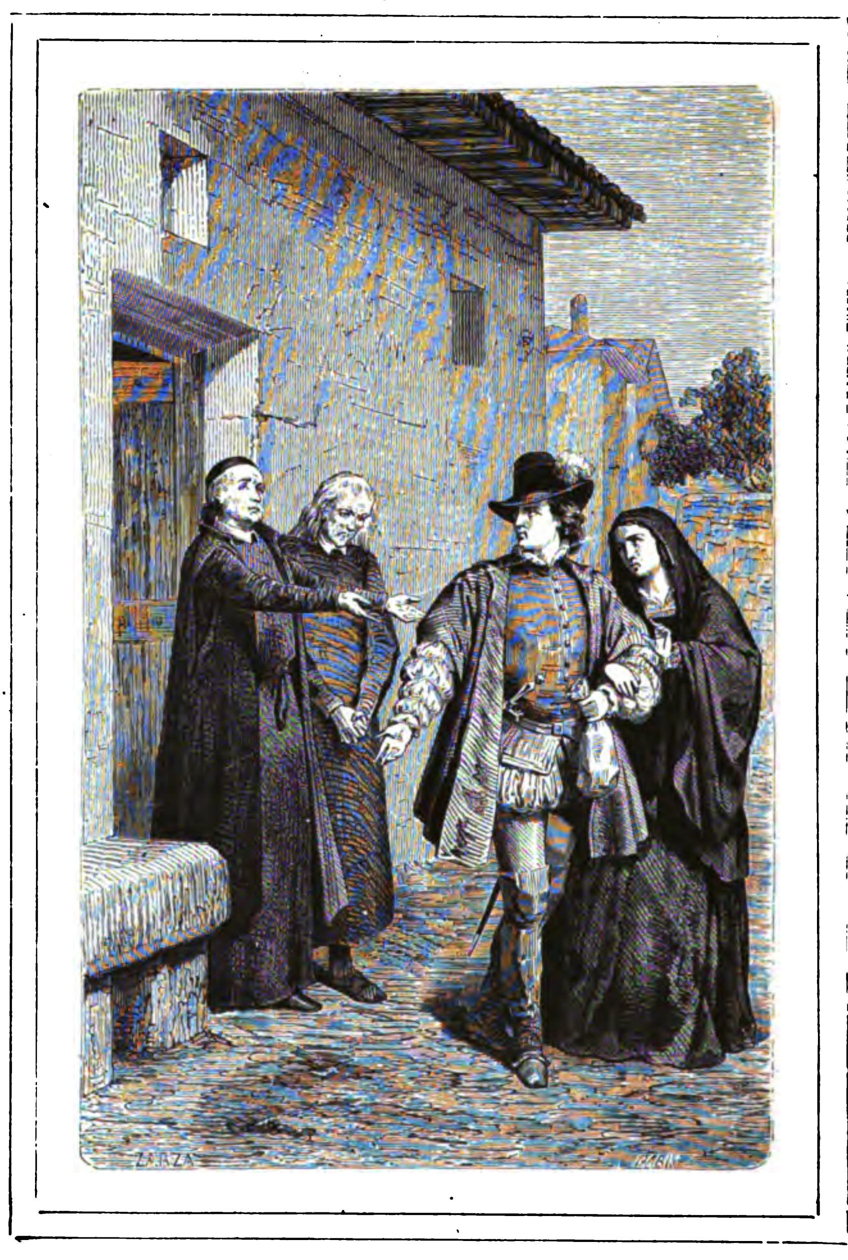
I.

Don Juan se quedó solo en la posada, estuvo algun tiempo fuera, entrando en la iglesia por la casa del sacristan, y aquella tarde pagó el gasto, montó á caballo, y partió dejando triste á Eugenia que hubiera querido que don Juan se hubiera quedado para siempre en el pueblo, ó que á lo menos se la hubiera llevado consigo.

Don Juan tomó el camino de Portugal; pero á las dos leguas, dejó el camino y se metió entre unos espesos árboles.

Allí esperó á que cerrase la noche, á que adelantase, á que mediase.

Entonces, montó á caballo, volvió al camino, adelantó hácia el pueblo á galope largo, al llegar á él echó pié á tierra, ató



LA MALDICION DE DIOS. — LAMINA 4.ª — Adios, dijeron profundamente conmovidos el cura y el sacristan.

á un árbol su caballo, entró en el pueblo, llegó á la casa del sacristan, y tocó á su puerta.

Inmediatamente se abrió esta y salió una mujer vestida de negro que entregó á don Juan un pesado talego que contenia al parecer dinero, y se asió á su brazo.

Dos personas se despidieron conmovidas de doña Leonor.

Eran don Pedro y Rui Perez.

—Sed feliz,—la dijo el cura,—y que Dios os proteja á vos y á vuestro esposo en vuestra empresa.

—Cuidad, señor,—dijo la jóven,—de la sepultura de mi padre.

—¡Oh! id tranquila señora,—contestó el cura.

—No os olvideis,—dijo Rui Perez,—de que durante cinco años he estado guardándoos y sirviéndoos; yo no os olvidaré nunca.

—Yo os llamaré un dia á los dos, y tal vez muy pronto. Adios, amigos mios.

—Adios,—dijeron profundamente conmovidos el cura y el sacristan.

Don Juan Tenorio y Leonor se pusieron en marcha.

El cura los bendijo, y el sacristan se echó á llorar.

Ambos permanecieron en la puerta hasta que don Juan y Leonor doblaron la primera esquina.

—Dios quiera que su loca empresa no los pierda,—dijo el cura entrándose.

—¡Ah! me dá el corazon que no voy á volverla á ver,—dijo el sacristan cerrando la puerta.

II.

A pesar de que la noche era muy clara, los habitantes de Somorinos dormian, las calles estaban completamente desiertas, y

nadie pudo ver la salida de Leonor de la casa del sacristan, ni el tránsito desde ella de la jóven y de Tenorio hasta la salida del pueblo.

Nadie habia visto tampoco el caballo de don Juan.

Tenorio llegó á él, abrió la maleta y metió en ella el talego que le habia dado Leonor.

En aquel talego iban quinientos cruzados portugueses de oro, que habian sobrado de los mil con que habia llegado á Somorinos don Luis de Sese, á pesar de los cinco años que habia vivido en el pueblo doña Leonor.

Quinientos cruzados de oro, equivalian á cuatro mil duros.

Sabemos que don Juan llevaba consigo cien doblones de á ocho, que equivalian á treinta y dos mil reales.

Esta era toda la hacienda de don Juan y de doña Leonor.

Con esta mezquina cantidad acometian una empresa que podia llamarse temeraria.

Esto es; la de conquistar el trono de Portugal por los derechos que podia tener á él como nieta bastarda del duque de Viseo doña Leonor.

Pero lo que á ambos les faltaba de dinero, les sobraba de corazon.

III.

Don Juan desató su caballo, puso sobre él á doña Leonor, montó, la aseguró con su brazo derecho y emprendió la marcha.

Afortunadamente solo habia que andar tres leguas para llegar á Valencia de Alcántara sobre la frontera de Portugal, y el caballo de don Juan era fuerte y jóven.

Habia salido á las dos de Somorinos, y á las cuatro llegaron á Valencia de Alcántara, cuyas puertas estaban cerradas.

Don Juan esperó á que las puertas se abriesen en una venta cercana á la poblacion.

Doña Leonor entró en la venta con el rostro cubierto por el manto.

Al ver la gallardía de Leonor y la hermosura de don Juan, el ventero dijo para sí:

—Esta es una dama que su galan se lleva robada á Portugal. Tal vez se alegren de ello el hermano ó el marido.

Y acomodó en un mal cuarto á los dos jóvenes.

IV.

Apenas amaneció, don Juan salió de aquel cuarto, le cerró con llave, pidió su caballo, y se fué á Valencia de Alcántara, cuyas puertas se encontró ya abiertas, preguntó por la mejor posada, le encaminaron á ella, y se entabló el siguiente diálogo entre don Juan y el posadero.

—Necesito al momento, y cuesten lo que cuesten, vestidos de hombre que me vengan bien.

—Es muy temprano,—dijo el posadero,—y aun no están abiertas las tiendas.

—Pero vos sin duda conocereis á alguno de esos judíos que empeñan prendas,—dijo don Juan.

—Sí señor, aquí á la vuelta hay uno á quien acuden todos los galanes á empeñar.

—Pues vamos á despertarle sino se ha levantado,—dijo Tenorio,—y sabed que no perdereis el viaje.

El posadero tomó su sombrero y su anguarina, salió con don Juan, y le llevó á una casa á cuya puerta llamaron.

V.

Poco despues, estaban en una sala baja llena de objetos de todas clases: en una verdadera prendería; en uno de esos almacenes de despojos de la miseria, que han existido siempre, y delante de un hombrecillo de catadura mezquina, miserablemente vestido.

La miseria y la avaricia estaban pintadas en el repugnante rostro de aquel hombre, que tenia calado hasta las cejas un gorro de lana azul.

—Señor Nicanor, —dijo el posadero; —este hidalgo necesita buenos vestidos, y espero que le servireis bien.

—¿Cuántos y de qué clase quiere vuesa merced, caballero?—dijo el señor Nicanor; —aquí tengo yo de todo, desde lo mas rico hasta lo mas humilde.

—Si tuviérais un traje de camino como el que yo llevo puesto, me vendria bien.

No se habian pasado cinco minutos, cuando ya don Juan tenia delante de sí media docena de vestidos aceptables.

Eligió uno, y pidió media docena de camisas y de calzas interiores.

—De eso no tengo yo; pero os enviaré donde encontreis nuevo y rico, —dijo el señor Nicanor.

—Pero tendreis sombreros.

—Tambien os enviaré á donde os sirvan al punto.

—¿Y armas, teneis?

—¡Oh! de eso cuanto querais.

—Traedme acá una buena espada, una buena daga con sus correspondientes tirantes y un par de pistoletes.

Don Juan tuvo al momento aquéllas armas, que por escelentes no pudieron menos de satisfacerle.

Pero el señor Nicanor pidió por todo ello doble de lo que valia.

Don Juan no habia comprado nunca, era muy mal comprador, y dió lo que le pidieron.

—Que lleven eso á vuestra posada,—dijo Tenorio á su acompañante,—y vamos en busca de lo que aun nos hace falta.

—¿Quereis un hermoso relój de oro, caballero?—dijo el señor Nicanor.

—No,—dijo don Juan Tenorio;—quiero dos.

El señor Nicanor abrió un arcon, y sacó asidos por las cadenas dos relojes de oro, cada uno de los cuales era una bola.

Don Juan dió por aquellos relojes dos veces mas de lo que valian.

Á seguida salió con el posadero, y se proveyó de botas de montar y espuelas, guantes y ropa blanca, que fueron llevados á la posada.

—Ahora,—dijo don Juan,—necesito un caballo bueno y jóven, con montura española y pistoleras. Cuidado donde me llevais que no quiero perder tiempo, y á mí, tratándose de caballos, no se me puede meter gato por liebre.

El posadero llevó á don Juan á casa de un soldado viejo, que vendió á Tenorio un magnífico caballo tordo con cabos negros, de seis años y con ocho dedos, y ensillado como don Juan le queria.

Don Juan montó, probó el caballo, quedó satisfecho de él, y en él se fué á la posada.

El soldado viejo se quedó admirado de lo buen ginete que era don Juan.

VI.

A las siete de la mañana, don Juan volvió á la venta donde

habia dejado á doña Leonor, llevando de la mano el flor de lino que se llamaba Lagarto, con una abultada maleta, sobre la cual se veian sujetas por las correas una daga y una espada.

Don Juan quitó la maleta á Lagarto y entró con ella en el aposento donde estaba doña Leonor.

Una hora despues, los dos salieron.

Don Juan llevaba bajo del brazo la maleta, tan abultada como ántes.

Doña Leonor estaba completamente vestida de hombre con un hermoso traje de montar, y con los cabellos cortados.

Parecia un caballero jóven de diez y seis á diez y ocho años, y ceñia espada y daga.

Aquel traje la sentaba muy bien.

Pero como don Juan, no tenia los cabellos tan cortos como los usaban los nobles de aquel tiempo.

El ventero no dijo una palabra. Sacó los caballos, don Juan puso la maleta sobre Lagarto, y doña Leonor montó en él como hubiera podido montar un hombre.

Pagó don Juan la cuenta, montó, partieron, y poco tiempo despues entraba en Portugal.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

De cómo don Juan fué en Lisboa el mismo que habia sido en todas partes.

I.

Habia por aquellos tiempos en la calle del Oro, en Lisboa, una tienda de platero, que era concurridísima por la gente mas principal.

El señor Lope de Pereira aparecia todos los dias desde las ocho de la mañana, en que abria la tienda, hasta las doce, en que la cerraba para comer, hasta las dos, en que la abria para no cerrarla hasta el oscurecer; aparecia, repetimos, en su tienda detrás de un alto mostrador, que mas bien que mostrador era un parapeto de defensa, decentemente vestido de negro, con un tra-

je, siempre de paño, en invierno y en verano, con gran cuello de camisa muy blanco, doblado sobre la ropilla y calado sobre los ojos un sombrero de fieltro negro. Este sombrero no le tenia puesto el señor Lope Pereira, sino cuando estaba solo, ó cuando el que entraba en su tienda no era persona de respeto.

En cuanto alguien, que suponia algo, entraba, Lope Pereira dejaba ver su reluciente calva, y su semblante movido por una servil y respetuosa sonrisa.

El señor Lope Pereira, era hombre como de cincuenta años, de fisonomía vulgar, de megillas carnosas, ojos hundidos, nariz pequeña y boca grande, que estaba sonriendo siempre.

Parecia, pues, un vendito, y tenia mucha parroquia, porque las cadenas, los diges y las joyas que vendia eran de oro de ley de muy buena labor y mas baratas que en cualquiera otra parte.

Los otros plateros, envidiosos sin duda, decian que Lope Pereira vendia mas barato de lo que podia venderse, que debia perder en su comercio y que por lo tanto su comercio debia ser un pretesto para encubrir otra profesion menos honrosa y tal vez sujeta al castigo de las leyes.

II.

Pero el señor Lope Pereira, cuando algun amigo oficioso le decia lo que de él murmuraban sus compañeros, se reia cándidamente y decia:

—Son unos bribones: se los come la envidia; dejadlos decir, que harto trabajo tienen.

No faltaba quien observase que algunas damas muy principales que llegaban en silla de manos á la tienda del platero, y muy envueltas en sus mantos, á pesar de los que, se conocia que eran

muy hermosas, se pasaban las horas muertas hablando con el platero; ellas de la parte de afuera; él de la parte de dentro del mostrador.

Singularmente se habia reparado en una que llegaba en una magnífica silla de manos dorada, con cristales de Venecia en las portezuelas y detrás de los cristales cortinillas de raso blanco, bordadas de oro, pero esta silla de manos que conducian dos lacayos sin librea y que escoltaban dos hombres de los de la gente brava de Lisboa, no tenia escudo de armas, ni señal alguna por donde pudiese venirse en conocimiento de quién era la dama que en ella venia á visitar al señor Lope Pereira.

Curiosos hubo que siguieron á esta silla de manos; pero entonces la silla tomó un largo camino, dió grandes rodeos, se metió en la parte antigua de la ciudad, y al llegar á una calleja por donde no podian pasar dos hombres de frente, los perdona-vidas que escoltaban á la silla de manos se habian detenido; la silla habia desaparecido y los curiosos no se habian atrevido á forzar el paso que les impedian los matones.

Hubo ocasion en que algun caballero, cuya curiosidad se habia hecho ya grave, ofreció dinero á aquellos dos hombres.

Pero estos respondian de muy mala manera, amenazaban con meterlo todo á barato, y fué necesario prescindir de saber quién era la misteriosa dama que era conducida en la dorada silla de manos.

III.

Y habia que observar aún, que cuando esta dama entraba en la tienda del señor Lope Pereira, no se quedaba de la parte de afuera del mostrador, sino que se abria la compuerta de éste; la

dama pasaba y desaparecia con el platero por la puerta de la trastienda que se cerraba tras ella.

Entonces sucedia otra cosa: al poco espacio la puerta de la trastienda volvia á abrirse y aparecia una jóven como de diez y ocho años, blanca, rubia, hermosa, con ardientes ojos azules, y largas, espesas y curvas pestañas que aumentaban con su sombra la fuerza de su mirada. Vestia bien, como las mujeres ricas de la clase media: era esbelta y de una gran morvidez de formas, y solo aparecia en la tienda cuando el platero la dejaba para atender á la señora de la silla de manos dorada.

Nadie sabia qué clase de parentesco enlazaba á aquella hermosa y tentadora jóven con el platero.

Unos decian que era su hija: otros que su sobrina; quien que su ama de gobierno, y los mas procaces, los que peor pensaban. que su querida.

Sin embargo, tenia tal perfume virginal la muchacha, que á pesar de que era coqueta y aficionada á que la mirasen, solo los escépticos, los hombres faltos de fé en la virtud de la mujer, creian que era la manceba del platero.

IV.

Acontecia, que apenas la jóven se sentaba tras el mostrador, de la platería de en frente salia un hombre hermoso, pálido, altivo, que atravesaba lentamente la calle, entraba en la tienda, se acercaba al mostrador, se apoyaba en él, y antes de hablarla envolvia en su mirada poderosa á la jóven, que sonreia; pero poniéndose pálida y estremeciéndose.

Cualquiera hubiera creido que el caballero y la jóven hablaban de amores.

Nada de eso.

Don Juan Tenorio, que éste era el caballero, decia á Gabriela, que así se llamaba la jóven:

—¿Podeis darme alguna noticia?

—Ninguna, señor, —contestaba Gabriela.

—Pues Adios, —decia don Juan Tenorio; —vigilar.

Y salia, atravesaba lentamente la calle, durante lo cual Gabriela le devoraba con la mirada, y se metia en la tienda de enfrente.

V.

La dama que estaba dentro con el platero, tardaba en volver á salir, á lo menos dos horas, y se metia en la silla de manos que al momento se ponia en marcha.

VI.

Un dia del mes de julio, tres meses despues de la llegada de don Juan Tenorió y de Isabel á Lisboa, la silla de manos dorada paró á las diez de la mañana á la puerta de la tienda del señor Lope Pereira, y la dama de siempre, envuelta en un manto de seda negro, entró.

Lope Pereira se apresuró á abrir la trampilla del mostrador; pasó la dama y el platero abrió la puerta de la trastienda, y tras la dama, desapareció cerrando la puerta.

Un momento despues apareció Gabriela.

Inmediatamente don Juan Tenorio salió de la tienda que le servia de acechadero, y entró en la del señor Lope Pereira.

Debemos advertir que éste no sabia que era acechado. Don

Juan entraba en la casa de la tienda situada frente á la del platero, por un postigo que correspondia á otra calle y acechaba oculto, ó por mejor decir, el vecino de Lope Pereira, que le tenia ganas, le avisaba de que Gabriela estaba en el mostrador, porque creia que con esto hacia daño á su vecino.

Como don Juan Tenorio permanecia siempre muy poco al lado de Gabriela, y cuando mas un cuarto de hora, Lope Pereira que tardaba mucho mas en salir, no habia podido nunca sorprender una conversacion entre Gabriela y don Juan.

Los vecinos no le avisaban, porque perjudicados en sus ventas por lo barato que vendia Lope Pereira, le tenian ganas, y dejaban que Gabriela le jugase una mala pasada, fuesen las que quisiesen las relaciones que existian entre Gabriela y el platero.

VII.

—¿Teneis algo que decirme, hermosa?—dijo don Juan aquel dia á Gabriela, despues de haberla aturdido con su candente y audaz mirada.

Sí tengo que deciros,—contestó Gabriela sonriendo dolorosamente;—en cambio, vos, señor caballero, nunca teneis nada que decirme.

—¿Y qué os he de decir yo?

—Qué se yo; vos sabreis lo que podríais decirme.

—¿Qué quisierais vos que yo os dijese?

—¡Yo! ¿pues qué, acaso me he tomado yo el trabajo de preguntarme á mí misma si quiero ó no quiero algo?

—Teneis la altivez de todas las mujeres que saben que merecen mucho. Pero veamos, ¿qué teneis que decirme vos?

—Anoche á las diez salió Lope Pereira armado con un broquel y una espada, y no ha vuelto hasta el amanecer.

—¡Ah! ¿conque el señor Lopez Pereira es hombre de espada y broquel?, pues nadie lo diria.

—Como nadie dice lo que verdaderamente es Lope Pereira.

Gabriela hablaba á don Juan con la lisura y la franqueza conque habla una mujer al hombre á quien ama y de quien desea ser amada.

—¿Conque estuvo fuera de casa toda la noche,—dijo don Juan,—el señor Lope Pereira? ¿Y á donde fué?

—Nunca me dice donde va, ni de donde viene; pero puedo deciros algo que os alegrará. Tengo una carta que he encontrado en la ropilla que se dejó el señor Lope Pereira cuando se mudó para salir: en esa carta se habla de vos, don Juan, y yo me alegro de que por un descuido el señor Lope Pereira se haya dejado olvidada esta carta en la ropilla que se quitó.

Y mostró una carta que sacó de su seno, á don Juan, y se la dió.

—¡Huele á ángeles!—dijo don Juan,—ó por mejor decir, á la hermosura del sitio donde ha estado escondida: nuestra madre Eva no pudo oler mejor.

Gabriela bajó los ojos y se sonrió.

—¿Con que vos registrais la ropilla al señor Lope Pereira cuando sale?—dijo don Juan que continuaba oliendo la carta.

—Eso lo hacen todas las mujeres,—dijo Gabriela levantando su mirada y posándola dilatada y lúcida en los ojos de don Juan, que la sonreia de una manera deliciosa.

—Y bien,—dijo Tenorio,—¿no ha echado de menos el señor Lope Pereira, esta carta?

—Ha buscado y ha rebuscado mucho; ha abierto y cerrado cajones, pero nada me ha dicho: Leed, leed esa carta, don Juan, que os importa y os avisa para que no andeis descuidado.



VIII.

Don Juan desdobló con indiferencia la carta y leyó lo siguiente:

«Lope Pereira: don Juan va á jugar todas las noches á la *Hosteria de la Corona*; pero va disfrazado y cubierto el rostro con un antifaz, porque como es tan gran caballero no quiere que sepan que juega, y á jugar le obliga el haberse quedado pobre por haber dado todos sus bienes á un hospital, del cual es fundador. Yo, para que don Juan se aficione á ir á esa hosteria, y esté en ella descuidado, he enviado á ella cuatro hombres durante cuatro noches, con los bolsillos llenos de oro, que han jugado á perder, para que los gane don Juan, y crea que es buena suerte suya lo que es una industria mia; pero se me ha acabado el dinero que tengo en casa y necesito, para que esta noche los gane don Juan, dos mil ducados en oro. Id vos disfrazado tambien y perderlos, que yo os pagaré mañana lo que perdais.

Como el que pierde tiene derecho á tratar con cierta intimidad al que le gana, despues que hayais perdido, convidad á don Juan á una de esas diversiones en que los hombres pierden la cabeza, y que debeis tener preparada.

Cuando don Juan no sepa dónde está, ni lo que se hace, apoderaos de él con gente que debeis tener preparada; encerradle en una silla de manos y llevadle á donde sabeis.

Este servicio se os pagará admirablemente. Os importa mucho llevarle á cabo. Hacedlo.»

Esta carta no tenia mas firma que tres pequeñas cruces, determinando un ángulo, cuyo vértice estaba para arriba.

—¡Magnífico!—dijo don Juan guardando la carta;—tanto

os interesais por mí, amiga Gabriela, que será al fin necesario que yo os diga algo; pero decidme ántes; ¿qué sois vos de Lope Pereira, que tan poco os importa comprometerle en un lance conmigo?

—Yo soy,—dijo Gabriela,—desde que puedo recordar, una miserable esclava de Lope Pereira.

—¿Esclava por completo?—dijo don Juan.

—¡Ah, no!—contestó Gabriela;—soy su criada, su cocinera, la que sufre todos sus caprichos, todas sus impertinencias, todo su mal humor y todos sus malos tratamientos. Nunca he salido de esta casa sino para ir á misa: aquí se me ha enseñado, por una vieja que ya murió, y á la cual se debió llevar el diablo, arreglar una casa; aquí un dómine me enseñó á leer, escribir y contar, y un clérigo viejo, un maestro de capilla, á tocar la guitarra y á cantar, porque el señor Lope Pereira quiere que le distraigan.

—Sois, pues, semejante á la esclava de un pirata musulman.

—Por lo mismo, aborrezco á Lope Pereira, y cuando os ví la primera vez y me hablásteis, y algunos dias despues me dijísteis que necesitábais saber si el señor Lope Pereira se ocupaba de vos, me presté completamente á ello; ya sabeis que me ofrecísteis regalarme y que yo os dije que yo no queria de vos regalos.

—Bastante me regalais con sonreirme y mirarme conforme me estais mirando.

—¿Sí? Bastante os importará á vos el que yo os mire de esta ó de la otra manera; ¡Ved ahí! estoy segura de que os interesa la dama que está ahora mismo encerrada con Lope Pereira.

—Me interesa saber si es la que yo creo y vos no me habeis dado noticia.

—No se la vé jamás el rostro, ni aun dentro de casa; porque cuando se abre el manto, cubre su rostro un antifaz. Debe interesaros mucho esa dama.

—Os diré; si es la que yo creo, tengo contra ella un empeño.

—¿Y no sabeis si es la dama contra quien estais empeñado ó no, la que viene con tanta frecuencia á hablar á solas con Lope Pereira?

—No tengo mas que una sospecha: Oid. Necesitaba yo una cadena de oro, y hablando de ello, me dijeron que el mejor platero de Lisboa era Lope Pereira. Vine, compré á mi satisfaccion la cadena: y al salir ví que paraba delante de la tienda una silla de manos dorada, y que salia de ella una dama que por su apostura parecia hermosa; al pasar junto á mí la ví solo un ojo, á través del candil del manto; un ojo que se fijó en mí de una manera provocadora; y por aquella media mirada y por el movimiento de cabeza que la acompañó, creí fuese una dama con la cual tengo yo empeñada una grave partida que no es ciertamente de amor.

—¿Y qué me importa á mí que sea ó no de amor vuestro empeño con esa señora?—dijo Gabriela desmintiendo sus palabras con una ardiente y triste mirada.

—Pero como podia equivocarme,—continuó don Juan,—me propuse valerme de vos para salir de dudas. Vos no habeis podido sacarme de ellas, y de ellas voy á salir hoy. Esta carta, que me habeis dado, y por la que os estoy vivamente agradecido, me autoriza para todo. Adios Gabriela, ya nos volveremos á ver; vivid muy tranquila, porque os protejo yo.

—Muchas gracias, y hasta la vista, don Juan.

Tenorio salió de la tienda, y atravesando la calle se metió en la tienda de enfrente y desapareció en su fondo.

Gabriela se quedó triste, abatida y profundamente pensativa.

Indudablemente, tenia la desgracia de estar enamorada de don Juan.

IX.

Penetremos ahora por el mismo lugar por donde han penetrado en la casa Lope Pereira y la misteriosa dama.

Encontraremos un aposento bajo muy oscuro, y por una puerta llegaremos á un cenador de un pequeño patio, al fin del cual hay una puerta cerrada por dentro.

Abriendo aquella puerta encontraremos una escalera muy estrecha y muy oscura que se tuerce en tramos de cuatro escalones; la seguiremos; dejaremos á la derecha la puerta por donde se entra al primer piso, y en lo alto de la escalera, que no pasa del segundo piso, encontraremos otra puerta cerrada; pasando de la cual recorreremos una galería estrecha que da sobre el patio y sobre los tejados vecinos, y á su fin, despues de otra puerta, tambien cerrada, nos hallaremos en un retrete cuadrado, con ventanas en tres de sus frentes, desde las cuales se ven la estensa Lisboa, con sus innumerables jardines y sus grandes edificios monumentales, y el inmenso Océano.

Este retrete, de gusto plateresco, es bellísimo; parece formar parte de un palacio. La alfombra, la tapicería, el friso dorado, el techo pintado, representando una alegoría mitológica, Dafne huyendo de Apolo y convirtiéndose en laurel; y por último, los muebles dorados, forrados de seda azul, todo es bello, rico, armónico, del mejor gusto.

Allí fué donde condujo Lope Pereira, á la dama de la dorada silla de manos.

En efecto, como habia dicho Gabriela, esta dama tenia puesto un cumplido antifaz, y no podia ni aun juzgarse de si era blanca ó morena, porque llevaba las manos con guantes. Vestia un traje azul de seda con ligeros bordados de oro, y sobre el traje un manto de seda negro.

—¿Con qué es decir,—esclamó con irritacion,—que para nada servís? Toda la noche he estado esperando en balde; ya sabeis que yo puedo perderos, Lope Pereira: ¿por qué no habeis llevado á don Juan á donde os dije?

—Don Juan, señora,—contestó friamente Lope Pereira,—es un hombre á quien no se echa el guante tan fácilmente: gana, y gana sin alegrarse ni aturdirse, aunque vea delante de sí un monte de oro; bebe sin embriagarse, y riñe como un leon.

—¿Qué sucedió anoche?

—En una hora me ganó, por su suerte, tres mil ducados en oro que llevaba conmigo: le propuse que con algunos amigos fuésemos á pasar alegremente la noche, y accedió: le envolvimos en una verdadera bacanal, y no logramos que se quitase el antifaz. Uno de los que iban conmigo, le dijo:

—¿Sabeis lo que por ahí se dice?

—Si merece la pena de saberlo,—contestó don Juan,—decidlo.

—Pues se dice que anda por Lisboa un miserable que se ha venido huyendo de España donde le habian encerrado en un convento, un libertino, un maton, un perdonavidas cobarde, que se llama don Juan Tenorio.

—¿Y qué contestó don Juan?—preguntó la dama con ansiedad;—¿no mató á aquel hombre que le habia dejado oir tales palabras?

—Don Juan,—respondió Lope Pereira,—soltó la carcajada y dijo:

—¿Por qué me contais á mí eso? ¿qué me importa á mí de don Juan Tenorio? Yo creí que se trataba de otra cosa; dejad á ese que se divierta ó que bufe: tanto me dá.

—¡Parece imposible,—dijo la dama,—que haya sufrido tal ultraje!

—Pues le ha sufrido de tal modo, que no hay quien haga creer á mis amigos, que el desconocido del antifaz era don Juan Tenorio.

—Pero, en fin... en fin...

—En fin, viendo que aquella provocacion no bastaba; que no se embriagaba por mas que bebia, que la hermosura de las mujeres que allí estaban no le escitaba, otro de los mios le dijo que era necesario se quitase el antifaz y se diese á conocer.

—Con antifaz entré entre vosotros, y con antifaz saldré; tengo hecho voto de no mostrar el semblante.

—Y ese voto, ¿es de los que no pueden romperse?—dijo el que le provocaba.

—No, porque me le he hecho yo á mí mismo,—dijo don Juan.

—Pues para votos como ese,—dijo el otro,—me basta á mí con arrancar el ántifaz sin ceremonia al que es tan mal criado ó tiene tanto que tapar que no se quiere descubrir.

—Yo no sé cómo rodó el que esto habia dicho, cuando se acercó á don Juan con intencion marcada de desenmascararle. Esto fué la señal de un combate; se desenvainaron todas las espadas, se apagaron todas las luces, y salimos todos revueltos á la calle. ¿Sabeis lo que sucedió? En la calle quedó un hombre muerto; tres ó cuatro malamente heridos, y don Juan desapareció.

—¿Y quién ha sido el muerto?—dijo con acento opaco la dama.

—Ved ahí, señora, y qué casualidad,—dijo Lope Pereira:—el que se quedó en la calle con una estocada en el corazon, fué el mismo que llamó á don Juan miserable y perdonavidas.

—Ha hecho bien don Juan en matarle,—dijo con energía la dama;—porque el que así se atreve á insultar á un caballero, debe morir.

—El pobre Íñigo de Aponte lo hizo solo por obligar á don Juan á que se descubriese.

—Que no vuelva á suceder,—dijo la dama:—no quiero comprometer á don Juan en lances que le obliguen á matar un hombre y á encontrarse bajo la vara de la justicia.

—Íñigo de Aponte ha amanecido muerto en la calle sin que nadie sepa quién le ha muerto; los heridos están curándose en su casa; yo tengo una estocada corta en un hombro que me molesta mucho; pero afortunadamente no tengo que hacer cama.

—¡Ah, don Juan, don Juan, y cuán caro cuestas!—dijo la dama como hablando consigo misma.

—Don Juan es durillo de cocer,—dijo Lope Pereira,—y yo me atrevo á aconsejaros, que para traerle á vuestro propósito useis de medios mas suaves; porque esto de echar mano á don Juan, es tan difícil, que raya en lo temerario; ya sabeis que yo, así, sin que nadie lo conozca ni lo crea, soy hombre duro y un buen esgrimidor de espada; pues bien, yo os declaro que don Juan debe tener á su lado cuando riñe un ángel ó un demonio: seis hombres bravos estuvimos anoche sobre él, irritados ya y resueltos á matarle, y se nos fué de entre las manos, dejando á uno muerto y señalados á los otros: hombre hay que tiene que rascar para un mes; y si esto sigue así, dentro de poco no habrá en Lisboa quien se atreva á hablar con don Juan Tenorio, sino humildemente y con el sombrero en la mano.

—No sabia yo que era tan hombre don Juan Tenorio,—dijo la dama con un apasionado orgullo.

—Es muy posible que esto os enamore mas y mas de él, y que os esponga á que el rey se aperciba.

—¿Y quién os ha dicho,—contestó con desden la dama,—que yo esté enamorada de don Juan ni de nadie?

—Lo parece á lo menos, y vos os encontrais en una situacion en que debeis ser muy prudente; teneis pocos años, y es de mi deber aconsejaros.

—Guardad vuestros consejos para cuando os los pidan, señor Lope Pereira. Vamos ahora á nuestras cuentas. ¿Qué perdísteis anoche?

—Dos mil ducados, y cerca de una libra de sangre.

—¿Y en cuánto estimais esa libra de sangre, señor Lope Pereira?

—En lo que vos la estimeis, señora.

—Ya os dije que se me habia acabado el dinero; pero aquí teneis unas cuantas alhajas ricas; vos que sois platero, tasadlas y ved las que bastan para pagaros; por la mala noche, por la libra de sangre y porque sin duda ha puesto ya sobre vos el ojo don Juan, pongo mil ducados: ¿estais contento?

—Sí, si señora.

—Tomad las joyas que os parezca,—dijo presentándoselas en las dos manos la dama.

—Vos me pagareis, señora, cuando hagais dinero.

—No, no; concluyo con vos, y no quiero concluir empeñada.

—¿Que concluis conmigo? bien; cuando volvais á necesitarme, que creo será pronto, me encontrareis, y entonces ajustaremos cuentas.

—Os mando que tomeis en estas joyas lo que os debo,—dijo con una gran energía la dama.

Pues bien, me he propuesto obedeceros en todo, y os obedezco; esta cadena de diamantes vale cuatro mil ducados, me debeis tres mil, tengo que devolveros mil; voy á traerlos en oro.

—Bien; me gusta la exactitud en las cuentas, id y volved pronto.

Lope Pereira salió.

X.

La dama que era escesivamente gallarda, se dirigió á una de las ventanas, y lanzó su mirada al mar.

Mas allá del bosque de mástiles del puerto, á la entrada de la bahia, se balanceaba magnífica una galera real de dos bandas.

En el tope de aquella galera, se gallardeaba entregada al viento la bandera española.

—Hace un mes,—dijo la dama,—que aquel bastimento apareció en las aguas de Lisboa, y desde entonces permanece allí sin entrar en el puerto, sin moverse sino cuando la mar la obliga. Don Juan dicen que es muy querido del emperador don Cárlos. ¿Tendrá que ver algo aquella galera española de rey con don Juan?

La dama guardó silencio, pero continuó con la mirada fija en el lejano buque.

—Aquí están los mil ducados, señora,—dijo á espaldas de la dama Lope Pereira.

La dama se volvió y tomó un bolsillito de seda azul, recamado de lentejuelas de oro, que la dió Lope Pereira, y le guardó en su limósnera, donde habia guardado el resto de las joyas, que eran muy ricas.

—Salgamos,—dijo la dama.

Lope Pereira echó delante, le siguió la dama, bajaron, salió la dama de la tienda, entró en la silla de manos, los lacayos cargaron con ella y se alejaron, y detrás, á cierta distancia, siguieron los dos matones que escoltaban de contínuo la silla.

Ponerse ésta en marcha y salir de la tienda de enfrente don Juan Tenorio en seguimiento de la silla, fué cosa de un momento.

—¡Ah!—exclamó Lope Pereira viendo á don Juan Tenorio;—te vas detrás de ella, pues bien; yo me iré detrás de tí. Pronto, Gabriela, mi capa, mi broquel, mi espada y un pistolete.

Gabriela entró, y tardó de intento mas de lo que debia.

Lope Pereira se habia salido á la puerta de la tienda, y no quitaba ojo de la silla de manos que se alejaba á lo largo de la calle del Oro.

—Aquí teneis esto,—dijo Gabriela.

Lope Pereira entró en la trastienda, se ciñó la espada, se enganchó por delante en el cinturon el broquel y por detrás el pistolete, y mientras tanto dijo á Gabriela:

—Cierra la tienda y no abras á nadie hasta que yo vuelva.

Se puso la capa, porque en aquellos tiempos las gentes andaban con capas aun en el verano, salió, y se fué en seguimiento de don Juan, que á su vez seguia á los dos bravos que escoltaban la silla de manos.

CAPITULO II.

De cómo don Juan robó en medio del dia y en medio de Lisboa una dama.

I.

Don Juan iba gallardamente vestido.

Llevaba un sombrero birrete con pluma blanca y toca de oro de terciopelo rojo oscurísimo, casi negro; cuello rizado; ropilla de raja de Florencia negra, acuchillada de raso blanco y tomadas de oro las cuchilladas; capotillo negro de seda; gregüescos acuchillados y zapatos acuchillados tambien, en juego con la ropilla; calzas atacadas de seda del mismo color del birrete; espada con empuñadura de reja de hierro cincelado con incrustaciones de oro; puñal del mismo género, en un cinturon bordado, y las hermosas y blancas manos sin guantes, mostrando en el dedo del corazon de la mano izquierda un anillo con un grueso brillante.

Llevaba además al cuello una pesada cadena de oro.

Don Juan mostraba los cabellos muy cortos, á la moda de Cárlos V.

Por su altivo continente, por su gallardía y por la bellísima pureza de sus formas, don Juan era una magnífica figura, de la que se desprendian al par la magestad, la fuerza, el valor, la belleza.

Las damas le miraban con estravio; los hombres con respeto, y aun con miedo.

II.

Como de costumbre, en cuanto los dos valientes que escoltaban la silla de manos vieron que esta era seguida, avisaron á los lacayos que la conducian para que avivasen el paso, ganasen la parte vieja de la ciudad y se perdiesen en el intrincado laberinto de sus callejuelas.

Los lacayos apretaron el paso, y asimismo los temerones de la escolta.

—Pues trabajo os mando,—dijo don Juan;—en llegando á lo estrecho y á lo solitario, ya nos veremos.

Y apretó tambien el paso.

Lope Pereira seguia á don Juan de esquina en esquina como un zorro, y don Juan no le veia, porque don Juan nunca miraba atrás.

III.

Media hora á lo menos tardaron en llegar á la parte antigua de la ciudad, y como iban de prisa y la dama era buena moza, y no muy ligera la rica silla de manos, los pobres lacayos que la

llevaban iban sudando á chorros y con un palmo de lengua de fuera.

—Señor Valentin de Astromonte,—dijo el lacayo de atrás á uno de los dos de la escolta:—como no corteis pronto el paso á quien nos sigue, nosotros no podemos mas, porque vamos reventados.

—Alto, Gomez Leyva,—dijo Valentin de Astromonte á su compañero;—seguid vosotros.

La silla de manos siguió lentamente; porque, en efecto, los lacayos iban muy cansados, y Valentin de Astromonte y Lopez Leyva, se detuvieron y dieron frente á don Juan que se acercaba.

Estaban en la calle de San Antonio, que era estrecha como una cervatana, torcida como el alma de un usurero, y solitaria como un desierto.

Apenas cabia por ella la silla de manos; de modo que al detenerse Leyva y Astromonte, la interceptaron.

Don Juan se acercaba.

En sus ojos brillaba una espresion semejante á la de los ojos de un gato que vé un raton.

Allá, por detrás de una esquina, asomó el colorado y mofletudo semblante de Lope Pereira.

Don Juan se detuvo á cuatro pasos de los dos valentones que le miraban con descaro.

—Supongo, mis buenos tunantes,—dijo reposadamente don Juan,—que no os abreis propuesto que esta calle no tenga salida.

—Pues dadla por atascada,—dijo Astromonte,—y volveos atrás.

—Si estuviéramos en diciembre,—dijo don Juan,—comprenderia el que quisiérais que yo os metiera en calor con una

paliza; pero en julio y con el sol que hace, os vá á sentar muy mal.

—Ea, quitaos pronto de en medio, que se me vá la silla y no me conviene que se me vaya.

Leyva y Astromonte tiraron de las espadas, que eran descomunales, y acometieron á don Juan con tal violencia, que á no saltar pronto atrás, le alcanzan con dos estocadas.

Don Juan desenvainó, y en tres segundos las espádas saltaron de las manos de los matones.

Despues cayó sobre ellos una lluvia tal de cintarazos, tan ásperos y tan rápidos, que á los tres segundos, los dos valientes dieron á correr como si les hubieran nacido alas en los talones, dejando sobre el campo las dos espadas.

Don Juan envainó la suya y se lanzó rápidamente á buscar la silla de manos que se le habia perdido.

Poco despues llegó al sitio del suceso Lope Pereira, recogió flemáticamente las espadas y se las metió debajo de la capa, desapareciendo despues á buen paso por donde habia desaparecido don Juan.

IV.

Tenorio habia alcanzado al fin la silla de manos.

Esta se habia detenido en una estrecha plazuela irregular, á la que solo daban las tapias de algunos huertos, y sobre la que se desplomaba un sol insoportable.

Los lacayos no podian ya con su alma, y se enjugaban, jadeando, el sudor.

Don Juan llegó á ellos, y les dijo:

—Os vais á largar inmediatamente.

—Si nos vamos,—dijo respetuosamente uno de los lacayos quitándose el sombrero,—nos vá á suceder una desgracia.

—Que será indudablemente menor que la que os vá á suceder sino os vais; pero ponte el sombrero, hombre, que te vá á dar un tabardillo, y toma para que refresqueis tú y tu compañero.

—Pero nosotros no estorbamos, señor,—dijo el lacayo, tomando el cruzado de plata que le daba don Juan.

—¡Idos, ó vive Dios que os quito del mundo!—dijo don Juan echando mano á su espada.

Los dos lacayos se fueron.

La silla de manos se quedó en medio de la plazuela; pero no se abrió.

Don Juan no llegó á ella: se cubrió con la estrecha sombra de una tapia, y esperó.

El semblante de Lope Pereira asomó por mitad, y sin sombrero, en una esquina del fondo de una de las boca-calles.

Don Juan se paseaba como un centinela.

—Malo,—dijo Lope Pereira:—cuando don Juan no abre la silla de manos, es que piensa hacer alguna diablura; y puede ser, vive Dios, que ella se alegre de esto: ese hombre es el diablo, y si no hiciera tanto calor, me divertiria lo que está sucediendo: esto se enreda. Buena cara vá á poner el señor don Juan III cuando llegue á su noticia esta barrabasada de don Juan Tenorio.

Descuidóse un poco Lope Pereira, sacó algo mas la cabeza, y don Juan Tenorio le vió y se fué para él.

Lope Pereira se retiró vivamente, y dió á correr, diciendo para sí:

—Ni estoy de humor de llevar palos, ni me espongo á que

no se contente hoy con sacarme una libra de sangre: si la perla del rey se pierde, que la busquen: yo no he visto nada.

Cuando don Juan Tenorio llegó á la esquina, ya habia desaparecido Lope Pereira.

La silla de manos continuaba cerrada como si no estuviese nadie dentro de ella.

V.

Dieron á poco las doce, y pasó un albañil.

—¡Eh! ¡buen hombre!—le dijo don Juan;—¿quereis buscar un compañero para conducir aquella silla de manos?

El albañil miró con estrañeza la silla abandonada, y dijo:

—¿Por qué no? ¿á qué estamos los pobres sino á ganarnos lo que podamos? Detrás viene un compañero mio.

—Es que os necesito no sé para cuánto tiempo,—dijo don Juan.

—Si nos pagais bien, no hay inconveniente; pero os advierto, señor, que si faltamos esta tarde á la obra de la iglesia que estamos labrando, nos despedirán.

Don Juan puso en las manos de aquel hombre un cruzado de oro.

—Hasta la fin del mundo iré yo con vos,—dijo el albañil, que por la primera vez de su vida poseia un cruzado de oro.—¿Esto será para mí solo, señor, no es verdad?

—Sí, daré otro tanto á tu compañero.

—Ved allí por donde asoma: le dejé atrás porque á mí me importaba ir algo mas deprisa; ¿pero cómo es que se ha quedado sin lacayos esa hermosa silla?

—Eso no te importa,—dijo don Juan mirando fijamente al albañil que se apresuró á contestar.

—Teneis razon, señor; perdonad; á mí nada me importa eso. Oye tú, Nuñez,—añadió dirigiéndose á otro albañil que se acercaba:—ha caido que hacer: este caballero me ha dado un cruzado de oro, y á tí te dará otro, porque llevemos aquella silla á donde nos mande.

—Toma,—dijo don Juan dando al otro albañil otro cruzado.

—Pues andando, aunque nos despidan de la obra.

Don Juan se acercó á la silla, seguido de los albañiles que se pusieron sobre los hombros los correones y asieron las varas levantando la silla.

—¿Y á dónde señor?—dijo el primero que habia hablado con don Juan que se habia colocado delante.

—Fuera de la ciudad, por el camino mas corto,—dijo en alta voz don Juan, por ver si daba señales de sí la dama que iba dentro de la silla.

Pero esta permaneció cerrada, y marchando ya.

—No, pues va dentro,—dijo don Juan:—no ha salido de ella mientras que la perdí de vista; pesa demasiado; ¿cuál de las dos será, ó sino será ninguna de ellas? Lo veremos.

Y siguió marchando tras la silla y sudando, porque hacia un calor horrible.

VI.

Un cuarto de hora despuès, los albañiles salian por un arrabal de Lisboa al campo, y marchaban entre amenas huèrtas, acompañados de don Juan.

Las pocas personas que habian encontrado en el tránsito habian mirado con estrañeza aquella riquísima silla de manos conducida, no por lacayos, que esto no hubiera tenido nada de singular, sino por dos albañiles.

Pero todos habian pasado sin atreverse á inquirir en qué consistia aquella singularidad que tenia todas las apariencias de una aventura, de esas con las que tiene derecho á entrometerse la justicia.

El aspecto de don Juan les habia hecho pasar de largo.

Don Juan, al poco espacio de estar en el camino, mandó á los albañiles que se metiesen entre unos árboles, y cuando estuvieron allí, que pusiesen la silla de manos á la sombra y descansasen.

Los albañiles dejaron la silla y se sentaron.

Don Juan se tendió á la sombra de un árbol, y la silla permaneció cerrada.

Era necesaria toda la calma de don Juan para seguir de tal modo aquella aventura.

CAPÍTULO III.

Continuacion de la aventura de la dama robada.

I.

Pero la dama no pudo resistir por mas tiempo.

Habia visto por entre las cortinillas que don Juan con la mayor sangre fria del mundo se habia tendido á descansar reposadamente.

Nadie habia.

Estaban completamente rodeados de árboles, bajo una fresca sombra sobre un terreno cubierto de yerba, por medio del cual corria un ruidoso arroyo.

La dama se moria de sed: y de una sed doble, sed del cuerpo y sed del alma.

Su sed del alma consistia en que ignoraba lo que debia temer del terrible don Juan.

Por otra parte, su sed del cuerpo secaba su boca y ponia ávidos sus lábios.

Era en cierto modo una plaza sitiada que no podia ya defenderse por mas tiempo.

La dama no veia á los albañiles, lo que demostraba que estaban al otro lado de la silla.

La dama miró por entre la cortina de la otra portezuela.

Los albañiles, rendidos por el trabajo y por la fatiga de media hora de marcha con la silla de manos, se habian dormido profundamente.

La dama alentó una esperanza dudosa.

La que don Juan se hubiese dormido tambien, y pudiese escapar.

Miró con ánsia por la otra portezuela.

Su esperanza se desvaneció.

Don Juan, apoyada la cabeza en una mano, miraba con sus dos grandes ojos negros completamente abiertos á la silla de manos.

La dama no podia salir de ella sin ser vista por don Juan.

La doble sed que aquejaba á la dama, se la hacia á cada momento mas insoportable.

Abrió, pues, la portezuela, y don Juan se puso de pié y se acercó.

—¡Gracias á Dios!—dijo;—yo habia resuelto no hablaros ni aun veros, hasta que vos os diéseis á luz.

—Señor don Juan, vos os atreveis á todo,—dijo con irritacion la dama.

—¡Cómo! ¿me conoceis, señora?—dijo don Juan.

—Sí, como vos me conoceis á mí.

—Pues ignoro quién sois.



—Nada tiene de estraño, porque la cólera altera mi voz. Despedid á esos hombres, don Juan, quedémonos solos; pero pronto; necesito salir cuanto ántes de aquí, me estoy ahogando.

Y la dama cerró la portezuela.

II.

Don Juan se acercó á los albañiles, los despertó y dijo:

—Podeis iros; ya no me haceis falta.

—Muchas gracias, señor,—dijeron los albañiles.

Y se alejaron.

Don Juan los vió salir al camino por entre los árboles.

Entonces fué á la silla de manos y tocó al cristal de una de sus portezuelas.

Aquella portezuela se abrió.

—Podeis salir cuando querais, señora,—dijo don Juan,—pero os advierto que nos acompaña mi honor.

—Y mi dignidad y mi valentía,—dijo la dama saliendo.

—Me parece que os conozco ya, porque me hablais con menos cólera.

Pues acabadme de reconocer,—dijo la dama quitándose el antifaz.

—¡Isabel!—esclamó don Juan retrocediendo;—pues mirad; me alegro en el alma de que seais vos y no doña Estefanía.

—¡Ah! ¡maldiga Dios á doña Estefanía! ella tiene la culpa de lo que me sucede.

—¿Y qué os sucede que sea desesperado?—dijo don Juan.

—Dejadme, dejadme beber agua; me estoy abrasando.

—¿Y cómo vais á beber, señora?

—Con la mano, de cualquier manera,—dijo Isabel con impaciencia acercándose al arroyo.

—Teneis las manos demasiado pequeñas, amor mio,—dijo Tenorio;—con lo que en ellas cabe, apenas puede beber un pájaro; dejad que mis manos os sirvan de vaso.

—Tanto me dá,—dijo con desden doña Isabel.

Don Juan juntó sus dos manos, haciendo con ellas un hueco, llenó aquel hueco de agua, y la ofreció á los sedientos lábios de la jóven, que bebió con ánsia.

—¿No temeis beber en esa agua algo de mi esencia?—dijo don Juan.

—Nada temo de vos,—dijo doña Isabel mirando intensamente á don Juan y limpiándose la boca con un rico pañuelo de Cambray.

—¿Quereis mas agua?—la preguntó don Juan.

—No, lo que quiero es que me digais por qué habeis hecho lo que me tiene, por decirlo así, en vuestro poder.

—Azares de la guerra, señora,—dijo don Juan;—vos habeis querido apoderaros de mí, y yo me he apoderado de vos.

—¿Que yo he querido apoderarme de vos?—dijo doña Isabel poniéndose pálida, mas pálida de lo que lo era;—¿quién os ha dicho eso? y sobre todo ¿qué interés podia yo tener en apoderarme de vos?

—Sentémonos, señora; aquí la sombra es grata, refrescaos, tranquilizaos, y yo os daré la prueba de lo que os he dicho.

III.

Doña Isabel se sentó al pié de un árbol, sobre una pequeña prominencia del terreno, y don Juan se sentó á sus piés, tocándola casi.

—Retiraos y sentaos un poco mas alto; nada hay que os auto-

rice para tomar esa posicion junto á mí,—dijo con altivez doña Isabel.

—Estaré de pié,—dijo dón Juan levantándose.

—Ni tanto ni tan poco,—dijo doña Isabel.

—Pues entonces, á donde estuve me vuelvo.

Y se volvió á sentar á los piés de la jóven y junto á ella.

—Doña Isabel se impacientó, pero no volvió á intimar á don Juan que se levantase.

IV.

Doña Isabel, que como hemos dicho era muy hermosa, estaba entonces hermosísima.

Sus cabellos tenian algo de lo que podria suponerse en los de un arcángel terrible.

Su bella frente dejaba ver algo de sombrío.

Sus ojos irradiaban en los de don Juan una mirada profunda, grave, séria, valiente.

Su boca estaba entreabierta en una espresion de bravura, y su palidez era densa.

En su preciosa garganta se sentia el latido de la sangre, y su alto seno se agitaba á impulsos de una respiracion poderosa.

Se desprendia de ella una gran exuberancia de juventud, de hermosura, de vida, de sentimiento.

Pero nada se traslucia que revelase á la mujer enamorada.

Esto, irritaba á don Juan; pero en nada se revelaba su irritacion.

Don Juan aparecia perfectamente tranquilo.

Su sonrisa era la galanteria de un hombre que conoce á la mujer y está acostumbrado á tratar con ella.

—Habeis dicho que estoy en vuestro poder por un azar de guerra,—dijo lentamente y acentuando con energía sus palabras doña Isabel.

Don Juan sacó de entre su ropilla la carta que le habia dado Gabriela, y la presentó en silencio á doña Isabel.

—Y bien,—dijo la jóven arrojando una sola mirada sobre la carta, doblándola y rompiéndola.

—¿Porqué rompeis esa preciosa carta?... preciosa porque vos la habeis escrito.

—¿Qué os vá en que la rompa?—dijo doña Isabel continuando en hacer menudos pedazos la carta.

—Nada, señora,—dijo don Juan;—yo no acostumbro á valerme de pruebas de esa especie; si una mujer me desdeña, procuro que me ame por los buenos medios; si no lo consigo, sufro y paso; pero jamás obligo; yo no soy mendigo ni usurero de amor; siento que hayais roto esa carta, porque por ser vuestra la amaba.

Pasó algo en que parecia revelarse una gran pena, una grande angustia del corazon, por los hermosos ojos de doña Isabel.

—¿Por qué mentís?—dijo.

Y pareció como que se habia arrepentido de lo que habia dicho, y se puso vivamente encendida.

Aquel color febril pasó rápidamente, y volvió al semblante de doña Isabel su densa palidez.

—¡Qué alma tan hermosa teneis, señora!—dijo tristemente don Juan:—es mucho mas hermosa que vuestro semblante: no se puede veros sin amaros.

—Francamente, don Juan; por lo que en vos noto, creis que yo os amo.

—Y si no me amais, señora, ¿por qué de una manera tan

delicada habeis querido aliviar mi pobreza, y por qué, tambien, de una manera tan violenta habeis querido apoderaros de mí?

Doña Isabel volvió á ponerse encarnada como una rosa de Alejandría.

—Vuestra sangre os vende, señora,—dijo don Juan:—ella sube á vuestras mejillas para responderme, cuando vuestra lengua permanece muda.

—No hablemos, no hablemos de eso; vengamos á la situacion: ello es que vos habeis adquirido, no sé por qué medios, porque tengo una gran confianza en Lope Pereira, una carta en que se demostraba que una mujer os procuraba dinero enviando al juego una persona, con el encargo de que perdiese jugando con vos, y que esa misma dama encargaba se apoderasen de vos. Yo podia haber negado que era la autora de esa carta; pero yo soy como vos, don Juan; yo no miento nunca: parece á primera vista, atendiendo al contenido de esa carta, que ya no existe, que yo os amo: voy á deciros la verdad, don Juan: yo no sé si os amo ó no: ¿os estraña esto? no debe estrañaros; yo nunca he amado; no conozco el amor: no me le han dado á conocer: no me han dicho, ese es. Ahora bien, vos sois muy práctico en amor: ¿veis en mí algo que os indique si yo os amo ó no?

—Me haceis una pregunta de muy difícil respuesta, Isabel,—dijo don Juan:—yo estoy seguro de lo que sentís acerca de mí; pero me repugna contestar.

—Decid la verdad; iluminad á una pobre ciega: dad vista á sus ojos: explicadme lo que yo siento y lo que no comprendo.

—Pues bien, Isabel,—dijo don Juan;—voy á revelaros lo que me dice mi esperiencia en amor respecto á vos: me amais con toda la violencia de vuestra alma de fuego: sois mia, completamente mia.

—Vuestra, no,—dijo con vehemencia Isabel:—podrá ser que os ame: os creo; pero voy á deciros los motivos que he tenido para ponerme, como decís, en guerra con vos. Aborrezco á doña Estefanía de Silva, y doña Estefanía se ha puesto por vos en lucha conmigo: doña Estefanía os ama: doña Estefanía cree que yo os amo y quiere robaros á mí: vos, don Juan, haceis demasiado la corte á doña Estefanía; todo el mundo cree que la amais; el mismo rey ha dejado oir las palabras siguientes:—Don Juan Tenorio y doña Estefanía de Silva Carbalho y Meneses, serian muy buenos casados.

—¿Y vos habeis tenido celos, amor mio?—dijo don Juan.

—No, celos no; rabia, despecho; porque doña Estefanía se cree triunfante de mí y me mortifica.

—La vanidad sería en vos ridícula, si lo que vos creeis vanidad no fuese amor: ¿sabeis desde hace cuánto tiempo sé yo que vos me amais, que me ama doña Estefanía, y que empezaba una lucha á muerte entre vosotras dos? Pues bien, Isabel, lo sé desde la noche que nos encontramos cerca de Somorinos, y hablé con vosotras algun tiempo. ¿Sabeis quién fué, no la que conmovió mi corazon, porque entonces mi corazon estaba seco, sino la que me fué grata y dulce? Vos. ¿Sabeis quién me pareció mas hermosa, á pesar de que doña Estefanía es hermosísima y de que la habia visto completamente á la luz de la luna, que aumenta la hermosura y á pesar de que no os habia visto á vos? Vos. Y no me he engañado: vos, Isabel, teneis una hermosura sobrenatural.

—¡Ah, don Juan! sé que decís la verdad respecto á lo que sentis, y me estais haciendo daño: yo no quisiera pareceros lo que os parezco; me dais miedo: vos no habeis nacido para una mujer: vos amareis, no con el amor exclusivo que una mujer necesita, si no dando á una mujer una parte de vuestro amor, sin

quitar su parte á las demás: vos vais por la vida, sediento, y no hay hermosura bastante, no hay alma bastante, no hay grandeza bastante para llenar vuestro corazon: la mujer que con vos se encuentre, y en que vos repareis, ha encontrado su desgracia, su desesperacion, su infierno; y yo no quiero morir desesperada, yo no quiero condenarme.

—¿Quién os ha dicho eso, Isabel?

—El corazon; Dios; un presentimiento terrible; que sé yo; pero yo os temo, don Juan: yo no quiero amaros: vos sois un sér maldito: ¡ah! yo no creo que exajero si digo que sois un arcángel caido.

—¡Isabel! ¡Isabel!—esclamó don Juan:—ved lo que decís, porque me parece que me volveis á mis veinte años; que todo lo que ha pasado por mí ha sido un sueño; un sueño de sangre y de desgracia; un sueño aterrador que es necesario olvidar: me parece que vos me absorbeis, que me refundís en vuestra alma de fuego, que mi sér está en vos; que mi existencia no puede alentarse sino con vuestra vida, con vuestro corazon, con vuestro pensamiento.

—¿Decís eso mismo á la misteriosa mujer que vestida de hombre os acompaña y que pasa por vuestro paje?—dijo severamente Isabel.

—¡Ah!—esclamó don Juan, recordando á doña Leonor;—¡lo sabeis todo!

—¡Todo, por desgracia!

—Oid, Isabel—dijo don Juan;—de todas las mujeres que he amado y que me han amado, creia que una sola habia sido mi alma: esa mujer se llamaba Inés de Ulloa.

—¡La hija del Comendador!

—¿Ha llegado á vos la noticia de esa leyenda terrible?—dijo don Juan.

—Vuestra fama,—dijo Isabel,—vá delante de vos, y hace por vos la guerra: no hay mujer que no haya oido vuestros amores con Inés de Ulloa, que no desee conoceros y que no esté predispuesta á amaros, á pesar de que se sabe que vuestro amor costó la vida á Inés de Ulloa, y sabe Dios si el alma.

—Pues bien Isabel, oid. Yo creia, como os he dicho, que Inés se habia llevado á la tumba consigo, todo mi corazon; desesperado, me lancé á las aventuras, recorrí lejanas tierras; atropellé cuanto se puso á mi paso; me hastié de la vida; me horroricé de mí mismo; comprendí, como vos habeis dicho, que era un sér maldito: una vision de espanto, un sueño de la eternidad, me aterró: creí ver la mano de Dios armada del rayo, suspendida sobre mi cabeza, amenazando reducirla á ceniza; fundé un hospital arrojando los inmensos bienes, que habia heredado de mis padres, al dolor de los pobres; monté á caballo, y convertido en un cadáver viviente, fuí á llamar á las puertas de un monasterio, que se abrieron para mí, dándome entrada á un santo lugar donde todo era silencio, humildad, penitencia: yo he vivido allí un año, sintiendo que los muros de aquel monasterio pesaban sobre mí como un ataud de plomo; buscaba aire en aquel ataud y no le encontraba: y era que yo habia ido á aquel monasterio aterrado, pero no convertido: el alma de Inés de Ulloa vivia en mi alma, que era el infierno; parecia que, sedienta de que yo la acompañase en su eternidad, me asia con una fuerza incontrastable, para arrancarme de aquel lugar de penitencia y de salvacion. Al fin, Isabel, un acontecimiento imprevisto, el ultraje de un hombre, volvieron á poner la espada en mis manos, y maté; el monje salió del claustro; don Juan Tenorio volvió á la vida, pero con el corazon seco. Os encontré, y mi corazon no latió. Mas allá encontré á esa otra mujer, y no fué mi corazon el que se interesó por ella,

fué mi ambicion, mi ambicion que me hizo creer que la amaba. Era mentira; vos me lo habeis demostrado. Os estoy viendo hace tres meses, todos los dias en palacio; estoy resistiendo la poderosa influencia que teneis sobre mí; siento que vos desde hace tres meses, vais lanzando de mi alma el recuerdo de Inés de Ulloa, y no os he hablado, no os he mirado; he pasado junto á vos indiferente y altivo, porque os temia; porque veia que iba á suceder lo que al trataros de cerca, al tocar vuestra alma, ha sucedido; que iba á perder mi libertad; que iba á ser enteramente vuestro; que iba á detenerme en mi camino, que no es ya el camino del amor. El amor es el peligroso fuego de la juventud: cuando el hombre ha llegado á la madurez de la razon, necesita otra esfera mas ancha, una esfera de grandeza...

—En la que puede acompañarle asida de la mano una mujer tan grande como él, —dijo Isabel.

Don Juan se puso pálido.

—Me habeis adivinado, —dijo: —es cierto, sí; lo que debe suceder sucede; para cada pensamiento, para cada deseo, hay una situacion. Pero y bien, Isabel, ¿no temeis adelantar, enlazada vuestra mano con la mia, por el camino de la vida? ¿Sabeis á dónde puede llevarnos ese camino?

—Yo solo se, que si vos teneis grande el pensamiento, mi pensamiento sueña grandezas, —dijo Isabel.

—¿Quién sois? —dijo don Juan: —vos no teneis apellido.

—Averiguadlo vos; haced vos que el misterio de mi nacimiento se desvanezca; yo no le conozco; yo no tengo una sola persona á quien amar; yo no puedo explicarme la situacion en que me encuentro.

—El rey conoce sin duda vuestro orígen.

—El rey jamás me ha contestado cuando le he pedido noticias acerca de mí, mas que esta sola palabra: Espera.

—¡Ah! yo no se lo que me sucede,—dijo don Juan;—mi pensamiento se oscurece; no puedo unir una idea con otra; nuestro encuentro, Isabel, ó es un suceso providencial, ó una desgracia.

—¿Por qué habeis seguido mi silla de manos?

—Por curiosidad y por prudencia á un tiempo; yo no estaba seguro de si érais vos ó no, la dama que se valia de Lope Pereira, la dama que cuidaba de mi suerte y procuraba apoderarse de mí. Esta es la razon de que yo haya maltratado á los hombres que os escoltaban poniéndolos en fuga; de que me haya apoderado de vos y os haya traido aquí.

—¿Y cómo pensais salir de esta aventura?, don Juan.

Tenorio sacó su reló y le consultó.

—Son las tres de la tarde,—dijo,—¿podeis volver al lugar de donde habeis salido para ir á casa de Lope Pereira, sin comprometéros en nada?

—Puedo estar hasta el oscurecer fuera de mi casa.

—¡Ah! ¿tenemos pues cinco horas de qué disponer?

—Sí; esto es, don Juan, si vuestros empeños anteriores no os obligan á separaros de mí.

—Yo no tengo empeños; doy lo que tengo; no tengo corazon que dar á nadie, porque vos se me os habeis quedado con él, y por consecuencia, vuestra voluntad es la mia, ó por mejor decir, tratándose de vos, yo no tengo voluntad.

—Necesito mirar bien, no sea que os humilleis para mandar.

—Nunca digo mas que lo que tengo sobre el corazon; en este momento me estais volviendo loco; sois completamente dueña de mí.

—Es que yo no quiero que seais mio; aun me quedan fuerzas para luchar y lucharé; procuraré dominarme y dominaros; sé que no mentis, que ahora me amais; pero mañana podreis encontrar otra mujer que valga mas que yo para vos; pasareis y yo no encontraré un hombre que valga lo que vos, para mí; moriré como Inés de Ulloa.

—¡Ah, Isabel!

—¿No os aterra el ver que por mí habeis olvidado á esa desdichada, que se perdió por vos, que murió por vos?

—¡No!—dijo don Juan,—no he sido yo; ¡mi destino! ¡mi destino terrible! si podeis apartaros de mí, apartáos; si yo puedo apartarme de vos, me apartaré; ¿pero qué somos nosotros? ¿dónde está nuestra fuerza para combatir contra Dios? ¡contra Dios, que tal vez ha maldecido vuestra raza como ha maldecido la mia, y quiere que su maldicion se cumpla.

—¡Oh! ¡callad, don Juan; me estais dando miedo, porque creo que una maldicion me impulsa hácia vos!

V.

Isabel hizo temblar á don Juan, con la inmensa mirada de amor que se exaló de sus ojos.

Don Juan vió en aquella mirada todo un infierno de pasion.

Nunca los ojos de Inés se habian iluminado de aquel modo.

Don Juan asió una mano de Isabel y la besó.

Isabel se levantó como si hubiera sido herida en el corazon.

—¡Don Juan!—dijo:—vos no sabeis separar el amor de la impureza: si es verdad que yo os amo, no os amo así. Tocadme con vuestra alma, pero no me toqueis con vuestros lábios: no pretendais que yo os desprecie; no querais que yo sumerja en el cieno mi alma: respetadme si quereis que yo os respete.

—¡Ah! ¡sí!—dijo don Juan,—amémonos de ese modo: sed mi alma pura: sed grande para que yo pruebe un amor nuevo.

—Teneis razon, todo lo que es materia, se gasta, envejece y muere.

—No os creia yo capaz de un amor semejante, y os temia: No hablemos mas de esto. Decidme: ¿cuáles son vuestros proyectos don Juan?

—Yo no tengo jamás proyectos, sino deseos, y no deseo nunca sino lo que me parece imposible, ó por lo menos, difícil.

—Yo creo, don Juan,—dijo Isabel,—que para vos solo existe un imposible.

—¿Cual?

—El de satisfacer vuestra alma: el de no desear nada: el de deteneros en el ascenso de esa montaña infinita, cuya cumbre se pierde en las nubes y desde la cual, á medida que se asciende, se ven horizontes mas distantes, y que se llama ambicion: Vos no podeis deteneros ya; vuestro pasado pesa sobre vos y necesitais embriagaros con grandes, con enloquecedores empeños, para no recordar vuestro pasado que os roe el corazon. ¡Cuán feliz seria yo, don Juan, si pudiese llenar vuestra alma, redimiros, salvaros, llevaros por la mano al arrepentimiento, á la verdadera grandeza, al amor, á la humanidad!

—Por desgracia Isabel, hace mucho tiempo que el ángel de mi guarda tendió las alas y huyó de mí, desesperado, llevando ante el Señor, su copa llena de lágrimas: ¡no, no! ¡yo estoy maldito! ¡yo he nacido sentenciado! ¡Sobre mi frente ha señalado el dedo de Dios el estigma de los réprobos!

Isabel bajó la cabeza, y dos ardientes lágrimas rodaron por sus mejillas.

—El ángel de vuestra guarda,—dijo don Juan,—ha puesto

por la primera vez su copa bajo vuestros ojos. Pedid á Dios que el llanto, al salir de vuestro corazon, no le abrase y os enloquezca; pedid á Dios que el ángel no llene con sus lágrimas la terrible copa, porque entonces, el dedo de Dios habrá señalado vuestra frente y estareis perdida, Isabel.

Isabel levantó los ojos al cielo, y señaló con su dedo al infinito.

—Dios no aparta jamás la vista de sus criaturas,—dijo,—Dios tiene siempre para ellas un rayo de luz que ilumine sus almas.

—Sois un bellísimo predicador Isabel: dejad venir los sucesos: si podeis libraros de mí, libráos; sino resignaos á vuestro destino.

—Bien; vengamos á los sucesos: Os he preguntado qué proyectos teneis, y vos me habeis dicho que solo teneis deseos; ¿qué deseais?

—Dominar lo grande; revolverme entre el horror de la batalla; triunfar; adquirir un nombre glorioso; elevarme sobre los mas altos; aspirar, en fin, el dolor, no ya de un solo sér, sino de miles de séres; inspirar terror; llevar delante de mí el estrago; dominarlo todo; vengarme de la humanidad entre la cual no he encontrado mas que fango; no ver ninguna cabeza mas alta que la mia.

—¡Ah! ¡Eso es ser Satanás!

—En buen hora. ¿Sabeis cuánto dolor he apurado yo? ¿Sabeis que estoy cansado de perseguir en vano la felicidad sin encontrarla? Oid: poseeros, enloqueceros, arrastraros conmigo, haceros completamente mia en cuerpo y alma, perderme en vos y que vos os perdiérais completamente en mí, me parece en este momento una felicidad infinita; y, sin embargo, estoy seguro de que si todo lo que deseo respecto á vos se cumpliese, sin llegar á ser feliz, veria que la felicidad que habia creido existia para mí en vos, era un sueño desvanecido, y me apartaria de vos para

seguir mi camino, mas rugiente, mas desesperado, mas esterminador. ¡Ah! ¡no! me devoro en un fuego inestinguible, que nada puede apagar; yo me ahogo en una sed que nada puede estinguir; yo estoy sentenciado á un infierno que vos no podeis comprender, hasta que por mí lo sintais.

—¡Ah! ¡no! ¿por qué?.... mi voluntad es incontrastable; yo seré siempre para vos el imposible.

—¡Quisiéralo Dios, Isabel! porque amándoos ahora, soy feliz, y os amo..... porque no os tengo porque no me basta con tener vuestra alma. En los amores del espíritu, hay algo de tan terriblemente doloroso, que la débil naturaleza humana no puede resistirlo y sucumbe al dolor. Vos sentireis ese infierno y sucumbireis.

—¡No! Quiera Dios que yo no ame tanto..... que por vuestro amor, porque seais feliz, luchando con un imposible, pueda vencerme á mí misma; lo procuraré con toda la fuerza de mi alma, porque..... porque me causais una gran compasion, don Juan.

—Pasad, pasad, Isabel; dejad al condenado que se pierda á lo largo de su ardiente camino; no procureis detenerle en él.

—Pues bien; pasaré don Juan; acompañadme,—dijo Isabel sonriendo tristemente;—acompañadme á mi casa; cuando entremos en Lisboa me cubriré con mi manto y nadie verá que me acompañais. No volvais á hablarme; cuando me veais, porque andando vos en la córte habreis de verme, no repareis en mí, aunque mis ojos desesperados os busquen; no os importe que mis mejillas estén mas pálidas cada dia; no creais que muero por vuestro alejamiento; convertidme para vos en un ser completamente indiferente; seguid vuestro camino; no penseis en que al encontrarme, al deteneros un momento á mi lado, al darme la

mano, me habeis envenenado el corazon; porque eso no será verdad, porque será que os lo fingís; si vos pasais de largo, ¿qué me importais á mí? lo mismo que yo os he importado á vos.

—Teneis razon, Isabel; yo, si vos os apartáseis de mí, os seguiria; cuanto mas me desdeñáseis, insistiria mas. No sé si debo bendecir ó maldecir la aventura que ha hecho que nos encontremos en esta situacion. Lo que sé es que esta es una nueva historia de lágrimas; ¿teneis vos valor para partir conmigo vuestro destino?

—Don Juan; ántes de hoy yo creia un empeño de vanidad contra la soberbia de doña Estefanía, lo que sentia por vos. Cuando me he visto en vuestro poder he sentido miedo y cólera, porque no os conocia bien; vuestra palabra terrible ha descorrido para mí el velo del misterio en que estaba envuelto lo que yo sentia por vos; y ahora sé que os amo con toda mi alma; que os amo desde que os conocí; que mi amor se ha ido nutriendo y engrandeciendo con los celos; y yo no digo, como vos, que no sabeis si bendecir ó maldecir la situacion en que nos encontramos: yo la bendigo; yo gozo de una felicidad infinita, porque amo, porque vivo, porque ardo en el recuerdo de un ser adorado; ¿porqué no habeis venido antes, don Juan, para que antes hubiera sido yo feliz?

—¡Cómo Inés de Ulloa!—dijo don Juan.

—No me hableis de lo pasado, ni de lo porvenir; ocupémonos de lo presente. Tengo mucho que preguntaros de lo que en lo presente os sucede, de lo que haceis; de lo que pensais.

—Preguntad, pues.

—¿Qué es para vos esa mujer que vestida de paje os acompaña?

—Antes del momento en que nos hemos visto, en que nos

hemos hablado, en que nos hemos comprendido, esa mujer tenia para mí el encanto de una grande empresa; ahora esa mujer es para mí un inconveniente y un empeño de honor.

—¿Quién es esa mujer? ¿cómo se llama?—dijo doña Isabel con el imperio de la mujer que sabe que es adorada.

—¡Cómo! ¿sabeis,—dijo don Juan,—que mi paje Gonzalo es mujer y no sabeis cómo se llama? Yo creia que lo sabíais todo.

—Sé que es mujer porque os tengo rodeado de espias; porque mis espias han visto sin duda por las rendijas de las puertas algunas formas de vuestro paje, que creyéndose encerrado y solo, no ha tenido motivo para encubrir. La forma del seno de una mujer, no puede confundirse con la del pecho de un hombre. Sé que si vuestro paje parece moreno lo debe á que se tiñe, porque esa señora, que es hermosísima, es blanca como el nácar; sé que esa señora es... no estrañeis esta frase en mis lábios, es vuestra querida.

—Pudiera ser mi esposa,—dijo don Juan.

Isabel se puso pálida como un cadáver.

—¡No! no es vuestra esposa don Juan,—dijo;—no jugueis con mi alma para despedazarla.

—No, no es mi esposa,—dijo don Juan;—no lo será.

—¡El nombre de esa mujer!

—Perdonadme, Isabel, es un secreto que no me pertenece; no me pidais que cometa una villanía, porque ni vos debeis querer que yo la cometa, ni la cometeria yo.

—Pues bien: no me digais el nombre de esa mujer; respeto vuestro honor; pero separaos de ella, alejadla de vos. Una de las razones por que me alegro de que nos hayamos comprendido, es que puedo deciros: tened compasion de mí; libradme de los horribles celos que me inspira esa mujer.

—Entonces, Isabel, si teníais celos, sabíais que me amabais: no ha sido mi palabra la que ha rasgado el velo de vuestra inocencia.

—¡No, no! no os he engañado: yo aborrecia á esa mujer, porque estaba á vuestro lado; pero... no sabia que mi aborrecimiento era hijo de celos; no se sabe lo que son celos hasta que se sabe lo que es amor, y como se puede sentir el amor sin comprenderle, tambien sin comprenderlos se pueden sentir los celos.

—No los tengais, Isabel: yo no amo á esa mujer.

—¿No la habeis amado nunca?

—Me ha fascinado durante un momento.

—¿Y ella os ama?

—Como vos.

—¡Ah! ¡vos quereis que yo pierda mi alma, don Juan! Salvad de mí á esa mujer, separándola de vos.

—No puedo: un empeño de honor me une á ella.

—Ved, don Juan, que estais acabando de desgarrar el velo de mi alma; que yo hasta ahora he creido que el amor es el cielo, y me estais haciendo conocer que puede ser tambien el infierno. ¡Ah! ved que yo puedo ser tan terrible como vos.

—¡Quisiéralo Dios! entonces habria encontrado mi esposa.

—Yo no puedo ser nada vuestro, ni aun vuestra amiga, mientras crea que mentís, que no me amais, que me burlais, porque si me amárais, no querríais que yo me desesperara; porque yo don Juan, os amo tanto, que tengo celos del aire que respirais.

—¡Ah, Isabel, Isabel! ¡parece que en vos alienta el alma de Inés de Ulloa!

—¿No os basta, don Juan, que yo tenga celos de las vivas, y quereis que los tenga tambien de las muertas?

—Ya os lo he dicho: ¡dejadme pasar! ¡olvidadme, que estoy maldito de Dios!

—Ved don Juan que soy mala enemiga: ¡que esa mujer está amenazada!

—La defenderé porque debo defenderla, Isabel; pero si á pesar de defenderla yo, vuestro celos la sacrifican, no os pediré cuentas de ella; no dejaré de amaros; por el contrario, os amaré mas, porque conoceré que teneis un alma tan terrible como la mia.

—¡Ved, don Juan, que me entregais esa mujer!

—¡No! no os la entrego, porque os lo he dicho y os lo juro por mi honor; la defenderé.

—Pues ahora, ahora es cuando estamos en guerra, don Juan.

—Guerra estraña entre dos que se adoran.

—No consiento en que me hableis de amor, mientras... mientras, aunque sea por compasion, digais amor á otra mujer.

—Importa poco que yo os hable ó no de amor, y que me escucheis ó no, si me amais y os amo.

—No os amaré.

—¿No amarme y estais celosa?

—Conducidme á mi casa, don Juan.

—Sea Isabel, sea; pero, ¿y esa silla?

—No la necesito: que se quede ahí.

—La encontrarán, la reconocerán.

—No la reconocerán: no tienen por qué reconocerla: yo no salgo nunca de mi casa en esa silla.

—Podrán conocerla los lacayos y los dos hombres que la conducian y la escoltaban.

—Esos hombres no saben quién soy yo.

—¿Cómo lo haceis, pues?

—No os importa.

—Vos debeis valeros de alguien.

—Sí, don Juan; de un hombre que me... ama mucho.

—¡Bah! pues es necesario tener una gran lástima á ese señor.

Isabel miró irritada á don Juan.

—Es decir, que á vos nada os importa que me ame un hombre con toda su alma.

—No; si vos le amárais, no os amaria yo; porque no le amais... porque... todo vuestro amor es mio, me importa poco que ese señor se muera por vos.

—Perfectamente, don Juan. ¿Es decir que yo he de sufrir sin que vos os conmovais, sin que tengais lástima de mí, que vivais al lado de una mujer que os ama, y á quien sin duda amais vos; y que además de esto hagais el amor á doña Estefanía, y acaso esteis enamorado de ella, porque es la anciana mas jóven y mas hermosa del mundo?

—Me veo obligado á engañar á doña Estefanía.

—¿Y por qué, si gustais?

Es un secreto que no me pertenece.

—¿Un secreto que sin duda tiene relacion con vuestra... amiga?

—Yo no he dicho eso; yo no os autorizo para que lo creais.

—Entonces, don Juan, todo os volveis secretos, y todo amores: pues bien, tened un secreto mas y un amor menos; es decir, puesto que tanto estimais vuestro honor, estimadle para no revelar á nadie que habeis estado á solas con una mujer que tiene el alma y el corazon tan puros como un rayo del sol; y tened un amor menos porque debeis olvidaros del mio: esto ha sido un sueño; si yo os amé, ya no os amo, porque os creia otro, y al conoceros tal cual sois, no os puedo amar.

Tenorio miró profundamente á Isabel.

Isabel tenia el semblante y la mirada en completa calma, ostentando una severidad infinita.

—¡Ah, por mi alma!—dijo don Juan,—sois digna de mí, Isabel.

—Tened en cuenta que desisto de todo lo que he dicho: que me importa muy poco que ameis á vuestro paje y que hagais la córte á la hermosa y jóven anciana doña Estefanía: mi fantasma ha desaparecido y vos me sois de todo punto indiferente. Si no quereis acompañarme, dejadlo; yo me volveré sola á Lisboa; y si me acompañais, hacedme la merced de no decirme ni una sola palabra; ni aun para despediros de mi.

—Hé aquí mi brazo Isabel, y desde este momento hasta que vos me mandeis que hable, os juro ser mudo para vos.

—Que Dios me castigue si yo os vuelvo el habla para mí.

Y se envolvió en el manto, despues de ponerse el antifaz, se asió del brazo de don Juan, y ambos salieron de entre los árboles, se encaminaron á Lisboa y entraron en ella.

Doña Isabel recorrió, en paso rápido, algunas calles.

Llegó en el centro de la ciudad vieja á una callejuela, y en su fondo llamó á una puerta: aquella puerta se abrió sin que don Juan viese á la persona que la abria, y doña Isabel se desasió del brazo de don Juan, y sin decirle ni una sola palabra, entró y cerró con un violento golpe la puerta.

Don Juan se alejó diciendo para sí:

—¡Vive Dios que esta ó me vuelve loco ó me salva! ¡quién sabe! dicen que para cada hombre nace una mujer; lo de la media naranja; ¿será mi media naranja Isabel? ¡Bah! ¡que se cumpla lo que está escrito!

Y se fué á comer á su casa, en compañía de su page.



CAPÍTULO IV.

De las primeras consecuencias que tuvo la diablura de don Juan.

I.

Lope Percira estuvo corriendo, hasta que se convenció de que don Juan Tenorio no le seguia.

Y solo don Juan Tenorio pudiera haber hecho correr al señor Lope Pereira, que á pesar de su espresion cándida y de sus colorados mofletes, era á la sordina uno de los temerones mas temibles de Lisboa, y una escelente espada.

Pero con el ejemplo de lo que don Juan habia hecho la noche anterior, púsose el señor Lope Pereira tan temeroso respecto á don Juan, que al ver que al descubrirle se habia ido en derechura á él, echando mano á la espada, no fué poderoso á otra cosa que á escapar, importándole muy poco echar un borron sobre su fama de valiente.

II.

Iba sofocado, sudoroso, pálido, por que se habia dado no menos que por muerto, y cuando se detuvo para ver si don Juan le seguia, vió delante de sí una taberna, en la cual bebian y charlaban algunos hombres.

Lope Pereira, que aunque habia huido, no habia soltado las dos espadas desnudas de los dos valentones á quienes habia desarmado don Juan, se entró en la taberna y pidió, jadeando, agua y vino.

—¿Os ha corrido tambien el caballero español?—dijo desde un rincon de la taberna Valentin de Astromonte, que con Gomez Leiva estaba bebiendo.

—¡Ah! que estais ahí,—dijo Lope Pereira;—si no hubiérais sido unos cobardes y hubiérais apretado bien los puños, no hubiera sucedido lo que sucede.

—Y decid vos,—dijo con mal talante Astromonte,—¿por qué no os habeis tenido firme con el tal caballero?

—Yo tengo para mí, que es un demonio,—dijo Leiva,—y no hay que culpar á nadie. Venid acá señor Lope Pereira y descansad. Lo mismo nos hizo saltar las espadas de la manos, que si las hubiéramos tenido de vendo, y sin perder un tantico de tiempo se nos hechó tan de recio encima, que en quince dias no se nos quitan los cardenales; y si no escapamos pronto, da fin de nosotros.

—Aquí teneis las espadas que yo recogí del suelo,—dijo Lope Pereira, dándolas á los dos valientes.—¡Qué hombre, señor, qué hombre! y cuenta con lo que se hace, lobos mios, que yo os conozco; ¡cuidado con tocar á traicion á don Juan! porque si le matais se os cuelga.

—Pues bueno es saberlo,—dijo Leiva,—porque en Dios y en mi ánima, que ya le tenia yo medido el tiempo al tal caballero.

—¿Decis que si matamos al caballero español,—dijo Astromonte,—nos cuelgan? y, decidme ahora ¿qué hará con nosotros el señor Gaston de Riveira, cuando sepa que la señora se ha perdido?

Tener paciencia y buscarla. Apropósito; yo voy ahora mismo á dar cuenta de todo al señor Gaston; vosotros, quitaos del medio y no os presenteis hasta que yo os avise. ¡Ea! quedad con Dios y que la paliza no tenga malas consecuencias.

—Que no os suceda nada, de resultas de la sofocacion.

Lope Pereira salió de la taberna y se encaminó á buen paso al alcázar.

III.

Subió por unas escaleras de servicio, atravesó algunas galerías, y entró en una antecámara, en donde pidió le anunciasen al señor Gaston de Riveira.

Poco despues le avisaron de que podia pasar.

Gaston de Riveira estaba sentado tras una mesa escribiendo con suma rapidez.

Cuando sintió los pasos de Lope Pereira, levantó la cabeza, le miró, y sin dejar la pluma de la mano le dijo con acento áspero:

—¿Qué quereis? ¿qué sucede?

—Una cosa tan grave,—contestó Pereira,—que necesito saber si nos escucha alguien, para decírosla.

El señor Gaston dejó la pluma en el tintero, se levantó y se fué al profundo hueco de una ventana.

—Venid acá y veamos,—dijo sin dejar su acento rudo.

Lope Pereira se acercó.

—Yo no tengo la culpa,—dijo,—y espero que no se me hagan cargos.

—¿Pero de qué, de qué? ¿acabareis?

—Esta mañana estuvo la señora en mi casa.

—¿Y á qué diablos va tanto la señora á vuestra casa?

—Ya sabeis que es muy aficionada á joyas.

—Sí, ya se. Su alteza repara ya en los enormes gastos de doña Isabel.

—Esa no es la cuestion; la cuestion es que cuando salió de mi casa la señora, y se metió en la silla de manos, un hidalgo, al parecer audaz y valiente, se puso en seguimiento de la silla.

—¡Ah!—dijo Gaston de Riveira poniéndose, no ya pálido, sino azul; ¿quién era ese hidalgo?

—No le conozco.

—¿Y por qué no le conoceis?

—¿Tengo yo acaso obligacion de conocer á todo el mundo? Ya os he advertido de que no me hagais cargos, porque yo no tengo la culpa de lo que ha sucedido.

—Si hay que haceros cargos, se os harán.

—Entonces, yo, diré á su alteza, el señor rey don Juan III de Portugal: ¿Quereis saber, señor, por qué no ha vuelto á parecer vuestro alferez mayor don Luis de Sese, que se perdió hace cinco años? ¿sabeis por qué no se sabe dónde está, ni lo que ha sido de doña Leonor de Sese?

—Bien, bien,—dijo vivamente contrariado Gaston de Riveira;—seguid.

—Pues señor, el hidalgo que os he dicho, y á quien no conozco, ha desarmado y apaleado á Valentin de Astromonte y á

Gomez Leiva, que han huido, y á estas horas no se sabe dónde la señora está.

—¿Pero sabeis si la señora conocia á ese hombre?

—No lo sé.

—¿Dónde ha sucedido eso?

—En la calle de San Antonio, en la ciudad vieja.

—¿Y por qué ha ido á la calle de San Antonio, doña Isabel?

—Huyendo de quien la seguia.

—¿Habeis estado en casa de la señora?

—No señor. He querido avisaros antes.

—Entónces esto no es tan grave como decis.

—¡Qué se yo! ¡qué se yo!

—Bien: idos; no digais nada á nadie; yo voy ahora mismo á casa de la señora.

—¡Quiera Dios que la encontreis! porque si la ha sucedido una desgracia, no se lo que será capaz de hacer el rey.

—Solo vos sabeis que yo encubro los caprichos de doña Isabel; porque no puede ser mas que un capricho el ir de incógnito en silla de manos por Lisboa. Si vos no hablais y por desgracia la señora no parece, nada podrá decirme el rey, porque no soy su guardian. Por lo demás, de cuenta mia es, si la ha sucedido algo, averiguar quién es el hombre que á tanto se ha atrevido, y castigarle: id con Dios.

Lope Pereira salió.

V.

Inmediatamente, tras él, salió Gaston de Riveira del alcázar, le rodeó, atravesó una calle corta, llegó á una pequeña plazuela y entró en una gran casa, en cuyo portal habia dos criados.

—¿Está en casa la señora?—dijo Gaston de Riveira.

—No señor,—contestó uno de los criados;—salió esta mañana con su dueña y aun no ha vuelto.

Gaston salió del portal, tomó á buen paso calles y calles, y entró en la callejuela sin salida, en cuyo fondo hemos visto llamar á una puerta y entrar por ella á doña Isabel.

Gaston llamó con fuerza á aquella puerta que se abrió al momento, y entró.

Una vieja estaba en el portal.

—¿Está ahí doña Guiomar, la dueña de la señora?—dijo á la vieja.

—Sí, señor Gaston,—contestó la mujer,—y por cierto que doña Guiomar está inquieta porque la señora tarda mas que de costumbre.

Gaston sin preguntar mas, abrió la puerta, salió y se encaminó á paso largo á la calle de San Antonio.

Allí, llamó á la primera puerta que le vino á mano y preguntó á una jóven que salió á abrirle.

—¿Sabeis si ha pasado algo en la calle, que haya sido de notar? Respondedme con verdad y os regalaré.

—Ha pasado una litera dorada muy hermosa, que llevaban dos lacayos,—dijo la jóven.

—¿Y qué mas ha sucedido?

—La silla de manos siguió hácia la plazuela de los Álamos.

—¿Y qué mas?

—Poco despues, un caballero muy buen mozo y muy valiente, riñó con dos hombres muy mal encarados que habia en la calle, los desarmó, los hizo correr y siguió hácia la plazuela de los Álamos.

—¿Y qué mas?

—Luego, otro hombre, como de cincuenta años, muy blanco

y muy colorado, llegó, recogió las dos espadas, se las metió debajo de la capa y se fué por donde se habia ido el caballero buen mozo.

—¿Qué señas tenía ese caballero buen mozo?—preguntó con una desdeñosa altivez Gaston de Riveira.

La jóven le dió minuciosamente las señas de don Juan Tenorio.

Gaston de Riveira se quitó un cintillo de poco valor y le dió á la jóven; se despidió de ella, y tomó á buen paso hácia la plazuela de los Álamos.

En fin, buscando, rebuscando, preguntando acá y allá, supo que una silla de manos conducida por dos albañiles habia salido de la ciudad por el camino de Oporto.

Gaston de Riveira se lanzó por entre las huertas, y siguió mas allá del sitio donde estaban nuestros enamorados, sin sospechar siquiera que los dejaba á la izquierda entre los árboles.

Preguntó acá y allá en esta huerta, en la otra, y nadie le dió razon.

Se ponia el sol, y Gaston de Riveira se volvió desesperado.

Cerca ya del arrabal, vió que dos leñadores llevaban una silla de manos, y la reconoció.

Era la de Isabel.

Gaston apresuró el paso, llegó á los leñadores y les dijo:

—¿Por qué llevais esa silla de manos?

—La hemos encontrado allá en el sotillo de las Tórtolas sola y abandonada, hemos llamado por ver si se presentaba su amo, y viendo que no, para evitar que algun mal intencionado la rompa, nos la hemos traido para presentarla al alcalde.

—¿Y nadie habia cerca de esta silla?

—No señor,—dijo uno de los leñadores.

—¿Y la habeis encontrado en el sotillo de las Tórtolas?

—Si señor.

—Vaya, id con Dios.

—Don Gaston dejó pasar á los leñadores, y cuando se hubieron alejado, se volvió á buen paso, llegó al mismo sitio donde entre los árboles habian conversado, enamorándose y acabado por reñir don Juan y doña Isabel, examinó el sitio, y junto al arroyo donde doña Isabel habia bebido en las manos de don Juan, encontró un pequeño y finísimo guante de ámbar.

Aquel guante era indudablemente de doña Isabel.

Lo que menos se le ocurrió al señor Gaston de Riveira, fué que doña Isabel se hubiese quitado aquel guante para beber agua en el hueco de la mano.

Unos horribles celos devoraron á Gaston.

Guardó en su limosnera el guante, estrujándole con furor, tomó el camino, se entró en Lisboa, se fué á la callejuela sin salida de los Abades, llamó á la misma puerta que habia llamado antes, y le abrió la misma vieja.

VI.

—¿Ha venido doña Isabel?—là preguntó.

—Sí, si señor, ha venido á las cinco de la tarde.

—¿Y se ha ido?

—En seguida.

—¿Quién venia acompañándola?

—Nadie.

La vieja habia recibido encargo de no decir que doña Isabel habia ido acompañada, y le cumplia.

—Adios y buenas noches,—dijo Gaston de Riveira.

Y se alejó con toda una legion de demonios en el cuerpo.

Llegó á casa de doña Isabel.

—¿Ha venido la señora?—preguntó á un criado.

—Si señor, respondió el sirviente.

—¿Á qué hora?

—Á las cinco y media.

—¿Está en casa?

—No señor, ha ido al alcázar.

El señor Gaston de Riveira salió como disparado, de la casa de doña Isabel, se metió en el alcázar, y se fué á las habitaciones de la reina doña Catalina.

CAPÍTULO V.

Su alteza la reina de Portugal, doña Catalina de Austria.

I.

Gaston de Riveira paseó una mirada sombría por las damas de honor, por las meninas y por las dueñas que estaban en la antecámara.

Entre ellas no se veia á doña Isabel.

En cambio, la camarera mayor, doña Estefanía de Silva Carballo y Meneses, la anciana jóven como la llamaba doña Isabel, estaba pomposamente arrellanada en una ancha silla de brazos, junto á un balcon, aprovechando el aire que entraba por él, y aumentándole con un gran ventalle ó abanico de plumas.

Las otras damas estaban en semicírculo delante de doña Estefanía, y sin desplegar los lábios, por la sencilla razon de que la camarera mayor no decia una palabra.

II.

Gaston de Riveira pasó por entre todas aquellas jóvenes, y fué á apoyarse en la balaustrada gótica de piedra del balcon.

—Hacedme la merced de venir acá, doña Estefanía,—la dijo.

Doña Estefanía se levantó y fué á apoyarse en la balaustrada junto á Gaston.

—¿Qué se os ocurre?—dijo la camarera mayor: no os he visto en todo el dia,—y el loco del rey, Peralvillo, me ha estado moliendo sin dejarme en paz, ocupándose de vos y de mí con sus malicias, que se van haciendo insoportables. Me ha pedido remedio para los humores negros y para el mal de la rabia, porque dice que estais muy de peligro y que vais á morder el mejor dia.

—¿Y no os ha asegurado á vos, señora, que dentro de poco os ibais á convertir en una víbora?

—¿Tengo motivos para ello, Gaston?

—¿Conoceis este guante?

—¡Un guante de dama!

—¿Pero sabeis si hay alguna dama en la córte que cuente diez y ocho años y á quién pueda servir este guante por pequeño?

—¡Isabel!—dijo con una especie de ansiedad doña Estefanía:—¡Isabel os ha dado una prenda de amor!

—No, no señora: este guante no me le ha dado doña Isabel; me le he encontrado yo.

—¿Dónde?

—En el campo, entre unos árboles, al lado de un arroyo.

—Y bien, eso significa que á doña Isabel la gusta pasear por el campo y beber agua en el hueco de la mano.

—Pero es el caso, que junto á aquel arroyo habia una silla de manos dorada que pertenecia á doña Isabel.

—Y bien se comprende, no habia de ir á pié al campo.

—Es que la silla de manos estaba abandonada.

—Esto es ya distinto.

—Y no ha dejado de estarlo doña Isabel, porque sola, sin otra compañía, ha estado algun tiempo con ese caballero á quien tanto estimais; á quien, en una palabra, tanto amais, y con el cual soñais en casaros.

—¡Con don Juan!

—Sí, con don Juan Tenorio.

III.

Doña Estefanía, en cuyo semblante daba de lleno la luna, miró de una manera terrible á Gaston de Riveira.

—¿Qué nueva infamia meditais?—dijo: ¿por qué forjais esa calumnia?

—Porque fuera calumnia daria yo la salvacion de mi alma, doña Estefanía.

—¡La prueba!—esclamó conteniendo mal su irritacion la camarera mayor.

—Parte de la prueba es este guante.

—Un guante puede robarse, y aun mas que un guante.

—Pues sino basta, oid:

Y Gaston relató á doña Estefanía lo que aquella mañana le habia sucedido, y lo que habia averiguado.

Doña Estefanía estaba demudada de furor.

—Ya os habia yo dicho, que el bufon del rey, al profetizaros que yo iba á rabiar, debió deciros que vos os ibais á convertir en

una víbora,—dijo Gaston:—necesitamos vengarnos: vos de Tenorio; yo de doña Isabel.

—Podrá suceder muy bien, que vos querais vengaros de don Juan, porque logra ser amado de una mujer que os desprecia, y sois capaz de cualquier felonía; pero habeis de saber, señor Gaston de Riveira, que si me tocais ni aun con la mirada á don Juan, os despedazo, aunque para ello tenga que despedazarme á mí misma.

—No importa: estoy cansado de ser vuestro esclavo, de serviros: si vos podeis perderme, yo puedo perderos; y vos no querreis arrostrar la cólera del rey: don Juan es mio: dejádmele como yo os dejo á doña Isabel, á pesar de que pudiera muy bien deciros: Si tocais á un solo cabello de Isabel, os despedazo, aunque para despedazaros tenga que despedazarme á mí mismo.

IV.

—¿Qué es esto, mis buenos amigos?—dijo una voz ronca y burlona detrás de la camarera mayor y del secretario del rey:—¿os estais amorosamente despedazando?

Ambos se volvieron, y vieron delante de sí á un hombrecillo de cuatro piés de estatura, rechoncho, abultado de vientre, estrecho de hombros, de cabeza gorda, de semblante malicioso, que representaba unos treinta y cinco años, de brazos largos y delgados, de piernas cortas, delgadas y torcidas, y de enormes piés.

Estaba vestido con un jubon y unas calzas á dos colores, por mitad, verde y rojo, con caperuza de los mismos colores y en la cintura cascabeles.

Este engendro, era el tio Peralvillo, loco ó bufon del señor

rey don Juan III de Portugal, que le habia heredado de su padre el rey don Manuel.

El tio Peralvillo, como todos los bufones, tenia el privilegio de hablar á todo el mundo de tú, incluso el rey, de ser insolente hasta el punto de decir la verdad sin rodeos, y de meterse sin ceremonia en todas partes sin pedir licencia, siempre que hablase ú obrase con gracia.

Pero el oficio de decir gracias y sutilezas es un muy mal oficio, y los bufones con suma frecuencia eran insoportablemente estúpidos.

Tal pareció en aquella ocasion el tio Peralvillo á doña Estefania y al señor Gaston de Riveira.

V.

Pero el tio Peralvillo no dió lugar á que se le mostrasen oscas las dos nobles personas á quiénes se habia dirigido.

—La reina te llama, hermosura en conserva, y á tí el rey, pícaro rebozado,—dijo el bufon,—y me parece que sus altezas están un tantico avinagradas: como que con ellos está la Perlita que no os puede ver ni en pintura, lo cual es un gran desagradecimiento; porque tú, al fin, madre Estefania, has hecho con ella el oficio de madre, como has podido; y tú, secretario de picardías, estás enamorado de ella, tanto como quisieras que ella lo estuviere de tí. Con que id, id, y que Dios os la depare buena, queridos mios.

Y el bufon hizo una cabriola haciendo sonar todos sus cascabeles, saludó grotescamente á doña Estefanía y á Gaston, y salió saltando de la antecámara.

—Me causa pavor ese hombre,—dijo Gaston de Riveira:—ha-

ce mucho tiempo que estoy viendo en su mirada maliciosa, una amenaza: desde que vino á la córte doña Isabel, nunca me habla sino dejándome traslucir una intencion sombría.

—Ese hombre sabe todo lo què sucede en palacio; es un pícaro que lo adivina todo,—dijo doña Estefania:—es necesario tener mucho cuidado con él, y cuando parezca conveniente, no pararse en escrúpulos: ese hombre puede perdernos: id, id vos á ver al rey: yo voy á ver á la reina: despues, lugar nos queda para entendernos.

Y doña Estefanía se separó del balcon, atravesó la antecámara, abrió una mampara, y entró en la cámara de la reina.

VI.

La reina estaba sola leyendo en su libro de horas.

Doña Catalina de Austria, hermana del emperador Cárlos V, nieta de los Reyes Católicos, era una jóven de veinticinco años, blanca, rubia, con ojos azules, de tez finísima, de puro color levemente sonrosado, muy dama y muy noble, que hubiera sido muy hermosa á no ser por su nariz bastante pronunciada, y por su boca cuyo lábio inferior era alto, grueso, enérgico, dominador, como el lábio inferior de Cárlos V y de Felipe II, su hijo.

Sin embargo, doña Catalina tenia un atractivo irresistible.

Doña Catalina era grave, séria y magestuosa, por decirlo así, como su hermano el emperador.

Tenia la conciencia de su alta dignidad, con toda la exageracion de la casa de Austria, á que pertenecia.

Era una especie de ser aparte que no tenia de comun con otros séres humanos mas que la figura y las condiciones del organismo.

Vestia de negro, con suma severidad y con sencillos bordados de oro sobre la tela de seda de su ancho trage.

Doña Estefanía notó que habia algo de duramente estraño para ella en la reina.

Doña Catalina la miraba de una manera fija, severa, altiva y dominadora hasta mas no poder.

Doña Estefanía hizo tres profundas reverencias de trecho en trecho, á medida que se acercaba á la reina, y por último, se detuvo á una respetuosa distancia y permaneció inmóvil, en silencio y con la vista en el suelo, porque sabia bien que en la situacion en que parecia colocada la reina, su alteza hubiera tomado por un desacato el que su camarera mayor la hubiese mirado frente á frente.

—¿Qué edad teneis, doña Estefanía?—dijo la reina dando á su pregunta una acentuacion incisiva.

—Sesenta años, señora, empleados la mayor parte en el servicio de los reyes antecesores de su alteza, vuestro augusto esposo.

—Solo os he preguntado qué edad teníais, y me lo habeis dicho: lo demás no es del caso. Ahora bien: ¿á los sesenta años aun vivis como viven las jóvenes?

Doña Estefanía no respondió.

—Es cierto que por un privilegio de la naturaleza, que creo no deba envidiarse, apareceis mas jóven que yo, que solo cuento veinticuatro años.

—Señora, vuestra alteza es un conjunto admirable de juventud y gracias.

—Basta, basta, doña Estefanía; no me agrada que me adulen.

—¡Señora!... estoy verdaderamente aterrada; vuestra alteza parece irritada contra mí.



—Deseo que no me interrumpais, doña Estefanía; que no hableis sino cuando yo os pregunte.

Doña Estefanía se puso pálida, pero guardó silencio.

—Parece que os habeis enamorado locamente de cierto caballero español que se nos ha venido á Lisboa; aunque no teneis canas, y aunque conservais completamente todos los atractivos de vuestra juventud, era de suponer que los años y la esperiencia, hija de ellos, os hubiesen hecho mas juiciosa. ¿Es cierto que vos alentais con vuestra influencia en la córte las audacias de ese don Juan Tenorio, que parece destinado á vivir de los escándalos?

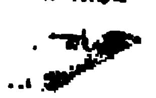
—Don Juan Tenorio, señora, me ama y le amo. ¿Qué tiene esto de estraño?

—Creo que os permitis interrogarme: os lo perdono y voy á contestaros. Segun mis noticias, habeis amado muchas veces; se dice que vos, en los tiempos del rey don Manuel, teníais sobre él tal influencia, que gobernábais el reino, y las cosas sucedian como debian suceder mandando vos: el palacio estaba lleno, no de servidores del rey, sino de servidores vuestros. Dicen que poseíais secretos de don Manuel y que abusábais de ellos: entre otros se habla de uno, relativo á cierto hijo bastardo de un príncipe, legitimado por un gran señor: ¿es cierto, doña Estefanía?

—Ignoro completamente lo que vuestra alteza me pregunta.

—Voy á contaros una historia, por ver si tambien la ignorais: podrá suceder que no os convenga saberla; vuestra respuesta me lo dirá.

La reina guardó silencio y meditó un momento como para coordinar un relato.



VII.

Al fin la reina dijo:

—Hace diez y ocho años, el rey, mi señor, apenas tenia veinte. Entonces era príncipe y aun guardábais sobre él una grande influencia: habíais sido su aya.

El rey don Manuel os protegia y seguíais siendo el verdadero rey de Portugal.

Pero vos os dijísteis sin duda: la vida y la muerte de los reyes, como la de todas las criaturas, está en las manos de Dios: El rey don Manuel, aun es jóven, pero bien puede ser que cuando menos se piense, muerá: yo necesito pasar, en herencia con el reino, al príncipe don Juan, y tener sobre él tanta influencia como la tengo con su padre.

La reina doña María, esposa del rey don Manuel, criada en el ejemplo de su madre la reina de Castilla doña Isabel la Católica, tenia todas las virtudes de esta, menos la grandeza y la energía; era lo que puede llamarse una santa, una pobre mártir, y ni aun pensó en disputaros el predominio que teníais sobre el rey su esposo.

Yo no me parezco, en esa parte, á la reina doña Maria; pero á qué afirmároslo si ya lo sabeis.

Hace cinco años produjísteis con vuestros celos de ambicion, tal guerra intestina dentro de palacio, os indispusísteis de tal manera con el almirante que entonces privaba, por ciertas razones que vos sabeis, y que yo tambien se, con el rey mi señor, que fué necesario que yo tomase cartas en el juego, y de tal manera las tomé que vos fuísteis desterrada del reino, y al almirante se le encerró en una torre, donde murió, no se sabe si de enferme-

dad, ó secretamente ajusticiado: ello es el caso que la córte quedó tranquila con vuestro destierro, con la muerte del almirante y la prision de algunos señores, y que el rey fué rey, y yo fuí reina; pero como vos sois una vieja palaciega, guardásteis cierta prenda que ha hecho que volvais otra vez á la córte y que yo os haya nombrado mi camarera mayor, no porque os estimase, sino porque teniéndoos cerca os veia mejor y podia defenderme de vuestros artificios. Pero vuelvo á mi historia.

Quedé en el punto en que el rey mi señor, era príncipe, tenia veinte años, y criado por vos se encontraba bajo vuestra tutela, abandonado á vos por el rey don Manuel, que os lo abandonaba todo.

La juventud es violenta y loca: la raza del señor rey don Juan III, es dada á las emociones fuertes; á las aventuras.

Vos, como que queríais ser estimada por el príncipe, para tener abierto el camino del favor, cuando fuese rey, no solo no reprendíais sus locuras, sino que las alentábais.

¿Qué importaba que el jóven príncipe se pervirtiese, si su perversion debia ser la mas fuerte base de vuestro poder, el dia en que el príncipe llegase á ser rey?

Don Juan tenia el corazon ardiente, el pensamiento aventurero.

De noche se salia como un hidalgo cualquiera, y acompañado de uno de los vuestros, se iba de aventuras por la ciudad; lo que algunas veces le puso en grandes apuros, hasta en el caso de defender su vida con su espada.

Una noche el príncipe pasaba junto á la iglesia de San Dionisio.

En su átrio, una luz puesta en un nicho, en que habia un Ecce-homo, iluminaba hasta una corta distancia los objetos.

Junto al nicho, de pié, apoyada de espaldas contra la pared, habia una mujer humildemente vestida y completamente envuelta en un manto, de tal modo, que no se la veia el rostro; pero teniendo fuera del manto una mano estendida, como esperando una limosna.

El príncipe se detuvo junto aquella mujer.

Aquella mujer sollozaba.

Don Juan no pudo juzgar de si aquella mujer era hermosa ó fea, jóvén ó vieja, pero sí de la admirable belleza de la mano que tenia descubierta: esto bastó para incitar al principe, que, como criado por vos, era dado de una manera terrible á los vicios.

El príncipe puso una moneda de oro en aquella mano.

La mujer, al notar lo cuantioso de la limosna, se arrojó gimiendo de agradecimiento á los piés del príncipe.

Este la levantó.

Al levantarla, el manto que cubria la faz de aquella desdichada, se abrió, y el príncipe se enamoró de la maravillosa hermosura que el manto habia dejado descubierta.

Era una niña de quince años.

¿Sabeis cómo aquella niña se llamaba, doña Estefania?

—Lo ignoro,—contestó con voz apenas perceptible, doña Estefania.

—Observo,—dijo la reina,—que si no habeis perdido la juventud y la hermosura, habeis perdido completamente la memoria; y debeis alegraros de ello, porque si vuestra memoria estuviese viva, los remordimientos os hubieran envejecido: no podriais ser la mujer maravillosa sobre cuya edad se hacen apuèstas.

Pero continúo.

Aquella niña se llamaba Esperanza Coello; y era hija del cor-

regidor Sancho Lopez Coello, que murió en una prision; no se sabe si de tristeza ó de muerte natural, ó ajusticiado en secreto.

¿Sabeis quién mató á Sancho Lopez Coello, y quién fué la causa de que se confiscasen por el rey todos sus bienes? Responded.

—Sancho Lopez Coello fué traidor; conspiró contra su alteza el rey don Manuel en pró de los descendientes del duque de Braganza.

—Eso se dijo al rey don Manuel; pero todo el delito de Sancho Lopez Coello, consistió en que, como corregidor de Lisboa, se opuso á que cierta persona ambiciosa, se apoderase de unas pingües tierras que pertenecian á los bienes de la ciudad. ¿Sabeis quién fué esa persona? Responded.

—Yo, señora, pleiteaba con la ciudad por unas tierras, y razon y derecho tendria, sin duda, cuando los jueces sentenciaron el pleito en mi favor.

—Aterrados por la muerte que habia cabido al buen Sancho Lopez Coello, á quien vos asesinasteis, envolviéndole en una calumnia, y usando del poder del rey don Manuel. Ya veis que os era muy conocida la pobre niña que el príncipe don Juan encontró en el átrio de la iglesia de san Dionisio, pidiendo limosna á la media noche.

Por vuestra causa se veia reducida á aquel estado, aquella desgraciada. Los bienes de su padre habian sido confiscados, y reducidas á la miseria, á la mas horible miseria, su madre y ella.

El dolor por la muerte de su marido, el hambre, la desnudez, el frio, habian postrado de tal modo á la desventurada doña Ana de Araujo, que aquella noche, en un momento de desesperacion, viendo á su madre próxima á sucumbir, Esperanza abandonó su casa y fué á pedir limosna á la cercana iglesia.

VIII.

La reina doña Catalina inclinó la cabeza por un momento, y despues continuó:

—El príncipe don Juan oyó la breve, pero terrible relacion de las desventuras de aquella familia, de boca de Esperanza, y consoló á la jóven dándola oro, y declarándola que tomaba á ella y á su madre bajo su proteccion.

Esperanza no podia menos de amar al hombre que salvaba á su madre. El príncipe don Juan era hermoso y viejo ya, aunque jóven en el arte de seducir á las mujeres.

¿Qué tenia, pues, de estraño que Esperanza le amase?

Á la noche siguiente á la de su encuentro, el príncipe, finjiéndose un rico y noble caballero, habló, por la reja de su casa, con Esperanza.

Poco tiempo despues, Esperanza le amaba con toda su alma, y el príncipe entraba á las altas horas de la noche, en la casa, á visitar á Esperanza, á quien siempre acompañaba su madre.

En vano el príncipe procuró hablar á solas á Esperanza: por loca que estuviese la pobre jóven, su locura no habia llegado á dominar su virtud ni su dignidad.

Don Juan era violento; enloqueció, y siguiendo vuestros malvados consejos, se propuso valerse del engaño; de la infamia.

Esperanza oyó la proposicion de un casamiento secreto. Para justificar lo secreto de este casamiento, existia la declaracion de traidor de Sancho Lopez Coello, y la confiscacion de sus bienes.

Doña Ana de Araujo no tuvo que oponer nada á esta proposicion, que en otro tiempo hubiera rechazado con toda la fuerza de su dignidad. Por otra parte, veia á Esperanza enamorada y desea-

ba, además, asegurar su suerte, por medio de su casamiento con un caballero noble y rico.

Don Juan se llamaba entonces Pedro Dávalos, nombre supuesto que habia tomado para aquella aventura.

El casamiento secreto y falso, se hizo.

Esperanza fué del príncipe don Juan.

Por algun tiempo, la pobre niña no pudo ser mas feliz. Don Juan estaba ciegamente enamorado de ella; pero un nuevo amor, una nueva aventura hizo que don Juan, pretestando un viaje, se separase de Esperanza.

Pasó algun tiempo y ninguna carta vino á consolarla.

Escribió al lugar donde su supuesto esposo habia dicho iba á trasladarse, y no recibió contestacion. Pasó un mes: pasaron dos, y nada supo. Pasaron tres mas; por último, y en medio de su abandono y su miseria, Esperanza Lopez Coello, dió á luz una niña á quien se puso por nombre Isabel Perez.

¿Conoceis á Isabel, doña Estefanía?

—Yo no tengo, en esa triste historia, otra parte que la de protectora de doña Isabel.

—¡Ah, sí! ¡Es verdad! Vos, que habíais causado todo aquello, os alegrásteis mucho de que existiese una prenda que un dia podia serviros ó para recobrar vuestra influencia, si la perdíais, ó para aumentarla; porque ¡qué hombre no ama á sus hijos, y luego la edad trae el arrepentimiento de las faltas de la juventud, y con el arrepentimiento, el ánsia de la reparacion! Vos hicísteis que una persona de vuestra confianza se presentase en casa de la desdichada madre, á la cual no habíais perdido de vista; la revelase el verdadero nombre del padre de su hija; la falsedad de su casamiento, y el deseo supuesto del príncipe, no de volver á ver á la madre, sino de hacerse cargo de la hija; pero

á condicion de que doña Esperanza Lopez Coello, y su madre doña Ana de Araujo, entrasen en un convento. Las dos señoras rechazaron la proposicion y se fueron á pedir justicia al rey. ¡Ellas ignoraban que en Portugal no habia otro rey que vos, y recibieron por contestacion, á su demanda de audiencia, que el rey no queria ver ni oir á la esposa y á la hija de un traidor!

Esperanza y su madre se volvieron desoladas á su casa.

Vos, por medio de personas asalariadas, no perdíais de vista á la abuela, á la hija y á la nieta.

Don Juan habia sido muy poco generoso con aquellas infelices.

Llegó un dia en que apuraron sus recursos, y se vieron reducidas, de nuevo, á la miseria; pero á una miseria mas terrible, porque estaba aumentada por la existencia de una criatura sin padre, por Isabel.

Entonces se volvió á hacer á aquellas pobres víctimas la proposicion que antes habian rechazado, y á la que sucumbieron desesperadas.

Se hizo una señal indudable en el cuerpo de Isabel; esto es, una cicatriz en el hombro izquierdo, en forma de estrella.

La madre y la hija firmaron una declaracion.

Isabel fué entregada á la persona á quien vos habíais dado el encargo de hacer este negocio, y Esperanza y Ana entraron en el convento del Espíritu Santo.

Las dos han muerto asesinadas por la tristeza y la desesperacion.

Isabel ha sido criada por vos en Lisboa, de una manera secreta, como una dama noble y rica; y cuando fuísteis desterrada por el rey mi señor, os la llevásteis á España, de donde habeis vuelto, por ella, y solo por ella.

La reina calló y miró de una manera terriblemente sombría á su camarera mayor, que estaba inmóvil como una estátua.

IV.

—Cuatro años habeis estado desterrada, y durante ese tiempo habeis procurado en vano, volver á la gracia del rey mi esposo.

Desesperada ya, recurrísteis á vuestro secreto.

El rey ignoraba de todo punto, que tenia una hija de la desdichada Esperanza Lopez Coello.

Vos se lo revelásteis por medio de una carta y acompañásteis á aquella revelacion con una prueba indudable.

Con el retrato de Isabel, que es exactamente parecida á su madre.

Teníais junto al rey un buen servidor: Gaston de Riveira, su secretario, que tuvo sagacidad bastante para no ser envuelto en la desgracia en que caísteis, respecto al rey y, continuar siendo su secretario.

El rey mi señor, se conmovió al saber que tenia una hija, y fué tan noble y tan leal, que me lo reveló todo: que me pidió le perdonase un estravio de su insensata juventud, y le permitiese repararle trayendo á su corte y á su lado, á su hija doña Isabel.

La sangre de mi raza, doña Estefanía, se sobrepone á todas las miserias.

Yo comprendí que el rey, mi señor, debia amar á la hija, resultado de uno de sus estravíos.

Yo consentí en que viviese á mi lado, y juré al rey mi señor, que la serviria de madre.

Consentí tambien, que vinieseis á Portugal y á la Corte, y

conociéndoos, para teneros mas segura, os nombré mi camarera mayor, en lugar de la duquesa de Coimbra, que acababa de morir.

Hice esto porque os conocia, y para teneros mas segura.

Ahora bien, doña Estefanía, ¿quereis saber por qué os he revelado yo lo que nunca os hubiera revelado: mi conocimiento de este secreto? Porque os conozco; porque os temo, y no por mí, sino por Isabel, á quien amo casi tanto como á mi hijo el príncipe don Juan.

—¿Y qué tiene que temer de mí, señora, Isabel, á quien he criado, á quien amo como si la hubiera dado vida en mis entrañas?

—Amais mas, mucho mas á don Juan Tenorio. ¿Y sabeis lo que acaba de revelarnos al rey mi señor y á mí, Isabel, anegada en lágrimas, casi delirante? Que ama á don Juan Tenorio: que don Juan Tenorio la ama á ella, y que si no es su esposa morirá.

—¡Ah!—exclamó doña Estefanía, sin poder contenerse:—¿que don Juan Tenorio la ama? ¡No, eso no puede ser! Si eso fuera, yo me volveria loca.

—¡La Providencia de Dios, doña Estefanía! Vos asesinásteis á la madre y á los abuelos de Isabel; Isabel, sin saberlo, los venga, rompiéndoos el corazon. Habeis usado, como un instrumento, de esa niña, y ese instrumento se vuelve contra vos, y os mata: no teneis derecho á quejaros: no os atrevais á vengaros, porque si acontece la mas leve desgracia á Isabel, tenedlo por seguro, moris del mismo modo que murió Sancho Lopez Coello, abuelo de Isabel. No tengo mas que deciros; salid.

Doña Estefanía se inclinó por tres veces, con el mayor respeto, y salió.

La reina doña Catalina, grave y tranquila, como si nada hubiese dicho, tomó su libro de horas y siguió rezando.

CAPÍTULO VI.

Su Alteza el rey don Juan Tercero de Portugal.

I.

Gaston de Riveira entró receloso, pero encubriendo perfectamente su recelo, en la cámara del rey.

Don Juan III se paseaba á lo largo de ella.

—¿He tenido la honra de que vuestra alteza me llame?—dijo Gaston sin pasar de la puerta de la cámara.

—Sí,—dijo el rey con acento distraido:—tengo que hacerte algunas preguntas.

—Responderé á vuestra alteza lealmente,—contestó Gaston.

—Veamos. ¿A qué altura te hallas con doña Estefanía? Me parece que no estais muy de acuerdo.

—Señor,—dijo Gaston;—cuando vuestra alteza me favoreció, hace algunos años, con su confianza, cuando entré en la córte, y conocí á doña Estefanía, me enamoré perdidamente de ella.

—Sí, sí, ya lo sé; y si no te has casado con doña Estefanía,

es porque ella pica mas alto: esto no obstante, doña Estefanía te estimaba mucho para amigo íntimo, y yo creia que esto seria mas duradero.

—Las circunstancias han variado, señor; ya sabe vuestra alteza que en los cuatro años que ha durado el destierro de doña Estefanía, yo he suplicado contínuamente á mi rey y señor, la volviese á su gracia; porque la amaba, porque mi vida, léjos de ella, era muy triste y hubiera sido desesperada si para consolar me no hubiera tenido la estimacion que vuestra alteza se digna otorgarme.

—La verdad es, que tú y ella sois dos malvados, que os achicais cuando estais separados el uno del otro; la verdad es que yo cometo un gran delito en tener á mi lado, sin mandar que le ahorquen, á un bribon como tú: ¿y sabes por qué vives, Gaston? porque tu codicia, tu vanidad y tu ambicion te aconsejan me sirvas bien; porque sin mí no puedes ser nada, y eres bastante astuto y lo ves demasiado bien todo para que yo quiera desprenderme de tí, sabiendo que los partidarios de los Braganzas por una parte, y por otra los de los Viseos, andan descontentos y pretenden minarme el trono.

—Mientras yo viva, señor,—dijo Gaston,—vuestra alteza no será sorprendido; lo sabrá todo. Á propósito, tengo una grave advertencia que hacer á vuestra alteza.

—¿Cuál?

—Doña Leonor de Sese, está en Lisboa.

Don Juan III se puso pálido como un cadáver: lo que demostraba que no habia olvidado á doña Leonor.

—¡Qué dices! ¡que está doña Leonor de Sese en Lisboa! ¿Desde cuándo?

—Desde hace tres meses.

—¿Y por qué lo he ignorado yo?—dijo el rey mirando de una manera amenazadora á Gaston.

—Yo no lo he sabido hasta hoy, señor.

—¿Y dónde está?

—En la hostería de la Corona.

—¿Sola?

—No, señor.

—¿Quién la acompaña?

—Su amante.

Los ojos del rey rodaron de una manera terrible en sus órbitas, y adelantó, con los puños crispados, hácia Gaston, que permaneció impasible.

—¡Mientes!—dijo el rey;—¡mientes como un villano!

Y luego, asiendo un brazo de Gaston, y sacudiéndole le dijo:

—Tienes miedo; sabes que estás á punto de perder mi confianza y dar en un calabozo, y quieres volverme loco: no, lo que me has dicho no puede ser; es posible que Leonor esté en Lisboa, pero no que tenga un amante. La que despreció los amores del rey de Portugal, no puede haberse olvidado de sí misma hasta el punto de ser amante de un vasallo mio.

—El hombre á quien ama doña Leonor, y de quien es amante, no es vasallo de vuestra alteza.

—¿Qué no es mi vasallo y vive en Lisboa?

—En Lisboa hay muchos extranjeros, señor.

—¿Y es extranjero el hombre que... acompaña á doña Leonor?

—Extranjero es.

—¿De qué tierra?

—De España.

—¡Su nombre!

—Don Juan Tenorio.

El rey soltó el brazo de Gaston; se pasó la mano por la frente, y se puso á pasear de nuevo y vivamente agitado, por la cámara.

II.

De repente se detuvo delante de Gaston, que cada vez aparecia mas sereno, y le dijo:

—¿Doña Leonor está disfrazada de hombre? ¿hace el oficio de paje de don Juan Tenorio?

—Sí, señor,—contestó Gaston,—pero ¿quién lo ha dicho á vuestra alteza?

—Nada te importa quién me lo haya dicho.

—Sé quien es quien ha revelado á vuestra alteza la situacion en que doña Leonor de Sese se encuentra en Lisboa.

—¿Que lo sabes?

—Sí, señor, sí. Esa persona es... vuestra hija.

—¡Isabel!

—¡Sí! ¡sí señor!

—¿Y cómo lo ha sabido doña Isabel?

—Se lo he revelado yo.

—¡Tú!

—Sí: hay algo que ignora vuestra alteza, y que voy á revelárselo; porque estoy desesperado; porque me importa poco morir, porque si no muero, mato.

—Habla.

—Me permitirá vuestra alteza que tome el cuento algo largo.

—¡Habla y acaba!—dijo el rey que estaba demudado.

Y volvió de nuevo á pasear á lo largo de la cámara.

III.

—La primera vez que vi á don Juan Tenorio fué, cuando fuí acompañando á vuestra alteza en su viaje de incógnito al pueblo de Somorinos, en la frontera de España. Le odié desde que le ví, y fué necesario que vuestra alteza me prohibiese provocarle, para que no le provocára á un duelo á todo trance. ¡El corazon me decia que habia de tener razones para aborrecer á muerte á don Juan Tenorio!

—¿Y qué razones eran esas?

—¡Vuestra hija bastarda!

—¡Eres audaz hasta lo increible, Gaston! ¡Solo tú te atreverias á llamar delante de mí, mi hija bastarda, á doña Isabel!

—Tengo la honra de ser secretario de vuestra alteza.

—Á tanto puedes atreverte, que el rey para tener mas guardados sus secretos, arroje á su secretario en la tumba.

—Vuestra alteza es dueño de mi vida, señor.

—Continúa. ¿Por qué razon doña Isabel, ha llegado á ser la causa de tu ódio contra don Juan?

—Porque desde que ví, de vuelta de su destierro, á doña Isabel, y digo de su destierro porque ha partido el de doña Estefanía, perdonadme señor, si me atrevo á confesarlo á vuestra alteza, amo á doña Isabel; la amo de tal manera, que por ella esperaria tranquilo un rayo del cielo. Estoy loco, señor, y desesperado.

—Continúa,—dijo el rey.

—Yo ignoraba que doña Isabel amase á don Juan; lo he ignorado hasta hoy; yo creia que don Juan Tenorio amaba á doña Estefanía. Doña Estefanía habia sido terriblemente franca con-

migo, y yo horrorosamente franco con ella. Ella me dijo que me habia olvidado, porque amaba á don Juan. Yo la dije que me alegraba de ello, porque me habia sucedido lo mismo; porque la habia olvidado por doña Isabel. Quedamos, pues, doña Estefanía y yo en la mayor amistad. Cuando no veia en palacio á doña Isabel, me iba á verla á casa de doña Estefanía, con la cual vive; nada la dije; nada la he dicho; pero las mujeres, señor, conocen que son amadas, y hasta qué punto lo son. Doña Isabel me dijo un dia, há mas de un mes:—Señor Gaston; sé que sois muy amigo mio, y espero que me hareis un favor: necesito una litera dorada, dos lacayos que no me conozcan, y dos hombres valientes que me acompañen. Tomad para la litera; buscad una casa donde estén esa silla de manos y esos hombres, para cuando yo los necesite.—Yo me presté á la voluntad de doña Isabel; primero, porque aunque doña Isabel me hubiera pedido un enorme sacrificio, lo hubiera hecho; y segundo, porque necesitaba saber para qué queria doña Isabel aquella silla de manos.

—Y bien, bien; ¿para qué la queria mi hija?—preguntó el rey con impaciencia.

—Yo busqué una casa de confianza, en la calle sin salida de los Abades, y seguí, sin ser notado, los pasos de doña Isabel. Al dia siguiente de haberla dicho que tenia á su disposicion en la última casa de la calle de los Abades, una silla de manos y dos hombres para escoltarla, doña Isabel salió muy de mañana con su dueña doña Guiomar. Ésta, que está á mi devocion, vendida á mí, me avisó por un criado, de que doña Isabel habia ido con ella á la iglesia; esta era una frase convenida, que queria decir, que habia ido á la casa de la calle de los Abades. Fuí sin perder tiempo; me puse en acecho en un soportal, cerca de la callejuela, y á poco vi que la silla de manos salia; la seguí á lo

largo; vi que paraba en la calle del Oro, delante de la tienda del platero Lope Pereira; que salia de la silla de manos; que entraba en la tienda y desaparecia despues por la trastienda con Lope Pereira.

—Desde hace un mes, doña Isabel me pide grandes cantidades, que yo no sé negarla,—dijo don Juan;—la amo demasiado; he tenido la debilidad de decirla que es mi hija, por tener el placer de abrazarla, de gozar sus caricias; y ¿cómo, cómo conoce doña Isabel á ese miserable Lope Pereira?—añadió el rey haciendo una brusca transiccion.

—Ya conoce vuestra alteza á ese hombre. Vuestra alteza sabe lo interesado que es; pero lo que vuestra alteza no sabe es, que cuando una dama hermosa va á comprar joyas á casa de Lope Pereira, por la fama que tiene de vender barato, si puede hablarla sin que nadie le oiga, la dice:—Será muy posible, hermosa señora, que tengais algunos amores contrariados por vuestros parientes: disponed de mí.—Doña Isabel habrá ido alguna vez con alguna de sus doncellas á casa de Lope Pereira, y hé aquí cómo ha podido saber que tenia en él un buen servidor.

—¿Ha entrado alguna vez en esa casa don Juan Tenorio?—dijo con acento terrible el rey.

—No, no señor; hasta hoy, don Juan no ha hablado con doña Isabel.

—¿Y cómo puedes tú tener seguridad de ello?

—Yo no dejo nunca de averiguar lo que se debe averiguar, señor: el mismo dia en que doña Isabel entró por primera vez en casa de Lope Pereira, apenas se fué, me encerré yo con el platero. Le compré, y me ofreció tenerme al corriente de todo. Supe que doña Isabel le habia encargado observase á don Juan; averiguase su vida; y cuando supo que don Juan iba disfrazado á las

casas de juego para no ser conocido, dió á Lope Pereira dinero para que se fuese á jugar con don Juan y procurase perder.

—¡Oh! ¡las mujeres cuando aman!... Pero continúa, Gaston, continúa.

—Supe tambien, que vigilando Lope Pereira á don Juan, habia descubierto qué un paje, que con él vive, era una mujer. Pregunté á Lope Pereira si sabia quién aquella mujer fuese, y me respondió que no; que solo sabia que era muy hermosa; que se teñia el rostro y las manos, y que siendo admirablemente blanca aparecia morena. Lope Pereira pudo observar, á su placer, á la dama disfrazada de hombre que acompañaba á don Juan, tomando un aposento contíguo al que esta señora ocupa en la hostería, y abriendo con la punta de su daga un pequeño agujero en un tabique que da á la habitacion donde doña Leonor se viste. Yo me puse en acecho y por aquel agujero ví que la dama era doña Leonor de Sese.

—¿Estás seguro?—dijo con voz trémula de ansiedad el rey.

—Conozco demasiado á doña Leonor y no puedo equivocarme. ¡Y se conserva hermosa, hermosísima! ¡Está mucho mas hermosa que antes!

El rey volvió á su paseo, cabizbajo, silencioso, terrible.

IV.

Gaston no se atrevió á interrumpir el silencio del rey.

Detúvose éste de repente, y volviéndose bruscamente á Gaston, le dijo:

—¿Y doña Leonor, sale á la calle?

—Sí, señor,—contestó Gaston;—y puede salir sin temor; acompaña muchas veces á don Juan; y con su traje de hombre,

sus cabellos cortados y el color moreno que tiñe su semblante y sus manos, es imposible reconocerla.

—Pero sus ojos, sus hermosos ojos, su tranquila y serena mirada no pueden olvidarse, no pueden confundirse...

—Señor, la espresion de la mirada y del semblante de doña Leonor, han cambiado; son una mirada y una espresion sombrías, terribles.

—¿Y qué causa, qué motivos puede tener doña Leonor para que su mirada aparezca terrible y sombría?

—En primer lugar, señor, doña Leonor debe estar celosa de don Juan; en segundo lugar, doña Leonor sabe que es nieta bastarda del duque de Viseo.

—¿Qué me quieres decir con eso?—dijo el rey mirando de una manera fija y amenazadora á Gaston.

—Que es muy posible que don Juan y doña Leonor hayan venido á Lisboa con proyectos ambiciosos.

—¿Y quién ha revelado á doña Leonor que es nieta bastarda del duque de Viseo?

—No ha podido ser otra persona que doña Estefanía; porque ella sola conoce ese secreto.

—No, puesto que le conoces tambien tú.

—Yo he sido por mucho tiempo, señor, el alma de doña Estefanía.

—¿Y por qué no me has dicho que doña Leonor sabia ese secreto?

—¿Para qué, señor? ¿para disgustar á vuestra alteza? Don Luis de Sese y doña Leonor habian salido del reino; era de presumir que no volviesen á él.

—Estoy adivinando detrás de todo esto, algo horroroso, algo que puede ser un crímen. Don Luis de Sese y su hija salieron de

Portugal y se perdieron como una gota de agua que cae en el mar. No puede concebirse que no se recibieran noticias de un caballero tal, como el buen alférez mayor; y sin embargo, yo que he escrito preguntando por él á mi hermano el rey de España, no he obtenido otra contestacion, sino la de que no se sabia la entrada de don Luis de Sese y su hija en España. Te advierto, que para todo seré indulgente, menos para un crímen. Háblame claro, Gaston, si quieres que yo sea menos severo contigo. ¿Sabes lo que ha sido de don Luis de Sese?

—Lo ignoro, señor,—dijo con la seguridad y el aplomo de la inocencia, Gaston.

—¿Sabes si puede informarme de ello doña Estefanía?

—Doña Estefanía se encuentra en el mismo caso que yo.

El rey guardó de nuevo silencio.

V.

—¿Por qué no me has dicho,—dijo al fin el rey,—que estaba doña Leonor en Lisboa?

—Porque hasta ayer no lo he sabido, señor; y queria averiguar algo mas para dar noticias mas importantes á vuestra alteza.

—Y qué, ¿no te parece una noticia terrible la de que doña Leonor es amante de don Juan Tenorio? ¿No conoces mis secretos? ¿No sabes que doña Leonor me volvió loco, que no la he olvidado, que he revuelto el mundo por medio de emisarios, por averiguar su paradero?

—Y bien, señor, ya lo sabeis, á causa de vuestra hija, que enamorada de don Juan, celosa, hizo que Lope Pereira le espiase.

—Doña Isabel está loca; me ha dicho llorando, que adora á

don Juan; que tiene celos de él; que don Juan vive con una mujer vestida de hombre; que quiere se la entregue esa mujer; ¡y esa mujer es doña Leonor de Sese!

El rey tornó á su paseo y á su cólera silenciosa y concentrada.

VI.

—Acaba, acaba de decirme todo lo que sepas,—dijo el rey encarándose de nuevo con Gaston de Riveira.

—Lo que sé, señor, es que esta mañana don Juan Tenorio siguió la silla de manos de doña Isabel; que ahuyentó á los que la escoltaban; se apoderó de la silla y se la llevó, con doña Isabel dentro, al campo, donde ha estado solo algunas horas con doña Isabel.

—¡Vive Dios,—esclamó don Juan III,—que ese don Juan Tenorio se atreve á mucho!

—En vuestras manos, señor, está el que deje de atreverse.

—Don Juan Tenorio está protegido por el emperador don Cárlos, y yo me veo obligado, por consideracion y por respeto al rey de España, á respetar á don Juan mientras no haya causa ostensible para obrar contra él. Que dos mujeres le amen, por mas que la una sea mi hija bastarda, y la otra el amor que mas se ha apoderado de mi alma, no es razon bastante para que yo haga probar el peso de mi poder á don Juan.

—Don Juan, señor, puede perderse, perderse de tal modo, que por mas que el emperador, su amo, le busque, no le encuentre.

—¡Como se perdió, sin duda, mi desgraciado alférez mayor don Luis de Sese!—dijo el rey fijando en Gaston de Riveira una mirada de muerte que le aterró.

Sin embargo, se rehizo y dijo:

—Puede ser que hubiese motivo para ejercer contra don Juan Tenorio, un acto de justicia.

—¿Cuál? ¿qué motivo puede ser ese?

—Hace un mes está en las aguas de Lisboa, en la entrada de la bahía, una galera real española, de dos bandas.

—¿Y bien, qué?

—¿Se sabe por qué está ahí esa galera, cuando está en Lisboa disfrazada una nieta bastarda del duque de Viseo, con don Juan Tenorio, su amante, protegido del emperador Cárlos V.?

—De tu boca no pueden salir mas que la calumnia y la infamia,—dijo el rey completamente demudado;—la rabia de que doña Isabel ame á don Juan Tenorio, te hace atreverte á todo; hasta á calumniar, de una manera insidiosa al noble rey de España, al hermano de la reina mi esposa. ¡Ah! te has atrevido á aconsejarme un crímen; te has olvidado que el rey don Juan III es el rey mas caballero del mundo, y te has sentenciado. ¡Hola, Balboa!

Se abrió la mampara y apareció un camarero.

—Tomad,—le dijo el rey,—la espada y el puñal á este hombre; sacadle de aquí y llevadle, con buena guardia, sin que hable con nadie, al castillo viejo, donde, de mi órden, mandareis que se le encierre. ¡Id!

Balboa desarmó á Gaston de Riveira y le sacó de la cámara real.

VII.

El rey se quedó poseido por un furor sordo.

Temblaba todo, y estaba pálido como un cadáver.

—Y es posible,—dijo;—Cárlos V es ambicioso, y a pesar de estar casado con mi hermana doña Isabel; y de estar casado yo con su hermana doña Catalina, se alegraria mucho de apoderarse de Portugal. Don Juan Tenorio es valiente, alentado, ambicioso. Doña Leonor, nieta bastarda del duque de Viseo, es su amante. ¡Dios de Dios! todo se conjura contra mí; todo se une para irritarme, para volverme loco; y mi hija, mi Isabel ama tambien á ese hombre; y le ama ciega, la miserable doña Estefanía, que conoce todos mis secretos. ¡Hola!... ¡Pedralva!—añadió el rey acercándose á la puerta de su cámara.

VIII.

Aquella puerta se abrió y apareció un camarero jóven y al parecer alentado.

—Toma tu capa y tu sombrero,—dijo el rey,—y vuelve.

—Pedralva se retiró.

Entretanto el rey se puso un antifaz; se ciñó una espada y una daga; se envolvió en una capa y esperó á Pedralva.

Cuando este volvió,—le dijo:

—Ven acá; dame tu pañuelo; te voy á vendar los ojos.

Pedralva entregó su pañuelo y su cabeza al rey, que le puso sobre los ojos el pañuelo.

Luego, y cuando nada pudo ver Pedralva, llegó á un ángulo de la cámara, apartó un sillon, oprimió con la mano la tapiceria, y se abrió en silencio una puerta secreta.

El rey asió por la mano á Pedralva y le sacó por aquella puerta, que instantáneamente se cerró.

IX.

En aquel momento se abrió la mampara de la cámara y entró un hombrecillo.

Era el bufon del rey.

—¡Ah, hermano Juan!—dijo éste,—¡te has perdido!—vas de aventuras, y estas aventuras pueden importar mucho á tu hija doña Isabel; pues bien, detrás de tí se va el raton, y por el pasadizo por donde tú te escurras, se escurrirá él. Al bolsillo con los cascabeles; es necesario no armar ruido.

Y se guardó en uno de los bolsillos de sus gregüescos, su caperuza, y en el otro su cinturon.

Tomó del mismo armario de donde el rey habia tomado su capa y su sombrero, una gorra y un tabardo que le servia cumplidamente de capa, se fué á la puerta secreta, la abrió y desapareció por ella.

CAPITULO VII.

En que se sabe á dónde fué y lo que hizo el rey.

I.

El rey bajó unas estrechísimas escaleras de caracol, abiertas en el grueso del muro, y al fin de ellas abrió otra puerta secreta, y se encontró en un pasadizo lóbrego, despues del cual llegó á un pequeño, alto y estrecho patio del alcázar; se perdió en un ángulo de él, por otro pasadizo, llegó á un centinela, le dió una seña, y el centinela abrió un postigo por el cual salió el rey llevando de la mano á Pedralva.

Una vez fuera, el rey se encontró en una callejuela estrecha; la recorrió, se apartó del alcázar, y solo entonces quitó á Pedralva el pañuelo de sobre los ojos.

Entretanto el tio Peralvillo, el bufon del rey, habia llegado al mismo patio; y una vez allí, habia tomado otro pasadizo á la carrera y por el patio y la puerta principal del alcázar habia salido, y tomando la vuelta á todo correr, habia alcanzado al rey y á Pedralva, poniéndose recatadamente en su seguimiento.

II.

—Á casa del corregidor,—dijo el rey á Pedralva.

—La casa del corregidor está léjos, señor,—dijo el camarero.

—Pues deprisa y silencio.

Y rey y el vasallo tomaron á paso largo las estrechas, oscuras y silenciosas calles.

El bufon iba detrás, á la larga.

Despues de haber recorrido un gran trecho, Pedralva se detuvo á la puerta de una gran casa, cerrada ya, porque la noche estaba algo avanzada.

—Llama,—dijo el rey,—y cuando pregunten, responde que vienes con una órden de su alteza el rey.

Pedralva llamó á la puerta.

Poco tiempo despues se abrió en esta un ventanillo, y una voz grosera dijo:

—¿Qué se ofrece á estas horas?

—Decid al corregidor, que dos hidalgos de la casa del rey vienen á traerle una órden de su alteza.

III.

La puerta se abrió inmediatamente.

El criado que la habia abierto, al ver que uno de los que entraban llevaba un antifaz sobre el rostro, quiso volver á cerrar, dejándolos fuera.

—¡Imbécil!—dijo el rey,—¿crees que somos ladrones que

nos atrevemos á venir á robar al corregidor de Lisboa? Cierra la puerta, guárdate la llave, y vé y avisa al corregidor, que de órden del rey, un caballero viene á hablarle.

Don Juan III de Portugal era un rey del género de don Pedro de Castilla. Su voz, su actitud, un no se qué misterioso que de él se desprendia, causaban temor á los mas alentados.

El portero no se atrevió á contestar. Dejó la luz que tenia en las manos, en el suelo, y se fué á llevar al corregidor el mensaje que habia recibido.

Algunos minutos despues, un caballero anciano y de aspecto noble, volvió con el portero, que traia otra luz.

—Venid, acá, señor Nuñez de Figueroa,—dijo el rey;— al escuchar cuya voz el corregidor, se puso densamente pálido.

Se acercó al rey.

El rey se volvió de manera que no le viese el portero y se quitó el antifáz por un momento.

—Callad,—dijo el rey;—ya no podeis tener duda de quién soy yo. Oid; vos mismo, con algunos alguaciles, ireis al momento á la hosteria de la Corona; preguntareis por don Juan Tenorio, y os presentareis en su aposento; allí encontrareis un paje de don Juan, y le prendereis y le conducireis al Castillo Viejo, donde os aguardaré yo.

IV.

El rey estaba junto á la puerta de la casa cuando pronunció estas palabras, y pegado al ventanillo de la puerta por la parte de fuera, el bufon, no habia perdido una sola de ellas.

Apenas tuvo lugar de escucharlas, cuando se separó de la puerta y dió á correr á lo largo de la calle, diciendo para sí:

—Mientras el buen Nuñez Figueroa manda llamar á su ronda y su ronda viene, ya habrá pasado bien media hora; en media hora se puede hacer mucho. Apretemos los talones.

Y siguió corriendo con mas violencia.

Diez minutos despues, se detenia, jadeando, en la plaza de San Antonio á la puerta de una hostería, á través de cuyas vidrieras se veia un salon lleno de gente que bebia y se divertia.

—¡Ah, diablo!—dijo el bufon;—¿por qué hay tanta gente aquí? esto no es natural, ni los que aquí hay tienen las mejores caras. Á estas horas solo debia haber aquí algunos estudiantes trasnochadores, ó algunos perdidos de los que hacen de la noche dia. Pero adelante; no podemos perder tiempo. Por si hay alguien ahí que me conozca, encubrámonos.

Y se rebozó en el tabardo, entró y dijo á uno de los mozos:

—Decid al caballero español don Juan Tenorio, que vive en esta hosteria, que un hombre honrado le trae un mensaje de doña Leonor de Sese.

—Don Juan Tenorio,—dijo el sirviente,—aun no ha vuelto; pero arriba está su paje á quien podeis ver si quereis.

—Perfectamente,—dijo el bufon;—guiadme allá.

—Subid las escaleras; á la derecha encontrareis una puerta; aquel es el aposento de don Juan Tenorio.

El bufon no se detuvo. Trepó por las escaleras; llegó á la puerta indicada por el mozo y llamó con fuerza.

No respondieron.

—Ó no estás dentro, ó vas á abrirme al punto,—dijo el bufon,—y añadió: abrid pronto, vive Dios, que traigo para don Juan Tenorio un billete de doña Isabel Dávalos.

V.

Aquella palabra produjo un efecto mágico.

Se abrió la puerta y apareció un paje con una bugía en la mano.

Aquel paje era doña Leonor.

Estaba hermosísima; pero completamente desconocida.

—Dadme ese billete,—dijo con la voz trémula.

—Aquí no,—dijo el bufon sin descubrirse;—un poco mas adentro. Cerrad; es necesario que nadie nos sorprenda.

Doña Leonor cerró y entró en una habitacion inmediata, seguida del bufon.

—¿Me conoceis?—dijo éste descubriéndose.

—No os conozco,—dijo doña Leonor por prudencia, aunque conocia demasiado al tio Peralvillo.

—Pues yo sí os conozco,—dijo el bufon;—vos sois doña Leonor de Sese.

—La jóven hizo un movimiento de sorpresa y de temor.

—No hay que perder un momento,—dijo el tio Peralvillo.—El rey sabe que estais en Lisboa, y yo sé que el rey lo sabe, porque he escuchado toda su conversacion con el miserable Gaston de Riveira, escondido entre el tapiz y la mampara de la cámara. No perdamos ni un instante; el corregidor viene á prenderos de órden del rey.

Doña Leonor se estremeció.

—Escribiré á don Juan que salgo con vos,—dijo.

—¡Ni un instante, ni un instante!—dijo el bufon;—el corregidor debe estar ya cerca.

—Yo podria defenderme,—dijo doña Leonor.

—Seria inútil. Seguidme si quereis salvaros.

Inspiró tal terror á la jóven la noticia de que el rey enviaba al corregidor á prenderla, que sin tomarse mas tiempo que para cojer su capa y su gorra, salió con el bufon.

Cinco minutos despues atravesaban á largos pasos la plaza de San Antonio.

El corregidor, aun no habia llegado.

El bufon llevaba á doña Leonor por el lado opuesto á aquel por donde debia llegar á la hosteria el corregidor.

VI.

La luna se habia puesto, y la noche estaba densamente oscura.

En aquellos tiempos no habia mas alumbrado en las calles que algun farol agonizante que solia encontrarse alumbrando el nicho de un santo, y esto con poca frecuencia.

Al verse doña Leonor sola con el bufon, adelantando por un enmarañamiento de callejuelas lóbregas, se arrepintió y temió haber caido en un lazo que se la hubiese tendido.

—¿Por qué os habeis interesado por mí?—dijo al tio Peralvillo.

—¿Por qué, señora?—contestó el bufon;—por muchas razones: la primera, porque ya sabeis que os estimo desde que fuísteis menina de la reina. Pero no andeis tan deprisa, señora, que os fatigais, y ya no hay temor de que os encuentren.

Doña Leonor que, en efecto, se habia fatigado, acortó el paso.

—La segunda razon que he tenido,—dijo el tio Peralvillo, es que aborrezco de muerte á doña Estefanía de Silva Carbalho y

Meneses, vuestra enemiga: y la tercera, que sé quién sois, lo que pensais hacer, y me pongo á vuestro lado. Yo puedo daros las pruebas de que sois nieta del duque de Viseo.

—¡Callad!—dijo doña Leonor;—temo que nos escuchen las paredes.

—Y decidme, señora: ¿qué fué de vuestro noble padre? Yo sospecho que fué envenenado.

—¿Y porqué lo sospechais?

—Porque por aquel tiempo supe yo, porque sé todo lo que pasa en el alcázar, como que soy su raton y me escurro por todas partes, que doña Estefanía habia recibido algunas veces, secretamente, al doctor Agnus Dei, médico de su alteza, bribon acartonado, que es capaz, por una mezquina recompensa, de envenenar á su padre si resucitase; si es que el padre del doctor Agnus Dei ha sido un hombre y no el diablo.

—¡Ah!—dijo doña Leonor;—¿Pero dónde me llevais, tio Peralvillo?

Á una casa completamente segura; á la del platero Lope Pereira, en la calle del Oro.

—¿Y ese hombre abrirá á estas horas?

—No son mas que las diez de la noche, y aunque fuesen las tres de la mañana, os aseguro que abriria.

—¿Falta mucho para llegar á esa casa?

—Á la revuelta de esta calle, entraremos en la del Oro, y cincuenta pasos mas allá está la casa del señor Lope Pereira.

—Pues andemos deprisa; me tarda estar en un lugar seguro.

VII.

Al poco tiempo llegaban á la puerta del platero.

El bufon dió en la puerta tres golpes fuertes con el pomo de

su puñal; dejó pasar un intérvalo; dió otros tres golpes, y otros tres despues de un intérvalo semejante.

Se abrió úna ventana en el piso superior, y la voz de Lope Pereira, dijo recatadamente desde la ventana.

—No llameis mas. Voy á abrir al momento.

Y la ventana se cerró.

VIII.

—La manera que habeis tenido de llamar,—dijo doña Leonor,—es sin duda una cosa convenida. ¿Qué casa es esta?

—Nada temais, señora. Si yo quisiera perderos no os hubiera avisado; bastante perdida estábais con que el rey se hubiera apoderado de vos.

—No importa,—dijo doña Leonor;—yo no entro aquí.

Sonaron entonces los cerrojos que descorria por dentro Lope Pereira.

—¡Entrareis mal que os pese!—dijo el bufon trocando su voz, hasta entonces afable, en una voz terriblemente amenazadora, y asiendo al mismo tiempo á doña Leonor por un brazo con una fuerza incontrastable.

Entonces se abrió la puerta, y el bufon arrastró dentro á doña Leonor.

—¿Qué es esto?—dijo Lope Pereira.

—Lo primero que habeis de hacer es cerrar, ¿no veis que traigo conmigo al paje de don Juan Tenorio?

—¡Ah!—exclamó Lope Pereira cerrando la puerta y echando su cerrojo.

—¡Ved lo que haceis!—dijo doña Leonor;—no sea que os pese.

—Lo que habeis de hacer,—dijo el bufon,—es sujetarla mientras yo abro la puerta y salgo; y cuenta con lo que haceis, porque voy á avisar á doña Isabel Dávalos, de que he traido á vuestra casa á la querida de Don Juan Tenorio.

Y como Lope Pereira hubiese asido por el otro brazo á la asombrada jóven, la soltó, descorrió los cerrojos, abrió la puerta y salió.

Se detuvo un momento hasta que sintió que Lope Pereira cerraba.

Despues, á la carrera, se encaminó al alcázar, le rodeó, llegó á la plaza Real y llamó á la puerta de la casa de doña Estefanía, donde habitaba doña Isabel.

IX.

Doña Estefania estaba en palacio cumpliendo con su cargo de camarera mayor.

Hasta que se recogiese la reina, doña Estefanía no podia volver á su casa, y la reina se recogia tarde.

El bufon llamó y anunció que llevaba á doña Isabel un recado de doña Estefanía.

—Doña Isabel,—dijo el criado que habia abierto,—ha venido enferma á casa y se ha recogido.

—No importa; decid lo que os he dicho á su dueña doña Guiomar; que la despierte y que la diga que el tio Peralvillo tiene que hablarla de un asunto muy importante, por encargo de la señora camarera mayor.

X.

Esta artimaña del bufon, le produjo el resultado que se habia propuesto.

Inmediatamente fué recibido por doña Isabel, á quien acompañaba doña Giomar.

—Lo que tengo que deciros, señora, requiere que os hable á solas,—dijo el tio Peralvillo.

En tal situacion se encontraba doña Isabel, que creyó que en efecto, el bufon tendria que hablarla de algo muy grave de parte de doña Estefanía, y mandó á doña Guiomar que se retirase.

Luego cerró con llave la puerta por donde la dueña habia salido, y llevó al bufon á una pequeña y lindísima recámara.

—Aquí no puede escucharnos nadie,—dijo doña Isabel.—Podeis hablar sin temor. Sentaos.

—Yo me siento delante del rey, de la reina, del príncipe; les hablo de tú, les digo la primera sandéz que se me ocurre para hacerles reir, porque yo he nacido para hacer reir; pero delante de vos, doña Isabel, ni puedo sentarme ni reirme. Sois para mí una muy alta persona; mas alta que el rey don Juan III de Portugal, y mas que todos los reyes de la tierra. Y no lo digo esto porque yo sepa qué sois hija natural del rey.

—¡Yo! ¡qué decís!—exclamó doña Isabel, á quien iban alarmando las palabras, el acento, la mirada, la espresion, del tio Peralvillo.

—Yo sé todo lo que se hace y lo que se dice en palacio. Soy una oreja siempre abierta; veo hasta en medio de las tinieblas; y lo que no veo ú oigo, lo adivino por lo que he visto y oido. Vos, señora, nada habeis hecho; nada habeis dicho que yo pueda haber visto ú oido, acerca de lo que voy á deciros, y sin embargo, sé que estais enamorada de cierto caballero español, con quien habeis pasado algunas horas, hoy mismo, en el campo.

—¡Acabad de una vez!

—No me envia la camarera mayor, que está sin saber lo que

la pasa en palacio, porque la reina la ha amenazado con hacer con ella algo espantoso, si por celos de vos, á causa de su amor por don Juan Tenorio, se atreve á vos en lo mas pequeño. No, yo vengo por mí mismo; yo vengo á deciros no tengais celos del amor que don Juan finge á doña Estefanía, porque lo que quiere don Juan, es, arrancar á doña Estefanía ciertos papeles que prueban que una dama que se perdió hace cuatro años, doña Leonor de Sese, es nieta bastarda del duque de Viseo.

—¿Quién es esa doña Leonor de Sese? ¿qué interés tiene don Juan en probar que esa doña Leonor es bastarda del duque de Viseo?

—Esa doña Leonor, señora, es la mujer que, disfrazada de paje, vive con don Juan.

—¡Ah!—exclamó con un acento profundamente doloroso doña Isabel.—¡Ese era el secreto que no pertenecia á don Juan!

—¡Oh!—dijo el bufon;—este es un enmarañamiento de secretos, doña Isabel: ¿por qué creeis que don Juan tiene á su lado, bajo el disfraz de paje, á doña Leonor? Pues bien; á don Juan le ciega la ambicion. Su alteza el rey, vuestro padre, es tan terrible, como el rey don Pedro IV y como el rey don Juan II, que mató por su misma mano á sus primos los duques de Braganza y de Víseo. La nobleza teme al rey porque el rey es aficionado en demasía á cabezas de magnates, y no hay señor portugués que tenga seguridad de encontrarse mañana por la mañana con la cabeza sobre los hombros. Por lo mismo, una descendiente del duque de Viseo, aunque sea bastarda, puede contar con partidarios que la ayuden para subir al trono. Como doña Leonor de Sese ama á don Juan Tenorio tan locamente como vos le amais, es muy posible que don Juan Tenorio haya pensado en ser rey de Portugal, por medio de doña Leonor; y no sé que deciros, señora,

pero cuando he ido esta noche á la hosteria de la Corona, donde está hospedado don Juan Tenorio, he visto allí mucha gente de mala traza, mucho aventurero, mucho rufian, que estaban allí para algo.

—¿Y á qué habeis ido vos á la hosteria de la Corona, donde vive don Juan Tenorio?

—Á avisar á doña Leonor de que el rey enviaba gente de justicia á prenderla. El rey ama á doña Leonor, como no ha amado á mujer alguna, y doña Leonor podia ser una grande enemiga vuestra, si una vez en poder del rey, se veia obligada á acceder á las circunstancias; y en ese caso, los celos de doña Leonor hubieran sido terribles para vos.

—¿Y qué ha sucedido?—dijo con un vivísimo interés doña Isabel.

—Ha sucedido mejor de lo que yo esperaba. Don Juan Tenorio en aquel momento andaba fuera de la hostería. Su paje, esto es, doña Leonor, estaba sola.

Y el bufon contó á doña Isabel cómo habia sacado de la hostería á doña Leonor y la habia llevado á casa del platero Lope Pereira.

—¿Y por qué habeis llevado á esa casa á esa mujer?—dijo doña Isabel.

—Porque yo sé que os valeis del señor Lope Pereira que os sirve bien. Además, yo conozco mucho al señor Lope Pereira. El rey, mi amo, que es muy dado á los amores, suele ir algunas noches, muy tarde, á casa del platero. Como yo soy muy curioso, porque el saber no estorba y mucho menos cuando se sirve en palacio y se es una pequeña persona que necesita robustecerse con algo, he seguido algunas veces á su alteza, sin que su alteza me sienta, y he notado que para que instantáneamente abriese su

puerta el tal Lope Pereira, bastaba con llamar á ella de cierto modo. De ese modo de llamar me he valido para que el platero me abra su puerta, y para dejar en su poder á doña Leonor de Sese.

—¡Y habreis creido que obrando de ese modo obrábais en favor mio!—dijo con una profunda y terrible calma doña Isabel.

—Sé,—dijo el bufon,—que estais enamorada de don Juan Tenorio y celosa de doña Leonor.

—Y como sois una pequeña persona, pobre y ansiosa sin duda de oro, os habeis dicho: sirvamos á doña Isabel y obtendremos algun oro.

—¡Sí, sí! ¡eso es!—dijo el bufon poniéndose pálido y temblando;—¿qué otro interés puedo tener yo, sino el de que me pagueis bien?

Doña Isabel se levantó, fué á una taquilla-escritorio de ébano, incrustada de marfil, plata y oro, y puesta sobre una tijera, tambien de ébano; la abrió, sacó de uno de sus cajones dos puñados de oro, y los entregó con desprecio al bufon.

Este volvió á estremecerse, y pasó por sus ojos algo estraño.

—Venid y salid,—dijo doña Isabel, con acento grave y despreciativo.

El bufon vaciló, pero al fin siguió á la jóven. Esta llegó á la puerta que habia cerrado con llave, la abrió y mandó al bufon que saliese.

Peralvillo salió en silencio, como una fiera dominada por una maga.

Doña Isabel volvió á cerrar la puerta.

Despues permaneció con la cabeza inclinada, en silencio, meditabunda, en medio de la cámara.

XI.

—Si yo no tuviese grandeza en el alma,—dijo,—no seria digna de que me amase don Juan. ¿Qué culpa comete esa desgraciada en amarle? Le ha conocido y le ha amado. ¿Puede acaso vérsele una sola vez sin amarle para toda la vida?

Doña Isabel guardó de nuevo silencio.

—¡Y tiene razon!—dijo,— el secreto de esa mujer no le pertenece; es ambicioso; es posible que haya soñado en ser rey de Portugal; pero yo desharé esta conspiracion, sí; estoy casi segura de encontrar esos papeles que prueban la descendencia, por línea de bastardía, de doña Leonor, del duque de Viseo. Un dia entré yo de repente en el oratorio de doña Estefanía. Me pareció ver que ocultaba algo en una imágen de márfil, de la Vírgen Nuestra Señora. ¿Serian, tal vez, aquellos papeles los que ocultaba?... Doña Estefanía no me vió porque yo retrocedí. No ha tenido motivo para poner en otro lugar aquellos papeles, si en efecto, esos papeles están ocultos en la santa imágen de la Madre de Dios. Veamos.

XII.

Doña Isabel se dirigió á una puerta, atravesó una pequeña habitacion y entró en un oratorio muy rico al par que bello y sencillo.

Sobre el reclinatorio, debajo de un dosel de terciopelo azul, bordado de plata, habia una bella Concepcion de marfil, como de media vara de altura.

Doña Isabel acercó la luz de la lámpara que tenia en la mano, á la imágen y la examinó cuidadosamente.

Notó que en uno de los repliegues de la túnica de la Vírgen habia un pequeñísimo boton de plata.

—Este debe ser un resorte,—dijo con alegria doña Isabel.

É inmediatamente probó.

No se habia engañado.

La imágen de la Vírgen se abrió como pudiera haberse abierto una caja.

Cayeron al suelo algunos papeles.

Doña Isabel dió un grito de alegría; cerró la imágen y recogió aquellos papeles, que eran dos.

Doña Isabel los leyó.

Ya conocemos aquellos papeles. Eran, el uno la carta en que el duque de Viseo reconocia, como hijo suyo natural, al padre de doña Leonor; y el otro, el legado secreto del rey don Juan II á su sobrino el rey don Manuel.

—¡Ah!—exclamó:—puedo evitar á mi padre una rebelion; salvarlos á ellos y dar á don Juan una prueba de grandeza y de amor. Esa mujer está en la casa de Lope Pereira; sí, debo ir: iré.

Y guardó aquellos papeles en su escarcela; salió, llegó á la puerta de la cámara, la abrió y llamó á doña Guiomar.

—Dadme mi manto; tomad el vuestro,—la dijo.

—¿Y para qué, señora?—contestó doña Guiomar.

—Para salir.

—¡Para salir á estas horas!

—Nos acompañarán dos criados.

—Pero si doña Estefanía sabe...

—Me importa poco, porque no pienso volver á esta casa. Me iré al alcázar.

—Yo no me atrevo.

—¿Y qué me importa que os atrevais ó no? ¡Haced lo que os mando, ó saldré sola, con los lacayos!

Doña Giomar se apresuró á obedecer.

Dió á su señora el manto, buscó á los cuatro criados mas valientes, y poco despues, doña Isabel, la dueña y los lacayos, se encaminaban á la calle del Oro.

CAPITULO VIII.

Las dos bastardas.

I.

Cuando Lope Pereira hubo cerrado la puerta, se encontró frente á frente con doña Leonor, que le miraba de una manera terrible.

No era doña Leonor de aquellas mujeres fuertes que se defienden como un hombre alentado. La fuerza de doña Leonor estaba en el alma.

Por lo demás, era completamente una dama delicada, muy poco á propósito para representar el papel de la monja alférez ó de doña Maria *la Brava*; pero su energía de espíritu no tardó en revelarse.

—El tio Peralvillo ha dicho,—exclamó,—que va á traer aquí á doña Isabel Dávalos.

—¿Y bien, qué, hermosa señora?—dijo Lope Pereira.

—¿Quién es esa mujer?—exclamó con doble energía doña Leonor;—¿la conoce don Juan?

—Creo que sí,—dijo el platero;—pero seguidme, que no hemos de esperar en la tienda.

—Os sigo,—dijo doña Leonor siguiéndole.—Mucho debeis confiar en vos mismo ó en las personas que os protejan, cuando os habeis atrevido á mí.

—Yo no me atrevo á nada,—dijo Lope Pereira, que era muy prudente,—recibiéndoos en mi casa.

—No me recibís; me reteneis con violencia,—dijo doña Leonor subiendo las escaleras detrás de Lope Pereira.—Esto os puede costar muy caro; por lo visto ni sabeis quién soy yo, ni quién es don Juan Tenorio.

—Peor, mucho peor hubiérais estado en poder del bufon del rey, que es muy mal sugeto. Creedme, no tengais temor alguno, porque doña Isabel Dávalos es muy buena señora y muy buena cristiana. Indudablemente no se trata de otra cosa que de una esplicacion; os esplicareis, y allá vosotras, señoras. Yo ni entro ni salgo; á mí tanto me dá por lo uno como por lo otro. Hemos llegado ya á donde debeis esperar á doña Isabel.

II.

Habian entrado en la misma habitacion donde aquella mañana habia estado doña Isabel, y desde una de cuyas ventanas habia visto, en la lejana bahía, la misteriosa galera real española de dos bandas.

—Aquí os quedareis,—dijo Lope Pereira encendiendo unas bugías que estaban sobre una mesa;—es inútil que yo os acompañe, porque no os conozco y nada tenemos que hablar.

—Sí, tenemos que hablar mucho,—dijo doña Leonor.

—Supongo que vos me preguntareis muchas cosas; pero os advierto que es inútil que me pregunteis, porque no os he de contestar á ninguna.

—¿Tan vendido estais á esa doña Isabel?

—Puede ser que en cuerpo y en alma, señora. Conque hasta la vista.

—Id con Dios,—dijo doña Leonor, que comprendió que no recabaria nada de Lope Pereira.

Éste salió cerrando por fuera la puerta con llave, y doña Leonor le sintió descender por las escaleras.

III.

Habia sido engañada; estaba presa á merced, no sabia de quién. Sabia únicamente que vendria á buscarla una doña Isabel Dávalos á quien oia nombrar por primera vez.

Pero cuando aquella doña Isabel disponia tan por completo de un hombre que tenia en su casa una habitacion tan hermosa y tan rica como la en que doña Leonor se encontraba, debia ser una gran dama.

Solo á una gran dama podia servirse como la habia servido el bufon; gravísimo debia ser el motivo que llevase á aquella dama á entenderse con ella; debia amar á don Juan.

Lo primero que piensan las mujeres es aquello que las inspiran sus celos; y doña Leonor estaba enamorada, hasta la locura, de don Juan.

La situacion en que doña Leonor se encontraba era gravísima.

Cualquier cosa podia hacer que la ley interviniese, y si doña

Leonor se encontraba en poder de la ley, debia ser conocida.

Nada tenia que temer doña Leonor, sino que el rey supiese que estaba en Lisboa y se apoderase de ella; porque no dudaba de que el rey no habia dejado de amarla; no la habia olvidado, y seria capaz de todo si la encontraba al fin en su poder.

Doña Leonor estaba, pues, aturdida, aterrada y abrió las vidrieras de las ventanas, buscando una salida á la ventura; pero todas las ventanas estaban muy altas; desde ellas solo se veia una sombra oscurísima que pertenecia á la parte de Lisboa, á que dominaba aquel retrete, y una estension infinita, menos oscura, salpicada de estrellas: el cielo.

Doña Leonor se retiró abatida cerrando la última ventana; se sentó en un camapé, y esperó con una impaciencia dolorosa.

IV.

Esperó una hora sin poder apreciar la medida del tiempo; sin poder seguir un pensamiento, coordinar dos ideas; tan aturdida estaba.

Don Juan; aquella mujer á quien habia oido llamar doña Isabel; el bufon; el rey; su padre; su amor; sus celos; su venganza; todo se la representaba al par, embrollándose, haciendo un caos de su cabeza.

Al fin, doña Leonor se levantó de una manera nerviosa y quedó de pié, con la mirada intensa, sombría y al mismo tiempo anhelante, fija en una puerta. Habia oido; primero un leve rumor; despues, aquel rumor representando el roce de un traje de seda; luego pasos. Aquel roce y aquellos pasos crecieron en ruido y sonaron al fin junto á la puerta.

Crugió la cerradura; la puerta se abrió; entró una mujer en-

vuelta en un manto; y la puerta volvió á cerrarse y á crugir la cerradura.

V.

Doña Leonor no tenia duda de que aquella mujer que al entrar, al verla, habia quedado inmóvil y con el semblante cubierto por el manto, era la que habia oido llamar doña Isabel.

Por su actitud y por un no sé qué singular que emanaba de ella, comprendió que era jóven y hermosa, y se embraveció, escitada por los celos.

Dió un paso decidido hácia doña Isabel.

Doña Isabel se echó entonces atrás el manto y dejó ver su magnífica hermosura á doña Leonor.

Sin embargo, no podia decirse cuál de las dos damas era mas hermosa.

VI.

—Esperad,—dijo doña Leonor;—no pronuncieis una sola palabra que me ofenda, hasta que nos conozcamos. Somos parientas.

—Yo no os conozco; yo no os he visto nunca,—dijo de una manera agresiva doña Leonor.

—Yo tampoco os conozco; es la primera vez que os veo,—contestó dominándose, doña Isabel;—y me pesa haberos conocido, porque sois demasiado hermosa.

—Aunque lo sea, vos no dejais por eso de ser mas hermosa de lo que yo quisiera.

—Es decir,—exclamó doña Isabel,—que comprendeis que entre nosotras hay un hombre.

—Puede ser, si amais á don Juan Tenorio,—dijo doña Isabel.

—Sí; le amo, y él me ama,—esclamó con escesiva energía doña Leonor.

—A mí me ama tambien.

—¡Imposible!—dijo con desden doña Leonor.—Don Juan Tenorio, antes que todo, es caballero y leal.

—Pára vos, no: miente cuando dice que os ama,—esclamó doña Isabel.

Doña Leonor se puso mortalmente pálida.

—Tengo pruebas de que me ama,—dijo doña Leonor;—pruebas indudables.

—Lo que ama en vos don Juan,—repuso doña Isabel concentrando el acento con que pronunció estas palabras,—es su ambicion.

—¡Su ambicion! ¡Qué decís! ¿Quién os ha dicho eso?

—Pudiera deciros que don Juan me lo ha revelado, para haceros creer que don Juan era un miserable, un villano, que os vendia; pero antes que desdorar á don Juan, me desdoraria á mí misma, porque le amo con toda mi alma, ¿me entendeis? Don Juan guarda vuestro secreto: don Juan se sacrifica á él, porque á quien ama es á mí, no lo dudeis; á mí que he nacido para él, como él ha nacido para mí...

—Estais cometiendo la imprudencia de volverme loca,—dijo doña Leonor, cuyos ojos se estraviaban, que estaba pálida como un cadáver y que temblaba toda.

—¡Y qué me importa!—dijo con una bravura casi salvaje doña Isabel;—¡qué me importa que vos os volvais loca, si yo lo estoy ya! ¿No sabeis que hoy, al separarme irritada y celosa de don Juan, le he jurado apoderarme de vos?

—¡Es decir, que vos hablais con don Juan!

—No tan íntimamente como vos, señora,—dijo con altivez doña Isabel;—yo soy para don Juan un imposible, y vos sois ya un cansancio para él.

—¡Oh! ¡ya el insulto cobardemente lanzado á la cara!—exclamó doña Leonor dando un paso hácia doña Isabel.

—No vengamos á las manos como mujeres comunes,—dijo doña Isabel con una dignidad que era en gran parte soberbia.—Dos damas pueden ser terribles enemigas; enemigas á muerte, sin reñir como dos hombres. Pueden herirse el corazon, no con el puñal, sino con la rabia y los celos. Pueden despedazarse sin que brote la sangre, aunque, como nosotras, sean parientas.

—¡Parientas! ¿Consiste acaso nuestro parentesco en que amamos las dos á don Juan?

—No; es un parentesco de sangre, aunque algo lejano. Veamos, veamos en qué grado sois vos parienta del rey de Portugal.

—¡Ah! ¡habeis mentido, cuando habeis dicho que don Juan no es un villano! ¡Don Juan me ha hecho traicion!

—¡No, por la salvacion de mi pobre madre!—dijo doña Isabel;—don Juan ha guardado vuestro secreto, sacrificándole mi amor: mi amor que es su alma, dejándome, al separarse de mí, irritada, cortado nuestro trato. Mucho ama don Juan, no á vos, sino á su honor, á su lealtad, cuando les ha hecho tal sacrificio.

Doña Leonor se pasó la mano por la frente en un movimiento desesperado, y volvió á sentarse en el camapé.

Doña Isabel se sentó en el mismo camapé, al otro estremo.

VII.

Hubo un momento de silencio hostil, que al fin rompió doña Leonor.

—Si don Juan no os ha dicho que yo soy descendiente, aunque por línea bastarda, de la casa real de Portugal, ¿quién ha podido decíroslo?

—¿No habeis oido que yo amo á don Juan mas que á mí misma?—dijo doña Isabel;—¿que le amo desde el momento en que hace tres meses le conocí en medio de un camino? ¿No os lo habia dicho? pues sabedlo.

—¡Hace tres meses! debísteis conocerle dentro aun de España; antes de llegar á la aldea de Somorinos,—dijo doña Leonor.

—Sí, algunas leguas antes; y doña Estefanía de Silva Carbalho y Meneses, mi tutora, que me acompañaba, y yo, le debimos el no caer en manos de bandidos, de los cuáles mató tres, ahuyentando á los otros.

—¡Ah!—dijo doña Leonor;—¿con que es vuestra tutora doña Estefanía de Silva?

—Sí.

—¿Sois huérfana?

—No; pero dejadme continuar; dejadme que os diga de qué manera he podido saber yo quién érais, sin que me lo haya revelado don Juan.

—Continuad, pues.

—En Somorinos nos separamos. Don Juan no podia continuar viajando á nuestro lado; pero en Lisboa apareció en nuestra casa, como galan enamorado de doña Estefanía, con quien vivo. Yo no tenia celos; comprendia demasiado que don Juan no amaba á doña Estefanía, porque veia con los ojos del amor; pero no podia comprender por qué don Juan galanteaba á doña Estefanía.

—Don Juan galantea á todas las mujeres hermosas,—dijo con una intencion acerada doña Leonor.

—No, no,—dijo Isabel parando la estocada que la habia tirado doña Leonor;—vos no sabeis como yo, por qué don Juan galanteaba á esa mujer: buscaba algo que necesitábais vos y él para vuestros proyectos.

—¡Ah!—exclamó doña Leonor mirando con ánsia á doña Isabel;—¿y qué era lo que don Juan y yo necesitábamos para nuestros proyectos?

—Dejadme seguir y no me estravieis; llegaremos á todo. Yo no tenia celos del galanteo de don Juan á doña Estefanía. Yo nunca me presenté cuando don Juan iba á visitarla. Don Juan, que me habia visto una sola vez en Somorinos, no habia pretendido volver á verme, y no era yo la que debia buscarle; pero le amaba y quise saber si en Lisboa, donde hay tantas mujeres hermosas, habia encontrado don Juan unos amores de los cuales debiese tener yo con fundamento celos. Le hice espiar; supe que le acompañaba un hermoso paje; que aquel paje era... una noble dama que se habia perdido hace cinco años con su padre; en una palabra, vos, doña Leonor de Sese.

—¡Ah! ¡me han conocido!—exclamó de una manera indefinible doña Leonor.

— No, no os han conocido en la calle; estais admirablemente disfrazada; os han conocido en el mismo aposento en donde os encerrais para renovar ese color oscuro que mas que todo os disfraza.

—¡En mi aposento!...

—En vuestro aposento de la hostería de la Corona, se ha abierto un agujero en un tabique; un agujero imperceptible; pero á través del cual os ha visto hoy una persona que os conoció mucho; que os trató; que os veia todos los dias en palacio cuando érais menina de la reina: porque esa persona os ha conocido es-

tais ahora aquí, y yo estoy tambien. ¿No os he dicho que yo habia jurado á don Juan, haceros una guerra á muerte?

—¿Y quién es la persona que me ha conocido? ¿Tendreis reparo en decírmelo?

—Ninguno: esa persona es el secretario del rey, Gaston de Riveira, antiguo amante de doña Estefanía, y preso á estas horas en el Castillo Viejo por el rey, y en gran peligro.

—Seguid, seguid.

—¡Qué mas! Ya sabeis de qué modo he sabido quién sois. Pasemos á otro asunto; á nuestro parentesco. Vuestro padre, hijo natural del duque de Viseo, era primo segundo del rey don Manuel, y tio segundo, por lo tanto, del rey don Juan III. Vos sois, pues, prima mia en tercer grado, porque yo soy hija del rey don Juan.

—¡Vos!

—Sí; yo. Consta, pues, que somos primas; pero vos no podeis probarlo, porque las pruebas de que sois nieta del duque de Viseo, esto es: lo que obligaba á don Juan á galantear á doña Estenía, están en mi poder y van á ser destruidas. Tomadlas, doña Leonor; acercaos á esas bujías y leed bien esos papeles.

Doña Leonor tomó con la mano trémula los papeles que la daba Isabel.

Se levantó; se acercó á la mesa y los leyó.

VIII.

—¿Estais segura,—dijo doña Isabel á doña Leonor,—de que esas son las pruebas indudables de vuestro origen?

—¡Sí!—dijo con voz apagada doña Leonor.

—Pues cumplid con vuestro deber.

—¡Con mi deber!

—Sí, con vuestro deber; quemadlas.

—¡Que queme yo mi nombre!

—No digais vuestro nombre, sino vuestra ambicion.

—Estos papeles no saldrán ya de mi poder,—dijo doña Leonor.

—No, no seré yo quien os los arranque; estad segura de ello; será otro: un hombre á quien obligareis á poner las manos sobre vos: habeis olvidado que estais completamente en mi poder, y ¿sabeis cuál es la única razon qué yo he tenido para venir á veros? El arrancaros toda la esperanza que pudiérais tener de provocar una guerra civil. Vuestro padre, me direis, es violento y terrible; hay muchos descontentos que harán de mí una bandera; que me proclamarán evocando mi descendencia del duque de Viseo: yo tengo el deber de buscar el trono que costó la vida á mi abuelo; el destino de mi raza es la traicion; pero yo os responderé: sea lo que quiera, el rey don Juan III, es mi padre; puedo ahorrarle, y ahorrar á Portugal una guerra civil, y se las ahorraré. Podria, si mis celos fueran bastantes á hacerme caer en la infamia, entregaros al rey; pero no, por esa parte, nada teneis que temer de mí. Destruid esos papeles, quemadlos; es lo mejor que podeis hacer; despues yo os juro que sereis protejida por mí, por vuestra enemiga.

—Mi padre murió envenenado en Somorinos,—dijo doña Leonor,—cuando acababa de entrar en tierra de España. El rey mató á mi padre...

—¡Mentís villanamente!—exclamó, levantándose irritada, doña Isabel;—quien mató á vuestro padre, fué doña Estefanía de Silva.

—¡La prueba!

—La tendremos, tal vez, á esta hora, porque tal vez el tormento haya hecho declarar á Gaston de Riveira.

—¡Vengad á mi padre! ¡Vengadle! y renuncio á todo lo que pueda obtener por medio de una guerra contra el rey.

—Os lo pido, por la vida de don Juan, —dijo doña Isabel.

Doña Leonor estendió uno de aquellos papeles hácia una bujía y le prendió fuego.

Cuando se hubo consumido, quemó el otro.

—Yo no buscaba un trono combatiendo al rey de Portugal por cuantos medios me fueran posibles, no; pero le creia el asesino de mi padre y buscaba la venganza de aquel crímen. Por lo demás, y puesto que el rey, porque os creo, no fué el matador de mi padre, quiero mejor que mi padre aparezca hijo lejítimo del noble caballero, del bravo condestable don Gabriel de Sese, que hijo bastardo del duque de Viseo. Mi bastardía ha muerto abrasada; vos misma no podeis probar ya que no soy descendiente legítima del condestable don Gabriel de Sese.

—Al abrasar esas pruebas, habeis abrasado vuestro amor,— dijo doña Isabel con toda la crueldad de una mujer celosa.

—Don Juan tiene contraida conmigo una obligacion sagrada; si falta á ella me vengaré.

—¡Que os vengareis! Pues mirad; si podeis vengaros hareis bien. Pero es el caso que yo no os dejaré que os vengueis, que no permitiré yo tampoco que seais conocida: por lo mismo, doña Leonor, vos permanecereis aquí. Os protejo; evito que el rey, que os ama, sepa dónde estais. Cuando haya pasado mucho tiempo, cuando don Juan sea mi esposo, elegireis el convento que mejor os parezca; porque vos, doña Leonor, habeis muerto ya para el mundo. Habia pensado ser generosa con vos, pero me es impo-

sible serlo; os tengo miedo, y tanto miedo podeis darme que lo olvide todo y os entregue al rey.

—¡Ah! ¡no por piedad! ¡primero un claustro!

—Sed, pues, muy prudente; renunciad á don Juan como habeis renunciado á declararos descendiente del duque de Viseo; y en todo lo demás, contad con mi proteccion.

Doña Isabel llegó á la puerta y llamó á ella con fuerza.

Doña Leonor se habia sentado en el camapé, y abatida, dominada, lloraba en silencio.

—Vuestro desconsuelo me desgarra el alma,—dijo doña Isabel;—pero os habeis puesto entre don Juan y yo, y sigo mi camino, aunque me duela pasar por cima de vos.

Doña Leonor no contestó.

En aquel momento se abrió la puerta.

—¡Adios!—dijo doña Isabel.

Y salió.

IX.

La puerta volvió á cerrarse.

Doña Leonor sintió los pasos de doña Isabel que se alejaban, hasta que se extinguió su ruido.

Entonces se alzó terrible.

—¡Has creido hoy en mis lágrimas, y creerás mañana! me abrirás al fin las puertas de esta casa, ó me las abriré yo, ¿qué me importa ya nada? ¡Ay de tí, si don Juan te hace su esposa! ¡ay de tí y ay de él! Aunque me cueste el sacrificio de aceptar los amores del rey. No importa; ¡me vengaré!

Y doña Leonor se puso á pasear á lo largo del retrete, como una fiera enjaulada.

CAPITULO IX.

Un leon que devora á un lobo.

I.

El rey, despues de haber enviado al corregidor á prender al paje de don Juan Tenorio, se fué con su camarero Pedralva al castillo Viejo, situado sobre el mar, en la parte antigua de la ciudad.

Para entrar en el castillo, el rey se dió á conocer.

—Lleva á mi secretario, que deben haber traido esta noche aquí, á la cámara del tormento, y que el verdugo prepare el potro. Cuando esto esté hecho, avisa.

El alcaide salió temblando, porque el rey don Juan III ponia pavor á todos sus vasallos allegados cuando le veian con el tremendo semblante que llevaba aquella noche. El rey se puso á pasear por la habitacion en que se encontraba, y Pedralva perma-

neció en la puerta, de pié, inmóvil como una estátua y con el sombrero en la mano.

En todo el tiempo que trascurrió, que no fué corto, desde que el alcaide Diego Dávila salió, hasta que volvió á decir al rey que ya estaban en la cámara del tormento Gaston de Riveira y el verdugo con dos de sus satélites, ni el rey dijo una palabra, ni Pedralva se movió de la puerta.

II.

—Tú, Pedralva, quédate aquí,—dijo el rey cuando supo que todo estaba dispuesto;—y tú, Dávila alumbra.

El alcaide llevó al rey por pasadizos sombríos, por estrechas escaleras, por galerías góticas, á una sala pavorosa, sustentada por cuatro enormes pilares.

En aquella sala, de bóveda deprimida y robusta, y de pavimento de mármol, habia, al frente de la puerta, un dosel rojo, y bajo el dosel, sobre dos gradas, una mesa con tapete rojo tambien, y sobre la mesa, escribanía, papel y dos candelabros con cinco velas de cera en cada uno. Detrás de la mesa habia un sillon, tambien rojo. En el paño del dosel y en el tapete de la mesa, estaban bordadas las armas de Portugal. Aquel era el sitio donde hacia sus grandes justicias, solo con Dios, con su conciencia, y con un vasallo traidor, ó que tal lo parecia, el señor rey don Juan III.

Además, en los muros se veian colgados hierros de formas estrañas, que no eran otra cosa que útiles del tormento.

Entre los pilares, aparatos espantosos, tales como la rueda y el potro, con su lecho de cuero y su terrible borceguí.

Gaston de Riveira, con esposas en las manos y grillos en los

piés, á cuya barra estaba sujeta una gruesa cadena con una enorme bala en su estremo, estaba de pié cerca de la mesa.

Nadie mas que Gaston de Riveira habia allí, cuando entró el rey.

El verdugo y sus ayudantes estaban en una habitacion inmediata.

En medio de la cámara, y delante de la mesa, estaba preparado el potro.

—Dávila,—dijo el rey sentándose de una manera nerviosa en el sillon detrás de la mesa;—véte, cierra la puerta, espera donde puedas oir mi voz cuando te llame; pero procura no oir lo que aquí se hable, porque puede matarte lo que oigas.

Dávila se inclinó y salió.

III.

—¿De qué muerte murió mi buen alférez mayor don Luis de Sese?—dijo el rey con acento breve y terrible.

—¡Señor, señor!—exclamó Gaston de Riveira cayendo de rodillas y estendiendo las manos hácia el rey;—vuestra alteza está enojado contra mí; vuestra alteza ha entendido como un hecho una suposicion mia. Yo no sé cómo murió don Luis de Sese.

—Basta; no necesito preguntarte mas. Si tú no supieras que don Luis de Sese fué asesinado, no temblarias; si no hubieses tomado parte en el asesinato, revelarias el nombre del asesino; te conozco bien.

—Señor, no es esta la causa de vuestro enojo. ¡Señor lo que os irrita es que yo ame á doña Isabel! Quien me pierde es doña Isabel que teme que yo sacrifique á mis celos á don Juan Tenorio. Pues bien señor, yo olvidaré á doña Isabel; encerradme en un

convento; me haré monje. Si no os basta esto, encerradme por toda mi vida en una torre, pero no me mateis.

—¡El nombre del asesino de don Luis de Sese!—dijo el rey.

—No, no señor; yo no miento, yo no sé si don Luis de Sese ha sido asesinado ó nó.

—¡Dávila!—dijo el rey con voz fuerte.

Se abrió la puerta.

—Que entren el verdugo y sus criados.

—¡Por piedad, señor, por piedad!—exclamó Gaston de Riveira;—yo no sé nada; yo no he oido nada; yo estoy inocente del crímen de que vuestra alteza me hace cargo.

Entraron en aquel momento tres hombres vestidos de rojo; greñudos, záfios, de mirada sesgada y de semblante brutal, que se inclinaron al entrar y adelantaron y se arrodillaron delante del rey.

Gaston de Riveira que estaba de rodillas, cuando aquellos hombres entraron, al adelantar estos y antes de que se arrodillasen, se levantó de una manera instintiva, impulsado por el terror, haciendo crugir de una manera horrible sus cadenas.

—Apoderaos de ese hombre,—dijo el rey á aquellos sayones;—quitadle los grillos y con él al potro.

Aquellos tres hombres se levantaron y asieron brutalmente á Gaston de Riveira. Se oyó poco despues el ruido del martillo que desarmaba los grillos.

Inmediatamente Gaston de Riveira fué levantado en peso, á pesar de sus esfuerzos; tendido en el lecho de cuero del potro; sujeto por las correas, y metidos los dos piés entre los dos maderos movibles que se llamaban *los borceguíes* y que se cerraban oprimiendo los piés del atormentado, á medida que se metian cuñas á mazo en aquel horrible aparato.

—El rey hizo una señal al verdugo, y la primera cuña empezó á apretarse á golpe de mazo.

Gaston de Riveira dió un grito. Á pesar de aquel grito el verdugo dió otro golpe en la cuña. Entonces fueron ya alaridos, y alaridos espantosos los que exhaló Gaston de Riveira.

—¡Yo lo diré todo, yo lo diré todo!—dijó entre sus alaridos;—¡pero que me quiten de aquí! ¡Por Dios señor que me están matando!

El rey hizo otra señal al verdugo y éste aflojó la cuña, abrió los borceguíes y se retiró con sus dos criados.

Los piés desnudos de Gaston de Riveira estaban lívidos, á punto de saltar la sangre.

IV.

—Habla,—le dijo el rey.

—Pero vuestra alteza, señor, si hablo va á mandar que me corten la cabeza.

—Habla,—repitió con impaciencia el rey.

—Hace cinco años,—dijo Gaston de Riveira,—doña Estefanía, que era entonces mi amante, temió que á causa del empeño que vuestra alteza tenia por doña Leonor de Sese, el almirante que estaba pronto á casarse con doña Leonor, poseyese toda la confianza de vuestra alteza.

Doña Estefanía reveló á doña Leonor el orígen de su padre, y don Luis de Sese, habiendo salido con su hija que habia estado á punto de ser manceba de vuestra alteza, por una violencia, se retiró de la córte y salió del reino; pero doña Estefanía no se satisfizo con esto; queria que no volviese á Portugal doña Leonor y envenenó á su padre, haciendo de manera que doña Leonor

creyese que su padre habia sido asesinado de órden de vuestra alteza.

—¿Y quién le proporcionó el veneno?

—Yo... señor...

—Habla, ó mando que te hagan pedazos.

—El médico de vuestra alteza, el doctor Agnus Dei.

—¿Y quién dió el veneno á don Luis de Sese?

—Su cocinero.

—¿Cómo se llamaba ese hombre?

—Juan Queipo.

—¿Dónde vive?

—Con el dinero que le produjo el asesinato, puso una hosteria y vive en ella.

—¿Qué hosteria?

—La de la Corona.

—Bien. ¡Hola, Diego Dávila!

Entró inmediatamente el alcaide.

—Que se lleven á ese hombre á su encierro,—dijo el rey.

—Entraron el verdugo y sus criados, cargaron con Gaston de Riveira y se lo llevaron.

CAPITULO X.

Un rey coronado, y un rey sin corona.

I.

—¿No ha venido nadie á buscarme?—dijo el rey, dejando su sillon y adelantando.

—Si señor.

—¿Quién?

—El corregidor.

—¿No trae el corregidor ningun preso?

—Si señor, un hidalgo que parece extranjero.

—¿Y no ha traido tambien preso á un paje?

—No señor.

—Alumbra y llévame á donde está el corregidor.

II.

Poco despues el corregidor se inclinaba profundamente ante el rey.

—¿Habeis cumplido la órden que os dí?—preguntó el rey.

—No he podido cumplirla, señor; he registrado la hostería de la Corona y no he encontrado el paje de don Juan Tenorio. Me dijeron que habia salido.

—¿Y no habeis podido saber á dónde habia ido ese paje?

—No, señor; pero me he traido preso á su amo que llegó mientras se le buscaba, y que cometió desacato contra mí.

—¿Es decir, que tenemos aquí preso á don Juan Tenorio?

—Si señor.

—¿Y dónde está ese caballero?

—Esperando en el patio entre mis alguaciles.

—¿Esperando en el patio?—dijo el rey;—bah, don Juan Tenorio es una persona demasiado principal para que se le trate de ese modo: si os ha dicho algo que pueda ser tomado á desacato, será porque vos habreis cometido alguna impertinencia. Id, id vos mismo y traédmelo, si le habeis tomado la espada, devolvédsela. Vos le habeis preso y yo le declaro libre. Id.

El corregidor salió, y el rey se puso á escribir.

Apenas habia acabado, cuando el corregidor volvió trayendo consigo á don Juan Tenorio.

El rey le miró con muestras de afecto y le dijo:

—Perdonad una equivocacion al corregidor de mi ciudad de Lisboa, don Juan: yo le habia mandado prendiese á vuestro paje, no á vos.

—Este señor,—dijo don Juan,—me ha preso sin duda porque habiendo dudado de la respuesta que yo dí á una impertinente pregunta suya, le envié enhoramala.

—Ya sabia yo,—dijo el rey,—que debia ser una cosa así. Venid acá, corregidor mio: tomad esta órden y cumplidla al momento.

Aquella órden era la de prender á doña Estefanía; al doctor

Agnus Dei y á Juan Queipo, dueño de la hostería de la Corona.

El corregidor salió todo sofocado por lo que el rey le habia dicho, y el don Juan coronado y el don Juan sin corona, quedaron solos.

III.

—Sentaos, don Juan,—dijo el rey.

—De pié debo estar y de pié estaré,—contestó don Juan.

—Estaré yo tambien de pié,—dijo el rey.

—Vuestra alteza hará lo que quiera.

—Os encuentro demasiado humilde, don Juan. ¿No comprendeis que quiero trataros de igual á igual?

—Ya os he dicho en otra ocasion, señor, que yo sé bien la distancia que existe entre un rey y un caballero.

—Pudiera tomarse como ofensa vuestra contestacion.

—Pues bien: pondré otras palabras á esa contestacion. Yo se bien la distancia que media entre un caballero coronado y un caballero sin corona.

—Yo creo, don Juan, que habeis nacido para no morir nunca.

—¿Por qué, señor?

—Porque por mas que haceis, yo no puedo irritarme contra vos: no sé lo que hay en vos, que os tengo por un igual mio y aun creo que valeis mucho mas que muchos de mis iguales. En fin don Juan, yo os creo un rey sin corona.

—El primer rey, señor, sin duda alguna que nació sin corona; y cuando le hicieron rey fué sin duda porque él supo hacer que le hiciesen rey.

—¿De modo que vos esperais ser rey algun dia?

—Puede ser: reyes hubo entre mis abuelos, y aunque no los hubiera habido, si á mí se me antojase ser rey, seria el primer rey de mi familia: ¿acaso los reyes no se han hecho de los caballeros, y los caballeros de los hombres?

—Y para ser rey empezais por elegir vuestros pajes ¿no es verdad?

—Ciertamente que hay pajes que lo son todo, menos lo que parecen.

—Por eso, sin duda, he mandado yo que prendan á vuestro paje..... doña Leonor de Sese.

—Señor rey don Juan,—dijo Tenorio,—hay cuestiones dentro de las cuales yo no reconozco mas distancia que la que media desde la punta de una espada á su empuñadura. Doña Leonor de Sese me ha sido arrebatada: ¿por qué, y con qué derecho?

—Con el derecho que tiene todo rey de prender á sus vasallos rebeldes y de castigarlos á muerte. Pero no decís la verdad; yo no os he arrebatado á doña Leonor, puesto que cuando han ido á prenderla no la han encontrado.

—¿Ni cómo la habian de encontrar,—dijo don Juan,—si uno de los de vuestra servidumbre la ha sacado engañada, sin duda, de la hostería? Con todo ese aparato de prision, señor rey, no habeis pretendido otra cosa que hacer creer que no os habeis apoderado de doña Leonor de Sese.

—Decidme, don Juan, ¿quién ha sido el de mi servidumbre que se ha llevado de la hostería de la Corona á doña Leonor?

—El bufon de vuestra alteza: iba muy encubierto, pero no ha faltado quien le ha conocido y me lo ha dicho: de modo que, cuando el corregidor me dijo que iba á traerme preso ante vuestra alteza, dije para mí: mejor, mucho mejor, así no tendré que esperar á mañana para pedir una audiencia al rey.

—¡Ah! una audiencia para pedirme cuentas de esa señora, ¿no es esto?

—Indudablemente.

—¿Veis cómo al cabo, don Juan, estamos hablando de igual á igual?

—Sí, es cierto,—dijo don Juan;—pero es porque en mí habla la razon, y en vos debe escucharme la justicia.

—Ignoro absolutamente lo que haya sido de doña Leonor y os juro, bajo mi palabra de rey, que ninguna parte tengo en su desaparicion. Os engañais, don Juan, cuando creeis que yo he mandadado prender en doña Leonor, á la mujer hermosa. Yo no empleo en tales asuntos á mis gentes de justicia: yo las he enviado á prender á la rebelde, á la que ha soñado arrojarme del trono, amparándose de vos.

—Don Juan de Portugal, oid lo que os declara don Juan Tenorio. Sobre vuestra conciencia está la muerte del alférez mayor don Luis de Sese: su hija podrá haber buscado una venganza justa: para cumplir esa venganza era necesario heriros en la cabeza, arrojaros del trono; y una vez vacante el trono, doña Leonor, descendiente del duque de Viseo, asesinado por un rey de Portugal, tendria derecho para recojer del suelo la corona y ceñírsela.

—Pesa sobre mí una acusacion de alevosía. ¿Creeis que yo sea capaz de ella? ¡Responded!

—Sois hombre, y sois violento: vuestros nobles se quejan de tiranía.

—Porque no pueden hollar el trono á su antojo; porque al poner el pié sobre su primera grada, resbalan y caen bajo el hacha del verdugo. Bien: otra pregunta, don Juan. ¿Por qué amparais vos á doña Leonor?

—¿Por qué? Porque soy caballero y debo amparar al débil y al necesitado de justicia, sea quien quiera su enemigo, rey ó caballero.

—¿Y por qué no habeis venido á mí?

—Porque no teníamos armas iguales; porque yo me estaba armando: por lo demás, yo no os hubiera acometido por la espalda; yo os hubiera dicho: ejército contra ejército, cabeza contra cabeza, venid al juicio de Dios á que yo os emplazo; que Dios dé la victoria á quien tenga razon y derecho.

—Si ese reto no envolviera una injuria contra mi honra, yo le aceptaría, don Juan: yo os dejaría levantar bandera, llamar contra mí soldados: yo saldria contra vos, porque antes que rey soy caballero; porque quisiera, vive Dios, veros en batalla, por ver si érais tan buen general como hombre bravo. Pero decidme, ¿si estuviérais convencido de que yo estoy libre de la culpa de asesinato, levantaríais bandera contra mí?

—No.

—Si doña Leonor os dijese: defiende mi derecho á la corona de Portugal, ¿lo haríais?

—No.

—Pues bien, don Juan; no podemos ser enemigos.

—¿Teneis la prueba de vuestra inocencia?

—Sí.

—¿Y dónde está esa prueba?

—En una de las torres de este castillo. ¡Hola, Diego Dávila! Alumbra y guia al encierro de mi secretario Gaston de Riveira.

IV.

Diego Dávila alumbrando, y tras él el rey y don Juan, re-

corrieron un laberinto de callejones y escaleras y llegaron á una fuerte puerta de hierro cuyos tres cerrojos abrió el alcaide.

Entraron en un calabozo pequeño y húmedo, en el cual, tendido sobre un monton de paja, y encadenado, lanzando profundos gemidos, estaba Gaston de Riveira.

—Deja aquí esa luz y vete á lo alto de las escaleras, dijo el rey al alcaide.

Este dejó el farol en el suelo y salió.

—Ved aquí, don Juan, lo que son los hombres,—dijo el rey señalando con desprecio á Gaston de Riveira:—duros, insensibles para practicar la maldad, y débiles y cobardes como ratones cuando la mano del leon cae sobre ellos. Yo creia á éste fuerte como Hércules, y apenas se le han oprimido un poco los piés, mirad, está gimiendo como una mujer.

—Es señor,—dijo Gaston de Riveira,—que el dolor ha sido terrible, que no me deja; que me estoy muriendo.

—Y dime tú, miserable, ¿no has pensado nunca en que el tósigo pudo causar unos horribles dolores al buen don Luis de Sese?

—¡No es mia la culpa señor; yo estaba entonces loco por doña Estefanía!

—¡Ah, fué ella!—dijo don Juan.

Al oir su voz, Gaston de Riveira, que no le habia visto, porque tenia inclinada la cabeza, la alzó y fijó una mirada hambrienta en don Juan.

—¡Ah! ¡tú estás tambien aquí!—Tú, traidor, conspirabas con doña Leonor de Sese contra el rey. ¡Ah! haced señor que le pongan los borceguíes para que declare el nombre de sus cómplices; vereis, vereis cómo don Juan Tenorio llora tambien como una mujer.

—Salgamos de aquí, señor rey, dijo don Juan; porque el hedor de bajeza y de infamia que sale de ese miserable me está sofocando.

—¡Dávila! ¡aquí!—dijo el rey.

—¡Ah! no estais preso,—dijo Gaston, viendo que Tenorio tenia ceñida la espada.—¡Ah! habeis engañado sin duda al rey; no le creais, señor; mirad que conspira contra vuestra alteza; mirad que os hace traicion...

—Toma ese farol, y en saliendo nosotros, cierra,—dijo el rey á Dávila que habia aparecido.

—¡Señor! ¡Señor! ¡matadle!—gritó Gaston desesperado;—mirad que os hace traicion y que va á perder á vuestra hija que le adora...

El rey y don Juan salieron, y el alcaide cerró la puerta.

Aun se oia dentro el eco de la voz desesperada de Gaston de Riveira; pero no podian entenderse sus palabras; tan gruesa era la puerta del calabozo.

V.

El alcaide alumbró al rey y á don Juan hasta que llegaron á la misma habitacion de donde habian salido.

El rey entonces le mandó retirarse.

Quedaron de nuevo solos el rey y don Juan.

—¿Recordais las últimas palabras que nos ha dejado oir ese miserable?—dijo el rey.

—Sí, y á fé á fé que no las comprendo:—Mirad, señor, dijo, refiriéndose á mí, que vuestra hija le adora y va á perderse.

—¿Es cierto don Juan, que no comprendeis esas palabras?—dijo profundamente el rey.

—Os lo juro por mi honor: no las comprendo.

—Advierto don Juan que vos, antes que decir una mentira, lo arrostrais todo.

—Sí, señor; lo arrostro todo antes que cometer la bajeza ó la cobardía de la mentira.

—¡Vive Dios que me enamoro mas y mas á cada momento de vos!

—Pues haceis muy mal en enamoraros, señor, porque podria suceder muy bien que yo no os correspondiese.

—¿Cómo así, don Juan?

—Vos lo habeis dicho. Yo soy incapaz de una mentira.

—¿Quereis responderme á una pregunta que voy á haceros?

—Sí.

—Vos no podeis vivir sin amor.

—A mi pesar.

—Sea como quiera, vos amais siempre: dicen de vos que el amor es vuestro destino.

—Sí, sí, señor; porque mi destino me empuja siempre hácia lo imposible.

—¿Amais á doña Leonor de Sese?

—No; porque doña Leonor ya no es un imposible para mí.

—¿La habeis amado?

—Sí, durante algunas horas.

—¡Continuais, sin embargo, á su lado!

—He contraido con ella un compromiso de honor, como caballero.

—Debe sufrir mucho, porque debe amaros mucho, —dijo el rey con la voz trémula.

—No sufre, porque mi honor me obliga á engañarla: yo soy el que sufro, porque me causa una gran violencia el mentir, fin-

gir; y muchas veces, la mentira y el fingimiento son un deber.

—Una palabra, don Juan. ¿Sois esposo ó amante de doña Leonor?—dijo el rey con la voz mas trémula aun.

—No soy su esposo,—dijo don Juan.

—Puesto que no amais á doña Leonor; y necesitais amar un imposible, es muy posible que ameis.

—Amo, sí, y de una manera que me vuelve loco.

—¿Puedo saber á quién amais?

—Perdonad, señor; pero no sé si puedo nombrar á la mujer á quien amo.

—Yo os voy á decir su nombre. Se llama doña Isabel Dávalos.

—¿Estais seguro de ello?

—Segurísimo.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Ella.

—¿Cuándo?

—Hoy.

—¿A qué hora?

—Esta noche.

—¿Esta noche os ha dicho doña Isabel que me ama?

—Sí.

— Nos separamos, enojada ella, reducido al silencio yo.

—Está celosa de dos mujeres; de doña Leonor de Sese y de doña Estefanía de Silva Carbalho y Meneses. De esta la libraré yo, porque la voy á encerrar por toda su vida en un calabozo, como envenenadora de don Luis de Sese; de doña Leonor de Sese, es decir, de los celos que esta señora le inspira, solo podeis librarla vos.

—Yo no, ¡Dios!

—No os comprendo.

—Mientras doña Leonor viva ó me ame; mientras me sea leal, yo no puedo romper mi empeño de honor con ella.

—¿Decís que mientras os sea leal? si esa dama amase á otro hombre, ó aunque sin amarle, fuese de otro hombre...

—Mi empeño de honor con ella estaria roto.

—Creo que se romperá, don Juan.

—No useis de la violencia, porque doña Leonor seria inocente y me obligaríais á todo.

—No, don Juan, no; como os he probado que soy inocente de la muerte de don Luis de Sese, os probaré que ninguna parte tengo en la desaparicion de doña Leonor; os probaré que si doña Leonor es mia, será por su voluntad.

—Y yo os lo agradeceré, sin conmoverme por ello; porque la mujer que se pierde, ha nacido para perderse.

—Y entonces, don Juan, ¿qué podrá esperar mi hija?

—Vuelvo á no comprenderos, señor.

—Yo, como vos, don Juan, he sentido y siento la pasion por la mujer. Cuando yo tenia veinte años, conocí á una mujer muy desgraciada. Aquella mujer es, tal vez, el único remordimiento de mi vida. ¿No teneis vos remordimiento por la horrible desgracia de alguna mujer?

—Dolor, sí; remordimiento, no. Yo he traido la desgracia sobre la cabeza de muchas víctimas; pero yo no he sido quien las ha sacrificado, no; ha sido la maldicion de mi raza, que ha hecho sobre mí un sér terrible, que lleva consigo el dolor, las lágrimas, la desesperacion, la muerte. No, yo no he pensado jamás el crímen, yo no he cometido el crímen, y quien no comete crímenes no puede sentir el remordimiento; pero he apurado el dolor; lo he apurado mas amargo que nadie. El Judío errante no ha sido tan desgraciado como yo; no ha sentido su planta tan en-

sangrentada, tan dolorida, tan cansada como yo siento la mia: la copa de oro del placer, tiene hiel para mí; y la muerte, aunque no la busco, no me espanta: la muerte será para mí el reposo de mi larga jornada. Dios quiera que mas allá de la tumba no encuentre otro terrible camino que seguir. Dios quiera que la misericordia de Dios se satisfaga con el dolor de que siempre estoy rodeado.

—Vos no sois un hombre,—dijo el rey.

—Todos los que me conocen dicen lo mismo; y cuando me lo dicen, yo respondo:—Es verdad, yo no soy un hombre; yo soy una maldicion.

—¿Y si mi hija fuese el ángel de perdon que Dios os hubiese enviado?

—¿Pero quién es vuestra hija, señor?

—¡Ah! es verdad; yo habia empezado á contaros una historia y nos hemos estraviado. Os decia que yo habia causado la desgracia de una mujer, que es mi único remordimiento; pues bien: aquella desdichada fué la madre de doña Isabel Dávalos, ó mejor dicho, de doña Isabel de Portugal, porque, esto no lo sabe nadie mas que mi canciller, yo aun no me habia casado, cuando tuve en aquella infeliz á doña Isabel, y la he reconocido.

—Es decir que doña Isabel no es una hija bastarda, sino una hija natural.

—Eso es; mas aun: será infanta de Portugal. ¿Quereis vos ser tambien infante?

—¿Y qué habia yo de hacer con mi infantazgo?—dijo don Juan;—habria alguien que creyese que yo no habia tenido bastante con ser don Juan Tenorio.

—Altivo, como castellano.

—Pues ved ahí, señor; yo soy morisco por mi madre.

—Habeis reunido la altivez de las dos razas.

—Tengo solo la altivez de mi corazon.

—Mi hija os ama.

—Yo la amo tambien.

—Yo conozco á mi hija; se obstinará como vos, si en vos vé un imposible.

—Se cumplirá su destino, señor.

—¿Pero qué hombre sois?

—Dios lo sabe.

—Permaneceis unido á una mujer á quien no amais, y os alejais de una mujer que os ama.

—Yo no puedo ser miserable, señor; yo nada la he prometido: la tentacion era mas fuerte en su boca que en la vuestra, y he resistido á la tentacion.

—Podeis seguir libremente vuestro camino, don Juan; yo no os detendré en él; podeis salir de aquí cuando querais.

—Sí; voy á salir en el momento en que mandeis que me abran las puertas, porque necesito buscar á doña Leonor.

VI.

El rey llamó al alcaide y le mandó condujese fuera del castillo á don Juan. Luego, como le avisase de que el corregidor habia vuelto trayendo presos á doña Estefanía, al doctor Agnus Dei y al hostelero Juan Queipo, se fué á encerrarse con ellos en la cámara del tormento.

Al dia siguiente salió de los muros del Castillo Viejo un rumor siniestro.

Se decia que durante la noche, sin mas testigos que tres frai-

les, un alcalde y un escribano, habian sido engarrotados el secretario Gaston de Riveira, el doctor Agnus Dei y el hostelero Juan Queipo, y que sus cadáveres, con balas de cañon atadas á los piés, habian sido arrojados al mar.

De doña Estefanía de Silva Carbalho y Meneses, nada se decia; pero se habia perdido y no se sabia qué habia sido de ella.

CAPÍTULO XI.

De cómo el bufon se encontró metido en una trampa.

I.

El rey se volvió al alcázar.

Antes de llegar al postigo por donde habia salido, vendó los ojos á Pedralva.

En seguida llegó al postigo; llamó; rindió una seña y el postigo se abrió.

Por el mismo lugar por donde habia salido de su cámara el rey volvió á ella, y solo despues de haber cerrado la puerta secreta y de haber colocado el sillon delante de ella, desvendó los ojos á Pedralva.

—Vé á ver,—le dijo,—si Peralvillo está en su zaquizamí, y envíamele.

Pedralva salió.

II.

El rey quedó solo, escitado, nervioso, pálido, calenturiento. Lo que más amaba en el mundo, esto es, su hija doña Isabel Dávalos, y su imposible doña Leonor de Sese, eran desgraciadas.

Sufrian por don Juan Tenorio.

El rey tenia celos, de una parte, contra don Juan Tenorio, y de la otra, cólera, empeño; y sin embargo, no aborrecia á don Juan. Un poder misterioso que el rey no podia esplicarse le impulsaba hácia él. Solo para don Juan no era terrible el rey don Juan III, y esto le irritaba.

Porque esto no era por su voluntad, sino por la influencia de un poder superior.

Le asombraba aquella grandeza estraña de don Juan; aquel no temer nada suyo; aquel dominarlo todo.

Don Juan Tenorio no se entendia.

Peralvillo asomó la cabeza á la puerta.

—¿Qué gran desgracia irá á suceder hermano, que todavia velas y no dejas dormir á los demás? dijo de una manera insolente el bufon.

—Necesito un tonto que me haga dormir con un cuento insulso,—dijo el rey.

—Pues cuéntatelo tú á tí mismo hermano,—dijo Peralvillo,—y te duermes á los dos minutos.

—Vas perdiendo la gracia, Peralvillo, á medida que te vas haciendo viejo. Va á ser necesario quitarte de en medio y traer á otro que no esté tan cansado como tú.

—¿A que te se ha ocurrido tener envidia de mis cascabeles, y quieres quitármelos, mi amo?

—Entra, entra; siéntate á mis piés y cuéntame un cuento.

—¿Y para qué, si mis cuéntos son cansados y solo pueden tomarse como un remedio para dormir?

—Pues creo difícil que me duermas esta noche aunque me des un brevaje hecho para producir un sueño mas profundo que el de los siete durmientes.

—¿Te sucede algo gordo, rey mio?

—Sí, algo que me trae muy desvelado.

—¿Y qué es ello?

—Una mujer que ha andado esta noche por esas calles con un hombrecillo.

—Lo de hombrecillo, ¿lo dirás por mí?

—Cuerpo pequeño y lastimado de Dios, perversidad grande.

—¿Cómo, cómo es eso? ¿te se ha puesto en la cabeza que yo soy malo?

—No, lo que nunca se me ha puesto en la cabeza ni en ninguna parte, es que tu seas bueno.

—No, rey mio; eso consiste en que cuando tu te miras al espejo me ves á mi; ó lo que es lo mismo, que tu crees que yo soy tan malo como tú.

—¡Bufon!—exclamó el rey arrojándole de un puntapié en medio de la cámara; porque Peralvillo habia pronunciado de un modo agresivo é insolentemente intencionado sus últimas palabras.

Peralvillo se levantó como una víbora pisada, pero instántáneamente se achicó y dijo:

—Vamos, hermano Juan, á tí te ha mordido algun perro rabioso y muerdes; me voy.

—Ven acá. El bufon ha desaparecido; debajo del bufon está el miserable, el malvado. De rodillas, tú no eres mi loco, eres un infame que voy á despedazar.

—¡Señor!—exclamó Peralvillo arrodillándose;—¿en qué he tenido la desgracia de ofender á vuestra alteza?

—Tú, confiado en esa estúpida licencia que se da á los bufones, te has atrevido á todo. Tú has sido el espía del rey; tú has escuchado cuanto han dicho al rey; cuanto el rey ha dicho; solo de ese modo has podido anticiparte á las gentes de justicia que iban á la hostería de la Corona á prender á una dama de órden del rey. Tú, engañando á esa dama, la has sacado de la hostería. ¿Á dónde has llevado esa dama?

—¡Bah, bah!—dijo el bufon levantándose y haciendo una cabriola:—¿has creido que yo he tomado esto por lo sério, no es verdad? pues te engañas; loco me ha hecho Dios; loco me has declarado tú y loco he de ser mal que te pese; pero siempre menos loco que tú. ¡Miren, qué te importará á tí que doña Leonor de Sese se haya perdido ó nó, ni qué sé yo de eso!

El rey se levantó y Peralvillo tembló como un raton á la vista del gato.

Pretendió escapar, pero el rey le cortó la salida. Se fué á él, le cogió por el cuello, llegando hasta la pared, á donde habia retrocedido, y le dijo con la voz sorda y amenazadora:

—¿Á dónde has llevado á doña Leonor de Sese?

El bufon no pudo contestar, porque el rey, en su cólera, le ahogaba.

Aflojó su mano don Juan.

—La he llevado,—dijo pudiendo respirar apenas Peralvillo,—á casa del platero Lope Pereira.

—Hé ahí el cuento que yo queria que me contases. ¡Ea! echa á andar delante,—añadió el rey poniéndose de nuevo el antifaz;—y ten en cuenta que si doña Leonor no está casa de Lope Pereira, te quedas muerto en la calle del Oro.

El bufon se fué á la puerta secreta por donde habia salido muchas veces con el rey, y salió seguido de él.

III.

Media hora despues, el bufon daba los nueve golpes convenidos, á la puerta del platero Lope Pereira.

Tardaron en responder, lo que nada tenia de estraño, porque la hora era avanzada, y fué preciso llamar con mas fuerza.

Al fin Pereira asomó á una ventana. Preguntó, y al oir la voz del rey que le contestaba, se apresuró á bajar.

—¡Señor!—dijo inclinándose profundamente.

—Cierra y óyeme,—dijo el rey.

Pereira cerró.

—En primer lugar, llévate á ese,—dijo el rey señalando al bufon,—y enciérralo en tu sótano. Dále de comer lo que os sobre y ténle ahí hasta que yo te avise.

—Pues ponedme tambien cama, con buen abrigo porque el sótano debe estar muy frio, y dormiremos por largo,—dijo Peralvillo.

—¿Cuándo quiere vuestra alteza que le encierre?—preguntó el platero.

—Ahora mismo.

—¿Y entretanto vuestra alteza?...

—Esperaré aquí.

—Vamos adentro,—dijo Lope Pereira al bufon.

—Hasta la vista, señor rey,—dijo el bufon siguiendo á Pereira, desapareciendo con él por la trastienda.

IV.

Cinco minutos despues volvió el platero.

—Cuida de no mentirme,—dijo el rey,—porque podrá pesarte mucho.

—Jamás he engañado á vuestra alteza.

—Llévame á donde está doña Leonor de Sese.

—Doña Leonor de Sese, señor, es posible que no duerma, pero está acostada. ¿Quiere vuestra alteza que la avise?

—Sí; que baje á la cámara. Espera, ¿ha venido alguien á buscarla?

—Sí, señor.

—¿Quién?

—Una dama.

—¿Su nombre?

—Doña Isabel Dávalos.

—¡Ah! ¿y con quién ha venido doña Isabel?

—Con el bufon.

—¡Ah! ¿y por qué ha traido aquí el bufon á doña Isabel?

—Lo ignoro, señor.

—Subamos, subamos y avisa al momento á doña Leonor.

—¿Qué la diré?

—Que el rey viene á visitarla.

V.

El rey y Lope Pereira subieron el primer tramo de las escaleras, y en el primer piso el platero abrió una puerta y el rey entró en una hermosa cámara.

El platero encendió luces y salió.

El rey quedó esperando con una gran impaciencia, y esperó durante un cuarto de hora.

Al fin se abrió la puerta y apareció doña Leonor.

El rey se puso pálido y tembló. Nunca habia visto á doña Leonor tan hermosa.

Doña Leonor no pudo ponerse pálida porque cuando entró lo estaba como un cadáver.

No tenia ya porqué conservar su disfraz, y en el aposento en que la habia acomodado Lope Pereira se habia lavado, y habia desaparecido el color moreno que teñia su semblante.

VI.

Por algun tiempo, don Juan III y doña Leonor de Sese se estuvieron mirando frente á frente.

En la mirada de ambos habia toda una historia.

—¡Cuánto tiempo hace que no nos vemos, señora,—dijo el rey con la voz insegura,—y cómo volvemos á encontrarnos!

—Es verdad, señor,—dijo doña Leonor;—cuando salí de vuestro reino tenia padre; cuando me volveis á ver soy huérfana.

—Yo he deplorado la muerte del buen don Luis de Sese cuando la he sabido.

—Debe hacer mucho tiempo, señor, que teneis noticia de esa muerte.

—Os engañais, doña Leonor; yo sabia que vos y vuestro padre os habiais perdido; pero que vuestro padre hubiese muerto, no lo he sabido hasta esta noche, y apenas lo he sabido, señora, he hecho justicia.

—Sí, es verdad,—dijo doña Leonor;—habeis hecho justicia, amparando á la huérfana de don Luis de Sese; poniéndola bajo

vuestro dominio; entregándola á una parienta suya, á una buena hermana, á vuestra hija; viniendo despues á repetirme lo que vuestra hija me ha dicho, esto es: que puedo contar con una gran proteccion.

—Tan libre de culpa estoy yo de que vos os encontreis aquí, como lo estoy de la muerte de vuestro padre. En cuanto á mi inocencia del crímen que os dejó huérfana, puedo probároslo ahora mismo.

—¡Cómo!

—Llevándoos delante de los asesinos de vuestro padre.

—¿Quiénes son?

—Doña Estefanía de Silva Carvalho y Meneses y Gaston de Riveira.

—¡Ah! — exclamó doña Leonor; — probadme que eso es verdad; porque deseo ardientemente no tener que acusaros de la muerte de mi padre.

—¿Quereis seguirme, señora? ¿quereis salir de esta casa conmigo?

—¡Y que mas me dá! mas en vuestro poder que estoy en esta casa, no he de estarlo en ninguna parte.

—Los asesinos están en el castillo viejo.

—Pues bien; vamos al castillo viejo, señor.

—¡Pereira! — dijo el rey; — la gorra y la capa de doña Leonor, y tú, coje tu espada y ven con nosotros.

Lope Pereira que habia aparecido á la voz del rey, desapareció, y volvió á poco con una gorra y una capa de seda; las mismas que habia llevado allí doña Leonor.

Él, venia ya armado y dispuesto á acompañar al rey.

Salieron de la casa, y Pereira cerró la puerta con llave, no sin gran disgusto, porque dejaba sola en la casa á Gabriela.

VII.

El rey, doña Leonor y Lope Pereira se alejaron.

Aun no habian pasado diez minutos cuando apareció en la calle del Oro un bulto negro, que adelantó decididamente y llamó á la puerta del platero.

Aquel bulto era don Juan Tenorio.

Iba allí en busca de doña Leonor.

Por lo que habia hablado con el rey, por lo que le habia amenazado aquella tarde doña Isabel, don Juan comprendió que no habia sido el rey el que habia hecho sacar engañada de la hostería á doña Leonor; si no doña Isabel.

Don Juan sabia que doña Isabel tenia á su disposicion á Lope Pereira, y supuso, que solo en casa del platero podia haber ocultado doña Isabel á doña Leonor.

Así es, que, cuando se vió fuera del castillo viejo, se vino en busca de doña Leonor, á casa de Lope Pereira.

Pero habia encontrado estorbos en el camino.

Unos estudiantes que rondaban dando música, ébrios ya y dispuestos á todo, le habian buscado camorra, eran muchos, don Juan se habia visto obligado á acuchillarlos, habia sobrevenido la justicia, los estudiantes habian escapado, don Juan que no escapaba nunca se habia visto obligado á hacer escapar á la ronda, para verse libre, y en todo esto habia perdido tiempo suficiente para que el rey hubiese podido llegar antes que él á casa de Lope Pereira.

VIII.

Se abrió la ventana, y apareció en ella un bulto que dijo:



—¿Quién es? ¿qué se os ofrece?

Don Juan reconoció la voz de Gabriela.

—Baja y ábreme,—le dijo.

—¡Ah, que sois vos!—dijo demostrando en su acento una gran alegría y una gran turbacion Gabriela.

—¿Pues quién habia de ser mas que yo, paloma?—contestó don Juan.

—Vamos que teneis unas cosas...

—¿Y qué cosas tengo yo?

—Quereis que os abra.

—¿Y por qué no?

—¿Por qué no? porque no: además de eso, don Juan, yo no tengo la llave; el señor Lope Pereira ha salido y me ha dejado encerrada.

—Pues cabalmente porque ha salido el señor Lope Pereira he llamado yo á la puerta,—dijo sin detenerse don Juan;—porque con quien yo quiero verme á solas es contigo, no con el señor Lope Pereira.

—Pero eso no puede ser,—dijo toda turbada la muchacha;—no tengo llave.

—Pero tendrás sábanas; ata una de ellas á la ventana y échala fuera, que yo subiré.

—¡Ah! ¡eso no don Juan!

—Bien, como quieras, pero si no haces lo que te digo, no vuelves á verme en toda tu vida.

Gabriela no contestó.

Se quitó de la ventana, y poco despues volvió á aparecer en ella.

Un objeto blanco y largo se destacó sobre la pared, quedando su estremo inferior á unas tres varas de altura del suelo.

Don Juan saltó, asió el estremo de la sábana, y vió que estaba firme.

Luego, con una fuerza prodigiosa, subió por la sábana, apoyando los piés en la pared.

Poco despues, entró, se recogió la sábana y se cerró la ventana.

CAPITULO XII.

Cómo probaba su inocencia el rey.

I.

El rey entretanto, llevando á doña Leonor asida de su brazo, y seguido de Lope Pereira que estaba muy léjos de figurarse que don Juan Tenorio se habia intrusado en su propiedad, se detenia delante de la porteria del castillo viejo.

—¿Quién vá? preguntó una voz robusta desde el adarve.

—¡El rey!—contestó don Juan III desde la barbacana.

—¡Su alteza el rey!—gritó el soldado.

Poco despues, el puente cayó con estruendo sobre la barbacana, y apareció sobre él Diego Dávila con un farol en la mano.

—¿Se ha concluido eso?—dijo el rey.

—Los presos están confesando, señor.

Doña Leonor al oir esta respuesta, se estremeció.

—Adelante, adelante,—dijo el rey,—lleva á los que confiesan y á doña Estefanía á la cámara de justicia.

Y continuó marchando por el interior del castillo, llevando á doña Leonor del brazo, y seguido de Lope Pereira.

Llegaron al fin á la cámara de justicia ó del tormento, y entraron solos en ella el rey, doña Leonor y Diego Dávila que encendió las luces y salió.

—Dentro de un momento vais á saber que yo no he tenido parte alguna en la muerte de vuestro padre.

—Yo me alegraré mucho de ello, señor; porque podré obrar en consecuencia,—dijo doña Leonor.

—¿Y cómo obrareis, señora?

—Esperad, esperad; siento que se acerca gente.

En efecto, se abrió la puerta, y el alcaide introdujo á Gaston de Riveira, que de resultas del tormento, aunque habia sido lijero, apenas podia tenerse de pié; al señor Agnus Dei y á Juan Queipo.

En cuanto el doctor vió al rey, corrió á él y se arrojó á sus plantas.

—¡Señor! ¡señor!—dijo,—¡sacadme de aquí! ¡Vuestra alteza no sabe lo que quieren hacer conmigo estos satélites! ¡han ido á mi casa, me han sacado de mi cama, me han traido aquí y me han dicho que me confiese á un fraile capuchino, porque me van á dar garrote! ¡esto no puede ser, señor! ¡yo no he cometido ningun delito! y luego, si me engarrotan, señor, ¿quién va á cuidar de la salud de vuestra alteza? mirad que teneis agarrada á los bronquios una tos muy maligna que puede tener funestos resultados, y que yo solo puedo curaros! ¡no dejeis que me maten, señor, porque si me matan, os quedais en gran peligro de muerte!

—¡Yo no he hecho nada! ¿Por qué me van á dar garrote á mí? decia llorando Juan Queipo hincado de rodillas detras del doctor Agnus Dei.



—Vamos, doctor, dime, háblame en verdad,—dijo el rey, —¿á quién vendiste tú un veneno hace cinco años? ¿No fué á mi secretario Gaston de Riveira?

—¡Señor! ¡Señor!—dijo el doctor Agnus Dei,—yo os diré la verdad; pero tened misericordia de mi: hace cinco años que el señor Gaston de Riveira me dijo:—Doña Estefanía de Silva está sufriendo en su casa una plaga de ratas que la roen los chapines y los briales, y cuantas ropas encuentran, y la causan daños considerables; dadme, pues, un veneno apetitoso para que esas malditas ratas le devoren y revienten.—Yo, señor, dí una gran cantida de arsénico al señor Gaston de Riveira, y éste me pagó lo que la medicina contra las ratas valia; muy poca cosa, señor: si yo hubiera sabido que aquel arsénico iba á servir para otra cosa que para las ratas, de ningun modo se lo hubiera vendido: ¡yo no tengo culpa! ahora dicen que con aquel arsénico se envenenó á una ilustre persona; cargad toda la culpa sobre él, y sacadme á mí de aquí.

—Díme tú, hostelero,—dijo el rey,—¿cuánto te pagaron por envenenar la comida del alférez mayor, tu amo?

—Nada; yo no sé lo que vuestra alteza me pregunta; yo no he dado tósigo á nadie.

—Decid que sí, señor,—dijo Gaston que estaba de pié y sombrío,—recibió quinientos cruzados que me entregó para él doña Estefanía de Silva.

—Es decir, que mi padre fué envenenado por esa infame,—dijo doña Leonor.

—Sí, ella fué, ella, yo no sé por qué causa no viene á morir con nosotros,—dijo Gaston de Riveira.

—¡Morir con vosotros!—dijo doña Estefanía que entraba á la sazon:—¡eso no puede ser! ¡El rey no puede permitirlo!

—Pues bien,—dijo el rey;—si no quereis morir, doña Estefanía, revelad la verdad.

—Si digo la verdad, ¿no moriré?

—Os lo prometo por mi palabra de rey.

—Pues bien, sí; yo temia que doña Leonor fuese encontrada por vuestra alteza, que al fin se rindiese á vuestra alteza, que se casase con el almirante, y yo perdiese todo mi poder en la córte: maté á don Luis de Sese para que su hija, suponiéndoos autor de aquella muerte se horrorizase de vos y no volviese jamás á Lisboa.

—¡Basta!—dijo el rey,—no queremos oir mas infamias: llevaos de aquí á estos miserables.

Las súplicas de todos se confundieron con el ruido de sus cadenas al empujarlos dos de aquellos á quienes Agnus Déi llamaba satélites, para que saliesen.

II.

—¿Estais convencida,—dijo el rey á doña Leonor,—de que don Juan de Portugal no es un infame?

—Sí,—dijo doña Leonor bajando los ojos.

—¿Veis como la traicion que habíais empezado á tramar contra mí no tenia razon alguna?

—Sí—respondió doña Leonor.

—¿Podré ya atreverme á deciros que os amo con mas ánsia, con mas desesperacion que el dia funesto en que vuestro padre os sacó de mi alcázar?

—No hablemos aquí de amores, señor, bajo estas bóvedas sombrías, rodeados de la muerte,—dijo doña Leonor poniéndose vivamente encendida;—salgamos, salgamos de aquí, porque me ahogo.

—Esperad, esperad un momento; yo tambien deseo que salgamos cuanto antes de aquí: eso no puede tardar mucho, porque Diego Dávila, que me conoce muy bien, ha entendido perfectamente una seña mia.

—¿Qué seña es esa, señor?—dijo temblando la jóven.

Sonó entonces una campanada lúgubre, vibrante, seca, á la que siguieron algunas otras campanadas.

—Esa campana os responde con su toque de agonía,—dijo don Juan III, que al parecer gozaba con el sonido de aquella campana,—venid, venid; vamos á salir de aquí.

Y asió de una mano á doña Leonor y la sacó fuera de la cámara.

—¡Guia!—dijo el rey á un soldado que estaba fuera con una linterna en la mano,—guia al sitio donde está tu alcaide.

El soldado echó á andar.

El toque de agonía seguia retumbando.

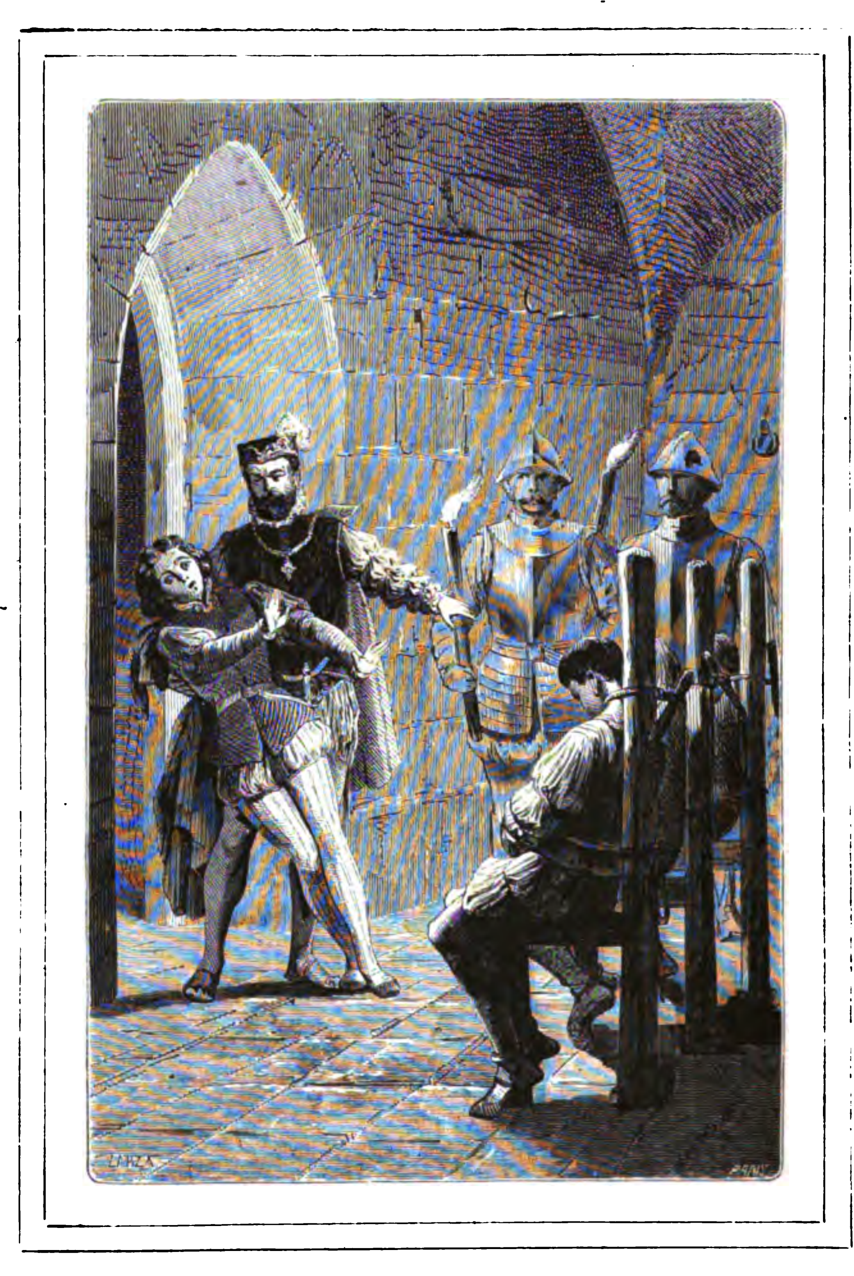
De tiempo en tiempo paraba para dar tres campanadas, despues de lo cual seguia.

Esto decia á los habitantes de Lisboa que por su proximidad al castillo viejo podian oir su campanada, que eran tres los ajusticiados.

III.

De improviso, doña Leonor se encontró marchando, llevada siempre de la mano por el rey, entre dos filas de soldados armados hasta los dientes, algunos de los cuales tenian antorchas en las manos.

—Entrad, entrad y alumbrad,—dijo el rey á los soldados de las antorchas.



LA MALDICION DE DIOS.—LAMINA 5.ª—¡He ahí los asesinos de vuestro padre!—dijo el rey.

Y precedido por ellos, arrastró á doña Leonor por una puerta inmediata.

Al entrar en la cámara á que aquella puerta pertenecia, doña Leonor dió un grito.

En tres banquillos habia tres hombres engarrotados.

—¡He ahí los asesinos de vuestro padre!—dijo el rey.

Doña Leonor vaciló, y cayó desmayada en los brazos de don Juan de Portugal.

CAPÍTULO XIII.

De cómo don Juan Tenorio se encontró con un nuevo muerte sobre sus recuerdos y con una nueva mujer acuestas.

I.

Una hora despues, y ya cerca del amanecer, salió del Castillo Viejo una silla de manos conducida por dos soldados.

Detrás de la silla iban dos bultos embozados.

La silla y los dos bultos atravesaron gran parte de Lisboa hasta llegar á la calle del Oro, delante de la casa de Lope Pereira.

Uno de los bultos se acercó á la puerta de la casa y la abrió con llave, mientras el otro bulto abrió la portezuela de la silla y sacó á una tercera persona.

Los dos bultos y la persona que habia salido de la silla de manos, entraron en la oscura tienda de Lope Pereira, que se cerró.

La silla de manos, vacía, se puso en marcha y desapareció.

—Espere aquí vuestra alteza,—dijo dentro de la tienda la voz de Lope Pereira,—voy por luz.

Y se oyeron los pasos del platero que se alejaba.

—¡Ah!—dijo la voz dolorida de doña Leonor.—Habeis sido muy poco generoso conmigo, rey don Juan; la desgracia y la desesperacion me han puesto en vuestras manos y mi suerte se ha decidido.

—Culpad á lo frenético de mi pasion, á vuestro desmayo, á mi desesperacion, señora; pero ¡tanto amais á don Juan, que sea para vos una desgracia ser mia!

—No, no señor; don Juan ama á otra, pero..... perdonad; mi situacion es terrible. Vos no podeis apreciarme; vos recordaréis siempre que he sido amante de don Juan.

—¡Oh, don Juan, don Juan!—exclamó con un furor reconcentrado el rey.

—Silencio,—dijo doña Leonor,—veo el reflejo de una luz.

II.

Lope Pereira habia subido al primer piso á tientas y habia llamado á una puerta: tardaron en contestarle y llamó con mas fuerza. Se oyó dentro la voz de Gabriela.

—¿Qué quereis?—dijo,—¿por qué no me dejais dormir? tenia un sueño tan hermoso.....

—Dame pronto una luz.

—Esperad, esperad un poco.

Poco despues se entreabrió la puerta y asomó la rubia cabeza y un brazo desnudo de Gabriela.

—Muchacha, tú estás pálida, ojerosa, ¿has llorado?

—No, no señor; es que he sentido que salíais, y como siempre que me he quedado sola de noche he pasado mucho miedo...

—Vaya, pues recójete y duerme.

La puerta se cerró.

Lope Pereira bajó á la tienda.

Doña Leonor estaba pálida como un cadáver. En sus ojos brillaba una espresion terrible: el rey estaba sério y profundamente pensativo.

Subieron á la misma cámara donde antes de salir de la casa habia hablado el rey con doña Leonor.

La puerta del cuarto de Gabriela estaba entreabierta; por dentro observaba una persona, puesto que se oyó una voz ronca que exclamó con acento bajo y reconcentrado:

—¡Vive Dios! ¡Leonor apoyada en el brazo del rey! ¡Las mujeres!... ¡ah, yo sabré lo que es esto!

Y esperó.

Lope Pereira alumbrando, y detrás de él el rey y Leonor, subieron por unas escaleras situadas al frente de la puerta del aposento de Gabriela.

Don Juan, que era el que observaba tras de aquella puerta, la abrió.

—¿Qué vais á hacer, señor mio?—dijo amorosamente Gabriela.

—Voy á esperar á ese miserable Lope Pereira.

—¡Que vais á esperar á mi padre!

—Sí.

—¡Si mi padre os ve aquí soy perdida! ¡No me perdais! ¿Qué teneis vos que decir á mi padre?

—Tengo que preguntarle por qué viene aquí el rey con doña Leonor de Sese.

—¿Y qué os importa á vos doña Leonor de Sese?—dijo con el acento de los celos Gabriela.—¿No me habeis dicho que estais enamorado de mí; que me amais; que no amais á otra?

—¡Imbécil!—dijo don Juan;—tú me has servido de instrumento para entrar aquí; eres niña y hermosa, y se dicen bien mentiras á unos ojos como los tuyos. Déjame en paz.

Don Juan, herido en su orgullo, se habia hecho cruel.

Habia desgarrado el corazon de aquella pobre niña que le habia creido suyo.

Gabriela exhaló un grito ahogado, y cayó al suelo sin sentido, dentro de su cuarto.

Don Juan ni aun acudió á socorrerla.

En aquel momento habia aparecido el reflejo de una luz en las escaleras situadas frente á él.

Un momento despues apareció Lope Pereira.

Don Juan le salió al encuentro.

Lope Pereira se detuvo á dos pasos de él, y le miró de una manera sombría.

—¿Qué haceis aquí?—le dijo;—¿por dónde habeis entrado?

—Por la ventana del cuarto de tu hija.

—¿Quién os ha dicho que Gabriela es mi hija?

—Ella.

—¡La habeis seducido!

—Se ha seducido ella.

—¡La habeis deshonrado!

—No; esto no ha pasado de ser su primera aventura.

—Pues porque ha sido su primera aventura, os vais á casar con ella, don Juan.

—¡Tú estás loco!

—¡Si no os casais, os mato!

—¿De veras?—déjate de simplezas, pobre demonio. Dame la llave de esa escalera por donde se sube al aposento en que están el rey y doña Leonor.

—Cuando me hayais matado, si podeis, tendreis esta llave.

—¡Y para qué he de matarte yo, insensato!

—Yo os creia valiente, porque una noche os librásteis de diez hombres, dejando uno muerto; pero veo que sois un cobarde. Aquello debió ser una casualidad. Voy á trataros como á un villano; y en cuanto á mi hija, la trataré como á una miserable.

—¡Sí! pues bien: nadie hay en la calle: este asunto puede concluirse pronto; salgamos.

—Salgamos,—dijo Lope Pereira, que aun no se habia quitado la gorra ni la capa.

Bajaron á la tienda; abrió el platero; salieron; cerró el platero de nuevo, y adelantó con don Juan hasta un callejon oscuro que cruzaba la calle del Oro.

III.

—Aquí podemos terminar nuestro asunto,—dijo Lope Pereira tirando de la espada y empuñando el broquel.

—¿Sabes tú quién soy yo?—dijo don Juan.

—Teneis mucha fama,—respondió con desprecio Lope Pereira;—pero como la fama casi siempre miente; ha mentido acerca de vos. Necesito mataros, ¿no lo oís? Habeis hecho desgraciada á mi hija; defendeos ú os mato como á un perro.

—¡Eh! ¿qué necesidad tengo yo de defenderme de tí?—dijo don Juan Tenorio, y desnudó la espada.

Lope Pereira se le vino encima: don Juan paró dos veces, y á la tercera le hizo saltar la espada de la mano.

—¡Ah!—gritó éste, ébrio de cólera;—¿conque es verdad que eres diestro y valiente? Pues bien, ¡no importa, muere!

Y desciñéndose rápidamente del cinto un pistolete, apuntó y disparó, pero dió fogonazo.

A don Juan le cegó aquella accion villana; le irritó, y fuera de sí de cólera, tiró una estocada á Lope Pereira.

Este se llevó la mano al pecho, vaciló y cayó de espaldas.

—¡Ah! ¡mi destino! ¡siempre mi terrible destino!—exclamó don Juan, volviendo á la razon, en el momento que vió caer á Lope Pereira.—¡Siempre delante de mí la sangre y las lágrimas!

—¡Don Juan!—dijo con voz casi sepulcral Lope Pereira.

—Venid, venid por caridad; tengo que confiaros un secreto, un secreto terrible.

Don Juan se inclinó sobre el moribundo.

—Don Juan, la mujer que habeis deshonrado, Gabriela, no es mi hija. No puedo hablar mucho. En un armario que hay en mi aposento, encontrareis, levantando la tapa del fondo, unos papeles; esos papeles prueban que Gabriela es hija del difunto rey don Manuel y de su amante doña Estefania de Silva...

—¡Calla!—dijo don Juan desesperado,—¿qué necesidad tenia yo de saber ese secreto?

—Se queda sola en el mundo: su madre la abandonó: protegedla, don Juan. Todo lo que yo poseo es suyo: ¡ah! yo muero; haced que la Iglesia ore por mi... he sido muy malo. ¡Ah, Dios mio!...

Lope Pereira no habló mas...

Habia muerto.

Don Juan vió con repugnancia que tenia que registrar el cadáver para sacarle las llaves, sin las cuales no podia entrar en la casa.

Si alguien, por acaso, le encontraba durante aquel registro, podia tomarle por un ladron.

Sin embargo, la necesidad le obligó á violentarse. Registró á Lope Pereira; encontró sobre él dos llaves grandes de puerta, y en un aro de acero algunas llaves de armarios.

Cuando las tuvo se retiró vivamente del muerto; tomó la vuelta de la calle del Oro y se detuvo en la puerta de la casa del platero.

IV.

Su cabeza ardia.

Le desvanecia un no sé qué terrible que se revolvia en su pensamiento, y tuvo que apoyarse en la pared.

—¡Ah!—dijo,—¡mi corazon, de Isabel; mi orgullo, mi rabia, de Leonor; mi deber, de esa pobre niña! ¡Ah! ¿por qué no supe yo, cuando penetré en su aposento por la ventana, que era hija del rey don Manuel? ¡Miseria, miseria! ¡qué mas dá que sea hija de un rey ó que fuera hija de ese platero! ¿No tenia siempre corazon y honra? ¡Oh! ¿por qué el vértigo se apodera de mí cuando veo fija en mis ojos la mirada de una mujer hermosa y pura? ¡Pues bien, sí; acepto esta situacion como he aceptado otras! ¡Adelante!

Y despues de este pensamiento, dominó el estado de su espíritu, y volvió á ser el terrible, el incontrastable don Juan.

Abrió la puerta, entró y cerró.

La luz con que habia llegado hasta allí Lope Pereira, estaba sobre el mostrador. Don Juan la tomó, subió y entró en el aposento de Gabriela.

Ésta acababa de volver en sí de su desmayo.

—¡Ah, don Juan!—exclamó la niña;—¿es verdad que he soñado que vos me habeis dicho que no me amais? He creido escucharlo, y he sentido la agonía de la muerte. ¿No es verdad que me amais, don Juan, como yo os amo, con toda vuestra alma?

Y se levantó asiéndose al cuello de don Juan, que se habia inclinado sobre ella.

—Tranquilízate,—la dijo don Juan;—yo estaré á tu lado; yo no te abandonaré: llévame al aposento de Lope Pereira.

—¿Y para qué?—exclamó la jóven mirando con espanto á don Juan.

—Tú no eres hija de Lope Pereira,—dijo don Juan.

—¿Pues de quién soy yo hija?—exclamó Gabriela.

—Del rey don Manuel de Portugal.

—¡Yo! ¡yo hija de un rey!—exclamó Gabriela.

—Sí: las pruebas están en un armario en el aposento de Lope Pereira.

—¡Por aquí!—dijo Gabriela, lanzándose al corredor y llegando á una puerta.

—Está cerrada,—dijo.

—Yo debo tener aquí la llave,—contestó don Juan.

Y abrió con una de las dos llaves grandes que habia quitado al cadáver.

Entraron en un aposento mezquinamente amueblado. En él habia un armario.

Don Juan abrió con una de las llaves que habia en el aro de acero.

Al abrirle, del fondo del armario, herido por la luz que tenia en la mano don Juan, salieron vivísimos destellos.

Las tablas inclinadas y cubiertas de cristales estaban cuajadas de pedrería.

—¡Ah!—exclamó Gabriela.

—Todo esó es tuyo,—dijo don Juan.

—¡Mio!

—Sí, tuyo. Espera, espera, voy á levantar la última tabla.

Don Juan la levantó, no sin trabajo, valiéndose de su puñal.

Debajo de aquella tabla, en un rincon, habia una cartera de seda.

Don Juan tomó aquella cartera y la abrió.

Sacó un papel, le desdobló y le leyó.

En aquel papel se leia:

« En el nombre de Dios Uno y Trino: Declaro como si estuviera en trance de muerte, que todas las alhajas y el dinero que poseo, que están en el armario en que se encontrará este mi testamento, pertenecen á Gabriela de Portugal, que ha vivido desconocida conmigo, por encargo de su padre el rey don Manuel, desde 1521 en que el señor rey don Manuel murió; y quiero y dispongo que esta mi voluntad sea cumplida el dia que yo falleciere. »

—Pero esto no es mio, hasta que muera Lope Pereira,— dijo alentando, apenas Gabriela, que habia leido el testamento por cima del hombro de don Juan.

—Lope Pereira ha muerto,—dijo don Juan con la voz cavernosa.

—¡Muerto!—exclamó Gabriela.

—Sí, le he matado yo, porque por tí queria matarme él.

—¡Oh Dios mio!—dijo Gabriela.

—Recoje, recoje esas joyas y el dinero que aquí haya, y sígueme. No podemos permanecer aquí mucho tienpo; puede venir la justicia; puede prenderme.

—¡Ah! ¡prenderte á ti!—dijo Gabriela.—¡Y ese hombre no era mi padre, y me trataba como á una es clava!

Gabriela abrió los cristales de los aparadores que estaban dentro del armario; empezó á sacar joyas y á echarlas en su falda.

En diez minutos, todas las joyas estuvieron recojidas.

Despues, en la parte inferior del armario, encontraron un talego como de mil cruzados de oro.

Don Juan se puso aquel talego debajo del brazo, cojió la cartera, y Gabriela y él se volvieron al aposento de la jóven.

Esta puso en un paño làs alhajas, y anudó sus puntas. Despues se puso un manto.

—Salgamos,—dijo;—evitemos que vengan y te prendan.

Bajaron: al llegar á la tienda don Juan dijo:

—Aquí, en estos armarios debe haber muchas alhajas.

—No, no hay mas que cadenas de plata y oro, relicarios, brujerias; no nos detengamos por esto ni un momento mas, tengo miedo, abre y salgamos.

Don Juan abrió la puerta; salió á la calle y volvió á cerrar con un placer infinito.

Dentro quedaban encerrados el rey y doña Leonor.

Don Juan ignoraba que èl bufon se encontraba encerrado tambien allí, en la cueva.

V.

Empezaba á alborear.

—¿Dónde vamos?—dijo Gabriela que temblaba desde los pies á la cabeza.

—Al puerto,—contestó don Juan;—cuando lleguemos á la Puerta de la Mar, ya habrá amanecido.

—¿Y á qué vamos al puerto?

—A buscar una galera española de rey, que está á la entrada de la bahia.

—¡Ah! yo he visto esa galera desde lo alto de la casa de Lope Pereira.

—Pues bien Gabriela: ese barco con sus veinticuatro cañones está á mis órdenes; en ese barco estarás segura; nadie se atreverá á penetrar por la fuerza en una galera de su magestad el emperador Carlos V. De prisa; mas de prisa, Gabriela, y silencio.

VI.

Cuando amaneció llegaban á la Puerta de la Mar en el momento que esta se abria.

Don Juan adelantó con Gabriela, y dijo á unos pescadores.

—Una lancha al agua, y con esta dama y conmigo, á aquella galera española que está en bahia.

La lancha fué lanzada inmediatamente al mar, llevando ya dentro de sí á don Juan y á Gabriela.

Dos remeros saltaron dentro y bogaron.

La mar estaba magnífica; la lancha adelantaba con rapidez.

En menos de media hora estuvieron cerca de la galera.

—¡Ah, de la lancha!—dijo el atalaya de guardia;—¿qué dirá?

—Decid al señor Estéban de Barbadillo, que don Juan Tenorio viene á bordo con una dama,—dijo don Juan.

—Avante,—dijo el atalaya.

Poco despues, don Juan y Gabriela estaban en el alcázar de popa de la galera.

CAPITULO XIV.

De cómo el rey de Portugal pagó la costa de las últimas diabluras de don Juan.

I.

Media hora antes de amanecer, un alcalde, con seis alguaciles, que se retiraba ya de rondar, tropezó con el cadáver de Lope Pereira.

—Hola,—dijo,—atun tenemos.

—Y no de hace mucho tiempo,—dijo un alguacil que se habia inclinado y tocado el cadáver,—aún está tibio.

—Menester será que el rey nuestro señor ponga mucha mano en esto,—dijo el alcalde,—porque no hay noche en que no se tengan estos tropiezos. Alumbrad á ver si conocemos al difunto.

Un alguacil arrimó su linterna al rostro del cadáver.

—¡Válgame Dios!—dijo el alcalde,—¿pues no es el señor Lope Pereira, mi vecino? Ya se lo tenia yo dicho cuando le encontraba algunas noches á deshora por la calle: Señor Lope Pereira, la noche menos pensada os va á suceder una negra aven-

tura. Vamos, vamos, quédense aquí dos y los restantes conmigo á avisar á la casa del difunto, que está cerca.

Y echó á andar.

—¡Valgame Dios que desgracia!—decia.—¡Y la pobre Gabriela, sola, sin ayuda! ¡Y que lo embargaremos todo, porque es preciso! ¡Bah, bah y qué horas tan menguadas!

II.

En esto, como el alcalde hubiese llegado á la puerta de la casa del platero, llamó á ella con su vara.

Pero como si hubiese llamado á las puertas de la eternidad; nadie le contestó.

Sacudió de firme; siguió sacudiendo por un largo espacio y tampoco le respondió nadie.

Empezaba á amanecer; pasaban algunos madrugadores por la calle y se detenian al ver á un alcalde con su ronda, llamando desaforadamente á la puerta de Lope Pereira, y tomando á grandes voces el nombre del rey para que le abriesen.

La gente iba aumentando, y la puerta no se abria.

Todos los curiosos sabian ya, porque habian ido y venido, que Lope Pereira estaba muerto de una estocada, al volver de la primera esquina á la derecha.

Habia ya escándalo; la opinion pública empezaba á tomar cartas en el negocio; la gente aumentaba en la calle, y los vecinos se asomaban á las ventanas.

—Que vaya uno y llame á un cerrajero para abrir esta puerta,—dijo el alcalde;—de seguro, en la casa no hay nadie.

—Poco despues el cerrajero abria la puerta.

El alcalde dejó un alguacil de guardia para que nadie entrase, y penetró.

—En el mostrador, extinguiéndose ya, en el fondo del hueco del candelero, ardía aun el pábilo de la vela.

—De aquí hace poco tiempo que ha salido la gente,—dijo el alcalde;—adelante.

Al entrar en la trastienda, el alcalde sintió unos sordos y desaforados golpes.

Aquellos golpes salian de debajo de una compuerta que habia en un ángulo.

Los daba el bufon que habia oido las voces del alcalde, y queria que la justicia le pusiese en libertad.

—Parece,—dijo el alcalde,—que hay alguien encerrado en la cueva: id y abrid si podeis, Longinos.

Adelantó un alguacil; descorrió los cerrojos; levantó la compuerta, y el tio Peralvillo salió tiritando, porque aunque era verano, la cueva era muy fria y muy húmeda.

—¿Qué haciais ahí?—dijo el alcalde.

—No hacia, me hacian,—contestó Peralvillo.

—¿Y qué os hacian?

—Me hacian desesperar; hay cada rata que parece un gato, y hace un frio que es para chuparse los dedos.

—¿Quién os ha metido ahí?

—¿Y qué os importa á vos quién me haya metido aquí?

—Si me importa ó no me importa, ya os lo diré en la cárcel.

—¿Cárcel á mi? vaya, tú estás loco hermano; mas loco que yo que tengo obligacion de serlo.

—¿Y te atreves á tutearme, canalla?

—Pues no he de tutearte yo, si tuteo al rey nuestro señor.

—¡Tú!

—Si señor, yo.

—¿Quién eres tú?

—El tio Peralvillo, bufon del señor rey de Portugal, que está por lo menos tan loco como yo, ó mas, porque yo soy loco de farsa y él es loco de veras.

—Amarradme á ese tuno y quédese uno con él; los otros dos conmigo.

—Mire, seor alcalde, no te encuentres con algo que te pese,—dijo el bufon.

El alcalde atravesó el patio, subió las escaleras, y como la primera puerta que encontrase abierta fuese la del aposento de Lope Pereira, entró.

Al ver el armario abierto y los aparadores despojados, el alcalde se dió un golpe en la frente.

—Pues ya sé lo que es esto; han esperado al señor Lope Pereira, le han asesinado, le han quitado las llaves y le han robado. Habrá que ahorcar á alguien. Pero señor, ¿cómo es que el bufon del rey estaba encerrado en la cueva? Él lo dirá, y si no lo dice á buenas, cantará en el potro. Pero vamos á ver si ha sucedido alguna desgracia á la pobre Gabriela; registremos bien: ¡qué imprudencia, señor, la de ese buen Pereira! y cuenta que no pecaba de ignorancia, que ya se lo tenia yo dicho.

La puerta del cuarto de Gabriela habia quedado franca.

El alcalde entró.

Á primera vista se conocia que aquel era el aposento de una mujer.

Al ver que allí no estaba Gabriela, el alcalde se puso doblemente sério.

—Aquí se ha cometido un crímen,—dijo el alcalde;—aquí hay sangre; pero ¿dónde está el cadáver?

—El cadáver no parece,—dijo amostazado un alguacil.—
Busquemos, busquemos,—dijo el alcalde.

Y se salió y tomó por las escaleras del segundo piso.

III.

—¡Subid solo, en nombre del rey!—dijo con voz terrible un embozado que estaba en lo alto de las escaleras.

El alcalde, que estaba á la mitad de ellas, en vez de seguir subiendo, retrocedió un escalon y se puso un tanto pálido.

—¡Eh! ¿quién sois?—dijo con la voz trémula. Respetad al rey en la vara que tengo en la mano, ó vive Dios...

—Subid, subid solo y nada temais.

—Yo no subo sino os descubrís.

—Haced que ese alguacil que sube se retire, que no pueda verme.

—Retiraos, Longinos,—dijo el alcalde.

Longinos se retiró.

Aquel hombre, cuando vió que nadie podia verle mas que el alcalde, se desembozó y se quitó el antifaz.

—¡Ah! ¡oh!—dijo el alcalde.

Y no pudo decir mas. Habia reconocido al rey don Juan III.

—Subid, subid pronto,—dijo el rey.

—El alcalde subió temblando, porque el rey tenia una fama de terrible y de cruel que no habia mas que pedir.

Cuando el alcalde hubo entrado en el aposento donde se encontraba el rey, éste cerró la puerta por dentro.

—¿Qué sucede?—dijo el rey.

El alcalde contó punto por punto á su alteza lo que habia sucedido.

—Esto es demasiado estraño,—dijo el rey,—pero en fin, sea lo que fuere, esperadme abajo; saldré encubierto y acompañado de otra persona encubierta; me acompañareis dejando aquí

á los alguaciles de guardia. En cuanto al bufon, cargadle la mano. Cuando yo os deje, id á la cárcel y apretad el tormento á Peralvillo hasta que muera.

—¡Señor!...

—¡Hasta que muera! Él tiene la culpa de todo lo que ha sucedido aquí. No escribais lo que diga, porque será capaz de tomar mi nombre; estad solo con él; y os lo repito, apretadle duro. Idos.

—El alcalde bajó temblando; dió las órdenes á los alguaciles para que quedasen allí de guardia, y esperó en la puerta.

—Poco despues llegaron el rey y doña Leonor, embozados hasta los ojos y con antifaces.

Habia una multitud inmensa en la calle.

Al ver aquellos dos negros embozados, el populacho, de suyo impresionable y que estaba indignado por la muerte de Lope Pereira, á quien se creia un bendito, quiso echarse sobre el rey y sobre doña Leonor.

El alcalde quiso usar de su autoridad; pero en vano; las gentes se agolpaban en derredor del rey y de doña Leonor.

—¡Favor á la justicia!—gritaba el alcalde, sudando,—¡atrás todo el mundo! miren que el que toque á estas dos personas lo pasará muy mal.

IV.

—De improviso, la turba que rodeaba al rey y á doña Leonor se abrió. Un hombre, un hidalgo, al oir las voces del alcalde, al ver entre la multitud á los dos encubiertos, habia tirado de la espada y habia embestido á cintarazos con los que encontró delante.

—Aquel hombre era don Juan Tenorio.

Volvia de haber dejado en la galera, confiada al capitan Estéban de Barbadillo á Gabriela; queria ver lo que sucedia en casa del platero. Estaba seguro de que nadie le habia visto entrar ni salir de ella, ni dar muerte á Lope Pereira.

Aconteció lo que acontece siempre; que un solo hombre arrojado, dispersa á una multitud indefensa de curiosos.

Don Juan se abrió calle y llegó hasta el rey.

—Salvaos,—le dijo,—de la vergüenza de que vuestros vasallos os vean en estas aventuras. Id: acompañad á su alteza, alcalde. En cuanto á mí, me llevo á mi paje.

Y rompió espada en mano por el otro lado, arrastrando consigo á doña Leonor.

El rey aprovechó el boquete que don Juan le habia abierto, y escapó, seguido del alcalde.

CAPITULO XV.

De cómo don Juan se deshizo de un estorbo.

I.

Cuando estuvieron don Juan y doña Leonor fuera de la calle del Oro, atravesando otras á que no habia llegado la noticia del suceso, don Juan soltó la mano de doña Leonor y siguió delante á gran paso y en silencio.

Doña Leonor le seguia, en silencio tambien.

De repente se detuvo don Juan.

Estaba delante de una gran puerta cerrada por vidrieras, sobre la cual se veia una muestra, y en ella una dorada ave de rapiña con este rótulo por bajo:

Hosteria del Alcon de Oro.

Don Juan adelantó, abrió la vidriera y entró, seguido de doña Leonor.

—Un aposento para mí y para mi paje,—dijo á un mozo.

—De mucho precio, señor,—dijo éste.

—Como si fuera para el rey.

—Hay que pagar adelantado.

—En buen hora. ¿Cuánto?

—Un mes.

—Digo la cantidad.

—Veinticinco ducados.

—En buen hora. Guiad.

El mozo llevó á don Juan y á doña Leonor á una habitacion que, aunque decente, estaba muy lejos de convenir á un rey.

—Tomad vuestros veinticinco ducados y servidnos de almorzar lo mejor que tengais.

—¿Qué precio?

—Idnos trayendo de lo mejor, hasta que os mandemos no traer mas, y vino, mucho vino.

El mozo salió maravillado por la figura, por la espresion y por la bizarría de don Juan.

II.

Doña Leonor estaba de pié, inmóvil, conservando el antifaz, y con la cabeza inclinada.

—Dime, Leonor, —preguntó don Juan, —si yo me hubiera casado contigo, en Somorinos, en aquel aposento de la torre de la iglesia, junto á la tumba de tu padre, ¿qué debiera yo hacer?

—¿Qué podrias hacer mas que lo que has hecho? ¡Matarme! Pues qué, ¿no me has muerto el alma?

—¿Cómo es, —dijo trémulo de cólera don Juan, —que salias de casa de Lope Pereira con el rey?

—¿Por qué has amado tú á la hija del rey? Ella, ella es la causa de todo; yo nada sabia: ella sabia quién yo era: ella me

tendió un lazo: ella me envió un hombre que me dijo: —Se os conoce; se sabe que vos sois doña Leonor de Sese; el rey envia al corregidor á prenderos; venid conmigo, yo os salvaré. —Y era verdad que el rey pretendia apoderarse de mí; el bufon me llevó aterrada á casa de Lope Pereira; allí sobrevino doña Isabel de Portugal; doña Isabel, que poseia, no sé cómo, las pruebas de mi descendencia del duque de Viseo.

—¿Y esas pruebas?—dijo don Juan.

—Me he visto obligada á destruirlas yo misma por mi mano: estaba sola; aquella mujer no tenia compasion de mí: te ama y tú la amas: ¡sí, tú la amas, don Juan! Yo lo he conocido en que has dejado de amarme; yo decia: —Ama á otra. —Pero no sabia quién fuese esa otra. Cuando doña Isabel me dijo que tú la amabas, conocí á la mujer de quién, sin conocerla, tenia celos, sí; es muy hermosa, y luego ¡es hija de un rey!

—¡Leonor!—exclamó don Juan:—silencio; se acercan; vienen á servirnos de almorzar. Si puedes procurarte un veneno, pónlo en mi plato; le comeré con placer, porque tengo hambre de morir.

En aquel momento entró el mozo y cubrió la mesa.

Mientras duró esto, doña Leonor estuvo delante de la ventana, y don Juan paseándose silencioso y sombrío.

III.

Cuando el mozo hubo acabado de cubrir la mesa, don Juan le dijo:

—Salid, y no entreis sino cuando se os llame.

El mozo salió.

—Leonor,—dijo don Juan.

Doña Leonor se volvió.

—Almorcemos,—dijo don Juan, señalando á la mesa.

Doña Leonor se acercó á la mesa y se sentó.

—Bebamos,—dijo doña Leonor.

Don Juan llenó las copas.

—¡Por el dia en que nos presentemos en juicio ante Dios!—dijo doña Leonor, chocando su copa con la de don Juan.

—¡Dios, Dios!—dijo don Juan apurando su copa.—Yo estoy ya sentenciado, y no me cuido de mi juicio; pero ¿qué dirá la mujer impura que olvidándose de sí misma reniega de su padre asesinado, y olvidando su venganza y su fé, trueca el amor de un caballero por el impuro deseo de un rey, asesino de su padre?

—Que nunca el rey don Juan me hubiera presentado los cadáveres de los asesinos de mi padre, ejecutados por su justicia.

—¡Ah, sí!—exclamó don Juan, cuyo amor propio estaba violentamente herido, porque por la primera vez de su vida se encontraba reemplazado por un hombre en la posesion de una mujer;—¡ah, sí! el rey don Juan ha dejado de serte horrible desde el momento en que has podido creer, á causa, tal vez, de una farsa horrible, de una farsa sangrienta, que estaba inocente del asesinato de tu padre: es verdad, un caballero, un simple caballero, por mas que se llame don Juan Tenorio, no puede competir con un rey, por mas que este rey sea el tenebroso, el sombrío, el feroz don Juan III de Portugal.

—¡Qué dices!—exclamó doña Leonor, poniéndose letalmente pálida;—¡qué! ¿te atreves á suponer?...

—No es suposicion,—dijo don Juan;—es evidencia: hasta ahora habia yo tenido amores con mujeres desgraciadas ó con mujeres impuras; pero no habia partido mi vida, mi corazon, mi

alma, con una... miserable. Esta es la vida. El que se ponga en demasiado contacto con las mujeres, no puede escapar sin ser humillado, sin ser ultrajado; nos ama una sola mujer; las demás nos engañan.

Doña Leonor estaba muda de cólera.

Sus ojos centelleaban, fijos en don Juan.

Temblaban sus labios; se estremecia todo su cuerpo.

—¡Yo!—exclamó al fin:—¿yo impura, falaz, traidora? ¿Miserable, yo? ¿Y eres tú quien me lo dice, don Juan? ¡Tú, que blasonas de noble, de leal y de valiente! ¡Tú no eres mas que un sér maldito, entregado á tus pasiones, esclavo de ellas; que te levantas contra todo lo que se opone á tu voluntad; que persigues á la mujer hasta que la obtienes, y que cuando la obtienes la abandonas y la ultrajas, y vas en busca de otra mujer, para abandonarla, para ultrajarla apenas la hayas vencido!

—¡Tú eres la manceba del rey de Portugal!—dijo con desprecio don Juan.

—Si hay algo que yo aborrezca; si hay algo que yo desee exterminar, es el rey.

—¿Y cómo se comprende que hayas salido de la casa de ese miserable de Lope Pereira, asida de la mano del rey?

—¿Por qué no has supuesto antes que una infamia, una gran desventura?—dijo doña Leonor;—¿por qué antes de insultarme, antes de despedazarme el corazon, no has pretendido saber si era yo digna de compasion ó de desprecio?

—¡La evidencia! no puedes negar la evidencia,—dijo don Juan.

—El rey fué á buscarme á casa de Lope Pereira, á donde me llevó engañada el bufon, sirviendo á tu doña Isabel: el rey me juró que era inocente de la muerte de mi padre, y yo me

prestó á que me presentase la prueba de su inocencia: me llevó al Castillo Viejo; me probó que él no habia sido el asesino, presentándome los verdaderos asesinos, que delante de mí confesaron el delito. El rey hizo salir aquellos hombres: algunos minununtos despues me asió de la mano y me llevó á un horrible calabozo. Allí me presentó tres hombres ajusticiados, y aquel espectáculo sangriento, terrible, me aterró de tal modo que me desmayé. ¡Cuando volví en mí, don Juan, ví con mas horror que el que con que habia visto á los tres ajusticiados, que estaba en los brazos del rey, que era suya!

—¡Por la salvacion de tu alma!—rugió don Juan.

—¡Por la salvacion de mi alma, por la de mi padre, por la tuya, que es lo que mas amo en el mundo!—exclamó llorando doña Leonor.

Don Juan llenó de nuevo las copas.

—Bebamos,—dijo.

—¡Bebamos!—contestó de una manera terrible doña Leonor.

Las dos copas se chocaron.

—¡Por nuestra eterna separacion!—dijo don Juan.

La copa cayó de las manos de doña Leonor, mientras don Juan apuraba el vino de la suya.

—¡Por nuestra eterna separacion!—dijo doña Leonor;—yo creí que ibas á brindar por mi venganza.

—¡Ah, no!—dijo don Juan.—¡Yo hubiera brindado por tu venganza, si al verte ultrajada por el rey hubieras obrado como debias! ¡Si no tuviste valor para matar, debiste tener valor para morir; porque la deshonra mata á las mujeres de sangre noble, y la que no muere despues de una injúria semejante, sino que sigue al que la ha injuriado, no merece que se la vengue!

—Me parece, don Juan,—dijo doña Leonor,—que, á pe-

sar de que tu orgullo está herido, te alegras de que las cosas hayan llegado á este punto. Lo que ha acontecido, te libra de un estorbo.

—Cuando algo me estorba, paso por cima, —dijo don Juan.

—Pero no pasas por cima, cuando tu honor te lo impide: tu honor, que respetas por vanidad, no por virtud: tú no podias abandonarme sin causa, y sin esponerte á que yo te arrojase á la cara tu villano proceder: y sin embargo, don Juan, tú amas á doña Isabel: has mentido, diciéndome amor cuando no le sentias: has sido villano: me has vendido á otra.

—He sido inflexible: me he herido el corazon y se lo he herido á ella, por no herir el tuyo.

—¡Eso mas, don Juan! ¿no basta que yo sepa que la amas, sino que has de decírmelo tú?

—Yo no miento jamás.

—Yo tampoco miento; y oye lo que voy á decirte, en verdad: si tú no hubieras dejado de amarme, si yo no hubiera sabido que amabas á doña Isabel, al verme ultrajada por el rey, hubiera matado al rey; ténlo por seguro: yo no hubiera podido sufrir el solo pensamiento de tu alma desesperada, porque un hombre se habia atrevido á mancillar á la mujer que amabas: hubiera muerto al rey don Juan, sin temor á que despues me hubieran hecho pedazos, y hubiera caido sonriendo, porque caia pura y digna, para tí: pero ¿qué te importaba mi desventura? un poco de vanidad, y nada mas: tu corazon no podia ser herido, porque no era mio; era de otra: de una hija bastarda de ese mismo rey. Pues bien: porque amas á esa mujer, en vez de herir á don Juan con su propio puñal, le he sonreido, le he engañado; le he hecho creer que lo único que me apartaba de él, era la creencia de que habia asesinado á mi padre; me he mostrado con él dulce, conten-

ta, cariñosa, enamorada; le he embriagado, y ¿sabes por qué? porque necesito vengarme de esa mujer que te me ha robado, que me ha obligado á destruir las pruebas de mi orígen; que me ha robado el trono de Portugal; que ha dado ocasion á que el rey se apodere de mí. Si quieres poseer tranquilamente á doña Isabel, satisfacer tu ambicion, casándote con ella y obteniendo por este enlace todo el favor del rey su padre, mátame, en tu poder me tienes; el amor de doña Isabel te salvará del castigo de un asesinato ejecutado sobre una pobre mujer; sobre una mujer desventurada; mátame, don Juan, porque si no me matas, ella muere, te lo juro; muere antes de que la poseas.

—Yo no he cometido jamás el crímen por voluntad propia; yo no he sido jamás villano ni miserable; yo no puedo herir á una mujer: yo no puedo hacer mas que despreciar su provocacion, y reirme de su reto. Todo lo que hablemos será ya inútil. Aquí te quedas: voy á enviarte el dinero que me entregaste en Somorinos. Por lo demás, obra como quieras. Adios.

Y se dirigió á la puerta.

—¡No!—dijo doña Leonor, avanzando hácia él:—yo te amo; yo no quiero separarme de tí, porque separada de tí, moriré de la agonía del alma. Perdóname, don Juan, lo que he dicho, lo he dicho desesperada, loca: yo no haré nada contra doña Isabel; la amaré porque tú la amas; seré su esclava; pero te veré al menos; gozaré con tu felicidad, cuando seas feliz, y lloraré y rogaré por tí á Dios, cuando te vea desventurado.

—Id á buscar al rey, señora; al pertenecer al rey, habeis dejado de pertenecerme; habeis muerto para mí. Yo no os conozco.

Y repeliendo á doña Leonor, que se habia asido á su brazo, salió.

Doña Leonor quiso seguirle, pero la faltaron las fuerzas. Cayó abatida sobre un sillon, y rompió á llorar. Luego alzó la cabeza; sus lágrimas se secaron; brillaron sus ojos de una manera terrible, llenó una copa de vino, y la apuró; luego otra y otra.

—¡Ah! ¡insensata de mí!—dijo,—¿se encierra el mundo en don Juan? ¿no me ama el rey? ¿no puedo enloquecerle, hasta el punto de que se tiña en la sangre de su hija, de que castigue á ese presuntuoso don Juan? ¡Ah! sí; yo estaba loca; he recobrado la razon, y me vengaré.

IV.

Una hora despues, un comerciante genovés, de los que habia entonces en todas las córtes de Europa, se presentó á doña Leonor.

—Sé,—la dijo,—que sois una dama principal, que por circunstancias que ignoro, está disfrazada de hombre.

—Y bien: ¿qué quereis?—dijo doña Leonor.

—Un caballero español, á quien no conozco, me ha entregado en nombre vuestro, quinientos cruzados de oro; esa cantidad está en mi poder, á vuestra disposicion.

—¿Cómo os llamais?

—Leonardo Lorenzo.

—Pues bien, señor Leonardo Lorenzo, enviadme ropas dignas de mí: ya sabeis que yo soy doña Leonor de Sese, hija del alférez mayor de Portugal, don Luis de Sese.

—Las ropas serán magníficas; tengo hermosas telas, pero será necesario que os hagan los trajes.

—Los quiero hechos, y al momento.

—Costarán muy caros.

—Gastad, si es necesario, los quinientos cruzados de oro.

—Ah, señora, con cincuenta habrá sobrado.

—Es que quiero joyas.

—No teneis que comprarlas: las teneis muy ricas.

—¿Que tengo yo ricas joyas?

—Sí, sí señora: diamantes y perlas que valen por lo menos mil cruzados.

—No os comprendo.

—Se me olvidaba deciros, que ese caballero español, al entregarme el dinero, me entregó una caja llena de joyas.

—¡Ah! sí: ¡no quiere nada mio!

—Parece muy noble y muy principal aquel caballero.

—Sí, es verdad,—dijo doña Leonor,—es... demasiado noble y demasiado principal. Enviadme los trajes; entre ellos alguno de córte; una silla de manos con dos lacayos, con buena librea, y dos doncellas para que me sirvan.

—¿Cuándo quereis eso?

—Dentro de cuatro horas: son las ocho de la mañana: á las doce quiero ir al alcázar.

—Es poco tiempo; costará muy caro.

—Nada os importa eso. Gastad.

—En buen hora. Pero debia advertiros, para que si el gasto era exorbitante, no dudárais de mí.

—De ningun modo. Id, id, que el tiempo se pasa.

El genovés se inclinó profundamente, y salió.

Doña Leonor se arrojó sobre el lecho que habia en la estancia, y rompió á llorar.

CAPÍTULO XVI.

Lo que decian los papeles que don Juan y Gabriela habian encontrado en el armario de Lope Pereira, con otros particulares.

I.

Apenas don Juan dejó, casa del señor Leonardo Lorenzo, el dinero y las joyas de doña Leonor de Sese, volvió á la hostería de la Corona, en la cual reinaba una gran consternacion, porque habiendo sido preso su dueño, y llevado al Castillo Viejo, se habia oido su campana, tocando á agonía por ajusticiados.

Como la noche anterior se habia reunido en la hostería, en su salon bajo, gran número de hombres, de esos que no aparecen sino cuando va á haber algun tumulto: se temia que el recelo del rey hubiese sido la causa de la prision del hostelero, y le hubiesen ajusticiado.

Don Juan entró en su aposento, se vistió un rico traje negro

de córte, con adornos de oro, metió en una maleta el dinero que tenia ganado en el juego, por virtud de doña Isabel, encerró el resto de su equipaje en su maleta, con la que hizo cargar á un mozo, pagó la cuenta de la hostería, y llevando tras sí al mozo que conducia su maleta, se fué al puerto, hizo que el mozo arrojase en una lancha la maleta, entró en la lancha, y se hizo conducir á la galera española, á la cual habia llevado á Gabriela.

II.

—¿Con que os tenemos ya aquí, señor don Juan Tenorio? —dijo el capitan, recibiéndole en el mismo portalon.

—Sí, señor Estéban de Barbadillo, aquí me teneis. Desde ahora declaro mi hostería á la *Santa Teresa* (este era el nombre de la galera): ¿teneis buen cocinero, capitan?

—Sabeis que siempre me ha gustado comer bien; pero si mi mesa no os satisface, los marineros, que tienen muy poco que hacer, irán á Lisboa por lo que quisiéreis. ¿Dónde se coloca entretanto vuestra maleta?

—En el alcázar, si no os enojais.

—¡Ah, no! Vos sois el verdadero capitan de esta galera, con arreglo á las órdenes que he recibido. Por mí no paseis pena: yo me acomodaré en el entrepuente. Y decidme: ¿esa dama que habeis traido, va á permanecer á bordo?

—Indudablemente. Está sola en el mundo y no la hemos de echar al mar, ni llevarla á tierra, donde la pobre no sabria qué hacerse.

—¿Ocupará tambien el alcázar?

—Sí, señor Estéban de Barbadillo; como que el único amigo que tiene en el mundo soy yo, y á mi lado estará mas consolada.



—¿Cuándo os retirareis, don Juan?

—Cuando ellas me retiren, amigo mio.

—Y decidme, en confianza, si gustais; ¿para qué objeto ha puesto su majestad á vuestra disposicion la *Santa Teresa*, con una compañía de infantería á su bordo, en las aguas de Lisboa?

—Hay confianzas, señor Estéban de Barbadillo, que cuando no se nos hacen, es por algo. Perdonad que nada os diga. Lo que únicamente puedo deciros es que el objeto para que ha venido aquí esta galera se ha desvanecido; no existe.

—Lo que quiere decir, que nos haremos pronto á la vela para las costas de España.

—Eso será cuando no me haga á mí falta una hostería flotante, con diez y seis cañones y una compañía de infantería en las aguas de Lisboa.

—Estoy á vuestras órdenes, señor don Juan.

—Adios, y hasta luego,—dijo don Juan metiéndose en el alcázar.

III.

—Apenas entró, cerró la puerta.

—Gabriela estaba sentada, junto á una pequeña mesa, leyendo meditabunda unos papeles; al sentir el ruido de la puerta que se abria, alzó la cabeza, vió á don Juan, se levantó y se acercó á él ansiosa.

—¡Ah!—exclamó.—creí que no os iba á volver á ver.

—¿Y por qué Gabriela?—dijo don Juan.

—Porque creia que no me amábais, y que me habíais dejado aquí para no volver.

—¿Y qué ibais á hacer sola?

—¡Oh! no estoy sola, no; yo puedo ir y decir al rey; mirad estos papeles, señor; yo soy vuestra hermana, reconocida por vuestro padre, que ha vivido oculta en la casa del miserable Lope Pereira, que se atrevia á tratarme como á una criada; yo soy Gabriela de Portugal.

—¡La hermosa infanta Gabriela de Portugal!—dijo sonriendo don Juan.

—En esos papeles no dice que yo sea infanta, pero debo serlo; puesto que soy hija del rey.

—Pero hija bastarda,—dijo don Juan.

—¡Bastarda! ¿y por qué?

—Porque vuestro padre, siendo casado, os tuvo en una manceba.

—¡Oh, Dios mio! no me digais eso don Juan; yo no quiero despreciar á mi madre.

—¡Oh! los reyes tienen un poder que deslumbra, que fascina á las mujeres, porque las mujeres son todo vanidad; vuestra madre pudo ser manceba del rey don Manuel, sin dejar de ser por esto, una honrada y noble dama.

—Mas honrada y mas noble hubiera sido no siendo manceba de nadie.

—Ved que ofendeis á vuestra madre.

—¡Oh! es verdad; yo no sé lo que me digo: estoy aturdida con lo que me sucede; ya se vé, estaba acostumbrada á vivir sola en aquella maldita casa que me daba mucho que hacer, y á sufrir el mal trato de aquel infame Lope Pereira. Yo no creeria lo que esos papeles dicen, si no fuera porque en uno de ellos he encontrado que las señas por donde puedo ser reconocida como Gabriela de Portugal, hija bastarda del rey don Manuel, son dos lunares rojos; el uno en el brazo derecho, el otro en la espalda,

junto al hombro; yo tengo esos lunares don Juan; no puede dudarse.

—Sin embargo, debeis andaros con tiento antes de presentaros al rey, porque podria suceder que, á pesar de esos papeles y de esos lunares, no os reconociese; y para que no se lo dijéseis á nadie, os encerrase en donde no volviéseis á ver la luz.

—¡Oh Dios mio! no me asusteis don Juan.

—Por eso os he traido aquí.

—¡Qué! ¿el rey, estando yo aquí no puede hacerme daño?

—No.

—¿Y por qué?

—Porque el rey no se atreverá ni aun á que se acerque un barco portugués á una galera del emperador Cárlos V.

—¡Qué! ¿ese emperador es mas poderoso que el rey de Portugal?

—El emperador Cárlos V es el monarca mas poderoso de la tierra; le obedecen el viejo y el nuevo mundo: si él mirara con sobreceño á Portugal, Portugal seria suyo en veinticuatro horas.

—Y ¿cómo mandais vos en un barco de un señor tan poderoso?

—Porque ese señor y yo nacimos en un mismo dia; porque nos hemos criado juntos; porque nos parecemos mucho; porque es mi amigo; mas que mi amigo, mi hermano.

—¡Ah! pues entonces, don Juan, el rey de Portugal os atenderá tanto, que por vos reconocerá que soy su hermana.

—Indudablemente.

—Podrá suceder tambien,—dijo Gabriela,—que me haga infanta.

—Podrá ser.

—¡Oh! pues me alegraré mucho, don Juan; no por mí, que estoy acostumbrada á vivir con muy poco, sino por vos.

—¿Por mí?—dijo don Juan estremeciéndose lijeramente, porque vió que se le echaba encima una nueva complicacion.

—Sí, por vos. ¿No me amais? ¿no me lo habeis dicho esta noche, con toda vuestra alma? ¿no soy vuestra? ¿no os amo yo? ¿por qué no habeis de ser infante de Portugal?

La ambicion rodó de una manera instintiva contra la voluntad y la razon de don Juan, por su pensamiento; pero instantáneamente se acordó de Isabel; de Isabel, hija reconocida del rey; de Isabel á quien amaba, como no habia amado á ninguna mujer.

—Yo no me casaré con vos, Gabriela,—dijo don Juan.

—¿Y por qué?—exclamó Gabriela, poniéndose pálida.

—Porque no sois mi igual.

—¡Qué! ¿no os basta para mujer, la hija de un rey?

—No: es que la hija de un rey no debe casarse con un caballero pobre, aunque este caballero sea tan noble como un rey. ¿Qué dirian de mí? que me habia casado por interés; no: esto me deshonraria, Gabriela, y yo no quiero deshonrarme.

—Y si no os casais conmigo, ¿qué voy yo á ser vuestra?

—Mi amiga.

—¡Vuestra amiga! ¿por qué no me dijísteis que solo queríais ser mi amigo, cuando entrásteis esta noche en mi aposento por la ventana?

La inflexible lógica de Gabriela embarazó un poco á don Juan, que sin embargo contestó:

—Cuando yo entré en vuestro aposento, no sabia quién érais.

—¿Y si lo hubiérais sabido?...

—No hubiera entrado.

—Pero es el caso que habeis entrado, don Juan.

—Supongamos que eso no ha sucedido.

—Es que yo no puedo suponerlo; es que no puedo olvidarlo; es que os amo; es que si vos no me amais me matais.

—No es mia la culpa de que vuestro amor sea imposible.

—¿Por qué? ¿Porque estos papeles prueban que soy hija del rey don Manuel y hermana del rey don Juan? pues bien; tiro esos papeles por esa ventana al mar, y asunto concluido.

Y Gabriela fué á cojer violentamente los papeles que estaban sobre la mesa.

—No,—dijo don Juan impidiéndoselo,—yo no permitiré que toqueis esos papeles; y para que no hagais con ellos un desacierto, los recojo y los guardo.

Y don Juan dobló aquellos papeles, los metió en una cartera y guardó la cartera bajo su ropilla.

—Es que si yo he de perderos por el reconocimiento del rey,—dijo Gabriela,—no quiero ser reconocida.

—¿Y qué ganareis con eso?

—Que seais mio.

—Es que si no apareceis en el mundo mas que como hija de padres desconocidos y criada de Lope Pereira, yo no puedo casarme con vos.

—¿Por qué?

—Porque no seríamos iguales.

—Es decir que si soy infanta no sois igual mio, y no quereis casaros conmigo porque no os digan que os honro; y si no soy infanta no soy vuestra igual, y no quereis casaros conmigo porque no digan que os deshonro. ¿Por qué entonces no me habeis dejado mi honra y mi corazon, don Juan?

—Pues qué, ¿habeis creido que al ser mia os hacia yo mi esposa?

—Si no lo hubiera creido, don Juan, no hubiera sido vuestra.

—Olvidadlo.

—No lo puedo olvidar. No quiero olvidarlo, ¿lo entendeis? Yo no os busqué; vos me buscásteis. Yo estaba tranquila; vos me habeis hecho estar triste; he llorado por vos mucho, porque os amaba y no os veia; yo creia que me amábais, porque vuestros ojos, cuando me miraban, me decian amor.

—Sois muy hermosa, Gabriela..

—¡Ah! ¿y en siendo una mujer hermosa se la puede mirar con amor y no amarla?

—Gabriela; olvidad, os lo aconsejo porque os estimo. Yo soy un sér maldito.

—¡Y qué me importa!

—Si os unís á mí, de cualquier manera que sea, os acontecerá una horrible desgracia.

—¡Qué desgracia mayor que la de haber creido que me amábais, amaros y saber al fin que no me amais!

Y la pobre Gabriela se echó á llorar de una manera tal, que don Juan no pudo menos de irritarse una vez mas contra su suerte.

—¿Por qué,—esclamó levantando los ojos al cielo,—por qué ha de ser el amor de las mujeres mi eterno inconveniente?

Gabriela se habia sentado en el suelo y lloraba cada vez con mas fuerza.

—Callad, callad por Dios, señora,—dijo don Juan vivamente contrariado;—ved que nos oyen.

—¡Ah! me llamais señora, y no sentís el que llore, sino porque nos oyen; ¡maldita sea la hora en que os conocí!

—Pues bien—dijo don Juan ya completamente irritado;—

quedad con Dios y haced lo que querais; para cuando vuelva, procurad estar puesta en razon.

Y don Juan salió huyendo.

Cerca de la puerta encontró al capitan con todas las muestras de haber estado escuchando.

—¿Sabeis, señor Esteban de Barbadillo,—dijo don Juan acreciendo en colera,—que estoy por agarraros de los cabezones y tiraros al mar?

—No lo dejeis por eso, don Juan,—dijo sonriendo de una manera violenta, el capitan;—tomaré un baño y no habremos reñido: yo no quiero ni puedo reñir con vos.

—Sois demasiado curioso para soldado y para marino. Hemos concluído; no hablemos mas de esto. Mandad que echen al agua una chalupa.

El capitan dió las órdenes necesarias.

Don Juan saltó en la chalupa y mandó que le llevasen á tierra.

IV.

Apenas se habia alejado la chalupa que conducia á don Juan, Estéban de Barbadillo, que se habia quedado con la cabeza inclinada, la alzó y dejó ver en sus ojos una mirada de tigre hambriento.

—Parece que os trata muy mal, mi amo,—dijo un negro que salió de detras del árbol de mesana.

El capitan miró de una manera sombria al negro.

—Mi amo puede mandar,—dijo el marinero,—que tal era el negro.

—¿Quién te aconseja tan mal, que te atreves á hablarme cuando no te pregunto? ¿ó es que tienes gana de trabar conocimiento con el revengue?

—Nadie nos oye mi amo: como hace tanto calor, el equipaje duerme debajo del sollado, y los galeotes debajo de las bandas. Si vuesa merced se ha ofendido, perdóneme, que yo no lo he hecho á mal hacer.

—Tú has sido pirata, ¿no es verdad?—dijo el capitan.

—Sí, señor; pirata bien mirado no; yo iba al remo en una fusta corsa, cuando esta misma galera nos apresó cerca del estrecho, ahorcaron á unos cuantos, y á mí me metieron en la sentina con algunos otros; pero no me pusieron cadenas porque no las habia, se descuidaron, y mis compañeros empezaron á tratar el modo de forzar la escotilla, tirándose sobre el equipaje, desarmarle, apoderarse del buque y largarse, dedicándose de nuevo á la pirateria. Yo habia agradecido mucho que los marinos de la *Santa Teresa* me hubiesen arrancado de mi banco, y quise mostrarles mi agradecimiento. Nada podia hacer si no me valia de alguna industria, y la industria de que me valí fué finjir que me habia dado un gran dolor y ponerme á arrojar gritos horrorosos. Sucedió lo que yo habia esperado; que acudieron á saber lo que era aquello: yo pedí por caridad que me subiesen sobre cubierta, y me lo concedieron. En cuanto me ví arriba dejé de dar gritos, pedí hablar al capitan, y éste me mandó entrar en su cámara. Le revelé la conspiracion; le dije que aquellos gritos y aquel dolor habian sido un pretesto para poder avisarle, y el capitan..... el capitan ahorcó al otro dia á los conspiradores, y á mi me hizo marinero. Desde entonces, y de esto hace ocho años, he servido muy bien á los capitanes de la *Santa Teresa*. Si vuesa merced quiere que le sirva, bien, le serviré; si no, espero que vuesa merced no me lo tome á mal.

—Llama á otros tres,—dijo Esteban de Barbadillo, sin contestar á la proposicion del negro,—y echad la otra chalupa al agua.



El negro bajó por la grande escota á avisar á sus compañeros, y Estéban de Barbadillo se fué al castillo de proa.

—Señor Lope Bustamante,—dijo á la puerta,—os dejo el mando de la galera, mientras vuelvo de Lisboa. Podrá suceder que sobrevenga un chubasco: en ese caso, sin esperarme, tomais la vuelta de afuera, y aguantais lo que podais, á fin de no retiraros mucho de Lisboa. Si se acerca por acaso un barco portugués de rey, no le tomeis á parlamento: si no pasa, haceis zafarrancho y os largais: si dispara, aceptais el combate, pero largando siempre. Si nada de esto sucede, permaneced sobre las anclas.

—Muy bien, capitan:—dijo Bustamante, que era jóven y buen mozo, y al parecer alentado.

—Adios, alférez; hasta la vuelta.

Y Estéban de Barbadillo llegó al portalon y saltó en la chalupa, que se alejó rápidamente de la galera á impulso de cuatro remeros.

V.

Gabriela seguia llorando de una manera ruidosa; de tal momodo, que á pesar de que la galera era grande, se la oia desde la proa.

—¿Qué diablos sucede aquí?—dijo el alférez Bustamante:—desde que don Juan trajo á esa jóven, el capitan Barbadillo está como atortolado: don Juan tiene la peor cara del mundo, y yo no sé para qué estamos hace un mes en las aguas de Lisboa. El negro Melchor, que es un bribon, ha estado hablando con el capitan: mucho me engaño si no es prudente avisar á don Juan. El manda la galera por órden de su majestad, y es un

tan gran personaje, que no se pierde nada en avisarle. Pues señor, ver, oir, y cuando sea necesario y prudente, obrar ó hablar.

Y Bustamante se metió en el castillo de popa, y se echó en su litera, donde al poco tiempo se durmió.

CAPITULO XVII

En que crecen las complicaciones alrededor de don Juan.

I.

Apenas saltó en tierra don Juan, se metió en una hostería en el puerto, y pidió de almorzar.

El almuerzo que le habian servido en el *Halcon de oro*, habia quedado intacto, y don Juan, aunque no tenia apetito, comprendia que no era prudente estar débil en unas circunstancias en que podian sobrevenir sucesos; para salir de los cuales necesitase de todo su vigor.

Don Juan estaba dado á los diablos.

Todos sus proyectos habian fracasado en las veinticuatro horas anteriores.

Estaba enamorado, como nunca, de una mujer que temia fuese para él un imposible, fuera del matrimonio, y el matrimonio era una cosa en que nunca habia pensado don Juan.

Le horrorizaba, por instinto.

No comprendia al hombre-marido.

No creia que habia mujer bastante para que un hombre pudiese, sin locura, sacrificarla su libertad, entregarla su honor.

Y sin embargo, Isabel le arrastraba, le dominaba, le enlanguidecia, le hacia olvidarse de todos sus amores antiguos, de todas sus aspiraciones, de todos sus sueños.

Isabel ardia en su pensamiento, como un arcángel de fuego.

Se habia separado de él la tarde anterior, irritada, pero no desennamorada, porque lo que habia hecho, respecto á doña Leonor, probaba á don Juan que doña Isabel estaba empeñada á todo trance, en sus amores.

Doña Leonor le mortificaba en su conciencia y en su orgullo.

Habia confiado en él; le amaba, y don Juan estaba terriblemente fastidiado de ella.

Por otra parte, doña Leonor habia herido terriblemente su amor propio, viniendo á ser al fin, aunque sin amor, y por cálculo, la manceba del rey.

Don Juan, al unirse á doña Leonor, habia obedecido á su terrible propension por la mujer, que le habia engañado tantas veces.

Durante algunos dias habia estado completamente enamorado de ella; y de una manera doble, porque el amor de doña Leonor alentaba su ambicion.

Don Juan estaba cansado de su vida de aventuras.

Habia pasado de sus treinta años: necesitaba de algo grande para satisfacer su portentosa actividad.

Habia sentido la ambicion de gloria, y doña Leonor le brindaba con una grande empresa. Vengar el asesinato de un buen caballero, hecho por un rey; trastornar un reino: combatir de

igual á igual con don Juan III; vencerle; poner sobre el trono á una nieta del duque de Viseo, y recibir con su mano la espresion de su agradecimiento. Todo esto habia enloquecido á don Juan. Todo esto habia empezado á empañar su noble, aunque terrible carácter.

Don Juan habia conspirado; y á hombres como don Juan, la conspiracion los humilla por ante su conciencia; porque en último resultado, una conspiracion es una traicion.

Es un lazo que se tiende á una persona que ignora que es acechada.

Don Juan apeló á todos los casuismos posibles para quedar bien consigo mismo.

Pero su conciencia no admitia aquellos casuismos.

Segun las ideas de aquel tiempo (y don Juan no podia tener otras), los crímenes de los reyes solo podian ser castigados por Dios.

El derecho de insurreccion contra los tiranos, no se comprendia entonces; á un rey, y especialmente á los del siglo XVI, se le creia el representante de Dios sobre la tierra.

De aquí la peregrina invencion del derecho divino de los reyes.

Por otra parte, el derecho que doña Leonor creia tener á la corona de Portugal, por su descendencia del duque de Viseo, era, si puede decirse, el derecho de la traicion; puesto que el duque de Viseo habia muerto por traidor. Además de esto, doña Leonor era una descendiente bastarda de aquel desgraciado ambicioso, y la bastardía escluia todo derecho que pudiera haber tenido como nieta suya.

A don Juan, sin embargo, le arrastraba el vértigo.

Escribió una larga carta al emperador, esponiéndole cuanto

sabia de doña Leonor de Sese, y pidiéndole licencia para ampararla.

El emperador, aunque era cuñado de don Juan III, se avenia mal con él, porque el carácter enérgico, terrible, del rey de Portugal, no se dejaba influir. Era, como hemos dicho, una especie de rey don Pedro *el cruel*, degenerado.

Cárlos V no podia tomar, ostensiblemente, parte en el negocio.

Pero como no le hubiera pesado que al díscolo rey de Portugal le hubiese sucedido una mujer esposa de un vasallo suyo, que se hubiese cubierto de gloria, conquistándola una corona, el emperador escribió una carta que fué dada con gran sigilo al capitan Estéban de Barbadillo, y que éste llevó á don Juan en la galera *Santa Teresa*.

La carta del emperador á don Juan Tenorio; estaba concebida en estos términos.

« Don Cárlos de Gante á su muy querido compañero de infancia, don Juan Tenorio: — Bien sabia yo que el cláustro no se habia hecho para vos: huélgome mucho de que andeis otra vez libre por esos mundos, pero quisiera que volviéseis desengañado, de los galanteos y de las aventuras. Pedísme licencia para una que pensais tener en Portugal, en prosecucion de otra que os aconteció cerca de la frontera de ese reino. Yo ni entro ni salgo, ni os doy licencia, ni dejo de dárosla; allá vos. Holgáreme que saliérais bien de ese empeño, porque es grande y honroso; pero tan arriesgado, que me ha parecido bien enviaros una galera que permanezca á vuestras órdenes, á la vista de Lisboa, y á la cual podais recogeros, si se os volvieran mal las tornas. Prudencia os encargo: teneis ingenio y corazon, y Dios tal vez os ayude, porque debe estar muy enojado con aquel contra quien vais á aven-

turaros. A la persona que os acompaña, decidla que conocí mucho á su padre, cuando vino á Castilla, acompañando á cierta dama portuguesa; que le estimé en lo que valia, y que por ser ella su hija, si alguna vez se viese necesitada, podria tener, como cosa muy segura, mi proteccion y mi amparo en mi misma casa. No os digo mas, sino que os guarde Dios y os ayude. De Colonia á veinticinco dias del mes de junio de mil quinientos treinta y un años.—Yo el Rey.»

II.

Don Juan habia empezado su conspiracion enamorando á doña Estefanía de Silva Carbalho y Meneses, porque ella era la que poseia las pruebas de la descendencia de doña Leonor de Sese, del duque de Viseo.

Antes de que don Juan tuviera tiempo de apoderarse de aquellas pruebas, volviendo loca de amor á doña Estefanía, doña Isabel se habia apoderado de ellas y habia obligado á doña Leonor, de quien se habia apoderado tambien, á que las destruyese.

Doña Leonor habia caido en poder del rey.

Don Juan, buscando á doña Leonor, habia tropezado en Gabriela, con una hermana bastarda del rey de Portugal.

Parecia que un genio enemigo habia intervenido para hacer fracasar todos sus proyectos, y para meterle en aventuras tales, que no podian compararse con ellas las que hasta entonces le habian acontecido.

Don Juan estaba aturdido.

No tenia partido alguno que tomar.

Doña Isabel le era á cada momento mas querida, por un misterio que no podia esplicarse.

Doña Leonor le inspiraba una gran compasion.

Gabriela era para él un remordimiento. Habia usado de ella como se usa de un medio, y se encontraba con que habia herido un corazon.

Don Juan tenia sobre sí los papeles que probaban el orígen de Gabriela.

Despues que almorzó sacó aquella cartera; de ella los papeles, y los leyó.

El uno, ya le conocemos; era el testamento de Lope Pereira. Otro, una declaracion del rey don Manuel, en que constaba que en mil quinientos quince habia tenido una hija en su amiga doña Estefanía de Silva Carbalho y Meneses. Otro, una partida de bautismo, de Gabriela, *hija de ilustres padres desconocidos*, nacida en Lisboa el seis de enero de mil quinientos quince. Otro, el reconocimiento de hija bastarda suya, de la Gabriela contenida en la partida de bautismo anterior, habida en doña Estefanía. Una carta en que se autorizaba á Lope Pereira para criar y tener en su compañía á Gabriela, ocultándola su orígen; y por último, un papel de puño, letra y firma del rey don Manuel, en que se decia que las señales por donde podria reconocerse á su hija doña Gabriela de Portugal, eran ser blanca, rubia, con los ojos azules y tener dos lunares rojos, el uno en el brazo izquierdo y el otro en la espalda, cerca del hombro derecho.

III.

—Y bien,—dijo don Juan,—¿qué me importa á mí todo esto? ¿qué uso puedo yo hacer de estos papeles, que me sea provechoso? Ninguno; yo no me casaria con ella; la única mujer que ha hecho que pase por mí la idea del matrimonio, es doña

Isabel; pero yo no he de llegar á doña Isabel; nos separamos ayer enojados; si ella no da un paso hácia mí, no lo daré yo hácia ella. Si tarda mucho en darlo me meteré en la *Santa Teresa*, me iré á buscar al emperador, y si Gabriela no quiere quedarse con su hermano, me la llevaré, aunque no sea mas que porque no se desespere. Luego una hija y hermana de rey, es una digna querida mia.

Y como fuese ya hora de ir á palacio, don Juan pagó su almuerzo, salió de la hostería y se entró en la ciudad.

CAPÍTULO XVIII.

Declaracion de guerra.

I.

Doña Leonor de Sese tuvo las ropas, las joyas y la silla de manos á la hora convenida. Dos doncellas habian ido á servirla.

Doña Leonor eligió á la que le parció mejor de ellas para que la acompañase, y se hizo trasladar con la doncella al alcázar.

II.

Doña Leonor era en el alcázar tan conocida, como que habia formado parte de la servidumbre, que todos se maravillaron de verla, y llegó sin tropiezo hasta la antecámara de la reina.

Allí, escusándose de responder á las preguntas que se la hacian, pidió una audiencia á la reina.

Al saber doña Catalina de Austria que doña Leonor de Sese la pedia licencia para hablarla, se apresuró á concedérsela.

Doña Leonor entró: la reina tenia sentada á sus piés á doña Isabel Dávalos.

Esta se levantó y se puso pálida como una muerta.

¿Qué iba á hacer allí doña Leonor? Y sobre todo, ¿cómo se habia escapado de casa de Lope Pereira? porque doña Isabel ignoraba que Lope Pereira habia muerto, y todo lo demás que habia acontecido en su casa.

Doña Leonor se arrodilló á los piés de la reina.

—¿De dónde venís?—la dijo doña Catalina,—¿dónde habeis estado, vuestro padre y vos?

—Mi padre, señora,—dijo doña Leonor,—desde que salimos de Portugal, hace cinco años, ha estado y está en la tumba.

—¡En la tumba!—dijo doña Catalina.

—Sí, señora,—contestó doña Leonor.

—Y vos, ¿dónde habeis estado?—dijo con un grande interés la reina.

—Escondida, protegida por un buen sacerdote; viviendo junto á la tumba de mi padre, orando y llorando todos los dias sobre ella.

—¿Y por qué no vinísteis á ampararos del rey, de mí? vuestro padre habia salido por su voluntad de Lisboa; era un buen caballero; ninguna mancha habia caido sobre su nombre; ¿qué pudo impediros volver á Lisboa?

—Que en Lisboa vivian grandes enemigos mios; enemigos que me hubieran perdido; enemigos de los cuales, vos señora, no me hubiérais podido defender.

—Y ahora, ¿no existen esos enemigos?

—No, señora,—dijo doña Leonor;—los enemigos que ahora tengo en Lisboa, los desprecio.

Se mordió los lábios de cólera doña Isabel.

—¿Pero quiénes son esos enemigos?—dijo la reina.

—No los conozco, señora.

—Basta doña Leonor: no pretendo que me descubrais un secreto. ¿Qué quereis de mí?

—Que volvais á admitirme en vuestra servidumbre.

—¿Dónde habeis estado los cinco años que habeis faltado de Lisboa?

—Cerca de la frontera de Portugal, en la aldea de Somorinos, escondida en la torre de la iglesia, amparada por el cura párroco, y servida por el sacristan.

—¿Y cómo habeis vuelto á Lisboa?

—Con quinientos ducados, resto del dinero que sacó de Portugal mi padre, y con mis joyas.

—Quedaos, pues, doña Leonor; espero que el rey, mi señor, no se opondrá á ello. Sois pobre, vuestro padre, no se por qué, legó sus inmensos bienes á los pobres; pero no importa; yo os adopto, yo os señalo desde hoy dote bastante para que podais aspirar á ser la esposa de un caballero.

—No pienso casarme, señora. Cuando vuestra alteza no quiera tenerme á su servicio, entraré en un convento.

—Salid, doña Isabel,—dijo la reina,—y ved si ha venido ya mi camarera mayor.

—Doña Estefanía,—dijo doña Isabel,—ha sido presa esta noche, señora.

—¡Presa! ¿y por quién?

—De órden del rey.

—¡Presa de órden del rey, doña Estefanía!—Id, id, doña Isabel; decid á un camarero del rey, mi señor, que deseo hablarle al momento.



—Doña Isabel salió.

La reina y doña Leonor quedaron solas.

—Debeis haber sufrido mucho,—dijo la reina.

—Tanto he sufrido, señora,—contestó doña Leonor,—que mi sufrimiento se ha agotado, y he venido á ponerme bajo el amparo de vuestra alteza.

—¡Oh! necesito que me conteis, pero en otra ocasion; lo que ahora sucede es grave; ¡presa mi camarera mayor, de órden del rey! esto es casi un milagro. Doña Estefanía tenia una gran influencia sobre el rey.

—El rey don Juan es muy justiciero, señora,—dijo con un sarcasmo imperceptible doña Leonor.

—¡El rey se ha perdido!—dijo entrando en aquel momento en la cámara doña Isabel.

—¡Se ha perdido el rey!—exclamó doña Catalina.

—No está en su cámara,—dijo doña Isabel,—ni en el alcázar, ni nadie sabe donde está su alteza.

La reina se levantó, abrió una puerta por donde se pasaba á las habitaciones que ponian su cámara en comunicacion con la del rey, y dejó solas á las dos jóvenes.

III.

—¡Ah!—exclamó doña Isabel,—¿os venís á palacio? ¿Teneis la audacia de acercaros á la reina, vos la favorita del rey? ¿vos la que habeis sido liviana lo bastante para hacer traicion á don Juan Tenorio?

—¿Qué os importa á vos que yo sea ó no sea amiga del rey?—dijo doña Leonor;—lo que debe importaros, os lo voy á decir: don Juan Tenorio no me ama; me ha despreciado; me ha

negado su amparo, y por lo mismo he venido á buscar el amparo de la reina.

—Vos venís á otra cosa,—dijo doña Isabel.

—Comprendo en vuestros ojos, que me habeis adivinado. Es verdad; he venido á otra cosa; he venido á vengarme de vos, que me habeis perdido, poniéndome en poder del rey; haciéndome imposible para don Juan; ¡oh! callad, no reveleis nada, porque creeré que teneis miedo; luchemos en secreto, procuremos exterminarnos; pero cuando la reina nos vea, cuando nos vean las gentes, mirémonos como si fuéramos las dos mas grandes amigas del mundo; sonriámonos mútuamente; estrechémonos las manos; engañemos al mundo.

—Acepto el combate,—dijo doña Isabel;—pero no le comprendo. Decís que don Juan os desprecia y que doña Estefanía está presa; ¿qué se opone á mi amor con don Juan, á mi union con él?

—Podrá oponerse el destino.

—Le desafio.

—Silencio,—dijo doña Leonor;—la reina se acerca.

Doña Catalina entró un momento despues.

—Es extraño,—dijo,—nadie ha visto salir al rey del alcázar; no está en su cámara y nadie sabe dónde se encuentra.

—¿No ha sido presa esta noche, doña Estefanía?—dijo doña Isabel.

—Sí, segun parece,—contestó la reina.

—La prision de doña Estefanía, que tanto gozaba del favor del rey, ha debido ser por algo muy grave.

—Gaston de Riveira, secretario de su alteza, ha sido tambien preso, y el bufon tampoco parece,—dijo la reina.

—Pues bien, señora,—dijo doña Isabel;—todas esas perso-

nas deben estar en el Castillo Viejo, donde el rey manda hacer sus justicias, y acaso esté allí tambien su alteza.

—Pues bien, avisaré; enviad un camarero al Castillo Viejo, á saber si en él se encuentra su alteza. Esperad: acompañad á doña Leonor á quien hemos vuelto á admitir á nuestro servicio, como menina; que se aposente con vos, doña Isabel; ambas me sois muy queridas. Id; necesito estar sola.

Doña Isabel asió de la mano á doña Leonor, con las muestras del mayor afecto, y las dos jóvenes salieron juntas de la cámara.

IV.

Juntas atravesaron la antecámara y llegaron á una saleta donde habia algunos camareros.

—Señor Pero Lopez Coello,—dijo doña Isabel,—de órden de la reina, id al instante al Castillo Viejo y preguntad si está allí su alteza el rey.

—Pues qué, ¿se ha perdido el rey, vuestro señor?—dijo á la puerta de la saleta, don Juan, que entraba.

—Yo no sé si se ha perdido ó no el rey don Juan;—contestó doña Leonor,—mientras don Juan, que al alzar el tapiz de la puerta habia visto delante de sí y asidas de la mano á doña Leonor y á doña Isabel, hacía grandes esfuerzos para aparecer sereno.

—Id, id, señor Pero Lopez Coello,—dijo doña Isabel;—y vos caballero,—añadió dirigiéndose á don Juan,—hacednos la merced de dejarnos pasar, á mi amiga y á mí.

—Pasad en buen hora, señoras,—dijo don Juan que habia logrado dominarse,—yo hablándolas y saludándolas como si no las conociera.

Las dos jóvenes pasaron.

Don Juan se quedó por un momento inmóvil.

No sabia lo que aquello significaba.

No podia explicarse cómo doña Leonor salia de la cámara de la reina, y asida de la mano de doña Isabel. ¿Qué significaba aquello?

Don Juan estaba terriblemente contrariado; no sabia hasta qué punto estaba empeñado su amor propio en aquello: la vida empezaba á cambiar para él.

Las dificultades, las contrariedades, lo vago, lo indefinible, empezaba á cruzarse á su paso.

La situacion dificilísima en que se encontraba se hacia cada momento mas difícil para él.

Habia ido á buscar al rey: no le habia encontrado y se habia ido á pedir una audiencia á la reina, á punto que las dos jóvenes salian asidas de la mano.

De tal manera habian sabido ocultar las dos lo que en sus almas pasaba, que don Juan pudo creer que se habian unido despreciándole.

No se volvió, porque le habian visto los camareros y no queria dar muestras de vacilacion.

Se dirijió á uno de los camareros y le dijo.

—¿Tendreis la bondad, caballero, de solicitar una audiencia para don Juan Tenorío, á su alteza la reina?

—Con toda mi voluntad, caballero— contestó el de la cámara, y entró.

V.

Poco despues salió y dijo á don Juan.

—Su alteza la reina os concede la audiencia que pedís y podeis entrar cuando gusteis.

Don Juan saludó, atravesó la antecámara, en que habia algunas damas, y otro camarero le pidió su nombre á la puerta de la cámara de la reina, y le anunció, despues de lo cual, entró don Juan.

CAPITULO XIX.

En que se vé tambien que las reinas se impresionaban por don Juan.

I.

La reina estaba sentada en un sillon junto á la mesa, y leia en su libro de horas.

A pesar de que sintió los pasos de don Juan, no levantó los ojos del libro, y don Juan se acercó y se arrodilló á alguna distancia.

La reina siguió leyendo como si absolutamente hubiera sentido los pasos de don Juan.

Al fin alzó los ojos y los fijó de una manera tranquila, pero séria y grave, en don Juan.

Era la primera mujer que veia á don Juan sin conmoverse.

Esto, tan acostumbrado estaba don Juan á causar efecto en las mujeres, le mortificó.

—Alzad,—dijo la reina,—vos no sois nuestro vasallo, y no

debemos teneros mucho tiempo de rodillas. Además, no estais acostumbrado á arrodillaros. Hablad, caballero: ¿qué quereis de mí?

—Tuve el honor, señora,—dijo don Juan,—de presentarme hace tres meses á vuestra alteza, y ofrecerla mis respetos: acababa de llegar á Lisboa. Soy muy buen servidor de vuestro hermano el gran emperador Cárlos V, mi rey y señor, y no podia menos de venir á ponerme á vuestros piés, y pediros la honra de besar vuestra mano. Despues no he vuelto á palacio; pero hoy, que he de salir de Lisboa, vengo á ponerme de nuevo á los piés de vuestra alteza.

—Pues yo creia, don Juan,—dijo la reina,—que íbamos á tener el contento de que permaneciéseis por mucho tiempo en Lisboa, ó por lo menos en Portugal; pero si vuestros asuntos no os han salido bien, no debemos deteneros.

Me detenia aquí, señora, cierto pleito de una mujer; pero esa mujer ha perdido las pruebas que demostraban su derecho; no puede exigirle, y no exigiéndole, no tiene necesidad de que nadie la defienda.

—Creo, don Juan, que esa mujer á quien os referís, está ya bajo nuestra proteccion.

—¿La conoceis, señora?—dijo don Juan mirando profundamente á la reina.

—¿No se llama esa jóven que vos protegíais, doña Leonor de Sese?

—Sí, señora.

—Pues bien, don Juan; esa dama ha entrado de nuevo á mi servicio; se cuenta otra vez en el número de mis meninas, y yo la he adoptado.

—¡Qué la habeis adoptado, señora!—dijo con estrañeza don Juan.

—Sí, ciertamente; su padre don Luis de Sese sirvió muy bien al rey mi señor.

—¿Y sabe vuestra alteza por qué don Luis de Sese salió de Portugal?

—Sí.

—¿Está cierta vuestra alteza de que lo sabe?

—Sí: en palacio se sabe todo lo que en él sucede; nunca falta un servidor que nos lo diga, y mucho mas si sabe que la noticia ha de dolernos.

—¿Sabe vuestra alteza que don Luis de Sese salió envenenado de Portugal?

—Si no se sabia eso, se sabia á lo menos que se habia perdido; y cuando una persona tan principal como don Luis de Sese se pierde, y no se reciben noticias suyas, es de suponer que ha muerto de una manera misteriosa.

—¿Y sabe vuestra alteza cuál era el asunto que tenia en Lisboa, oculta en mi compañía, bajo el disfraz de paje á doña Leonor?

—¡Qué decís!—esclamó la reina;—¿con vos ha vivido disfrazada de paje, durante tres meses, doña Leonor?

—Yo creia que no lo ignorábais, señora,—dijo don Juan;—de otro modo, no hubiera comprometido la posicion, en palacio, de doña Leonor, cuando me separo completamente de ella.

—¿Y cómo habeis podido suponer,—dijo con enojo la reina,—que yo sabia que doña Leonor se habia olvidado hasta tal punto de sí misma, que habia vivido tres meses, sola, con un hombre de tan mala fama como vos, cuando os he dicho que la he admitido de nuevo á mi servicio?

—Perdonad, señora; pero por nada del mundo hubiera yo revelado que doña Leonor habia vivido conmigo; al saber yo que

vuestra alteza lo ignoraba: ya que no me case con ella, no quiero perjudicarla.

—¿Y por qué no os casais con doña Leonor de Sese?—dijo la reina;—si la habeis encontrado perdida, no habeis debido tenerla á vuestro lado.

—No, no, señora; la he encontrado muy guardada.

—Entonces, don Juan, debeis casaros con ella.

—No puedo, señora.

—¿Por qué, don Juan?

—Porque doña Leonor recientemente ha tenido una aventura, de la que yo no puedo desentenderme.

—La prueba,—dijo la reina,—la prueba, caballero; yo no puedo consentir en que por disculparos, calumnieis á doña Leonor.

—¡Calumniar yo!—dijo don Juan, poniéndose sombríamente pálido;—yo no he mentido jamás.

—¡La prueba, ó no os creeré!

—Pedid la prueba,—dijo don Juan,—á vuestro esposo; pedídsela á vuestra protegida doña Isabel Dávalos, que segun dicen, es hija natural del rey don Juan.

La reina se levantó pálida y altiva.

—¿Quién sois vos?—dijo:—¿á qué venis aquí, á tener la audacia de insultar al rey, dirigiendo vuestros insultos á la reina?

—Y bien; ¿qué me importa?—dijo don Juan:—el rey sabia que me injuriaba, cometiendo una violencia contra doña Leonor. El rey se ha atrevido á mí, no es mi señor. Don Juan Tenorio vale tanto como un rey, y mas que muchos; estoy en el caso de pedir una satisfaccion de igual á igual; le he buscado para ello; se ha ocultado de mí, y he venido á buscar á vuestra alteza.

II.

La reina vió un no sé qué tan terrible en los ojos de Juan, que retrocedió.

—¡Vos no sois un hombre!—dijo.

—¡Es verdad!—contestó don Juan;—¡yo soy una maldicion!

La reina retrocedió otro paso.

—¿Y sabeis por qué, doña Catalina, no me vengo de la injuria que el rey me ha hecho, ocultando mi cólera, encubriéndome, metiéndome en palacio, viéndoos todos los dias, enamorándoos, enloqueciéndoos, siendo para vos ese Satanás humano, al que no resiste ninguna mujer?

La reina no podia hablar; miraba aterrada á don Juan, que se habia trasfigurado; que estaba hermosísimo, que casi resplandecia.

—Pues bien: no os he perdido, señora, porque para vencer vuestra virtud, necesitaba una larga lucha; porque yo no podia vivir viendo todos los dias y tratando con respeto al que me habia injuriado; porque don Juan Tenorio no reconoce mas señor ni mas rey que su destino; porque prefiere ser destruido á ser un villano; porque no vé mas que hombres, aunque algunos de estos hombres lleven sobre la cabeza una corona.

—¡Callad!—dijo la reina;—¡vos estais loco! Callad, porque si os oyen, os van á matar; callad; idos; olvidad lo que habeis dicho; olvidad que lo he oido yo.

Don Juan adelantó y contempló profundamente á doña Catalina.

Luego la asió una mano, y la dijo:

—Me pesa haberos enojado. Olvidad lo que habeis oido. Yo

me hubiera detenido siempre ante vos, por mas que sepa que bajo una cabeza de reina hay un corazon de mujer. Yo no puedo haceros desdichada; sois hermana del emperador Cárlos V, que es mi hermano del corazon. Adios, señora, y no os acordeis mas de mí.

Y besó la mano á la reina, y salió.

III.

Doña Catalina permaneció un momento inmóvil, pálida, aturdida.

Don Juan la habia impresionado de una manera misteriosa; la habia hecho sentir un vértigo que aun no habia pasado.

—¡Ese hombre!—esclamó:—¡ese hombre!—¡Ah! no, no es un hombre; es la tentacion; es el infierno. He tenido miedo. No volverá, no, no volverá; si volviera, sería un miserable, y no lo es. No, sería para mí una desgracia.

La reina se sentó, inclinó la cabeza, y permaneció algun tiempo silenciosa y meditabunda.

Al fin alzó la frente, radiante de dignidad.

—¡Ah, no!—esclamó:—esto que ha pasado por mí un momento, ha sido un vértigo, un delirio; los ojos de ese hombre, fijos en los mios, tenian algo de sobrenatural, de irresistible. Es necesario que ese hombre salga cuanto antes de Portugal; yo no amo al rey; yo soy una mártir con corona; don Juan es lúgubre, terrible. La esposa y la mujer están siempre ofendidas por él. ¿Qué me ha hablado ése hombre de una violencia hecha por el rey don Juan á doña Leonor de Sese, que hace imposible su casamiento con ella? ¡Ah! sí; hàce cinco años se murmuró en palacio que don Luis de Sese se estrañaba de Portugal, porque el rey

habia atentado á su honor, pretendiendo envilecer á su hija. ¿Será esto cierto? ¿No mentirian los que dijeron aquello? ¿No habrá mentido don Juan...? No, don Juan no miente; podrá ser terrible, maldito, pero no es villano.—¡Ah! yo sabré lo que esto es! Doña Leonor no podrá mentir tan bien, que yo no la conozca que miente.

Y la reina tocó la campanilla que estaba sobre la mesa.

Se levantó el tapiz de la puerta, y apareció un camarero.

—Id al aposento de doña Isabel Dávalos,—le dijo,—y mandad de órden mia, á doña Leonor de Sese, que debe estar en aquel aposento, que venga á verme al momento.

El camarero salió, y doña Catalina se quedó esperando.

CAPITULO XX.

Una reina celosa y una mujer enamorada.

I.

Doña Leonor apareció poco despues; llegó y se arrodilló delante de la reina.

—Alzad, alzad,—dijo doña Catalina;—arrimad un cogin y sentaos á mis piés; pero antes mirad, id al estante y tomad la historia del famoso Caballero Tirante el Blanco.

Doña Leonor fué á un magnífico estante que habia en la cámara, y por el rótulo puesto á lo largo, en letras de oro, sobre la rica encuadernacion de marroquí de un libro, vió que aquel era el que le habia mandado tomar la reina: le tomó y fué á sentarse tranquila, pero muy pálida y muy triste, á los piés de la reina, sobre un cogin de terciopelo encarnado con rapacejos de oro.

II.

La reina aparecia perfectamente tranquila, pero séria y grave como siempre.

—Ya que estais otra vez en nuestra casa y á nuestro lado,—dijo la reina,—quiero que empeceis, cuanto antes, á desempeñar vuestro cargo de menina. Me acuerdo que leíais muy bien, doña Leonor; abrid la historia de ese famoso caballero, á la ventura, á ver con qué aventura tropezamos.

Doña Leonor abrió por medio el libro, y empezó á leer con voz pura, sonora y argentina.

Al poco espacio la reina dijo:

—Hemos dado con una aventura que me desagrada mucho. Estos libros están escritos muy á lo vivo, y no puedo sufrir lo de que un caballero andante se atreva al tálamo de un rey, enamorando á una reina que se vuelve loca por él. Id, abrid por otra parte, doña Leonor.

La jóven cerró el libro, le abrió otra vez y se puso á leer.

Al poco tiempo dijo la reina:

—Tampoco me agrada eso: ahí aparece una doncella andante de quien se enamora perdidamente un rey y ofende por ella á su esposa, que es una santa.—Dejemos la lectura, doña Leonor; poned el libro en su lugar y volved á sentaros á mis piés.

Doña Leonor fué, dejó el libro y volvió.

III.

—Puesto que de historias se trataba, y que no nos satisface la de Tirante el Blanco, ocupémonos de otra que me interesa mucho mas, y en la cual, á buen seguro, no habrá ni caballeros que se atrevan á reinas, ni reyes que violenten á damas andantes. Contadme vuestra historia, en los cinco años que habeis pasado fuera de Portugal, y perdida.

—Harto guardada,—dijo doña Leonor.



—¿Decís que vuestro padre murió envenenado?

—Sí, sí, señora,—contestó tristemente doña Leonor.

—¿Dónde murió vuestro padre?

—En España, en Somorinos.

—¿Dónde está Somorinos?

—A media legua de la frontera de España y Portugal.

—¿Y qué fué de vos, despues de la muerte de vuestro padre?

—Me quedé oculta junto á su tumba, como ya os lo he dicho, señora; protegida por un buen sacerdote y por el sacristan de la iglesia, que es un buen hombre.

—¿Y por qué no os vinísteis á Portugal, y á nuestra casa?

—Porque en palacio tenia yo un grande enemigo, que ha causado mi eterna desdicha.

—¿Y no podia yo protegeros contra ese enemigo?

—No, señora.

—¿Tan poderoso es?

—El mas poderoso de Portugal.

—El mas poderoso de Portugal, es el rey.

—No, no, señora,—dijo doña Leonor sin inmutarse, por la profunda mirada que fijaba en sus ojos la reina.—En aquellos tiempos, la persona mas poderosa de Portugal, era la favorita.

La reina se puso pálida.

—Doña Estefanía de Silba, no era verdaderamente la favorita del rey. El rey sabe que doña Estefanía fué manceba del rey, su padre.

—Por lo mismo, señora; doña Estefanía, que ha sido aya del rey; que no se ha separado nunca de él, tiene sobre él, ó tenia entonces, una influencia incontrastable.

—Pero... estais muy olvidadiza, doña Leonor. Por aquel tiempo quien privaba con el rey, era el almirante; doña Estefanía

estaba en desgracia. La privanza del almirante se atribuia á que el rey contaba con él para casarle con una dama á quien adoraba.

La reina miró de una manera terrible á doña Leonor.

IV.

Por algun tiempo la reina y la menina se estuvieron mirando frente á frente.

Al fin doña Leonor se levantó,—y dijo con acento sereno y firme:

—¿Habla conmigo la reina, mi señora, ó la esposa de don Juan de Portugal?

—¿Por qué decís eso, doña Leonor?—dijo la reina con fria severidad.—Sentaos; delante de mí no se está mas que de rodillas ó á mis piés.

Doña Leonor se sentó, pero se mantuvo tiesa y ríjida, mirando frente á frente á la reina, densamente pálida y estremecida por un ligero temblor nervioso.

—Esplicadme, esplicadme,—dijo la reina,—¿por qué os habeis levantado? ¿Por qué me habeis preguntado si habla con vos la mujer ó la reina, cuando os he dicho...

—La dama de quien el rey estaba enamorado, ó á lo menos empeñado,—dijo con altivez doña Leonor;—la dama con quien queria el rey casar al almirante, era yo.

—¿Vos? dijo la reina con desprecio.

—Yo,—contestó con doble altivez doña Leonor.

—No lo creo,—dijo la reina.

—Créalo ó no vuestra alteza, la verdad es que por los amores del rey hácia mí, se estrañó mi padre de su patria y fué á morir envenenado, en suelo extranjero.



—Recelos, sin duda, del quisquilloso honor del buen don Luis de Sese.

—Crea vuestra alteza lo que quiera,—dijo doña Leonor.

—Y decidme ahora; ¿dónde habeis estado cinco años que creo que son los que han trascurrido desde la muerte de vuestro padre?

—En Somorinos.

—¿Y cómo es posible que siendo vos tan conocida en la córte, por vuestra hermosura y por vuestra jerarquía, no os ha reconocido ninguno de los señores que van y vienen contínuamente de la corte de España á la de Portugal?

—Porque nadie sabia en Somorinos, que yo estaba en él; porque nadie me conocia, porque yo estaba sepultada en vida y guardado el secreto por el cura y por el sacristan. Solo salia un momento de noche, de la habitacion en que vivia oculta, para ir á orar en el cementerio sobre la tumba de mi padre.

—Y ¿cuánto tiempo hace que habeis salido de Somorinos?

—Está preguntando vuestra alteza como se pregunta á un acusado,—dijo doña Leonor, evadiendo la contestacion.

—Sea como quiera la manera con que yo os pregunto, debeis contestarme. ¿Cuánto tiempo hace que salísteis de Somorinos?

—Tres meses,—contestó apurando la situacion doña Leonor.

—¿Y dónde habeis estado el tiempo que habeis tardado en venir á palacio?

Los ojos de doña Leonor vagaron, dejando ver una espresion de angustia.

—He venido aquí,—dijo,—en un momento de desesperacion; sin pensar lo que hacia, sin preparar nada. Yo he debido ir primero á Somorinos; haberme hecho acompañar del buen cura párroco.

—Pero siempre, á no ser que hubiérais tardado en venir

mucho tiempo, hubiérais traido vuestros hermosos cabellos cortados.

—¡Ah!—exclamó doña Leonor—¡no creia yo á don Juan tan miserable!

—¿De qué Juan hablais, doña Leonor?

—Juan por Juan,—dijo doña Leonor, levantándose decididamente y en completo estado de rebeldía,—tan miserable es don Juan Tenorio, como don Juan de Portugal.

—¡Qué dice esta insensata!—esclamó la reina.

—Sí, sí, llamad; que venga vuestra servidumbre; que me arranquen de aquí; que me encierren; mi encierro, durará lo que tarde en saberlo el rey.

—¡Ah!—exclamó doña Catalina,—venid, venid; no es la reina la que ahora os habla; es la mujer, la dama.

Y arrastró consigo hacia una puerta á doña Leonor.

V.

Cuando la reina pasó de aquella puerta con la jóven, la cerró, atravesó un retrete, pasó otra puerta con doña Leonor y la cerró tambien.

Estaban en una pequeña recámara.

—¿Por qué me habeis dicho,—exclamó doña Catalina, con la sombría cólera de su raza, terrible en Cárlos V y espantosa en Felipe II,—por qué me habeis dicho que permaneceríais muy poco en el encierro á que yo os destinase?

—¡Ah! porque doña Estefanía perdió por mí, cuando yo no quería que le perdiese, su favor, porque el rey me ama con toda su alma; porque yo aquí no soy la menina, soy la reina.

—Pasó algo indescribible, por todo el ser de doña Catalina.

—Continuad... continuad,—dijo pudiendo hablar apenas.— Quiero saber hasta dónde llega vuestra insolencia.

—No, hasta dónde llega mi desesperacion; hasta dónde mi sed de venganza.

—¡Contra mí!

—Y qué me habeis hecho vos; ¡qué me importais vos! ¿Creeis que yo amo al rey? ¿creeis que me deslumbra el infame oficio de manceba del rey? ¡Ah! no; es que es poco la deshonra; ¡el alma venderia yo á Satanás por vengarme! Oid: una noche, hace tres meses, estaba yo arrodillada junto á la tumba de mi padre; la luna inundaba el cementerio; al levantarme ví detrás de mí á un hombre; la luna le daba en la faz; aquel no era un hombre, no; era un ángel caido; un ángel desterrado; un ángel terrible; un ser funesto; un espíritu maldito dentro del ser humano mas hermoso que ha podido soñar una mujer enamorada; era... ¿pero á qué deciros quién era si ya le habeis conocido, si ya sabeis quién es, si ya vuestro corazon se habrá estremecido al escuchar su voz, á pesar de vuestra altivez, de vuestra honra y de vuestra pureza?

La reina tembló y se apoyó en un sillon.

—Sí, sí; eso es; ¿le habeis visto? ¿le habeis oido? ¡ah! manceba por manceba, tanto da doña Catalina de Austria, como doña Leonor de Sese.

—¡No! ¡no! manceba no,—exclamó con angustia la reina que estaba dominada.

—¡Ah! sí; el miserable, el infame, el Satanás humano, ha querido vengarse del rey; os ha emponzoñado el alma, y os ha dejado desesperada. Os tengo lástima, doña Catalina.

—¡No, no!—dijo rehaciéndose la reina;—es que vuestra insolencia me aturde; es que lo estoy viendo y no puedo com-

prender que exista una mujer tan desesperada, tan insensata como vos.

—Oid,—dijo doña Leonor,—oid; ¿vos creeis que podreis olvidarle? No, no le olvidareis; si él os ha abrasado el alma con una mirada, el fuego no se estinguirá nunca; será mas voráz, á medida que el tiempo pase; ansiareis verle y no le vereis; aborrecereis, como las aborrezco yo, á todas las mujeres que le amen; ¡oh, si! él se ha vengado del rey, y me ha procurado mi venganza de una mujer. De vos no, de otra; porque vos, ¿qué me habeis hecho á mí? No, no, es otra; una hija natural del rey... doña Isabel Dávalos...

—¡Ah!—exclamó la reina.

—Sí; ¿no sabíais que doña Isabel Dávalos era hija natural del rey?

—Sí;—dijo la reina;—pero... ¿por qué decís que don Juan os ha vengado del rey y de doña Isabel Dávalos?

—¿Por qué? porque doña Isabel Dávalos, que ama á don Juan, me ha tendido un lazo y me ha entregado al rey. Porque doña Isabel está á vuestro lado, y vos tendreis celos del amor que don Juan tiene á doña Isabel. Sí, los tendreis; y... evitareis que doña Isabel se case con don Juan. Por eso solo habia yo venido á palacio por apoderarme del corazon del rey; por ser poderosa; por despedazar á don Juan, que me ha injuriado y á doña Isabel, que me le ha robado.

—¿Habeis concluido ya vuestra historia?—dijo la reina.

—Sí, si señora; y esta historia, se parece mucho á las de *Tirante el Blanco* que he leido. Un caballero seduce á una reina; un rey olvida, por una dama andante á su esposa.

—Bien: me desafiais; la lucha va á empezar. Venid.

Y asió de la mano á doña Leonor, y abriendo las puertas que habia cerrado, entró en la cámara con doña Leonor.

VI.

Apenas estuvo la reina en la cámara, llamó á su servidumbre:

Entraron sus damas, sus meninas, sus camareros.

Doña Leonor estaba altiva y serena, en medio de la cámara.

—¿Sufriríais vosotras,—dijo la reina,—que viviese á vuestro lado una mujer que ha vivido públicamente con un hombre, disfrazada de paje? ¿Con una mujer que entrase en mi palacio con los cabellos cortados, á la usanza de los pajes?

Y ásió la cabellera que tenia rizada en bucles doña Leonor.

Esta sintió el golpe en medio del corazon.

No le esperaba.

Habia supuesto que la reina la mandaria encerrar; pero aquello era horrible; aquello la inhabilitaba; podia ser manceba del rey, pero no podia ser una influencia en la corte.

—Miente quien haya dicho eso á vuestra alteza,—dijo doña Isabel Dávalos, que estaba entre las meninas.—Doña Leonor de Sese no ha vivido al lado de un hombre, sino al lado de un caballero. Doña Leonor de Sese está pura de toda mancha. Si ha estado disfrazada de hombre, y por consecuencia se ha cortado los cabellos, es porque la importaba no ser conocida. Doña Leonor de Sese, no lleva, como yo, su verdadero apellido; ella se llama doña Leonor de Portugal, como yo me llamo doña Isabel de Portugal: ella es nieta del duque de Viseo; y yo soy hija natural del rey don Juan III. Lo que he dicho, señora, se probará; entretanto, permitidme que mi prima y yo salgamos de aquí, mientras el rey, mi padre y señor, disponga de nosotras.

Y asió de la mano á doña Leonor, y salió.

La reina despidió á su servidumbre, se entró en su recámara,

se sentó en un sillon y quedó en él fria, muda é inmóvil, como una estátua.

VII.

—¿Por qué habeis hecho eso,—dijo doña Leonor?

—¿Por qué? Porque la reina no os rompia del todo y yo quiero romperos; porque el rey, aunque está loco por vos, renunciaría á vos por el escándalo, y vos seríais mas terrible libre, que sujeta al recelo del rey don Juan. Voy á mandar que os pongan una de mis sillas. Volveos á vuestra casa y esperad en ella; yo espero tranquila en mi aposento del alcázar. ¿Dónde vivís vos?

—En la hostería del *Halcon de Oro*.

—Pues bien, sabedlo: ¡á muerte!—dijo doña Isabel.

—¡Á muerte!—dijo doña Leonor.

Y las dos jóvenes se estrecharon fuertemente las manos.

—Esperad en esta sala,—dijo doña Isabel;—cuando la silla esté dispuesta, vendrán á avisaros. Adios.

—Adios.

Y doña Isabel salió.

—¡Oh! cuando me vuelvas á ver,—dijo doña Leonor,—será cuando caigas á mis piés.

Al poco tiempo la avisaron de que la esperaba en el patio del alcázar una silla de manos, y salió.

VIII.

Aquella tarde el mayordomo mayor del rey se presentó en el cuarto de doña Isabel, acompañado de una de las ayas de las damas.

—¿Qué es esto?—dijo doña Isabel.

—Señora, el rey me manda á buscar á vuestra señoría.

—¿Por qué me dais tratamiento?

—Porque el rey os declara hija suya é infanta de Portugal.

—No comprendo todavía bien.

—El rey me manda conduciros con esta señora, al convento del Espíritu-Santo, en donde os dejaremos.

—Pues bien,—dijo doña Isabel poniéndose sombríamente pálida,—puesto que el rey lo manda, os sigo.

—Y salió con ellos; bajó al patio, entró en una litera que allí esperaba, con el aya, y fué trasladada al convento.

Doña Isabel logró que el aya, á quien al fin importaba estar bien con una infanta, se encargase de decir en un papel á don Juan Tenorio.

«No salgais de vuestra galera, porque pudiera haber para vos un peligro que no podríais evitar. Yo estoy presa en el convento del Espíritu-Santo. No sé si me amais, don Juan; pero yo os amo.—Doña Isabel de Portugal.»

IX.

Aquella misma tarde el buen corregidor de Lisboa se presentó en la hostería del *Halcon de Oro* á prender á doña Leonor; pero estaba de Dios que no pudiese prenderla.

Doña Leonor habia salido de la hostería, despidiéndose de ella y pagando su cuenta, y no se sabia á dónde habia ido.

CAPITULO XXI.

De cómo el rey don Juan, comprendió con mucho disgusto suyo, que no se podia luchar contra el destino de don Juan Tenorio.

I.

Eran mas de las diez de la noche.

La *Santa Teresa* dormia sobre sus anclas, y la tripulacion y los soldados dormian tambien, escepto el cuarto de guardia que velaba en la proa.

Un lijero Sud-Este empezaba á picar la mar.

Don Juan Tenorio estaba á bordo, en el alcázar.

En el alcázar estaba tambien Gabriela.

En el castillo de proa, el capitan Barbadillo se habia acogido al camarote de su segundo, el alférez Bustamante.

La luna se habia puesto.

Anchas ráfagas de nubes cubrian las estrellas. En el buque no habia una sola luz. Todo reposaba.

II.

Se habia tocado hacia mucho tiempo á silencio y los del cuarto de guardia estaban sentados é inmóviles contra las bandas. Solo uno de ellos se paseaba en la crugía y cantaba á media voz, sin duda para no dormirse.

En el camarote de Bustamante, ni él ni Barbadillo dormian; pero los dos, metidos cada cual en su litera, se fingian dormidos.

Barbadillo se habia enemistado gravemente con don Juan Tenorio; habia conspirado contra él, valiéndose del negro Melchor, y se habia ido además, á buscar al rey; no le encontró en el alcázar y se dirigió á la ventura al Castillo Viejo.

La noche anterior habia oido desde el mar el toque y las tres campanadas de agonía que habian partido desde el castillo; habia comprendido que el rey habia hecho una justicia, y que tal podian ser los sucesos, que el rey hubiese permanecido en el castillo.

III.

Se dirigió, pues, á él; llegó á la poterna y preguntó por su alteza.

Nadie le supo responder; si el rey estaba en el castillo, no lo sabian aquellos á quienes habia preguntado el capitan.

Apeló, pues, Barbadillo al alcaide.

—Si el rey está en el castillo,—le dijo,—que no estando en el alcázar no se puede presumir que esté en otra parte, decidle que desea hablarle, de un asunto importantísimo, el capitan de la galera española que está anclada en bahía.

El alcaide hizo esperar á Barbadillo, y á poco volvió; y por

un laberinto de pasadizos lóbregos llevó al capitan á una cámara, en donde encontró al rey y se quedó con él solo.

—¿Qué teneis que decirme?—le preguntó don Juan III, que á juzgar por su semblante, tenia el humor mas negro del mundo.

—Mi lealtad, y mi hidalguia,—dijo Barbadillo,—me aconsejan avisar á vuestra alteza, de una traicion, de algo mas, ó...

—¿De una traicion decís?—exclamó el rey con acento amenazador:—¿sabeis que en el lugar en que os encontrais es muy peligroso hablar de traiciones? ¿Sabeis que es tan difícil salir de aquí, como es fácil entrar?

—Nada tengo que temer, señor, porque vuestra alteza es justiciero, y yo soy leal y honrado.

—Decidme, puesto que sois el capitan de esa galera española, que hace un mes está en bahía, ¿á qué ha venido esa galera á las aguas de Lisboa?

—Á ponerse á las órdenes de don Juan Tenorio, que estaba en Lisboa.

—Es decir, que el emperador ha puesto bajo las órdenes de ese hombre, una galera real que no ha venido á saludarnos.

—Sí, señor.

—Y decid: ¿qué gente tiene esa galera?

—Doscientos forzados; treinta marineros; una compañía de doscientos hombres mandada por el alférez Bustamante, que es tambien hombre de mar; dos pilotos; un contramaestre; cuarenta artilleros con un condestable; todo esto al mando de un humilde criado de vuestra alteza.

—¿Qué está á su vez bajo las órdenes de don Juan Tenorio?

—Sí, señor.

—Brava galera es la *Santa Teresa*, y bien tripulada y guarnecida.

—Es una de las mejores naves de guerra que tiene España.

—¿Y afirmais que no sabeis con qué objeto ha sido puesta la *Santa Teresa* á las órdenes de don Juan Tenorio?

—Hasta hoy no he podido adivinar nada.

—Es decir que la traicion que me habeis anunciado es una adivinacion vuestra.

—Algo mas que una adivinacion, señor; tengo pruebas de que se trama algo, y como lo que se trame no puede ser mas que contra Lisboa, hé aquí por qué he supuesto que se trataba de una traicion.

—Veamos.

—Hace dos dias, en grandes cajas, han entrado en Lisboa quinientos arcabuces y una gran cantidad de pólvora y balas.

—¡Ah! esto ya es algo. ¿Venian esos arcabuces y esas balas en la *Santa Teresa?*

—Sí, señor.

—Seguid.

—Segun he podido saber, por los mismos marineros que condujeron esos cajones, fueron llevados á la hostería de la *Corona* y encerrados en su cueva.

—Seguid.

—Nada mas supe; pero hoy por la mañana, ha llevado á bordo, don Juan Tenorio, á una jóven muy hermosa y me ha hecho dejar el alcázar para acomodarla en él; despues ha vuelto á tierra y á las tres horas ha tornado á bordo y se ha encerrado con la jóven. Yo he oido lo que han hablado. La jóven es hermana bastarda de vuestra alteza.

—¿Hermana bastarda mia?

—Sí, señor; hija del rey don Manuel, padre de vuestra alteza.

—Pero, ¡la prueba, la prueba!

—Las pruebas las tiene don Juan Tenorio.

—Seguid mas aun.

—Cuando don Juan Tenorio salió del alcázar para volver á tierra, me dió las órdenes siguientes: si sobreviene un chubasco, tomad la vuelta de afuera, corred un largo, y cuando el chubasco pase, volved á vuestro anclaje; si viene algun barco de rey portugués á reconoceros, haced zafarrancho, combatid y tomad combatiendo la vuelta de afuera.

—¿Y no sabeis mas que eso, señor hidalgo?

—Sí, si señor; sé que don Juan no ama á vuestra hermana bastarda; que tiene otros amores, y que doña Gabriela de Portugal está desesperada.

—Os doy lo que querais,—dijo el rey,—si me traeis la cabeza de don Juan Tenorio.

—La traeré á vuestra alteza; pero podrá suceder que me vea apurado, que necesite auxilio, porque don Juan es muy bravo.

—¿Y qué auxilio quereis?

—Oid, señor; á las diez de la noche puede hacer una señal la campana de este castillo; por ejemplo, puede dar tres campanadas; si un cuarto de hora despues no ha aparecido un farol rojo en el tope de la *Santa Teresa*, es señal de que necesito auxilio.

—¿Cuántas galeras mias, de las que hay en el puerto, que son pequeñas y no montan mas que cuatro cañones, serán necesarias para rendir á la *Santa Teresa?*

—Seis.

—Si el farol rojo no aparece poco despues de haber dado la campana del castillo tres campanadas, seis galeras mias irán á socorreros.

—Convenido, señor. Creo que el farol rojo aparecerá.

El rey despidió á Barbadillo dándole en premio de su traicion una rica sortija, y Barbadillo se fué al puerto, donde en una taberna estuvo encerrado mas de una hora con el negro Melchor.

Despues se volvió á bordo.

El rey se fué al alcázar; mandó encerrar en el convento del Espíritu-Santo á su hija doña Isabel por el solo delito de amar á don Juan, á quien el rey podia perdonarlo todo, menos el que atentase á su corona. De la misma manera mandó prender á doña Leonor.

Doña Isabel, como saben nuestros lectores, fué conducida al convento; pero doña Leonor, como tambien sabemos, no pudo ser habida.

El rey estaba furioso contra don Juan. Aquella mañana le habia humillado librándole de ser conocido por los curiosos y llevándose á doña Leonor. Esto solo hubiera bastado para escitar el ódio á muerte del rey contra don Juan, y sobre esto habia venido la noticia de que don Juan conspiraba para destronarle.

El rey se volvió aquella noche al Castillo Viejo y esperó con ánsia á que sonasen las diez.

Seis galeras estaban aprestadas en el puerto. Todo estaba dispuesto.

Á bordo de la *Santa Teresa*, el negro Melchor habia preparado una sublevacion.

IV.

No habia sucedido esto sin que el alférez Bustamante se hubiese apercibido de algo; pero este algo era tan vago, que no se atrevió á dar parte de ello á don Juan Tenorio.

Vigiló, sin embargo, y ya hemos dicho que tendido en su litera, aunque fingia dormir, no dormia.

V.

La galera estaba tranquila.

En el entrepuente dormian los doscientos arcabuceros, los artilleros y los marineros.

Debajo los forzados; en el alcázar don Juan, porque Gabriela velaba tambien. Recostados en las bandas tres de los marineros de cuarto se habian rendido al sueño.

El cuarto se paseaba en la crugía.

VI.

Dieron las diez de la noche, á lo léjos, en el reló de Nuestra Señora de Belen.

Inmediatamente retumbaron tres roncas y graves campanadas en la gran torre del Castillo Viejo.

Aun no se habia perdido el eco de aquellas campanadas, cuando Estéban de Barbadillo se levantó silenciosamente, y al sentir esto, silenciosamente tambien, se levantó el alférez Bustamante.

En la *Santa Teresa* no habia otra luz que una que ardia en el interior del alcázar; así es que Bustamante y Barbadillo se encontraron á oscuras, se tocaron, se asieron.

—¡Qué es esto!—dijo Barbadillo,—¿á dónde vais alférez Bustamante?

—¿Á dónde vais vos, capitan Barbadillo?

—Tomad, para que no me hagais otra pregunta,—dijo Bardillo, descargando un golpe de daga en el costado izquierdo de Bustamante.

El golpe resbaló en el coselete que llevaba puesto, bajo el co-

leto el alférez. Tras esto se entabló una lucha á oscuras; y en medio de esta lucha se oyó la robusta voz de Bustamante, que gritaba:

—¡El cuarto de guardia á mí! ¡Traicion!

A estas palabras de Bustamante sucedió fuera del camarote un grito de muerte, un golpe sordo como el de un cuerpo que cae en tierra. A seguida se oyeron algunos otros gritos ahogados.

El cuarto de guardia habia sido sorprendido, y muerto. Apenas habian sonado las tres campanadas del Castillo Viejo, algunas sombras informes habian aparecido por la escotilla sobre el puente; habian cerrado la escotilla de manera que no podia abrirse por la parte de adentro, y se habian precipitado sobre el marinero de guardia del cuarto, que velaba, y sobre los otros tres que dormian, asesinándolos antes de que pudieran volver de su sorpresa.

En el castillo de proa se oian las voces del alférez Bustamante que llamaba á las armas, y las del capitan Barbadillo que llamaba á Melchor.

Este, en vez de acudir al castillo de proa, donde sonaba la lucha y de donde salian las voces, acudió con la rapidez de un tigre hambriento, al alcázar; pero antes de llegar á él, su puerta se abrió.

VII.

Como hemos dicho, Gabriela velaba.

Estaba sentada en un sillon, é inmóvil al lado de una pequeña mesa sobre la cual habia un farol. La desvelaba el desamor de don Juan.

Don Juan, vestido, porque habia recibido aquella tarde la carta que el aya de las meninas de la reina habia prometido escribir y enviar á don Juan, y estaba receloso, dispuesto á todo.

Don Juan tenia junto á sí un escudo y un hacha de abordaje.

Cuando resonaron las voces de el alférez Bustamante, á aquellas voces que apellidaban ¡traicion! y llamaban á las armas, Gabriela se levantó de un saltó de su sillon, fué á la litera donde dormia don Juan, y le sacudió, exclamando:

— ¡Despertad, despertad! en el barco pasa algo terrible.

Don Juan despertó, saltó de la litera, oyó las voces de Bustamante; asió el escudo y el hacha de armas, y se lanzó fuera del alcázar, á tiempo que los sublevados llegaban á su puerta.

El primero cayó de un hachazo.

En seguida don Juan se revolvió entre los otros hiriendo como un leon.

—¡Rendíos!—gritaba don Juan;—rendíos, canalla; sostenéos, Bustamante; ¡á mí los arcabuceros!

Sonaban terribles golpes en la escotilla, y una confusion horrible bajo el puente.

Pero la escotilla estaba cerrada de tal modo, que resistia.

Don Juan hacia rodar á los que le cercaban con una rapidez espantosa; pero estaba herido en varias partes. Al fin, el último de aquellos hombres, que oponia una resistencia tenaz, y que era agigantado, cayó herido de muerte en la cabeza.

Este hombre era el negro Melchor.

Gabriela habia alumbrado el combate, con el farol que habia en la cámara, y se habia mostrado mas valiente que lo que era de esperar de una niña que nunca se habia visto en un peligro.

VIII.

—¡Conmigo, Gabriela, conmigo!—dijo don Juan lanzándose rápidamente hácia el castillo de proa y echando abajo de un hachazo su puerta.

Un hombre salió.

Era el capitan Barbadillo.

Don Juan cerró con él y le tendió á sus piés.

Bustamante apareció en la puerta, ensangrentado, fatigado.

No habia ya con quién combatir. Los golpes resonaban, cada vez con mas fuerza, bajo la escotilla.

—¿Estais herido, Bustamante?—dijo don Juan.

—Y vos tambien, don Juan,—dijo Bustamante.

—Pero puedo tenerme de pié,—repuso don Juan.

—Y yo tambien,—contestó Bustamante.

—Coged vuestra hacha de abordage, y venid.

Bustamante entró en el camarote, y volvió á salir con un hacha.

Gabriela, pálida y temblando, alumbraba.

—Veamos:—dijo don Juan.

Y él y Bustamante, y Gabriela alumbrándoles, recorrieron la cubierta. Sobre ella, acá y allá, habia trece cadáveres; los cuatro del cuarto de guardia; el del capitan Barbadillo; el del negro Melchor, y los de otros siete marineros. Los del cuarto de guardia habian sido muertos á puñaladas; los otros nueve á hachazos en la cabeza, por don Juan. La sangre corria por el puente en anchos arroyos é iba á caer al mar.

Don Juan estaba magnífico, escitado, terrible; parecia una fiera á quien queda la cólera y faltan enemigos á quienes destruir.

—Veamos si esto se ha terminado, Bustamante,—dijo don Juan;—esta mañana debí yo matar á Barbadillo, y se hubiera escusado todo esto. ¡Ah! ¿creian que era posible asesinar á don Juan Tenorio? han barreado la escotilla; levantemos las barras, Bustamante.

Poco despues la escotilla estaba abierta, y subian al puente arcabuceros, artilleros y marinos.

Cuando todos estuvieron arriba, don Juan les dijo:

—¿Hay entre vosotros alguno que se atreva á hacer traicion al emperador?

Nadie contestó.

—¡Viva el emperador!—gritó don Juan.

—¡Viva!—gritaron todos.

Y á seguida salió una voz de entre ellos, que dijo:

—¡Viva el valiente don Juan Tenorio!

Todos repitieron aquel viva.

—Se me antoja, amigos,—dijo don Juan,—que aun no hemos acabado esta noche. Esos miserables que veis ahí muertos, no se han atrevido sin duda á sublevarse sin contar con el socorro de algunas galeras portuguesas. ¿Estais dispuestos todos á sostener el honor de España?

—¡Sí!—gritaron todos.

—Pues ea: arrojad al mar esos cadáveres; sacad de su sollado á la chusma, y que se armen las palamentas; aparejad á levar anclas, y en franquía.

IX.

Con un órden admirable se cumplieron las órdenes de don Juan.

Un cuarto de hora despues, la galera, limpia de cadáveres, se deslizaba sobre las hondas, con la palamenta armada, tendidas las velas y hecho el zafarrancho de combate.

Se habian visto los bultos de algunas galeras que avanzaban sobre la *Santa Teresa*.

—Mandad, señor Bustamante, —dijo don Juan,— porque á mí no se me alcanza mucho de marina, que se escape á fuerza de vela y remos. Es necesario evitar un combate con las galeras de rey, portuguesas, lo que haria que se cruzasen algunas contestaciones incómodas entre el emperador y su cuñado el rey de Portugal.

—Pues me parece que es imposible evitar el combate,— dijo Bustamante;—nos van ganando el barlovento; tenemos ya dos galeras á sotavento, y dentro de poco estaremos cercados.

—Pues sobre la vía,—dijo don Juan,—y si se nos ponen delante, que vean cómo lo hacen.

Sonó entonces un cañonazo.

Las dos galeras portuguesas, á barlovento de la española, habian disparado sobre ella.

—¡Fuego!—gritó don Juan.

Y el pito del alférez Bustamante dió la órden de fuego.

La *Santa Teresa* le rompió alternativamente por la proa, por los costados y por la popa.

Estaba magnífica.

Las galeras portuguesas, infinitamente mas pequeñas que ella, y confiadas solo en su número, empezaron á ceder, Su fuego se hizo mas tardo; lo que demostraba que habian tenido averías, y adelantaban con menos rapidez.

La *Santa Teresa* seguia tomando la vuelta de afuera; y resistiendo el fuego de dos galeras portuguesas, mayores que las otras, que la cargaban por la proa.

Estas galeras iban al remo, porque de otro modo se hubieran visto obligadas á navegar contra el viento.

La *Santa Teresa* avanzaba.

De repente una de aquellas dos galeras viró en redondo, soltó todos los trapos y escapó.

La otra cesó en el fuego, y se la vió arrastrar por el oleaje.

—Vive Dios,—dijo don Juan,—aquella galera va á pique, amigo Bustamante.

—Y las otras se nos quedan atrás, silénciosas y tristes, como los perros que ha herido el jabalí.

—A pique y muy á pique, alférez,—dijo don Juan.—Vamos á socorrer á aquella galera; no digan despues que tenemos sangre de judío. Que aprieten esos forzados; soltad todos los trapos, y quiera Dios que aun así lleguemos á tiempo.

La *Santa Teresa*, que llevaba el viento en popa, y que á mas iba ayudada por los remos, volaba sobre el mar. Al fin, estuvo tan cerca de la galera náufraga, que tuvo Bustamante que coger rizos, y hacer parar la palamenta para no acabar de echar á pique con un choque á la galera portuguesa.

—Las chalupas al agua,—dijo don Juan.

Cinco minutos despues, dos chalupas con cuatro remeros cada una, en una de las cuales iba don Juan, y en la otra Bustamante, avanzaban hácia la galera portuguesa que se iba á pique.

Cuando llegaron cerca, una pequeña lancha que apenas podia resistir á la mar que estaba muy gruesa, chocó con la gran chalupa de la galera española en que iba don Juan.

En aquella lancha, en que solo habia dos remeros y un hombre al timon, iba otro hombre. Al choque la lancha se volcó y los cuatro hombres fueron al agua.

Don Juan se arrojó, y se arrojaron tambien dos de los remeros. Don Juan salvó á uno de aquellos hombres; cada uno de los remeros, á otro.

Los otros dos náufragos fueron arrastrados por el oleaje, y desaparecieron.

Al traer don Juan al hombre que habia salvado, sobre su chalupa, le reconoció.

Era el rey de Portugal.

X.

—Y bien, don Juan III,—dijo en voz baja don Juan al rey, —¿no es cierto que merecíais que yo os llevase preso al rey mi señor?

—Vos me habeis hecho traicion,—dijo el rey con cólera;—merecíais que yo os hubiera vencido y os hubiera ahorcado de una entena de vuestra galera. Satanás os pretege, y á él debeis el que vuestra vanidad pueda decir que habeis vencido á un rey.

—¿Por qué habeis creido á traidores?—dijo don Juan,—¿por qué habeis venido sobre una galera real de su majestad católica?

—Porque en esa galera hay una mujer que se llama mi hermana; una impostora sin duda; porque estábais vos en ella; vos, que habeis conspirado en mi córte; vos, que me habeis sido fatal, aun en mis asuntos privados; vos, que habeis pretendido arrancarme mi corona, para ponerla en la cabeza de una aventurera.

—Rey don Juan, guardáos muy bien de tocar á un solo cabello de esa que llamais aventurera, y que se ha quedado en Lisboa; guardáos bien de producirla una desgracia, porque este don Juan, á quien Satanás ayuda, volverá y os castigará.

—¡Que me castigareis, vive Dios!

—Sí, rey don Juan, sí; porque como vos decís, el diablo está conmigo y me hace invencible.

—Pedid al diablo que no encuentre yo á doña Leonor.

—¡Ah! ¿no la habeis encontrado?

—Ha huido.

—Pues si ha huido de vos, no os ama.

—¿Y quién os ha dicho que me haya amado nunca doña Leonor?

—Pues si no os ha amado, habeis cometido con ella una villanía.

—¿Sabeis don Juan que jugaria con placer mi vida por la vuestra?

—No, rey don Juan; si cruzárais vuestra espada con la mia, seríais hombre muerto, y yo no puedo matar al marido de la hermana de mi señor. No; yo no puedo heriros, no puedo destruiros, no puedo vengar arrancándoos hasta la última gota de vuestra sangre, la vileza que habeis hecho con doña Leonor. Respetadla si la encontrais, porque si la habeis á las manos y no la respetais, mi venganza contra vos, sin mataros, será formidable.

—¡Ay de vos, si yo logro alguna vez haberos á los dos á las manos!

—Ya veis cuán poco habeis podido contra mí; y siempre será lo mismo, porque mi destino es mas poderoso que vos, y mi tumba está todavía muy lejos. Aborrecedme cuanto querais, rey don Juan; pero no intenteis vengaros de mí, porque os estrellareis contra mi destino. Ahora bien, escuchad: teneis una hija á la que habeis encerrado hoy en un convento; ayer queríais que vuestra hija fuese mi esposa; yo no podia aceptar tanta felicidad entonces, porque, no mi corazon, mi honor, estaba empeñado por otra mujer; por doña Leonor. Vos me habeis librado de ella, infamándola, pero os he humillado venciéndoos, y no querreis dármela por esposa á doña Isabel.

—Antes la mataria con mis propias manos.

—No quiero que cometais tal crímen; pero oid bien: guardadla mucho, porque si me voy ahora, volveré mas tarde, y aunque la tengais guardada en el mas profundo colabozo de vuestro terrible Castillo Viejo, os la robaré.

—Pues bien, don Juan: puesto que sois tan audad que á todo os atreveis, oid: que vuestro destino no os abandone, no os vuelva la espalda si volveis á mi córte; porque si caeis en mis manos, antes de robarme á doña Isabel, morís como han muerto los asesinos del padre de doña Leonor; pero si me la robais, don Juan, podeis presentaros sin temor á mí, trayéndola de la mano; os perdonaré cuanto contra mí hayais hecho; os casaré con ella, y os declararé infante de Portugal. No hablemos mas; la costa está cerca; dejadme en tierra, don Juan.

—Pues id preparando mi infantazgo, señor rey, si es que no os arrepentís de vuestra promesa, por lo que yo haga para robar á doña Isabel, que podrá suceder muy bien que lo sintais muy mal; mucho peor que lo que habeis sentido por mi causa hasta ahora. Tocamos en tierra, señor. Saltad, y que Dios os ayude.

—Que el diablo os ayude á vos,—dijo el rey saltando á la playa.

Poco despues, la sombra del rey se perdió á lo lejos y la chalupa, con don Juan, se volvió á la galera.

La *Santa Teresa* tomó desde aquel momento el rumbo á las costas de Galicia.

LIBRO TERCERO.

CAPITULO PRIMERO.

De cómo don Juan volvió á Sevilla, y se encontró con cosas que no esperaba.

I.

Al caer una hermosa tarde del mes de setiembre de mil quinientos treinta y dos, las gentes que paseaban á orillas del Guadalquivir, cerca de la Torre del Oro, á poca distancia de los muros de Sevilla, vieron venir al remo una magnífica galera real de dos bandas, de las que, por su porte, remontaban raras veces hasta la ciudad reina de Andalucía.

La galera dejó de remar. Cuando estuvo delante de la torre del Oro, cayó al agua una de sus chalupas, bajaron á ella un hidalgo jóven y hermoso y una mujer completamente envuelta en un manto, y la chalupa salvó en un solo golpe de remo la pequeña distancia que separaba á la galera de la orilla, y el hombre saltó en tierra y dió la mano á la mujer, que saltó tambien.

Despues de esto, el hermoso hidalgo dió el brazo á la dama encubierta, y se alejó con ella hácia el cercano puente de barcas, mientras la chalupa volvia á la galera.

II.

—Por Dios vivo,—dijo un terne de capa roja, largos mostachos, semblante de *requiem* y galas de soldado, que formaba grupo con algunos otros hombres de aspecto *non sancto*,—que ese que acaba de salir de esa real, no es otro que el famoso don Juan Tenorio.

—Cá, cá,—dijo uno de sus acompañantes;—tú no sabes lo que te dices, Gil García; ¿don Juan Tenorio ese hidalgo? ¿Quién te lo ha dicho?

—En Sevilla, amigo Herrera, conocen á don Juan Tenorio hasta las piedras. Pues poco que ha dado que decir el tal caballero. ¿No has oido contar lo del convidado de piedra, y otras cosas que meten miedo?

—Eso lo contó Anton Gabilan, el de la hostería de la Sardina Verde,—dijo Herrera,—y todo ello se reduce á que oyó hablar, soñando, á don Juan Tenorio. Tambien dicen que el tal señor se metió á fraile.

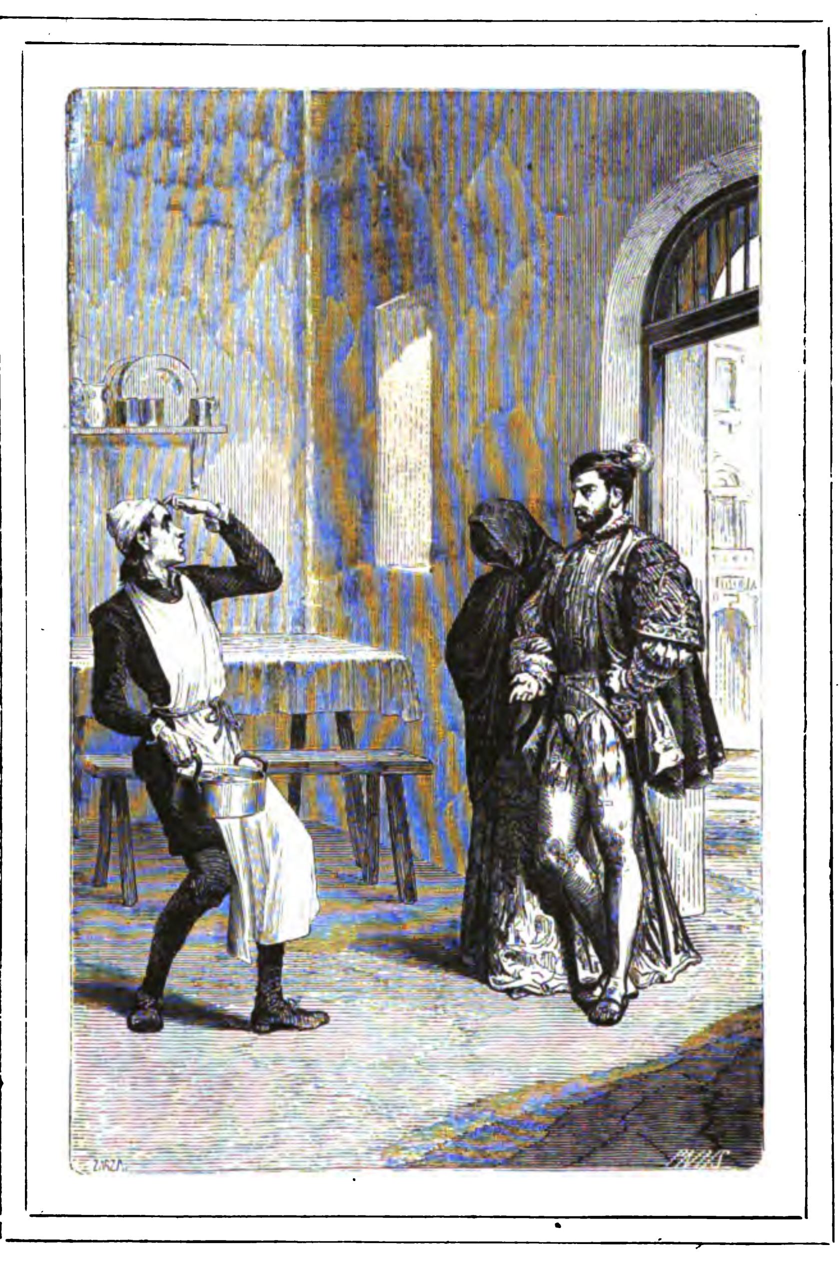
—Pues habrá ahorcado los hábitos,—contestó Gil García,—y sino, vamos á hacer una apuesta.

—¿Y qué apuesta?

—Si mañana don Juan Tenorio no ha hecho una de las suyas, y una que suene, yo os convido á una buena jarana, y sino, me convidais vosotros.

—Pues está dicho.

—Dicho está.



LA MALDICION DE DIOS.— LAMINA 6.ª— ¡Ave María purísima! ¡Jesus María y José! ¡misericordia de Dios! — esclamó retrocediendo asombrado y santiguándose.

III.

Entre tanto don Juan Tenorio, que él era, llevando á Gabriela del brazo, atravesó el puente de barcas, entró en Triana, se metió en la calle Real, y en medio de ella se entró por las puertas de una hermosa hostería: la de la Sardina Verde.

Cruzósele al paso un hombre como de cuarenta años, delgado, ojeroso, cari-atontecido, vestido de negro, con un gorro blanco de algodon, un mandil blanco desde el cuello hasta media pierna, y una reluciente cacerola en la mano.

—¡Ave María purísima! ¡Jesus María y José! ¡Misericordia de Dios!—exclamó retrocediendo, asombrado y santiguándose.

—¿A qué son esos estremos, imbécil?—dijo don Juan Tenorio.—Si me conoces, avisa á Anton Gabilan, que su amo está aquí.

—No tengo que avisarle, señor,—dijo temblando aquel hombre,—porque Anton Gabilan soy yo.

—¿Que tú eres Anton Gabilan?—esclamó con estrañeza Tenorio.—Bah, bah, véte en hora mala.

—Vuestra señoría me desconoce, porque estoy verdaderamente desconocido,—dijo Anton Gabilan;—se me ha muerto mi Esperanza, hace tres meses, señor; vos os habíais metido fraile; me he quedado solo en el mundo, y he perdido el buche, los mofletes, el cerviguillo, hecho una espina, don Juan, y con una espina en el corazon.

Y Gabilan se limpió con un estremo del delantal, los ojos que se le habian arrasado en lágrimas.

—Vamos, vamos,—dijo don Juan,—me parece que te voy conociendo. A ver si nos acomodas.

—Esperad un solo momento, señor. Ola, tú Camaron, hijo, ven acá,—añadió dirigiéndose á una puerta cercana, en la que inmediatamente apareció armado de gorro y delantal blanco, un mozuelo zanquilargo, que tenia todas las trazas de sota-cocinero.

—Toma esta cacerola, hijo, y á ver como pones esas dos chochas en salsa de alcaparras, que se puedan comer; toma mi gorro y mi delantal, y entiéndete tú solo con la hostería, que yo voy á encerrarme con mi amo.

—Señor Anton, el huésped del número cuatro, ha pedido un pastel de anguila,—dijo Camaron.

—Pues envia por él á la pasteleria de maese Corcobeta; y si no le tiene, que se pase sin él, el huésped del número cuatro.

—Ya sabe vuesa merced, señor Anton —dijo el sota-cocinero,—que el huésped del número cuatro paga muy bien, y tiene además muy mal génio.

—Ea, véte en hora mala, y componte allá como puedas; no me obligues á que haga esperar mas á esta dama y á este caballero. Vamos don Juan, vamos.

Y despojado ya del mandil y gorro, y completamente negro, escepto la cara y las manos, subió por unas escaleras y se detuvo en lo alto de ellas.

—Señor,—dijo,—el último aposento que ocupásteis en Sevilla y en mi casa, está desocupado: ¿quereis ir á él?

—¿Y por qué no?—dijo don Juan;—así uniremos mi vida de hoy con mi vida pasada.

—Es señor, que en ese aposento soleis tener muy malos sueños.

—No importa; los sueños, sueños son.

Y don Juan, que conocia ya el camino, adelantó hácia una puerta, la empujó y entró en un bello aposento. El mismo que

habia ocupado ántes de salir de Sevilla para irse al monasterio de San Gerónimo de Yuste.

IV.

Todo estaba como don Juan lo habia dejado.

Los mismos muebles, la misma cama en un ángulo, las tapicerías, la alfombra.

—Me acomodo aquí, por ahora,—dijo don Juan.

—Necesario será,—dijo Gabilan,—hasta que se avise á José y se prepare vuestra casa.

—¡Mi casa, preparar mi casa; yo ya no puedo preparar nada, Gabilan. Soy pobre, completamente pobre; me veo reducido á vivir del sueldo que me dé su magestad como capitan de su guardia, ó como coronel de un tercio.

—¿Con que sois pobre?— dijo Gabilan sonriendo tristemente.

—Pobre de todo punto,—dijo don Juan,—Y á tí ¿cómo te vá, mi buen Anton?

—Ya, ya hablaremos de mí. Perdóneme vuestra señoría, pero esta dama necesita ser asistida; voy á enviarla la hija de una vecina para que la sirva; voy además á mandar preparar una buena cena, y sobre todo, á mandar que avisen á José.

Gabilan salió.

V.

—¿Por qué dices que eres completamente pobre, cuando yo traigo grandes riquezas conmigo, don Juan?—dijo Gabriela.

—Jamás he aceptado de las mujeres, otra cosa que el amor; yo no sé vivir sino de mí mismo.

No tocaré yo ni un solo escudo del dinero que traes: ese dinero te servirá para vivir como te corresponde en la corte de la emperatriz.

—¿Y tú, don Juan?

—Yo seguiré mi destino.

Gabriela inclinó la cabeza, desalentada; suspiró y calló.

VI.

Don Juan quedó paseando á lo largo de la estancia, profundamente pensativo. Se encontraba en la misma estancia donde año y medio antes habia soñado aquella terrible vision que le habia preocupado; que le habia fascinado, que le habia hecho sentir miedo, y buscar un refugio en el cláustro.

Aquella habitacion, influia por sí sola sobre él, de una manera terrible. Parecia como que aquel sueño pavoroso volvia á tomar cuerpo, vida, voz, para él.

Su cabeza empezaba á sentir una vaguedad infinita.

Lo que le habia acontecido desde que salió del convento, le parecia tambien un sueño fatigoso; la muerte del capitan Fernan Perez; su encuentro al poco tiempo con doña Estefanía y con doña Isabel; la posada de Somorinos; el cementerio; la torre de la iglesia; doña Leonor; la hija del posadero; el sacristan; el cura; todo se revolvia en su pensamiento como en un caos; su conspiracion contra el rey de Portugal; sus amores con doña Isabel; el desenlace de todas aquellas aventuras, estaban para él representadas en Gabriela de Portugal, que sufria y callaba.

Don Juan tenia en el bolsillo interior de su ropilla las pruebas del nacimiento de Gabriela; en su corazon y en su cabeza, el recuerdo ardiente de doña Isabel; pero la habitacion en que se en-

contraba, le habia traido otros dos recuerdos que le llenaban de espanto; el de Inés de Ulloa, muerta; el de Magdalena; el de su hermana, que no sabia si era muerta ó viva. El recuerdo de doña Inés, muerta, cedia al de doña Isabel viva; pero combatiendo á este último, ardia en el ser de don Juan el recuerdo de Magdalena.

VII.

Don Juan ansiaba que apareciese José. Él mejor que nadie, podia darle noticias de lo que habia sucedido durante el tiempo en que él habia estado apartado de Sevilla.

José no tardó en llegar.

Sintiéronse unos rápidos pasos, se abrió la puerta y el viejo mayordomo de don Juan, entró y se arrojó sin ceremonia en sus brazos.

—¡Ah, señor! ¿sois vos?—exclamó.

—Ya lo ves, mi buen José. Dios no me llamaba por el camino del claustro, y héme aquí.

—Sí, sí señor; ya supimos que habíais dejado el convento, al cumplirse el plazo de vuestro noviciado; pero no teníamos noticias vuestras; no sabíamos dónde parábais; porque yo decia: ¿cómo diáblos va á vivir nuestro señor, tan acostumbrado á gastar, sin dinero? Andrés Ceballos se fué á San Gerónimo de Yuste y preguntó al superior; el superior le dijo que no sabia de vos, y Andrés Ceballos volvió á traerme esta noticia que me desesperó. Yo estaba deseando salir de una cosa que me pesaba mucho, y que traigo conmigo.

—¿Y qué cosa es esa José?—dijo don Juan.

José sacó un pliego cerrado y le entregó á don Juan.

—¡Mi testamento!—dijo éste.

—Sí, si señor; vuestro testamento, que no era posible cumplir, porque vos, señor, no habíais muerto. Si hubiérais profesado; si hubiérais sido monje, entonces yo hubiera cumplido el testamento, porque un monje, muere para el mundo. Pero yo, señor, decia para mí: esto pasará; mi señor ahorcará los hábitos mientras le sea posible ahorcarlos decorosamente. Y no me he engañado, señor; aquí estais tan galan como ántes, y tan bien acompañado como siempre.

Y señaló á Gabriela que escuchaba con atencion.

—Doña Gabriela de Portugal, hermana bastarda del rey de Portugal, é hija del rey don Manuel,—dijo don Juan Tenorio.

—Y vuestra esposa, ¿no es esto, señor?—dijo alegremente José.

—No, mi esposa no;—dijo don Juan,—una hermana, una amiga, á quien he librado del furor de su hermano, el rey de Portugal, y que pienso poner bajo el amparo de mi señora la emperatriz doña Isabel. Es necesario, pues, José, que sin pérdida de tiempo la busques dueñas y damas que la sirvan.

Gabriela sintió una punzada fria en el corazon, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Con que es decir,—continuó don Juan,—que mi testamento, no se ha cumplido?

—Por imposibilidad de cumplirse.

—Y bien:—dijo don Juan,—como hablando consigo mismo,—¡la caridad! ¿Qué es la caridad, cuando se hace como yo he pretendido hacerla?— un despojo completo de vosotros mismos, en provecho, no de los pobres, sino de los administradores de los pobres; ¡ah! ¡todas las obras de los hombres que se engalanan con pomposos calificativos, son un sarcasmo impío! Me parece que

vuelvo á ser completamente lo que era, porque no he perdido nada de lo que tenia. La pobreza me contrariaba, me acobardaba; me parecia humillante vivir de un sueldo; recibir, cuando yo no estaba acostumbrado mas que á dar. Has hecho bien, José; tú has tenido mas juicio que yo.

—Tengo para vos, señor, un monte de oro, producto de las rentas de un año, de vuestras haciendas.

—¿Y mi casa de Sevilla?

—Como la dejásteis, señor; yo vivo en ella.

—¿Y mi palacio de Leganitos, en Madrid?

—En el mismo estado, señor. En él vive Andrés Ceballos, con su mujer.

—De modo que podremos trasladarnos, cuando queramos, á á mi casa.

—En el momento, señor.

—Pues bien; llama á Gabilan y dile que no prepare nada; pero que en cambio se prepare á acompañarme.

—¿Será necesario preparar una carroza?

—No José, no; bastante tiempo hemos estado sin andar doña Gabriela y yo, para que no nos siente bien dar un paseo. Poneos vuestro manto, señora, y seguidme si gustais.

Gabriela, que no tenia otra voluntad que la de don Juan, se levantó, se envolvió en el manto y le siguió.

—Andando vamos, despacio,—dijo don Juan;—procurad haber llegado Gabilan y tú cuando nosotros hayamos llegado.

Y don Juan salió con Gabriela.

VIII.

—¿Con que eres tan rico, don Juan?—dijo Gabriela.

—Rico como un rey,—contestó don Juan.

—¡Ah! lo siento; yo quisiera que me lo debieras todo, aunque no me amaras.

—Á qué hablar de eso, Gabriela; nuestros destinos no van al par; tú seguirás el tuyo y yo seguiré el mio.

—¡Ah! ¡yo moriré!

—¿Y por qué? Yo no soy mas que un primer amante tuyo de casualidad, ¿por qué obstinarte? Eres ilustre, jóven, hermosa, rica; tu hermano se verá obligado á reconocerte; te casarás con un príncipe, ¿para qué me necesitas á mí?

—Para tener en tí la vida,—dijo Gabriela,—porque yo te adoro, don Juan.

—Y bien; ¿no eres mi amante?

—Tu entretenimiento, dirás,

—Yo no seré jamás esposo de ninguna mujer.

—¡Oh! si encontráras junto á tí á doña Isabel de Portugal.

Don Juan suspiró.

—Sí,—dijo Gabriela,—ella es altiva y yo no lo soy; ella es terrible, y yo soy humilde; ella amenaza, y yo ruego. ¿Crees tú que yo no la conozco? La he visto muchas veces, casa de Lope Pereira; ¿no te causa celos, no provoca tu indignacion el saber que doña Isabel iba sola, casa de Lope Pereira?

—No, porque doña Isabel iba allí, por mis amores.

Gabriela calló y gimió.

Don Juan embebecido en sus pensamientos guardó silencio.

Gabriela no se atrevió á romperlo.

IX.

No habian reparado en que un jóven, completamente encubierto por el embozo de su capa, los seguia. Aquel jóven habia

salido del aposento número cuatro, de la hostería de Anton Gabilan.

Tenorio y Gabriela habian entrado en Sevilla por el postigo del Carbon y se dirigian á buen paso por las revueltas callejas, á la plaza de la Encarnacion, cerca de la cual, en una plazuela que cortaba la calle de Regina, en que tenia su palacio don Juan Tenorio.

Cuando llegaron á él, ya esperaban en la puerta Gabilan, José y algunos criados.

La casa estaba de tal modo, que no parecia sino que don Juan no habia dejado de vivir en ella.

La persona que habia seguido hasta allí á don Juan y á Gabriela, se quedó observando la casa desde el oscuro fondo de una callejuela.

X.

Don Juan acomodó á Gabriela en su misma habitacion. Se quedaron con ella dos jóvenes de Triana, vecinas de Gabilan, que este habia llevado consigo para que la sirviesen, y don Juan fué á encerrarse á su despacho con Anton y José.

—Aquí tengo, en este armario, para vos señor, vuestra espada; la espada que me mandásteis entregase al emperador; y cinco millones de reales en buenos doblones de á ocho, que son el importe de vuestras rentas del año pasado.

—Todo eso me importa menos que lo que voy á preguntaros. ¿Es monja doña Magdalena?

—Doña Magdalena es la que mas os ha buscado, señor,— dijo José.

—¿Cómo?



—Sí: doña Magdalena salió del convento dos dias despues que vos salísteis de Sevilla.

Y parece que el tiempo y las penas no sirven mas que para hacerla mas hermosa,—dijo Gabilan.

Don Juan no podia hablar; tenia toda la sangre agolpada al corazon.

Magdalena era su castigo.

Magdalena ignoraba que era su hermano, pero él no lo ignoraba, y no podia unirse á ella.

El amor de don Juan habia cambiado de manera de ser, respecto á Magdalena; pero el recuerdo de su hermosura le embriagaba horrorizándole.

Magdalena era su primer amor; su maldicion, su castigo sobre la tierra.

—Puesto que vuestra señoría no ama á esa señora á quien acompaña,—dijo José,—¿por qué no casaros con la señora?

—¿Dónde vive?—dijo don Juan.

—En la Alameda Vieja,—contestó Gabilan,—en una gran casa que ha comprado.

—¡En una casa que ha comprado!—dijo don Juan.

—Sí, si señor; doña Magdalena es muy rica. Al dia siguiente de haber estado vuestra señoría en el convento con los soldados de la fé, la abadesa murió, y como no tenia herederos, dejó todo lo que poseia á doña Magdalena. Es tan rica como vos, señor, y puesto que la amais tanto...

—¿Hacia qué parte de la Alameda Vieja está la casa de doña Magdalena?

—Al principio, á la derecha, señor; como se vá por las Siete Revueltas; no, no puede perderse, es una casa antigua, de piedra con un gran mirador calado sobre la puerta, y esta de arco, y

muy bien labrada. En el piso bajo hay grandes rejas y en el principal grandes balcones.

—¿Y qué nombre se da doña Magdalena?

—Ha tomado el apellido de la abadesa al tomar su herencia, y se llama doña Magdalena Zegrí.

Don Juan se estremeció, porque el apellido Zegrí era el que naturalmente correspondia á Magdalena, como hija de Ada.

—¿Y con quién vive doña Magdalena?

—Con dos dueñas, cuatro doncellas y seis lacayos.

—Dadme mi antigua espada,—dijo don Juan.—Tú quédate aquí, Gabilan, como en otro tiempo.

—Pero ¿sabeis señor, si yo puedo volver á mi antigua vida?— contestó Anton mientras José ceñia á su amo la espada de Lisardo el estudiante.

Aquella terrible espada que tan funesta habia sido en las manos de don Juan.

—¿Y por qué no puedes volver á ser mi eterno acompañante, Gabilan?—dijo Tenorio.

—No es por nada,—dijo Gabilan,—mi Esperanza ha muerto sin dejarme hijos; no tengo parientes, la hostería me cansa; los cuatro maravedises que tengo me aburren; lo de menos seria vender la casa á otro y entregar el dinero al señor José, que es muy hombre de bien, para que me le pusiese á ganancia. Pero miradme bien, señor, ¿creeis que yo soy á propósito para los aperreos de antaño? porque vuestra señoría es el mismo; por vos no ha pasado dia, cuando por el contrario, han pasado por mí siglos; flaco, dolorido, enlutada el alma, acobardado, muriéndome...

—Bah, bah, Gabilan, yo te reanimaré. Por lo pronto, toma la espada que yo compré cuando salí de Sevilla, que guardé en el convento durante un año, que volví á ceñirme cuando me des-

pojé de los hábitos, y que ya ha aprendido en mas de una vez, cómo se entra en el corazon de un hombre. Busca por ahí una daga, y vente conmigo.

—¡Pero señor! mirad que ya no sirvo.

—Los que empiezan á helarse, Gabilan, se les da una buena paliza para que vuelvan á entrar en calor. Con que no te me hieles, no sea que te aplique el remedio.

—Pues adelante,—dijo Gabilan con una decision desesperada.

Y de entre las ricas armas que habia en el despacho adornando las paredes, tomó una daga de Milan, con guardamano cincelado.

—José,—dijo don Juan,—cuida de doña Gabriela como si fuera mi hermana. Conmigo, Gabilan.

Y amo y criado salieron á la galeria del patio y bajaron la escalera.

—¿Y mi buen caballo?—dijo deteniéndose don Juan.

—Con un año y algunos meses mas, y bravo como un leon, y ardiente como el fuego.

—Quiero verle,—dijo don Juan.

Anton tiró hácia la caballeriza.

Entre mas de cincuenta caballos, todos magníficos, habia uno admirable.

Era el *Volador*.

Antes de que don Juan llegase á él, el noble animal, se inquietó y quiso romper la cadena con que estaba atado al pesebre.

Habia conocido á don Juan.

Este se acercó, le acarició y recibió las caricias del animal.

—¡Ah!—dijo don Juan,—ya estamos todos juntos Volador, mi bravo compañero; yo no pensaba volverte á ver. Y tú te ale-

gras tanto, que no parece sino que habias perdido la esperanza de verme. Vamos, vamos quieto, Volador, y hasta otra vez.

Y se separó del caballo.

—Hay aquí vichos que no conozco,—dijo don Juan.

—Son, señor, potros que han venido de la dehesa en el año y mas que vuestra señoría ha estado ausente.

—Bah, José es un hombre como hay muy pocos. ¡Vamos Gabilan, echémonos fuera; vámonos por esas calles de Dios. Necesito tomar ótra vez posesion de mi Sevilla, y para despavorizarte, para que vuelvas á ser lo que has sido, voy á armar camorra con el primero que me dé ocasion, por lijera que sea, para ello.

—Dios nos asista, señor; pero no importa, os convencereis de que no sirvo para nada, y me despediréis.

En esto salieron de la casa.

El bulto que habia seguido hasta allí á don Juan, y que aun esperaba, le siguió.

XI.

—¿Y á dónde vamos, señor?—dijo Gabilan.

—A andar por Sevilla. A recordar, á endurecerme con los dolores pasados, á volver á ser lo que he sido.

—Pues qué señor ¿habeis dejado de ser el que érais?

—He pasado un año de martirio en el convento; tres meses despues en Portugal fastidiado con aventuras pequeñas; porque los portugueses no sirven.

—¿Y las portuguesas, señor?

—¡Ah! ¡las portuguesas, las portuguesas!

—La que traeis, ¿es portuguesa tambien?

—Sí, y no menos que hermana del rey don Juan.

—¡Diablo! señor, y ¿decís que las aventuras que habeis tenido en Portugal han sido pequeñas?

—Dígolo porque me han costado muy poco trabajo.

—¿Y qué es lo que cuesta trabajo á vuestra señoría? porque yo no lo sé.

—Vencer el imposible.

—¿Y cómo habeis de vencerle, si siempre le estais buscando?

—En Portugal, encerrada en un convento, Gabilan, se me ha quedado la mujer que he amado mas en el mundo.

—¿Por qué no dejais en paz á las monjas, señor? Mirad que Dios puede ofenderse y costaros caro.

—No es monja, es un sér divino, á quien su padre ha encerrado por vengarse de mí.

—¿Tendremos otro comendador?

—¡Ah, no! le he tenido entre mis manos, y le he respetado, porque es hermano de la emperatriz, mi señora.

—¡El rey de Portugal! hé aquí otra de las pequeñas aventuras vuestras en Lisbóa.

—Hija natural del rey, y reconocida infanta.

—¿Y ella os ama, señor?

—Como á su vida, como á su alma. ¡Ay Gabilan! ¡gracias á Dios que puedo quejarme con alguien que me entienda y que me ame, respirando el aire bendito de esta ciudad, tan hermosa, tan querida y tan terrible á un tiempo para mí! Estas calles envueltas en la sombra, me hablan con la voz muda de los recuerdos; hemos pasado ya junto á muchas rejas, en las cuales una mujer enamorada, una mujer de fuego, ha enloquecido de amor entre mis brazos. Hemos pasado por algunos lugares, donde un loco ó un provocador ha sentido el frie de la punta de mi espada.

Pero ¿qué masa es esa negra que se levanta delante de nosotros? ¿Qué tapia es esa sombría que se estiende á nuestra izquierda?

—El convento de Santa Clara, su cementerio,—dijo con voz medrosa Gabilan.

—¿Sí?—dijo don Juan,—pues mira, voy á entrar, por este sitio la tapia no es muy alta; sírveme de escalera.

—¿Pero estais loco, señor?—dijo Gabilan,—¡quereis tentar á Dios! y luego, yo creia que habiendo escapado de un convento, no os quedarian ganas de entrar en otro.

—Gabilan, cuando se vuelve, despues de quince meses de ausencia, á una ciudad donde hemos dejado amigos, es una descortesía no visitarlos. Ahí dentro vive un grande amigo mio.

—¡Don Gonzalo de Ulloa!—dijo con voz de escalofrio Gabilan.

—¡Sí! ¡el comendador!—contestó con voz ronca don Juan. —Además de eso, quiero visitar á Inés. Hay además otras dos personas que me conocen mucho. Lind-arahj y la última abadesa. Vamos, arrima á la tapia y pon la espalda, Anton.

Anton se arrepintió, como de haber nacido, de haberse alegrado de la vuelta de su amo.

Sin embargo, como en otras mil ocasiones en que había obedecido, rabiando, á su amo, sin demostrar su rabia, se acercó á la pared, se encorvó y sintió á don Juan que trepaba sobre él.

Tenorio, agarrándose á las salientes del muro, puso sus piés sobre los hombros de Gabilan, y luego sus manos en el revellin de la tapia, se izó y se montó sobre el caballete. Se quitó la capa y echó la punta á Gabilan.

—Agárrate y sube,—le dijo,—por la parte de adentro te necesitaré despues para que me sirvas de escalera.

—Ved, señor, que tengo menos fuerzas que un colorin; las he gastado todas llorando por mi Esperanza.

—Vamos, sube, ó te suelto un pistoletazo.

Gabilan se asió á la capa y trepó apoyando sus piés en el muro, ayudado por don Juan que tiraba de él como de un peso harto lijero para sus gigantescas fuerzas.

A poco, Gabilan estuvo tambien montado sobre el caballete.

Don Juan saltó dento y Gabilan saltó tambien.

XII.

—Junto á la tapia no hay tumbas,—dijo don Juan,—no hay mas que yerba; las noches aun no son frias, líate en la capa, échate y duerme.

—Como si un vivo como yo pudiera dormir entre los muertos. Lo que va á sucederme aquí es que me voy á morir de miedo. señor; todo lo de aquí me espanta; esa cruz grande, con ese farol que agoniza, en medio de esas cruces pequeñas, esos arcos oscuros, esas altas ventanas y ese campanario. Cuando os digo, señor, que yo voy á perecer aquí de espanto.

—Lo que va á suceder es que aquí te vas á curar de espanto; á ser lo que en otro tiempo eras. Ea, adios, y hasta luego.

Y don Juan se alejó por entre las tumbas en direccion á los arcos por donde se pasaba al interior del convento, y Gabilan bruscamente convertido de hostelero pacífico en lacayo del señor mas tremendo que Dios habia echado al mundo, se quedó pegado á la tapia, tapándoso el rostro para no ver, y encogido y temblando de miedo.

XIII.

Entretanto, el bulto que los seguia se detuvo en la calle junto

á la tapia, por el sitio en que habian asaltado el convento don Juan y su lacayo.

—¡Ah!—dijo con una voz que tanto podia pasar por de niño como por de mujer;—te me encierras, don Juan, me brindas con una ocasion de venganza; venguémonos. Rondas habrá por Sevilla; yo traeré aquí una ronda para que cuando quieras salir te ayude á bajar.

Y aquel jóven ó aquella mujer, se deslizó rápidamente á lo largo de la tapia, y desapareció.

CAPITULO II.

Una visita á los muertos.

I.

Don Juan amaba el horror; provocaba lo fantástico, lo terrible, lo sobrenatural.

Cuando penetró bajo los árboles sombríos adelantando hácia los arcos que daban al cementerio, determinando sobre él un lado del claustro, aspiró con delicia todo el fantástico y sombrío aspecto de aquella arcada envuelta en una sombra que apenas desvanecia en su estremo una lámpara agonizante.

Entonces sí que le pareció que todo lo que habia pasado por él, desde aquella otra noche en que entró en aquel mismo convento por la portería, como familiar del Santo Oficio de la general Inquisicion, tomando falsamente su nombre, habia sido un sueño. Sus ideas de ambicion se desvanecieron, cediendo á su instinto que le impulsaba á la aventura tremenda.

Delante de sí tenia la entrada de una larga crugía, alumbrada por una sola lámpara y cerrada por una verja de hierro. Esto contrarió á don Juan.

Al fin de aquella galería, por la cual se iba al claustro habia algo que le atraia, que le arrastraba, á lo que le impedia llegar aquella verja.

Don Juan probó á ver si estaba cerrada, y en efecto, estaba corrido el cerrojo. Don Juan probó á ver si el cerrojo estaba simplemente corrido, sin echar la llave, y metió el brazo por la verja.

La llave no estaba echada.

Don Juan descorrió el cerrojo, abrió la verja y pasó.

Cuando se vió en el cláustro, miró en torno suyo, aspirando el efecto sombrío, fantástico y medroso de aquellos santos pintados en tabla, severos, místicos, que parecian mirarle, envueltos casi en su penumbra, de una manera amenazadora.

Don Juan creia escuchar un eco perdido, allá en lo infinito, que repetia la palabra, ¡sacrílego!

—Y bien,—dijo don Juan como contestando á aquella palabra;—¿no estoy yo maldito? ¿Qué otra maldicion mas terrible puede caer sobre mí que la que ya pesa sobre mi cabeza? Si al pasar junto á las tapias de este convento, he sentido el deseo de visitar á mis antiguos conocidos y he podido realizarle, ¿por qué no cumplir ese deseo? ¿No oís, imágenes terribles, que me mirais, que Inés y Lind-arahja, el comendador y Ada me llaman desde sus tumbas?

Y don Juan sereno, altivo, magnífico, tomó adelante un costado del claustro, y llegó á una capilla situada en un ángulo.

Entró y se encontró delante del sarcófago de Inés, sobre cuyo hermosísimo semblante de piedra derramaba una luz sombría la lámpara de la capilla.

El corazon de don Juan se oprimió. Le pareció que la estátua, arrodillada sobre el sarcófago, le miraba; que dos lágrimas sur-

caban sus mejillas de piedra; que un gemido hervia bajo aquel seno tan bien retratado, que tanto habia adorado á don Juan.

Sintió una especie de vértigo y estendió su mano hácia la estátua.

Parecióle que la estátua se agitaba.

—Sí, esto es un sueño,—dijo,—un sueño de amor tan dulce como fué terrible el que me inspiró tu padre, Inés; tu estátua abandona en buen hora la piedra sepulcral en que se arrodilla.

Y don Juan fijó intensamente su mirada en la estátua. No se movia.

Estaba menos preocupado que quince meses antes, y no podia efectuarse la fascinacion.

Se acercó al sarcófago y llamó á él con la mano, como pudiera haber llamado á una puerta cerrada.

—¡Inés! ¡Inés!—exclamó,—¿me oyes? En medio del sueño de la muerte, ¿hay oidos para el sér amado que sobre el camino de la vida aun, viene á llamar á nuestra tumba?—Contéstame, Inés. ¡Yo soy don Juan Tenorio! ¡Tu don Juan Tenorio!

Sonó entonces clara y distintamente, de una manera real, un gemido que provenia como del interior de la tumba.

Don Juan irradió en sus ojos una mirada inmensa; su boca sonrió; no podia dudar de aquel gemido.

Su imaginacion calenturienta, no encontraba absurdo el que saliese un gemido de una tumba.

—¡Gracias, Inés!—dijo don Juan.—He pasado junto al lugar donde reposas y no he querido dejar de venir á saludarte. Si hubiera solicitado licencia para ello me la hubieran negado, y he llegado hasta tí, como llega un salteador. Perdóname si al leer en mi corazon, conoces que no te amo; que no te amo como en

otros dias en que tú eras para mí el universo entero; tú sabes que por tu amor olvidé el amor de otra mujer; el amor de Magdalena; y que ahora mi alma no está aquí, ni en Sevilla, sino en Lisboa, en otro convento donde vive otra mujer; otra mujer que es mi espíritu duplicado; que es otro yo; que ha nacido mi esposa. Tal vez, cuando venza este nuevo deseo, iré en pos de otro.

Sonó un segundo gemido.

Don Juan, en vez de aterrarse, sonrió de nuevo.

—Ó la mujer,—dijo,—vale mas que el hombre, ó vale tan poco que ha nacido para ser esclava de una sola idea. Yo he sido tu único amor, Inés, y aun sigues amándome en la tumba. ¿Es que un solo amor es para la mujer su eternidad? ¡Ay, Inés, Inés! el amor no se satisface con una sola parte del sér divino que se sueña. Una mujer no puede tener, cuando mas, otra cosa que un solo rasgo de ese ángel soñado. Ese ángel se divide en infinitas mujeres: yo vi en tus ojos y en tu pureza la mirada y la pureza de mi ángel: en Magdalena habia visto su indolente y tentadora hermosura: he visto en otras su sonrisa, su suspiro, su acento, sus lágrimas; en ninguna su alma entera; porque yo necesito que el alma de mi ángel sea terrible; un alma gemela de la mia, un alma audaz, valiente, dispuesta al combate y al martirio, resistente, tenaz, sombría, poderosa; y ni Magdalena ni tú, teneis esa alma: sois mujeres; no sois esos ángeles caidos. ¡Ah! yo no podia satisfacerme con vuestro amor; pero Magdalena me estremece, y tú me deshaces el corazon en lágrimas. ¡Ah, Inés, Inés! no gimas por mí, porque tu recuerdo es para mí un recuerdo dulce y triste, no una desesperacion. ¡Adios, Ines! duerme en paz. Estoy sintiendo en mi espalda la mirada irritada de tu padre, y necesito conversar con él.

Don Juan se volvió quedando de espaldas á la estátua de doña Inés, y dando frente á la del comendador.

Su estátua era la misma, de apariencia ceñuda, sombría y terrible, que don Juan habia visto en otra ocasion.

—¡Ah!—dijo don Juan,—¿qué tal, Comendador? El sueño de la muerte debe ser muy profundo y muy dulce; eso es si en la tumba no se tienen sueños tan sombríos como aquel que yo tuve por tu causa. ¡Ah, comendador! no estraño que aun en la tumba me aborrezcas porque te he desesperado, porque te he hecho apurar el cáliz amargo, aunque sin voluntad, ciego, arrastrado por mi destino. ¡Ah! ¿Quién te inspiró oponerte á mis amores? ¿Quién te puso delante de mí? Yo te aborrezco tambien. Hay algo en tu sér maldito, que me enfurece. Me pareces reptil venenoso, que despues de haberle esterminado, deja impresos en la imaginacion sus repugnantes recuerdos. ¡Ah! tú me haces probar la rabia de la impotencia. Yo quisiera poder volverte la vida para esterminarte otra vez, y mil y mil veces maldito. Inés, que tienes delante de tí, debe ser tu infierno. Al tocar yo tu sarcófago, tus huesos deben estremecerse de cólera y de rabia al sentir que no pueden levantarse para ahogarme con sus manos áridas: ¡Ah, yo tambien me estremezco de furor, porque de mí te defiende la tumba!

II.

En aquel momento resonó un grito ahogado de mujer, detrás de don Juan.

Volvióse éste, y creyó ver delante de sí á Inés, que habia bajado de su mausoleo.

Era una figura blanca, esbelta, que parecia no pisar sobre la

tierra, pero don Juan no pudo permanecer mucho tiempo en su error. La estátua de doña Inés permanecia inmóvil sobre su sarcófago. La figura que estaba de pié, delante de don Juan, era un ser vivo; una novicia, á juzgar por su hábito; una niña, una criatura bellísima.

Un instante despues de haber fijado don Juan su mirada en aquella aparicion hechicera, los ojos de ésta se nublaron, vaciló, y hubiera caido al suelo á no sostenerla en sus brazos don Juan.

Se habia desmayado.

CAPÍTULO III.

De cómo, por la primera vez de su vida, don Juan respetó á una mujer.

I.

—¡Ah!—exclamó Tenorio;—de esta eran los gemidos que oí. ¡Sí! el que muere ha terminado completamente. Todo lo demás es mentira. ¿Quién será esta niña? ¿porqué habrá gemido cuando ha oido mis insensatas palabras á un recuerdo? porque Inés no es mas que un recuerdo.

Don Juan miraba con una fruicion deliciosa, pero tranquila y pura, el semblante de la niña desmayada.

Es necesario socorrerla, sacarla de aquí, donde respire un aire mas libre.

Y don Juan la levantó, partió con ella y la sacó del cementerio.

Una vez allí, buscó un sitio, desde el cual no se viesen las tumbas.

Habia á un estremo del cementério una pequeña y ruidosa fuente que dejaba caer su caudal por un caño puesto en la boca de un fauno, sobre una concha de mármol.

Á los dos lados de aquella fuente habia dos bancos de piedra. Un bosquecillo de tilos rodeaba el espacio cubierto de césped, en que se comprendian la fuente y los dos bancos de piedra.

Desde allí no se veian las tumbas ni la gran cruz del cementerio.

Gabilan habia visto pasar con estremecimiento, á su amo, llevando á una novicia en brazos, y se habia puesto á rezar con toda su alma para que Dios le sacase con bien de aquella aventura diabólica de don Juan.

La noche, aunque no hacia luna, era bastante clara, y la hermosura de la jóven, aumentaba en efecto, envuelta por aquella vaga luz.

Don Juan roció con agua de la fuente el semblante de la jóven: ésta volvió en sí.

Al sentirse en los brazos de don Juan, se estremeció violentamente, pero con un estremecimiento de pudor, y se separó de él.

—¡Ah!—dijo,—yo no comprendo esto; ¿quién sois?

—Don Juan Tenorio,—contestó éste.

—¡Ah! ¿vos sois don Juan Tenorio, de cuya mala historia está lleno el mundo?

—Yo soy ese de la história mala, señora. ¿Quién os ha contado esa historia?

—La he oido en la córte.

—¡Ah! ¿vos habeis estado en la córte?

—Hace quince dias, aun estaba en ella.

—¿Quince dias, no mas?

—No mas que quince dias.

—¿Sois alguna víctima sacrificada al interés de vuestra familia?

—¡Yo no tengo familia, don Juan!—dijo la niña.—Mi padre murió á mano airada, hace tres meses, cuando en mal hora fué á llevaros una carta del emperador al convento de San Gerónimo de Yuste, en donde os encontrábais.

Se estremeció don Juan.

Aquella niña, á no dudarlo, por lo que habia dicho, era la hija del pobre capitan Fernan-Perez.

—Por eso, cuando os nombrásteis junto á la tumba de la desdichada Inés de Ulloa, gemí yo, y vos creísteis que era Inés quien gemia en el fondo de su tumba. ¡Ah, no! no señor, ¡los muertos no gimen! Cuando yo muera desesperada, como murió Inés de Ulloa, no gemiré aunque venga á poner su mano sobre mi tumba el hombre á quien amo.

—¡El hombre á quien amais! ¡amais ya! ¿qué edad teneis?

—Quince años. ¿Qué, os parecen pocos para amar?

—No, hija mia, no; y sin embargo, yo no amé hasta los veinte; en cambio, yo no he olvidado mi primer amor.

—Yo no tendré otro.

—¿Á quién amaís?

—¡Ah! perdonad: sobrecogida al verme aquí sola con vos he querido defenderme de vos diciendo que amo; porque los que os conocen, dicen que á pesar de todo, sois un gran caballero, altivo y noble, á quien humilla no ser amado, y que respeta á la mujer que no puede amarle.

—Nunca me he visto en el caso de respetar por ese motivo,—dijo un tanto ofendido en su amor propio don Juan.

—¿Pretendeis ser amado por todas las mujeres?—preguntó la jóven.

—No he querido decir eso,—se apresuró á responder don Juan;—quisiera Dios que ninguna me hubiera amado; no hubiérais tenido ocasion de verme como me habeis visto conmovido al pié de una tumba.

—Esa tumba me atrae, don Juan,—dijo la niña;—es la de una desdichada muerta por unos amores imposibles como los mios; hace tres noches, que con licencia de la superiora recorro sola el *via crucis*; como estoy desesperada, las sombras pavorosas del convento me consuelan en vez de aterrarme; vengo al pié de la tumba de Inés de Ulloa, y contemplo su estátua y hablo con ella como si pudiera oirme: hace poco sentí pasos en el claustro, pasos de hombre que se encaminaban á la capilla que sirve de enterramiento á Inés de Ulloa y á su padre; tuve miedo, no podia salir sin ser vista, y me escondí detrás de la tumba de Ines: hé ahí por qué los gemidos que se han escapado de mi alma al saber que érais la causa de la muerte de mi padre, os han hecho creer que Inés os contestaba desde su tumba; luego, cuando os pusísteis á hablar con el comendador, un poder invencible me atrajo á vos; salí de detrás de la tumba, y cuando vos os volvísteis, me encontrásteis delante; teníais un aspecto terrible, don Juan; estábais desencajado, y al ver vuestra mirada me aterré y me desmayé.

—Es decir, que estais contra vuestra voluntad en él convento,—dijo don Juan.

—Á él me ha enviado la emperatriz.

—¿Por vuestros amores?

—Por mis amores.

—¿Y qué tiene que ver con vuestros amores la emperatriz?

—Tiene celos.

—¡Celos! ¿pues quién os ama? ¿á quién amais?

—Quien me ama y á quien amo, don Juan, es vuestro hermano.

—¡Mi hermano!

—Así os llama don Cárlos.

—¡Cómo! ¡el emperador!

—Sí, el emperador.

—¡Ah! pues si amais á mi hermano el emperador, comprendo que no me ameis, que no podais amarme; él vale tanto como yo, y es mas grande que yo; nacimos en un mismo dia; nos diferenciamos solo, en que él nació de una reina, y yo de una dama; en que él tiene por espada y por escabel un reino de reinos, y yo no soy mas que un caballero; pero él será mas funesto al mundo que yo: el dia de su juicio, le cercarán mas sombras rojas que á mí; ¡ah! ¡él tambien está maldito de Dios!

—¡Ah, no, no! es generoso, es noble, es grande.

—¿Creeis acaso, que yo soy miserable, villano, pequeño?

—¡Vos sois terrible!

—Si es terrible ó no el emperador, que lo digan sus campañas, que lo declare Italia, que respondan el rey de Francia preso, Roma saqueada, el Papa cautivo, el mundo aterrado; ¡ah, no, no! entre Cárlos y yo, no hay otra diferencia, sino que él mata con todas las espadas de sus reinos, y yo con una sola espada; por algo me llama el emperador hermano: ¿y vos, cómo os llamais?

—Estrella Fernan-Perez.

Se estremeció don Juan Tenorio; recordó al capitan á quien por un ultraje casual habia matado, y que le recomendaba espirante amparase á su hija que habia quedado huérfana.

—¿Sabeis quién mató á vuestro padre?—dijo don Juan cediendo á su pensamiento.

—No; si lo supiera, me vengaría.

—¿Y cómo le vengaríais encerrada en este convento?

—¡Ah! es que ya no estaré encerrada, porque vos me sacareis.

—¡Yo!

—Sí, ¿no habeis sacado nunca de un convento á una monja? se cuentan de vos aventuras semejantes.

—De mí se cuenta mucha mentira; los que por desgracia llegan á ser famosos, tienen que cargar, mal que les pese, con lo que quieren atribuirle, la necedad, la envidia ó la infamia; entré una vez en este convento, pero salí solo; he vuelto á entrar, y por lo que hace por esta noche, solo saldré.

—No importa; vos sabeis que estoy yo aquí, y el emperador lo sabrá.

—Para buen oficio me guardais, Estrella.

—¡Qué! ¿no es el emperador vuestro hermano?

—¿Y creeis que el emperador se cuide mucho de vos?

—¡Oh, sí! oid: Yo era menina de la emperatriz.

—Lo sé.

—¿Que lo sabeis?

—Sí; vuestro padre murió cerca del monasterio de San Gerónimo de Yuste, entre las huertas, al lado de una fuente ruidosa y humilde como esta; yo volvia de un largo paseo; al dia siguiente debia profesar; encontré á vuestro padre; porque yo voy siempre allí donde acude la muerte; me lleva á ella mi destino terrible; vuestro padre me dijo:

—Traigo una carta del emperador para don Juan Tenorio.

—Don Juan Tenorio soy yo.

—El emperador os ama; tengo una hija que se queda huérfana, ¡protejedla, don Juan!

Vuestro padre murió.

Yo volví al convento, entré en mi celda, leí la carta en que

el emperador me llamaba; el mundo ardió delante de mí, y á su luz ví con horror la sombra del claustro; me despojé de mis hábitos de novicio, como vos, Estrella, os despojareis de los vuestros, yo os lo juro; tomé mis ropas y mis armas que habia guardado, me despedí del prior mostrándole la carta del emperador, monté en mi caballo, que se me habia conservado en las cuadras del monasterio, y partí dirigiéndome á Portugal.

—¡Y mi padre! ¡mi pobre padre!—dijo Estrella.

—Consoláos, hija mia; nada habrá faltado al cadáver; ni suntuoso entierro, ni buena sepultura; los monjes de San Gerónimo de Yuste no son mezquinos cuando se trata de oraciones y salmos.

—Sí,—contestó doña Estrella;—el emperador me dijo, cuando ya no me pudo ocultar la muerte de mi padre, que los monjes de San Gerónimo le habian hecho un ostentoso funeral.—Pero ¿á qué fué mi padre á San Gerónimo de Yuste?—Pregunté al emperador.

—A sacar de él, con una carta mia, un alma condenada,—me respondió don Cárlos;—un hombre que no ha nacido para ahogar entre el frio y el silencio del claustro su corazon de fuego; un hermado mio del corazon, con el cual me he criado, y al cual amó como si fuera de mi familia; don Juan Tenorio.

Desde entonces, yo he pensado en vos con horror, don Juan, —añadió Estrella.

—¡Con horror!—dijo con la voz insegura don Juan.—¿Y por qué?

—Porque sin vos, mi padre existiria.

Don Juan volvió á estremecerse.

—¡Su destino!—dijo,—¡su destino es quien le ha matado!

—Pero vos habeis sido la causa de que se ha valido el destino.

Don Juan creyó oir una acusacion en estas palabras de Estrella, y tembló por tercera vez.

—Yo tambien, desde el dia en que habló de vos vuestro padre, he pensado en vos con miedo.

—¡Con miedo! ¿Y por qué?

—Por un presentimiento tal vez; parecia que una voz secreta me decia en el alma que ibais á ser para mí muy dolorosa.

—¡Ah! ved don Juan que el emperador me ama, y que yo le amo.

—Sois, ¡vive Dios! el imposible mayor que se ha puesto á mi paso, y he de vencerle ó morir.

—¿Y qué os importo yo?—dijo con altivez la niña:—¿qué valor tiene para vos una pobre huérfana menos hermosa que doña Inés de Ulloa, ante cuya tumba os habeis atrevido á decir, que vuestro amor hácia ella ha pasado envuelto en el torbellino de vuestros amores, que para vos no existe el amor, sino el empeño?

—Pues ese es el valor que teneis para mí, Estrella; el del empeño mas grave que he contraido en toda mi vida.

—Ó me llevais con vos,—dijo Estrella,—ó tenemos que separarnos.

—¿Y por qué?

—Oid: están dando las ánimas; á esta hora debo volver á mi celda, al lado de la horrible monja con quien vivo; sino vuelvo, me buscarán: decidíos, pues yo estoy dispuesta á todo; si podeis sacarme por donde vos habeis entrado, salgamos; llevadme á un lugar seguro, y avisad al emperador.

—Nada hay dispuesto,—dijo don Juan;—por donde he entrado yo con mi lacayo, no podeis salir vos; pero no tardareis en salir, os lo juro; emplearé para con vos el medio que empleé para

entrar hace quince meses en busca de una mujer que no llevé conmigo, por quien sufrí un año de locura, de dolor, de terror; id, id, que no os echen de menos, no lloreis, confiad en mí; tal vez esta misma noche habreis salido del convento.

—¡Oh, don Juan! si eso haceis, os amaré como una hermana; no puedo detenerme, adios.

Estrella se apartó de don Juan, se deslizó por entre las tumbas, y se perdió en la sombra.

II.

Don Juan permaneció profundamente pensativo por algunos segundos.

—Y bien, —dijo:—el torbellino empieza á arrastrarme consigo, violento, terrible, incontrastable. ¿Por qué he respetado yo á esa niña? ¿por qué se aleja de mí sin llevar consigo un candente recuerdo de don Juan? ¡ah! es que al fin amo; es que mi alma se ha quedado en Lisboa con Isabel.

Y esta niña tan bella, tan pura, ¡oh, sí! yo he sentido el perfume de pureza que de ella se desprende.

¿La amará el emperador? ¿será este un vago deseo que pasa borrado por otros empeños mayores? ¡ah, lo veremos!

Y saliendo de su meditacion, se encaminó al sitio donde habia dejado á Gabilan.

III.

Permanecia este encogido y temblando con mucha mas fuerza que antes.

—Ello era preciso, —dijo:—Dios no podia dejar sin castigo estas locuras, estos sacrilegios.

—¿Qué diablos estás ahí rezando entre dientes, imbécil?—dijo don Juan.

—Aunque rezara el Trisagio, no era mucho, señor.

—¿Qué dices?

—Digo, que mientras vos habeis estado allá ofendiendo á Dios, yo he sentido los pasos de muchos hombres que se han detenido junto á la tapia por la parte de afuera, y no han vuelto á moverse.

—Pues mejor para nosotros, y peor para ellos; vamos, hazme escala.

—¿Pero vais á salir, señor, por donde nos están esperando? ¡Eso es tentar al diablo!

—Este es el sitio mas bajo de la tapia; has la escalera, y silencio.

Gabilan gimiendo de miedo, se encorbó, apoyó las manos contra la tapia, subió don Juan sobre él, le puso los piés en los hombros, y trepó silenciosamente al caballete.

Desde allí miró á la parte de afuera.

Un largo cordon de hombres estaba pegado á la tapia.

Don Juan soltó el estremo de su capa á Gabilan, que trepó.

—No nos han sentido,—dijo en voz baja don Juan;—saltemos afuera de golpe antes que nos vean.

Y tras estas palabras don Juan saltó.

Gabilan no perdió un instante, y saltó tambien.

—¡Ah! ¡Hélos ahi! —esclamó una voz de jóven ó mujer, en la cual creyó reconocer don Juan la voz de doña Leonor; ¡sobre ellos, y que no se os escapen!

IV.

Pero era ya tarde; don Juan y Gabilan habian ecchado al aire los hieros, y se abrian paso á cuchilladas.

—¡Dénse á la ronda del rey!—gritó un alcalde.

A aquella intimacion sucedieron dos ó tres gritos de dolor, como de hombres que hubiesen sido heridos gravemente.

Un momento despues, ningun alguacil parecia en diez leguas á la redonda.

Don Juan y Gabilan se habian quedado solos.

—A la alameda vieja,—dijo don Juan;—una mujer acaba de amargarme el alma, otra me ha vendido (don Juan se referia á Leonor, á quien habia reconocido por la voz), y necesito ir á apurar la amargura al lado de otra mujer.

La verdad es que don Juan habia dado un rodeo por la ciudad al llegar al convento de Santa Clara, habia sentido la tentacion de entrar en él, al salir de él habia recaido en el deseo que le habia sacado de su casa: esto es, queria ver á Magdalena, á quien hacia tantos años no habia visto; á la mujer de su primer amor.

CAPITULO IV.

De cómo don Juan, buscando á Magdalena, fué preso por el emperador.

I.

Amo y criado llegaron algun tiempo despues á la Alameda vieja, que hoy deberia llamarse viejísima, puesto que vieja se llamaba hace mas de trescientos años.

Gabilan, como quien bien conocia la casa de Magdalena, llegó á su puerta y llamó á grandes golpes.

—¿Qué quereis?—dijo una voz de hombre desde adentro.

—Decid á la señora,—contestó Gabilan,—que yo estoy aquí acompañado de un grande amigo suyo.

—Señor Anton Gabilan,—dijo el de adentro,—no puedo dar vuestro recado á mi señora, como no salga y vaya á dárselo al alcázar.

—¡Ah! ¿la señora está de servicio?

—No, señor Anton Gabilan; pero es lo mismo: la ha llamado la emperatriz.

—Pues quedad con Dios, señor Pontejos, que ya iremos á buscar á la señora al alcázar.

Y se separó de la puerta.

II.

—¿Por qué has preguntado si Magdalena estaba de servicio? —dijo don Juan.

—¡Ah, sí! sé me habia olvidado deciros que doña Magdalena es dama de honor de la emperatriz.

—¡Oh!—dijo don Juan,—pues con su hermosura tendrá revuelta á la córte.

—Llueven sobre ella pretendientes, señor, como sobre mí desdichas; pero quien mas la persigue, y de quien tiene que guardarse como de un gran peligro la señora, es del marqués de Astorga, caballerizo del emperador.

—¡Un viejo libertino!—dijo don Juan.

—¡De libertinos hablais vos, señor!

—Yo no soy libertino; yo soy enamorado: yo soy jóven y y aceptable, y el marqués es repugnante y viejo.

—Pues la echa muy de muchacho, y cree que todavía puede aspirar al amor de la mujer, porque alguna bribona se finge enamorada de él, por los doblones que le saca; pero la verdad es que persigue de muerte á doña Magdalena, y noches pasadas, si no es por los perros y por el señor Gaspar Pontejos, que se agarró á una capa y á una espada mientras acudieron los otros criados, algunos hombres que habian entrado en la casa por los sótanos, se la llevan.

—Anda, anda deprisa, Anton, que estoy impaciente por llegar al alcázar y verla.

Poco despues pasaban por entre los centinelas suizos que daban la guardia á la puerta del alcázar.

Delante de la puerta habia una carroza, y en el vestíbulo del alcázar, formados en dos filas, veinte soldados de la guardia española, con los coletos encarnados y sus grandes alabardas, al frente de los cuales habia un alférez.

Al ir á pasar don Juan, este alférez se le puso delante, quitándose el sombrero é inclinándose profundamente.

—Perdonad, mi general; pero vuecencia no puede pasar adelante.

—¿Sabeis con quién hablais, hidalgo?

—Al veros os he reconocido, porque teneis cara de ser la persona de quien tan grandes cosas se cuentan: vos sois, sin duda, el excelentísimo señor don Juan Tenorio, capitan general de la guardia española de su majestad.

—Cierto que soy don Juan Tenorio,—dijo éste,—¿pero si soy tambien capitan general de la guardia española, cosa que yo ignoraba, y teniendo, como tengo, mi llave dorada', por qué se me detiene á la puerta del alcázar?

—Solo puedo contestaros, mi general, que el emperador lo manda.

—Entonces, hidalgo, ofreced á su majestad mis respetos, y decidle que volveré dentro de poco á probar si no se me impide la entrada.

—Es que vuecencia tampoco se puede ir,—dijo el alférez.

—¿Cómo es eso, hidalgo?—contestó un tanto contrariado don Juan.

—Perdóneme vuecencia, pero vuecencia está preso de órden del emperador: como que yo salia para ir á buscarle.

—Pues entonces, alférez, tomad la espada y llevadme á la torre donde me han de encerrar.

—No tengo órden de desarmar á vuecencia, sino de llevarle á la antecámara de su majestad y avisar su llegada.

—¡Ah! pués entonces, señor alférez, adelante: Gabilan, quédate por ahí y espérame.

—¡Todo sea por Dios!—dijo murmurando entre dientes Gabilan.

III.

Atravesaron el vestíbulo, el patio de las Muñecas, y llegaron á la antecámara del salon de embajadores, en la cual estaban los gentiles hombres, los camareros y los contínuos de la casa del emperador, que llenaban su servicio.

—Micer Guillermo de la Maine,—dijo el alférez al chambelan de servicio, que era un tudesco obeso y coloradote,—decid á su majestad que el alférez Mazarredo le anuncia la presencia en el alcázar del excelentísimo señor capitan general de la guardia española, don Juan Tenorio.

—Eh pien, señor; vostra escelencia boder pasar sin ser anunsiado.

Y el chambelan levantó la gran cortina de la puerta, y se inclinó.

Solo entonces don Juan se quitó el sombrero, porque era grande de España cubierto ante el rey.

Entró, y encontró á Cárlos V engolfado en la lectura de algunos papeles.

IV.

Al ruido de los pasos de don Juan, el emperador alzó la cabeza y le vió.

Al verle, ardió en sus ojos, en sus poderosos ojos azules, una llamarada de alegría.

Se levantó, y sin dejar arrodillarse á don Juan, le levantó asiéndole por ambas manos, y luego le abrazó como un emperador abraza á un vasallo, dejando siempre establecida la distancia.

—¡Ah! ¡Cuerpo de Baco!—exclamó con alegría:—me haceis jurar como un napolitano: ya era tiempo, don Juan: desde que nos separamos en Gante, hasta ahora, han pasado diez y seis años sin que se os haya podido echar la vista encima.

—Señor,—dijo don Juan con respeto, pero con una gran dignidad;—empresas gigantescas han tenido á vuestra majestad por esos mundos; y á mí, por otras partes, las aventuras, ó mas bien, las desventuras mias.

—Vamos, vamos,—dijo el emperador:—de la gente ociosa que está en la antecámara solo nos separa una cortina, y no podemos hablar con libertad; venid conmigo.

El emperador salió por una puerta seguido de don Juan, atravesó un retrete y entró en una recámara, cuya puerta cerró.

V.

Aquella recámara era una joya de la arquitectura árabe.

De su techo ensamblado, labrado con entrelazos, estrellas y y escudos, matizado y dorado de tal manera que parecia de maderas y metales preciosos, nácar y marfil, pendia una lámpara

de seda, que iluminaba blandamente las paredes, labradas con arabescos dorados sobre fondos de colores.

Sobre el pavimento de mármol habia una mesa con piés de bronce y tablero de mosáico, y junto á ella un sillon dorado, único asiento que habia en la régia estancia.

El emperador tenia un sencillísimo traje negro de seda, y á la cintura un pequeño puñal de oro. En la cabeza un birretito de terciopelo negro con una pequeña pluma blanca de cisne.

Sus ojos celestes y poderosos, su nariz aguileña y su boca, cuyo labio inferior estaba lleno de una terrible espresion de imperio, eran majestuosos sobre manera.

Don Cárlos estaba en el vigor de su edad, y era hermoso, altivo, audaz: su manera de estar de pié, ligeramente apoyado en la mesa, y la actitud de su cabeza, marcaban al emperador, nacido para serlo, al nieto de los poderosos Reyes Católicos; al señor de la mas estensa monarquía de los tiempos modernos.

VI.

El emperador no se sentó; no queria que don Juan estuviese de pié mientras él sentado, ni queria tampoco que don Juan se sentase: esto hubiera sido igualarse con el vasallo; y don Cárlos podia estimar mucho á don Juan, pero no hasta el punto de ponerse, ni por un solo instante, á su nivel. Don Juan, por su parte, estaba por la primera vez sin arrogancia delante de un hombre. Estimaba al emperador, como el emperador le estimaba á él.

Se habian criado juntos, y se consideraban casi como hermanos; pero de la manera que pueden considerarse hermanos un emperador y un súbdito: de una manera excepcional, sujeta á la fórmula, á la etiqueta, por un sentimiento mudo que jamás po-

dia espresarse con palabras, pero comprendido, aunque no espresado.

Y don Juan se hubiera hecho matar por el emperador, y el emperador hubiera apurado todo su poder para proteger á don Juan.

—Y bien, caballero,—dijo el emperador á don Juan, apenas hubieron llegado al morisco retrete donde se encontraban.—Creo que si no os prendo, no os veo sabe Dios en cuanto tiempo. La galera que mandais ha llegado á Sevilla, segun me han dicho, al oscurecer, y son muy bien ya las diez de la noche cuando os tengo delante; y eso gracias al alférez que os ha preso.

—Permítame vuestra majestad, señor, que le diga que he sido preso á la puerta del alcázar, cuando venia...

—¿Á buscarme?

—En verdad, señor, porque no puedo mentir; yo no pensaba ver esta noche á vuestra majestad; me parecia tarde, he perdido algun tiempo acomodando á una dama que traigo conmigo, de Portugal; á una parienta vuestra, señor.

—¿Parienta mia?—dijo el emperador, cuyo rostro se nubló levemente.

—Perdonad otra vez, señor, pero yo no puedo encubrir nada á vuestra magestad.

—Es decir que vuestras tremendas aventuras han llegado hasta mi familia, ¿habeis encontrado algun recuerdo vivo de mi padre, don Juan? Aunque no comprendo cómo podeis haberle encontrado en Lisboa, ni cómo en fin hayais podido atreveros por lo leal que me sois, á una parienta mia, sabiéndolo vos.

—Voy á explicarme, señor.

—¿Va á ser muy larga la explicacion, don Juan?

—Necesariamente.



—Pues entonces, paseemos, porque me canso de estar de pié é inmóvil.

Y el emperador, se asió del brazo de don Juan.

VII.

No habia mas señal de dominio entre los dos para el que sin conocerlos los hubiera visto asidos del brazo y paseando, sino que el emperador estaba cubierto y descubierto don Juan, con el sombrero en la mano. La capa la habia dejado en la antecámara, y tenia un traje mucho mas vistoso que el del emperador. Llevaba además espada y el emperador no.

Eran de la misma estatura, y en cuanto á majestad y altivez, no se sabia cuál era el rey y cuál el vasallo, ni se aventajaban en hermosura.

El emperador, rubio, blanco y con magníficos ojos azules, era estremadamente simpático; don Juan, con sus espesos cabellos negros, su tez de un blanco marfil y sus ojos negros relucientes, terribles, era fuertemente atractivo: habia algo de comun entre aquellos dos gigantes: tal vez su destino era relativamente igual: la lucha eterna con lo imposible, cada cual en su posicion.

—Empezad, don Juan, empezad;—dijo el emperador;—todo se reduce á que esta noche me acueste un poco mas tarde: no importa, empezad.

—La víspera del dia en que debí profesar, señor, estaba yo en el campo, desesperado. Si un acontecimiento no hubiera venido á arrojarme del claustro, á estas horas seria sacerdote y monje.

—No sé si he hecho bien ó mal en escribiros, don Juan, porque supongo que mi carta fué el acontecimiento que impidió vuestra profesion.

—En efecto, señor; la carta con que me honró vuestra majestad ha sido la causa de que yo no profesase; porque si el capitan Fernan Perez no hubiera llevado aquella carta á San Gerónimo de Yuste, no hubiera muerto.

—¿Y qué teneis vos que ver con la muerte de ese pobre capitan?—dijo el emperador deteniéndose y mirando de una manera profunda á Tenorio.

—El capitan iba muy mal montado; llevaba uno de esos caballos llenos de resabios, asombradizos, que son siempre un peligro para un ginete. El caballo me vió de improviso, le asombraron sin duda mis hábitos blancos, se puso de manos, descompuso al capitan, intentó el bote, mordió el freno, y yo me lancé á sujetar al caballo para que no estrellase al ginete. Sentí un latigazo en la cara: hé aquí señor el acontecimiento que me sacó del claustro; porque maté al capitan.

El emperador bajó la cabeza y no dijo una sola palabra.

—El pobre capitan me dió la carta de vuestra majestad y me dejó oir su testamento, en estas solas palabras:—Don Juan, tengo una hija, que se queda pobre y huérfana; es menina de la emperatriz; se llama Estrella; el emperador os estima mucho; protejed á mi hija, don Juan.

Tenorio sintió que el brazo que el emperador apoyaba en el suyo, se extremecia.

—Seguid, seguid,—dijo el emperador.

—Dos horas despues partí á caballo, del convento, habiéndome despedido del prior. Yo, por lo que pudiera suceder, habia tomado el camino de la frontera de Portugal. Durante tres dias no me aconteció otra aventura que comer mal y dormir peor en las posadas. Ya cerca de Somorinos, á poca distancia de la frontera, tropeoé con dos damas, de noche ya, que tenian miedo, porque las

habian dicho que en el camino habia bandidos, y rogado por ellas, las acompañé, y de los bandidos, con los cuales tropecé, maté á tres; los restantes huyeron, y los dos criados que habian acompañado á Fernan Perez, y que por encargo del mismo habian pasado á mi servicio, murieron en la refriega. Hé aquí que nadie sabe, mas que vuestra majestad y el prior de San Gerónimo de Yuste, que yo he sido involuntariamente y por necesidad, el homicida del capitan Fernan Perez.

—Lo sé yo solo,—dijo el emperador con el acento un tanto sombrío,—porque el buen prior de San Gerónimo de Yuste, ha muerto hace algunos dias.

—Vuestra majestad puede ejercer en mí justicia,—dijo don Juan.

—La ejerzo manifestando que hicísteis bien: quién cruza el rostro de un caballero, merece morir.

—Despues, por necesidad tambien, señor, he matado dos hombres en Lisboa.

—Adelante, don Juan, adelante: yo no soy vuestro confesor.

—Y hubiera matado mucha mas gente, si los asuntos de doña Leonor de Sese no se hubieran torcido.

—Seguid, seguid don Juan: vengamos á mi parienta; á esa parienta que no comprendo quién pueda ser.

—Dadme licencia, señor, para que yo presente á vuestra majestad las pruebas de que es hija del rey don Manuel, padre de la emperatriz, mi señora, la dama que he traido de Portugal.

—¡Ah, es una cuñada mia!—dijo el emperador.—¿Teneis con vos esas pruebas, don Juan?

—Sobre mi pecho, bajo mi ropilla.

—Dadmelas.

Don Juan se abrió la ropilla, sacó de ella la cartera que se

habia encontrado en el armario de Lope Pereira en Lisboa, y la entregó al emperador.

Don Cárlos leyó con avidez aquellos papeles.

Los volvió á leer, y luego dijo á don Juan.

—¿Quereis ser infante de Portugal y mi concuñado?

—Infante de Portugal, sí; sobrino político de vuestra majestad, sí, es mas, cuento con vuestra majestad para obtener la mujer á quien mas he amado en el mundo, doña Isabel, hija natural del rey don Juan III, á quien su padre ha encerrado en un convento.

—¿Pero cómo diablos, don Juan, habeis encontrado á todas estas princesas bastardas? vuestra historia, á lo que mas se parece es á un libro de caballerías. Os encontrais en el cementerio de un pueblo, segun me escribísteis, una nieta bastarda del traidor duque de Viseo, y habeis tropezado despues con una hermana bastarda y con una hija natural del rey de Portugal; ¿cómo habeis dado con ellas?

—Á doña Isabel, en el camino, antes de llegar á Portugal: era una de las dos damas que por temor á los bandidos me pidieron las acompañase. La otra dama era doña Estefanía de Silva Carbalho y Meneses, favorita que fué del rey don Manuel, y en quien éste, como vuestra majestad habrá visto en esos papeles, tuvo á doña Gabriela de Portugal. Á esta y por causa de doña Isabel, la encontré sirviendo á un platero que se llamaba Lope Pereira, é ignorante de su orígen.

—Contadme, contadme eso,—dijo el emperador.

—Es muy largo, señor, y temo fatigar la atencion de vuestra majestad.

—No, don Juan, no: todo se reducirá á que me recoja mas tarde y á que velen algo mas los de mi cámara.

VIII.

Don Juan contó al emperador todo lo que le habia acontecido en Lisboa, hasta su combate contra las galeras portuguesas, el naufragio del rey de Portugal y la última conversacion que tuvieron en la lancha donde le salvó don Juan.

—Ya veis, señor,—dijo éste cuando hubo acabado su relato, que yo, antes que todo, necesitaba aposentar á vuestra parienta: hé aquí por qué he tardado en presentarme á vuestra majestad. Además, me ha acontecido una estraña aventura que me ha entretenido mucho. Me he entrado escalando las tapias del cementerio, en el convento de Santa Clara.

—¡Don Juan, don Juan!—exclamó el emperador,—¿es franqueza ó audacia la vuestra? ¿No sabeis que yo soy el rey católico, y á mas de esto, emperador de romanos y protector de la Iglesia?

—Vuestra majestad puede castigarme,—dijo don Juan,—pero yo no puedo tener secretos para vuestra majestad.

—¿Pero á qué entrasteis en ese convento?

—¿No ha oido vuestra majestad contar lo que se dice de mis amores con Inés de Ulloa, y de mis aventuras con su padre el comendador don Gonzalo? Pues bien; don Gonzalo y doña Inés están sepultados en el claustro de Santa Clara. Al pasar por allí, sus tumbas me atrageron; salté la tapia, entré, y junto á la tumba de Inés encontré á una mujer, á una niña, cuya proteccion me encargó su padre moribundo.

—¿Quién?—dijo el emperador, pudiéndose apenas contener.

—Doña Estrella Fernan-Perez,—contestó Tenorio de la manera mas natural del mundo.

—Sí, es cierto; la emperatriz creo que separó de su servicio á esa menina, pero yo no sabia adónde la habia enviado. Y... ¿la habeis hecho presa vuestra, como á otras tantas mujeres?

En la voz del emperador se notaba un acento estraño y un temblor casi imperceptible.

—Es la primera mujer jóven y hermosa,—dijo don Juan,—que he tenido en mi poder, y á la que he respetado. Al verme se desmayó; yo la hice volver de su desmayo, me dijo su nombre; yo la dije el mio; dieron las ánimas, se fué á la celda de la monja con quien vive; yo salté la tapia; me encontré en la calle con la justicia, que me esperaba, y para llegar hasta el alcázar me he visto obligado, señor, á desembarazarme á cuchilladas de la justicia.

—Y ¿á quién veníais á ver á estas horas al alcázar, puesto que me habeis confesado que no veníais á verme á mí?

—Venia á ver á doña Magdalena Zegrí, hija natural de doña Ana Zegrí, difunta abadesa de Santa Clara, que en la actualidad es dama de honor de su majestad la emperatriz.

—¡Ah! ¿quién os entiende, don Juan? ¿No decís que amais, como no habeis amado nunca, á la sobrina bastarda de la emperatriz, doña Isabel de Portugal?

—Es, señor, que en el corazon humano hay muchos amores. Amo á doña Magdalena Zegrí, como se ama á una hermana. A doña Isabel de Portugal, como amamos á la mujer que es nuestra alma, como amamos una sola vez en toda nuestra vida.

—Pues mirad que creo que la doña Magdalena os cuenta por suyo, y que os meteis en una guerra mujeril, que tal vez no podais vencer; porque las mujeres son el diablo, primo don Juan.

—¿Primo de vuestra majestad?—dijo don Juan deteniéndose y mirando fijamente al emperador.



—¡Oh sí! ¿Cómo os ha nombrado al prenderos de órden mia el alférez Mazarredo?

—Me ha dado tratamiento de excelencia, y cuando le he preguntado la razon de ese tratamiento, me ha dicho que vuestra majestad me ha nombrado general de la guardia española.

—¿Y nada mas?

—Nada mas.

—¿No os ha saludado con el nombre de marqués de Marana?

—No señor.

—Pues ha sido un olvido del alférez Mazarredo, que le va á costar estar encerrado un mes en una torre: decídselo vos cuando salgais, como capitan suyo que sois.

—Lo que le diré, señor, con licencia de vuestra majestad, es que se vaya á elegir á mis cuadras un caballo, para que recuerde que él es el primero que ha debido saludarme con el título que vuestra majestad se ha dignado concederme.

—Sea lo que querais, don Juan: despues de diez y seis años que hace que no nos vemos, ni he de ser severo con vos, ni he de dejar de complaceros en lo que querais.

—Vuestra majestad me obligaria, si pudiera obligarme mas de lo que lo estoy, á servirle hasta perder mi vida.

—Yo quiero obligaros á que cambieis de vida, poniéndoos tan alto, que vuestra altura os impida andar de la manera aventurera que habeis andado hasta ahora; además, don Juan, hemos llegado entrambos á una edad en que las locuras de la juventud no sientan bien; hay algo que está mas alto que los amoríos y las cuchilladas á oscuras por la calle; la fama, nuestro recuerdo dejado en la historia.

—Yo no dejaré mi nombre á la historia, señor; para ello me falta una corona.

—¡Conquistadla, vive Dios! ¡Ahí teneis el Africa bárbara arrancadla una estension bastante para fundar un reino, y sed lo que debeis ser: vuestra cabeza tiene fuerza bastante para sostener una corona real; yo he puesto sobre ella una corona de marqués, os he creado grande de España de primera clase, en lo que no os he dado mucho, porque ya vuestra familia tenia el privilegio de cubrirse ante el rey; he averiguado para titularos, cómo se llamaba el solar donde habeís nacido.

—Entonces, señor, debo llamarme marqués del Diablo; porque el solar donde he nacido se llama el castillo del Diablo.

—Ese nombre se le ha dado la fama, por los prodigios que han pasado en ese castillo, que dicen han sido verdaderamente infernales; pero el doctor Carvajal, de mi consejo, que es un hombre muy docto, que sabe lo temporal y lo eterno, y que busca como un huron lo que por milagro no sabe, ha descubierto, no sé si evocando espíritu, ó por la mágia blanca ó por la mágia negra, que el tal castillo se llamaba allá por los tiempos de la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, casa de María y de Ana, dos santas mujeres, que huyendo del furor de Diocleciano fueron á esconderse en Sierra-Nevada, de donde el castillo se llamó de Mariana, y por corrupcion vino á parar en Marana; así lo declara y lo afirma el doctor Carvajal, y no hay mas remedio que creerlo, don Juan, porque echarlo á buscar, sería cosa superior, no digo yo para mi poder, sino para cualquièra otro que fuese un punto menos poderoso que Dios; ya, ya vereis el volúmen que ha escrito el doctor Carvajal para probar que el solar donde nacísteis se llamaba el castillo de Marana; ochocientas fojas de letra metida con testos griegos y latinos, y tan á macha martillo, que no hay quien se atreva á meterlas el diente; de lo que resulta, que no pudiéndose probar lo contrario de lo que dice el doctor Carvajal en su

mamotreto, señor de Marana sois, aunque al diablo le pese, marqués de Marana; porque yo que puedo hacer príncipes, os he creado marqués y grande de España, y os he dado todas las montañas, valles y dehesas realengas que eran mias en aquella region, para que vinculeis vuestro título; porque creo, don Juan, que vos al meteros fraile, hicísteis renuncia de vuestros bienes.

—Pero como no he profesado, mis albaceas no han dado ejecucion al testamento, y me le han entregado cerrado; de lo que resulta, que tengo, como tenia, tres millones de ducados de renta.

—Lo que os hace tan rico como el rey, don Juan, y el grande mas grande de mi imperio; no es eso solo: el elector de Hesse Cassel, ha muerto, y un toison de oro ha quedado vacante; vacante no, porque yo os le he conferido.

—Todo esto me fatiga, señor; me agovia; el collar de la órden teutónica no me hará valer mas, ni la grandeza de España me hará mas grande; á mí me basta con ser don Juan Tenorio.

—Os doy lo que tengo, primo; no me lo desprecieis; yo no pretendo engrandeceros; sé que la grandeza del alma es la primer grandeza, y vos la teneis grande; pero adorno á mi compañero de infancia; al hombre que mas se me parece, —añadió el emperador, bajando la voz, y con acento sumamente afectuoso, —á mi hermano; cubríos, marqués de Marana, cubríos, el emperador quiere un momento veros al par suyo.

IX.

Don Juan se cubrió como hubiera podido cubrirse delante de Cárlos V un igual suyo.

—Abrazadme ahora, —dijo el emperador.

Aquellos dos hombres que habian nacido en un mismo dia y á una misma hora, que tenian un espíritu comun, una audacia igual, una ambicion semejante, un valor á toda prueba y un corazon inmenso, aquellas dos grandezas que viven aun; la una en la historia, la otra en la tradicion, aquellos dos gigantes que representan la época mas gloriosa y grande de España, se abrazaron como hubieran podido abrazarse dos hermanos.

Cada uno de ellos sintió en aquel abrazo el violento latido del corazon del otro.

Despues de esto, se separaron, don Juan se quitó el sombrero, y el emperador se sentó en el sillon, quitándose, como por comodidad, su birrete, y quedando don Juan de pié.

X.

—Ahora, don Juan, el rey reemplaza al hermano; es necesario que el rey os diga lo que siente: el rey como rey, está muy disgustado de vos; sois un verdadero escándalo en mis reinos, y aun en los estraños; vais dejando por todas partes escrito vuestro terrible nombre con lágrimas y con sangre; vuestra ambicion amorosa no deja de hacer víctimas, ni vuestra espada de matar; pero no en defensa de Dios, del rey y de la patria, sino en lances oscuros, en aventuras locas; es necesario que esto se acabe, don Juan, es necesario que os caseis; y no solamente que os caseis, sino que seais buen casado; habladme con franqueza: ¿amais á esa doña Isabel de Portugal, bastarda hija de mi hermano el rey don Juan, como yo amo á la emperatriz doña Isabel de Portugal, hija legítima del difunto rey don Manuel?

—La amo algo mas, señor,—dijo con indomable audacia don Juan:—porque la amo como amante y como esposo.

—Y decidme, don Juan, porque me lo podeis decir todo, ¿habeis adelantado vuestro dominio sobre mi sobrina?

—Pura como el pensamiento de un ángel está doña Isabel, y el fuego que por ella me devora es puro como la luz de los cielos.

—Es el caso, que habeis quedado muy mal con su padre, y me temo mucho que no baste mi poder para hacer que el rey de Portugal consienta en esas bodas.

—Muy mal hemos quedado ambos, señor, con el rey don Juan III; pero si no consiente en darme por esposa á su hija, con vuestra licencia, señor, yo me la tomaré.

—Me he propuesto no enojarme hoy con vos.

—No debe enojarse conmigo vuestra majestad: no hay poder humano que me obligue á seros desleal, ni á encubriros lo que siento, ni á evitar que yo alcance, por cualquier medio que sea, la posesion del ángel que me ama, y á quien adoro.

—¿Y si yo, don Juan, os prohibiese un dia acercaros á doña Isabel?

—Me acercaria, señor: la obtendria, me casaria con ella, y vendria despues á entregaros mi cabeza.

—¡Indomable como yo!—murmuró para sí el emperador;—yo tampoco me he detenido en nada, ni me detendré: si por lo de Margarita y por lo del Papa está suspendido sobre mi cabeza el rayo del Señor, que caiga sobre ella.

Estas palabras no las oyó don Juan.

El emperador se puso el birrete, se levantó y dijo:

—Venid conmigo, don Juan; voy á presentaros á la emperatriz.

Don Juan siguió al emperador.

CAPITULO V.

La emperatriz doña Isabel.—Magdalena.

I.

Cuando el emperador, sin anunciarse, entró en la cámara de la emperatriz, ésta charlaba largamente con una dama que estaba sentada en el escabel del sillon que la emperatriz ocupaba.

La emperatriz y su dama formaban un grupo encantador.

Doña Isabel de Portugal era rubia, blanca, hermosa; pero con una hermosura dulce, modesta y un tanto fria, cubierta por una espresion de altivez y de dignidad, hijas de su alta posicion.

Se notaba que era reservada y prudente; de corazon grande, á propósito para compartir, como habia compartido con el emperador, los cuidados del gobierno.

Tenia algo de comun en el color de los ricos cabellos, de los ojos y de la tez, en lo sencillo y al par majestuoso de su aspecto, y en la pureza inmaculada del alma que de ella emanaba, con la grande, con la incomparable, con la santa Isabel la Católica, abuela del emperador é hija de la otra doña Isabel de Portugal,

hija de don Juan II de Portugal y esposa de don Juan II de Castilla.

La esposa de Cárlos V tenia en sus venas la misma sangre que por parte de su madre habia tenido doña Isabel la Católica.

Por esta razon se explicaba su gran parecido físico y moral, y lo que tenia de comun la emperatriz con el emperador, puesto que, aunque lejanos, eran parientes.

La emperatriz sufria visiblemente cuando entraron el emperarador y don Juan.

Lo que sin duda la hacia sufrir era su conversacion con la dama que estaba sentada á sus piés.

II.

Era esta dama Magdalena, que sin duda hablaba á la emperatriz de sus amores, de sus dolores, de sus esperanzas.

Magdalena estaba fuertemente sobreescitada: su palidez aumentaba su blancura, y el contraste sobre ella de sus cabellos, de sus cejas, de sus pestañas y de sus ojos negrísimos.

Magdalena nada habia perdido, ni de la riqueza de sus cabellos, ni de lo fresco de su tez, ni de lo mórbido de sus formas, ni de la admirable armonía de su hermosura, ni del fulgor de su juventud; y, sin embargo, contaba ya treinta y ocho años.

Su belleza se habia espiritualizado á impulsos del sufrimiento.

Resplandecia; habia llegado á ser casi ideal.

Sus ojos habian adquirido una fuerza infinita, una magia incontrastable.

Habia en ellos una vida inmensa que parecia alimentarse en un solo pensamiento: en el amor.

III.

Al ver Magdalena á don Juan, ahogó un grito, tembló, su palidez creció hasta convertirse en la palidez del cadáver; se alzó de una manera magnética, se separó de la emperatriz y permaneció inmóvil junto á la mesa, fijando una mirada hambrienta, lúcida, febril, en don Juan.

Don Juan, por su parte, miraba de una manera inmensa á Magdalena.

En aquella mirada habia una desesperacion profunda, una agonía cruel.

Aquellos dos séres no vivian en aquel momento mas que el uno para el otro.

El pensamiento de los dos era un infierno de sensaciones punzantes, desgarradoras.

Don Juan se habia creido mas valiente para resistir la vista de Magdalena.

Estaba tan pálido como ella, y tan convulso.

Magdalena y don Juan parecian entonces un solo sér partido en dos séres de distinto sexo.

El emperador y la emperatriz, cada cual por su parte, los abarcaban en una mirada semejante entre sí.

IV.

Hubo un momento de solemne silencio, en que la situacion lo dominó todo.

Al fin, el emperador cortó aquella situacion.

—Os presento, señora,—dijo á la emperatriz,—nuestro re-

belde don Juan, á quien no conoceis, y de quien me habeis oido hablar tantas veces: ya le tenemos en casa; no sé si convertido como el Hijo Pródigo; pero os aseguro que haré cuanto esté en mi poder para que no se nos vuelva á escapar.

—Bien venido seais á nuestra corte, caballero,—dijo la emperatriz;—yo os prometo la misma proteccion que debeis al emperador, mi señor.

—Y yo, señora,—respondió don Juan adelantando hasta la emperatriz y doblando la rodilla,—pongo á los piés de vuestra majestad mi espada, mi vida, cuanto soy y cuanto valgo.

La emperatriz estendió la mano á don Juan, que la besó con respeto.

—Alzad,—dijo la emperatriz.

—Ahora bien, don Juan,—dijo el emperador,—retiraos á descansar; mañana os esperamos en nuestro alcázar á la hora de audiencia.

Don Juan dobló la rodilla, besó la mano al emperador, se alzó y salió por la antecámara de la emperatriz.

—Doña Magdalena,—dijo el emperador,—podeis retiraros.

—Para volver á vuestra casa,—añadió la emperatriz.

Magdalena se inclinó profundamente, y salió con mas rapidez que la que permitia la etiqueta.

—¡Desgraciada!—dijo la emperatriz.

—Mas desgraciada de lo que podeis creer,—repuso el emperador.

V.

Magdalena habia temido que don Juan no esperase, porque el amor teme todo lo que le es contrario.

Pero encontró á don Juan inmóvil como una estátua en medio de la antecámara, y sin ver, á lo que parecia, á la alta servidumbre que hacia su servicio en la antecámara de la emperatriz.

—Sígueme,—dijo Magdalena en voz baja, rápida y anhelante, á don Juan, al pasar junto á él.

Y siguió adelante.

Don Juan salió tras ella.

CAPITULO VI.

De cómo la Caridad echó á pique á doña Leonor de Sese; la salvó y se la llevó presa.

I.

Magdalena atravesó el patio de las Muñecas, y detrás de ella, don Juan.

Un escudero de Magdalena la habia adelantado y llegado al vestíbulo del alcázar, donde habia habitado.

—¡Eh, Sebastian, Agustin, las sillas de manos!

Detrás de Magdalena y de don Juan iban dos escuderos, dos dueñas y dos damas de Magdalena; porque Magdalena, heredera de Ada, poseia sus inmensas riquezas, y como dama de honor de la emperatriz, mantenia una grande y noble servidumbre.

Gabilan, maldiciendo de su fortuna, que le hacia partícipe de nuevo de las tremendas aventuras de su amo, estaba echado

contra la pared, desalentado y aburrido, esperando á que su amo saliese.

Cuando llegó Magdalena á la puerta del alcázar, dijo á sus dueñas, á sus damas y á sus pajes.

—Volveos á casa; yo iré luego; este caballero me acompañará.

Y señalaba á don Juan.

A Magdalena le importaba muy poco lo que pudiera decir de ella su servidumbre, al ver que se quedaba sola con un caballero tal como Tenorio.

Lo que queria era explicarse con Tenorio libremente, donde nadie los oyese.

Las dueñas y las damas de Magdalena entraron en sus sillas de mano, que se pusieron en movimiento, seguidas por el escudero y por los pajes.

Magdalena se asió al brazo de don Juan, sin cuidar de encubrirse con el manto, á pesar de que iba vestida de córte y llevaba piedras en el peinado y perlas en la garganta.

Gabilan, á quien nada se habia dicho, echó silencioso y cabizbajo tras de su amo, y á una respetable distancia.

II.

—¡Oh, Magdalena, Magdalena de mi alma!—dijo don Juan: —¡me parece un sueño que te tengo á mi lado, que te veo! ¿Adónde vamos, mi amor?

—Fuera, fuera de Sevilla, donde no nos ahoguen las casas, donde respiremos todo el aire que Dios envia al campo. ¡Oh, don Juan! ¡á mí sí que me parece un sueño el verte junto á mí, el sentirte, el apoyarme en tu brazo, en tu brazo que tiembla como tiembla el mio; y ver tu hermosura que me enloquece, ver tu

mirada que es todavía para mí, la mirada tímida de aquel niño que no habia amado hasta que me amó! ¡Oh, don Juan, yo estoy muriendo de felicidad, de inquietud y de celos, no sé por qué! Sigue, sigue; todavía pasan gentes junto á nosotros y yo necesito la noche, la soledad, la inmensidad, contigo.

Y Magdalena marchaba rápidamente.

Gabilan seguia tambien con rapidez y murmurando: tras Gabilan iba otra persona; la misma que habia seguido á don Juan y á su lacayo hasta las tapias del cementerio del convento de Santa Clara, y que habia avisado á la justicia, de la cual se habia librado á cuchilladas don Juan. La justicia habia huido, pero aquella persona no.

Habia seguido á don Juan desde lejos y recatándose siempre, hasta la casa de Magdalena; y desde allí hasta el alcázar. Habia esperado pegada á los muros de la vecina catedral, y le habia seguido cuando habia salido del alcázar con Magdalena.

III.

El postigo del Carbon está cerca del alcázar.

Á él, pues, se encaminaron don Juan y Magdalena.

Eran mas de las once de la noche y el postigo estaba cerrado.

Don Juan se dirigió á los guardas, y les dijo:

—Abrid al marqués de Marana, capitan general de la guardia española, y de la cámara del emperador.

Esto, junto con un doblon de á ocho que puso en las manos de un guarda, y mas que todo el aspecto dominador de don Juan, y al gran sabor aristocrático que se desprendia de Magdalena, hicieron que el postigo se abriese.

—Esperad atentos á que volvamos y llamemos, para abrirnos,—dijo don Juan.

—Descuidad, excelentísimo señor,—contestó uno de los guardas.

Magdalena y don Juan salieron, y el postigo volvió á cerrarse.

Llegó á su vez al postigo Gabilan y le encontró cerrado.

—¿Quién abre aquí?—dijo con la insolencia peculiar á todo lacayo de señor rico y poderoso, y con muy mal tono, porque, como sabemos, estaba de muy mal humor.

—¡Eh, don Pelaire!—dijo uno de los guardas;—á largarse pronto, no sea que le hundamos las costillas; ¡pues pocos fueros que gasta don Perdido!

—Por donde salió mi amo, salgo yo, ó hay lá de Dios es Cristo,—dijo Gabilan que iba volviéndose el tremendo lacayo de otros tiempos.

—¡Ah! ¿sois vos criado de su excelencia?—dijo el mismo guarda, ya con estremada moderacion.

—Yo soy, por mis pecados y por los de tu abuela, tunante,—dijo Gabilan creciendo en descomedimiento,—lacayo de don Juan Tenorio.

Á aquel nombre el postigo se abrió, dió paso á Gabilan que salió de una manera violenta, y volvió á cerrarse.

Poco despues llegó la persona que seguia á don Juan.

—Abrid,—dijo imperativamente á los guardas, con una voz que tanto podia ser la de un niño como la de una mujer, á juzgar por su timbre.

—Y ¿por qué hemos de abrir?—dijo el guarda.

—Porque habeis abierto á don Juan Tenorio y á su lacayo.

—Y qué os importa á vos eso.

—Que yo soy paje de don Juan Tenorio.

Volvióse á abrir el postigo, y cuando estuvo fuera el que se habia nombrado paje de don Juan, volvió á cerrarse.

El supuesto paje de don Juan se encontró á poco que anduvo, al pié del muro que unia en aquellos tiempos el alcázar con la torre del Oro, y bajo la sombra de unos espesos y copudos álamos negros.

Desde allí partian algunas sendas.

Nada se veia, nada se oia.

Era difícil saber por qué senda habian tomado don Juan Tenorio y su compañera.

La luna habia salido, y penetrando por entre algunos árboles, iluminaba de lleno á aquella persona.

Mucho debia interesarla el seguir á don Juan, porque desesperada al ver que le habia perdido, levantó los ojos al cielo enviándole una muda blasfemia.

En aquel momento la luna iluminó su semblante.

Quien la hubiera conocido hubiera reconocido en ella á doña Leonor de Sese, con traje de estudiante de la época.

Se comprende cómo estaba doña Leonor en Sevilla, atendiendo á que en Sevilla estaba la córte, y que doña Leonor debia suponer que una vez fuera de Portugal don Juan, debia encaminarse á la córte del emperador.

La jóven habia previsto que podia ser retenida en Lisboa, contra su voluntad, por el rey don Juan III que estaba locamente enamorado de ella; se habia confiado al genovés Leonardo Lorenzo, y éste la habia procurado los medios de salir con seguridad de Lisboa, acompañada de un criado viejo que habia militado algunos años en los ejércitos de Fernando V, hablaba correctamente el castellano, y era valiente, esperimentado y fiel á toda prueba.

Doña Leonor hablaba tambien perfectamente el castellano, merced á los cinco años que habia estado en Somorinos, y solo

tenia un lijero acento portugués, que podia muy bien confundirse con el acento gallego.

Doña Leonor, pues, se proveyó de bayetas de estudiantes y de pretestos de salud para justificar que habia ido á Sevilla, desde Salamanca, por haberle mandado los médicos respirar los aires del Mediodía.

Una vez en Sevilla, pidió noticias de don Juan; la contaron una multitud de aventuras que hicieron estremecer á doña Leonor, porque la probaban que don Juan era un burlador impenitente, que una vez abandonada una mujer, no volvia á acordarse de ella; y la dijeron que si queria saber más pormenores, se fuese á Triana, á la hosteria de la *Sardina Verde*, cuyo dueño habia sido mucho tiempo lacayo de don Juan, y su acompañante en la mayor parte de sus aventuras.

Doña Leonor, con su escudero Cristóbal del Saltillo, se fué á la hostería de Gabilan, y se aposentó en ella esperando que don Juan apareceria indudablemente por allí, puesto que allí vivia quien tanto tiempo habia sido su lacayo, ó que por lo menos allí podia tener noticias exactas de él.

En efecto; á las veinticuatro horas de haberse instalado en la *Sardina Verde* doña Leonor, llegó don Juan con Gabriela; y doña Leonor le siguió sola, sin permitir á Cristóbal que la acompañase, cuando don Juan salió con Gabriela de la hostería.

IV.

Y era ciertamente desesperado haber seguido con tal tenacidad á don Juan; haber esperado en cuatro lugares distintos, y haberle por último perdido.

Esto se avenia mal con la enérgica voluntad de doña Leonor.

Era necesario, sin embargo, seguir, buscarle. Era de suponer que don Juan y su compañera no se hubiesen retirado mucho.

Doña Leonor tomó á la ventura hácia la rivera, y llegó al fin al malecon situado delante de la torre del Oro, sin haber encontrado una sola persona.

Como hacia un gran calor, la guardia de la torre donde se guardaban los caudales que venian de América, por cuya razon se la llamaba del Oro, estaban tendidos fuera de ella, y un centinela, con el arcabuz al hombro, se paseaba soñoliento por delante de la puerta.

—Decidme, amigo, y os daré para beber,—dijo doña Leonor al centinela,—¿habeis visto pasar á una dama y á su caballero?

—De modo que,—dijo el centinela,—aunque no me diérais nada, yo no tengo por qué callar que un caballero y una dama, que parecian personas muy principales, han pasado, han llegado un poco mas allá, á las chozas de los marineros, y poco despues han entrado en una lancha y se han ido por el rio arriba.

—Tomad, y gracias, y adios,—dijo doña Leonor, dando un real de á ocho al centinela.

—Cuidado con lo que haceis, mancebito,—dijo el centinela,—si vais tras de la dama, porque el caballero que la acompaña tiene cara de no ser muy sufrido. ¡Y poco enamorados que iban!. ¡Cuerpo del Diablo!

Doña Leonor no oyó estas últimas palabras.

Se habia dirigido rápidamente á las chozas de los pescadores, que estaban en la ribera.

Dormian estos, tambien á causa del calor, fuera de las chozas, entre las lanchas que estaban baradas en la orilla.

—¡Hola! ¡eh! ¡uno!—dijo doña Leonor.

—¿Quién anda ahí?—dijo uno de los pescadores, despertando.

—¿Habeis servido una lancha á un caballero y una dama?—dijo doña Leonor.

—Ta, ta, ta; en estas noches de verano son muchos los enamorados á quienes place pasear por el rio á la luz de la luna.

—Pues yo quiero pasear tambien,—dijo doña Leonor.

—No hay por qué no; por vuestro dinero.

—Se entiende. Una lancha al momento.

—Os costará dos ducados.

—Tomad cuatro.

El marinero se guardó las cuatro monedas, despertó á otro, lanzaron una lancha al rio, entró en ella doña Leonor, tomó el uno los remos, se puso el otro al timon, y la barca se deslizó entre la multitud de buques que estaban anclados á lo largo de la ribera, tomando el centro del rio.

Al pasar por delante del malecon de la torre del Oro, doña Leonor vió un hombre que, de pié é inmóvil, parecia una estátua del fastidio, y le reconoció.

Era Gabilan, que se habia puesto allí de atalaya á esperar á que su amo volviese.

V.

Muy pronto la barca se deslizó por debajo del puente de Triana, y chocó con otra lancha que enfilaba el claro del puente por donde habia pasado la barca que conducia á doña Leonor.

La que habia chocado con ella era una lancha larga, negra, estrecha, tripulada por cuatro remeros, y en medio de la cual se veia de pié un hombre vestido de negro é inmóvil. Sobre los

puentes de la barca habia una caja larga, estrecha y negra; junto á la popa, en un puente, habia un hombre sentado con un gran farol en la mano; al timon un marinero.

VI.

Al chocar esta lancha con aquella en que iba doña Leonor, la pasó por ojo.

—¡Al agua, hermanos!—dijó con voz severa y grave el hombre que iba de pié en la gran lancha negra:—que no se ahogue ninguno de esos que, sin querer, hemos echado á pique.

Respecto á los dos marineros, esta caritativa intencion habia sido inútil: habian salido á nado, como dos delfines, de debajo de la lancha, y se aproximaban rápidamente á la orilla.

Pero doña Leonor habia sido otra cosa. No sabia nadar; habia flotado un momento, y habia vuelto á sumergirse.

De los dos marineros de la gran lancha lúgubre que se habian tirado al agua, el uno la habia sacado, pero no tan pronto que doña Leonor no hubiese tragado mucha agua, y se hubiese desvanecido.

El hombre alto, vestido de negro, que hemos visto de pié en medio de la lancha, la asió, y viéndola en el estado en que estaba, la sujetó por la cintura y la puso la mano en el pecho para inclinarla, á fin de que, puesta boca abajo, pudiese arrojar el agua que habia bebido.

Aquel hombre se estremeció.

—¡Oh Señor!—dijo, al sentir sobre su mano el mórbido seno de doña Leonor.—Esta desdichada es una mujer.

Y retiró vivamente su mano.

Doña Leonor arrojó mucha agua y volvió en sí.

—Gracias,—dijo, incorporándose;—aunque no sé si debo agradeceros el que me hayais salvado. Tal vez hubiera sido para mí una ventura el perecer sin haber querido quitarme la vida.

—¿Tan desesperada estais, señora?—dijo, con la voz siempre grave y lúgubre, aquel hombre.

—¿Quién os ha dicho que yo sea una mujer?—dijo doña Leonor.

—Lo hé notado al asiros,—contestó aquel hombre.

—¡Oh, Dios mio!—dijo doña Leonor:—¡aquí hay un ataud!

—Sí: en ese ataud va el cuerpo de una pobre jóven, que no sabemos aun si se la podrá volver á la vida.

—¿Quién sois, señor?

—Un hermano de la cofradía de la Caridad, que se consagra á sacar los ahogados del rio. No podemos detenernos, señora: tal vez un momento que nos detengamos es la vida ó la muerte de esa desdichada. Vos misma necesitais auxilio. Remad, hermanos.

Los remeros, que eran tambien hermanos de la Caridad, cogieron los remos y bogaron con gran vigor.

—¡Ah! otra vez, la fatalidad me le roba,—dijo doña Leonor;—otra vez no puedo cumplir mi venganza. ¡Oh! le hubiera encontrado ébrio de amor, descuidado, entre los brazos de esa mujer; nada le hubiera podido defender de mí. Cuando me hubiera reconocido, hubiera visto, con una rabia impotente, que ya no podia evitar mi venganza.

—¡Qué decís, hermana!—exclamó aquel hombre sombrío.—¿De venganza hablais, cuando Dios, por su divina misericordia os ha librado de morir sin confesion, y tal vez en pecado mortal?

—¡Y qué me importa á mí todo, si él me ha hecho traicion; si por él me veo perdida, desesperada, abandonada!



—Volveos á Dios, que no abandona, que no desespera, que no pierde á sus criaturas.

—No me hableis de Dios mientras él dice amores á otra mujer. ¿No habeis visto pasar una lancha, en que iban una dama y un caballero?

—Sí.

—¿No le habeis conocido? Diçen que todo el mundo en Sevilla conoce á don Juan Tenorio.

—¡Don Juan Tenorio!—dijo roncamente el hombre negro.—¿Quereis matarle, sorprendiéndole en medio del impuro sueño del amor, para que su alma se pierda? Dejad, dejad que Dios toque su corazon y sus ojos, como tocó los ojos y el corazon de don Luis del Espino.

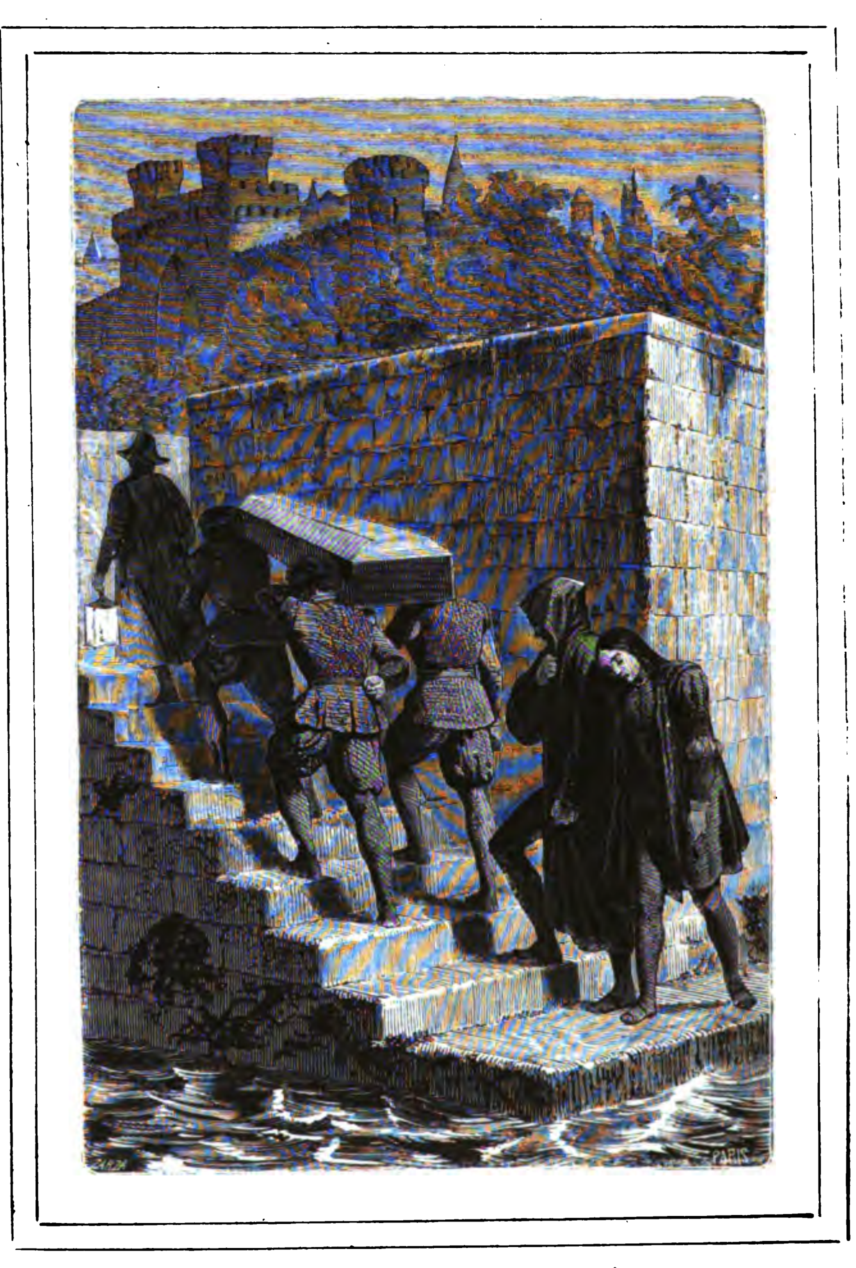
—Algun miserable, tan infame como don Juan; algun maldito que habrá tenido miedo; que creerá que Dios puede perdonarle, desoyendo los gritos de venganza de sus víctimas.

—¡Callad, señora, callad!—dijo con voz trémula aquel hombre,—y no perturbeis mi conciencia: callad, porque yo he sido tambien un gran pecador, y necesito de toda mi fé para creer que Dios me perdonará.

Doña Leonor se levantó rápidamente y echó atrás el capuz negro del ropon talar que cubria á aquel hombre. Quedó descubierto un semblante pálido, jóven, hermoso, que fijó una mirada profunda en el semblante de doña Leonor, embellecido por la palidez, por la excitacion, por la fiebre.

—¡Ah! ¡vos sois la tentacion de Satanás!—dijo aquel hombre, obligando á sentarse á doña Leonor, y cubriéndose de nuevo la cabeza con el capuz.

—Bogad, bogad deprisa, hermanos,—añadió, dirigiéndose á los remeros;—procuremos llegar cuanto antes al hospital.



LA MALDICION DE DIOS. — LAMINA 7.ª— ..... Cogieron el ataud, se le pusieron sobre los hombros, y subieron la escalinata.

VII.

Doña Leonor calló, dominada por el efecto que le habia producido la vista del terrible semblante de aquel hombre, que temblaba bajo su ropon.

Los remeros bogaban; bogaban, desatendiendo á su fatiga, violentando sus fuerzas.

El hombre que estaba sentado cerca de la popa, con el farol sobre las rodillas, parecia un espectro. La Caridad, vista bajo aquella faz, era, en su forma esterna, horriblemente fea; mas que fea, espantosa.

Aquella larga barca; aquellos mudos remeros; aquel hombre de pié, lúgubre, sombrío; aquel ataud negro; aquel espectro del farol, sentado inmediatamente cerca de la parte superior del ataud, con su farol de vidrios empañados y de luz turbia sobre las rodillas; aquel otro hombre inmóvil puesto al timon; todo esto, que recibia de la luz de la luna un tono cárdeno, era espantoso.

Aquella barca tenia algo de comun con la barca de Aqueronte; y sin embargo, aquello era la dulce y espansiva caridad en práctica; lo mas hermoso, lo mas puro, lo mas infinito que siente el corazon humano.

La barca se acercó, al fin, á la orilla, frente por frente del Postigo del Carbon, junto al que está el hospital de la Caridad.

Los remeros amarraron la barca á una argolla del muelle, y á seguida cogieron el ataud; se le pusieron sobre los hombros y subieron la escalinata.

El hombre del ropon negro siguió asiendo de una mano á doña Leonor y arrastrándola consigo; despues se estiró, poniéndose de pié, el hombre del farol y siguió á los anteriores.

El que estaba al timon permaneció en la lancha.

El del farol tomó la vanguardia.

Despues seguian marchando á compás los que llevaban el ataud.

Inmediatamente, el hombre que habia hablado con doña Leonor, llevándola consigo, fascinada, trémula, enferma.

La mano del hombre que la conducia ardia y temblaba.

VIII.

Al poco tiempo, el del farol llegó á la puerta del hospital, que se abrió en silencio, como puede suponerse se abre la puerta de la eternidad.

El portal lóbrego, turbiamente iluminado por una lámpara, tragó, por decirlo así, al farol, á los cuatro hombres que conducian el ataud, y á doña Leonor, con el hombre que la arrastraba consigo.

La puerta del hospital volvió á cerrarse con el mismo silencio con que se habia abierto, y como por sí misma.

CAPITULO VII.

En que se enlaza esta segunda parte con la primera.

I.

En efecto, don Juan y Magdalena habian tomado una lancha y se habian ido Guadalquivir arriba, hácia San Juan de Aznalfarache.

A don Juan, este viaje le era un poco incómodo, porque le recordaba á Inés de Ulloa.

Sin embargo, Magdalena habia querido esparcir su alma entre la soledad y el silencio, bajo la luz de la luna, al lado de don Juan, y la habia parecido encantador un paseo con él por el Guadalquivir.

Corriente arriba, y mas allá de Triana, habia lugares amenísimos, solitarios, frescos.

Ninguno de los dos hablaba, porque lo que hubieran podido hablar, era demasiado enamorado para que pudiesen, ó mejor dicho, para que debiesen oirlo los remeros.

Estos, excitados por don Juan, bogaban con ardor.

Pasaron el puente de Barcas y siguieron adelante con gran rapidez, porque la lancha era muy lijera y los remeros muy fuertes.

Se deslizaron á lo largo de Triana, y al pasar por ella, vieron que una mujer que estaba en la orilla izquierda, se arrojaba al rio, al mismo tiempo que una lancha negra, la misma que tropezó con aquella que conducia á doña Leonor, llegaba mucho mas á tiempo de salvar á la suicida, que hubiera podido llegar la de don Juan.

En aquel lugar habia un remolino muy peligroso, y entre el remolino habia desaparecido la infeliz que se habia arrojado al agua. Todos los marineros de la lancha de la Caridad, se habian arrojado á socorrerla; pero tardaban en salir. Se temió que hubiesen perecido tambien.

Don Juan hizo acercar su lancha, desciñéndose entre tanto la daga y la espada, y se arrojó á tiempo que los marineros de la Caridad salian sin haber logrado encontrar la suicida.

Magdalena, que no esperaba aquel generoso arranque de don Juan, lanzó un grito horrible.

—¡Socorredle!—gritó;—¡se va á ahogar tambien por salvar á esa mujer!

El hombre del ropon negro, que despues habló con doña Leonor, se preparó á arrojarse al agua, empezando por despojarse del ropon, cuando se oyó la voz de don Juan que gritaba cincuenta pasos mas abajo, junto á la ribera.

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Pronto una lancha! Es una pobre jóven que no sé si está muerta ó viva.

Las dos lanchas partieron como dos flechas.

Don Juan estaba ya en tierra con una mujer entre los brazos.

—Es una gitanilla, lo mas bonito del mundo,—dijo don Juan, con la voz tan reposada como si nada hubiera hecho;—¿qué diablos habrá obligado á esta criatura á arrojarse al rio?

En este momento llegó la lancha de la Caridad, y atracó á la orilla.

—Dios os lo pague, caballero,—dijo el hombre sombrío dirigiéndose á don Juan, mientras los marineros, mojados y todavía algo aturdidos, saltaban en tierra para recoger á la suicida.

—¿Cómo os llamais, á fin de que podamos nombraros en nuestras oraciones?

—Haced cuanto querais por mí, amigos mios,—dijo don Juan;—pero sin decir á Dios mi nombre; Dios lo sabe; digo, si es que hay algo mas allá de esa inmensidad azul. Si hubiera matado á un hombre y me hubiérais preguntado cómo me llamaba, os lo hubiera dicho; pero sacar del agua á una pobre niña, no merece la pena de que se sepa el nombre de quien lo ha hecho.

—Dios os lo pague y despierte la fé en vuestra alma;—dijo el hombre sombrío, recibiendo á bordo el cuerpo de la suicida.

—Buenas noches señores,—dijo don Juan, saltando en su lancha, que habia atracado un poco mas allá;—mañana sabremos si esa desdichada ha vuelto á la vida ó no. ¡Ah! me olvidaba; tomad para que se consuele si vuelve á la vida, ó sino, para enterrarla.

Y arrojó dentro de la lancha de la Caridad un bolsillo lleno de oro.

—Vós os salvareis, hermano, porque sois caritativo y generoso,—dijo el hombre negro.

—Que Dios os oiga, y quedad con él,—respondió don Juan, y luego añadió dirigiéndose á los remeros:

—Sigamos nuestra via, muchachos.

—¡Oh! cuán generoso y cuán noble eres,—dijo Magdalena, asiéndole las manos con fuerza y arrasados los ojos en lágrimas.

La lancha habia tomado de nuevo el centro del rio, corriente arriba.

—Decidme, muchachos,—¿cómo es que apenas se tiró al agua esa muchacha, apareció la barca de la Caridad? ¿Sabeis si la Caridad de Sevilla está en todas partes?

—Es, señor, que la barca de la Caridad recorre todas las noches el rio para casos como este; porque los que quieren quitarse la vida ahogándose, esperan á que sea de noche para que nadie los vea. Ha sido una buena fortuna para esa infeliz que hayamos llegado tan á tiempo la Caridad y nosotros.

—Pues creo,—dijo don Juan,—que de poco le sirve á esa la Caridad; los tales sacadores de ahogados, nadan como si fueran de plomo.

—¡Ah! no, no señor; el sitio por donde se han tirado los hermanos de la Caridad,—dijo uno de los marineros,—es muy malo, muy peligroso, y si no han perecido, es porque Dios les ayuda; vuesa merced se ha salvado por un milagro.

—Porque nado mejor que ellos, simplemente, y porque no tengo miedo; como que estoy seguro de que en muchos años no puedo morir.

Los remeros callaron mas que convencidos, asombrados.

—Atracad á la izquierda,—dijo don Juan, viendo un sotillo delicioso.

Los remeros dejaron el centro de la corriente, y poco despues embestian en la orilla.

—Esperad aquí,—les dijo don Juan, saltando en tierra con Magdalena.

II.

—Debe incomodarte mucho el vestido,—dijo Magdalena.

—¡Ah, no!—contestó don Juan:—hace demasiado calor para que el estar mojados mis vestidos me incomoden. Y yo no sé lo que siento, Magdalena, soy casi, casi feliz; casi, casi creo que estoy loco, dudando de Dios. ¿Creerás que gozo, á mi pesar, por lo que he hecho en favor de esa desgraciada?

—¡Oh! la Caridad, es una divina virtud, que lleva en sí misma una divina recompensa.

—¡La Caridad! si es caridad sentir oprimido el corazon por los dolores ajenos, yo siempre he sido caritativo.

—Pues te salvarás, don Juan, te salvarás; porque quien tiene caridad, no puede condenarse.

—¿Y me dices tú eso, Magdalena? ¿Me dices tú eso, cuando eres tal vez la causa de mi perdicion? Cuando tú eres para mí la prueba de que estoy maldito de Dios, porque si yo no hubiera tenido sobre mí una maldicion terrible, tú no hubieras sido mi amante.

—¡Ah! me desgarras el alma, don Juan; sin duda es para ti una maldicion el no haberme encontrado pura. ¡Oh! ¡qué culpa tengo yo, don Juan! ¿No me he convertido por tu amor? ¿No he vuelto por tu amor á la dignidad y á la virtud? ¿No he sufrido doce años de martirio encerrada en un convento esperándote en vano, viendo todos los dias una víctima tuya, una mujer á quien amaste despues de haberme amado?

—¡Inés de Ulloa! exclamó don Juan.

—Sí, Inés; yo he pasado largas horas delante de una estátua sepulcral envidiando su reposo, su insensibilidad: ella murió,

y yo no he podido morir, á pesar de que han desgarrado mi alma la desesperacion y los celos: la desesperacion porque no te veia: los celos porque estaba segura de que amarias á otra, y á otra y á otra, ó tal vez habias encontrado una mujer que habia tenido poder bastante para hacerte su esclavo. ¡Oh, cuánto he sufrido! ¡Cuánto!

Magdalena se desasió del brazo de don Juan, y se sentó en un ribazo al pié de unos árboles negros bajo la luz de la luna.

III.

Don Juan permaneció de pié, inmóvil, meditabundo, abstraido.

—Siéntate, siéntate junto á mí, don Juan, como en otro tiempo, si no es que ya no soy para tí lo que era, cuando ibas á visitarme al cortijo del Vivero.

Don Juan se extremeció, y se sentó en el ribazo al lado de Magdalena.

—Solo nos oyen Dios, la noche y el silencio,—dijo ella:—respóndeme, don Juan; ¿te parezco tan hermosa como en aquellos tiempos en que sentado á mis piés, inclinada yo sobre tí, con mis manos entre las tuyas te mirabas en mis ojos? ¡Ah, don Juan! Tú me pareces mas hermoso y mas jóven; pero debes haber sufrido mucho, alma mia; me estás mirando de una manera que me hace un daño horrible en el corazon; hay en tus ojos algo que me espanta.

—¡Mi desventura, Magdalena!—exclamó con voz opaca don Juan:—¡mi destino! ¡La maldicion que pesa sobre mi cabeza me lanza incesantemente allí donde solo puedo recoger amargura, lágrimas ó sangre!

—¡Oh, Dios mio!—exclamó Magdalena:—¡el mundo te me devuelve fatigado, ensangrentado, desesperado!

—¡Desesperado, sí! te estoy viendo hermosa como un arcángel de fuego, jóven y ardiente como una niña, á pesar de tus treinta y ocho años, enamorada, loca, feliz, porque me ves, porque esperas, porque me amas, y yo sufro, sufro mucho, Magdalena; me parece que fué ayer la noche en que fuiste mia; aquella noche de delirio y de felicidad inmensa; entre esta noche y aquella solo ha pasado un sueño horrible, un sueño del infierno, largo y sombrío como la eternidad.

—¡Oh, sí! á mí me acontece lo mismo; tú no sabes...

—¿Cómo estás al servicio de la emperatriz, Magdalena?—dijo don Juan atajando aquella conversacion que le embriagaba y que se iba haciendo para él excesivamente peligrosa.

—Mi historia, desde que fuimos violentamente separados, ha sido muy sencilla; así lo fuera la tuya durante ese tiempo; no quiero saberla, don Juan; lo supongo todo; pero tú puedes y debes saber la mia; escucha.

IV.

Magdalena se recogió por un momento en sí misma, como para coordinar una relacion.

—En el cortijo del Vivero se nos expiaba,—dijo al fin;—no hablábamos una palabra que no fuese oida; nada hacíamos que no fuese visto.

Quien nos expiaba, era Andrés Ceballos, que estaba vendido en cuerpo y alma á fray Tomás de la Santísima Trinidad, y de quien nada recataba el tremendo inquisidor.

—Te engañas, Magdalena,—dijo don Juan:—Andrés Ce-

ballos no pudo, despues de muerto fray Tomás, revelarme el lugar dónde aquel horrible fraile, aquel espíritu condenado te habia escondido; no sabiamos si eras muerta ó viva: fray Tomás quiso revelármelo en su agonía, en su tremenda agonía, y la muerte heló su lengua; su secreto murió con él; tú quedaste perdida para mí.

—Fray Tomás se habia valido de la Inquisicion para enviarme secretamente al convento de Santa Clara de Sevilla; se me habia hecho variar de nombre bajo terribles amenazas si revelaba el mio.

Bajo el nombre de doña Sol fuí recibida en el convento como reclusa por el Santo-Oficio, sin espresar las causas de mi reclusion, y encomendando se me tratase bien, como una pensionista cualquiera; y para atender á los gastos de mi pension, se entregó una fuerte cantidad á la abadesa.

Muy pronto me unió con aquella noble señora un cariño instintivo.

Ella y yo estábamos muy lejos de sospechar, que ella era mi madre; que yo era su hija.

Yo habia guardado en mi corazon el secreto de mis amores, pero sin olvidarlos, sintiéndolos cada dia mas avasalladores, mas terribles.

Diez años pasaron así, don Juan.

La única noticia que tuve de tí, la tuve en el convento, cuando entraron en él, uno despues de otro, los cadáveres de Inés y de su padre el comendador don Gonzalo de Ulloa.

Hasta dentro del claustro llegó la noticia de que aquellos dos cadáveres habian sido víctimas tuyas.

Sentí mi corazon desgarrado, y tuve celos de Inés, que habia muerto por tí.

Mi vida dentro del claustro tuvo una ocupacion mas; la de ir todas las noches á contemplar la imágen de piedra de aquella mujer, víctima de tu amor.

Yo amaba como á una hermana á aquella estátua inmóvil y fria, y si se reunieran todas las lágrimas que he vertido al pié del sepulcro de Inés, formarian un mar.

Pero te estoy afligiendo con ese recuerdo.

Tu semblante se torna mas y mas sombrío.

Perdóname, don Juan; pero he sufrido tanto, me he desesperado tanto al pié de aquella tumba, han pesado sobre mí de tal modo las bóvedas de aquel claustro, que no puedo olvidar nada de aquello; y luego, ¿no está allí mi madre en el mismo panteon en que reposa el comendador, doña Inés y doña Elvira de Córdoba y de Válor?

Don Juan se estremeció.

—Y dime, ¿no causaste tú tambien la muerte de mi madre?

—¡Yo! exclamó don Juan.

—Sí, tú; por una inadvertencia mia, mi madre supo que tú debias penetrar en el convento para robarme, y te encontraste con ella en vez de encontrarte conmigo: yo no supe lo que habia sucedido entre vosotros; pero escucha, don Juan.

Mi madre y yo nos habiamos reconocido algunos años antes, cuando entró loca por tu causa en el convento doña Elvira de Córdoba y de Válor.

Yo supe que habias sido amante de aquella desdichada, por la carta con que la envió al convento el comendador don Gonzalo de Ulloa; carta que yo habia podido leer por un descuido de la abadesa.

La lectura de aquella carta me revelaba, no solo tus amores con doña Elvira, sino tambien con doña Inés de Ulloa; fué para mí tan terrible, que me desmayé.

Cuando volvió la abadesa me encontró desmayada, y al desajustarme vió sobre mí la cruz de diamantes que, desde la noche en que nos vimos por la última vez, llevo constantemente sobre mí.

La abadesa me reconoció por aquella prenda: era mi madre.

Supo que yo te amaba, y me prohibió ni aun pensar en tí.

Yo habia sido muy feliz encontrando á mi madre cuando era desgraciada por el motivo que habia dado ocasion para que nos reconociésemos.

Guardado quedó entre nosotras nuestro secreto.

Nadie supo que éramos madre é hija.

Yo, por mi parte, guardé tambien, en lo profundo de mi alma, el secreto de mi amor.

Mi madre creyó que yo te habia olvidado horrorizada de tí, por lo que de tí habia visto aun dentro del claustro.

Pero mi madre se engañaba.

Yo te amaba mas, porque estaba desesperada y celosa.

Y sin embargo, mi madre era feliz.

Me creia tranquila.

Yo no la habia confesado nuestra union; no podia confesarse; porque nuestra union solo existia ante Dios.

Tampoco la habia confesado la impureza de mi vida pasada.

Mi madre me creia pura.

Tampoco mi madre me habia revelado el nombre de mi padre.

Yo habia respetado mi secreto.

Ese secreto ha bajado con ella á la tumba.

Todo cuanto he hecho para averiguar el nombre de mi padre ha sido inútil.

V.

Don Juan sintió frio en el alma.

Magdalena ignoraba de todo punto el secreto de su nacimiento.

Don Juan no podia revelárselo.

Magdalena le adoraba.

Magdalena debia exigirle la tomase por esposa.

Don Juan abarcó en toda su estension, en toda su gravedad, en todas sus terribles consecuencias la situacion en que se encontraba respecto á Magdalena, y lanzó una nueva mirada de reto al cielo, como pidiéndole cuenta de aquella injusticia, y creyó oir en el fondo de su alma la voz del cielo que le contestaba:

—Eres hijo del fratricidio y del incesto; estás maldito en tu raza, y la maldicion se cumple.

Don Juan soltó una carcajada hueca, dolorosa, horrible; una carcajada de loco que aterró á Magdalena.

VI.

—¡Ah! ¡no, no!—dijo ella;—todo eso ha pasado; ¡todo eso ha sido un sueño! Lo que no ha pasado, lo que no ha sido un sueño, es nuestro amor: perdóname si te he dicho que mataste á mi madre; no tuviste tú la culpa; era ya anciana; tenia de tí una idea terrible, é impidió que me robases del convento; pero al verme desesperada me interrogó.

—¿Por qué,—me dijo,—sientes de tal manera tu separacion de ese hombre?

—¿No os ha dicho él nada, señora?—la contesté fuera de mí. —¿No os ha dicho que soy su esposa ante Dios, que he sido suya? si no os lo ha dicho, sabedlo: ¿por qué me habeis separado de él?

Mi madre dió un grito y cayó mortal.

—¡Eso es, que tú y yo, Magdalena,—exclamó desesperado don Juan,—estamos malditos de Dios! ¡Es que hijos de víbora, hemos devorado á nuestras madres!

¡Ah, no! yo soy inocente,—dijo Magdalena,—de nada de lo que me ha acontecido es mia la culpa; yo puedo levantar tranquila la frentè al cielo, porque nunca mi corazon ha sido perverso ni se ha gozado en la maldad.

Lloré á mi madre, la acompañé hasta su tumba, y salí del convento.

Mi madre me habia reconocido; habia heredado sus inmensos bienes, y me habia dado una carta cerrada para el emperador.

Yo salí al mundo ansiosa, en busca tuya, y supe con un profundo dolor, que te habias retirado al claustro, que eras novicio en San Gerónimo de Yuste.

Si tú buscabas en la penitencia el perdon de tus culpas, yo no debia turbar tu resolucion; yo debia sacrificarme por tí, y no te busqué, ni aun te escribí.

—Si él profesa,—dije,—yo profesaré tambien.

Entretanto, permanecí en la corte como dama de la emperatriz, que me admitió en su cámara con el nombre de Magdalena de Córdoba y de Válor como hija legítima, don Juan, del infante de Granada Sidy Atmet Elomeya, bautizado con el nombre de don Pedro de Córdoba y de Válor, señor de Válor en las Alpujarras, y de su esposa Ada, bautizada tambien con el nombre de doña Ana Zegrí.

VII.

Don Juan se puso en pié de un salto.

La revelacion de Magdalena le habia sorprendido.

¿Le habria engañado en el cementerio de Santa Clara la abadesa, para evitar su casamiento con Magdalena?

Don Juan sintió un vértigo indescribible; parecióle que habia

llegado al fin á una felicidad que tanto habia anhelado; á la felicidad por la mujer.

Lo olvidó todo, y le pareció que era todavía el adolescente, que habia apurado su primer amor en Magdalena.

—¡La prueba! ¡la prueba de que eres hija legítima de don Pedro de Válor y de doña Ana Zegrí:—exclamó.

—¿Y qué mas pruebas que la partida de desposorios de mis padres, mi partida de bautismo, mi ejecutoria y mi señorío de Válor no disputado por nadie?

—¡Ah, Magdalena, Magdalena!—esclamó don Juan,—soy el mas feliz de los hombres; yo estaba fascinado; tú eres mi amor, mi dicha; ocultemos en el olvido nuestros recuerdos de lo pasado; renazcamos hoy; dentro de muy poco tiempo, apadrinados por nuestros señores, seremos esposos; pero volvamos; me siento enfermo; mi cabeza arde; mi corazon se rompe.

Y asiendo de Magdalena y apoyándose en su brazo, volvió á la ribera, entró en la lancha y dijo á los remeros:

—Á la Torre del Oro.



CAPITULO VIII.

De las razones que tuvo don Luis del Espino para dejar de ser hermano de la Caridad.

I.

Don Juan estuvo enfermo tres dias; pero como sucedieron muchas cosas durante aquellos tres dias, vamos á relatarlas á nuestros lectores.

Volvamos al hospital de la Caridad.

Atravesemos el ingreso; nos encontramos en una especie de claustro, sostenido en arcos de columnas del Renacimiento; encontraremos una ancha escalera; despues el claustro alto; aventurémonos por una galería y al fin de ella abramos una puerta: tras ella encontramos, en una habitacion modesta, un hombre como de veintiseis á treinta años, hermoso, pero con una hermosura sombría, y pálido con la palidez que puede suponerse en un espectro: aquel hombre viste completamente de negro con el traje

de los caballeros de la época; tiene el cabello rígidamente cortado, muy negro y muy espeso; todo en él indica una gran vida, una gran fuerza, un gran valor.

Junto á él, en una silla, hay un gran ropon negro; en otra silla una capa y un sombrero; sobre una mesa de pino, en que hay un crucifijo de marfil, una pequeña calavera de la misma materia, un reló de arena, un gran tintero de piedra con dos plumas, y un libro de horas: hay tambien una espada de gavilanes, y una daga con guardamano.

II.

Este hombre no está solo; le acompaña un anciano sacerdote que tiene pendiente de su cuello, de una cinta verde, una medalla blanca con la cruz de Santo Domingo, y que á verse su reverso, presentaria una cruz verde, y cruzadas sobre ella una palma y una espada, distintivos del Santo Oficio de la general Inquisicion; lo que demostraba que aquel anciano era inquisidor.

Llevaba además en el costado derecho de su manto una cruz blanca formada por dos canillas, lo que patentizaba que era freire de la órden militar y religiosa de San Juan de Jerusalen.

Se nos olvidaba decir, que el otro hombre que ya hemos descrito someramente, llevaba pendiente del cuello una placa blanca en que estaba esmaltada una cruz roja en forma de rosa; lo que significaba que aquel caballero era comendador de la órden militar de Calatrava.

El comendador estaba apoyado en el respaldo de la silla en que se veia el ropon negro; cabizbajo, sombrío y silencioso.

—Con que es decir, señor don Luis,—dijo el eclesiástico,—que vuestra fé vacila; que el demonio ó que el mundo

aun no ha dejado de clavar en vos sus garras; que se os hace penoso el renunciar completamente á las vanidades del mundo, fantasmas que llevan engañados á los hombres por el camino del infierno.

—Don frey Miguel,—dijo don Luis levantando su sombrío semblante y mirando de una manera profunda al fraile inquisidor,—yo no me vuelvo al mundo porque torne á él otra vez; yo me veo obligado á consagrarme á la vida; yo habia contado con que los sucesos no me perseguirian; pero toda mala vida produce resultados, y esos resultados son generalmente deberes.

—Siempre inspira Satanás disculpas á los que no quieren apartarse de él; solo mi fé en la misericordia de Dios, pudo hacerme creer que el estraviado don Luis del Espino buscase al Señor, consagrándose esclusivamente á la caridad, dedicando á ella toda su alma, no teniendo otro pensamiento que consolar y socorrer á los desgraciados, aliviar las dolencias de los enfermos, sacar de las ondas á los ahogados, fortalecer á los que la justicia humana condena, sepultar los cadáveres de estos infelices; vos sois soberbio y la caridad es humilde; para que llegueis á ser verdaderamente caritativo es necesario que mateis vuestra soberbia, que ahogueis el grito de vuestras pasiones.

—Señor don Miguel;—dijo don Luis,—un dia llegué á vos, rector de esta santa casa, y os dije:—Yo no soy don Luis del Espino, ese hombre formidable que hace seis años es objeto continuo de las conversaciones de Sevilla por sus terribles aventuras; el mundo empieza á ahogarme, necesito consuelo, porque soy muy desgraciado, y vengo á buscarle en la caridad; admitidme en la cofradia de que sois teniente hermano mayor; destinadme al cuidado de los enfermos y al socorro de los que se ahogan en el rio; soy rico, tomad diez mil ducados para el hospital, y el dia

que la misericordia de Dios me haya convertido completamente, mis bienes, que son inmensos, serán de los pobres. Vos nada me preguntásteis; me dísteis este ropon y me destinásteis de dia al cuidado de seis lechos del hospital; de noche á la ronda del rio: de esto hace cuatro meses: ¿he cumplido bien con mi deber?

—Completamente, hermano,—dijo don Miguel.

—Vos ignorábais por qué habia venido yo á esta santa casa.

—Me bastaba con saber que queríais consagraros á la caridad.

—Pues bien: una mañana del mes de mayo, al amanecer, salia yo de Triana, donde habia pasado la noche desordenadamente entre hombres de mal vivír y mujeres perdidas.

—¡Oh!—dijo el fraile.

—Estaba yo avergonzado de mí mismo: los hombres que me acompañaban eran dignos todos de estar amarrados con un grillete en un banco junto á un remo: aquellas mujeres solo podian vivir dignamente en un lupanar.

La embriaguez no habia oscurecido por completo mi razon: el fresco de la mañana habia enfriado mi frente calenturienta.

Sufria el cansancio del cuerpo, y el hastío y la vergüenza del alma.

Estaba predispuesto á recibir una impresion fuerte.

Aquella impresion apareció.

Una barca de la Caridad se acercó y pasó bajo el puente.

—Es que esos tontos van á sacar un ahogado,—dijo una de las mujerzuelas entre las cuales caminaba yo:—miren que trabajo tan inútil; qué mas dá que se coman los peces al difunto.

—Vamos á ver si es hombre ó mujer,—dijo otra de las rameras.

—Siempre será algun enamorado,—observó uno de los rufianes.

—Vamos, vamos allá, —dijeron todos.

Y saliendo del puente, corrieron para alcanzar á la lancha, que forzaba los remos, y yo corrí con ellos.

Cerca de la barqueta, la lancha de la Caridad se detuvo frente á un lugar de la ribera, en que habia reunida mucha gente.

Los que me acompañaban y yo aumentamos el número de los curiosos.

Los hermanos de la Caridad se arrojaron al agua y se sumergieron, volviendo á aparecer instantáneamente, sin haber encontrado nada.

Entre tanto los hermanos se sumergian por distintos lugares, algunos de los curiosos decian:

—Es una dama que se ha tirado al rio hace dos horas; se la ha buscado antes y no se la ha encontrado: se la habrá llevado la corriente, y sabe Dios dónde estará.

—¿Y por qué se ha tirado esa dama al rio? ¡buena tonta!—dijo una de las mujerzuelas que me acompañaban:—si la habia abandonado su amante, con poner otro en su lugar, santas páscuas.

—Quién sabe el aprieto en que se habrá visto esa señora,—dijo uno de los que allí estaban.

—Los de la barqueta dicen que á las dos de la mañana vieron á la luz de la luna una mujer bien vestida, y muy gentil en su andar, que recorria la ribera como desatentada; que se detenia, miraba al rio y volvia á ponerse en marcha, á detenerse y á mirar: temieron que aquella dama intentase lo que, en efecto, hizo, y se dirigieron á ella; pero la dama los vió, y se arrojó al rio cuando los que iban en su busca estaban todavía lejos.

—¿Y no la pudieron sacar?—dijo otro.

—Buscaron mucho y no la encontraron, como sucede ahora

á esos buenos hermanos de la Caridad: perdieron mucho tiempo buscándola, y al fin fueron á avisar al hospital, que ha enviado á esos hermanos.

—A buena hora,—dijo otra de las mozuelas;—puede ser que la tal señora vaya dando tumbos en este momento por la barra de Sanlúcar.

—¡Aquí está! ¡Aquí está!—dijeron algunos, situados mas allá, viendo á los hermanos de la Caridad que salian del rio trayendo consigo el cuerpo de una mujer.

Todos fueron allá.

Tambien yo.

Cuando llegué, vi tendida sobre la ribera una mujer, á quien reconocí, á pesar de que estaba horriblemente desfigurada.

La reconocí por una esmeralda que tenia en la mano y por una pequeña y antigua cicatriz que señalaba su frente, sobre la sien izquierda.

¡Oh Dios mio! aquella mujer era el dia antes la mas hermosa de Sevilla; el orgullo y el amor de sus padres; era, en una palabra, doña Violante de Salcedo.

—¡Ah!—exclamó don frey Miguel;—¡pobre marqués del Herrumblar! la falta de temor de Dios de su hija, que la llevó á buscar su muerte, tiene con un pié en la sepultura á su infeliz padre.

—Yo habia amado á doña Violante,—dijo roncamente don Luis;—yo la habia amado con tanto mas empeño, con tanto mas ardor, cuanto habia sido un imposible para mí doña Violante.

Me habia concedido su amistad; ¡su cruel amistad! se dejaba galantear por mí, admitia mi acompañamiento, y pequeños regalos mios.

Aquella sortija, aquella esmeralda que tenia en el dedo pe-

queño de la mano izquierda, se la habia regalado yo algunos dias antes.

Yo estaba loco por ella; no vivia mas que para ella; ella era toda mi ambicion.

Su hermosura y su juventud me habian embriagado.

Por embotar la desesperacion que su desden me causaba, habia pasado yo aquella noche de desórden entre rufianes y rameras.

Y oid, don frey Miguel: aquella hermosura, que me habia puesto á punto de desear la muerte, habia desaparecido; se habia convertido en un cadáver horrible: sus hermosos cabellos castaños estaban enlodados; enlodado su rico traje; y en vez de los ojos, de aquellos ojos que me habian abrasado de amor el alma, solo habia dos huecos horribles: los peces se habian comido aquellos ojos.

Dí un grito; me así con ambas manos la cabeza, que creí iba á escapárseme; abandoné aquel lugar, y, loco, frenético, me volví á mi casa, y allí, donde quiera que miraba, veia aquellos sangrientos huecos; aquella boca lívida, contraida por la agonía; aquel despojo miserable, tras el cual se levantaba en mi cabeza calenturienta el recuerdo de doña Violante, con sus diez y siete años, su mirada de fuego y su hermosura irresistible: se me partia el corazon; me ahogaba.

Queria llorar, y no podia.

Queria rezar, y no me acordaba de ninguna oracion.

Queria vengar á doña Violante, y no tenia de quién vengarla.

Entonces un rayo de la luz divina alumbró mi alma.

Comprendí que la hermosura es un relámpago que se pierde en las sombras del tiempo y de la muerte.

Ví frente á frente las vanidades humanas, y sobre ellas Dios, como la sola verdad.

Recordé aquellos nobles hermanos de la Caridad, que se esponian á morir por salvar un cadáver, y junto á ellos ví á Dios.

Entonces escribí una obligacion, pagadera á la vista, de diez mil ducados, en favor del hospital de la Caridad, y vine á pediros un lugar entre sus hermanos.

—Lugar que habeis llenado con mucha caridad y mucho celo, don Luis.

—Y, sin embargo, la calentura que me habia traido al hospital pasó, don frey Miguel, pasó; pero yo no soy hombre que deshaga, sin causa legítima, una obligacion voluntariamente contraida: yo he procurado convencerme, cumplir con mi deber como se busca un placer, y no me ha sido posible: el hábito de hermano de la Caridad, siervo del hospital, pesaba demasiado sobre mis hombros; infinitamente mas que lo que ha pesado sobre ellos mi arnés de batalla que he llevado en las gloriosas campañas del emperador, en Italia: no podia reducirme bien al oficio de doméstico, por mas que fuese para consuelo de pobres enfermos; yo los compadecia, los amaba con toda mi alma, pero comprendia que podia auxiliarlos sin servirlos.

—¡Hermano! ¡hermano!—exclamó don frey Miguel.

—Qué quereis,—repuso don Luis,—os digo la verdad: yo he sido siempre compasivo; no he podido ver una desdicha sin conmoverme y sin socorrerla: cuando he matado en batalla, sirviendo á Dios, al rey y á la pátria, he conservado durante mucho tiempo un doloroso recuerdo de los hombres muertos por mi mano.

Cuando á consecuencia de una aventura de amores he reñido, y mi espada se ha abierto paso en el cuerpo de un hombre, he

sentido frio en el corazon; pero no he podido domar mi altivez, que me obligaba á desnudar la espada; no he podido rendir esa altivez al pié del lecho del enfermo.

—¡Ah, don Luis, don Luis!—dijo el fraile.—¡Dios quiere probaros mas todavía, no lo dudeis; Dios quiere volveros aquí completamente humilde, completamente convertido!

—Don frey Miguel,—dijo don Luis,—á pesar de mi altivez, yo permaneceria en el hospital, á no ser por dos razones: voy á deciros la primera.

A los pocos dias de estar en el hospital, cuando fué pasando el dolor agudo que habia causado en mí la espantosa muerte de doña Violante, pensé en que aquella desdichada no podia haber atentado á su vida sino en un momento de desesperacion.

Llamé á mi lacayo Relámpago y le encargué que fuese á ver á mis amigos, y procurase averiguar por ellos qué causas habian motivado que doña Violante se quitase la vida.

A los tres dias, Relámpago vino á verme al hospital, y paseando por el claustro me dijo:

—Ya sabemos por qué, señor, doña Violante se negaba á vuestros amores.

Doña Violante estaba enamorada.

Un soldado aventurero de la corneta de lanzas de don Hugo de Moncada, que habia venido á restablecerse á Sevilla, sano ya, vió en un sarao á doña Violante y se enamoró de ella.

Este hombre se llama don Sebastian de Arizaga, hidalgo vizcaino, que habiendo perdido la herencia de sus padres, se ve obligado á servir al rey á sueldo para no morir de hambre.

Es buen mozo, galan, decidor, valiente, jóven, lleva con gallardía sus galas de soldado, y no es doña Violante la única mujer á quien ha seducido en Sevilla.

Este hombre, que ha perdido de todo punto la vergüenza, no dijo amores á doña Violante porque la amase, sino porque era rica.

Pero conocia demasiado que su padre no habia de darla á un aventurero sin haciendas, por mas que fuese un noble vizcaino; conoció esto mismo doña Violante, y los dos convinieron en obligar al marqués al casamiento por causas de honra.

Esto sucedia un mes antes de que vos os hubiéseis enamorado de la hija del marqués.

Ved si habia razon bastante para que ella no respondiese á vuestros amores.

El soldado se volvió á Italia un mes despues de haber empezado vos vuestro empeño con doña Violante, y se fué con la seguridad de que pasados algunos meses, el marqués se veria obligado á darle su hija y aun á agradecerle el que la tomase por esposa.

Quince dias hace, volvió don Gabriel de Arizaga, pero no fué á ver á doña Violante.

Esto consistia en que le habian llamado de Italia para casarle con otra mas rica á quien por esceso de precaucion, habia comprometido del mismo modo.

Si ese casamiento no se ha efectuado, es porque doña Clara de Sástago, hija del conde de la Membrilla, está en un pueblo y no volverá por conveniencia, hasta pasados cuatro meses.

Doña Violante escribió primero y buscó despues á su seductor.

Éste la dijo friamente que no la conocia; que para casarse ya tenia con quien hacerlo, y que la aconsejaba se curase de aquella locura que se la habia metido en la cabeza.

Doña Violante, desesperada, en vez de buscaros, como debia haberlo hecho, para castigar al miserable que la habia perdido, puesto que su padre anciano no podia hacerlo, loca, fuera

de sí, huyó, se salió de Sevilla: la echaron de menos, la buscaron, y solo la encontraron al otro dia ahogada, en el hospital.

Que don Sebastian de Arizaga ha sido la causa de esta desdicha, se sabe por él mismo, que hace gala de haber desesperado á doña Violante.

—Calló mi lacayo y yo juré á Dios sobre mi alma, don frey Miguel, castigar al miserable que habia causado la horrible desventura de la mujer á quien mas he querido en el mundo, y á la que no olvidaré jamás.

Tronaba ronca como una tempestad lejana la voz de don Luis del Espino al pronunciar estas palabras.

El relato anterior á ellas lo habia hecho con la voz conmovida y trémula, y con las lágrimas en los ojos.

III.

—Dejad á Dios el castigo de ese horrible crímen, comendador,—dijo con severa firmeza, pero con acento contenido el fraile de San Juan de Jerusalen;—no os antepongais á la justicia de Dios; ved que vos no lo haceis por la infamia de ese hombre, sino porque esa infamia os ha tocado al corazon; ved que en causa propia no podeis ser ni juez ni verdugo; lo que intentais no es una justicia, sino una venganza, y en la casa de la Caridad la palabra venganza es una palabra maldita, que no encuentra eco.

—Justicia ó venganza, aunque Dios me condene por ello, será,—dijo don Luis del Espino:—ya veis, don frey Miguel, han pasado tres meses y medio desde que juré castigar á ese miserable, y he permanecido en el hospital; pero ese miserable estaba

bajo la vigilancia de mis criados; aun no habia vuelto de Chiclana la otra víctima, doña Clara de Sástago; pero ha vuelto ya; mañana son las bodas, y...

Don Luis se detuvo.

Despues continuó.

—Cuando esta noche fuí á rondar en la lancha por el rio, estaba ya resuelto á salir mañana del hospital: aunque no lo hubiera estado, lo que ha sucedido esta noche me hubiera obligado á salir.

—Y ¿qué ha sucedido esta noche que es para vos una obligacion mas, como decís, de abandonar este santo albergue?

—He sacado del rio una jóven de quince años; esa jóven es una víctima de mis galanteos; Rosaura la gitana; yo la habia abandonado para entrar en la Caridad; esa jóven no ha muerto; está en cinta, y debo protejerla.

—¡Oh! ¡El infierno os tiene asido aun!

—¡No! mi vida pasada; los sucesos, las consecuencias, don frey Miguel; la revelacion que os he hecho no ha sido al hombre, sino al sacerdote; guardad, don frey Miguel, el sigilo de la confesion, y rogad á Dios por mí.

—Dios os conceda su amparo, porque bien habeis menester de él.

—Y ahora, señor, no procureis detenerme; seria inútil; —dijo don Luis, ciñéndose la daga y la espada y tomando su capa y su sombrero: —mi corazon es la mitad de Dios y la otra mitad del mundo; dejad que Dios se apodere enteramente de él; yo lo espero, porque estoy cansado, desalentado; cuando eso suceda, volveré á esta casa para no volver á salir de ella.

—Quiera Dios que eso suceda pronto, don Luis.

—¡Adios! y hasta entonces, don frey Miguel.

Don Luis del Espino salió.

Al llegar al claustro bajo entró en una habitacion, donde se paseaba uno, al parecer mancebo.

Era doña Leonor.

—Ya no soy hermano de la Caridad, señora,—la dijo,—y puedo acompañaros.

—Vamos,—dijo doña Leonor.

Poco despues, el portero del hospital daba salida á los dos.

CAPITULO IX.

De cómo doña Leonor siguiendo sus aventuras, perdió por el momento de vista á don Luis del Espino, y trabó conocimiento con un gitano.

I.

Mientras estuvieron cerca del hospital, don Luis no habló ni una sola palabra con su jóven compañera; pero antes de llegar al próximo postigo del Carbon, se detuvo y la dijo:

—Hasta ahora solo os he dicho que me esperáseis, á fin de sacaros del hospital; ya estais fuera, y es de mi obligacion deciros que á dónde quereis que os acompañe.

—El objeto que yo tenia esta noche, está ya fuera de mi alcance; vuestra negra lancha me cortó el paso; hasta que sea de dia me es indiferente el lugar donde me encuentre.

—Seguidme, si quereis, adonde voy.

—Y ¿á dónde vais?

—Mirad: son las doce de la noche; no amanece hasta las cuatro; hay tiempo, pues, de seguir la ribera del rio, hasta dejar atrás á Sevilla y llegar un tiro de arcabuz mas allá, al aduar de los gitanos; si no quereis tomar esa larga caminata, esperaremos sentados bajo un árbol á que amanezca.

—Puesto que habeis dicho que podemos ir al aduar, tendreis necesidad de ir á él; vamos pues.

—Como querais, —dijo don Luis.

Y emprendió la marcha en silencio.

Doña Leonor le seguia, separada notablemente de él.

Don Luis del Espino marchaba con la cabeza inclinada. Tal vez era doña Leonor en lo que mas pensaba don Luis.

Le parecia, sin embargo, inoportuno preguntarla, y callaba, no por timidez, sino por discrecion.

Doña Leonor callaba tambien, simplemente porque nada tenia que decir á don Luis; pero esta situacion era embarazosa y no podia prolongarse por mas tiempo.

Entrambos buscaban un medio de entablar conversacion, solo porque aquel estado difícil pasase.

Doña Leonor hizo como que tropezaba, y lanzó un leve grito.

—¿Os habeis hecho daño, señora? —dijo don Luis.

—No, no señor, —dijo la jóven; —muchas gracias.

—Eso, de seguro no hubiera sucedido, —dijo don Luis, —si hubiérais ido asida á mi brazo; pero yo no me he atrevido á ofrecérosle, y he faltado involuntariamente, os lo aseguro, á la cortesía que se debe á una dama.

—¿Dama decís? ¿Por qué me creeis dama cuando me habeis encontrado en un traje impropio de mi sexo y en una situacion excesivamente estraña?

—Líbreme Dios de entrometerme en si llevais el traje que os

corresponde ó no, ni en pretender averiguar la situacion en que os encontrais; pero para calificaros de dama, basta, señora, vuestra delicada hermosura.

II.

Al oir estas palabras doña Leonor, y sobre todo el acento insinuante con que las pronunció don Luis, doña Leonor se detuvo.

—¿Sabeis que me habeis ofendido, caballero?—dijo;—y os llamo caballero porque veo sobre vuestra capa una encomienda.

—Perdonadme si os he ofendido,—dijo don Luis;—porque os juro por esta cruz que llevo al pecho, que no he tenido intencion de ofenderos.

—Pero comprended que hay ofensa en requebrar á una mujer, cuando esa mujer no ha dado motivo para que se piense mal de ella; y por estar á solas con un caballero, en la situacion en que yo me encuentro, bajo su amparo.

—¿Creeis, señora, en los golpes que hieren de muerte instantáneamente?—dijo don Luis.

—Explicaos mejor para que yo pueda responderos.

—Voy á explicarme: ¿creeis que un hombre puede enamorarse á la primera vista de una mujer?

—¿Aun cuando ese hombre sea hermano de la Caridad, dedicado á sacar cadáveres del rio?

—Bajo el hábito de un hermano del hospital de la Caridad, puede latir violentamente un corazon rebelde, acostumbrado á vivir del amor.

—¿Cómo os llamais, caballero?—dijo de una manera punzante doña Leonor.

—Vuestro humilde criado, señora, se llama don Luis del

Espino,—dijo éste con la altivez de quien sabe que su nombre es famoso.

—Pues es la primera vez que oigo vuestro nombre,—dijo doña Leonor,—contestando friamente á la altivez de don Luis.

—¿Cuándo habeis venido á Sevilla, señora?—dijo don Luis.

—Hace tres dias,—contestó acreciendo en frialdad doña Leonor.

—¡Ah! pues lo comprendo entonces: hace cuatro meses, al verme entrar en el hospital de la Caridad, los sevillanos me han dado por muerto.

—Pues mirad: há mucho mas tiempo que entró en un monasterio de monges don Juan Tenorio, y aun no le han dado los sevillanos por difunto.

—No estaba yo en Sevilla cuando andaba por ella don Juan Tenorio—dijo con desden don Luis.

—Cuán diferente sois, bajo los vestidos de hidalgo, de lo que parecíais bajo los hábitos de hermano de la Caridad—dijo doña Leonor:—entonces hablabais de Dios, de las tentaciones del demonio, y teníais una cara de condenado; ahora pareceis un galanteador de oficio y respirais vanidad, hasta por la punta de los dedos.

—El hermano timorato, se ha quedado en el hospital; quien ha salido de él es don Luis del Espino.

—Vamos; una transformacion.

—Estais siendo cruel y dura conmigo, y entre tanto, aun no me habeis contestado á la pregunta que os he hecho.

—Ah, sí; ¿queríais saber si yo creo posible que un hombre se enamore de una mujer á primera vista?; pues no he de creerlo, comendador, cuando sé por mí misma, que una mujer pue-

de enamorarse mortalmente de un hombre con solo haber visto una mirada suya; ¿por qué creeis que yo me encuentro aquí con hábitos de estudiante, sola con vos, como una aventurera, sino porque la primera mirada de un hombre me hizo su esclava?

—Y ¿podré saber, señora, —dijo vivamente contrariado Mañara, —quién es el hombre que ha tenido la fortuna de volveros loca hasta el punto de lanzaros á las aventuras?

—Ese hombre es el hombre que Sevilla no olvida; ese hombre es el hombre nacido para luchar, vencer y despreciar; ese hombre es Satanás, que pasa sobre la tierra dejando tras de su paso un rastro de fuego; ese hombre es el terrible amante de doña Inés de Ulloa, el terrible invitador del Convidado de Piedra.

—¡Don Juan Tenorio!—dijo Mañara con acento opaco.

—Y ¿quereis saber quién soy yo?: yo soy... Gonzalo de Araujo, portugués, paje de don Juan Tenorio, y ahora estudiante de Salamanca, en donde no he estado en mi vida: hechas estas explicaciones, caballero, sabiendo que yo, sin ofenderos, no he de olvidar á un Tenorio para escuchar á un Espino, sigamos nuestro camino, ó mejor dicho, el vuestro hácia el aduar de los gitanos.

—¡Vive Dios, que yo os pruebe, —dijo el comendador, — que vale tanto un Espino como un Tenorio!

—Empezad á probarlo, respetando á una mujer como sabe respetar á las mujeres don Juan Tenorio.

—El Burlador le llaman.

—Burla enamorando, no atreviéndose á violencia alguna, ni aun de pensamiento: y ved que mucho valdrá cuando yo que de tanto amarle le aborrezco, defiendo su nombre en su ausencia.

Tras esto calló doña Leonor, y don Luis, contrariado, calló tambien.

III.

Así continuaron andando entre el rio y las murallas de Sevilla, hácia la Tablada.

Doña Leonor mantenia la distancia en que se habia colocado desde el principio, respecto á don Luis.

Este marchaba con rapidez.

Ni una sola palabra hablaron entrambos que al fin dejaron atrás la ciudad y se acercaron á la Tablada.

IV.

Entre este campo y el Guadalquivir habia algunas tiendas de cuero.

Entre las tiendas, asnos, mulos, caballos.

Algunos hombres se veian tendidos al aire libre, pero con las cabezas apoyadas en las tiendas.

Mucho antes de que Espino y doña Leonor llegasen, ladró un perro, luego otro y otro, hasta ser infinitos los que ladraban.

Doña Leonor se detuvo.

—¿Teneis miedo á esos animales?—dijo don Luis.

—Me desplaceria mucho, os lo aseguro, ser atarazada por ellos.

—Esperad,—dijo don Luis.

Y lanzó un largo silbido.

Poco despues respondió otro silbido desde el aduar y algunos hombres llamaron á los perros que corrian ya hácia don Luis y doña Leonor.

Los perros se retiraron al aduar y callaron.

Poco despues se vió acercarse un hombre alto que adelantó en paso rápido y llegó hasta don Luis del Espino.

Aquel hombre era un magnífico tipo: su cabeza, por su forma y por su estilo, parecia robada á una cariátide, y la toca que tenia rodeada á la cabeza con los dos estremos colgando por delante hasta la mitad del pecho, completaban el efecto: llevaba una especie de coleto abierto y ancho, de paño encarnado y manga estrecha, con ribetes negros, y debajo de este coleto, otro de ante ceñido por un cinturon de cuero, con ancha hebilla de hierro bruñido: en aquel cinturon no se aseguraba otra arma que una larga daga con guardamano, colocada á la espalda.

Este hombre llevaba dobles calzones anchos y cortos; el de encima de terciopelo negro con botones afiligranados, y abierto hasta dejar ver el calzon interior, que era de lienzo blanco; en las piernas llevaba medias rayadas horizontalmente de azul y blanco, botines moriscos, calzaba zapatos de ante, y tenia los piés armados con grandes espuelas.

Este hombre, egipcio por su fisonomía, trascendia á morisco por su traje; tenia unos cuarenta años; era hermoso, fiera é inquieta la mirada, afeitada la cara, la nariz aguileña, la boca enérgica, la frente ancha y despejada, y el contorno del semblante oval.

V.

Al llegar junto á don Luis, el gitano le dijo:

—Despues de lo que ha sucedido, te esperaba: si no hubieras venido á buscarme, yo te hubiera ido á buscar al hospital de la Caridad. En el punto á que han llegado las cosas, es necesario que nos entendamos de la única manera que nos es posible en-

tendernos; ese que viene contigo puede irse, porque tú no volverás con él.

—Rafael, —dijo don Luis, —las cosas no están en el punto desesperado que tú crees; Rosaura no ha muerto.

—Pero Rosaura está deshonrada, ¡deshonrada! ¿lo entiendes? Y si se ha arrojado al rio para ocultar su vergüenza, era porque de todos modos le esperaba la muerte.

—¡La muerte! —dijo don Luis, —¿y con qué derecho te atreverías tú á matar á Rosaura?

—Con el derecho de mi honra ofendida, —dijo Rafael.

—Ven, ven, —repitió don Luis, —ven entre aquellos árboles junto á la ribera; nos explicaremos, y despues veremos si podemos entendernos tú y yo.

—Vamos pues, —dijo el gitano.

—Señor Gonzalo, —dijo don Luis, dirigiéndose á doña Leonor; —podeis entrar tranquilamente en el aduar y esperarme en él si gustais.

—Esperaré, —dijo doña Leonor.

Tras esto, Rafael y don Luis se alejaron hácia unos árboles que mas allá orlaban la ribera.

Llegaron y se internaron en la arboleda.

Allí apenas habia luz.

Las copas cruzadas de los árboles impedian el paso á la luz de la luna.

—Sentémonos, —dijo don Luis.

—¿Y para qué, para perder tiempo? necesito matarte, comendador.

—Siéntate, —repitió don Luis.

—¿No ves que estoy tranquilo, á pesar de que sé que Rosaura se habia arrojado al rio, que la creia muerta y que ahora sé

que vive? ¿No te dice esta tranquilidad mia que anhelo matarte, y que no me entregaré al dolor por Rosaura sino cuando me haya hartado de beber tu sangre? Tú como yo tienes una daga; ¡ea! defiéndete ó te mato.

—Té sería eso imposible, Rafael; te mataria yo en cuanto empuñase contra tí un hierro; no tienes razon para irritarte; Rosaura no es tu hija.

—¡Que no es mi hija Rosaura!—exclamó retrocediendo Rafael;—¿quién te lo ha dicho?

—Ella.

—¡Ella! y ella ¿qué sabe?

—Tú te has olvidado de que vivia junto á tí una mujer que te aborrecia, que te ocultaba su aborrecimiento por miedo; tu esposa, Dolores, era hija de Juan el Manco.

Dió otro paso atrás Rafael.

—Pues bien, Dolores fué quien reveló este secreto á Rosaura; se lo reveló porque estaba enferma y se sentia morir; de otro modo sin confiar en la ya cercana proteccion de la tumba, Dolores no se hubiera atrevido á decir á Rosaura que no era ni hija tuya ni suya; te revelo yo tambien esto, porque no volverás á ver á Rosaura; porque vivirá en lugar donde no podrás acercarte á ella.

—¿Y lo sabes todo?

—Todo.

—¿Cómo se llama el padre de Rosaura?

—El padre de Rosaura se llama... ¿lo ignoras acaso? temo que haya entre estos árboles alguien que nos escuche; se os tiene por ladrones y moatreros y se os espia; voy á decirte, sin embargo, algo que te probará que conozco completamente el secreto: Hay lejos de España una ciudad que se llama Gante; en aque-

lla ciudad hay un magnífico palacio episcopal; junto al palacio y separada de él por una estrecha calleja, hay una gran casa de piedra; esta casa tiene la puerta principal adornada con grandes blasones, en un estremo de la calleja; en el otro estremo un estrechísimo postigo, situado al pié de una torrecilla adherida al ángulo de la casa de piedra; en lo alto de esta torrecilla hay una ventana calada que en otro tiempo dejaba ver á la una de la noche, el reflejo de una luz, en sus cristales de colores; aquella ventana correspondia á un retrete circular, al que se entraba desde una cámara por medio de una puerta secréta. En aquel retrete habia una cuna y en la cuna una niña; junto á la niña, una jóven rubia y pálida, vestida de blanco.

Aquella jóven tenia un pequeño lunar rojo en la mejilla izquierda junto á la nariz, cerca del lábio. ¿Será necesario que te diga ahora el nombré del padre de Rosaura? ¿No sabes que del palacio á la casa de piedra habia una comunicacion por medio de un arco, y cerca de la torrecilla? ¿Ignoras que con mucha frecuencia un nobilísimo caballero de diez y ocho años, habitaba en el palacio arzobispal de Gante?

—Y si sabias eso, ¿por qué has venido á buscarme?—dijo Rafael.

—Porque quiero evitar ferocidades tuyas, Rafael; porque quiero que respetes á Rosaura, que no es tu hija.

—Pero hija mia la creen todos; yo no puedo revelar á nadie ese secreto mas que á un solo hombre; al padre de Rosaura y ya no puedo, porque está deshonrada por tí: ¡por Dios vivo, jamás vinieras á comprar caballos á mi aduar; has sido un miserable, comendador! ¿Por qué fingiste amistad á la gitana que te amó? ¿Por qué la obligaste con tu cariño, si tu amistad no era otra cosa que una trampa de lobo en que se han quedado perdidas la honra

y la felicidad de Rosaura? ¡Ea! ¡defiéndete! tú y yo no cabemos juntos en la tierra.

—No quiero matarte, Rafael; será inútil cuanto hagas para irritarme; ya ves, he tenido paciencia para ser cuatro meses hermano de la Caridad.

—Pues al que no quiere defenderse, —dijo Rafael desnudando rápidamente su daga, —y se tiene necesidad de matarle, se le mata.

Y tiró un tremendo golpe á don Luis, que le paró con el brazo izquierdo, y con la mano derecha asió la de Rafael y le desarmó como si hubiese sido la mano de don Luis una tenaza de hierro.

—Inútilmente, —dijo Rafael: —mátame, ó llamo y tienes encima á todo el aduar.

—Cuando lleguen, ya estaré yo léjos.

—¡Ah! ¡lo veremos! —exclamó Rafael lanzando un grito semejante al ahullido de un lobo.

—Rafael, —dijo don Luis con voz terrible al gitano: —te perdono la vida; pero guárdate de no acudir adonde te se diga cuando yo te llame. Adios.

Y don Luis del Espino se perdió por entre los árboles.

—¡Ah! —exclamó Rafael, —tú quieres sin duda la prueba del nacimiento de Rosaura; tú crees que yo lo vendería; tú no sabes que yo la amo, y que me has herido en el corazon haciéndola tuya.

En aquel momento llegaron una multitud de gitanos armados con arcabuces.

—Nada, no es nada; es que creí que andaba por entre los árboles gente sospechosa, —dijo Rafael á los gitanos; —volvámonos.

VI.

Al entrar en el aduar Rafael, vió á doña Leonor que se paseaba delante de él.

—¡Ah! el que venia con Espino,—dijo Rafael;—es necesario preguntar á este muchacho. ¡Eh! señor paje, acercáos,—añadió dirigiéndose á doña Leonor.

—Un poco mas alto amigo; ¿no ves que llevo bayetas de estudiante?—contestó doña Leonor.

—Estudiantes hay que sirven de pajes á caballeros que les costean los estudios.

—A mí me costea los estudios mi padre y siempre llevo en mi escarcela una docena de doblones de á ocho, y plata menuda larga para lo que se ofrezca.

—Perdonad, yo os creia paje del comendador.

—Es poca persona el comendador para tener pajes de mis humos.

—Y entonces ¿por qué veníais con don Luis?

—¡Diablo! porque me ha sacado del rio.

—Pues no teneis traza de estar desesperado, mancebo,—dijo Rafael.

—¿Y quién os ha dicho que yo haya dado en el rio por mi voluntad? iba yo muy bien en una lancha, cuando al pasar por debajo del puente de Triana, la barca de la Caridad echó á pique la mia, me sacaron del agua, me llevaron al hospital, y como no era necesario que permaneciese en él, cuando don Luis del Espino, que por lo visto ha ahorcado el hábito de hermano de la Caridad, salió, me sacó consigo.

—¿Y no os conocia don Luis del Espino?

—Ni mas ni menos que me conoceis vos: ¿pero dónde le habeis dejado?

—Se ha ido.

—Vaya en paz; me molestaba ese hombre; es preguntón como él solo; y de cosas que no le importan; prefiero encontrarme en vuestra compañía; me pareceis un hombre de aliento y de corazon.

—Vaya en gracia por el muchacho,—dijo Rafael.—Entrad, entrad acá entre las tiendas.

Doña Leonor siguió á Rafael, que se habia internado en el aduar.

VII.

Rafael llegó al centro del aduar, y se detuvo, no delante de una tienda, sino de una gran barraca con paredes de tierra y techumbre de tejas.

Empujó la puerta y entró.

Doña Leonor entró tras él: se encontró en una habitacion blanqueada, con el suelo terrizo, á la que daban algunas puertas cubiertas por cortinas.

En medio de aquella habitacion habia un hogar de piedra cubierto por la gran campana circular de una chimenea sostenida por tirantes de madera que se unian al techo. Una cadena pendia de una barra de hierro, que servia como de diámetro á la campana de la chimenea, y de esta cadena, una caldera puesta sobre un fuego de astillas de pino, conteniendo una gran cantidad de carne, que hervia.

A un lado habia una mesa muy baja, y sobre la mesa, clavado por el gancho á la pared, un candilon, cuya humosa y turbia luz alumbraba, á mas del fuego del hogar, aquel espacio.

En otro ángulo, en una mesa mas ancha y mas alta, habia algunos pellejos llenos de vino, y en tablas sostenidas por cuerdas en las paredes, formando basares, se veian vasijas de vidriado ordinario y vasos de vidrio.

Algunos arcabuces, algunas enormes espadas y algunas monturas de caballo se veian acá y allá colgadas de las paredes.

Por último, esparcidas en desórden, se veian algunas sillas de pino.

VIII.

—¡Bah! pues descansad, señor estudiante; se os pondrá lecho en que durmais. ¡Hola! Genoveva, ¿te has dormido, dejando á la vianda que se guise sola?—añadió Rafael, dirigiéndose á una puerta.

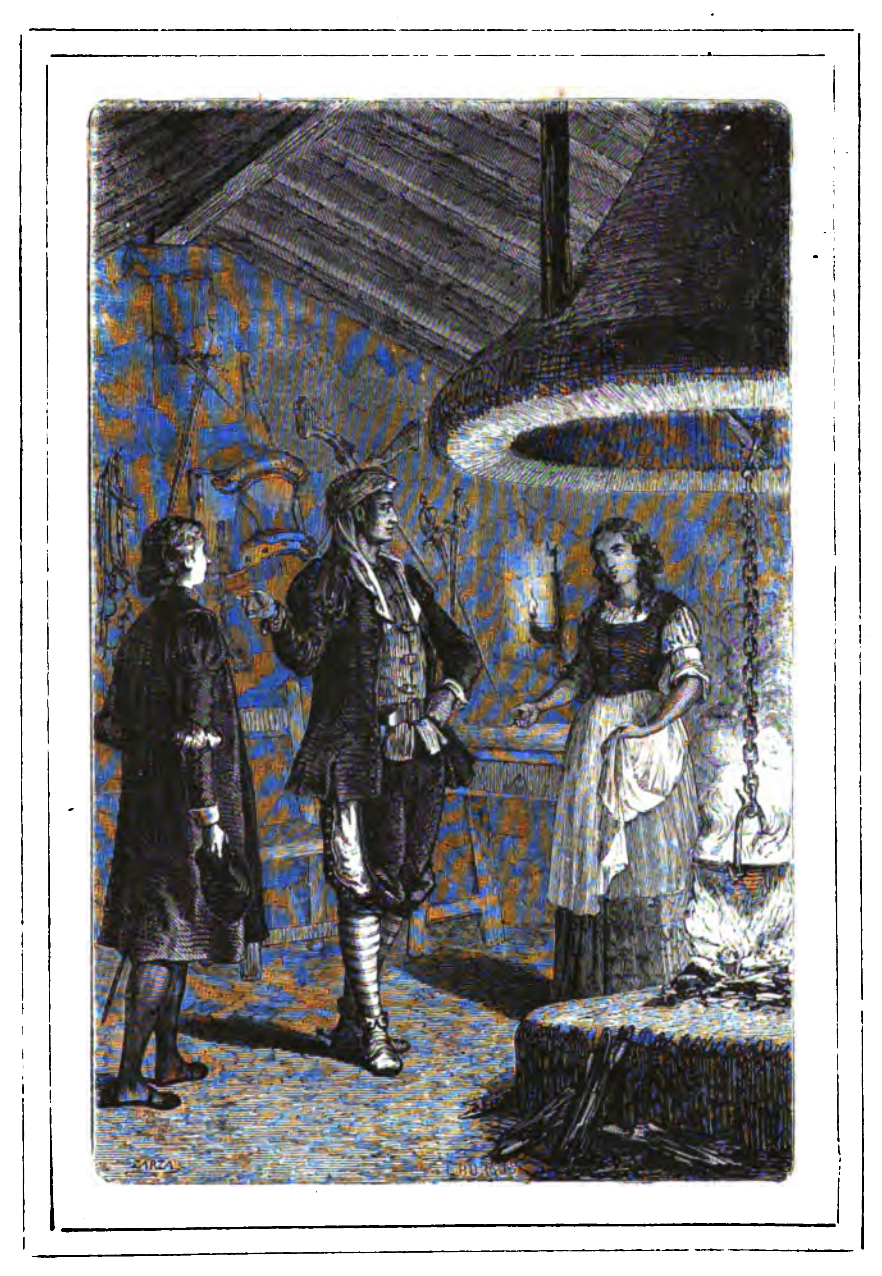
Un momento despues apareció en aquella puerta una gitana muy jóven, con todas las señales de haber dejado el sueño mas hermoso del mundo.

—Ya sabes que la gente que ha de ir mañana á Marchena necesita almorzar muy temprano.

—Estaba sola y me he dormido, Cuervo,—dijo la niña.—¿quién es ese mancebito que está aquí?—añadió, fijando la atenta y escudriñadora mirada de sus enormes ojos negros en doña Leonor.

—Es un estudiante, á quien tenemos de huésped esta noche. Os permito que os enamoreis de ella; que os la lleveis, si quiere seguiros,—añadió Rafael Cuervo, dirigiéndose á doña Leonor: —no tiene padre ni madre, ni perro que la ladre, y es holgazana como ella sola.

Doña Leonor escuchó con alegría esta salida intempestiva de Rafael, porque demostraba que la creia hombre.



LA MALDICION DE DIOS.—LÁMINA 8.ª—Estaba sola y me he dormido, Cuervo;—dijo la niña,—¿quién es ese mancebito que está aqui?

—Pues mira, Cuervo,—dijo Genoveva,—no me digas dos veces lo que acabas de decirme, porque no faltará quien me tenga á su lado con mas gusto que tú.

—¡Eh! pronto, un jergon, un colchon para el señor estudiante,—dijo Rafael, que se paseaba ceñudo y sombrío á lo largo de la cocina.

—¡Ah, no! no os incomodeis,—dijo doña Leonor á Genoveva,—no tengo necesidad de dormir: en cuanto descanse un poco, si vos, amigo, quereis acompañarme, me tornaré á Triana, á la posada de la Sardina Verde, donde vivo.

—¡Ah! ¿vivís casa del señor Anton Gabilan?

—Sí; desde hace tres dias, que vine de Lisboa.

—¿Y á qué habeis venido á Sevilla? ¿No es buena ciudad Lisboa?

—Sí; pero eso no quita que Sevilla sea tambien una muy buena ciudad; y cuando se tiene padre rico, y este padre no tiene mas hijo que uno, no hay miedo de gastar largamente el dinero.

—¿Cómo os llamais?—dijo Rafael, que sostenia la conversacion por sostenerla, porque estaba profundamente distraido.

—Gonzalo de Araujo, hijo de Sebastian de Araujo, hidalgo portugués.

—Y decidme, vientre de Belcebú, ¿qué íbais vos buscando por el rio cuando os echó á pique la barca de la Caridad?

—Señor Cuervo,—dijo doña Leonor,—eso es querer saber tanto como yo.

—Teneis razon; perdonad,—dijo Rafael.

Y siguió paseándose en silencio.

De improviso se detuvo delante de doña Leonor.

—¿Necesitais algo?—dijo:—comida, bebida, leche.

—Nada de eso necesito.

—Pues entonces, podeis marcharos cuando querais.

—Sí; pero vos sois muy buen hombre.

—¿Quién os ha dicho que yo sea un buen hombre?—contestó Rafael, mirando sombríamente á doña Leonor.

—Para mí sois el mejor hombre del mundo,—respondió ésta; —y como habeis prometido acompañarme cuando quiera volver á mi posada, os cojo la palabra, y os exijo en este instante su cumplimiento.

—Pues sobre la marcha,—dijo Rafael, tomando de la pared una espada y poniéndola bajo el brazo.

—Vaya con Dios el señor estudiante,—dijo Genoveva.

—Adios, hermosa,—contestó doña Leonor;—ya nos volveremos á ver.

Y salió detrás de Rafael el Cuervo, que habia emprendido la marcha.

IX.

Cuando estuvieron fuera del aduar, y á alguna distancia, doña Leonor dijo al gitano.

—Os sucede algo; por mas que pretendeis parecer sereno, se nota que estais vivamente acongojado, é irritado á mas.

—¿Y qué os importa eso, niño?

—Puede suceder que me importe mucho, y que yo no sea niño como vos creeis: si he salido de la casa á donde me habíais llevado, no ha sido porque quiera volverme á la hostería de la Sardina Verde, que no pienso volverme á ella hasta que sea bien de dia, sino porque necesito hablar con vos.

—¿Y qué teneis vos que hablar conmigo?

—En primer lugar, preguntaros por qué ha desaparecido el comendador.

—Porque ha huido de mí.

—Entonces sois enemigo suyo.

—A muerte.

—¿Necesitais vengaros de él?

—Sí.

—Pues yo os vengaré.

—¡Vos!

—Yo.

—Y sin embargo, decís que no habeis conocido hasta esta misma noche á don Luis del Espino.

—He dicho la verdad.

—¿Y cómo podeis vos vengarme de él?

—Eso no os importa.

—¿Qué es lo que os impulsa á ofrecerme esa venganza?

—Mirad, señor Rafael, —dijo doña Leonor; —yo tengo tambien mis asuntos, y asuntos endiablados.

—Pues temprano empezais. ¿Qué edad teneis?

—La que dice mi cara.

—¿Diez y seis años?

—Diez y siete.

—Tanto da.

—Pues con mis diez y siete años, amo ya como un loco.

—¿Amais?

—Y me roban mi amor.

—¿Quién?

—Un hombre terrible; un hombre con el cual no puedo yo ponerme frente á frente: don Juan Tenorio.

—¡Don Juan Tenorio! ¿y de qué os quejais? ¿creeis que puede

haber una mujer que haga caso de vos, niño, si la solicita don Juan Tenorio?

—Pues á matar esa mujer iba yo, cuando la barca de la Caridad volcó mi lancha.

—¡Diablo! ¡diablo, rapaz! ¿Y os hubiérais atrevido?...

—Aunque despues me hubiera hecho pedazos don Juan.

—Me pareceis alentado, mancebo.

—Aun no me conoceis bien; pero, respondedme: á vos os acontece algo terrible.

—Sí; ¿qué importa que vos lo sepais? lo sabe todo el mundo: he perdido mi hija, lo que mas amaba; mi Rosaura; y no he llorado, no me he quejado, no la he buscado, á pesar de que habia huido: cuando me han dicho que los hermanos de la Caridad la habian sacado ahogada del rio, ni he rezado, ni he blasfemado: ya veis; he hablado con vos de cosas harto insignificantes, como si nada me hubiera sucedido, y aun no hace dos horas que mi Rosaura, mi pobre Rosaura, ha sido sacada del rio ahogada, muerta.

—¿Es vuestra hija una gitana que conducia en un ataud la barca de la Caridad que chocó con mi lancha?

—¡Sí! ¿La habeis visto?

—Sí, la he visto en un lecho en el hospital de la Caridad, mientras á mí me daban, no se que bebidas, para evitar las malas consecuencias del susto de haber caido al agua.

—Y ¿quién os ha dicho que era una gitana? ¿No habeis visto que era blanca y rubia como un oro?

—Lo he conocido por su traje.

—Y decid; ¿la habian comido los peces los ojos?—exclamó con voz conmovida Rafael;—el comendador me ha dicho que no habia muerto; pero yo no he querido creerlo; ese hombre no

dice nunca la verdad; y luego ¿qué mas me dá que haya muerto ó que esté viva? ¿No me ha deshonrado? ¿No me ha desgarrado el corazon? Si está muerta no la perdono, si está viva, que no se ponga delante de mí, porque la mato.

—Los hermanos de la Caridad, —dijo doña Leonor —han logrado hacerla volver en sí y afirman que no morirá.

Rafael calló y dobló la cabeza sobre el pecho.

X.

—Es muy natural que estéis afligido—dijo doña Leonor; —llorad, llorad, no maldigais á vuestra hija; las faltas de las mujeres por el amor, merecen siempre mas lástima que severidad; sobre todo, contad con que yo os vengaré del comendador.

—Lo decís con demasiada seguridad.

—¡Ah, sí! El comendador está enamorado de mí.

—¡Enamorado de vos!—exclamó Rafael mirando de una manera indescribible, á doña Leonor, y con acento de cólera: —¿os estais burlando de mí, niño?

—Yo soy una mujer—dijo doña Leonor.

—¡Una mujer!

—Sí: ¿qué os extraña? ¿Tan raro os parece que una dama enamorada, engañada, vendida, pospuesta primero á una, luego á otra, se valga de todos los medios que estén en su mano para vengarse?

—¡Una mujer!—exclamó el gitano: —¿y os habeis atrevido á manifestar vuestro secreto á un hombre á quien no conoceis?

—¡Ah, sí! Una mujer no se engaña respecto á lo que siente un hombre que se encuentra en la situacion en que vos os encontrais; nada tengo que temer de vos, porque estais enamorado, enloquecido por un amor funesto.

—¡Yo!

—Sí: vos amais á una desdichada á quien los hermanos de la Caridad han sacado del rio; la amais como se ama al amante que llena el corazon, que es la única felicidad que anhelamos, la única esperanza que tenemos, nuestra vida entera.

—¡Rosaura es mi hija!

—No, mentís,—exclamó con energía doña Leonor;—podeis haberla tenido á vuestro lado llamándola hija vuestra, pero no lo es; además, ahora que recuerdo bien, nada hay en ella en que se revele la raza gitana.

—¿Quién os ha dicho eso? ¿Acaso don Luis del Espino?

—No: don Luis del Espino ha hecho harto con decirme que me ama.

—¿Luego vos digísteis á don Luis que erais mujer?

—No, no por cierto; lo conoció él: al sacarme los hermanos de la Caridad del agua, al tocarme, don Luis puso la mano en mi seno.

—¡Ah!—dijo Rafael,—yo creia que os conocia anteriormente el comendador.

—Ya veis que no.

—Que os habia dicho que Rosaura no era mi hija.

—Eso me lo habeis dicho vos; sí, vos: si Rosaura fuera vuestra hija, por mucho que os hubiera ofendido, al creerla muerta la hubiérais perdonado, la hubiérais llorado; hubiérais ido á besar su cadáver: el dolor que sentís no es el que se siente por la muerte de una hija; lo que sentís, son celos, rábia, desesperacion; ¿cómo quereis que yo no lo conozca, si siento lo mismo?

—Bien señora: ¿qué quereis de mí?—dijo Rafael.

—Ya sabia yo que nos entenderíamos—dijo doña Leonor—

guardad mi secreto, como yo guardaré el vuestro; sed leal conmigo y nada temais.

—No sé por qué, señora, me inspirais una gran confianza; no sé por qué, espero de vos mas de lo que me atrevo á esperar de mí. Voy á ser con vos tan franco, como si fuérais el ángel de mi guarda; venid; voy á llevaros á Triana; abrirán la hostería, porque yo la mandaré abrir y entraréis: en vuestro aposento podremos hablar: estamos ya cerca del puente de Barcas y dentro de un momento habremos llegado.

Y Rafael y doña Leonor siguieron, atravesaron el puente, entraron en Triana, llegaron á la hostería, y Rafael llamó y se hizo abrir.

CAPÍTULO X.

Una alianza.

I.

—¿Quién es don Luis del Espino?—preguntó doña Leonor á Rafael cuando estuvieron encerrados en su aposento.

—Yo no sé la historia de ese hombre; sé que es noble, rico, valiente, comendador de Calatrava, y que se cuentan de él en Sevilla aventuras que parecen cuentos.

—¿Cuánto tiempo hace que le conoceis?

—Seis meses; es gran ginete aficionado á los buenos caballos; yo trato en ellos: un dia vino á mi aduar el comendador y me compró dos caballos, pero vió á Rosaura y Rosaura le vió á él: los dos disimularon porque un castellano sabe que los gitanos no han de consentir que enamoren á una de sus doncellas, y las gitanas, que no pueden querer á un castellano sin esponerse á una desgracia.

Pero se habian enamorado.

Don Luis volvió al aduar: es hombre que se trata con gente baja, á quien gustan las danzas y los cantares de los gitanos, y se hizo mi amigo.

Yo noté que á los pocos dias de ser yo amigo del comendador, Rosaura salia sola con demasiada frecuencia del aduar.

Pero nuestras doncellas; nuestras mujeres, tienen una gran libertad; se confia en ellas mas de lo que se debiera, porque no se debe confiar en ninguna mujer.

Pasaron así dos meses, y el comendador empezó á ser menos frecuente en buscarme, en venir al aduar.

Rosaura empezó á empalidecer, á ponerse triste.

Por último, un dia supimos que el comendador Espino se habia hecho hermano de la Caridad y se habia dedicado al servicio del hospital.

—Vamos,—dije yo,—el comendador se ha cansado del mundo y ha dado en la tonteria de buscar á Dios haciéndose esclavo de sus semejantes: es lástima, porque era un señor muy alegre, muy generoso, y se vivia con él.

Desde el dia en que se supo la retirada del mundo, del comendador, Rosaura se marchitó como se marchita una flor en la umbría.

Yo, sin embargo, nada sospechaba.

Han pasado cuatro meses, ciego yo, triste ella.

Esta tarde, por último, no pude tener duda: recibí de improviso una revelacion espantosa.

Cuando entré en mi casa, Genoveva me dió una carta. —Esto me ha dejado para tí,—me dijo,—Rosaura; despues se ha ido.

II.

Sentí frio en el corazon.

Sobre la carta estaba escrito, de mano de Rosaura: —«A mi buen padre.»

Abrí temblando la carta.

¿Pero á qué deciros lo que la carta contenia, cuando la tengo aquí, cuando vos misma la podeis ver?

Y Rafael sacó de debajo de su coleto de ante un papel arrugado que doña Leonor se vió obligada á estender para leerlo.

La carta decia así:

«No me busques; huyo.

La vergüenza me obliga á separarme de tí.

Soy madre, y estoy desesperada.

Tiemblo que conozcas mi estado; que ya no puedo ocultar: me matarias y luego el recuerdo de haberme matado te mataria á tí.

No me busques, Rafael, no me busques: déjame seguir mi destino.

Perdóname y no te olvides de mí.»

—Por esta carta no se sabe quién es el seductor de esta desdichada—dijo doña Leonor.

—Volved, volved la hoja, señora, y leed.

Doña Leonor leyó:

«Me habia propuesto no revelarte el nombre del que me ha abandonado, del que me ha perdido.

Ese hombre se ha ido á esconder sus crímenes bajo la máscara de hermano de la Caridad.

Ese hombre es el comendador don Luis del Espino.

¡Véngame, Rafael! ¡Venga á mi hijo que no verá la luz!»

III.

—¿Y no buscásteis á Rosaura?—dijo doña Leonor.

—No; vos lo habeis dicho, señora; si hubiera sido mi hija, la hubiera buscado; pero ella sabia que no lo era; estoy seguro de que lo sabia; de que conocia que yo la amaba con toda mi alma; que no me atrevia á decirla:—Yo no soy tu padre: aquí tienes la prueba: ámame, porque yo estoy loco por tí.—¡Ah! mi edad, el temor de que ella no pudiese amarme, de que se desvaneciese un ensueño mio... callé, guardé como un tesoro en mi corazon mi amor; si ella me hubiera dicho:—Amo á un hombre; sufro por él; necesito su amor para vivir.—¡Ah! yo hubiera sido generoso, sí; hubiera hecho callar mis celos; hubiera llegado á amar al hombre á quien ella hubiese amado; pero engañarme; saber que me engañaba el comendador, y por último, escribirme esta horrible carta; decirme: «Soy madre por el amor de otro hombre; voy á morir y á matar á mi hijo por su amor.» ¡Oh! ¡esto es miserable, es infame! las mujeres, cuando el amor las vuelve locas, se olvidan de todo; no sienten; no viven mas que para su locura: yo no la busqué; yo no la he llorado; yo no la lloro, y si alguna vez la veo delante de mí, la mato.

—¿Y cómo es, Rafael, que no habeis muerto al comendador Espino?

—Satanás le protege; es un hombre terrible: le he acometido cuando no se defendia, y me ha desarmado; ha huido cuando yo he llamado á los mios, que sabia vendrian armados de arcabuces. ¡Ah! pero no se perderá don Luis como se pierde una gota de agua en el mar: no, no; yo le acecharé, y cuando se sienta herido, solo tendrá lugar para morir.

—Dejadme á mí encomendada vuestra venganza; creo que ese hombre me ama.

—Pues tened cuidado, señora; tened cuidado, porque dicen que al comendador Espino le ayuda el diablo.

—Otro diablo mas terrible que el comendador se ha apoderado de mí.

—¿Es acaso don Juan Tenorio ese diablo, señora?

—Sí.

—Cuentan de ese caballero grandes cosas.

—¿Querreis vos servirme contra ese caballero?

—Contra el infierno, si me vengais del comendador.

—Pues bien, esperad á que yo os vengue del comendador, y no busqueis entre tanto vuestra venganza; no la tomeis, aunque se ponga al alcance de vuestra mano: en cuanto á Rosaura, la amparo yo; ¿me prometeis ser dócil á lo que yo os aconsejo?

—Sí.

—Pues bien; necesito descanso para prepararme á esta campaña; dejadme sola; yo os avisaré cuando necesite veros.

. . . .

. . . .

CAPÍTULO XI.

De cómo don Juan supo que doña Leonor de Sese estaba en Sevilla.

I.

Doña Leonor se levantó muy tarde, como quien tan tarde se habia acostado, y llamó á su escudero Cristóbal del Saltillo, que vivia en otro aposento de la hostería de la Sardina Verde.

Eran las diez de la mañana.

En aquellos tiempos, levantarse á aquella hora era levantarse muy tarde.

Cristóbal del Saltillo miró profundamente á doña Leonor.

—Buena ha estado de aventuras la noche,—dijo:—vos vinísteis cerca del amanecer, y el señor Anton Gabilan no ha venido todavía; lo que ha producido, cuando he pedido mi almuerzo, que he tenido que contentarme con cualquier cosa; porque me han dicho, con una gran seriedad, que no habiendo parecido el amo, y no habiendo dejado órdenes ni dinero; no se guisaba hoy en la hostería.

—Tomad pretesto de eso para despedirnos,—dijo doña Leonor;—no quiero estar aquí ni un instante mas; no quiero que don Juan Tenorio me vea hasta que sea oportuno: conque vamos, señor Cristóbal, haced de modo que salgamos, y entre tanto las maletas.

Cristóbal dió tres palmadas á la puerta del aposento, á las cuales un doméstico se presentó.

—¿Qué me manda vuesa merced?—dijo con no muy buen talante.

—El almuerzo de mi amo,—dijo Cristóbal, que estaba inclinado sobre una maleta.

—Huevos, leche, manteca y pan es lo único que hay,—dijo el criado.

—¿Y es ese almuerzo para una persona rica y principal?—dijo Cristóbal del Saltillo:—¿es esto hostería, ó casa de espíritus, á donde se viene á morir de hambre?

—La Sardina Verde,—dijo ofendido el criado,—es la mejor hostería de Sevilla, y de fuera de Sevilla; y al que no le convenga...

—Si me seguís levantando el gallo,—dijo Cristóbal del Saltillo, estirándose,—de un sopapo os dejo sin habla, ¡tunante! á ver, pronto, al momento la cuenta, que mi amo y yo nos vamos de esta caverna.

Intimidado el mozo por el ademan fiero de Cristóbal del Saltillo, desapareció, y volvió á poco con una larga lista.

Solo hacia tres dias que doña Leonor estaba en la hostería, y la cuenta era enorme.

Anton Gabilan era el hostelero mas ladron de todos los hosteleros.

—¿Pero, señor, estamos aquí en la Calabria, ó en el barrio

de Triana?—dijo Cristóbal del Saltillo.—¿Cómo teneis valor para poner por una perdiz cinco reales, y por una trucha asalmonada dos?

—Es tiempo de veda.

—Pero no de veda para los bolsillos de los huéspedes: y decid: ¿qué partida es esta? vino, ciento sesenta y cinco reales y treinta maravedís.

—Señor mio, vuesa merced se ha bebido no sé cuántas botellas de Palermo, y vuestro amo dos de Chipre, y esta es bebida de príncipes.

—Debió bien, si el uno hubiera sido Palermo, y Chipre el otro: ¡ah, ladrones sin penca! ¡ah, galeotes sin cadena!...

II.

—Pagad, Cristóbal, y vámonos,—dijo doña Leonor, que habia acabado de hacer una pequeña maletilla.

—Es, señor,—dijo Cristóbal,—que aun no se han cumplido tres dias desde que estamos aquí, y ya sube la cuenta á trescientos cincuenta y tres reales y quince maravedís.

—Dadle trescientos sesenta reales: que guarde lo que sobra, y en marcha.

—Pues si guarda lo que sobra, ha de cargar con las maletas.

—Eso no importa,—dijo el criado, así que vió que iban á quedarle siete reales de vellon; es decir, siete reales fuertes de á veintiun cuartos.

—Pues ahí están los trescientos sesenta reales: carga con las maletas, y en marcha.

—¿Y á dónde?—dijo el mozo, cargando con dos maletones, y metiéndose bajo el brazo la pequeña maleta que habia hecho doña Leonor, y que pesaba demasiado.

—¡Y es verdad!—dijo doña Leonor;—¿á dónde vamos? nosotros no conocemos á Sevilla.

—¿Quiere ir vuesa merced, señor estudiante, á una hostería donde, si lo paga bien, le tratarán como á un príncipe?—dijo el mozo.

—Sí que quiero.

—Pues á la Rosa de Andalucía, junto á la Encarnacion, en la calle de Dados: en la yema del huevo; en medio de Sevilla.

—Andando, pues,—dijo Cristóbal.

Y salieron de la Sardina Verde, luego de Triana, atravesaron el puente, el espacio que media entre éste y la puerta del Arenal, y por las calles de la Mar, Vizcainos, la Sierpe y la Ballestilla, con algunas callejuelas intermedias; llegaron á la de Dados, y cerca ya de la plaza de la Encarnacion, á una gran casa, sobre cuya puerta se leia en grandes letras: *Gran Hostería de la Rosa Andaluza*.

III.

Doña Leonor y Cristóbal fueron aposentados al momento: la primera en una gran estancia, desde cuyos balcones se veia la plaza de la Encarnacion; y el señor Cristóbal en un pequeño cuarto inmediato.

Doña Leonor se hizo servir de almorzar, y despues de esto dijo á Cristóbal, que la habia servido el almuerzo:

—Almorzad pronto.

—Yo ya he almorzado, señor,—dijo Cristóbal del Saltillo, que aun á solas trataba como á hombre á doña Leonor, para no perder la costumbre y evitar equivocarse delante de gentes, y además, por si eran escuchados.

—Pues mejor, —dijo ella; —tomad esta joya y vendedla, porque debemos estar mal de dinero.

—¡Cómo! tenemos trescientos doblones.

—No importa; necesito mas.

—¿Y cuánto he de pedir por esta alhaja?

Era una gran rosa de diamantes para el prendido de la cabeza.

—Yo no sé á punto fijo lo que esta joya vale, —dijo doña Leonor.

—Lo menos, lo menos, —dijo Cristóbal, —doscientos doblones.

—Pues bien, vendédmela al momento: en seguida os iréis á la Alameda Vieja, y observaréis una gran casa de piedra, que tiene la puerta muy labrada y dos miradores calados: ved si podeis haceros amigo de uno de los criados de aquella casa; de paso procuraréis saber dónde viven don Juan Tenorio y don Luis del Espino; acordaos bien: cuando sepais dónde vive el segundo, meteos en su casa, preguntad por él, procurad hablarle, y decidle que la dama del rio le espera esta noche en esta hostería; que pregunte por el señor Gonzalo de Araujo.

—Bien, muy bien; ¿pero vais á salir tambien vos?

—Sí, amigo mio, sí.

Y doña Leonor se dirigió á la puerta.

—¿Y cuándo habreis vuelto? —dijo Cristóbal.

—Lo mas tarde, al oscurecer; á la hora en que debe venir, si acude á mi cita, don Luis del Espino.

IV.

Ambos salieron, y se despidieron á la puerta de la hostería. Doña Leonor tomó por la plaza de la Encarnacion, y pregun-

tando acá y allá, llegó al alcázar, se entró por él, y adelantó hasta que en el patio de las Muñecas á la puerta de la antecámara del salon de embajadores la detuvo un suizo.

—Decidme, —le preguntó doña Leonor;—¿ha venido al alcázar don Juan Tenorio?

—¿Quién pregunta por don Juan Tenorio?—dijo una voz que doña Leonor creyó reconocer, tras ella.

Se volvió, y vió al dueño de la hostería de la Sardina Verde.

Esto es, á Anton Gabilan.

Pesóle á doña Leonor que aquel hombre á cuya hostería habia ido á parar don Juan, hubiera oido que ella preguntaba por él.

Pero doña Leonor estaba muy léjos de sospechar que el dueño de la Sardina Verde fuese una persona tan de la confianza de don Juan Tenorio.

Gabilan empezaba ya á ser la antigua ave de rapiña al servicio de don Juan Tenorio. Gabilan, á quien conocen demasiado nuestros lectores, y que era un tuno de primer órden, encontró muy extraño que un estudiantillo tan hermoso preguntase con tanto interés por don Juan.

V.

—¿Qué haceis aquí, señor Anton Gabilan?—le dijo doña Leonor.

—¿Qué he de hacer, voto á tantos y cuantos,—le dijo Anton, apartándose con ella del suizo,—sino venir á buscar cómo vos á don Juan Tenorio? á ese diablo de hombre, que aunque no hubiera vuelto á aparecer, nada se hubiera perdido, sino por el contrario, se hubiera ganado mucho.

—¿Conoceis vos á don Juan Tenorio de antes de ahora?—le preguntó doña Leonor.

—¡Bah, bah, bah, y qué pregunta, señor mio! ¿Pues hay en Sevilla algun dueño de hostería decente que no conozca á don Juan? Él paga bien, eso sí, pero hace servir á las gentes de cabeza, y es muy fácil coger sirviéndole un latigazo que le cruce á uno de parte á parte, ó una estocada que le envie á uno sin necesidad de médico al otro mundo. ¡Qué hombre! ¡Qué torbellino! ¡qué diablo! Vino, me agarró, me llevó consigo, y esta es la hora en que no he podido volver á mi casa; y lo siento por mis huéspedes, vive Dios; mis criados son tan cernícalos, que en faltando yo, todo anda manga por hombro; de seguro, señor estudiante, que vos habreis almorsado hoy muy mal; porque en mi casa se vende tanto, que no queda nada de un dia para otro; á las diez de la noche, todo se ha concluido; por lo mismo, permitidme que os lleve adonde almorceis bien.

Doña Leonor calló, porque le convenia esplorar á Gabilan, puesto que sabia que él era quien habia acompañado á don Juan á su casa, á la Alameda Vieja, cuyo nombre sabia porque lo habia preguntado á un transeunte, al convento de Santa Clara, en el que habia penetrado con él por la tapia del cementerio, al alcázar, y luego fuera de Sevilla.

Gabilan murmuraba entretanto para su ropilla.

—Vaya un estudiante gordito, redondito, fino, bello, con unas manos que enamoran, y un poco abultadillo de pecho; me está dando el olor de dama desesperada que persigue á don Juan; y cuando á estas aventuras se arroja, persona debe ser de cuenta y de bríos, y peligrosilla; no, pues á poco que hable yo con esta persona sospechosa, me convenzo de si es él ó si es ella; porque chiquillos hay que antes de que les apunte el bozo, parecen una dama; veremos cómo resiste el primer golpe que yo le tire; pero entretanto prudencia.

Doña Leonor, sin saberlo, habia tropezado con uno de esos tunantes que se pierden de vista, que servia admirablemente á don Juan, por cariño, por costumbre, por soberbia, y sobre todo, por la cuenta que le tenia, para evitar que don Juan le rajase de alto abajo á la primera torpeza suya que le echase á perder un negocio.

—Aquí, á la vuelta del alcázar, en la calle de la Borceguinería, está la taberna de las Armas imperiales, donde despues de mi casa, es donde mejor se da de comer en Sevilla; el señor Crispin Salmon, dueño de las Armas imperiales, es muy amigo mio, y nos servirá cosas delicadas, esquisitas; nos tratará á cuerpo de rey.

—Acepto, señor Gabilan, —dijo doña Leonor; —pero con la condicion de que he de pagar yo, y de que hemos de achisparnos.

—Tiene para pasto un vino del Priorato de padre y muy señor mio el amigo Crispin, que ya vereis; y para sobre comida un sorrento, que no lo bebe mejor el Papa, sino se va á mi casa á bebello; porque como yo he andado por diversas partes del mundo, conozco bien la variedad de géneros que se necesitan para servir una mesa como Dios manda, y no me duele el bolsillo; es verdad que llevo caro, pero cómo ha de ser; no es posible que las cosas sean baratas y buenas: vamos, entre vuesa merced, señor estudiante; ya estamos en las Armas imperiales; ya vereis qué bien se nos trata.

Y se entró dentro y empezó á dar voces.

—¡Aquí, Crispin Salmon! ¡Crispin Salmon! aquí, so pena de escomunion mayor y una vuelta de cintarazos que te quieras chupar los dedos y no te los encuentres.

VI.

Acudió un doméstico de la taberna.

—¡Hola! ¿Qué es esto, señor Anton Gabilan, venís á hacernos gasto?—dijo el mozo;—¿qué quereis que os sirva?

—Al amo, en seguida, en seguida; mira; dile que si no viene pronto, entro, le busco, le ensarto, le aso y me le como: una habitacion aparte, muchacho.

—Al instante, señor Anton Gabilan,—dijo el mozo abriendo una puerta:—entrad con vuestro amigo, voy á buscar al amo; vendrá, pero no le entretengais mucho, porque tiene entre manos una comida de boda, que le ha encargado un hidalgo de los que mas gasto hacen en su casa; don Sebastian de Arizaga, ya le conoceis, un vizcaino perdona vidas.

—¡Calla! ¿y con quién se casa ese tunante?—dijo Gabilan.

—¡Pues ahí no es nada! con la hembra mas rica y mas hermosa del mundo; con doña Clara de Sástago, hija del conde de la Membrilla.

—En cuanto á eso de que doña Clara de Sástago sea la mas hermosa del mundo y la mas rica, lo dices tú, animal,—dijo Gabilan;—sin mas andar, ahí está doña Magdalena de Córdoba y de Válor, dama de la emperatriz, que vale por hermosa y por rica, así como cien veces mas que doña Clara.

Gabilan notó que el estudiante se impacientaba.

—Eso va en gustos,—dijo el mozo;—pero voy, voy á avisar al amo.

—¡Bah! qué comparacion hay,—dijo Gabilan cuando el mozo se hubo ido,—entre doña Magdalena y doña Clara; vos que como mancebo debeis ser aficionado á las buenas hembras, me

dareis la razon: ¡cuál os parece mejor de las dos damas? doña Clara ó doña Magdalena?

—Cuando las conozca os lo podré decir,—dijo aumentando en impaciencia doña Leonor.

—¡Cómo! ¿no conoceis vós á esas señoras? Las dos son damas de la emperatriz, y las conoce todo el mundo en Sevilla.

—Pero advertid, señor Gabilan, que sólo hace tres dias que estoy en Sevilla, y que es la primera vez que vengo á ella.

—¡Ah, es verdad!—dijo Gabilan;—sólo de ese modo se puede entender que no conozcais á esas dos hermosuras.

VII.

—Aquí estoy todo entero,—dijo presentándose á la puerta un hombre obeso y alegre que se acercó á Gabilan y le dió la mano apretándosela fuertemente:—¿á qué diablos vienes á mi casa, dejando abandonada la tuya, Anton?

—¡Que quieres! he salido á enseñar la ciudad á este jóven hidalgo que es mi huésped, y al salir de la catedral le he dicho: voy á llevaros á almorzar á casa de un amigo mio, dónde se da de comer tan bien como en mi casa.

—Muchas gracias, Anton,—dijo el señor Crispin;—y para que este señor estudiante no tenga que desmentirte, voy á mandar que traigan una sopa de galápago que yo he inventado, y que es riquísima; una empanada de hidalgo, unas codornices á la imperial, y una ensalada de salmon.

—Por de contado con vino del Priorato,—dijo Gabilan.

—Se entiende,—contestó Crispin;—hay ciertos manjares que no pueden comerse sino con ciertos vinos; esto es lo que entendemos tú y yo, y lo que no entienden todos; pero me voy, no

puedo detenerme; estoy sumamente comprometido, tengo comida de bodas.

—Sí, sí, ya sé que se casa doña Clara de Sástago.

—¡Y con quién se casa! —dijo Crispin suspirando: —con un cualquiera, con un busca vidas, con un bribon que tuvo la culpa de que muriese la pobre hija del marqués del Arrumblar; pero va á haber algo, Anton: yo mismo, cuando iba esta mañana á la Encarnacion á hacer la compra, he visto entrar en su casa, en la calle de Regina, á don Luis del Espino.

—¿Pues no estaba el comendador en la Caridad, Crispin?

—Allí estaba, es cierto; pero ya no está: iba con espada, capa y birrete, galan y altivo como antes de meterse en el hospital; y haber salido don Miguel el mismo dia en que se casa don Sebastian, me da muy mala espina; por lo mismo, esta mañana, á pretesto de que andaba alcanzadillo, he ido á pedirle adelantado el dinero de la comida, no sea que me le maten y me quede sin cobrar.

—¿Y te lo ha dado?

—Si no me lo hubiera dado, hubiera tenido que encargar á otra parte la comida.

—¡Conque tiene dinero don Sebastian!

—¡Ya lo creo! el que le da doña Clara de Sástago, que está loca por él.

—¿Y qué dirá á esto la emperatriz? porque al fin y al cabo, doña Clara es dama suya, y casa mal casándose con un perdido; ¡si fuera como doña Magdalena de Córdoba!...

—¡Calla! ¿se casa tambien doña Magdalena?

—¡Ya lo creo! y bien casada; nada menos que con su escelencia el capitan general de la guardia española, gentil hombre del emperador, marqués de Marana, y grande de España.

—No conozco á ese señor,—dijo Crispin.

—¡Vaya si le conoces!—respondió Gabilan, que habia notado que doña Leonor oia todo aquello con la mayor indiferencia; —pues si no conoces otra cosa, Crispin.

—Te digo que no le conozco.

—Vaya, pues el señor de Marana, no es otro que don Juan Tenorio.

Gabilan que estaba atento, aunque disimulando su atencion, vió que el estudiante se ponia pálido como un muerto.

—¿Pero no decian,—exclamó Crispin,—que don Juan Tenorio se habia metido fraile?

—¡Bah! ¡bah! don Juan Tenorio llegó anoche á Sevilla, ha buscado mas enamorado que nunca á doña Magdalena, y se casan, Crispin, se casan, y muy pronto; pero anda, anda, vete á la cocina, y envíanos el almuerzo.

Crispin salió.

—¿Quién os ha dicho que don Juan Tenorio se casa con doña Magdalena de Córdoba?—dijo doña Leonor.

—Y vamos claros, señor estudiante, ¿y qué os importa á vos que don Juan Tenorio se case ó no se case?

—Teneis razon; nada,—dijo doña Leonor procurando disimular su inquietud y contener el temblor que la agitaba sin conseguirlo;—absolutamente nada; pero he oido hablar tanto de él, que naturalmente se me ha escitado la curiosidad.

—Dejad; dejad que nos cubran la mesa,—dijo Gabilan viendo á un mozo que se acercaba con una gran bandeja, sobre la cual venia un servicio,—y yo os diré todo lo que querais acerca de don Juan.

VIII.

La mesa estuvo muy pronto cubierta, y servida sobre ella una tartera llena de una aromática sopa.

—Veamos esta sustancia de galápago inventada por mi amigo Crispin, para introducirla yo en mi hostería, si merece esta honra; tomad y comed bien, porque debeis tener buen apetito.

Y Gabilan sirvió el plato á doña Leonor, que á cada momento estaba mas conmovida.

Gabilan se sirvió, y probó la sopa como un cocinero prueba un manjar que no conoce.

—Viva mi amigo Crispin,—exclamó;—esta sopa es un verdadero plato de fraile cartujo; ¡exquisito! ¡exquisitísimo! Crispin se negará á decirme cómo se hace, pero ya lo sé, y aun me propongo mejorarla; un poco de canela y de jengibre harán este plato digno del emperador; sustituiré á la sopa de pan el buen macarron, le coceré al horno, y tendremos el macarron de galápago; este plato se servirá con preferencia en la comida de boda de don Juan.

Doña Leonor dejó de comer.

—¿Estais malo, señor estudiante?—dijo socarronamente Gabilan.

—No,—contestó sonriendo penosamente doña Leonor;—la verdad es, que he almorzado muy bien y no tengo apetito.

—Pues lo que es hoy, no habeis podido almorzar muy bien en mi casa, señor Gonzalo.

—Es que... perdonad señor Anton Gabilan, pero ya no estoy en vuestra casa,—dijo doña Leonor repitiendo su sonrisa.

—¡Ah, diablo! ¡me habeis abandonado!

—¿Y quién permanece en una hostería donde no hay qué comer?

—Teneis razon; pero debíais haber considerado que esto no ha sido mas que un accidente, una cosa pasajera; lo único que siento, es que no habreis encontrado tan buen hospedaje como la Sardina Verde.

—Os equivocais, señor Anton Gabilan; el almuerzo que me han servido en la Rosa andaluza ha sido escelente.

—Vamos, pues si estais en la Rosa andaluza no estais del todo mal, y vais á estar mejor, porque yo os recomendaré al dueño de esa hostería que tambien es mi amigo; pero probad de estas codornices, señor Gonzalo, que están rellenas de pasta de ángel, y dicen comedme: pues no, que este pastel de hígado es de despreciar, y esa ensalada de salmon y esas confituras; ayudad al apetito con estas ricas alcaparras y estas aceitunas, y sobre todo, echáos al coleto un buen vaso de el del Priorato; imitadme.

Y Gabilan se tiró al cuerpo un vaso de á cuartillo.

Hay que advertir, que Gabilan podia beberse impunemente una bodega.

Doña Leonor probó apenas el vino.

—¿Cómo es eso? ¿despreciais este néctar?

—Estoy un poco malo, señor Gabilan.

—En efecto, estais muy pálido, y esto es ya distinto; he comido no todo lo que queria, pero sí lo que me basta, y voy á llevaros á la Rosa andaluza.

—Sí, me hareis un favor; no sé en lo que consiste, pero se me va la cabeza.

—Pues vamos, vamos al momento, señor Gonzalo, —dijo Gabilan levantándose.

—Llamad para pagar el gasto.

—¡Cá! entre sastres no corren echuras; ¡pues estaria bien que un hostalero cobrase á otro hostalero! Ya está pagado.

—Sea como vos querais, —dijo doña Leonor poniéndose de pié.

Pero vaciló, y tuvo que apoyarse en la mesa.

—Vamos, asíos á mi brazo, y andando.

—No, no, gracias, —dijo doña Leonor; —esto pasa; no hay para qué me agarre; ya vereis como ando bien.

Y echó á andar.

—Mujer y muy mujer, —dijo Gabilan que marchaba detrás, para sí: —se ha puesto mala cuando ha sabido que don Juan se casa, y no ha querido asirse á mi brazo; ¡ya! si se agarra en seguida me dice á mí el codo lo que ya no necesito que me diga; pues bien, nos prevendrémos y avisaremos á don Juan, porque esto me parece grave; ¡y vaya si es hermosa! como prenda de mi amo.

Cuando Gabilan acabó su monólogo, ya doña Leonor estaba fuera de la taberna de las Armas Imperiales.

—Dejadme que os guie, que vos no sabeis por Sevilla, —dijo Gabilan, —y hay tal tirada desde aquí á la Encarnacion, y son tan intrincadas las calles, que os perderíais si fuéseis solo.

Y Gabilan echó un poco delante.

Desde entonces hasta que llegaron á la calle de Dados y á la hostería de la Rosa Andaluza no hablaron una palabra.

—Gabilan dejó en su cuarto á doña Leonor.

—Gracias, amigo mio, —le dijo ésta; —sois muy bueno, y ya me pesa haber salido de vuestra casa: quedamos amigos, ¿no es verdad?

—¡Oh! ¡amiguísimos! —respondió Gabilan.

—Pues quedad con Dios; estoy verdaderamente malo, y voy á recogerme; ya os buscaré.

—Pues adios, don Gonzalo; aliviaos, y hasta cuando querais.

Doña Leonor cerró la puerta.

Gabilan se alejó lentamente de ella.

—¡Oh!—dijo:—no se nos perderá, y don Juan sabrá quién es.

Y bajando las escaleras, dijo á un hombre que iba á subir por ellas:

—Harto ahí, Villagarcía.

—Harto aquí, Gabilan: ¿qué ocurre?—dijo el otro.

—Poca cosa: se ha venido de mi hostería á la tuya una persona que me interesa mucho.

—¿Un estudiante con un escudero?

—Sí.

—¿Te debe algo?

—No.

—¿Y entonces qué te importa á tí ese estudiante?

—Lo que á tí nada te importa saber; pero oye: se necesita que ese estudiante no se pierda.

—A la fuerza anda en ello alguna dama,—dijo Villagarcía,—porque el estudiantejo es hermoso con ganas.

—Puede ser que la persona que por ese estudiante se interesa sea muy rica, muy generosa para dar, pero que tambien quiera dar algo que no se quisiera recibir.

Y Gabilan marcó con el dedo una estocada.

—Y bien, dime lo que hay que hacer,—dijo Villagarcía.

—Que ese mozo no se pierda; que haya siempre una persona que vaya detrás de él; que se sepa lo que hace, y que se adivine lo que piense: dinero habrá por largo.

—¿Y á dónde ha de avisarse si ocurre alguna novedad?

—Á casa de don Juan Tenorio, donde yo vivo desde hoy.

—¿Y la hostería?

—La vendo.

—Pues si te pones en razon, te la compro.

—Ya hablarémos de eso; pero adios, que estoy de prisa, hasta otra ocasion, y cuidado, mucho cuidado con el estudiante.

Gabilan salió, y se fué derecho á la casa de don Juan.

IX.

Tenorio estaba en la cama.

Se habia acostado con fiebre, y la fiebre, que no habia cedido del todo, le retenia en el lecho.

—¿Has llevado mi mensaje al alcázar?—dijo:—¿has anunciado al chambelan de servicio que yo no puedo ir á presentarme al emperador, porque estoy enfermo?

—Sí señor. ¿Y cómo teneis la cabeza? ¿Se os puede hablar?

—Aquí en el lecho estoy bien; pero he querido alzarme, y he sentido cierta vaguedad, cierto mal estar, que me han obligado á acostarme de nuevo: ¿sucede algo?

Gabilan contó á su amo lo que le habia ocurrido con doña Leonor, y se la describió parte por parte.

—¡Doña Leonor de Sese!—dijo Tenorio, que reconoció á la jóven por la descripcion que de ella le habia hecho Gabilan.—¡Doña Leonor de Sese! ¿Cómo ha venido esa mujer á Sevilla? Es necesario no perderla de vista, Gabilan: esa mujer se ha puesto á mi paso en Lisboa, y me ha obligado á salir de ella: que sepa yo siempre dónde está esa mujer.

—Ya he tomado mis precauciones, señor, y no se la perderá de vista,—dijo Gabilan.

—Nada temo por mí; pero lo temo todo por ella, por Magdalena. ¡Oh, Gabilan, qué hermosa está! ¡qué poder tiene sobre mí! es mi primer amor; nunca la he olvidado.

—Mirad, señor, que vuestros amores con doña Magdalena os salieron muy mal: cuenta no os suceda en Sevilla lo que os sucedió en Madrid; es decir, que paseis un año en donde nadie sepa que estais, ó cosa peor.

—No, Gabilan, decididamente me retiro; me caso, me pego al emperador, y voy con él adonde me lleve: se acabaron las aventuras, los devaneos: dentro de poco tendré hijos, porque creo que si me caso los tendré, y será otra cosa.

—Se echan muy buenas cuentas, señor; vos no pensais en que lo pasado se vuelve contra los hombres como una serpiente: habeis empeñado prendas, y teneis que ateneros á lo que resulte; condicion y figura hasta la sepultura: si vos pudiérais dominaros y pensar á sangre fria lo que os conviene, tal vez aun seria tiempo; pero como el peor enemigo que teneis sois vos mismo, las cosas continuarán de la misma manera, con la diferencia de que vuestras aventuras os harán mas daño si os casais.

—Estoy decidido: ¿has estado casa de doña Magdalena?

—Sí señor, antes de ir al alcázar: se puso muy pálida cuando la dije que estábais enfermo; y cuando añadí que lo estábais por su causa, se sonrió como un ángel: ¡oh, y cuánto os ama doña Magdalena, señor!

—¿Y nada te dijo para mí?

—Sí; me dijo que vendria á veros.

—¡A verme! eso no puede ser: yo soy un hombre soltero; esto seria un escándalo.

—Las mujeres, cuando se enamoran, no piensan en nada.

—Puede encontrarse aquí con doña Gabriela; con doña Ga-

briela, qué quiere tambien estar al lado de mi lecho, y á la que José apenas puede contener.

—¿Y qué pensais hacer de doña Gabriela, señor?

—Hé aquí una cosa que yo no sé, Gabilan: es una mujer que me sobra, y á la que, por mas que hago, no encuentro manera de colocar, como la emperatriz no me ayude: y es tan rígida en estas materias su majestad...

—Desesperadla, y que se meta monja.

—Eso no es posible, Gabilan; doña Gabriela no tiene vocacion al cláustro.

—Pues haceis un viaje á Cádiz ó al Puerto, os meteis en un barco con ella, pretestando un viaje á Inglaterra ó al infierno, pagais para que, durante la noche y mientras ella duerme, os dejen en la costa, el barco sigue su viaje, se encuentra sin vos, la desembarcan en tierra estraña, y pueden sobrevenirla aventuras que la impidan volver.

—Yo no puedo hacer bajezas, Gabilan.

—¿Seria acaso la primera mujer que habeis abandonado?

—Nunca Gabilan, nunca: lo que me ha separado de las mujeres no ha sido mi voluntad, sino los sucesos.

—Pues entonces, dejad que los sucesos os separen de doña Gabriela.

Oyóse entonces de repente una ágria riña en la antecámara de don Juan.

Poco despues una mujer entró seguida de José.

Era Gabriela.

X.

—Teneis los criados mas insolentes del mundo, don Juan,—dijo la niña:—este viejo no quiere creer que soy vuestra esposa,

y ha pretendido impedirme que entre á veros, cuando sé que estais enfermo.

—Yo no tengo la culpa, señor, —dijo José;—tiene mas fuerza que yo, y este ha sido un verdadero atropello.

—Dejadnos solos, —dijo don Juan.

Anton y José salieron.

Gabriela y don Juan quedaron solos.

CAPÍTULO XII.

De cómo don Juan comprendió que Gabriela era para él un inconveniente mayor que lo que había creido.

I.

Gabriela se acercó anhelante, cuidadosa, enamorada, al lecho de don Juan.

—¿Qué teneis, señor?—dijo.—¿Por qué no me habeis llamado? Yo os hubiera cuidado mejor, mucho mejor que esos bribones que os sirven: ¡oh! han tenido atrevimiento para decirme que no se os podia ver; á mí, que os adoro; á mí que soy capaz de dar mi vida por vos.

—Señora infanta doña Gabriela de Portugal,—dijo Tenorio sombríamente sério:—sentaos; vamos á tener una explicacion muy grave.

—Señor don Juan Tenorio,—dijo con acento frio Gabriela;—¿qué me dijisteis la primera vez que entrasteis en la tienda de Lope Pereira, en ocasion en que yo estaba sola en ella? Me

dijísteis: — De aquí se puede sacar por mucho ó poco dinero una joya; pero ¿qué habrá que hacer para teneros á vos?

Aquel dia no os contesté don Juan, porque me causaron tal angustia, tal impresion vuestra vista y vuestras palabras, que apenas si os hablé.

Pero pocos dias despues os dije:

—Lo que se necesita para tenerme, es amarme.

Vos me dijísteis: —Yo os amo.

Pasaron muchos dias y yo me creí amada por vos.

Llegó en fin una noche en que yo estaba sola en la casa: llamasteis, respondí, pretendísteis entrar, yo no tenia llave, y como no podíais entrar por la puerta, entrasteis por la ventana.

¿Qué me dijísteis antes de que yo consintiese en ser vuestra? ¿No lo recordais, don Juan?

—No te abandonaré nunca, —os dije, —por tí haré cuanto sea necesario hacer.

—¿Me lo jurais, señor, —os dije, —por el alma de vuestra madre?

—Sí, —me contestasteis; —jamás te abandonaré!

¡Entonces yo no fuí ya mia; ¡fuí vuestra, don Juan! vuestra con toda la alegría de mi alma; vuestra, con todo mi deseo, con toda mi vida; y fuí feliz porque soñé, porque creí que cumpliríais vuestro juramento, que no me abandonaríais jamás.

—¿Os he abandonado acaso? —contestó don Juan, ya harto impaciente.

—Sí, don Juan, sí; porque habeis dejado de amarme; porque para vos, desde que salimos de la casa de Lope Pereira, soy una extraña á quien se ampara por generosidad, no una mujer á quien se ama; no me habeis amado nunca; fué que encontrasteis delante de vos una niña pura é inocente, y no quisísteis

pasar dejándola su inocencia y su pureza; y no hablo del corazon, don Juan, porque ¿para qué habla una mujer de su corazon á un hombre que no la ama? no; pero os hablaré de vuestro deber, os reclamaré mi honor, os lo reclamaré siempre: no teneis el pretesto de decir: sois una pobre muchacha cuyos padres no se conocen; la criada de un platero; yo no puedo unirme á vos; no sois mi igual: no, no podeis decirme eso, don Juan; por que yo, aunque bastarda, soy hija y hermana de rey; no me digais tampoco que no me podeis pagar con vuestra mano lo que me debeis, porque soy mas que vos.

—Mas que yo no es nadie,—dijo don Juan, á quien incomodaba demasiado la pretension de Gabriela.

—Pues bien: en todo caso,—dijo ésta con altivez,—seremos iguales: ¿queréis ser mi esposo, sí ó no, señor don Juan Tenorio?

—Sentaos, señora, sentaos,—dijo don Juan:—lo que vais á oir será tal vez demasiado duro; pero es necesario que lo oigais.

—Hablad—dijo Gabriela sentándose á cierta distancia del lecho.

II.

Don Juan vaciló; lo que queria decir que necesitaba hacer un grande esfuerzo para hablar de una manera franca con Gabriela.

—¿Qué, dudais, don Juan?—exclamó la jóven:—¿tan terrible es lo que teneis que decirme, que os espanta á vos, á quien nada espanta?

—Vos me obligais, señora.

—Escucho, escucho con impaciencia.

—Yo no os he amado nunca.

Gabriela quiso hablar y no pudo: su semblante se contrajo y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—La declaracion que me obligáis á hacer, señora, es para mí tan violenta cuanto dolorosa puede ser para vos; pero las circunstancias en que me encuentro me obligan á fijar la situacion en que definitivamente debemos colocarnos: á mas de eso, me hablais de deberes; y voy á probaros que yo, respecto á vos, no he faltado á mi deber.

—Seguid, caballero, seguid:—dijo haciendo un esfuerzo Gabriela,—lo que me digáis ya, no puede ser mas doloroso que lo que me habeis dicho: yo sabia que no me amábais, pero no sabia cuán terrible era escucharlo de vuestros lábios: seguid, no temais ya nada, estoy preparada á todo.

—¿No sería mejor, señora, que consintiéseis en vivir en vuestra casa, con una servidumbre dígna de vos, presentada á la emperatriz mi señora, declarada por la mediacion del emperador, infanta de Portugal, por vuestro hermano el rey don Juan III?

—¡No!—dijo Gabriela con energía:—hablad, disculpáos; porque de no, seguiré acusándoos de que faltais á vuestro deber, á vuestra honra, negándoos á ser mi esposo.

—Pues bien,—dijo don Juan creciendo en impaciencia;—voy á probaros que no necesito ser vuestro esposo para cumplir, respecto á vos, con mi honor y con mi deber.

—Deseo con ánsia que os expliquéis.

—La primera vez que yo os hablé,—dijo don Juan resuelto á decirlo todo, aunque se le rompiese el corazon á Gabriela,—no os hablé por vos misma; os hablé por acercarme á otra mujer

—¿Qué mujer era esa?

—Vuestra sobrina doña Isabel de Portugal.

—¿A quien amais?

—A quien amaba ayer; á quien creia ayér una mitad mia; el complemento de mi sér.

—Y esa pobre señora ¿ha caido tambien en desgracia vuestra, don Juan?

—No me pregunteis, no pretendais que yo os responda, porque no puedo responderme á mí mismo; porque estoy loco, poseido por un poder superior á mi razon; porque he encontrado á una mujer por quien latió por primera vez mi corazon; porque no me pertenezco, Gabriela; porque ni quiero apartarme de esa mujer, ni aunque quisiera podria apartarme: ¿sufrís con esto? No me importa; porque nada me importa en el mundo mas que ella: ¿me amais? Olvidadme.

—¡Bien, don Juan! Pero aun no me habeis probado que obrando como obrais conmigo, no habeis faltado á vuestro deber.

—¿Por qué obligarme, Gabriela, á decir lo que es para mí mas difícil que embestir espada en mano con un ejército entero?

—Nada temais, despues de haberme dicho, no te amo; todo lo demás importa poco.

—Me estais haciendo sufrir.

—Suframos, pues; nunca sufrireis tanto como sufro yo.

—Nunca he rogado á nadie; por la primera vez de mi vida os ruego que no me pregunteis mas: acusadme, maldecidme, pedid contra mí venganza al cielo; pero no hablemos mas: estoy decidido á casarme con la mujer á quien amo, ¿lo entendeis? ¿A qué mas?

—¡No os casareis, vive Dios, —dijo Gabriela, —mientras no me probeis que podeis casaros!

—¡Cómo! ¿creis que yo no soy libre?

—¡No, mientras yo viva!

—¿Os prometí yo casarme con vos?

—Sí.

—¡No! Os dije que no os abandonaria jamás.

—No abandonar á una mujer, es darla todo lo que la corresponde; yo lo entendí así, porque así debia entenderlo, y al ser vuestra, fuí de mi esposo, ánte Dios y mi conciencia; de otro modo, don Juan, ni vuestra hermosura, ni vuestra audacia, ni ese poder infernal que os ha dado Satanás, hubieran sido bastantes para que yo me hiciese vuestra: ¡no! el que abandona á una mujer pura, que dejó de serlo fiando en su corazon y en su conciencia, es un ladron: volvedme lo que me habeis robado: la honra, el corazon, el alma; reponedme en el estado en que yo estaba ántes de la noche en que entrásteis en mi aposento, y yo saldré de esta casa amándoos, pero sin oponerme á vuestas bodas: ¡ah! ¿con qué mujeres habeis tratado, don Juan, que así tratais á la mujer? ó ¿qué entendeis por honor, que así, al desgarrar el ageno, desgarrais el vuestro y le arrojais al fango?

—Hablais de mi audacia,—dijo don Juan, conteniéndose á duras penas,—y os atreveis á decirme lo que nadie en el mundo se ha atrevido á hacerme escuchar.

—¿Qué importa? ¿creeis que quien ha tenido valor para sufrir la herida del alma, no tendrá valor para sufrir la herida del cuerpo? ¿No oís que os amo, que os amo; que vuestro desamor es mi muerte, y que desamada por vos, nada hay que me espante, nada que yo no acometa?

Y Gabriela se levantó, se acercó al lecho y asió una mano de don Juan.

—Sois mi esposo,—dijo,—¡mi esposo! ¿lo entendeis? No me apartaré de vos: para libraros de mí tendreis que matarme; á donde vayais iré yo; os perseguiré; diré al emperador, á la em-

peratriz: —Yo soy vuestra hermana; un hombre me ha deshonrado; me ha burlado; no le obligueis, no le mateis, porque yo no quiero que muera, pero deshonradle, quitadle todos sus honores, declaradle villano ante la faz del mundo, porque el que engaña á una mujer, y la deshonra, y desgarra su corazon, no puede, no debe llamarse caballero: ¿lo oyes don Juan? eres mio; la emperatriz es mi hermana; ella te obligará á humillar la soberbia cabeza, y yo estaré vengada, porque tu rabia al ser vencido por quien es mas poderoso que tú, será igual á mi desesperacion; ¡porque tú no me amas!

Y á pesar de los esfuerzos de don Juan por retirar su mano, Gabriela la asía con las suyas, y la retenia con la fuerza que la daba la locura de su dolor.

Á don Juan le quemaban las manos de Gabriela como si hubieran sido de hierro candente.

—¡Ah!—exclamó;—¿y cómo vas á probar que eres hija del rey don Manuel?

En aquel momento don Juan se acordó que habia dejado las pruebas del nacimiento de Gabriela en poder del emperador; de que Gabriela tenia sobre sí las señales marcadas en aquellas pruebas.

—¡No!—exclamó Gabriela;—vos no sois tan infame que destruyais el nombre de una mujer; no: vos me dareis esos papeles; son mios: arrebatármelos, destruirlos, seria ser el mas infame de los ladrones; Dios os castigaria: ¡dadme esos papeles!

—No los tengo,—dijo don Juan.

—¡Que no los teneis!

—No; los tiene el emperador.

—¡Mentira! es un pretesto de que os valeis para negarme esos papeles.

—Juro por mi nombre que esos papeles los tiene su majestad.

—¿Sí? pues lo veremos, lo veremos; y si es cierto, don Juan, contad con que doña Gabriela de Portugal se quedará junto á su hermana la emperatriz, y os hará la guerra desde las gradas del trono.

Y Gabriela salió, y antes de llegar á la puerta rompió á llorar.

III.

Don Juan se quedó aturdido.

Lo que le acontecia era lo mas natural del mundo.

Se habia enredado de tal modo, que no encontraba medio para desenredarse.

Doña Leonor de Sese, Gabriela, Isabel, Magdalena, eran cuatro manos crispadas que asian su corazon y le desgarraban, procurando apoderarse de él.

Un infame hubiera apelado al crímen para librarse de aquellas complicaciones; pero don Juan no podia producir el crímen por voluntad propia: todo el mal que habia causado provenia de su terrible destino, de su terrible corazon, que era mas poderoso que su cabeza.

Don Juan acabó al fin, como siempre, por afrontar la situacion, por desafiarla, por soltar la carcajada.

—Y bien,—dijo:—el último paso del ser humano es la muerte; mas allá de la tumba no hay nada; ¿por qué he de tener yo miedo? suceda lo que quiera, estoy pronto; y si el emperador se vuelve contra mí, mejor; porque la lucha tendrá grandeza.

IV.

En aquel momento entró José, y dijo, todo sofocado, á don Juan:

—Señor, la dama con quien vinísteis anoche, doña Gabriela, me ha mandado terminantemente, con la misma energía con que pudiérais haberlo mandado vos, que se disponga una carroza mientras la visten las doncellas que han venido para servirla, y que le acompañen escuderos á caballo.

—¿Y bien? hazlo, mi buen José.

—Pero, señor, esa dama no tiene traje conveniente para ir en una carroza de corte.

—Eso es cuenta suya, José.

—Si no tiene mas que un hábito, que la sienta muy bien, eso sí, y una toquilla blanca, que la cae á las mil maravillas, y un manto de jerga.

—Creerán que tiene hecho voto, mi buen José.

—Pero, señor, si la carroza que tenemos en buen uso es la carroza dorada, la de los grandes dias, y es tan pesado ese mueble, que se necesitan para tirar de él seis caballos, y será menester ponerles penachos, y yo no me acuerdo dónde están los penachos.

—Búscalos.

—Es decir, que vuecencia autoriza...

—Mira, mira, déjame en paz, y obedece lo que te mande doña Gabriela.

—Bien, señor, bien; yo no digo nada; ¿pero á dónde, señor, á dónde querrá ir en carroza esa bendita señora?—murmuró José, saliendo del cuarto de su amo.

Este se volvió del otro lado, y se puso á pensar en Magdalena con su alma entera.

CAPITULO XIII.

Una parienta caida de las nubes.

I.

Aun no eran las doce del dia cuando los centinelas de la puerta esterior del alcázar vieron asomar por gradas dos palafreneros á caballo con libreas rojas, con bordaduras de oro, que venian al trote.

Los caballos no podian ser mejores, ni mas lujosas las libreas.

Los centinelas supusieron que se les echaba encima un grande de España, y llamaron á la guardia para hacerle los honores.

Poco despues asomó una magnífica carroza, tirada por seis caballos, llevando sobre sí un palafrenero los tres de la izquierda.

Detrás venian hasta diez lacayos.

Los palafreneros, el coche y los diez lacayos pasaron al trote

por la gran puerta exterior, y la guardia saludó á una dama que iba dentro de la carroza, como hubiera saludado á un grande.

Esta comitiva, despues de atravesar la plaza de Armas, se detuvo delante del vestíbulo del alcázar.

Echóse de la delantera un lacayo, abrió la portezuela y salió de la carroza Gabriela, con manto, tocas y hábito.

Cuatro lacayos que habian echado pié á tierra, la acompañaron en el interior.

Al llegar á la antecámara de embajadores, el chambelan de servicio adelantó hácia Gabriela.

La antecámara estaba llena de prelados, de dignatarios y de caballeros, que esperaban la audiencia del emperador.

—¿A quién buscais, señora?—dijo el chambelan.

—Decid á su majestad el emperador,—dijo Gabriela en portugués, con algunas palabras castellanas,—que una infanta de Portugal, parienta suya, le pide licencia para besarle las manos.

Se levantó un murmullo sordo de admiracion entre los que habia en la antecámara, que habian oido perfectamente las palabras de Gabriela.

—¿Dice vuecencia que es infanta de Portugal?—preguntó el chambelan.

—Eso digo,—contestó con altivez la jóven.—Doña Gabriela de Portugal, hija del rey don Manuel y hermana del rey don Juan.

—Pase, pase vuecencia á la cámara,—dijo el chambelan.

Y adelantó, levantó la cortina y dijo:

—Su escelencia la señora infanta de Portugal, doña Gabriela.

Gabriela pasó.

El emperador, que estaba despachando con el secretario Co-

bos, oyó aquellas palabras, levantó la vista, vió á Gabriela y dijo al secretario:

—Francisco, véte; ya te llamaré.

El secretario salió.

II.

Gabriela adelantó y se arrodilló delante del emperador.

Don Cárlos la asió las manos y la levantó.

La contempló profundamente y la dijo:

—No teneis los ojos de loca, y debeis serlo.

—¿Por qué, señor?—dijo Gabriela mirando profundamente al emperador.

—Os habeis hecho anunciar en mi cámara como infanta de Portugal.

—Ó miente un hombre que blasona de caballero, ó vuestra majestad tiene la prueba de quién soy yo.

—No os entiendo,—dijo el emperador.

—¿No os ha dado don Juan Tenorio unos papeles?

—¡Mas valiera que se hubiera quedado para siempre en el convento el buen don Juan!—contestó nublando el gesto el emperador.

—No tengo yo la culpa,—dijo Gabriela,—de ser hija del rey don Manuel.

—Vamos, vamos, hermana, yo no he dicho eso; lo que digo es, que quisiera que os hubiérais presentado de otro modo y con menos ruido.

—¿Es cierto, pues, que don Juan ha entregado esos papeles á vuestra majestad?

—Sí.

—¡Ah! dijo Gabriela sonriendo, con una expresion bellísima de consuelo;—él podrá ser terrible, pero no es miserable, no; no me ha engañado. Y ¿conserva vuestra majestad esos papeles?

—No; los tiene la emperatriz; ya se habia pensado en vos, y si su enfermedad no hubiera impedido venir á presentarse, al marqués de Marana, ya se hubiera resuelto.

—Perdonad, señor; pero ¿quién es el marqués de Marana?

—Don Juan Tenorio.

—¡Ah!

—Venid.

Y el emperador asió de una mano á Gabriela, y la llevó á la cámara de la emperatriz.

III.

Doña Isabel estaba acompañada de su dama favorita Magdalena.

Esta se alzó del cogin en que estaba sentada al ver al emperador; se inclinó profundamente y lanzó una mirada involuntaria y profunda á Gabriela.

Gabriela á su vez miró á Magdalena, palideció, retrocedió y lanzó un grito.

—¡Ah!—exclamó ignorante de la etiqueta;—¡esa mujer es parienta de don Juan Tenorio!

—Soy su prometida,—dijo Magdalena, olvidándose de la etiqueta por un impulso instintivo;—pero inmediatamente añadió: —perdonad, señor, perdonad, señora; pero ha pasado por mí un vértigo horrible.

—Retiráos, retiráos doña Magdalena.

Magdalena se inclinó, lanzó una mirada de amenaza á Gabriela, que tenia fija en ella una mirada de ódio, y salió.

IV.

Gabriela se quedó dominada por un temblor violento.

—Ciertamente suceden cosas muy extrañas,—dijo el emperador:—don Juan Tenorio empieza á hacérsenos difícil; hé aquí, señora,—añadió dirigiéndose á la emperatriz,—una parienta nuestra que se nos viene encima como llovida.

—¿Acaso es esa la dama, cuyo nacimiento se prueba en los papeles que á vuestra majestad entregó don Juan Tenorio, y que vuestra majestad me ha entregado á mí?—dijo la emperatriz palideciendo levemente, mirando de una manera intensa, pero dulce, á Gabriela.

—Sí,—contestó el emperador, acentuando fuertemente aquel sí.

La emperatriz se levantó y asió las manos de Gabriela.

Estaba profundamente conmovida.

Por su parte, Gabriela la miraba de hito en hito, y gruesas lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—¡Qué hermosa y qué noble sois, señora!—dijo Gabriela, obedeciendo á su corazon y á su sencillez.

—¿Teneis,—dijo de una manera ardiente la emperatriz,—un lunar rojo en un hombro, y otro lunar rojo en un brazo?

—Sí, sí señora,—contestó Gabriela.

—¿Y á qué es preguntar?—dijo la emperatriz que miraba profundamente á Gabriela;—estoy viendo la mirada, el semblante de mi padre el rey don Manuel.

Y tras estas palabras atrajo á sí á Gabriela, la abrazó y la besó en la boca.

—¡Ah, don Juan!—exclamó con acento de triunfo Gabriela, contestando con un beso al beso de la emperatriz.

—Esta separó de sí á Gabriela y la miró con mas ternura.

—Por lo que veo,—dijo el emperador,—vos no teneis duda alguna, Isabel, ¿no es verdad?

—Ninguna, amigo mio, ninguna; es mi hermana.

—Pues bien; infanta doña Gabriela, venid y abrazadme.

—¡Ah, señor!—dijo Gabriela arrojándose en los brazos del emperador que la besó en la frente.

—Sin embargo,—dijo don Cárlos,—será prudente que hasta que se vea lo que conviene hacer seais nuestra hermana en secreto; ahí os la dejo mi buena y mi prudente Isabel, y me vuelvo á mi despacho de Indias; ved vos cómo nos sacais del verengenal en que nos han metido esta loca y don Juan.

El emperador salió.

En su manera de andar y en la actitud de su cabeza, se notaba que iba vivísimamente contrariado.

V.

La emperatriz asió á Gabriela rodeándola un brazo á la cintura; fué á su sillon, se sentó y sentó á Gabriela á sus piés.

Por algun tiempo permaneció en silencio contemplándola.

—¿Qué edad teneis, Gabriela?—la dijo.

—Quince años, señora.

—Entonces no podeis recordar á nuestro padre; Dios le perdone por haber sido la causa de que hayais venido al mundo, bastarda; este es para mí un dolor que yo no esperaba.

—¡Ah, señora, yo no tengo la culpa!

—Pero cómo, ¿cómo habeis podido conocer á don Juan Tenorio?

—Yo he sido abandonada, y puede tenerse á milagro el que se hayan encontrado las pruebas de mi nacimiento; yo, señora, yo hija de un rey, he servido á un miserable.

—¡Oh! ya lo sé; harto claro lo dicen los papeles que prueban quién sois; y es que Dios puede humillar á los reyes, y los humilla.

Gabriela inclinó la cabeza y lloró en silencio.

—¡Ah! no lo digo por tí, hermana,—añadió la emperatriz, levantando dulcemente la cabeza de Gabriela y besándola en la boca:—¡qué culpa tienes tú de todo esto, pobre inocente! pero la situacion en que nos encontramos es grave, muy grave.

—¡Oh, sí! ¡muy grave! es necesario que esa mujer que estaba aquí cuando yo entré, no sea esposa de don Juan Tenorio.

—¡Oh! ¡no lo será! ¡no puede serlo!

—Don Juan la ama, la adora.

—Don Juan se engaña; una sola palabra del emperador hará que renuncie á sus proyectos de enlace con doña Magdalena.

—Ya habeis oido, señora,—dijo Gabriela con ansiedad,—que esa mujer ha dicho bien claro: don Juan Tenorio es mi prometido.

—Es la primera vez que lo ha dicho delante de mí; si lo hubiere dicho estando á solas conmigo, yo la hubiera respondido: —Olvidad eso, Magdalena, porque es imposible de todo punto que don Juan Tenorio sea vuestro esposo, y don Juan, cuando sepa la razon, se apartará de vos con horror.

—¿Y por qué? ¿por qué se apartará con horror don Juan de esa mujer?—dijo respirando apenas Gabriela.

—¿Por qué?...—dijo la emperatriz,—porque... no me atrevo á revelároslo sino me jurais por la salvacion de vuestra alma que guardareis el secreto.

—Yo os lo juro por la salvacion de mi alma, por la salvacion del alma de don Juan, que es lo que mas amo sobre la tierra.

—Pues bien, Gabriela; Magdalena y don Juan no pueden casarse, porque... ¡porque son hermanos!

—¡Ah, sí, sí! al ver yo á esa mujer, ví á don Juan Tenorio; le ví en sus ojos; pero ¡Dios mio! ¡Dios mio! yo no quisiera que ese fuese el motivo que impidiese el casamiento de don Juan con esa mujer; don Juan la adora; don Juan va á ser muy infeliz cuando sepa que esa mujer es su hermana; y esa misma mujer... ¡ah! no, yo no quiero que mueran desesperados, horrorizados el uno del otro.

Y Gabriela rompió á llorar y se arrojó á los piés de la emperatriz.

—¡Ah, no, no, señora!—añadió;—no se lo digais, no le rompais el corazon; tened piedad de él, porque yo le amo.

—Gabriela, hija mia, ¿estarás tú tambien loca por don Juan?

—Sí;—añadió Gabriela asiéndose á la cintura de la emperatriz y levantando hácia ella su hermoso y cándido semblante anegado en lágrimas.

—¡Oh!—exclamó la emperatriz con un acento semejante á un rugido:—¿y don Juan no te ama?

—¡No! ¡no me ha amado nunca!—exclamó Gabriela, llorando de una manera histérica.

—¡Silencio, silencio, hermana! los reyes nunca están solos; detrás de esa cortina hay servidores que escuchan; no llores de ese modo; devora tu dolor; confia en mí; yo soy la esposa del gran Cárlos V; del monarca mas poderoso del mundo; tú, sea como quiera, eres mi hermana, hija de mi padre; ese amor es indigno de tí, Gabriela,—añadió la emperatriz inclinada sobre la jóven y hablando muy bajo:—arrójale de tu corazon; es im-

posible, tan imposible, como el casamiento de Magdalena y de don Juan; él sabe que eres mi hermana, y un vasallo, por grande que sea, no puede, no debe ser hermano del emperador; no lo será.

—Y ¿qué he hecho yo, señora, para sufrir la horrible desgracia de mi nacimiento?—dijo Gabriela fuera de sí.

La emperatriz bajó la cabeza al escuchar aquella réplica que no tenia contestacion.

—Pero ¿tanto amas á ese hombre?—dijo por fin.

—¿No he de amarle, si es el único hombre á quien he amado? ¡y me ha deshonrado! ¡me ha perdido!

La emperatriz saltó de su sillon como un titan herido á un mismo tiempo en el corazon y en la cabeza.

—¡Ah!—exclamó,—las culpas de los padres caen sobre los hijos, y esta terrible sentencia del Señor, lo mismo cae sobre las cabezas coronadas, que sobre las cabezas humildes de los mendigos; ¡ah! ¡un convento, un convento para tí! para don Juan... ¡oh! ¡la fatalidad ha traido á ese hombre á poner su planta maldita sobre la púrpura del trono! ese hombre caerá.

—¡No, no, Dios mio, no!—exclamó Gabriela,—él no sabia quién era yo; yo no lo sabia tampoco; ¡ah! si él ó yo lo hubiéramos sabido, él hubiera respetado á la hija de un rey, yo hubiera respetado el honor de mi familia; él es inocente, yo lo soy tambien; ¡no! yo no quiero ir á un convento, yo no quiero que mateis á don Juan; ¡tened piedad de nosotros dos! romped, señora, esos papeles que prueban mi nacimiento; quemadlos; yo me olvidaré de que soy vuestra hermana; olvidadle vos tambien; dejad á una pobre alma que muera libre con su amor...

Y Gabriela, no pudiendo resistir á la fuerza de tan terribles impresiones, cayó en tierra sin sentido.

VI.

La emperatriz la levantó; hizo un esfuerzo, la arrastró hasta su recámara, la puso en su mismo lecho, volvió á salir á la cámara; llamó y dijo al gentil-hombre que apareció en la puerta:

—Decid á doña Magdalena de Córdoba y de Válor, que entre.

Un momento despues entraba Magdalena en la cámara, pálida y sombría.

CAPITULO XIV.

Una rebeldia por amor.

I.

—Acercáos, Magdalena,—dijo la emperatriz.

Magdalena se acercó, pero guardando todavía una respetuosa distancia.

—No, no; acercáos mas,—dijo la emperatriz,—sentáos á mis piés, como otras tantas veces.

Magdalena se acercó y se sentó en el escabel del sillon de la emperatriz, pero permaneció rígida, inmóvil como una estátua.

—Ansiaba quedarme sola, Magdalena, porque me parecia un siglo cada momento que pasaba sin que os dijese lo que es en mí una sagrada obligacion deciros; es una revelacion para la cual os pido os armeis de valor, recurriendo á la grandeza de vuestro noble corazon.

—No comprendo á vuestra majestad, señora,—dijo Magda-

lena con un acento, cuya secatura no pudo templar el respeto.

—Se trata de don Juan Tenorio,—dijo con la voz insegura la emperatriz.

—Permítame vuestra majestad que la pregunte por qué me habla de ese caballero.

—Porque os he oido decir que don Juan Tenorio es prometido vuestro,—dijo con suma lentitud doña Isabel de Portugal, acentuando cada una de sus palabras.

—Es cierto, señora; don Juan y yo nos amamos hace mucho tiempo; hace mas de doce años.

—Y debeis amaros, Magdalena; debeis amaros mucho.

—No se ama, señora, porque se deba amar, sino porque se ama; desde que vi á don Juan, le tengo en la memoria; nada he sufrido, nada he llorado durante esos doce años, que no haya sido por don Juan; y no sé, señora, no sé qué poder habria en el mundo que me impidiese ser esposa de don Juan.

—Sí,—dijo con acento profundo la emperatriz,—hay un poder invencible que os lo impide.

—Y ¿qué poder es ese, señora?—dijo con acento en que se notaba una ligera rebeldía, Magdalena.

—No es, ciertamente, el poder del emperador,—dijo con dignidad la emperatriz;—ni el emperador ni yo tenemos interés alguno en que os caseis ó dejeis de casaros con don Juan ó con otro cualquiera; ese es asunto vuestro; pero mi conciencia me manda haceros una revelacion terrible, y os la haré: el poder que os impedirá casaros con don Juan, es un poder invencible, al que estamos sujetos por igual los que reinamos y los que obedecen al que reina; ese poder, Magdalena, es el poder de Dios, contra el cual no hay rebeldía posible, sin que tras la rebeldía venga la condenacion.

II.

Pintóse una vaga expresion de espanto en el semblante de Magdalena.

—¿Y por qué, señora, Dios ha de impedirme que me una á don Juan, cuando Dios ha permitido que le ame?

—¿No veis que sufro, Magdalena? debeis estar viendo en mí la palidez de la muerte, porque os amo; sois ahijada de la reina Isabel, de vuestra grande abuela, que amó mucho á vuestra madre; yo os amo, Magdalena, porque mereceis ser amada; porque vuestras desgracias son inmerecidas, porque teneis un corazon de ángel, y como un ángel, sois hermosa; ¿quereis creer, por su palabra, á vuestra amiga, no á vuestra señora?

—¿Cómo puedo yo dudar de la palabra de vuestra majestad? —dijo Magdalena conmovida por el tierno afecto que la dejaba conocer la emperatriz.

—Pues bien; si me creeis, respetad un consejo que voy á daros; ponedle por obra: creed que son fundados y poderosos los motivos que tengo para aconsejaros que renuncieis á vuestro enlace con don Juan.

—¡Ah! ¡no! ¡imposible! imposible de todo punto, señora; aunque quisiera, no podria; me arrastra hácia don Juan con una fuerza invencible, un amor, no sé si de los cielos ó del infierno; ¡no! don Juan es mi única esperanza, mi única vida, mi único deseo. ¿No os acordais, señora, que cuando vuestra majestad me aconsejaba contrajese matrimonio con el caballerizo mayor de su majestad el emperador, don Pedro Valdés, marqués de Astorga, que me perseguia y me persigue con sus pretensiones, yo decia á vuestra majestad: no puedo, señora; amo á un hombre y no pue-

do amar á otro; si ese hombre á quien amo no puede ser mi esposo, volveré al claustro, de donde he salido. Vuestra majestad no me preguntó el nombre del que yo amaba, y si vuestra majestad me lo hubiera preguntado, yo la hubiera hecho la súplica respetuosa de que me permitiese guardar mi secreto, y yo le guardaba; porque aquel hombre habia huido del mundo para encerrarse en un claustro; porque aquel hombre era don Juan Tenorio; si él hubiera profesado, yo hubiera profesado tambien.

—Magdalena, os pregunta una amiga, una hermana; no me engañeis; ¿vuestros amores con don Juan, han dejado alguna vez de ser puros?

Coloróse vivamente el semblante de Magdalena.

—Perdonad,—dijo la emperatriz;—vuestro rubor es vuestra mejor respuesta; si yo os he hecho esta pregunta, es porque debia hacérosla; por última vez, Magdalena, os aconsejo que renuncieis á don Juan.

—¡No!—respondió con una firmeza bravía Magdalena.

—Pues bien; oid: Hace un año y tres meses recibí de la abadesa que sucedió á vuestra madre en la prelatura del convento de monjas de Santa Clara de Sevilla, un pliego cerrado que vuestra madre la habia entregado bajo juramento de no abrirle y de enviarle con seguridad á mis manos.

Aquel pliego contenia una revelacion muy importante: no he podido olvidar su contenido: oid.

Aquel pliego decia, con distintas palabras, porque yo no le aprendí de memoria, lo que vais á oir.

«Soy esposa del infante de Granada Sidy Atmet el Omeya: me llamo Ada.

Despues de la conquista del reino de Granada por los señores Reyes Católicos, mi marido y yo nos cristianamos y rendi-

mos pleito homenaje como príncipes de la casa de Granada, á los señores Reyes Católicos.

Mi marido se llamó don Pedro de Córdoba y de Válor, y tuvo el señorío de la villa de Válor, en las Alpujarras, que, con grandeza de España, le concedieron los señores Reyes Católicos.

Yo me llamo doña Ana Zegrí.

El infante, mi marido, y yo, nos retiramos á vivir á las Alpujarras.

En las Alpujarras era alcaide de un castillo que se denominaba de la *Peña Roja*, un hombre terrible que se llamaba don Jeofre Tenorio.»

—¿Qué quereis suponer, señora?—dijo Magdalena interrumpiendo bruscamente á la emperatriz.

—¡Ved lo que decís!—exclamó con imperio doña Isabel.—Yo no supongo; cuento el contenido de la carta que me escribió vuestra madre moribunda: oid, y puesto que no habeis querido mirar en mí á la amiga, guardad rígidamente el ciego respeto que debeis á la emperatriz.

Magdalena se estremeció y la salieron las lágrimas á los ojos.

La emperatriz continuó con acento severo, pero inseguro.

—Segun la confesion hecha á mí por vuestra madre, don Jeofre Tenorio, padre legítimo de don Juan Tenorio, sedujo á doña Ana Zegrí, esposa del infante de Granada don Pedro de Córdoba y de Válor; el resultado de esa seduccion fuisteis vos.

Magdalena dió un grito, se levantó, y encarándose con la emperatriz que se habia levantado,—exclamó:

—¡No! ¡Imposible! ¡Mintió mi madre! ¡Yo no soy hermana de don Juan!

—¡No os atrevais á decirme que miento, y acuseis de mentira á vuestra madre!

Hubo un momento de silencio terrible.

—¡Esa prueba! ¡Esa carta!—exclamó al fin Magdalena en acento muy bajo, temerosa de que la oyesen.

Esto demostraba que no habia perdido el juicio, ni aun siquiera la reflexion.

Y temblaba; temblaba como un reo de muerte á quien notifican su sentencia: estaba pálida, con una palidez sobrenatural: sus ojos ardian: sus lábios estaban cárdenos.

La emperatriz se estremeció tambien de compasion.

—¡Ah! ¡vos lo habeis querido!—exclamó.

—Pero ¡esa prueba! ¡esa prueba!—repitió doblemente agitada, con doble agonía, Magdalena.

—La destruí yo; la quemé,—dijo la emperatriz;—yo no habia previsto el caso en que nos encontramos; yo no queria que nadie conociese la revelacion de vuestra madre, y la abrasé.

—¡Ah!—dijo Magdalena;—pero no habeis quemado mi partida de bautismo, en que consta que soy hija legítima, de legítimo matrimonio, de don Pedro de Córdoba y de Válor y de doña Ana Zegrí.

—¡Desdichada! Lo que fué en el emperador compasion hácia vos, respeto á la voluntad de la reina Católica, de la cual tenia vuestra madre una recomendacion á los reyes sus sucesores, para que amparasen y protegiesen como á ahijada suya á vuestra madre, lo interpretais en favor de vuestro deseo, de vuestras pasiones.

—¡Acabad, acabad, señora! Yo os lo ruego, porque me es-estoy muriendo.

—Vuestra madre me suplicaba en su carta influyese para con el emperador, á fin de que os legitimara: vuestra madre no queria que os quedaseis en el mundo sin un nombre ilustre y sin una



proteccion poderosa: vuestra madre nos pidió mucho en su agonía y nosotros se lo concedimos; porque vuestra madre nos habia enviado la recomendacion en favor suyo, de la reina Católica: vuestra partida de bautismo, Magdalena, se hizo precediendo vuestra legitimacion por el emperador; y como el señorío de Válor habia pasado á la corona por carencia absoluta de herederos del infante don Pedro de Córdoba y de Válor, la corona se desprendió de su señorío para dároslo á vos; por eso os llamais doña Magdalena de Córdoba y de Válor; teneis el señorío, la jurisdiccion y las tierras de esta villa, y sois grande de España; pero en realidad, Magdalena, sois hija de don Jeofre Tenorio; hija del adulterio.

—¡Pero la prueba no existe!—dijo con una calma horrible Magdalena: ¡la ha destruido vuestra majestad! ¡Gracias, señora!

—¡Qué decís, Magdalena! ¿Dudareis acaso de mi testimonio?

—En los palacios, señora se oye todo; se vé todo.

—¡Hablad! explicaos, y explicaos claramente.

—Permitidme, señora, que me retire.

—¡Explicaos! Yo os lo mando.

—Señora, nada tengo que explicar: solamente me resta suplicar á vuestra majestad, me permita retirarme de su servicio.

—Bien; sí: yo tampoco podria teneros á mi lado, despues de lo que veo; y bien, ¡qué me importa á mí perderos! Provocad á la justicia de Dios; revelaos contra él, como os habeis revelado contra mí; vuestra reina no os castiga, ni os perdona, porque os desprecia: Dios no os perdonará: salid ahora de palacio; dentro de tres dias, de la córte; y dentro de quince, del reino.

Magdalena se inclinó y salió.

—Y ahora, don Juan Tenorio, de general al ejército de Italia,—dijo la emperatriz.

III.

Despues de esto, doña Isabel entró en su recámara; se acercó al lecho y miró.

Gabriela la miraba con sus grandes ojos azules bañados en lágrimas.

—¡Oh! gracias, señora, gracias,—exclamó.

—¡Qué! ¿Habeis oido?

—Sí; he estado escuchando, muriéndome, horrorizándome: ¡ah! ¡pobre mujer! ¡Pobre don Juan!

—Y ¡pobre de tí!

—No, no señora: yo he aprovechado esta terrible leccion: yo renuncio á ese hombre: yo no puedo ser ya feliz: abrid para mí las puertas de un convento donde pueda morir en paz protegida por la misericordia de Dios.

La emperatriz abrazó á Gabriela, y lloró con el semblante unido al suyo.

CAPITULO XV.

De cómo don Juan creyó tambien que el emperador mentia.

I.

Los reales cónyuges tuvieron dos horas despues, á solas, una larga entrevista.

De ella resultó que el emperador se volviese á su cámara y mandase llamar al marqués de Marana para que acudiese, sin escusa, á palacio, salvo el caso de que su enfermedad no le permitiese estar de pié.

Don Juan tenia una cualidad terrible: una vez dominada una situacion, adquiria una tranquilidad inverosímil.

Desde el momento en que se resignó á todas las consecuencias del embrollo en que se hallaba metido, se durmió, soñó con Magdalena; y cuando recibió la órden del emperador, se encontró en tan completo estado de salud, que no le fué, ni en lo mas leve, fatigoso el obedecer.

Mandó que le pusiesen un caballo, y con dos criados se fué al alcázar.

II.

Inmediatamente fué introducido á la presencia del emperador.

Don Cárlos estaba disgustado y sério.

—Está de Dios, primo don Juan,—le dijo,—que yo no pueda teneros á mi lado: me habeis metido, apenas habeis llegado, en uno de vuestros embrollos: la guerra mujeril, que yo os habia anunciado, se nos ha echado encima, y el general de esa guerra es no menos que su majestad la emperatriz.

—Pues entonces, señor, yo no desnudo la espada.

—Ni yo tampoco puedo desnudarla, don Juan: las mujeres, por lo visto, se vuelven locas por vos: doña Gabriela de Portugal se ha venido á verme, anunciándose como infanta, me he visto obligado á recibirla y á presentarla á la emperatriz, que la ha reconocido, que la ampara, que está irritada contra vos, y me ha dicho tales cosas, que yo, don Juan, me veo obligado á la prudente resolucion de apartaros de la corte, porque, si esto sigue así, vamos á danzar todos de una manera que ciertamente no conviene á nuestra dignidad real.

El emperador estaba verdaderamente disgustado, lo que no alteró en lo mas mínimo á don Juan.

Otro cualquiera se hubiera aterrado al ver que estaba en desgracia.

—Vuestra majestad es mi señor,—contestó tranquilamente don Juan,—y puede disponer completamente de mi hacienda y de mi vida.

—No quiero yo,—respondió vivamente el emperador,—ni vuestra hacienda, ni vuestra vida, ni vuestra honra: os destierro, es verdad; pero nadie sabrá que salís de mi corte desterrado.

—El señor nunca ofende al vasallo,—dijo don Juan:—no le ofende, porque es suyo, y puede hacer de él lo que mas le plazca: en todo caso, si ha cometido una injusticia, Dios se lo demandará.

—Aunque yo os encerrase en una torre por todos los dias de vuestra vida, no me lo demandaria Dios,—dijo severamente el emperador;—pero no se trata de eso: de lo que se trata es de separaros de una mujer, de doña Magdalena, y de separar á otra mujer de vos, á doña Gabriela. Doña Magdalena saldrá desterrada del reino, y doña Gabriela, que renuncia voluntariamente á vos, entra voluntariamente en un convento.

—¡Desterrar á Magdalena! ¡Encerrar en un convento á Gabriela! Eso no puede ser, señor.

El emperador miró profundamente á don Juan.

—¿Qué es lo que no puede ser,—dijo,—cuando yo quiero que sea?

—Que incurrais en tiranía, señor, porque vos no quereis ser tirano.

—Me avengo á cuestionar con vos, don Juan, yo, que jamás cuestiono sobre lo que mando: ¿en qué me veis tirano?

—En impedir mi casamiento con Magdalena.

—Vos, don Juan,—dijo con una marcada impaciencia el emperador,—no podeis casaros con esa señora.

—¿Por qué?

—¿Por qué, don Juan? ¿Por qué entrásteis desesperado há mas de un año en un convento?

—Yo, señor, creia que me unian tales vínculos á Magdalena...

—¿Y creeis que esos vínculos se han roto, don Juan?—dijo con voz solemne el emperador, que estaba muy pálido.

—Esos vínculos jamás han existido, señor: la abadesa del convento de Santa Clara, doña Ana Zegrí, me engañó: Magdalena es hija legítima de doña Ana y de su esposo don Pedro de Córdoba.

—¡Ah! si yo hubiera podido adivinar lo que iba á suceder, no hubiera legitimado á esa señora; no existiria la partida de bautismo en que consta su legitimidad.

—Señor, nadie ha reclamado contra la posesion del señorío de Válor por Magdalena.

—¿Y quién habia de reclamar,—dijo el emperador,—cuando ese señorío ha venido á mí por falta absoluta de herederos de don Pedro de Córdoba y de Válor, y de mí ha salido para Magdalena?

—Os doy las gracias, señor, por lo que por Magdalena habeis hecho,—dijo don Juan.

—Me parece que bajo esas palabras se oculta un mentís vuestro á mis palabras, don Juan: ¡cuenta, cuenta con lo que decís, y aun con lo que pensais, primo; porque siendo yo quien soy, y vos don Juan, vive Dios que me salga con vos por un postigo del alcázar, y os saque á estocadas del cuerpo el mal pensamiento que de mí teneis!

—¡Ah!—exclamó don Juan,—nos alumbra una misma estrella, una estrella roja y sombría: resignaos á su influjo, señor, como yo me resigno: seguid vos coronado, y con un imperio tras vuestro estandarte, vuestro camino de sangre y lágrimas, y dejadme á mí que yo siga el mio sin corona y solo.

—¡Don Juan, don Juan, Magdalena no puede ser vuestra! ¡contra vosotros está Dios! ¡Mirad que Dios levanta en nuestro corazón el remordimiento, y el remordimiento es una agonía horrible que mata la paz del alma!

—¿Y qué es una gota mas de hiel en un mar de hiel?

—¡Mirad, don Juan, no os encierre!

—Haced lo que querais, señor; yo no retrocedo jamás: de vos lo sufriré todo, pero no conseguireis aterrarme: vuestro soy; disponed.

—Pues bien, dispongo: marqués de Marana, capitan de la guardia española, mi gentil-hombre, primo don Juan, tomad este pliego, y marchad con él dentro de tres dias á Italia, poneos á las órdenes del señor Antonio de Leyva, y ser general de la infantería española.

—¿Á las órdenes de Leyva?—dijo don Juan.

—Á las órdenes de Leyva combatiria yo con un arcabuz,—dijo el emperador.

—Obedezco.

—Gloria os pondrá delante el señor Antonio Leyva, yo os lo aseguro; y si tal os contraría el ser mandado, en vuestra mano está que yo y el mundo entero os tengan por mas que Leyva.

—Dentro de tres dias me habré puesto en marcha, señor.

—Espero, don Juan, que en esos tres dias nada acontezca que impida vuestro viaje.

—Será lo que Dios quiera, señor.

—Poned vos algo de vuestra parte.

—Tal estoy, señor, que necesitaria para desembrollarme del laberinto en que estoy metido el hilo de Ariadna; pero ¿qué importa? El hombre, desde que nace, camina hácia un fin inevitable: hácia la muerte: yo no me curo de si la muerte está un paso mas allá de mí; no dejaré de marchar: cuidaré, sin embargo, y he cuidado siempre, de no enlodarme, de no ser jamás ni desleal, ni miserable, ni cobarde: yo no me tomo el trabajo de hacer mi vida; se hace ella: soy como una nave entregada al viento y á las olas:

si la tempestad me lleva á un escollo, me romperé; pero digo mal, no me habré roto yo, me habrá roto la tempestad que me impulsa: vos estais visiblemente enojado contra mí, y en verdad, señor, que me pesa; pero no daré un solo paso, no pronunciaré una sola palabra para desenojaros; eso seria contradecirme: hacer la vida, no dejar que la vida se haga: esto es cuanto puedo responder á vuestra majestad acerca de lo que me ha dicho sobre que procure que no se cruce algun motivo que pueda impedir mi viaje, ó mejor dicho, mi destierro.

—¿Y qué he de hacer, vive Dios, mas que desterraros de una manera honrosa, si os tengo miedo, don Juan?—dijo el emperador, desarrugando el ceño.

—¡Miedo! vos no podeis conocer el miedo: vos, señor, embestís por todo y arrollais lo que se pone á vuestro paso, aunque lo que se ponga á vuestro paso se llame Roma: Roma se ve encerrada en el castillo de Sant-Angelo; despues se mandan hacer rogativas por la libertad de Roma, ó del Papa, que es lo mismo; pero se ha tomado por asalto la ciudad eterna, porque la ciudad eterna se ha atrevido á arrostrar al gigante: ¡ah, señor! á vos tambien os impele la tempestad; vos tambien marchais sin deteneros, sin mirar si tras el paso que dais hallareis un abismo; vos no teneis miedo, señor.

—Don Juan; si en vez del rey Francisco reinara en Francia Carlo-Magno, si en vez de gobernar á Roma Leon X la gobernara César, de la misma manera embestiria yo con Francia y con Roma y con el mundo entero, sosteniendo mi razon y mi derecho; pero ved ahí; yo que nada temo, temo el escándalo, las cosas menudas; apenas habeis llegado y ya habeis causado disgustos en mi familia, en la familia del César; yo no sé de dónde ni cómo habeis sacado una hermana bastarda de la emperatriz, que se nos

ha venido encima causándonos un gravísimo disgusto; nos hemos encontrado en una situacion ridícula, con una dama de su majestad á quien esta se ha visto obligada á desterrar.

—¿Magdalena?

—Sí; doña Magdalena de Córdoba y de Válor; una gran mujer que se os parece mucho en lo altivo, en lo incontrastable; y para acabar de una vez, don Juan, tal vez no os sujetaria yo en medio de un ejército, esclavo de vuestro honor, si no fuera por doña Magdalena.

—¡Ah! ¿no quiere vuestra majestad que nos unamos doña Magdalena y yo?

—Don Juan, no soy yo quien no quiere; es Dios; vuestro padre era sobre poco mas ó menos, lo mismo que vos sois; y ya sabeis que á pesar de haberla yo legitimado, doña Magdalena es vuestra hermana.

—¿Estais seguro de ello, señor?

—Segurísimo.

Don Juan bajó la cabeza.

—Mañana partiré á ponerme al frente de la infantería española en el ejército que manda en Italia el señor Antonio de Leyva; me alegraria de que estuviese ya fundida la bala que hubiera de matarme.

—Bah, bah; es necesario revestir el corazon de una coraza de Milan; sobreponéos á todo, sed bravo contra la desventura, no penseis en morir, sino en cubriros de gloria; no partireis mañana; mañana necesito yo conferiros el Toison de Oro.

—Pues bien, señor, mañana me le conferís y acabada la ceremonia, monto á caballo y parto, si vuestra majestad no me manda otra cosa.

—Id, y reposad, don Juan.

—Adios, señor.

Don Juan dobló una rodilla, besó la mano al emperador, y salió.

III.

Cuando llegó á su casa, Gabilan, que estaba en la puerta, le dijo:

—Teneis una gran visita señor: doña Magdalena os está esperando en el estrado.

Don Juan miró al cielo de una manera desesperada y subió en paso lento las escaleras.

CAPÍTULO XVI.

Rosaura.

I.

En un lecho, en un rincon de una sala del hospital de la Caridad de Sevilla, habia una niña como de diez y seis años, rubia, blanca, con los ojos azules, hermosa, pálida y al parecer desesperada.

Nadie habia juntò á ella.

Los hermanos de la Caridad no tenian tiempo para hacer compañía á los enfermos.

En un nicho abierto en la pared, al alcance de la mano de los enfermos, habia junto á cada lecho, vasijas con medicamentos.

A la izquierda de la jóven rubia, blanca y pálida, habia en otro lecho una vieja horrible, tosiendo de una manera ronca, violenta, estridente, y blasfemando en cada momento en que cesaba la tos y volviendo á toser de una manera mas violenta.

Mas allá habia una octogenaria con asma, cuya difícil respiracion silbaba.

Enfrente, agonizaba una desdichada, y la habian puesto ya la cruz y la candela.

Mas allá, otra enferma ponia el grito en el cielo.

Aquello era espantoso.

Era, en fin, un hospital.

La pobre niña, blanca y rubia, estaba rebujada, encogida, pegada á la almohada la cabeza, y estremeciéndose de tiempo en tiempo; era sin duda la primera vez que habia entrado en el hospital.

Además del horror que el hospital la causaba, tenia la desdichada motivos bastantes para estremecerse.

Estaba sufriendo una violenta reaccion nerviosa.

Estaba sufriendo el terror de la muerte, que no habia sentido, cuando loca, desesperada, se habia arrojado al Guadalquivir.

Porque aquella niña era Rosaura la gitana.

Y la gitana, en que no aparecia el tipo indo-germánico que distingue á los gitanos, parecia mas bien, por el tono pálido de sus cabellos rubios, por la blancura nacarada y por la suavidad de su tez, y por sus formas redondas y mórbidas, flamenca.

II.

De improviso Rosaura se estremeció de una manera mas poderosa; levantó violentamente la cabeza y miró á un hombre que, acompañado de un hermano de la Caridad y de un estudiante, habia pronunciado algunas palabras junto al lecho.

—¿Conque decís, hermano, —habia dicho aquel hombre, —que está fuera de peligro, y que se la puede sacar del hospital?

Aquella voz era la de Rafael Cuervo.

Aquella voz ronca, rauda, trémula, terrible, habia hecho que Rosaura se alzase aterrada.

—El peligro ha pasado de todo punto,—dijo el hermano de la Caridad,—y si ella quiere salir con vos, saldrá al instante.

—¿Pues no ha de querer, si yo soy su padre?—dijo Cuervo.

Rosaura fijó en él una mirada vaga, medrosa, indefinible.

—Vos no ireis al aduar,—dijo el estudiante, ó por mejor decir, doña Leonor,—vos vendreis donde sereis asistida; donde estareis acompañada, donde nada os faltará.

—Rosaura,—dijo Rafael,—tu padre te perdona de todo corazon lo que has hecho; nada tienes que temer de mí; yo te lo juro por el buen espíritu de mi madre.

—Pues bien, sí;—dijo Rosaura;—que me saquen de aquí; yo aquí tengo miedo; y luego, ¿qué me importa? ¿Acaso no me matará el dolor? ¿Qué importa morir antes ó morir despues?

—No se desespere, hermana,—dijo con acento místicamente suntuoso el hermano de la Caridad, que era un poco tartamudo;—la misericordia de Dios es infinita.

Y para decir aquellas palabras el tartamudo, tardó al menos cinco minutos.

—Voy,—añadió,—á mandar que traigan una camilla; venid, señores y esperad fuera, en el claustro, que muy pronto la sacarán.

Doña Leonor y Cuervo salieron.

Eran á lo mas las doce de la mañana.

III.

Se pusieron á pasear, el Cuervo cabizbajo y sombrío; doña Leonor meditabunda.

—Estoy, vive Dios,—dijo el gitano,—que no puedo sufrirme; hay momentos en que toda la sangre se me sube á la cabeza, y necesito de todo mi valor para no embestir con lo que me rodea.

—No dudeis de que yo os vengaré; os vengaré, Rafael, pero no seais impaciente; necesito vengarme al mismo tiempo que os vengue á vos: tened fé en mí y ayudadme de una manera decidida cuando necesite ayuda.

—¡Ah! toda la venganza que podais procurarme será poca.

—¡Oh! ¿qué sabeis vos de venganzas? ¿qué sabeis vos de dolores? tal haré que os habeis de espantar.

—¡La camilla!—dijo Rafael.

En efecto, la camilla habia aparecido en el claustro alto del hospital, saliendo de una sala y acompañada del hermano de la Caridad, tartamudo.

—Puesto que sois su padre y que no necesita de ser asistida por caridad, se os entrega, buen hombre; que Dios la ayude y se restablezca cuanto antes.

—Tomad para los pobres,—dijo doña Leonor, dando al tartamudo dos doblones de á ocho.

—En el cielo lo encontrareis, señor estudiante; id en paz.

IV.

Salieron del hospital, Rosaura en la camilla conducida por los dos mozos, doña Leonor y el gitano, y entraron en Sevilla por el cercano postigo del Carbon.

Al llegar á la primera boca-calle, doña Leonor dijo al gitano:

—Ya me habeis servido para lo que os necesitaba por el momento, para sacar á Rosaura del hospital, como padre que se os

cree de ella; ahora cumplidme vuestra palabra, Rafael: idos y no procureis volverla á ver mientras esté en mi posada.

—Pero al menos, me dareis noticias de ella,—dijo Rafael, de cuyos ojos brotaron dos lágrimas.

—Descuidad,—dijo doña Leonor,—Rosaura tiene en mí una hermana.

—Confio en ello, y adios.

Y Rafael, haciendo un esfuerzo para separarse de aquella camilla, se alejó.

V.

Doña Leonor hizo seguir á los mozos que conducian la camilla.

En el rostro de la jóven lucia una alegría siniestra.

En aquella camilla llevaba un instrumento de venganza contra don Juan.

Llegaron al fin á la hostería de la Rosa andaluza y la camilla fué conducida al aposento que ocupaba doña Leonor.

En él habia dos personas: un médico, que doña Leonor habia hecho llamar de antemano, antes de ir á buscar á Rafael Cuervo para sacar del hospital á Rosaura, y Cristóbal del Saltillo, que habia vuelto de vender la rosa de diamantes que doña Leonor le habia dado.

Sobre una mesa habia un grueso talego de dinero, que el médico se comia con los ojos.

—Acercad al lecho la camilla,—dijo doña Leonor á los mozos,—y salid todos.

La camilla fué puesta junto al lecho; salieron todos, y doña Leonor levantó la cubierta de cuero de la camilla, asió de Rosau-

ra, y aunque con algun trabajo, la puso en el lecho y la cubrió cuidadosamente.

Á pesar del estado en que Rosaura se encontraba, un vivo rubor cubrió sus mejillas al ver que un jóven la habia levantado de la camilla medio desnuda, y se rebujó con la cubierta de la cama.

Solo despues de esto miró con terror en torno suyo.

—¿Y él?—dijo;—¿no ha venido él tambien?

—¿Y quién es él?—dijo doña Leonor.

—Rafael,—dijo con voz casi imperceptible la jóven.

—Rafael no volverá á veros.

—Imposible; no lo creais, aunque lo haya dicho: ese maldito se vengará de mí.

—No, no, Rosaura; pero callad: cuando os quedeis sola conmigo tendremos tiempo sobrado para hablar, si es que vuestro estado os permite hablar.

—¡Oh! me siento bien; tan bien como puedo estarlo despues de...

Rosaura se detuvo, y se estremeció.

—Si estais bien ó no,—contestó doña Leonor,—lo dirá el médico: voy á llamar para que entre.

Doña Leonor abrió la puerta, y entraron el médico, Cristóbal y los dos mozos del hospital, que recogieron la camilla y salieron, despues de recibir una gratificacion de doña Leonor.

—Venid,—dijo ésta al médico:—ved en qué estado se encuentra esta jóven.

El médico se acercó y la pulsó.

—Pues no hay fiebre,—dijo:—¿de qué padece esta señora?

—Anoche cayó al Guadalquivir,—dijo doña Leonor,—estuvo sumerjida algun tiempo y la sacaron sin sentido.

—Y bien,—dijo el doctor, que tenia visos de saber menos

que su mula,—yo no veo aquí mas que los resultados de un gran susto: voy á poner una receta para que traigan una bebida, y esto habrá pasado.

—Cristóbal, dad papel al doctor,—dijo doña Leonor.

El médico garrapateó una receta.

—Que tome esto en dos veces: á las dos horas de la primera toma, la segunda: dieta, y agua fria toda la que quiera; y si la duele la cabeza, sinapismos á los piés: mañana volveré, y espero encontrar á esta señora en perfecto estado de salud.

—Pues bien; hasta mañana, doctor.

—Perdonad,—dijo el doctor sonriendo;—pero cuando asisto á huéspedes que están de posada en una hostería, cobro cada visita.

—¿Y qué se os debe?

—Dos reales.

—Pues tomad cuatro por la de hoy y por la de mañana, y no volvais, porque creo, como vos, que la enferma ya no lo estará mañana.

—Si estudiais medicina, bachillerillo,—dijo amostazado el doctor;—vereis, cuando seais médico, si hay necesidad de agarrarse para no morirse de hambre.

—Ea, salid, doctorzuelo,—dijo doña Leonor,—ó mando á Cristóbal que os aplique unos cuantos sinapismos de acero para que crieis vergüenza y se os bajen los malos humos.

Y como Cristóbal echase mano á su tizona, el doctor tomó el partido de escurrirse lo mas pronto que pudo.

VI.

—Aquí teneis aquello, señor Gonzalo,—dijo Cristóbal, señalando el talego.

—¿Cuánto?—dijo doña Leonor.

—Dos mil ducados.

—Bien; idos á vuestro aposento, que si os necesito, os llamaré.

—¿Y esa receta?

—Rompedla: tal doctor me habeis traido, que creo que librarse de una receta suya es librarse de una segunda enfermedad: si mi buena amiga se empeora, buscaremos un doctor que cure.

Cristóbal salió.

Rosaura y doña Leonor quedaron solas.

VII.

—¿Quién sois?—dijo cuidadosa y preocupada Rosaura:—yo no os conozco.

—Miradme bien,—dijo doña Leonor, acercándose á Rosaura.

—No, no os conozco,—dijo la jóven.

—No es eso: os digo que me mireis, para que veais si puede ser una mujer la que os habla.

—¡Ah! ¡una mujer! pareceis verdaderamente un hermoso estudiante de quince años.

—Esperad,—dijo doña Leonor, abriéndose la sotana y la ropilla:—un hombre, por jóven que sea, no tiene la garganta como yo.

Y descubrió su hermosa garganta y el nacimiento de su seno.

—¡Oh, sí!—dijo Rosaura;—vos sois mujer; ¡y qué hermosa, Dios mio!

—Maldita sea la hermosura, que trae á casos como los en que entrambas nos encontramos.

Y doña Leonor volvió á cubrirse.

Llevaba la golilla muy alta, de modo que no podia verse lo mórbido, lo terso de su garganta.

—Ante todo,—dijo doña Leonor,—decidme cómo os encontrais.

—Aterrada; no mas que aterrada: ¡ah, no sabeis, no sabeis. señora, cuán horrible es mi desgracia!

—Sí; sé que habeis sido abandonada por un hombre.

—¿Le conoceis?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Don Luis del Espino.

Creció la palidez de Rosaura.

—¡Dios le perdone!—dijo.

Y se estremeció de una manera violenta.

—Tranquilizaos; nada teneis que temer ya: yo os protejo, y yo puedo mucho.

—¡Ah, señora! vos no podeis comprender cuál es mi estado.

—Lo sé: sois madre.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Rafael.

—¿Y no os ha dicho mas?

—Sí; que no sois su hija.

—¿Os ha dicho de quién soy hija?

—Sí.

—¿Y os ha dado la prueba?

—Sí.

—Mostrádmela.

Doña Leonor sacó de su escarcela un puñal roto por la mitad de la hoja.

—¡Oh, Dios mio!—dijo Rosaura, juntando sus manos;—¡entonces sí que nada tengo que temer! ¿Os ha dicho Rafael el nombre de mi padre?

—Sí, pero sin contarme la historia; no tenia tiempo: me ha dado esta prueba, y ha pronunciado ese nombre á la puerta misma del hospital:—Ella, que sabe esa historia, os la contará, me dijo;—y yo espero que me la conteis, cuando no os moleste el contármela.

—¡Ah! la vista de ese puñal roto me ha reanimado: el emperador está en Sevilla; vos decís que sois poderosa.

—Para este caso sí.

—Pues bien: vos ireis á ver al emperador, á pedirle que me ampare: yo le conozco mucho: cuando su majestad salia en carroza, yo, la que todos creian gitana, me ponia donde él pudiera verme bien; todos echaban sus memoriales dentro de la carroza, pero yo no me atrevia á echar ninguno: lloraba cuando pasaba el emperador, y nada mas: seguia vendiendo mis cestitas de mimbres de colores, con el corazon traspasado, y pensando en don Luis.

—¿Le amais?

—No; no se puede amar á quien ha sido tan villano: lo que siento es rabia y vergüenza de haberle amado.

—¿Sabe él el misterio de vuestro nacimiento?

—No; él no sabe sino que soy Rosaura la gitana; la gitanilla de las lindas cestas; la que buscaban todos para que les dijese la buena aventura; la que perseguian todos los libertinos; la que se defendia de todos y de todos se burlaba: ¡quisiera Dios que nunca hubiera ido al aduar don Luis del Espino!

Rosaura calló y se estremeció de nuevo.

—Oid mi historia,—dijo,—y al fin de ella sabreis la historia de mis desventurados amores.

Calló de nuevo Rosaura, y despues de un momento de silencio, empezó su historia de esta manera:

CAPITULO XVII.

Continuacion del anterior.—Historia de Rosaura.

I.

—No me acuerdo de una manera clara mas que de los sucesos que pasaron por mí desde mis siete años: los demas son recuerdos perdidos como en un sueño.

Recuerdos en que veo de una manera vaga las habitaciones entapizadas de una gran casa.

Una mujer hermosa y jóven.

Un señor, siempre vestido de negro.

Pero estos recuerdos parece que están en el alma, no en la memoria.

De lo que me acuerdo perfectamente es de la ribera de un rio, en el cual íbamos á coger mimbres.

De un aduar de tiendas de cuero en que viviamos.

De una tienda mucho mayor que las otras, que estaba en el centro.

De hombres atezados y bravíos, de largas guedejas, con ojos negrísimos y penetrantes, vestidos de una manera estraña.

De mujeres morenas y casi rojas, de cabellera enmarañada, lijeramente vestidas, y fuertes y bravas como los hombres.

De muchachos desnudos, de color de cobre.

De algunas jóvenes, cobrizas tambien, pero bellas.

Y por último, de una mujer muy hermosa que siempre estaba triste delante de los gitanos; y que cuando estaba sola conmigo, lloraba.

Me acuerdo de Rafael, que entónces era hermoso y parecia mucho mas jóven que lo que realmente era.

De Rafael, que me sentaba sobre sus rodillas en el aduar, me besaba, me acariciaba, me llamaba su niña blanca de cabellos de oro.

Muchas veces Rafael me ponia sobre el arzon delantero de su caballo, y hacia correr al fogoso animal, lo que á mí me volvia loca de contenta.

Me acuerdo de aquella multitud de animales, perros, gatos, cerdos, conejos, gallinas, vacas, terneros, asnos, mulas, caballos, todo dentro de las tiendas, todo revuelto; animales, hombres y mujeres; de esa vida terrible de vagancia á la que nunca he podido acostumbrarme, porque yo ni aun en las costumbres he sido gitana.

Se cuidaba de mí con un vivísimo interés.

Yo era la pequeña reina del aduar.

Estaba mucho mejor vestida que Mari-linda, la esposa de Rafael Cuervo, que era y es el jefe del aduar, y que siempre estaba cubierta de sedas y joyas.

Se cuidaba mucho de mi crianza.

Se me enseñó desde muy temprano á leer y á escribir; para

lo cual, y para enseñarme religion, adonde quiera que nos trasladábamos, buscaba Rafael Cuervo un clérigo ó un fraile.

Yo crecí muy pronto: á los once años era tal cual me veis.

Un poco mas cenceña y nada mas.

Pero alta, completamente formada.

Yo atribuyo esto, no siendo gitana, á que en los aduares se vive al aire libre y entregados siempre á una violenta actividad.

II.

Desde que fuí mujer empezaron mis sufrimientos.

Todos me creian y me creen, á pesar de mi diferencia completa de raza, hija de Rafael Cuervo y de Mari-linda.

Y sin embargo de esto, Rafael no me miraba como hubiera mirado á su hija.

Una niña que crece en un aduar, podrá ser pura, pero no ignorante, con esa bella ignorancia del ser inocente.

Los gitanos hacen la vida comun, de una manera exagerada: una niña entre ellos lo conoce todo muy pronto.

Por lo mismo yo no podía equivocarme acerca de la expresion de la mirada que fijaba en mí Rafael Cuervo.

Yo le creia mi padre, y su mirada me horrorizaba.

Era la mirada impura del hombre de violentas pasiones que se ha enamorado frenéticamente de una mujer.

Como yo lo conocia lo conocian todos.

Pero á todos les importaba esto muy poco.

Solo Mari-linda, que estaba locamente enamorada de su marido, al cual no habia dado hijos, sufria de una manera horrible con el amor que sentia por mí Rafael.

Y sin embargo, Rafael no ha pasado mas allá de anegar en

mí su mirada, de una manera dolorosa; nunca, ni aun despues de haberme revelado Mari-linda que no era hija suya; despues de haber muerto ésta no me ha revelado su amor ni con una sola palabra, ni mas que con su mirada.

Desde hace un año, ni aun su mirada fijaba en mí.

Pero yo sé bien de cuánto es capaz, impulsado por los celos, Rafael.

Solo el poder del emperador puede salvarme.

Rosaura calló de nuevo, y de nuevo se estremeció de una manera poderosa.

III.

—Mari-linda,—continuó Rosaura,—sin dejar de amarme habia contraido por mí unos celos que la hacian mirarme con ódio.

Si el amor arraigado en su corazon no me hubiera defendido, Mari-linda se hubiera deshecho de mí con el jugo de alguna yerba ponzoñosa de las innumerables que conocen los gitanos.

Los celos llegaron á hacer temblar por mí á Rafael, y lo que no se habia atrevido á hacer en daño mio Mari-linda, se atrevió á hacerlo en daño de Mari-linda Rafael.

La envenenó.

Mari-linda conoció que habia sido envenenada, y no acudió á un remedio que conocia.

Tan desesperada estaba, que se dejó morir.

Una noche me llamó.

—Ven acá, Rosaura,—me dijo,—siéntate sobre mi lecho; inclínate sobre mí, que yo pueda hablarte en voz baja. Rafael ha ido á Marchena á comprar unos bueyes y aunque se le espera esta misma noche, tendré tiempo para hacerte una grave revelacion.

Yo me incliné sobre el rostro de Mari-linda, que respiraba de una manera ardiente y fatigosa.

IV.

—Hace catorce años —dijo Mari-linda— tenia yo veinte.

Me habia casado á los doce, con Rafael Cuervo.

Estábamos en Flandes, en la ciudad de Gante.

Rafael entonces tenia una fragua, y se ocupaba en la fabricacion de herrajes para carros, de rejas, de herraduras.

Eramos pobres.

Yo ayudaba á mi marido practicando el oficio de partera, diciendo la buena aventura, buscando el sino, y vendiendo untos para amar y para aborrecer; y para quitar los diablos y para ponerlos.

Con esto se ganaba algo mas que con la fragua, pero no lográbamos salir de pobres.

Una noche llamaron á la puerta de nuestra casa, muy tarde, con tal insistencia, que Rafael se vió obligado á abrir.

Entró un hombre alto, vestido de negro, envuelto en una capa, cubierto el rostro con un antifáz y dejando ver sus canas bajo su birrete de terciopelo negro.

Bajo la capa de aquel hombre asomaba una espada.

Sacó la mano de debajo de su capa y entregó un bolsillo, lleno de oro, á Rafael.

—¿Por qué me dais esto?—le dijo mi marido.

—Porque vuestra mujer venga conmigo á asistir á una parturienta.

—Mi mujer, —contestó Rafael,— es hermosa y muy pretendida de los grandes señores que creen que se les debe todo de derecho, hasta la honra de las familias.

—No se trata de eso,—contestó el caballero,—y de tal modo es así, que tu vendrás con ella; pero jura antes sobre la cruz de este puñal, que guardarás un profundo secreto acerca de lo que no pueda ocultártese.

Hablaba de tal manera aquel hombre, que no tuvimos duda de que no se trataba de mí, sino de otra mujer.

Salimos pues, y guiados por aquel hombre, llegamos al palacio arzobispal y entramos por una calle estrecha, uno de cuyos lados le formaba el palacio arzobispal, y el otro la gran casa de Esteban Kresberg, gran bailío de Gante.

Nosotros no supusimos nunca que la casa donde se nos llevaba era la del gran bailío.

Nos sorprendimos, pues, cuando vimos que al estremo de la calle, á la izquierda, en el ángulo que formaba una torrecilla redonda, con el muro de la casa del gran bailío, el hombre que nos guiaba se acercó á un pequeño postigo, sacó una llave, y le abrió.

—Esta es la casa del señor Esteban Kresberg,—dijo con asombro Rafael.

—Pues bien,—contestó con la voz seca y amenazadora el enmascarado;—ese es el primer secreto que teneis que guardar, si no quereis que la hoja del puñal sobre cuya cruz habeis jurado, se clave en vuestros corazones.

—Descuidad, señor,—dijo Rafael,—ya sabemos el gran poder que tiene el señor Esteban Kresberg, y lo mucho que le estima el rey don Cárlos.

—¡Maldiga Dios á Cárlos de Gante!—dijo con la voz ronca, lúgubre, sombría, el embozado;—entrad.

Entramos, y nos encontramos en un pequeño espacio en que habia en el suelo una linterna de hierro encendida.

El encubierto cerró el postigo, se detuvo, y sacando dos lienzos, nos vendó los ojos á Rafael y á mí.

—Asid de la mano á vuestra mujer,—dijo el encubierto á mi marido,—y dadme la vuestra.

Despues nos guió por unas estrechas escaleras de caracol.

Yo me arrollé un poco la venda, y Rafael hizo lo mismo.

Vimos por donde íbamos.

Eran unas escaleras de piedra muy estrechas en todos sentidos; un verdadero caracol, abierto sin duda en el grueso del muro.

Aquellas escaleras eran muy altas.

Al fin de ellas el encubierto se detuvo.

Donde se detuvo no habia puerta: mejor dicho, la habia; pero no se notaba, porque era una puerta secreta.

El encubierto puso una mano sobre la pared, y se abrió una entrada.

Por allí pasamos, atravesamos un pasadizo tan estrecho como las escaleras, y se abrió otra puerta secreta.

Entramos ya en una galería alta que correspondia á la parte superior de un gran patio.

El encubierto se dirigió á una puerta cerrada por una mampara de cuero; la abrió, atravesamos una hermosa antecámara alumbrada por una lámpara, y de allí pasamos á una magnífica cámara.

Allí se detuvo el encubierto, y dijo á mi marido:

—Permaneced aquí: que vuestra mujer me dé la mano para llevarla adonde se la necesita.

Rafael no opuso ninguna dificultad, porque no era de suponer, que en la casa del gran bailío, que era un señor muy honrado y muy justiciero, se pretendiese cometer un crímen repugnante.

El encubierto me llevó á una recámara, y una vez en ella, abrió otra puerta secreta; atravesamos un pequeño corredor y entramos en una cámara redonda, en la cual habia un lecho, donde una jóven cubierta por un antifaz, gemia.

Estaba sola.

Entonces, el hombre que hasta allí me habia llevado, me quitó la venda y me dijo:

—Aquí teneis cuanto podeis necesitar: auxiliad á esa mujer.

Tres horas despues, en aquella cámara redonda, en presencia del encubierto que habia permanecido inmóvil, ó paseando sombrío, pero siempre en silencio, naciste tú, Rosaura.

V.

—¿Conque yo no soy tu hija?—pregunté á Mari-linda.

—No,—me dijo:—ya sabrás quiénes son tus padres; porque para eso solo te hago esta revelacion: déjame continuar, y no me interrumpas, porque tal vez no tenga tiempo para concluir.

Cuando se hubo efectuado el alumbramiento,—dijo Mari-linda continuando su relato,—el hombre encubierto me dijo:

—Tomad en vuestros brazos esa criatura, y venid conmigo.

—¡No, no me la robeis!—dijo con una dolorosa ansiedad tu madre: ¡esa pobre criatura es inocente!

—Esta niña,—dijo con voz terrible y hueca el encubierto,—necesita ser bautizada de una manera secreta: en cuanto lo sea se os devolverá, porque nadie mejor que vos puede criarla secretamente.

Tu madre sollozó y calló.

Aquel hombre, teniéndote ya en mis brazos, me vendó de nuevo los ojos, me asió de la mano, y me sacó de la cámara redonda.

Yo no pude entonces bajarme como antes la venda.

Tenia ocupado un brazo contigo, y la otra mano la tenia asida por la del encubierto.

Aquella mano era, á no dudarlo, la de un hombre viejo, pero fuerte aún.

El gran bailío, Estéban de Kresberg, era viejo y fuerte...

Llegamos adonde esperaba Rafael.

El encubierto le quitó la venda.

Mirad,—le dijo,—cómo no se os ha engañado; cómo no se os tendia un lazo: ¡maldito sea el hombre impuro que mancha el honor de una familia, causa la desgracia de una mujer, y amarga la ancianidad de un padre!

Aquel hombre volvió á vendar los ojos á Rafael, y por el mismo sitio por donde habiamos entrado, nos sacó á la calle y nos quitó las vendas.

—Seguid de prisa conmigo,—nos dijo.

Y el encubierto empezó á andar rápidamente: recorrimos gran parte de la ciudad hasta que llegamos á la iglesia de San Jorge.

Llamó el encubierto, le abrieron, entramos en la iglesia, y un anciano sacerdote te bautizó en la madrugada del 8 de diciembre del año de 1516.

Cuando estuviste bautizada, el encubierto pasó á la sacristía con el sacerdote, haciéndonos esperar en la iglesia.

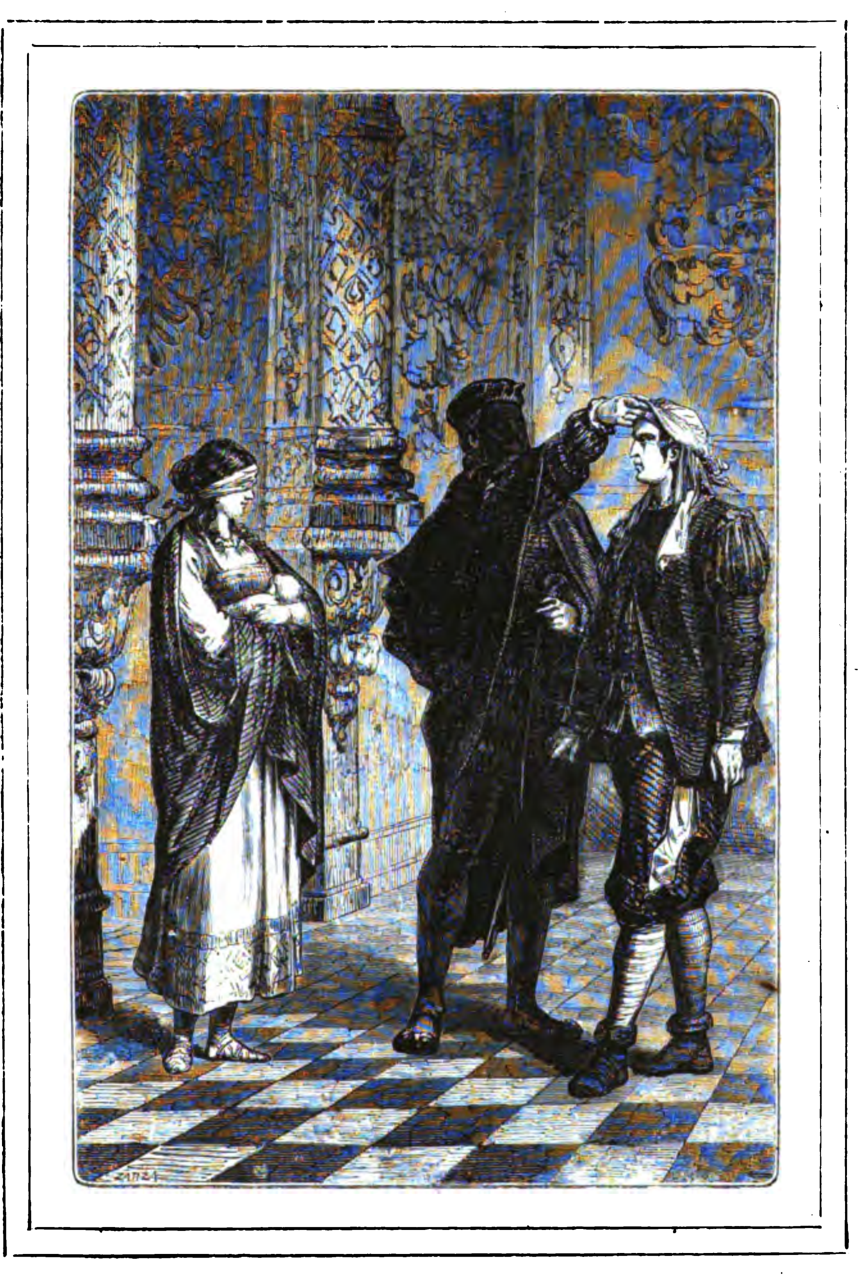
Diez minutos despues salió.

Venia doblando un papel que guardó en su escarcela.

Aquel papel era sin duda tu partida de bautismo.

Salimos de la iglesia, y volvimos al postigo de la casa del gran bailío.

—Rafael Cuervo,—dijo el encubierto;—vuélvete á tu casa:



LA MALDICION DE DIOS. — LAMINA 9.ª — Mirad, — le dijo — como no se os ha engañado; como no se os tendia un lazo

tu mujer se queda aquí para cuidar de la enferma, y no saldrá hasta que no sean necesarios sus cuidados: recibirás una recompensa mayor que la que ya has recibido; pero guarda un profundo secreto, porque te va la vida.

Mi marido se despidió de mí y se alejó.

El encubierto abrió el postigo, me vendó los ojos y me volvió á llevar junto á tu madre.

VI.

Nueve dias permanecí en aquella cámara redonda, escepto algunas horas cada dia que pasaba descansando en una habitacion oscura, adonde me conducia el encubierto, dejándome encerrada.

Durante aquellos nueve dias ni un solo momento estuve sola con tu madre.

El encubierto estaba siempre presente.

Tu madre tenia siempre puesto el antifaz.

Pero muchas veces, tu madre me habia apretado la mano de una manera sumamente expresiva.

Parecia quererme decir: tengo muchas cosas que revelaros; procurad que hablemos.

Esto fué imposible.

A los nueve dias, cuando ya tu madre no necesitaba de mi asistencia, el encubierto me sacó de la casa y me llevó á la mia.

—Aquí tienes á tu mujer, Rafael Cuervo, —dijo el encubierto; —toma y continuad ambos callando.

Y vació sobre una mesa todos sus bolsillos, que llevaba llenos de oro.

Desde entonces somos ricos, Rosaura.

Lo que tenemos lo debemos al misterio de tu nacimiento.

VII.

Pasó un mes.

Una noche, dije yo á mi marido:

—Rafael, no puedo olvidarme de aquella pobre dama; la infeliz me apretaba fuertemente las manos; tiene algo que decirme.

Yo recuerdo perfectamente, —dijo Rafael, —por dónde se llega hasta la cámara donde me quedé.

—Yo, —respondí, —sé tambien por dónde se entra al lugar donde encontré á la dama.

—¿Te atreverás tú, Mari-linda, —me dijo Rafael, —á que nos metamos en la casa del gran bailío y lleguemos hasta donde está su hija? porque yo creo que es su hija la dama á quien asististe.

—Sí, Rafael, sí, —le contesté: —pero si nos cogen...

—Si nos cogen, tendrán que soltarnos otra vez para que no descubramos el secreto que poseemos; y si no nos cogen, sabe Dios si conseguiremos una gran riqueza.

—¿Y cómo vamos á entrar?

—¡Ah! —dijo Rafael: —eso corre de mi cuenta; voy á encender la fragua, y antes de que amanezca, tendremos hecho lo que necesitamos para entrar.

Yo ayudé á Rafael haciendo aire, y en efecto, antes de amanecer, Rafael habia hecho una llave maestra, y una especie de palanqueta torcida.

—¿Para qué es esto? —le pregunté.

—Con esta llave, —me contestó, —abriremos el postigo; si está afianzado por dentro con cerrojos, le desencajaremos con esta palanqueta.

A la noche siguiente á las doce, cuando Gante estaba sumergido en una oscuridad profunda, salimos de nuestra casa, nos encaminamos á la del gran bailío, y llegamos al postigo, que Rafael abrió con la llave maestra.

Afortunadamente, el postigo no estaba afianzado por dentro.

Entramos.

Rafael hizo luz, encendió una linterna que llevaba consigo, y me dijo:

—Cuando subí conté los escalones; á los noventa y cinco se detuvo aquel hombre, y abrió una puerta secreta, metiendo su puñal por entre una de las junturas de las piedras; contemos otra vez los noventa y cinco escalones.

Llegamos al fin delante de una gran piedra que formaba la puerta secreta.

Rafael buscó con su puñal el secreto, le encontró, y la puerta se abrió.

Atravesamos el pasadizo de la misma manera, se abrió la otra puerta, y antes de entrar en la galería alta del patio escuchamos.

Todo reposaba; todo estaba envuelto en un denso silencio.

Rafael ocultó la linterna bajo su tabardo, y adelantamos por la derecha, hácia un rincon de la galería, donde estaba la mampara de la cámara, por la cual se pasaba á la habitacion donde yo habia encontrado á tu madre.

Abrimos la mampara, pero encontramos cerradas las puertas de madera.

—Esto es una contrariedad,—dijo Rafael;—puede ser que mi llave maestra sea grande para esta puerta; si eso es así, volveremos mañana.

Afortunadamente la llave sirvió, y se abrió la puerta.

No encontramos ninguna otra cerrada con llave, y llegamos

á la recámara en cuya tapicería se ocultaba la puerta secreta por donde se iba á la cámara redonda.

Nos costó mucho trabajo encontrar el resorte que abria la puerta, pero le encontramos al fin, y pudimos penetrar en la cámara redonda.

VIII.

Habiamos temido que ya no estuviese allí tu madre; pero vimos con una alegría infinita que estaba aun: una lámpara puesta sobre una mesa de bronce y mármol, alumbraba blandamente aquella magnífica cámara, con su rica alfombra, sus muebles dorados, sus ricas tapicerías, sus ventanas con vidrios de colores y su arteson dorado y primorosamente labrado.

Al frente habia un lecho dorado tambien, y junto al lecho una preciosa cuna.

Me acerqué, y bajo la sombra de las colgaduras de terciopelo blanco bordadas de oro, ví á tu madre que dormia.

Ví á Elena Kresberg.

IX.

¡Oh! si quieres conocer á tu madre, mírate á un espejo, Rosaura.

Eres su retrato vivo, á escepcion de tu boca, que es la boca de tu padre.

Elena Kresberg tenia entonces tu misma edad; catorce años.

La estuve contemplando algun tiempo, y al fin la moví suavemente.

Despertó, se sobresaltó, pero al reconocerme, se tranquilizó y lanzó un grito de alegría.

—¡Ah! eres tú Mari-linda, —me dijo.

Tu madre sabia mi nombre, porque yo, durante los nueve dias que estuve allí y para hablar de algo, habia contado mi historia y los trabajos que habiamos pasado mi marido y yo, al caballero encubierto que constantemente me habia acompañado durante mi estancia al lado de tu madre.

—Yo, señora, —la respondí, —habia comprendido que teníais necesidad de decirme algo, y mi marido y yo hemos penetrado hasta aquí sin ser sentidos.

—Dios os pague el peligro en que por mí os poneis. ¿Qué hora es?

—Aun no ha dado la una, —respondió Rafael.

—¿A qué hora amanece?

—A las siete, —dijo mi marido.

—Tenemos, por lo menos seis horas para hablar sin temor alguno, y no necesitamos tanto tiempo; mi padre no vendrá á verme hasta bien entrado el dia; acercad sillas, sentáos, y escuchad.

Mi marido y yo nos sentamos por primera vez en tan ricos sillones.

Elena Kresberg se incorporó y nos dijo.

X.

—Mi padre es Estéban Kresberg, señor de Maine, caballero del Toison de Oro, camarero mayor de don Cárlos I, rey de España, y gran bailío de la ciudad de Gante.

Mi madre murió al darme á luz.

He sido criada en el convento de la Anunciacion, y no he salido de él hasta hace un año, para casarme con Jorge Woffman,

gran caballerizo del rey, señor de Verdres, noble y riquísimo, burgomaestre de Gante, pero viudo ya de dos mujeres, y viejo y repugnante.

Mi casamiento con este hombre se hacia para transigir unas diferencias entre mi padre y él acerca de la posesion de unos ricos estados.

La boda se preparó con una gran rapidez y el rey fué nuestro padrino.

Yo no habia podido ver al rey, á Cárlos de Gante, sin turbarme; sin sentir una opresion infinita en el corazon.

Yo no sabia que me habia enamorado.

Yo era pura é inocente.

El rey, por su parte, que solo tenia diez y siete años, me habia contemplado tenazmente durante la ceremonia.

Cuando yo era esposa ya de Jorge Woffman, cuando saliamos del papalacio arzobispal, donde residia el rey, y en cuya capilla se habian efectuado los desposorios, para entrar en las carrozas y trasladarnos á la casa de mi padre, donde debian celebrarse las bodas, yendo yo asida de la mano por mi esposo, que me horrorizaba, se presentó de repente un hombre delante de Jorge Woffman, y pálido, desencajado, terrible, se arrojó sobre Woffman y le dió de puñaladas.

La sangre manchó mi blanco vestido de bodas.

—¡Ah! ¿te has casado?—dijo aquel hombre á quien yo miraba con espanto, sonriendo con la ferocidad de la venganza;—¿te has olvidado de Catalina y de su hijo? ¡ah! te habias olvidado tambien de mí y yo he venido á recordarte que existo.

No pude ver ni oir mas, porque, dominada por el horror de aquel suceso, me desmayé.

XI.

Cuando volví en mí, me encontré en mi cámara, en un lecho, rodeada por mis doncellas, asistida por el médico y teniendo junto á mí á mi padre.

—¿Por qué han matado al señor de Verdres?—fué mi primemera pregunta.

—¡Una venganza!—contestó mi padre.—¡Un miserable que pretendia que el señor de Verdres habia deshonrado á su hija; un infame, que espiará pronto en un patíbulo el horrible crímen que ha cometido!

Estuve enferma algunos dias.

Me restablecí al fin, y si bien me alegré de verme libre, sentí el suceso que me habia conservado mi libertad.

Pocos dias despues, una de mis doncellas me dijo:

—¿Por qué se asomará tanto el rey nuestro señor á la ventana alta del palacio arzobispal que dá frente á la galeria que está junto á la torrecilla?

—¡Cómo! ¿el rey se asoma?—exclamé turbada.

—Sí, sí señora; y se pasa mucho tiempo mirando á la galeria,—me contestó la doncella sonriendo.

—¿Y á qué hora se asoma su alteza?—la pregunté tímidamente.

—Cuando el sol se pone; y permanece allí hasta que oscurece,—me contestó la doncella;—despues su alteza se retira, cerrando las vidrieras de tal modo, que se conoce que se va de muy mal humor.

Callé; pero no sé cómo sucedió, que á la puesta del sol de aquella tarde subí á la parte alta de la casa y pasé por la galería: no me atreví á mirar.

De repente cayó á mis piés un objeto: dudé si le recogeria ó no; pero un impulso superior á mi voluntad me hizo inclinarme y recoger aquel objeto.

Era un papel que envolvia un objeto pesado.

Miré al lugar desde donde podian haber arrojado aquel papel á la galería, y solo ví una ventana, cuyas vidrieras estaban cerradas.

Temí que me estuvieran observando tras las vidrieras, y pasé rápidamente; pero en cuanto salí de la galería desenvolví, el objeto, y encontré una sortija de oro con un grueso diamante, y una sortija de mujer, porque parecia hecha á medida de mi dedo del corazon de la mano izquierda, donde me la puse.

El papel en que habia estado envuelta la sortija era una carta; decia así:

«Elena: necesito hablaros á solas, con seguridad: vos, si me contestais, me direis que esto no es posible; pero antes de que me pongais esa dificultad, os declaro que nuestra entrevista es lo mas posible del mundo: del palacio arzobispal, en que habito, á la casa de vuestro padre, que en otro tiempo fué una dependencia del palacio, hay un arco que pone en comunicacion ambos edificios. Vuestro padre ha salido hoy, por órden mia, para cumplir un encargo en Bruselas, y teneis toda la libertad necesaria. Esperadme en la cámara circular de la torrecilla, adonde se entra por una puerta secreta que corresponde á la recámara de una estancia, adonde se vá á parar por la puerta del pasadizo que une la casa de vuestro padre con el palacio arzobispal. Si no encontrais el resorte de la puerta secreta por donde se entra á la cámara redonda, esperadme en la recámara cuando suene el toque de cubre fuego. Guárdeos Dios para la felicidad de Cárlos de Gante.»

No sé cómo fué; pero á pesar de lo audaz de esta carta, no sentí indignacion alguna.

Lo que sentí fué miedo.

Yo estaba enamorada del rey, y se entabló una lucha terrible entre mi corazon, mi razon y mi deber.

Resolví no acudir á la cita.

Mi razon triunfaba por el momento; y á medida que el tiempo trascurria, sufria, me impacientaba; la lucha empezaba de nuevo: al fin sonó en la cercana catedral el toque de cubre fuego, y yo me estremecí, y me cubrí de sudor frio.

—No debo ir,—me dije,—pero el rey me espera, y no debo hacer esperar al rey: iré, le reconvendré por su audacia, si insiste, y le abandonaré; si me veo amenazada, resistiré hasta morir.

Yo me creia con mas fuerzas que las que realmente tenia.

Subí á la parte alta del palacio alumbrándome con una bujía; llegué á la recámara que me habia indicado el rey, y encontré, con asombro mio, practicada en la tapicería una puerta, cuya existencia ignoraba yo.

Pero adelanté, y me encontré en esta cámara, que me era absolutamente desconocida.

¿Cómo conocia el rey, casa de mi padre, lo que no conocia yo?

Un servidor que gozaba toda la confianza de mi padre le habia hecho traicion, vendiéndome al rey.

Aquella habitacion secreta era un refugio para el caso de una invasion, de una entrada de enemigos en la ciudad, ó para otro peligro cualquiera.

Al entrar aquí ví al rey, que me miraba enamorado.

Sobre esa mesa habia una pequeña linterna: la capa, la gorra y la espada del rey estaban sobre un sillon.

El rey me tomó una mano, que yo aturdida no le esquivé, y me la besó.

Aquel beso produjo en mí un efecto semejante al que hubiera sentido si toda mi sangre se hubiera convertido en fuego.

Me desmayé.

El rey no cometió una villanía.

Procuró hacerme volver en mí, y al abrir los ojos le encontré arrodillado junto al sillon en que yo habia caido al desmayarme, asiéndome las manos y mirándome enamorado.

El rey no se separó de mí sino un poco antes del amanecer.

Durante algunos dias me defendí, mas de mí misma, que de don Cárlos, porque don Cárlos parecia estar contento con verme solo, con hablarme.

¿Pero qué puede una mujer enamorada, á quien un amante tenaz vé, habla, enamora, durante largas horas de soledad y de silencio?

XII.

Pasaron así seis meses, hasta principios de setiembre de 1517.

Mi padre permanecia en Bruselas.

El rey me anunció que su ida á España era inevitable; que dilatarla era esponerse á perder el reino, y yo no tuve nada que responder mas que llorar.

Hacia seis meses, era madre, y el rey lo sabia.

—Descuidad, Elena,—me dijo;—yo acepto toda la responsabilidad de este suceso; llamaré á vuestro padre y se lo revelaré todo.

—¡Mi padre me matará!—exclamé aterrada.

—¡Ah, no! no os matará vuestro padre, porque, para mata-

ros, tendrá que matar á un hijo del rey: además de eso,—añadió sonriendo tristemente,—poco seria mi poder, si no alcanzase á amparar á la primera mujer que he amado; á quien amaré siempre.

—¿Y cuándo partís, señor?—le pregunté.

—Mañana,—me contestó tristemente el rey.

—¡Mañana! es decir, que esta es la última vez que os veo.

—¡Ah, no!—dijo el rey;—yo no puedo vivir sin vos, y por vivir, procuraré que nos volvamos á ver.

XIII.

A la noche siguiente, al toque de cubre fuego, vine aquí, como otras noches, pero á llorar sola.

El rey habia partido.

Quince dias despues llegó mi padre de Bruselas, y me abrazó y me besó en la frente, como acostumbraba á hacerlo cuando volvia de un viaje.

Pero yo noté que los brazos de mi padre temblaban al abrazarme; que sus lábios, al tocar mi frente, estaban frios y secos, y que una lágrima tibia cayó sobre mis mejillas.

Miré á mi padre con los ojos llenos de lágrimas.

—Silencio y prudencia,—me dijo rápidamente y en voz baja.

Cuando nos quedamos solos me dijo:

—Prepara tu equipaje: nos vamos á Namur, donde vive tu tia Elisabet, mi hermana; prepáralo pronto, porque esta noche partiremos.

Nada mas me dijo, y yo me aterré.

Creí que mi padre queria sacarme de Gante con un objeto desconocido, que yo presentia horrible.

Partimos aquella tarde en una carroza.

Dos leguas mas allá de Gante, los criados que acompañaban la carroza y los que la guiaban fueron relevados, y se volvieron á la ciudad.

Una legua mas allá, la carroza se volvió lentamente á Gante, al que llegamos antes de que se cerrasen las puertas.

La carroza se detuvo á poca distancia de la puerta de la ciudad.

Mi padre, que no me habia hablado durante todo el tiempo que habia trascurrido desde que entramos en la carroza, me habló solo para decirme, dándome un antifaz que habia sacado de su escarcela:

—Cúbrete el rostro.

Obedecí temblando, y mi padre se puso otro antifaz: bajamos de la carroza, nos dirigimos á pié, llevándome mi padre asida de su brazo, hácia la cercana puerta, atravesamos la ciudad, llegamos al postigo de nuestra casa, la abrió mi padre, y sin que nadie nos viese, entramos aquí por el mismo sitio por donde vosotros habeis entrado.

XIV.

Durante el tiempo necesario para que se creyese que mi padre habia vuelto de Namur, despues de dejarme en casa de mi tia Elisabet, mi padre estuvo encerrado aquí conmigo, sin hablarme, y leyendo contínuamente la Biblia, menos el tiempo que dedicaba á un breve sueño sobre un sillon.

Salia además todas las noches para comprar de incógnito lo necesario para nuestra subsistencia, en lo cual solo invertia media hora.

Yo no comia; yo no necesitaba comer; estaba enferma.

En vano hablaba á mi padre; en vano le rogaba; en vano me arrojaba á sus piés anegada en lágrimas.

Mi padre no me respondia, y continuaba leyendo la Biblia.

Al fin, una noche me dijo:

—Ya han pasado quince dias y puede creerse que he tenido tiempo para volver de Namur: voy á salir; estaré fuera dos horas; el tiempo suficiente para volver á tomar la carroza que se ha quedado en una posada del camino, y volver á Namur como si viniese de Bruselas: que el terror no te obligue á abandonar este escondrijo; que nadie sepa que estás aquí.

Y salió.

Esto acontecia el 30 de setiembre.

Mi padre volvió á las dos horas de haber salido.

Nadie podia sospechar que yo estaba en Gante.

Desde entonces, hasta la noche en que mi padre te trajo para que me asistieses, Mari-linda, han pasado dos meses.

Dos horribles meses, en que mi padre me ha servido, permaneciendo junto á mí solo dos horas al dia; una por la mañana, y otra al principio de la noche; siempre sombrío, siempre mudo.

Cuando yo te ví alenté una esperanza; tu podias salvarme, Mari-linda, porque yo tenia miedo; le tengo aun: yo no podia hablarte, pero te estrechaba las manos pidiendo á Dios que me comprendieses.

Me parecia imposible que aunque me comprendieses pudieses llegar á mí; y sin embargo, yo alentaba una esperanza.

Esa esperanza se ha realizado; ignoro por qué medio, como no sea entrando hasta aquí por el mismo sitio por donde os trajo mi padre.

—Así es señora; —dijo Rafael, —nosotros teniamos tambien miedo por vos.

—¿Y qué hemos de hacer,—dije á tu madre,—para salvaros?

—Llevaros mi hija y presentársela al rey en España: ¿Teneis dinero?

—Sí, si señora: pero ¿cómo nosotros, pobres gitanos,—dije,—lograremos que el rey nos escuche, y despues de escucharnos, que nos crea?

—Yo os daré una carta para el rey.

—¿Y os quedareis vos aquí, espuesta á la venganza de vuestro padre?—dijo Rafael.

—¡Oh!: ¡si yo pudiera acompañaros!—dijo Elena.

—Y ¿por qué no?—respondió Rafael,—el dinero que vuestro padre nos ha dado para qué guardemos el secreto es bastante para llegar á España.

—¿Y si tenemos algun encuentro en el camino con alguno de los caballeros que conocen á mi padre y que me conocen á mí?

—Ya os disfrazaremos de modo, señora,—dijo Rafael,—que nadie os conozca.

—Pues bien,—dijo tu madre;—cada dia que pasa yo veo creciente la cólera en el semblante de mi padre; yo temo: yo me estremezco, mas que por mí, por mi hija.

XV.

Sonaron en aquel momento las tres de la mañana.

Tu madre escuchó ansiosa el sonido de la campana.

—Las tres:—dijo,—aun nos quedan cuatro horas: ¿podremos estar fuera de Gante á la hora en que mi padre venga á verme?

—Las puertas de la ciudad,—dijo Rafael,—se abren á las cuatro para que entren los abastecedores de las cercanías: nadie extrañará que dentro de una hora salgan tres gitanos y una gita-

nilla, de la ciudad: en viéndome yo fuera de Gante, desafio á vuestro padre á que nos encuentre: antes de una hora habremos ganado la selva Roja; y una vez en ella... una vez en ella, nada tenemos que temer.

Tu madre se vistió bajo las ropas del lecho, saltó de él, fué á un lado de la cámara, levantó la alfombra y una baldosa y sacó de debajo de ella la empuñadura de oro de un puñal, con un pedazo de hoja.

—¿Veis esto?—nos dijo mostrándonoslo,—cuando el rey supo que yo estaba en cinta metió su puñal entre la juntura de una puerta, le rompió, guardó la punta y me dijo:

—Tomad, Elena, si alguna vez os veis obligada á separaros de lo que naciere, entregad á la persona que se encargue de ello este puñal roto; será la señal por la que reconoceré yo á nuestro hijo.

Tu madre, Rosaura, guardó cuidadosamente aquel puñal roto.

XVI.

Poco despues nos siguió temblando, y salimos de la casa de su padre: nos trasladamos á la nuestra.

Con los untos que yo tenia para teñir canas, la cambié los cabellos de rubios en negros; la teñí con hollin, la puse un vestido mio; la peiné á nuestra usanza; te teñí y te vestí como se viste á los hijos de los gitanos, y en dos caballos y una mula salimos de Gante, dejando cerrada nuestra casa y llevando con nosotros todo el dinero que teniamos.

XVII.

Antes de que amaneciese llegamos á la selva Roja.

—Estamos en salvo,—dijo Rafael dejando de excitar las ca-

balgaduras á que marchasen de prisa: —el gran bailío no tiene ya poder sobre nosotros; dentro de muy poco estaremos enmarañados en la selva.

Yo ignoraba que Rafael conocia algunas gentes que en la selva se amparaban, y me causó una grande estrañeza, cuando estuvimos algo internados el oir un largo silbido lanzado por Rafael: por el momento nadie contestó.

—Vamos, —dijo Rafael,—no andan por aquí.

—¿Pero quién es quien ha de andar por aquí?—dijo tu madre asustada.

—¿No habeis oido contar, señora, encuentros de hombres asesinados y robados en la selva Roja?

—Sí,—contestó tu madre con doble terror.

—Nada temais, señora,—dijo Rafael,—que á vos nadie os robará ni os asesinará: yo he preferido vivir de mi trabajo á formar parte de la banda que infesta la selva Roja, compuesta de gitanos como yo: esto no impide el que me conozcan y me respeten, porque ya saben ellos quién es Cuervo: os protejerán y aquí estaremos amparados hasta que podamos salir con seguridad.

—Yo ignoraba, —dije á Rafael,—que tú conocieses á esos bandidos.

—¿Y para qué habia de decírtelo, si yo no soy como ellos? pero cuando los malos hacen falta, se les utiliza.

Y Rafael volvió á silbar con mas fuerza.

XVIII.

Poco despues sonó lejos, muy lejos, otro silbido.

—¡Ah! —exclamó Rafael, —bien pensaba yo que no podian estar muy lejos.

Y silbó de nuevo.

Contestó mucho mas cerca otro silbido, y algunos minutos despues una voz robusta preguntó en dialecto gitano:

—¿Quién es? ¿cómo se llama?

—El Cuervo,—contestó Rafael,—que viene huyendo de los burgomaestres.

Un momento despues se nos presentó un gitano viejo, ajigantado, robusto; que traia al hombro un mosquete.

Empezaba á amanecer.

Rafael echó pié á tierra y adelantó hablando con aquel hombre.

A medida que hablaban, aquel hombre volvia la cabeza para mirar á tu madre.

Al fin, despues de un largo rato de conversacion, el gitano se volvió y dijo á tu madre:

—Yo soy Quitapenas, señora, y podeis decir que estais tan segura en la selva como si estuviéseis metida en el castillo de Amberes: dentro de muy poco tiempo habreis pasado la frontera francesa y nada teneis que temer.

XIX.

En efecto; pocos dias despues entrábamos, en una fria mañana de enero, en Paris y nos hospedábamos en la hosteria de la Cruz de Nantes, cerca de Nuestra Señora.

Pero tu madre estaba enferma; y enferma de su primera y última dolencia.

Un mes despues de haber llegado á París murió entregando á Rafael el puñal roto, por medio del cual podia reconocerte el rey de España.

XX.

Calló Rosaura cuando llegó á este punto de su relato, y guardó por un largo espacio silencio, pálida y conmovida.

Al fin dijo, continuando:

—Al oir que mi madre habia muerto por salvarme, sentí un dolor tan agudo como el que siento ahora que, refiriéndoos mi historia, he llegado á este terrible suceso.

—Dios habrá tenido compasion de vuestra pobre madre,—dijo doña Leonor;—pero ¿cómo es que Rafael Cuervo no se apresuró á llevaros á España, á pedir una audiencia al emperador y á decirle, ahí teneis vuestra hija, ved la prueba de ello, que su madre me ha entregado al morir.

—La misma pregunta que vos me habeis hecho, señora,—dijo Rosaura,—hice yo á Mari-linda cuando llegó á este punto de su relacion.

Mari-linda me dijo:

—Ignoro los proyectos que habria concebido Rafael: solo sé que por entonces resistió constantemente á mis consejos de que fuésemos á España á entregar su hija al rey don Cárlos.

Vivimos en París cuatro años, dedicado mi marido á la profesion de herrero, en la que ganó mucho, porque con el dinero que le habia dado tu abuelo, habia puesto una gran herrería.

A los cuatro años me dijo: Por aquí han pasado unos gitanos que van á España á dedicarse al trato de caballerías: ya sabes que en nuestra hermosa tierra andaluza se gana mucho con este tráfico; voy á vender la herrería y á ponerme contigo y con Rosaura en camino para Sevilla, adonde llegarán algunos dias antes los que saben ya que tienen que esperarnos.

XXI.

Por el verano de 1522 llegamos á Andalucía.

Desde entonces Rafael es el jefe del aduar, cada dia mas respetado, cada dia mas rico.

Yo no te he hecho antes esta revelacion, temiendo el furor de Rafael.

Pero voy á morir, hija mia; cuando él llegue ya no tendrá remedio.

Era necesario que supieses quién eres.

Ese hombre te ama de una manera insensata; bien lo sabes tú.

Yo tengo celos, no de tí, sino de su amor; me he envenenado y no quiero llevar conmigo á la tumba el secreto de tu nacimiento.

XXII.

Yo me aterré y llamé para que socorriesen á Mari-linda.

En aquel momento llegaba Rafael al aduar.

En vano fueron todos los esfuerzos para salvar á Mari-linda.

No volvió á levantarse del lecho, y algunos dias despues murió, estinguiéndose como una luz que se apaga.

No puedo recordar sin horror la muerte de Mari-linda.

Su agonía fué terrible; asió las manos de Rafael y le dijo:

—Lo sabe todo; si ella te ama, sé feliz; yo que era un obstáculo para tí, he dejado de serlo.

Poco despues murió.

—Estaba loca, — me dijo Rafael junto al cadáver todavía caliente de Mari-linda.

Y no volvió á hablarme nunca de ella; nunca me dijo que me amaba; pero su mirada me lo decia siempre.

XXIII.

Un dia, hace seis meses, entró en el aduar un hombre.

Aquel hombre me hizo sentir lo que nunca habia sentido; amor.

Aquel hombre era don Luis del Espino.

Aquel hombre reparó en mí y me creyó bastante bella para servir de entretenimiento á su libertinaje.

Don Luis del Espino, olvidándose de quién era y de la encomienda que llevaba al pecho, trabó amistad con Rafael; venia al aduar, se le llevaba, y me enamoraba entre tanto engañando á Rafael, á quien creia mi padre.

Yo iba á la alameda próxima al aduar, donde veia al comendador que entraba en la alameda por otro lado.

Mis amores con él duraron muy poco.

Dos meses despues de haberle conocido, supe con terror que habia renunciado al mundo entrando en el hospital de la Caridad.

Lo demás, lo sabeis, señora; yo soy madre; mi estado está á punto de hacerse visible; me desesperé y me arrojé al rio.

XXIV.

Rosaura guardó otra vez silencio.

—¡Oh! no sabeis cuánto he sufrido.

Cuando me sentí sumergir, el terror de la muerte me volvió á la razon; aquello fué un instante, porque inmediatamente perdí la conciencia de mí misma.

Pero aquel instante era una eternidad.

Amé la vida por el hijo que llevo en mis entrañas; pensé en Dios; en otra vida; en una eternidad de penas.

Despues nada; nada hasta que desperté como de un letargo profundo, y me encontré en un lecho del hospital.

—¿Y sabeis quién os ha salvado, Rosaura?—dijo doña Leonor.

—Me lo han dicho: él, don Luis del Espino.

—No; los de la Caridad no os encontraban; quien os salvó fué don Juan Tenorio.

—¡Don Juan Tenorio!—exclamó Rosaura.—¡el del Convidado de Piedra!

—Sí.

—¿Está en Sevilla don Juan Tenorio?

—Sí; llegó anoche; iba en una lancha con una mujer á quien ama, cuando os vió arrojaros al agua; los de la Caridad salieron sin vos, y él, á quien Dios ó el diablo protegen, os salvó.

—No sé si agradecérselo ó no: ¿qué va á ser de mí?

—¿Amais á don Luis del Espino?

—No; me ha abandonado; me ha desesperado; él no me ama; él se convirtió por el amor de otra mujer á quien vió muerta.

—¿Y creeis que don Luis del Espino se ha convertido? ¿Creeis que el diablo suelta tan fácilmente una presa que ha hecho? No; don Luis del Espino no es ya hermano de la Caridad; ha vuelto al mundo y tiene ya otros amores.

—¡Quién!—exclamó Rosaura.

—¿Teneis celos?—dijo doña Leonor.

—No, celos no; lástima de la desdichada á quien ese hombre ame.

—¡Ah! la mujer á quien ama ese hombre, será su castigo; yo os lo aseguro.

—¿La conoceis?

—Como me conozco á mí misma.

—¿Conoceis al comendador?

—Como os conozco á vos.

—¿Sois vos acaso la mujer á quien ama don Luis?

—Sí.

—¿Y no le amais?

—No.

—Le amareis; Satanás ha puesto en su boca la palabra que embriaga; en sus ojos la mirada que quema. ¡Oh! ya vereis cómo es imposible resistirle.

—¿Creeis que por el amor de don Luis puede olvidarse á don Juan Tenorio, como por don Juan Tenorio puede olvidarse á don Luis?

—¡Ah! ¿y vos amais á don Juan Tenorio?

—Sí; con un amor terrible; con un amor despreciado que necesita venganza y que se vengará; pero no pensemos en esto: pensemos en vos; os habeis fatigado, reposad; dormid; voy á dejaros sola; cuando vuelva puede ser que os traiga una buena noticia.

—¡Una buena noticia!—dijo Rosaura.

—Si; pero no me pregunteis mas; reposad y adios.

Doña Leonor se apartó del lecho, salió, cerró la puerta del aposento, se guardó la llave, llamó á Cristóbal del Saltillo, y le dijo:

—Acompañadme al alcázar.

CAPITULO XVIII.

De cómo el emperador se vió obligado á ser, de una manera excepcional y por algun tiempo, lo que don Juan Tenorio.

I.

Era ya por la tarde.

El emperador acostumbraba á salir á esparcirse, á caballo, por las orillas del rio, despues de puestas del sol.

Doña Leonor no sabia esto, porque hacia muy poco tiempo que estaba en Sevilla.

Pero cuando vió gran número de gente esperando á la puerta del alcázar, no pudo menos de preguntar al que encontró mas cerca, por qué razon habia allí reunido tanto ocioso.

La respondieron que aquellos eran pretendientes que esperaban la salida del emperador á paseo, para darle sus memoriales.

—Pues mejor,—dijo la jóven para sí,—yo no sabia qué hacer para que el emperador me recibiese en audiencia; ahora es distinto; estoy segura de que si el emperador no ha perdido la

memoria, cuando yo le vea y le muestre lo que traigo en el bolsillo, tendrá mas deseo de hablarme á mí que yo de hablarle á él.

Y doña Leonor, con Cristóbal del Saltillo adjunto, se puso entre los que esperaban fuera de la puerta de la plaza de armas del alcázar.

CAPITULO XVII.

Al fin, y poco despues de puesto el sol, salieron haciendo plaza, á caballo, algunos soldados mandados por un capitan.

Despues, algunos lacayos montados, de la casa real.

Luego el emperador, llevando á la derecha, y algo atrás, un chambelan, y á la izquierda un caballerizo.

Seguian al emperador algunos caballeros y una fuerte escolta de soldados armados á la gineta.

El emperador iba despacio y recogia con suma afabilidad los memoriales que le entregaban, y que daba á guardar al chambelan.

De improviso, la afable sonrisa del emperador se borró; se puso pálido y en sus ojos brilló un relámpago sombrío.

Doña Leonor se habia acercado á él, y en vez de mostrarle un memorial, le mostró un puñal roto, con empuñadura de oro.

El emperador arrancó aquel puñal de la mano de doña Leonor, y dijo al chambelan:

—Que prendan á ese estudiante; que le encierren en una torre del alcázar; pero que no le hagan daño.

Y con la mano trémula, guardó en su escarcela el puñal roto, y pasó.

Doña Leonor, con la cual se habia quedado el chambelan, fué presa por uno de los oficiales de la guardia, y conducida al interior del alcázar.

Al entrar en él dijo á Saltillo:

—Esperadme aquí fuera, Cristóbal, que no estaré mucho tiempo preso.

Cristóbal estaba pálido como un muerto, y temblaba, temeroso de que le prendiesen tambien á él.

III.

Doña Leonor fué conducida á la parte superior de una torre del alcázar.

En aquella habitacion no habia mueble alguno, y á causa de la estrechez de la saetera, única abertura al esterior, por donde penetraba la luz, allí era ya de noche.

—Hé aquí una nueva aventura que debo á don Juan; una prision que afortunadamente durará muy poco tiempo; el emperador paseará muy poco esta tarde, y me parece que no podrá menos de correr conmigo una aventura. Esperemos.

Doña Leonor continuó entregándose á sus pensamientos, paseándose á lo largo de su encierro.

Pasó sobradamente una hora, y doña Leonor empezó á inquietarse.

Habia supuesto que el emperador se apresuraria á hablar con ella, y la parecia de mal agüero aquella tardanza.

Temió que el emperador, para guardar el secreto de sus amores con Elena Kresberg, podia haberse propuesto tenerla encerrada toda su vida, ó algo que fuese peor aun.

Empezó doña Leonor á arrepentirse de haber sido imprudente.

Parecíala que don Juan se escapaba á su venganza, y esto la desesperaba.

Al fin se oyeron en la parte baja de la escalera de la torre

pasos, primero vagos, luego distintos; sonaron las cerraduras y cerrojos que se abrian, entró un hombre completamente vestido de negro, y de fisonomía vulgar, pero con una gran espresion de reserva, y dijo á doña Leonor:

—Seguidme.

Aquel hombre salió, y tras él doña Leonor.

La puerta del calabozo quedó abierta; como que no quedaba en él nada que guardar.

Cuando hubieron descendido, atravesaron un patio estrecho y oscuro, entraron en un callejon, pasaron por algunas puertas, y sin encontrar á nadie, llegaron á una cámara, donde el que conducia á doña Leonor la dijo:

—Esperad aquí.

Y salió por otra puerta.

IV.

La cámara era severa, pero rica: algunas bujías puestas en dos candelabros sobre una mesa la alumbraban mal, porque era muy grande.

Las paredes estaban cubiertas de ricos tapices flamencos; el techo era un bello artesonado de madera.

Aquella cámara tenia algo de grande; algo del estilo, por decirlo así, del emperador Cárlos V.

V.

Sonaron unos pasos lentos, marcados, graves, que se acercaban.

Se levantó el tapiz que cubria una puerta, y apareció el emperador.

Traia un traje oscuro, una capa, un pequeño sombrero, espada, y en la mano un antifaz.

Doña Leonor se arrodilló en el momento que vió al emperador.

Este la miró profundamente.

—¿Quién sois?—la dijo.

—Doña Leonor de Portugal,—contestó la jóven.

El emperador, que habia dado un paso hácia ella, se detuvo.

—¡Ah!—dijo,—¿sois vos por ventura una bastarda que persigue á uno de mis gentiles-hombres?

—Á don Juan Tenorio,—dijo doña Leonor.

—¡Válgame Dios con don Juan Tenorio!—dijo con disgusto el emperador.

—Don Juan Tenorio,—repuso doña Leonor,—es una maldicion que alcanza á todos los que se ponen en contacto con él.

—Alzad, alzad, señora, y vengamos al objeto que me ha traido aquí.

Doña Leonor se levantó.

—¿Quién os ha dado este medio puñal?—dijo el emperador, en cuyo acento se notaba la contrariedad de que estaba dominado.

—Hace quince años, en el de mil quinientos diez y siete, vuestra majestad rompió este puñal en la juntura de la puerta de una cámara redonda en una casa de Gante, vecina al palacio arzobispal.

—Lo sé,—dijo con impaciencia el emperador.

—Bueno es, señor, que sepais que yo sé que entregásteis ese medio puñal que teneis en la mano á vuestra primera querida Elena Kresberg.

El emperador hizo un movimiento enérgico de disgusto y de impaciencia.

—¿Conoceis á Elena? Elena desapareció por el mes de enero de mil quinientos diez y ocho, y hasta ahora no se sabe lo que ha sido de ella.

—No conozco á esa desdichada, señor; no puedo conocerla: Elena Kresberg murió algunos meses despues de su desaparicion en París.

El emperador no contestó, pero tembló.

Solo el remordimiento podia hacer temblar á Cárlos de Gante.

VI.

Hubo un momento de solemne silencio.

—¿Cómo ha venido este puñal á vuestras manos?—dijo al fin el emperador.

—Me lo ha dado un gitano.

—¿Un gitano? ¿con tales gentes os tratais?

—Aventuras de aventuras, señor: á tal punto me ha traido don Juan Tenorio; á tal punto me habeis traido vos.

—¡Yo! ¿Qué decís? ¡Yo no os conozco!

—Vuestra majestad hubiera encontrado muy bueno que yo, alegando derechos, justos ó injustos, hubiese levantado un partido en Portugal y hubiera arrojado del trono á vuestro cuñado, al cual no podeis embestir de frente: si vuestro cuñado hubiera muerto, lo cual hubiera sido posible, y hubieran muerto sus hijos, tras de lo que yo hubiera sido reina de Portugal, os era muy fácil decirme, alegando el derecho de vuestra esposa, quitaos de ahí; contentaos con quedaros infanta de Portugal; Portugal es mio.

El emperador miraba profundamente á la jóven.

—Dios solo,—dijo,—puede penetrar en la conciencia de los reyes.

—¡Y quién lee en su conciencia!

—Pasemos, pasemos de esto: vos habeis interpretado muy mal mis intenciones.

—¿Qué importa á un emperador, tal como vos, el medio de que se vale para llegar al fin que se ha propuesto? nada: pues bien; yo, que tengo algo de reina, no reparo en los medios para llegar á los fines.

—¿Cuál es vuestro fin?—dijo el emperador.

—Mi principio y mi fin es don Juan Tenorio.

—Nos estraviamos,—dijo el emperador;—volvamos á lo que me ha traido aquí: ¿decís que un gitano os ha dado este puñal? ¿cómo ha venido á poder de ese gitano esta prenda?

—Con ese gitano y con su mujer huyó de Gante con su hija, temerosa de su padre, Elena Kresberg.

—¡Su hija!—exclamó el emperador.

—Sí, sí señor, vuestra hija,—respondió la jóven.

—¿Ha muerto tambien mi hija?—preguntó con una voz insegura el emperador.

—Está de Dios,—dijo doña Leonor,—que vuestra majestad vuelva á encontrarse con don Juan Tenorio.

—Hablad,—dijo con acento terrible el emperador.

—¡Ah, no! no ha sido don Juan Tenorio quien ha seducido á Rosaura; ha sido un burlador, que vale mucho menos.

—¡Ah! ¡la vida, la vida, que de la misma manera hace sentir el resultado de las locuras de la juventud al poderoso que al débil! ¡seducida! ¡seducida mi hija!

—Consecuencia necesaria, señor, de haber seducido vuestra majestad á su madre; de haberla abandonado.

—Yo no os he hecho ningun mal, señora, para que así os prevalgais de un secreto mio que conoceis; para que me atormen-

teis así: debeis comprender que esto me contraría demasiado; no debeis abusar; responded mas bien lisa y llanamente á un hombre que tiene corazon, que no es ahora el emperador, sino el padre; el hombre temeroso de Dios y guardador de su honra, que quiere reparar, en cuanto le sea posible, el mal causado por una locura de su juventud: ¿decís que esa desdichada ha sido seducida?

—Sí.

—¿Por quién?

—Por don Luis del Espino.

—¿Quién es ese hombre?

—Un caballero rico de Sevilla, un comendador de Calatrava, un perseguidor de mujeres, un provocador de hombres, que remeda á don Juan.

—¿Sabe ese hombre que es mi hija la mujer que ha perdido?

—No.

—¿Lo ignora acaso, porque mi hija lo ignore?

—Ella lo sabe.

—¿Y ha guardado el secreto?

—Sí; solo á mí me lo ha revelado; á mí, en quien ha encontrado proteccion.

—¿Cómo habeis conocido á esa jóven?

—La he sacado del hospital de la Caridad.

—¡Del hospital! ¿y por qué estaba allí?

—Porque anoche, para ocultar su deshonra, ó mejor dicho, para no sobrevivir á ella, se arrojó al Guadalquivir.

VII.

Pasó algo terrible por la mirada del emperador.

Parecia como que un infierno se revolvia en su alma.

Se dominó, sin embargo, con su terrible fuerza de voluntad, y dijo á doña Leonor:

—¿Quién ha salvado á esa jóven?

—Don Juan Tenorio.

—¡Ah!—exclamó el emperador;—¡siempre don Juan!

—Pero don Juan, siempre grande, ó siempre terrible,—dijo doña Leonor.

—¿Dónde está mi hija, señora?—preguntó don Cárlos.

—En la hostería de la Rosa Andaluza, donde yo habito.

El emperador se puso el antifaz.

—¡Salcedo!—dijo.

Apareció el mismo hombre que habia sacado de la torre á doña Leonor.

Venia preparado para salir; esto es, con capa, espada y una gorra en la mano.

—Vamos á la hostería de la Rosa Andaluza; sácanos del alcázar.

Salcedo echó á andar en silencio, y tras él siguieron el emperador y la jóven.

Atravesaron habitaciones desiertas, patios oscuros y silenciosos, y al fin Salcedo abrió un postigo, y se encontraron fuera, en una calleja estrecha.

VIII.

Siguieron adelante, y al llegar á la calle de Regina, al ir á entrar en ella, el emperador sintió encima un hombre que dió contra él de espaldas.

Habia sonado al mismo tiempo un rápido choque de espadas y una voz angustiosa que habia dicho con el acento de la agonía:

—¡Dios me valga!

Aquel Dios me valga le habia pronunciado el hombre que habia dado de espaldas contra el emperador á tiempo que éste volvia la esquina.

—¡Toma! ¡Por doña Violante muerta, infame!—habia dicho casi al mismo tiempo el hombre que habia herido al otro.

IX.

Hay en las organizaciones nerviosas momentos en que una impresion fuerte se sobrepone á todo.

El emperador sintió horrible aquella especie de asesinato cometido en presencia suya.

A mas de esto, tan terrible habia sido la estocada que habia recibido aquel hombre, al retroceder y dar de espaldas contra el emperador, que aquella estocada, atravesándole de parte á parte, alcanzó ligeramente al emperador en el brazo izquierdo.

El herido cayó, y delante del emperador quedó un hombre espada en mano.

En un movimiento nervioso, impremeditado, colérico, mas hombre entonces que rey, don Cárlos tiró de la espada, y antes de que Salcedo pudiese interponerse, cerró á estocadas con el hombre que tenia delante.

Al mismo tiempo de una casa vecina salian voces desde los balcones, que gritaban:

—¡Ah de la ronda! ¡Ah de la justicia del rey! ¡Qué se matan!

X.

El emperador volvió entonces de aquel vértigo pasajero, que habiéndole hecho olvidarse de quién era, le habia lanzado contra el hombre con quien reñia.

Este era fuerte, diestro y valiente, y se ceñia al emperador.

Sereno ya don Cárlos, vió que Salcedo se iba á dar una estocada al hombre que reñia con él. . . .

—¡Un asesinato!—murmuró el emperador:—¡no por mi vida!

Y se dejó ir, y atravesó de parte á parte al que con él reñia.

Aquel hombre cayó sin dar un grito.

El emperador se embozó, envainó la espada y siguió de prisa hácia la plaza de la Encarnacion, por la cual, atraida por las voces, entraba una ronda, compuesta de un alcalde y cuatro alguaciles.

—¡Ténganse al rey!—dijo el alcalde, cerrando la estrecha calle al emperador, á doña Leonor y á Salcedo.

La aventura era completa.

Una de dos: ó tenia que dejarse reconocer el emperador, ó pasar por cima de la ronda.

Se hallaba en el mismo caso en que se habia encontrado la noche anterior don Juan al salir del cementerio del convento de Santa Clara.

Aconteció lo que la noche anterior: dos bravas espadas apalearon á la ronda, la hicieron huir, y el emperador, la jóven y Salcedo salieron de la calle de Regina, se deslizaron á lo largo de la plaza de la Encarnacion, se metieron por la primera calle que encontraron, torcieron callejas y mas callejas, dando un rodeo, y entraron, al fin, en la hostería de la Rosa Andaluza.

XI.

Era muy frecuente en aquellos tiempos ver á un hidalgo enmascarado, y nadie estrañó que el emperador y Salcedo llevasen puestos los antifaces.

Doña Leonor tomó por las escaleras, llegó á la puerta de su cuartó, abrió y entró seguida por el emperador y por Salcedo.

El cuarto estaba á oscuras.

—Véte,—dijo el emperador á Salcedo,—y vuelve con una silla de manos, con la cual esperarás en la puerta de la hostería: no quiero mas aventuras.

Salcedo salió.

Doña Leonor cerró la puerta por dentro.

—Pasad, señor, pasad,—dijo en voz baja;—Rosaura está mas allá; aun hay que pasar otra puerta: dadme la mano para que no tropeceis.

Doña Leonor buscó en la oscuridad, y encontró una mano del emperador.

Aquella mano estaba helada y temblaba.

—Venid, y cuando esteis dentro pediré luces.

XII.

—¿Quién anda ahí?—dijo una voz dolorida desde el interior del aposento:—¿sois vos, señora?

—Sí, yo soy, Rosaura,—contestó doña Leonor.

—No venís sola,—dijo Rosaura.

—Ciertamente que no.

—¿Por qué traeis aquí á nadie?—preguntó Rosaura.

Doña Leonor calló.

—Quien viene con esta señora,—dijo el emperador con la voz trémula,—es muy vuestro amigo, Rosaura.

—Yo no tengo ningun amigo,—contestó la jóven;—¿pero por qué estamos á oscuras?

—Pedid, pedid luces,—dijo el emperador.

Doña Leonor salió, y el emperador adelantó hácia el lugar donde habia sonado la voz de Rosaura.

—¡Ah! ¿por qué os acercais á mí? ¡Deteneos!

—Yo soy Cárlos de Gante,—dijo el emperador con la voz mojada en lágrimas.

Rosaura dió un grito agudo.

Despues de este grito nada se oyó

XIII.

Doña Leonor entró con dos bujías; una en cada mano.

Se iluminó el aposento, y apareció Rosaura desmayada sobre el lecho, y el emperador de rodillas junto á él, asiendo una mano de Rosaura y oprimiéndola contra sus lábios.

Era padre, y aquella desventurada la hija de su primer amor, el remordimiento sordo que no habia dejado de roer el alma de Cárlos de Gante desde que supo la desaparicion de Elena Kresberg.

Al ver, ó por mejor decir, al sentir el efecto de las luces que habia traido doña Leonor, don Cárlos se alzó.

—Acercaos, acercaos, señora, y alumbrad,—dijo.

Doña Leonor se acercó, é inundó de luz el semblante de Rosaura.

El emperador anegó en ella una mirada ansiosa.

—¡Sí! ¡sí!—exclamó,—¡es mi hija, mi hija; es un retrato de su madre!

Y calló, inclinó la cabeza, y pareció como que rezaba con la estremidad de sus lábios.

Doña Leonor le miraba de una manera profunda é impasible, teniendo en las manos los candeleros con cuyas bujías alumbraba á la desmayada Rosaura.

XIV.

De repente sonó un golpe seco, y por decirlo así, imperativo, en la puerta de la habitacion.

—¡Don Juan!—exclamó doña Leonor:—le conozco; solo él podria llamar de esa manera á la puerta de mi aposento.

—¡Don Juan!—exclamó el emperador:—abridle.

—¿Quereis que os vea aquí don Juan?

—Sí: abridle.

Doña Leonor puso una de las bujías sobre la mesa, y con la otra fué á abrir.

XV.

En efecto, era don Juan.

—Hé aquí que nos volvemos á ver, Leonor,—dijo don Juan.

—Pasad, pasad, y no demos que decir á las gentes,—dijo doña Leonor.

Don Juan pasó, y doña Leonor cerró la puerta.

Cuando entró no vió al emperador.

Además de esto, las cortinas del lecho estaban echadas, y no se veia á Rosaura.

Don Juan, con la gorra puesta, altivo, pálido, estaba de pié junto á la mesa circular que habia en el centro del aposento.

—¿A qué debo la fortuna de volverte á ver?—dijo con acento duro y sarcástico doña Leonor, olvidándose de que el emperador estaba allí, oculto, indudablemente, tras el lecho.

—Necesito, no sé qué: te conocí en un momento de maldicion: yo volvia ansioso al mundo, y tú has sido la mayor fatalidad que se ha puesto en mi camino.

—Y bien, don Juan, ¿qué quieres?

—¿Qué quiero? otro hombre te amenazaria; pero yo no puedo amenazarte: otro hombre te espantaria, te mataria, si era necesario; pero yo no puedo hacer eso: no eres tú un hombre bravo á quien se acomete espada en mano y se mata arrostrando la muerte, no: yo me veo obligado á sufrirte, á temerte; yo, que á nadie he temido.

—¿Y por qué eso, don Juan?

—Tú amenazas la vida de una mujer á quien amo; sí, á quien amo, Leonor, con un amor inmenso, como que es el amor de toda mi vida; con un amor tanto mas terrible, como que no puedo satisfacerle; con un amor que es mi infierno.

—No creo que esté en Sevilla doña Isabel de Portugal,—dijo, pálida como un cadáver, doña Leonor.

—¡Doña Isabel de Portugal! y bien; ¿por qué recordarme á Doña Isabel?

—¿Pues cuántos amores tienes tú, don Juan?

—Concluyamos, Leonor: tú me has seguido anoche; tú has conocido á la mujer á quien yo acompañaba; tú has estado esta mañana en el aduar de gitanos, que está en la Tablada; has salido de allí con un miserable; has ido al hospital de la Caridad, y de allí has sacado á una hija natural del emperador, y la has traido aquí.

—¿Quién te ha dicho eso?

—El gitano.

—¿Cómo has sabido tú que yo estoy en Sevilla?

—Por Anton Gabilan.

—¿El hostelero de la Sardina Verde?

—Sí: ese hostelero es mi lacayo hace muchos años; desde el tiempo en que yo estaba en Flandes, en la casa del emperador: ese hombre me es fiel, como me es fiel mi espada: ese hombre te

encontró ayer en el alcázar preguntando por mí; sospechó, se convenció de que eras mujer, te trajo aquí, me avisó, te reconocí por lo que de tí me dijo, y Anton Gabilan te ha seguido, Leonor; no ha perdido un solo paso tuyo, y por él he podido yo ir esta tarde al aduar á aterrarle, porque no hay nadie mas que un hombre que no se aterre delante de don Juan Tenorio.

—¿Y quién es ese terrible hombre, don Juan?

—El emperador.

—No parece sino que temes que el emperador te escuche,—dijo con recelo doña Leonor, temerosa de que don Juan supiese que el emperador estaba allí.

—El emperador sabe cuánto le amo yo y cuánto le respeto: el emperador sabe cuán leal le soy, y yo no tengo mas que amor y sumision para el emperador, á pesar de que hoy me ha tratado de una manera muy dura: peor para el gitano, porque iba dolorido, loco.

—¿Qué has hecho de ese hombre?

—¡Un miserable menos!

—¡Muerto!

—Muerto entre la alameda que crece cerca del agua; pero ha tenido tiempo de revelármelo todo: he sabido la traicion que me tenias urdida; he sabido que te amparabas de un don Luis del Espino, y apenas pude volver á Sevilla, fuí á buscarle á su casa: no estaba allí, habia ido á una boda, á la boda de una hija del conde de la Membrilla; corrí y llegué; de esto hace un momento; encontré la calle llena de gente, de justicia; dos muertos: el esposo de doña Clara de Sástagó, arrancado de la boda por una provocacion de don Luis del Espino, muerto por él; y don Luis del Espino, muerto tambien, no se sabe por qué mano: ¡ah! todo lo que me rodea es horrible; la muerte me cerca por

todas partes; donde pongo la planta sobreviene inmediatamente la desventura: he venido á verte, á decirte... ¡qué sé yo! no sé qué pueda decirte yo que me libre de tí...

—¡Dejárasme en paz en mi escondrijo de Somorinos!

—Tú has manchado mi amor.

—Por tu culpa.

—Por culpa del destino.

—Del destino maldito tuyo.

—Pero Magdalena está amenazada; lo sé bien; yo no puedo protegerla sino exterminándote, y yo no puedo exterminarte; Magdalena ha sido desterrada por la emperatriz del reino; el emperador me há mandado que vaya á ponerme al frente de la infantería española en Italia; yo temo por Magdalena; la seguirás; te vengarás en ella de mí...

—Me parece que me suplicas, don Juan; me parece... que tus rodillas se van doblando ante mí.

—¡Leonor! tú te has apoderado de la hija del emperador y de la prueba que demuestra su orígen; ¿qué te importaba á tí esa hija perdida, si no quieres usarla como una prenda de venganza?

—¿Tengo yo, don Juan, una espada y un brazo fuerte para exigirte la satisfaccion de mi honra manchada, la paz de mi corazon deshecho? ¿puedo yo acecharte, asesinarte? ni lo uno porque no soy hombre, ni lo otro porque no soy infame; y sin embargo, me supones la infamia, don Juan; yo no he entregado al emperador su hija para hacerla una prenda de mi venganza; no; yo no supongo al emperador don Cárlos capaz de entrometerse en negocios villanos.

—¿Sabes, Leonor, —dijo don Juan,— que no parece sino que te está oyendo el emperador?

—¡Ah! pudiera ser.

—Aquí está su hija.

—Su hija; sí, aquí está; su hija, para quien ya no hay reparacion, porque ha muerto el infame que la ha deshonrado.

XVI.

—¡Callad!—dijo el emperador apareciendo,—¿sabeis acaso si esa desdichada ha vuelto ó no de su desmayo?

Y el emperador abrió las cortinas del lecho.

Rosaura continuaba desmayada.

El emperador volvió á dejar caer las cortinas.

—¿Por qué os habeis descubierto, don Juan?—dijo el emperador:—esto es echar á perder la aventura; cubríos, cubríos; el emperador no está aquí; aquí no está mas que un hombre que se ha vuelto loco; tan loco como vos; como que me parece que vos y yo no somos mas que una misma persona partida en dos mitades.

—¿Por qué os habeis ocultado de mí, señor? ¿queríais saber si lejos de vos no era yo tan leal como debiérais creerlo?

—Dejemos eso, don Juan; dejemos eso; vamos á salir de aquí; vos, doña Leonor, esperad; os confío mi hija; que no sepa que yo he estado aquí; que pase por un sueño lo que ha oido, lo que ha sentido; vos, don Juan, seguidme; una silla de manos que he pedido, debe estar ya esperando; marchad tras esa silla hasta el alcázar; vos, señora, tened por seguro que todo lo que yo puedo hacer por vos, esto es, asegurar vuestra fortuna, lo haré; id mañana á palacio, pero no vayais disfrazada de estudiante, presentáos con vuestro propio traje.

—¿Iré sola, señor?

—Sola; quedad con Dios.

El emperador y don Juan salieron.

XVII.

—¿Qué me ha dicho de lo imposible de su union con esa Magdalena? ¿por qué existirá ese imposible? ¿será una mentira para tranquilizarme, para engañarme? está desesperado, abatido; me ha suplicado; él, que jamás suplica; ¡oh, Dios mio, Dios mio! yo necesito conocer este misterio; yo le conoceré: esta pobre niña ¡me olvidaba de ella! ¿qué palabra la habrá dicho el emperador, que la ha hecho desmayar?

Doña Leonor acudió al lecho.

Rosaura empezaba á volver en sí.

CAPITULO XIX.

De cómo el emperador tuvo que contentarse con un pañuelo, y un familiar del Santo Oficio con una escalera.

I.

En la puerta de la hostería esperaba ya una silla de manos que el emperador habia mandado á Salcedo llevase.

El emperador entró en ella, se cerró la portezuela, y la silla de manos se puso en marcha en direccion al mismo postigo por donde habia salido el emperador á pié con doña Leonor y Salcedo.

Cuando llegaron, Salcedo abrió el postigo; salió el emperador de la silla de manos y mandó á don Juan que le siguiese.

El emperador se detuvo en la misma cámara en donde habia hablado con doña Leonor.

El emperador y don Juan estaban solos.

—Y bien, —dijo el emperador: —hé aquí que á causa de esa doña Leonor de Portugal, á quien Dios confunda, he andado esta noche de aventuras, como podíais haber andado vos, don Juan, y me he quedado con ganas de correr aventuras nuevas; necesa-

rio es que yo piense mucho en lo que soy y en lo que debo á mí mismo, para que no os diga, don Juan, acompañadme; las aventuras os persiguen, y yo no puedo salir de incógnito sin que una aventura se me venga encima; pero estoy escarmentado de una endiablada noche de San Juan en Granada; ¿creereis que por una doña Violante maté á un hombre, que estuve á punto de ser preso, y por último la doña Violante se me escapó y hube de casarla con su novio, con el cual estuve á punto de darme de estocadas?

—Señor, vos no podeis correr aventuras mas que con la corona en la cabeza y al frente de un ejército.

—¿Qué le hemos de hacer? mas vale así; permanezcamos en nuestra régia cárcel del trono, ya que no podemos dejar de ser emperador y rey; decidme, don Juan, ¿era don Luis del Espino uno de los hombres á quienes ha encontrado muerto la justicia en Sevilla?

—Sí, señor.

—¿Y quién era ese don Luis del Espino?

—Un pendenciero audaz y provocador.

—Pero valiente, don Juan.

—¿Le conocia vuestra majestad, señor?

—No; pero ved aquí que cuando yo iba con doña Leonor á su posada, al volver una esquina, un hombre que retrocedia huyendo de otro, dió conmigo, y un momento despues sentí una punzadura en este brazo, que siento aun y que me escuece bastante; ¿qué creeis que era aquello? una estocada terrible que atravesó al hombre que habia dado conmigo, y que me tocó á mí: irritéme; me olvidé de todo; cerré á estocadas con aquel hombre que habia muerto al otro, con don Luis del Espino, y le tendí; daban voces los vecinos; sobrevino la justicia, y Salcedo y yo, lle-

vando en medio á doña Leonor, pasamos por encima de la ronda, á cuchilladas; vos decís que uno de los muertos era don Luis del Espino, y, vive Dios, que me alegro de haberle matado por mi mano; porque aquel hombre me habia ofendido.

—¿Punzándoos el brazo, señor?

—No; punzándome el corazon.

—No comprendo á vuestra majestad.

—Vais á comprenderme, don Juan; ¿por qué creeis que yo seguia á doña Leonor á su posada?

—Lo ignoro, señor; aunque ella es bástante hermosa, para comprender que haya sido una tentacion bástante para hacer correr á vuestra majestad una aventura.

—No, don Juan, no; ¿os acordais de Estéban Kresberg, el gran bailío de Gante? cuando estuvimos allí, estábais quemando continuamente la sangre al buen señor; él, por su parte, no podia veros ni en pintura.

—No tenia yo la culpa de que me pareciese ridícula la gravedad del gran bailío.

—¿Os acordais de Elena Kresberg?

—Una hermosa niña, á fé mia.

—¿Os acordais de qué yo fuí padrino de sus bodas?

—Sí, señor; y de que mataron á su esposo á la puerta misma del palacio de vuestra majestad.

—Don Juan, yo sabia por dónde se entraba á la casa del gran bailío, desde el palacio arzobispal; me lo dijo uno de mis ayudas de cámara que era ganlés, porque me oyó decir que Elena Kresberg era muy hermosa.

—¡Ah!—dijo don Juan:—vuestra majestad tuvo sus primeros amores tres años antes que yo.

—¿Cuál fué vuestro primer amor, don Juan?

—Magdalena, —contestó tristemente Tenorio.

—¿Y fueron muy adelante vuestros amóres?

—Tan adelante como los vuestros, señor.

—Ved que yo tuve una hija de Elena Kresberg.

—En eso nos diferenciamos, señor; yo no he tenido nunca hijos; no los tendré; Dios no quiere que los tenga.

—Pues don Juan, cuando yo vine á España á tomar posesion de estos reinos, Elena estaba gravemente comprometida; yo, al despedirme de ella, rompí este puñal (y el emperador le sacó y le mostró á don Juan), y le entregué á Elena para que un dia sirviese de prueba á lo que naciese, de que era hijo ó hija mia; despues supe que á principios de mil quinientos diez y ocho, Elena habia desaparecido de su casa, y que por mas que el gran bailío buscó á su hija, no pudo encontrarla: han pasado quince años, don Juan, y esta tarde, cuando despues de haber recibido en audiencia, salia á paseo, un estudiantillo imberbe se acercó á mí entre las gentes que me daban memoriales, y me mostró este puñal; yo le tomé, mandé que encerrasen al estudiante en una torre del alcázar; volví una hora despues, como de costumbre, y mandé á mi ayuda de cámara Salcedo, me trajese al estudiante; nos quedamos solos en esta misma cámara, y cuando le pregunté cómo se llamaba, me respondió asombrándome: —Doña Leonor de Portugal. —Este ha sido el principio de la aventura; me he visto negro con ella, don Juan, y os advierto que es mucha mujer; que os persigue; que se ha empeñado en que la querais y que no sé si podré libraros de ella.

—Esa mujer me tiene desesperado, señor; es lo mas tenaz que he encontrado en toda mi vida; es digna de mí y tiene razon contra mí.

—¿Y por qué no os casais con ella?

—Ha sido amante de una hora, de vuestro cuñado el rey de Portugal.

—¡Ah! ¿Es una aventurera?

—No: una mujer á quien la desgracia ha vuelto loca.

—Y de cuya locura vos tendreis sin duda la culpa.

—No, no, señor: se atravesó en mi camino doña Isabel de Portugal.

—¿La hija bastarda del rey don Juan?

—Sí, señor.

—¿Y por qué no os habeis casado con ella?

—Porque su padre la ha encerrado en un convento, de donde la sacaré, vive Dios...

—¿Para casaros con ella?

—Para demostrar al rey de Portugal quién soy yo.

—¿Pero no la amábais, don Juan, hasta el punto de desatender á doña Leonor?

—¡Ah! mi corazon es un caos: ya habeis visto, señor, que me he traido conmigo á doña Gabriela; que cuando supe quién era la he respetado: el amor de Gabriela me halagaba, me refrescaba el alma; y sin embargo, el recuerdo de doña Isabel ardia en mi imaginacion, terrible, dominador, incontrastable: llegué á Sevilla, y supe que Magdalena habia salido del convento, que estaba al servicio de su majestad la emperatriz: la ví, la hablé; me dijo engañada por la legitimizacion de vuestra majestad, que era hija de don Pedro de Córdoba y de Válor: ardió mi antiguo amor, mi primer amor; me decidí por Magdalena, y no dejé de amar á Isabel; no perdí el recuerdo de las aventuras de Leonor; no dejó de halagarme el puro afecto de Gabriela...

—De modo, dón Juan, que teneis el corazon tan grande como el mundo, y como el mundo, dividido en cuatro partes.

—Y como vuestra majestad el suyo; partido en dos hemisferios como su imperio.

—¡Ah, diablo! sois buen esgrimidor, don Juan: por un tajo, dais un revés; pero os equivocais; sois demasiado celoso: creeis, sin duda que yo me he enamorado de doña Leonor.

—¡Ah, no por cierto! ¿Os habeis olvidado ya del pobre capitan Fernan Perez que, obligándome á matarle me echó del monasterio de San Gerónimo de Yuste?

—Pues no, no os comprendo aun,—dijo el emperador.

—Antes de morir el capitan Fernan Perez, me recomendó una hija suya que quedaba huérfana al servicio de la emperatriz, mi señora.

—¡Doña Estrella!—exclamó el emperador conmovido.

—Una magnífica niña de quince años, que ha sido la primera mujer á quien he respetado, y la primera tambien que me ha dejado conocer que hay mujeres con las que yo no puedo.

—¿Y dónde habeis conocido vos á doña Estrella?—dijo el emperador.

—Esa es otra aventura: anoche, señor, recorria yo á Sevilla, ansiando gozarla visitándola, porque hacia mucho tiempo que yo faltaba de ella, y la amo: Sevilla es una de mis queridas, señor; en ella he pasado muchos momentos de placer y muchas dolorosas aventuras que no he podido olvidar: me encontré de improviso junto á las tapias del convento de Santa Clara; hice escalera de mi lacayo y salté dentro.

—¿Y para qué diablos, don Juan, os metísteis en el cementerio de las monjas?

—Allí, en un rincon del claustro, en una sombría capilla, hay dos antiguos amigos mios; el comendador don Gonzalo de Ulloa, y su hija doña Inés: quise hacerles una visita, y como yo

satisfago mis deseos siempre que puedo, salté la tapia, me entré en el claustro y luego en la capilla: en ella encontré á doña Estrella Fernan Perez, que escondida tras la tumba de doña Inés, oyó las palabras delirantes que yo dirigia á la estátua de aquella desdichada, y supo por ellas que yo era don Juan Tenorio: se desmayó; la llevé al cementerio, y allí, junto á una fuente, entre unos árboles, en un pequeño jardin, me dijo... que vos la amabais; que la emperatriz se habia apercibido y la habia enviado á aquel convento, en el cual vuestra majestad ignoraba que estuviese.

—Pues dejadla, dejadla allí, don Juan,—se apresuró á decir el emperador,—y haceos cuenta de que nada me habeis dicho: no quiero sacrilegios: doña Estrella está muy bien donde está: el esposo que la espera es el mejor que podia tener.

—¿He perdido la confianza de vuestra majestad, señor?

—No, don Juan; ya veis que estamos hablando como dos amigos, como dos hermanos, desembozadamente: no amo á doña Estrella; todo mi amor es de la emperatriz, mi señora; yo he salido muy escarmentado del amor, don Juan; me ha hecho muy desgraciado y me humillan las desgracias del amor: no mas; me he convertido; así os convirtiérais vos: es cierto que hube de decir algunos galanteos á doña Estrella, que los tomó por lo sério, y fué imprudente hasta el punto de que se apercibiese de ello la emperatriz, mi señora: un dia desapareció de la servidumbre de su majestad doña Estrella, y yo no me cuidé de saber dónde estaba: vos me decís que está en el convento de Santa Clara: dejadla allí, don Juan.

—¿Vuestra majestad renuncia á doña Estrella?—dijo don Juan.

—De todo punto, de todo punto,—respondió vivamente y

con tono de disgusto el emperador; — no hablemos mas de esto.

—Perdonad, señor.

—¡Ah, no, no me habeis ofendido! un rey tiene corazon de hombre; doña Estrella es hermosa y pura, y nada hubiera tenido de estraño que yo me hubiese enamorado de ella; pero no ha sido así: vamos á lo que importa, don Juan, y concluyamos porque deben estar esperando ya los de mi consejo: doña Leonor es un grave inconveniente para vos; yo procuraré libraros de ese inconveniente haciendo que doña Leonor se quede en la corte al servicio de la emperatriz; pero doña Leonor tiene en su poder un inconveniente mio: ¿quereis librarme de ese inconveniente, don Juan?

—Yo no tengo mas voluntad, señor, que la de serviros.

—Anoche, don Juan, me lo ha dicho doña Leonor, sacásteis del rio á una pobre niña que se habia arrojado á él desesperada.

—Sí, señor.

—No sabeis el buen servicio que en ello me habeis hecho.

—¡Ah, sí, señor, lo sé! el gitano á quien he muerto, que ha criado á Rosaura, que pasaba por su hija, me lo ha revelado todo en su agonía, y que Rosaura desesperada, deshonrada por don Luis del Espino, se habia arrojado al Guadalquivir.

—Es verdad: recuerdo que eso mismo habeis dicho en su posada, donde yo estaba escondido, á doña Leonor.

—Pues bien, señor: yo he muerto al gitano que poseia ese secreto; vuestra majestad ha muerto, tal vez, porque Dios ha querido que vuestra majestad castigase por su mano al burlador de su hija, al miserable don Luis del Espino: este secreto solo le conocemos doña Leonor, que le guardará, y yo que no necesito decir que le guardaré tambien.

—No basta, no basta eso, don Juan; yo quiero mas de vos;

no es el emperador quien os busca, sino el hermano: esa niña es mi hija; no puedo, no quiero abandonarla, y no puedo tampoco reconocerla; esto me causaria graves disgustos: la emperatriz es muy celosa, don Juan; me ama mucho; ya sabeis que yo tengo escondido á mi pobre hijo, don Juan de Austria, que cree su padre al buen don Luis Quijada: ¿quereis ser vos para mi hija, doña Rosaura, lo que don Luis Quijada es para mi hijo don Juan?

—Reconoceré, señor, á esa jóven: iré á Gante á decir que tuve amores con Elena Kresberg; si alguno de sus hermanos se ofende, porque el gran bailío será ya demasiado viejo para pedir satisfaccion de una ofensa, remitiré á la espada mi disculpa.

—¡Ah! no, don Juan; yo no os pido ese sacrificio: llevareis con vos una carta para el gran bailío, y acompañareis á doña Rosaura hasta Gante.

—Ya sabia yo,—dijo don Juan,—que, sin desobedecer á vuestra majestad, no serviria en Italia bajo las órdenes del señor Antonio Leyva.

—Puesto que tanto os escuece el servir bajo otras órdenes que las mias, no ireis á Italia, don Juan, aunque bien pudiérais ir despues de terminar en Gante vuestra comision.

—Gracias, señor.

—Idos, pues, don Juan; venid mañana: todo estará preparado para conferiros el Toison de Oro y el título de marqués de Maraña.—¡Salcedo!

Apareció el ayuda de cámara.

—Echa fuera, por el postigo, al marqués, y vuelve pronto.

Tenorio y Salcedo salieron.

Poco despues Salcedo volvió á entrar.

II.

—Ven acá, Santiago,—dijo el emperador á Salcedo.

Salcedo se acercó obediente y sumiso como un perro.

El emperador escribia: cuando hubo acabado, dobló, cerró y selló el papel que habia escrito: puso en su sobre:—Al Inquisidor Mayor,—y dió el pliego á Salcedo.

—Oye,—dijo el emperador:—te darán un familiar y cuatro alguaciles del Santo Oficio; tomarás una silla de manos, y con todo esto te irás al convento de Santa Clara; te harás abrir en nombre del Santo Oficio, y prenderás y meterás en la silla de manos á doña Estrella Fernan Perez.

—¡Qué! señor, ¿ha parecido doña Estrella?—dijo Salcedo.

—Sí; la habian escondido en el convento de Santa Clara.

—¿Y á dónde la llevo, señor?

—Al castillo de Triana: la encierras, despides al familiar y á los alguaciles, y vienes á avisarme.

Salcedo salió.

—¡Ah!—dijo el emperador:—su majestad la emperatriz, cuando sepa la mala pasada que la hago, se pondrá de muy mal humor; mas yo la desafio á que vuelva á echarme el guante á la pobre de doña Estrella.

III.

Apenas salió por el postigo don Juan Tenorio, se despegó un bulto de la pared y se acercó á él.

—¿Quién vá?—dijo don Juan deteniéndose, porque aquel sitio era solitario y tenebroso.

—¡Quién ha de ser, señor,—dijo una voz dolorida,—mas

que vuestro Anton Gabilan, que no ha vuelto á acostumbrarse á los aperreos de antaño!

—¡Ah, Gabilan de mi alma!—dijo Tenorio;—es necesario, de todo punto necesario, que me busques al vuelo lo siguiente: un manto de mujer y una escalera.

—¿A quién vamos á quitarle la honra, señor?—dijo Gabilan.

—Al diablo. ¿Qué te importa? El manto y la escalera.

—¿Pero á dónde vamos, señor?

—Al convento de Santa Clara.

—¡Diablo! ¿al otro lado de Sevilla? pues allí buscaremos la escalera y el manto, señor: en teniendo dinero, se encuentra á la hora lo que se necesita.

—Pues á ver dónde encuentras tú la buena voluntad y el buen ingenio que tenias en otro tiempo, y provéete de ello, aunque sea á buen precio, Gabilan.

—¿Pero á dónde vais tan de prisa, señor? mirad que yo estoy desusado y me rindo.

—Es necesario que empieces á acostumbrarte: anda y calla.

Gabilan siguió jadeando.

IV.

Don Juan queria llegar antes de las ánimas al convento de Santa Clara.

A pesar de lo largo de la distancia, don Juan llegó en diez minutos al callejon donde se alzaban las tapias del cementerio del convento, y cuando se detuvo se encontró solo.

Seis minutos despues llegó Gabilan, cargado con una escalera y con un bulto debajo del brazo.

—¡Diablo!—dijo don Juan.—¿Traes ya la escalera y el manto?

—Sí señor: iba bastante detrás: he comprado este manto por dos ducados á una mujer que iba á buscar el médico para su marido, segun me dijo, y he robado la escalera.

—¡Que la has robado!

—En la tapia de un huerto mas allá vi asomando los dos palos de este armatoste, que, como veis, es para coger fruta: gateé por la tapia, y como pude, sacando fuerzas de flaqueza, volví la escalera al otro lado, y aquí está.

—Te reconozco, Gabilan.

—Esto consiste en que he vuelto á ser vuestro lacayo.

—Arrima la escalera á la tapia.

Gabilan puso la escalera.

Don Juan subió.

Gabilan subió tras él.

Entre los dos pusieron la escalera de la parte de adentro.

Bajaron, y Gabilan puso la escalera en el suelo.

—Espérame aquí,—le dijo don Juan.

Llegó bajo los arcos, á la verja que ya conocemos, y la encontró solo con el cerrojo corrido.

Abrió, pasó y entró en el cláustro.

Al llegar cerca de la capilla enterramiento de los Ulloas, dieron las ánimas.

Don Juan sintió un impulso de despecho.

Era posible que si Estrella habia bajado aquella noche al cláustro, se hubiese retirado ya á causa de la hora.

Pero de improviso, en la puerta de la capilla apareció una forma blanca.

—¡Estrella!—dijo don Juan.

La novicia se volvió.

—¡Ah!—exclamó, dirigiéndose rápidamente á don Juan.

—Seguidme, seguidme al momento,—la dijo este.

—¿Pero á dónde?—contestó turbada Estrella.

—Fuera del convento.

—¡Fuera del convento!

—Sí; os aguarda el emperador.

Estrella siguió rápidamente á don Juan, y salió con él al cementerio.

Don Juan cerró la verja tal como estaba antes, y asiendo de la mano á Estrella, la llevó al lugar donde esperaba Gabilan.

—El manto,—dijo Tenorio.

Gabilan sacó uno cumplidísimo de debajo de la capa, y de tela muy tosca.

—Pon la escalera,—dijo don Juan.

La escalera fué puesta.

—Sube.

Gabilan subió, y se quedó á caballo sobre la tapia.

Don Juan asió por la cintura á doña Estrella, subió, y reteniendo entre sus brazos á la jóven, se sentó en el caballete.

—Cambia la escalera.

La cambió Gabilan.

—Baja.

Gabilan bajó.

En aquel momento gimió doña Estrella, y quiso lanzarse al cementerio.

Don Juan la habia besado en la boca.

La retuvo, y se deslizó con ella por la escalera murmurando:

—Os robo á Dios y al emperador; sois mia.

Doña Estrella se desmayó.

—Carga con la escalera, Gabilan, como yo cargo con esta buena moza,—dijo Tenorio.

Y dió á correr con doña Estrella.

Muy pronto amo y lacayo se perdieron en una revuelta.

Al perderse, se cruzaron con algunos hombres que iban muy de prisa en direccion al convento.

—Ahí llevan robada una mujer, —dijo uno de ellos.

—¡Adelante! —contestó una voz severa; —eso no nos importa; á lo qué vamos, vamos.

Aquella voz era la de Salcedo.

V.

El ayuda de cámara del emperador y los cinco hombres que con él iban, que eran: un familiar y cuatro alguaciles del Santo Oficio, llegaron á la puerta del convento.

Salcedo llamó á grandes golpes.

Pero el abrirse la puerta de un convento de noche es asunto grave.

La puerta esterior pertenece al capellan ó vicario.

La puerta interior á la abadesa, á la portera y á la tornera; cada una de las cuales tiene una llave.

Salcedo estuvo llamando diez minutos sin que nadie contestase.

A cada golpe decia:

—¡Abrid al Santo Oficio de la General Inquisicion!

Al fin se abrió un ventanillo en la puerta, y apareció, á la luz de una lámpara de mano, un semblante escuálido, terminado por un gorro negro.

Aquel era el capellan, que, acompañado por el demandadero, á quien no se veia, y que estaba dentro con la lámpara en la mano, habia acudido á la ventanilla de la puerta.

VI.

—Informaos de esta órden del ilustrísimo señor Inquisidor mayor,—dijo Salcedo, metiendo un pliego por la rejilla.

El capellan leyó lo siguiente:

«La superiora del convento de monjas de Santa Clara de Sevilla entregará al familiar del Santo Oficio, don Tomás de Aranda, la persona de la novicia doña Estrella Fernan Perez.»

Seguian la fecha, la firma del Inquisidor mayor y el sello en cera verde de la Inquisicion.

—Entrad, entrad, señores,—dijo el capellan mandando abrir al demandadero.

La puerta se abrió.

Entonces llegaron dos mozos con una silla de manos.

—¿Conque es hereje doña Estrella?—dijo el capellan,—¡cómo cunde esa pestilencia, Señor Dios de Israel!

—Llamad, llamad cuanto antes, para que acudan las madres,—dijo el familiar.

El demandadero tiró de una cadena que colgaba junto al torno y resonó ruidosamente dentro del convento una especie de esquilon.

Diez minutos despues se oyeron voces femeniles y gangosas detrás de la puerta interior.

—¿Qué manda, padre Anacleto?—dijo una voz cascada.

—Id al torno, madre abadesa, para que yo os dé una órden del Santo Oficio.

—¡Oh, Dios mio! ¿y qué quiere el Santo Oficio?—dijo la abadesa.

—Viene á prender á la novicia doña Estrella Fernan Perez,—dijo el padre Anacleto.

—¡Jesus! ¡Jesus mil veces!—dijo la abadesa;—voy, voy al torno al instante.

Poco despues se oyó en el torno la voz de la abadesa que decia:

—Dadme acá la órden, padre Anacleto.

El capellan puso la órden en el torno y dió vuelta.

—Falta aquí la órden del reverendísimo arzobispo para que podamos entregar á esta novicia,—dijo la abadesa.

—¡Pena de excomunion mayor y lo que hubiere lugar!—dijo con voz tremenda el familiar;—la Inquisicion basta por sí sola: bajo su jurisdiccion están no solo los conventos, si no tambien el palacio del rey: abrid.

La abadesa no contestó, sin duda porque estaba aterrada.

Poco despues se oyeron tres llaves en la puerta interior que se abrió.

Tras ella aparecieron tres bultos negros y encorvados, porque las madres tenian echados los velos y eran viejas.

—Pasad vos solo á lo menos, señor familiar,—dijo una de aquellas monjas que tenia en la mano una palmatoria con una bujía encendida.

—Todos los que venimos aquí somos ministros del Santo Oficio,—dijo el familiar;—aquí esperaremos en el claustro; mandad venir á esa novicia, y si resistiere, nosotros iremos á daros auxilio.

—Id, id, madre portera: yo no puedo tenerme de pié,—dijo la abadesa;—el solo nombre del Santo Oficio me estremece de respeto; si señor, de respeto; y me pongo mala.

—La heregia anda metiéndose por los conventos,—dijo el familiar:—en Valladolid en auto público de fé se han quemado seis monjas; se han agarrotado cinco, se han penitenciado doce sin contar gran número de religiosos graves.

—¡Jesus! ¡Jesus mil veces, Dios mio!—dijo la abadesa;—¡Dios nos libre del demonio y de sus malas tentaciones! ¿y es hereje doña Estrella, señor familiar?

—Yo no lo sé: yo nunca pregunto,—dijo severamente el familiar:—á la Inquisicion no se le pregunta: quien pregunta es ella.

—Perdonad, perdonad, señor familiar,—se apresuró á decir la abadesa;—ni siquiera me ha pasado por las mientes el ofender al Santo Oficio.

Y la abadesa se calló por temor de pronunciar una palabra indiscreta que, comprometiéndola, diese con ella en las terribles prisiones del Santo Oficio.

Volvió la portera pálida y temblando.

—¡Doña Estrella no parece!—dijo;—bajó á recorrer el *via-crucis*, y no ha vuelto á la celda de la madre Tránsito.

—¡Buscadla, vive Dios!—dijo el familiar.

Las tres monjas escaparon cuanto de prisa podian á buscar la perdida.

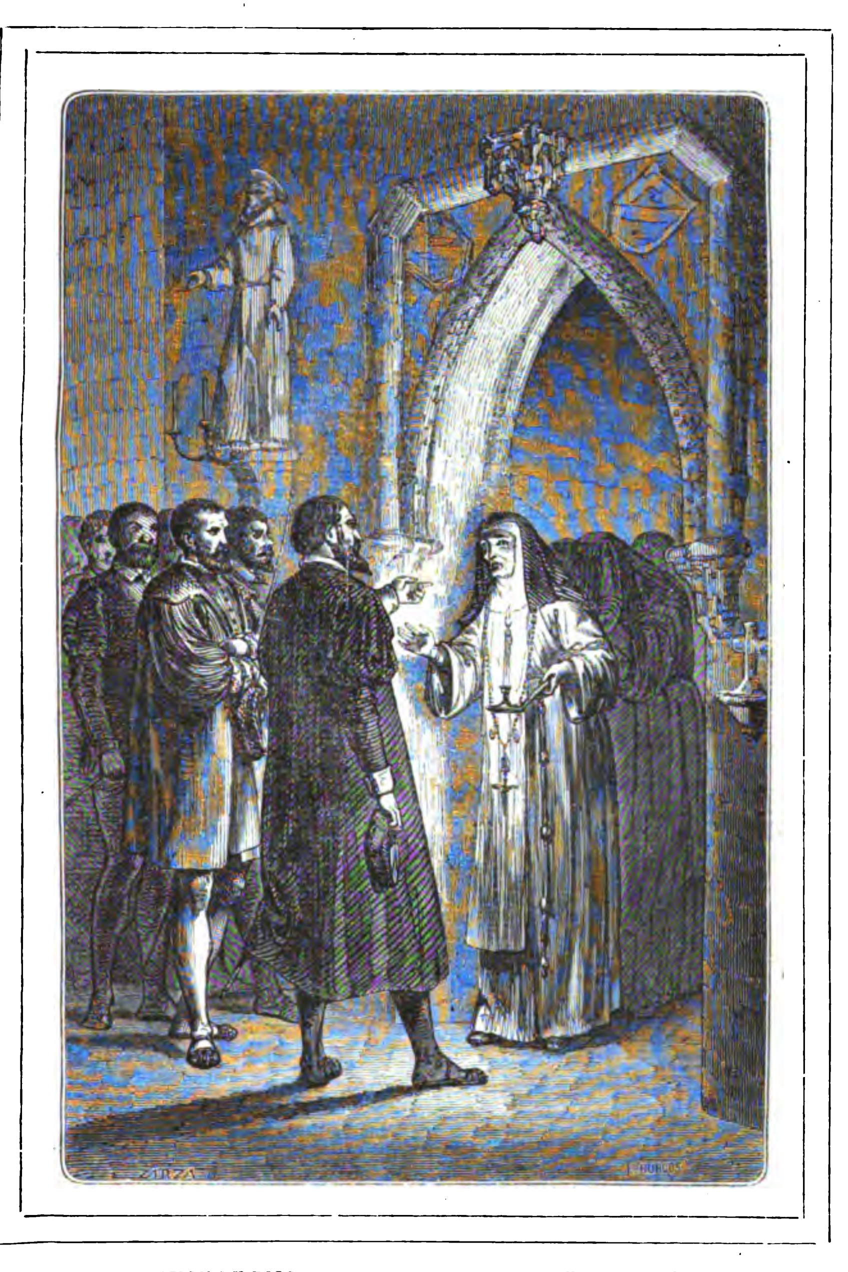
Poco despues toda la comunidad estuvo en movimiento, y no se veian mas que luces ambulantes por todas partes.

Al fin apareció la madre abadesa seguida de toda la comunidad, que venia cubierta con los velos.

—¡No está! ¡no está!—dijo la abadesa con la voz apenas perceptible por lo trémula y por lo débil;—se la ha buscado hasta en el gallinero, hasta debajo de las camas; ¡no está! solo falta que registrar el cementerio.

—Pues vamos allá,—dijo el familiar.

—No seria malo,—dijo uno de los alguaciles;—que la mujer que se llevaban aquellos hombres robada, fuese doña Estrella, porque el uno de ellos llevaba una escalera.



LA MALDICION DE DIOS. — LAMINA 10. — Pues vamos allá, — dijo el familiar.

—¡Cuerpo de Baco, que puede ser!—dijo el familiar.—Vamos, vamos al cementerio.

Entraron en él: registraron por todas partes.

—Aquí hay un pañuelo, al pié de la tapia,—dijo un alguacil,—y algunos pedazos de teja acabados de romper.

Se recogió el pañuelo.

Era de finísimo Cambray y en sus puntas se veian, en dos de ellas, un escudo de armas bordado: en las otras dos, bordado el nombre «Estrella».

—Pajarito escapado,—dijo tranquilamente Salcedo.

—Juro á Dios,—esclamó el familiar,—que he de echar el guante á quien ha abierto la jaula al pájaro.

—Dejaos de eso,—dijo Salcedo;—porque si es quien yo me figuro el ladron, podeis encontraros con una vuelta de tajos ó con una estocada, y no adelantaríais gran cosa, porque está esceptuado de la jurisdiccion del Santo Oficio, por el Papa.

—¡Ah! es la primera vez que me burlan,—dijo el familiar.

—¿Y qué hemos de hacerle?—dijo Salcedo.—¡Ea! quedad con Dios madre abadesa, que yo por mi parte, como nada tengo que hacer ya aquí, me voy.

—¿Y os llevais ese pañuelo?—dijo el familiar.

—Sí, pardiez: si quereis vos llevaros una prueba del robo, echaos en el bolsillo las tejas rotas.

Y guardándose el pañuelo, Salcedo salió del cementerio, del claustro y de la porteria, y dijo á los dos mozos que tenian la silla de manos.

—Idos; ya no haceis falta.

VII.

Media hora despues decia Salcedo al emperador que estaba en su recámara.

—He aquí, señor, todo lo que en el convento se ha encontrado de doña Estrella.

Y le dió el pañuelo.

—¡Cómo!—dijo el emperador; —¿doña Estrella no está en el convento?

—No, no, señor: este pañuelo se ha encontrado al pié de la tapia del cementerio, y en el caballete algunas tejas rotas indican que por allí ha sido sacada.

—¡Ah, don Juan! ¡ah, mal nacido!—exclamó el Emperador: —por eso me preguntaba si verdaderamente habia renunciado yo á doña Estrella: mira, Salcedo, guarda el secreto: hagámonos los desentendidos; que el familiar y los otros le guarden tambien y que no se levante, acerca de esto, polvareda; que no se inquiera, que no se busque; ¡por vida de don Juan! Nó, pues de esta hecha me parece que le envío á las Indias; pero mas tarde; cuando no pueda creer que me vengo de la mala pasada que me ha hecho: y el caso es que no puedo quejarme: ¿sabes que tiene esto gracia, Salcedo? Vamos, es imposible enojarse con don Juan: vete, y haz de modo que esto no se trasluzca.

Salcedo salió.

VIII.

En muy poco tiempo llegó al monasterio.

Aun estaba allí el familiar con los alguaciles buscando y rebuscando y dando vueltas.

—Familiar:—dijo Salcedo;—de órden del emperador, que es lo mismo que de órden del Inquisidor general, idos y no molesteis mas á estas buenas madres: guardad un profundo secreto, so-pena de un gran castigo, acerca de este suceso, y mandad á los que con vos vienen, que le guarden tambien: adios, buenas noches.

Salcedo se fué y el familiar salió dejando á las buenas madres.

IX.

Al pasar por la inmediata calle del Hombre de Piedra, tan ciego iba de cólera, que tropezó en un objeto, dió de buces, recibió un golpe en las narices y empezó á arrojar sangre.

—¡Vive Dios! ¡que es esto!—exclamó levantándose.

—Esto es una escalera de cojer fruta,—dijo un alguacil.

—Pues bien: que se contente el que buscaba á doña Estrella con su pañuelo...

—No vendria mal á vuesa merced para cojerse la sangre—dijo con acento socarron y con una audacia indiscreta el alguacil.

—¡A mí con esas, don bellaco! exclamó el familiar furioso.

Y dió una bofetada tal al alguacil, que estuvo á punto de caer.

—Y ahora bien;—dijo el familiar;—ya que no hemos podido reducir á prision á la novicia, llevémonos la escalera por donde se ha fugado: cargad con ella tunante, y esto os enseñará á ser mas comedido.

El alguacil se limpió las narices con el revés de la mano, cogió la escalera, se la echó al hombro y se fué cabizbajo y lloroso, agobiado por aquel armatoste, tras el familiar y sus tres compañeros.

X.

Entre tanto don Juan, llevando sobre el arzon de su caballo Volador á Estrella, y seguido de Gabilan, á quien por no haber montado en mucho tiempo, se le iban haciendo unas magníficas agujetas, galopaba hácia su quinta á orillas del Guadalquivir: hacia aquella misma quinta donde Noema habia envenenado á Ines de Ulloa.

CAPITULO XX.

De cómo don Juan acabó de volverse loco, puesto que se casó.

I.

Cuando llegó don Juan cerca de la quinta, se le atravesó un bulto en el camino.

—¡Eh! ¡vive Dios! ¿qué quereis?—dijo don Juan.

—Andrés Ceballos, señor,—dijo éste dándose á conocer.

—¿Y qué diablos haces aquí?—dijo don Juan.

—Por lo que veo,—contestó Andrés,—vuecencia trae consigo una dama.

—Ya lo ves.

—Pues véngase vuecencia conmigo para entrar en la quinta por donde se puede; porque como en tanto tiempo no se ha abierto la puerta principal, los gozes, los cerrojos y las cerraduras se han enmohecido de tal modo que ha sido imposible abrirla.

Don Juan Tenorio comprendió en el acento de Andrés que no debia pedir explicaciones sino dejarse conducir.

Así lo hizo.

Andrés Ceballos salió por una vereda para tomar la vuelta de la cerca de la quinta.

Rodearon la tapia, llegaron á un portalon que correspondia á la casa de labranza, entraron por él, atravesaron un corral y otro portalon, y por una larga calle de árboles, enarenada, con jardin á ambos lados, llegaron á un postigo de la quinta.

Ceballos tomó en sus brazos á doña Estrella y la puso en tierra.

Al ponerla en tierra vió su hábito.

—¡Poder de Dios!—dijo sin poderse contener.

Don Juan echó pié á tierra y dió su caballo á Gabilan que habia desmontado antes que él.

Asió de la mano á Estrella, y entró por el postigo, atravesó una bella galería, precedido siempre por Ceballos que llevaba en la mano una linterna que habia tomado de la parte de adentro del postigo, y al fin de las escaleras y de otra galería, abrió una puerta.

Don Juan y Estrella entraron, y se quedaron solos.

Estrella se sentó en un sillon, é inclinó la cabeza y permaneció muda.

Don Juan se arrodilló y fué á asir una mano á la jóven.

Esta la retiró vivamente; se puso de pié y rechazó á don Juan.

—Soy huérfana,—dijo,—estoy sola en el mundo; decís que me habeis librado de un peligro; yo lo creo bien; cumplid con lo que os debeis como caballero y respondedme: yo no os amo, y ni aun vuestra esposa quiero ser, y mucho menos vuestra manceba.

—Lo hubiérais sido del emperador.

—Pude haberlo sido antes de ser encerrada por la emperatriz en un convento.

—¿Le amais?

—¡Y qué! ¿no se puede amar y conservar la honra?

—Teneis quince años; no amais aun, os engañais; me he propuesto que me ameis y me amareis.

—¡Ah! ¿sí?—dijo Estrella:—¡tengo quince años! ¡soy una niña! pues bien; no mireis mucho á la niña como la estais mirando ahora, porque la niña se vengará de vos.

—¿Os vengareis de mí, por haberos arrancado del horrible porvenir del claustro?

—No: porque me habeis apartado de él; porque él, que sabrá que estoy en vuestro poder, creerá, por la fama de burlador que tiene don Juan Tenorio, que he sido vuestra, y me despreciará; por esto tengo necesidad de vengarme de vos y porque me habeis engañado diciéndome que él me esperaba; de otro modo yo no hubiera salido del convento; yo hubiera encontrado medio de que él hubiera sabido que yo estaba allí y él me hubiera sacado; ahora no me apartará de vuestro lado, porque no querrá apartarme, porque me despreciará y yo viviré á vuestro lado para desesperaros.

—Os juro que sereis mia.

—¡A traicion, como á traicion habeis puesto vuestros lábios en mis lábios! ¡en mis lábios que solo la boca de mi madre habia tocado!

—¡Sereis mia!—repitió don Juan.

—¡No! porque una mujer no es el cuerpo, es el alma, para un hombre que vale lo que vos valeis, don Juan; vos no podeis satisfaceros sin el amor de la mujer que escite, no vuestro amor, porque vos no amais, sino vuestro deseo; si cometeis una infamia, será peor para vos, porque os avergonzareis de ella; yo estoy tranquila á vuestro lado, don Juan, no tengo por qué temer; todo el mal que podiais hacerme, me le habeis hecho ya; me vengaré por ello de vos, pero no tendré que mataros.

—¡Ah! ¡matarme!

—Sí; si me humillais, si me envileceis, morís, don Juan.

—Por el cielo y por el infierno, Estrella, que vais creciendo á mis ojos de un modo tal, que creo que voy á amaros con toda mi alma.

—Como un hombre voluntarioso acostumbrado á no encontrar dificultades, ama un imposible; mejor, enamoráos, don Juan; yo voy á imaginar mucho para ver de qué modo puedo lograr que os volvais loco por mí.

—Vamos; estais irritada, no es esta ocasion de que continuemos; decís bien Estrella, á mi lado nada teneis que temer, y no debeis estar violenta, porque ya os he dicho que el emperador, cuando le hablé de vos, cuando le dije dónde estábais, os desdeñó; como que me dijo que allí estábais muy bien.

—Avergonzáos de haberme dicho eso, don Juan; á una niña que desde hoy no tiene mas amparo que el vuestro, no debíais herirla en el corazon.

—Me parece que ya estoy enamorado de vos.

—¡Ah! enamoráos, enamoráos; ¡oh, sí! ¡os enamoraré!

—Seré muy feliz; porque oid: mientras no conozco á una mujer, mientras esa mujer representa para mí un ser soñado, porque mi imaginacion la atribuye cualidades que no tiene, amo de un modo tal, que, os lo aseguro, soy muy feliz; sueño; cuando venzo, despierto: el ángel se me convierte en una mujer, me hastío, desprecio y olvido; sois muy jóven, muy pura, muy bella; una rica flor que nace; vivireis á mi lado y sereis para mí un imposible, es decir, sereis cada dia mas ángel: gracias, Estrella; procurad que esa felicidad dure mucho.

—Qué terrible hombre sois, don Juan... terrible para vos mismo; porque sentís una sed que nada puede apagar; estoy ven-

gada de vos; yo sé bien que ahora porque no os amo, no seré vuestra por no ser infame, y si alguna vez os amo, que será muy posible, no seré vuestra por no perderos.

—¿Sabeis niña que me vais dando miedo?

—¿Por qué, don Juan?

—Porque sois la primera mujer á quien no comprendo.

—Os estoy hablando con toda la sinceridad de mi alma.

—Ó no habeis sido sincera antes, ó no lo sois ahora; antes dijisteis: —le amo, le amo con el alma; con un amor que no necesita mas que de sí mismo. —Ese es un amor divino, Estrella; el amor de una vírgen que consagra su pureza á su amor, y que la guarda como un perfume esquisito y rarísimo; ese es el amor mas grande que puede alentar el corazon de una criatura; ese amor excluye á todo otro amor: ni aun admite la duda de que pueda terminar y extinguirse: á pesar de esto, acabais de decirme que es muy posible que me ameis.

—¡Oh! sí: porque ahora no amo.

—¿Y él?

—¡Era un sueño! los sueños pasan; su recuerdo se borra; yo soy como vos; yo veia grande al emperador; yo le creia grande en todo; yo habia hecho de él un semi-dios, y el emperador, como todos los séres humanos, tiene algo de barro grosero en su sér.

—¡Estrella!

—Vos no mentís, don Juan; me habeis dicho que el emperador me ha desdeñado, que ha hablado de mí con desprecio, y lo creo, porque vos no mentís: pues bien: el emperador mentia al despreciarme, pero por vanidad, me ha despreciado ante vos; si me amára como yo le amaba, hubiera antepuesto su amor á su orgullo, no me hubiera arrojado como un sér despreciable ante un hombre; yo soy altiva, don Juan, yo no doy amor sino por amor,

y por un amor igual al mio: podeis decir al emperador, si os atreveis... pero no, no quiero comprometeros; me importa el emperador muy poco... nada, lo que importa un sueño; soy vuestra, don Juan.

—¡Mia!

—Esperad, —dijo Estrella:— vuestra, en las apariencias: vos quereis vivir conmigo, lo sé; viviremos juntos, comeremos á una misma mesa, nos presentaremos á caballo, ó á pié ó en carroza, donde y cómo querais; os envidiarán, sí, os envidiarán: ¿habeis visto bien mi hermosura, don Juan?

Don Juan no contestó: estaba embriagado.

—No; no habeis podido apreciarla bien; oid: el emperador, cuando me veia en la córte, se ponia pálido, y la emperatriz, cuando veia palidecer á su marido y fijar en mí una mirada hambrienta, palidecia de cólera, de celos, de envidia; porque tambien los grandes señores, don Juan, los que gobiernan al mundo, tienen un corazon que envidian lo que ven, tal vez en el mas pobre de sus vasallos; vais á ver por qué palidecia el emperador; por qué palidecia la emperatriz; estas tocas que me encubren, ¿para qué las quiero ya? vais á ver cuán hermosa soy; me vais á amar, don Juan.

Y se arrancó de una manera nerviosa la toca; agitó su cabeza, soltó sus trenzas rubias, se abrió el hábito, y dejó ver á don Juan su garganta y sus hombros; se inclinó sobre él y absorvió su mirada en la mirada febril de sus grandes ojos negros, jóvenes, puros, resplandecientes.

Don Juan cayó de rodillas.

—¡¡Ah!! ¡vós sois un ángel vengador!—exclamó acordándose de la estocada con que habia aniquilado al capitan Fernan-Perez, al padre de aquella hermosura irresistible.

—¡Oh!—dijo Estrella alzando á don Juan:—me amáis, me amais, y yo soy feliz, porque me vengo.

—¡Ah! os vengais envolviéndome en un sueño delicioso: gragracias, y oid: nuestro amor no puede, no debe ser mas que un dulce martirio.

—No digais nuestro amor, don Juan, porque yo no os amo; porque puede suceder muy bien que os ame, y muy bien que os aborrezca: hay en vos algo que no puedo explicarme, y que desde que oí vuestra voz me extremece; algo terrible que nos separará siempre; no sé por qué.

Don Juan se extremeció, y volvió á recordar al capitan Fernan-Perez.

Hubo un momento de fascinacion para don Juan: un momento en qué le pareció que se debia todo á Estrella.

—¡Ah!—exclamó:—mañana pido licencia al emperador para casarme.

—No os casareis, don Juan; porque si os casais, no podré yo vivir á vuestro lado: ¿y qué será de mí sin vos? á mas de eso, ¿cómo casarnos, cuando me habeis robado de un convento, sin que se pretenda castigarnos á entrambos por el sacrilegio que hemos cometido?

—Nadie sabe que estábais en el convento; nadie sabe que habeis salido de él: el emperador pondrá el gesto que quiera; la emperatriz se alegrará.

—No, don Juan, no; porque lo mismo seré para vos, siendo vuestra esposa, que no siéndolo.

—¡Pero y por qué! ¡por qué!—exclamó desesperado don Juan.

—Primero, porque no os amo; luego, porque no os desespereis, porque el dia que yo sea vuestra, dejareis de amarme.

—Estrella, yo no puedo consentir en vuestra aparente deshonra.

—¡Y qué me importa á mí, que me he quedado sola en el mundo!

Don Juan volvió á extremecerse.

—Oid,—dijo:—nuestra union no será mas que una apariencia: ¿teneis confianza en mi honor?

—Sí, don Juan.

—Pues bien: yo os juro que si os unís á mí, no sereis mia sino cuando querais serlo.

Brillaron de una manera incomprensible los ojos de Estrella.

—Acepto,—dijo:—volvámonos á Sevilla; casémonos sin la licencia del emperador; anunciadle mañana nuestro casamiento.

—Convenido: voy á prepararlo todo para que nos volvamos.

Y se acercó á Estrella.

—¡Apartad!—dijo ésta.

—¿Ni vuestra mano, señora?

—Cuando las enlacemos para recibir la bendicion de Dios.

—¿Y despues?...

—Siempre la misma distancia entre los dos.

—Bien, esperad un momento: antes de la media noche habremos hecho inevitable nuestro reto; porque este no es un casamiento, Estrella; es un desafio á muerte.

—Ó á vida y á gloria,—dijo Estrella.

—Adios, y hasta el momento.

—Adios.

II.

Apenas salió don Juan, doña Estrella se lanzó hácia un gran espejo de Venecia que habia en la cámara: uno de aquellos mag-

níficos espejos que solo se veian en los palacios de los reyes, y no en todos, porque la casa de don Juan estaba puesta como la del emperador.

La jóven se miró en la ancha luna, á la luz de las seis bujías que ardian sobre la mesa puesta bajo el espejo.

Sus largas trenzas rubias estaban desordenadas.

Doña Estrella las recogió, entrelazándolas unas con otras, agrupándolas de una manera bellísima.

Despues se arrancó su escapulario azul de novicia, y le arrojó lejos de sí.

Desciñó de su breve cintura el áspero cordon de San Francisco, y le tiró con cólera.

Se arrancó el hábito, y bajo él apareció un traje blanco de hilo, de rico Cambray, de anchas mangas perdidas, sujeto en el talle por un ceñidor azul.

III.

Estrella, desde la noche en que encontró á don Juan junto á la tumba de doña Inés en el convento de Santa Clara, se habia preparado para una fuga que preveia.

Habia creido tal el amor de Cárlos de Austria, que la parecia imposible que su régio amante no la arrancase pronta y secretamente del cláustro, donde secretamente la habian encerrado los celos de la emperatriz.

Estrella, pues, aprovechando el pesado sueño de la madre Tránsito, se habia vestido aquel traje blanco, con el que habia sido llevada al convento, ocultándole bajo su hábito.

El pobre traje estaba un poco arrugado; pero hay mujeres que poseen el don de arreglar admirablemente su tocado, su traje, con un solo toque.

Estrella ahuecó, arregló su túnica, y desapareció por completo la novicia.

Era una criatura bella vestida de blanco, como dice el Dante.

Una ilusion, un prodigio humano.

Estrella era alta, tan alta como don Juan; sumamente mórbida, y sumamente esbelta.

Su blancura era la blancura voluptuosa del nácar, y su belleza la que resulta de la perfecta armonía de las formas.

Su juventud era brillante, poderosa, llena de vida, y de una vida purísima.

Sus admirables cabellos rubios, muy rubios, del tono del oro vírgen, abultaban sobre su cabeza como los de una estátua griega.

Sus ojos negros eran lucientes, magníficos, puros y ardientes á la par, pudorosos, y á la par de mirada severa, profunda, incontrastable.

De aquellos ojos emanaba un fulgor que parecia dilatarse, rodear como una aureola su hermosa cabeza embelleciéndola.

En la boca de Estrella habia una espresion de dolor, de despecho, de amargura, poetizada por la incomparable belleza de aquella boca.

Bajo la piel suavísima de la niña, se trasparentaba levemente el azul de las venas; latia su garganta, se levantaba y se deprimia su seno: ardian sus ojos fijando una mirada candente en el espejo, contemplando su propia imágen, examinándola como un grande artista busca el efecto de una hermosa estátua.

—¡Oh! ¡le enloqueceré! —dijo: —don Juan Tenorio caerá á mis piés, y no se levantará de ellos; tendré valor: ahora que no le amo, gozaré en su tormento: si le amo un dia... ¡oh Dios mio!

Y Estrella se puso la mano sobre el corazon, como si hubiera temido que su corazon saltase de su pecho.

—Yo estaba loca, —añadió, dejando ver en su semblante una espresion de dolor; —yo habia creido que Cárlos era un hombre; yo no me hubiera manchado; yo hubiera devorado una felicidad dolorosa: ¡insensatez! el emperador no me amaba; le fascinaban mis quince años, mi pureza, mi hermosura: ¡ah, sí! porque yo soy muy hermosa: ¡miseria y lodo! yo buscaba un alma, y solo he encontrado en él un deseo impuro: esos hombres coronados no aman, no sienten mas que el orgullo: creen haber hecho demasiado con palidecer ante la belleza de una mujer: ¡ah! detrás de su grandeza está la repugnante miseria de la vanidad: don Juan es mas grande, mas altivo que el emperador; es un verdadero César sin corona; es un leon con el alma de un niño; con un alma que percibe todas las delicadas fragancias del alma de una mujer; que á una belleza de mujer, une toda la virilidad, toda la fuerza de un héroe: le he visto temblar, agonizar bajo mi mirada, y estoy orgullosa de tenerle mio: la fiera se ha tendido humilde á mis piés: ¿por qué no le amo yo? acaso porque el sueño de que acabo de despertar me envuelve todavía: ¡y quién sabe! ¿quién sabe si estos violentos latidos de mi corazon los produce un amor que no conozco por lo grande, por lo divino, por lo inmortal? ¡ah! no, no: hay una fuerza irresistible que me arrastra hácia don Juan, y otra fuerza misteriosa, irresistible tambien, que me repele: ¡oh! y la verdad es, que gozo como no he gozado nunca: que sufro lo que nunca he sufrido; que desde la noche en que ví á don Juan, desde que le ví hablando con la estátua de doña Inés, no he podido olvidarle: es un sér terrible, un ángel caido, una fatalidad incontrastable: ¡oh, Dios mio, Dios mio! ¡yo no soy ya vírgen; yo ardo en una vida poderosa, infinita; yo soy mas que una mujer! ¡ah! ¡sí! ¡sí! ¡yo te amo, don Juan! ¡yo te adoro! me has abrasado el alma con el fuego de tus ojos, con el volcan de tu palabra,

con la agonía de tu deseo por mí: ¡maldito seas, si no eres para mí la bendicion de los cielos, si yo no soy para tí tu expiacion y tu perdon!

Y Estrella se dejó caer sobre un camapé, palpitante, ardiente, trasfigurada, divina, enlanguidecida por un ensueño mágico.

IV.

Don Juan habia encontrado á Andrés Ceballos dos habitaciones mas allá.

Don Juan habia tenido que dominarse para no presentarse descompuesto, aturdido, delante de Andrés Ceballos.

—¿Qué es esto,—dijo,—qué haces aquí?-¿por qué he encontrado cierto órden en la quinta? ¡bujías de color de rosa en mi cámara!

—¡Ah señor! aquí está doña Magdalena.

Don Juan sintió que su corazon se apretaba, y que de él brotaba hiel.

La fatalidad le perseguia, estrechándole mas y mas, como un ardiente círculo de hierro.

No pudo contestar; se habia aterrado.

—Sí, señor; despues de el mediodía, cuando vos estábais en el lecho, cuando reposábais, recibí una órden de doña Magdalena que me mandaba presentarme al momento en su casa; yo creí que tendria lugar para avisaros; encontré á doña Magdalena pálida, irritada, terrible; ya sabeis que doña Magdalena me conoce demasiado ya hace muchos años.

—Acompañadme, Andrés,—me dijo en cuanto me vió:—voy á la quinta de vuestro amo, á orillas del Guadalquivir; no me digais que aquella quinta está abandonada desde que se perdió don Juan; llevo conmigo criados que arreglarán algunas habitaciones;

os necesito para que se me franquee la quinta; venid conmigo.

—Pero señora,—la dije,—¿no quereis que avise á don Juan?

—No; yo le enviaré una carta: vamos.

Y me arrastró consigo.

—No habeis recibido sin duda la carta que doña Magdalena os ha enviado, porque si la hubiérais recibido, no hubiérais venido con una mujer.

—No, no he recibido esa carta; ha debido llegar á casa cuando ya estaba yo fuera: ¿y sabe doña Magdalena que he llegado yo?

—No, no señor; doña Magdalena está en las habitaciones del otro lado; además, antes de que llegáseis vos, ha llegado un sacerdote.

—¡Ah! ¿hay aquí un sacerdote?

—Sí señor.

—Tráele al momento; llévale á mi cámara.

Y don Juan se volvió rápidamente junto á Estrella.

—¡Ah!—dijo al verla;—os habeis vestido de boda; ya no sois la novicia; ¡una palabra Estrella! ¿estais decidida á ser mi esposa?

—Como vos á ser mi esposo, don Juan.

—Sea: esta era la única manera posible de que se casase don Juan Tenorio; aceptando una lucha: por última vez, miradlo bien.

Estrella se alzó del camapé donde estaba indolentemente reclinada.

—Sí, don Juan, sí,—dijo con acento ardiente:—no seré yo la que me arrepienta, no; si vos os arrepentís, mejor; sufrireis mas; desde hoy seré vuestra compañera; puede ser que vuestra hermana; nunca vuestra amante: os lo repito: meditadlo bien, que aun es tiempo.

—El sacerdote que ha de unirnos, se acerca: siento sus pasos,—dijo don Juan.

—Bien, que llegue en buen hora,—dijo Estrella.

Entró en aquel momento un sacerdote anciano, de aspecto digno y sencillo.

Sobre su manteo se veia la cruz de San Juan.

De su cuello pendia la medalla de la inquisicion.

Habia, á pesar de su sencillez, algo de aristocrático en aquel sacerdote.

Le conocemos ya: era el rector del hospital de la Caridad.

V.

—Señor,—dijo don Juan Tenorio,—perdonad si se os ha molestado.

—Se me ha llamado para un casamiento necesario, segun se me ha dicho; para un casamiento de conciencia.

—¡No!—dijo de una manera viva y nerviosa Estrella:—para un casamiento de conciencia no: yo vengo pura de cuerpo y alma, á unir mi destino al de un hombre á quien amo, á quien deseo por esposo y por señor.

—¡Ah! pues mejor; mucho mejor,—dijo el freire.

—Señor,—dijo don Juan,—yo soy para serviros, el marqués de Marana, gentil hombre de su majestad, capitan general de su gardia española, caballero del Toison de Oro, y grande de España.

El sacerdote se inclinó.

Los ojos de Estrella brillaban de orgullo, y estaban fijos de una manera enloquecedora en don Juan.

—Esta dama,—continuó Tenorio asiendo la mano de la jó-

ven, —es doña Estrella Fernan-Perez, huérfana del capitan de la guardia española, Alfonso Fernan-Perez.

—¡Oh padre mio!—exclamó la jóven haciendo temblar á don Juan.

Le pareció que la sombra lívida y ensangrentada del capitan Fernan-Perez se ponia entre él y Estrella; que con sus manos crispadas separaba de la suya la mano de Estrella que temblaba y ardia.

—¿No tiene parientes esta señora?—dijo don frey Miguel.

—No señor.

—¿Ni tutor?

—Ni tutor: está sola en el mundo.

—¿Y vos, teneis la competente licencia que como grande de España, como general y como caballero del Toison necesitais del rey nuestro señor?

—Don Juan Tenorio, caballero, os asegura que nada teneis que temer.

—Señor don Juan Tenorio, yo nada temo; nada mas que á Dios; y pues Dios trae al sacramento del matrimonio á don Juan Tenorio, yo siento en el alma un placer infinito; este es un principio de conversion, don Juan, y yo me apresuro á uniros á una vida de órden, de paz, de felicidad: no sé por qué, me parece que esta señora ha de ser vuestro ángel; no necesito, ni de la licencia del emperador, ni de testigos; me basta con Dios: ¿os amais, hijos mios?

—Sí,—dijeron al mismo tiempo con energía y aun pudiéramos decir con afan, los dos.

—¿Jurais vos, señora, consagrar vuestra vida y vuestra alma á vuestro esposo? ¿Jurais eso mismo, don Juan?

—Sí,—dijeron los dos.

—Recibid por mi mano la bendicion de Dios.

Y don frey Miguel los bendijo conmovido.

—Sois esposos, —dijo; —ya, solo la muerte puede separaros. Mandad que me den papel y tintero, don Juan, y que vengan dos hombres mayores de veinticinco años, para firmar como testigos.

—¡Ceballos!—dijo don Juan.

—¿Qué me manda vuecencia?—dijo Ceballos.

—Recado de escribir, y que suba Anton.

—Ceballos desapareció.

Estrella se habia sentado en el camapé y lloraba tranquilamente de una manera dulce.

Don Juan hablaba con el sacerdote.

—Me he casado, —dijo, —como solo podia yo casarme; en un momento supremo, dominado por una fuerza irresistible.

—Reconocéos, don Juan, —dijo el freire; —de vos depende ya la felicidad de una mujer que estaba sola en el mundo; de una mujer, que aunque solo la he visto desde hace un momento, y aunque es casi una niña, creo que acabará por llenar vuestro corazon insaciable: habeis vuelto la espalda al claustro porque erais libre; porque no os ligaba ningun voto; yo creo que no volvereis la espalda á vuestra familia; ante todo sois noble y caballero: he oido decir, porque yo no os conocia, que sois terrible; pero que jamás habeis manchado vuestro nombre con una infamia; no le manchareis, cumplid con vuestro deber.

VI.

En aquel momento entró Andrés Ceballos con un magnífico recado de escribir de plata cincelada, y lo puso sobre una mesa.

Detrás venia Gabilan con el ojo tan largo, procurando adivinar qué pasaba allí, y para qué se le llamaba.

El freire se sentó en un sillon que le presentó don Juan, y se puso á escribir.

Don Juan quedó detras de él con el brazo apoyado en el sillon que ocupaba el freire con la mirada fija en el papel en que escribia.

Habia en la mirada de don Juan algo de terrible, algo de inmenso.

Una mirada muy semejante á la del leon del desierto que se vé enjaulado.

Estrella continuaba en el camapé llorando en silencio.

Gabilan, á cierta distancia de la mesa, miraba á su amo, miraba á Estrella, al sacerdote que escribia, á Ceballos que estaba sério y grave, y el buen Anton no entendia una palabra de todo aquello.

Lo que menos podia ocurrirsele, era que su amo se habia casado, y no se le ocurrió.

Cuando don frey Miguel lo dijo á él y á Ceballos, y les espresó que debian firmar al pié de la partida de desposorios como testigos, Gabilan sintió un impulso furioso de hablar, y no pudo; habia perdido el habla.

Se le cayó la gorra de la mano, y se quedó mirando de una manera estúpida á su amo.

No le conocia.

Don Juan Tenorio casado, no era don Juan Tenorio.

Al fin, la fuerza de su leal desesperacion, le hizo decir las siguientes palabras inconvenientísimas.

—¡Ah señor! os han hechizado ¡qué habeis hecho! las vais á pagar todas juntas.

—No, Gabilan,—dijo don Juan sonriendo en vez de irritarse: —todos los rios van al mar, y acaban en él: don Juan se acaba en el mar del matrimonio.



—Pues mejor: mucho mejor; así nos escusaremos de andancias y aperreos, y viviremos en paz.

—Se necesita vuestra firma al pié de este documento, señora, dijo el eclesiástico.

Estrella se levantó, tomó la pluma, y antes de firmar, leyó la partida.

—¡Ah! dijo sonriendo: habeis puesto aquí como padrinos de nuestro casamiento á SS. MM. el Emperador y la Emperatriz.

—¿Y quiénes otros pudieran ser padrinos de don Juan Tenorio?—dijo don frey Miguel.

—¿Pero habeis omitido por ignorarlo,—dijo Estrella,—una circunstancia que me alegro de que no conste aquí: yo soy menina de la emperatriz, caballero: he aquí mi firma, puesta con toda mi alma al pié de este documento.

Y Estrella al decir estas palabras, firmó de una manera nerviosa, produciendo una letra muy bella.

Don Juan firmó.

Despues, firmaron Andrés Ceballos y Anton Gabilan.

El primero puso despues de su nombre: Primer ayuda de cámara de su excelencia.

Anton Gabilan puso: Lacayo adjunto al señor marqués de Marana.

Luego, don frey Miguel tomó otro pliego de papel, copió la partida, dió la original á don Juan, y guardó la copia.

VII.

En aquellos tiempos, en que aun no habia tenido lugar el Concilio de Trento, que establece el cúmulo de formalidades que preceden hoy á la union de un hombre y de una mujer, un casa-

miento era lo mas sencillo del mundo y lo mas rápido: bastaba con que los contrayentes jurasen que estaban libres de todo compromiso, y que entre ellos no existia parentesco, para que fuesen casados.

Habia en esta parte, en aquellos tiempos, una gran laxitud, que producia grandes inconvenientes que el Concilio de Trento ha salvado.

VIII.

Y don frey Miguel se despidió de los esposos para volver al hospital de la Caridad, del que decia haber estado ausente demasiado tiempo, y acompañado de don Juan, salió de la quinta por el mismo postigo por donde don Juan habia entrado en ella.

Ceballos mandó acercar la silla de manos en que el eclesiástico habia venido; antes de que éste entrase en ella, don Juan le dió un bolsillo lleno de oro para los pobres del hospital.

La silla se puso en marcha, escoltada por algunos criados de la quinta.

CAPITULO XXI.

De cómo don Juan juró en falso porque Estrella no se viese colocada en una situacion horrible.

I.

—Si yo sé para lo que iba á servir la escalera,—dijo Anton Gabilan que habia seguido á su amo cuando éste volvió á entrar por el postigo,—no soy quien la lleva.

—Ya sabes, Anton,—dijo don Juan,—que no quiero que se murmure de mí.

—Yo no murmuro de vos, señor.

—Murmuras de mi casamiento; esto te ha cogido de nuevas, á mí tambien; oye de una vez para siempre: yo no soy ya una persona sola, soy dos; el otro yo es mi esposa.

—Muy bien, señor.

—A mi esposa la respetarás, del mismo modo que Andrés Ceballos, como si fuera yo, ¿lo entendeis?

—Sí, señor, sin que nos lo dijérais;—respondió Andrés Ceballos;—pero permitidme, señor, que os diga, que doña Magdalena os espera impaciente.

—No la digas que he venido aun; véte á donde está ella, por si te llama, que yo te avisaré con Gabilan para que puedas decirla que he venido.

—Muy bien, señor,—dijo Andrés Ceballos, y se alejó.

—Ven conmigo, Anton,—dijo don Juan,—y espera en mi antecámara.

Y Tenorio subió impaciente las escaleras.

II.

Cuando entró en la cámara, encontró á Estrella indolentemente reclinada en el camapé.

—¿Sabeis, señora,—dijo don Juan,—que soy feliz por la primera vez de mi vida?

—Y yo, don Juan,—dijo Estrella,—estoy envuelta en un sueño delicioso.

—Supongo,—dijo don Juan,—que todo aquello de ser esposos y vivir como hermanos se os habrá ido del pensamiento.

—Al contrario, don Juan; creo que ahora soy mas imposible para vos que nunca.

—¿Cómo así, Estrella?

—Si no os hubiérais casado conmigo, si hubiéramos vivido mucho tiempo juntos, dando que decir á las gentes, tal vez porque no os apartáseis de mí, porque no me creyesen una mujer abandonada, por probar si os retenia, tal vez hubiera sucumbido á ser vuestra; pero ahora si os apartais de mí, don Juan, seré siempre la marquesa de Marana; y vuestro abandono no ofenderia

á mi honor sino al vuestro, porque nadie pedria decir que yo habia dado lugar á que me abandonáseis; seria una dama honrada de la que todo el mundo tendria lástima, acusándoos á vos; ¡ah, don Juan! ahora mas que nunca, os lo repito, soy un imposible para vos.

—Un divino imposible, decid: ¡qué hermosa sois! ¡qué terriblemente hermosa!

—¿Os enamoro, don Juan?

—Sí; no he visto nunca, con tanta juventud, tanta hermosura y tanta pureza.

—Pues bien: vos tambien me enamorais; ¿quereis que os diga la verdad? habeis hecho mucho daño al emperador; le habeis vencido; me pareceis mas hermoso, mas jóven, mas valiente y mas grande que él.

—Pues si me amais, señora, ¿por qué no sois mia?

—Porque estar enamorada, no es amar.

—Pues yo creia que estar enamorado y amar es una misma cosa.

—No, don Juan; se puede estar enamorado con los sentidos, con el deseó, y no amar con el alma; á mí me pareceis lo mas hermoso del mundo; gozo mirándoos, y sin embargo no os amo.

—Empezad, que yo os aseguro que el amor sobrevendrá pronto.

—¿No teneis nada que decir á vuestra esposa, mas que eso, don Juan?

—¡Oh! sí; tengo que deciros mucho; el ser mi esposa os trae grandes ódios, terribles enemigos, las consecuencias de mi vida desenfrenada.

—¡Oh! ¿y qué me importan á mí las mujeres que os aman, ni que vos las ameis á ellas? ¿creeis acaso que os pediré yo nunca

celos? por mi parte estais libre; esto no quiere decir que yo, concediéndoos á vos toda vuestra libertad, pretenda libertad alguna para mí; no, don Juan, no; al casarme con vos me he constituido en vuestra esclava, os obedeceré ciega; os obedeceré en todo, menos en amaros.

—Y eso ¿por qué, señora?

—¿Por qué? porque el amor no depende de la voluntad; él es quien manda: no nosotros quien le mandamos á él; si pudiéramos amar á nuestro antojo, amaríamos mucho; pero no podemos amar mas que lo que Dios quiere.

—¿Y no partireis conmigo el tálamo, Estrella?

—Si vos me lo mandais, sí; pero me hareis muy desgraciada, don Juan; me humillareis, me desesperareis, me vereis triste, enferma, agonizando.

—Sois muy jóven; la naturaleza duerme en vos todavía.

—Pues bien; esperad á que la naturaleza despierte en mí, y no hablemos mas de esto. ¿Cómo pensais salir del apuro con el emperador?

—Tengo otro apuro mayor mas cerca, mas próximo.

—¿Y qué apuro es ese?

—Una mujer que me está esperando en esta misma quinta.

—Pues no la hagais esperar, don Juan,—contestó Estrella de la manera mas tranquila del mundo.

—¿No os importa nada,—dijo vivamente ofendido en su amor propio don Juan,—el que me espere una mujer en vuestra misma casa, esposa y señora mia?

—Eso es cuenta vuestra; de mí pudieran decir, si me esperase un hombre en vuestra casa; pero de vos solo dirán, si en mi casa os espera una mujer.

—Es que esa mujer me ama.

—Peor para ella,—dijo la marquesa.

—Es que la amo yo.

—Pues peor tambien para vos.

—Vos conoceis á esa mujer; es muy hermosa.

—Me alegraria mucho de que fuera infinitamente mas hermosa que yo.

—La conoceis.

—Es muy posible.

—Debeis haberla visto muchas veces en palacio, porque es dama de la emperatriz.

—Pues entonces, don Juan, la conozco de seguro.

—Es doña Magdalena de Córdoba y de Válor.

—¡Ah! pues no hagais esperar á tan hermosa señora; mirad; yo estoy cansada, me he agitado demasiado esta noche; he sufrido y necesito reposar; en esta cámara hay un lecho.

—El mio, Estrella.

—Pues bien; voy á ocupar vuestro lecho; y para entregarme tranquilamente al descanso, me voy á encerrar; desearia tener mañana, á la hora de levantarme, algunas doncellas, y sobre todo, ropas que vestirme; tenemos que ir al alcázar, á presentarnos al emperador, á pedirle que nos perdone por habernos casado sin su licencia.

—Perdonad lo que voy á deciros, Estrella; pero ó estais loca, ó desesperada.

—Ni lo uno, ni lo otro; ¿cómo ha de estar desesperada una mujer que ha logrado hacer su marido á don Juan Tenorio, al burlador, al descorazonado, al que pasaba, como el huracan, arrastrándolo todo consigo? ¿no creeis que mañana, cuando me vean á vuestro lado, se morirán de envidia las mujeres, y me creerán un ángel?

—¡Ah! si supiérais por qué me he casado yo con vos.....—dijo don Juan.

—¿Por qué? yo creo que os habeis casado porque todo os importa nada.

—No; me he casado con vos, porque os encontrábais sola en el mundo.

—No os creo, don Juan; si hubiérais de haberos casado con todas las que habreis encontrado solas en el mundo, no podria yo haberme casado con vos; hay alguna razon mas.

—Sí; una palabra empeñada.

—¡Una palabra empeñada!

—Prometí solemnemente protegeros, velar por vos; y ¿cómo podia yo protegeros verdaderamente en la situacion en que os encontrábais, mas que dándoos mi mano? ¿qué me importa á mí, ni qué me importa estar casado ó no, si yo no me puedo casar, si yo seré siempre el mismo? si ahora mismo os estoy considerando, no como á una esposa que tiene el deber de obedecerme, sino como á una mujer insensible, á quien es necesario vencer por medio del amor; ¿creeis acaso, Estrella, que unas cuantas palabras y una bendicion, atan un hombre á una mujer? ¿qué impedirá al hombre separarse de su mujer cuando quiera, si no le retiene su amor?

—El cumplimiento de su deber.

—El deber es un lazo muy débil cuando se trata de la union de un hombre y de una mujer.

—Para un caballero, su deber es una ligadura sobrado fuerte.

—El marido no se deshonra, ni deshonra á su mujer por apartarse de ella con un pretesto honroso; que por ejemplo, yo os digo, cansado de vuestra resistencia: me voy á la guerra, á Italia, ó á América: ¿quién estrañará que un grande de Espa-

ña vaya á servir, dándoles su sangre, á su patria y á su rey?

—Podeis iros desde mañana; yo por mi parte os juro, por mi alma y por el alma de mi pobre padre, guardar intacto vuestro honor; pero, perdonad, don Juan; he notado desde que hablamos que siempre que nombro á mi padre os poneis pálido y os estremeceis.

—Me acuerdo de la desgraciada muerte de Alfonso Fernan-Perez; por él me he casado con vos.

—Esplicáos, don Juan.

—Recibí, de manos del capitan Fernan-Perez, una carta del emperador, en que me llamaba; yo no tenia vocacion al claustro; entré en él por una fascinacion; al dia siguiente debia profesar. La carta del emperador me decidió, y apenas habia partido vuestro padre del convento, partí yo: al pasar por entre unas huertas, oí gemidos y ví dos hombres que socorrian á uno que estaba en tierra; el hombre que estaba en tierra, herido de muerte, era vuestro padre; me acerqué, me reconoció y me dijo: —¿Vais á la corte, señor don Juan Tenorio? el emperador os ama; teneis con él un gran valimiento; en la corte, menina de la emperatriz, tengo una hija que se queda huérfana; protegedla, don Juan; juradme que velareis por ella, y muero tranquilo.—Morid en paz,—dije á vuestro padre.—Hé aquí por qué os he sacado del convento; hé aquí por qué me he casado con vos, porque haciéndoos mi mujer era del único modo que podia protegeros, ampararos, en la situacion en que os encontrais; hé aquí por qué me estremezco al oir el nombre de vuestro padre, por qué mi encuentro con él, me ha casado con vos, Estrella.

—¿Y qué se hicieron los criados que acompañaban á mi padre?—dijo Estrella mirando intensamente á don Juan.

—Tuvimos un encuentro con bandidos cerca de la frontera

de Portugal, y ménos diestros ó menos afortunados que yo, ellos fueron muertos por los bandidos, al paso que yo maté á tres y ahuyenté á los demás.

—¿Y quién mató á mi padre?—dijo Estrella.

—Bandidos tambien.

—¡Don Juan!—exclamó Estrella,—juradme que no fuisteis vos el matador de mi padre.

—¡Yo! ¿Y por qué habia de matar á un hidalgo que me llevaba una carta del emperador?

—Mi padre era violento, don Juan; le irritaba todo; no podia sufrir que hubiese en el mundo otro valiente que él; pudo ofenderos, obligaros á que le mataseis: ¡oh, don Juan! nó me engañeis, decídmelo todo, no me hagais permanecer en una duda horrible.

—No.

—Juradme que no fuisteis vos el matador de mi padre.

—Os lo juro.

—No, no me basta eso; porque debeis tener en vuestro pensamiento la certeza de que no fuisteis vos quien le hirió, no; fué la ofensa que os hizo; pues bien, juradme que mi padre no os ofendió.

—Lo juro;—dijo don Juan.

—No, no basta aun: juradme que mi padre os conocia cuando os vió la primera vez.

—No, eso no; vuestro padre no me habia visto nunca.

—Pues antes de conoceros pudo ofenderos; y si no os conocia no ofendió á don Juan Tenorio.

Don Juan no vaciló: comprendió que una vacilacion cualquiera estableceria una duda terrible en el alma de Estrella.

—¿Cómo quereis que jure,—dijo,—que ninguna parte he

tenido en la muerte de vuestro padre, ni obligado, ni sin obligar?

—Jurádmelo por el alma de vuestra madre, por la vuestra, por la mia.

—Lo juro, —contestó solemnemente don Juan.

—¡Ah! pues entonces no vayais vos á ver á esa mujer, no: yo no quiero, no quiero que hableis con ninguna mujer de amores ni de quejas, ¿lo entendeis? No; yo os exijo me cumplais la fé que me habeis prometido ante Dios; yo os exijo que no ameis á ninguna mujer mas que á mí, ¿lo entendeis? Yo os amo.

—¡Ah! —exclamó don Juan, —entonces sois mia.

—No, aun no: es necesario que yo sea vuestra alma, y hasta ahora no soy mas para vos que un deseo y el cumplimiento de una palabra empeñada á mi padre moribundo; cuando yo vea que lo soy para vos todo; que mi voluntad es la vuestra; que habeis enloquecido por mí, entonces, don Juan, seremos lo que debemos ser.

—¡Ah! no decís la verdad, cuando decís que me amais.

—¿Qué no os amo? Oid: yo no sabia lo que era el amor.

—¿Habeis amado?

—He creido amar: la vanidad, la locura, qué sé yo; ver á un emperador tan poderoso á mis piés... ¡ah! no, no; si le hubiera amado, al conoceros á vos, al comprenderos, no hubiera conocido que érais mas grande que él, no os hubiera podido amar; porque la felicidad que siento al verme vuestra esposa, no puede ser mas que amor; porque he olvidado completamente al César, y solo me queda vergüenza por haberle oido; pero no quiero esponer mi amor, ya os lo he dicho, á que se vea burlado; no quiero llorar vuestro desprecio, no: amadme, amadme, y hasta que me ameis, esperad.

—Me estais volviendo loco, Estrella: vuestra hermosura crece á mis ojos, resplandece, me embriaga.

—Pues bien; empezad á probarme que me amais.

—¿Cómo?

—Dejadme que yo vaya á ver á doña Magdalena.

—¿Sabeis lo que me pedís, señora? ¿Sabeis que esa mujer tiene sobre mí derechos sagrados?

Estrella palideció y miró á don Juan de una manera sombría.

—Y si tiene sobre vos sagrados derechos, ¿por qué no os habeis casado con ella, don Juan?—dijo con acento severo y opaco.

—Porque es imposible mi casamiento con ella.

—¿No es honrada?

—Sí.

—¿No es noble?

—Sí.

—Pues entonces, ¿por qué es imposible vuestro casamiento con ella?

—Entre nosotros no puede, no debe haber secretos,—dijo don Juan.—Magdalena es mi hermana.

—¡Vuestra hermana!

—Sí.

—¿Y os habeis amado como amantes?

—Sí.

—¡Ah, eso no puede ser! ¡Eso seria horrible!

—¡Horrible, sí, pero cierto!

—¿Hay un lugar donde yo pueda oir sin ser vista, lo que hableis con doña Magdalena?

—Sí, esperad:—¡Anton! dí á Ceballos que venga; pero, no, no; vé delante, díle que nos salga al encuentro. Venid, Estrella.

La jóven siguió á don Juan, que salió tras Anton.

Al fin de una galería se encontraron con Andrés Ceballos.

—¿Dónde está doña Magdalena?—dijo don Juan.

—En la cámara, cuyos miradores dan sobre el rio,—contestó Andrés Ceballos.

—¡Ah! pues entonces, Estrella, por aquí: tú Andres, y tú Gabilan, retiraos.

III.

Don Juan abrió una puerta, atravesó una galería, entró en un aposento, pasó desde allí, por una puerta de escape, á un dormitorio, y dijo á Estrella:

—Detrás de esta vidriera podreis ver y oir...

Y tras esto abrió la vidriera, pasó, volvió á cerrarla y fué á poner la bujía que llevaba en la mano, sobre una gran mesa redonda de mosáico que habia en medio de una magnífica cámara.

CAPÍTULO XXII.

De cómo los celos hicieron conocer á Estrella que amaba con toda su alma á don Juan.

I.

Al entrar don Juan, una magnífica mujer, vestida de negro, se levantó de un sillon y adelantó.

Era Magdalena.

—Cuánto has tardado, —dijo; —en mi carta te pedia que vinieses al momento.

—Yo no he vuelto á mi casa desde que salí para ir al alcázar, y no he recibido tu carta, Magdalena.

—Y entonces; ¿por qué estás aquí?

—Por una casualidad: he querido visitar mi quinta, que hacia mucho tiempo no la veia.

—Es verdad; desde que murió Inés de Ulloa.

—¿Por qué recordarme esa desgracia, Magdalena?

—Tengo celos de su memoria.

—Dejemos en paz á los muertos; además, tu amor no debe ser celoso.

—¿No? Pues bien: tengo celos de todo; de la tierra que pisas, del traje que vistes, del aire que te toca, de todo lo que miras.

—¡Magdalena, Dios no quiere que me ames así!

—¡Ah! ¿tú tambien, tú tambien dices que Dios no quiere que yo te ame como te amo? ¿Qué traicion horrible se ha fraguado contra mí, en la que tú tambien formas parte? ¡Ah! es cierto: tu ambicion; una hermana de la emperatriz te ama, y se pretende que yo me aparte de tí horrorizada; que yo crea una mentira horrible: ¡ah, no! he traido conmigo un sacerdote; la emperatriz me ha desterrado, y antes de partir para mi destierro, quiero ser tu esposa.

—Imposible, Magdalena, imposible.

—¡Ah! ¿con que es decir, que en vano yo al amarte he amado la virtud? ¿Que en vano yo me he apartado de la vida de infamia de mi juventud? ¿Que en vano he sufrido doce años de desesperacion, de agonía?

—Magdalena, yo te amo; te amo con toda mi alma, pero como debo amarte; de otro modo, no: conoces lo inflexible de mi voluntad y que tu obstinacion será inútil: no provoquemos la cólera del Señor: no nos hagamos dignos de la maldicion que pesa sobre nuestra raza: amémonos, pero desde lejos, con un amor puro, santo, infinito.

—¡Con un amor del infierno!—exclamó fuera de sí Magdalena:—¡no, no creas que yo retrocederé, que yo lloraré en silencio: si te casas, ¡ay de la mujer que contigo se una! ¡Mas la valiera no haber nacido! ¿No sabes que robarme tu amor es arrancarme el alma, y que yo no me la dejaré arrancar?

—Por última vez, Magdalena, separémonos.

—¡No! —exclamó Magdalena asiéndose á don Juan.

II.

Se oyó un grito terrible: una especie de rugido, y Estrella se lanzó y apartó vigorosamente á Magdalena de don Juan.

—Yo soy su esposa, y nadie tiene derecho á estender hácia él sus brazos mas que yo, —dijo Estrella, pálida y convulsa, asiéndose á don Juan, y cubriéndole como si don Juan hubiera sido un sér débil á quien hubiera tenido que proteger.

—¡Vos su esposa! ¡vos, doña Estrella! —exclamó Magdalena, á quien la sorpresa, el dolor, la rabia, no dejaban hablar.

—Sí, su esposa que le ama, aunque solo le conoce desde hace muy poco tiempo, tanto como vos le habeis amado en toda vuestra vida.

Magdalena cegó, por decirlo así, y se abalanzó hácia Estrella.

Pero se encontró con don Juan que la miraba severo, dió un grito y se desmayó.

—¡Ceballos! —dijo don Juan.

Entró el ayuda de cámara.

—Socórrela, —dijo don Juan; —socórrela, y no la dejes salir de aquí hasta que yo vuelva.

—No, —dijo Estrella; —socorredla, y que permanezca aquí ó no; por mi parte, yo paso aquí la noche.

Y salió.

Don Juan salió tras ella pálido y triste.

En silencio llegaron á la misma cámara de donde habian salido.

—Gracias, don Juan, —dijo Estrella; —y sabe Dios que bien

quisiera no tener que daros gracias por lo que habeis hecho: aborrezco á esa mujer, y al mismo tiempo me inspira compasion: ¿qué teneis, don Juan, que así os amamos todas; que así todas nos volvemos locas por vos?

—Perdonad, Estrella, pero me habeis herido en el corazon: yo no hubiera querido que os hubiérais presentado en aquel momento.

—Es que os amo; y ahora sí que no dudo de ello: es que al ver junto á vos á esa mujer, me he sentido morir; es que os quiero para mí sola; es que seré capaz de todo: amadme, don Juan, amadme, si no quereis que muera.

Don Juan lo olvidó todo bajo la influencia de la mirada de la jóven, y cayó de rodillas.

—¡Mátame!—exclamó, arrancándose el puñal que llevaba á la cintura, y presentándolo á Estrella por el pomo:—mátame, ó sé mia.

—Ganadlo, señor don Juan,—dijo sonriendo de felicidad Estrella;—ganadlo cuanto antes podais, para que vuestra esposa tenga sobre la tierra un paraiso.

—Yo soy tuyo, ¡tuyo!—exclamó llorando don Juan.

—¿Delante de cuántas mujeres has llorado?—dijo Estrella con un acento que estremeció á don Juan.—¿Estás seguro de que te amo yo?

Don Juan se alzó terrible, cogió el puñal por el pomo y le levantó sobre Estrella.

—¡Hiere!—exclamó la jóven.—¡Hiere! ¡Así me amarás siempre!

Don Juan tiró el puñal, y se pasó la mano por la frente desesperado.

—¡O eres mi ángel, ó mi demonio!—exclamó don Juan.

—No: tal vez tu expiacion.

—¡Mi expiacion! Es decir, que tú conoces mi vida.

—¿Y quién no conoce la historia de don Juan Tenorio? esa historia maravillosa, cuyas aventuras están abultadas por el vulgo, que las cuenta asombrado: los ciegos cantan romances de que tú eres el héroe: el cuento de El Convidado de Piedra lo sabe todo el mundo, y hay en Sevilla una calle que se llama la calle de El Hombre de Piedra: en esa calle está la casa deshabitada del comendador don Gonzalo de Ulloa: ¿y quieres que cuando tantas víctimas has hecho, me sentencie yo á ser víctima tuya?

—¡La religion nos ha unido!—exclamó don Juan.

—¿Y qué es para tí la religion?—dijo Estrella.—Yo soy una prueba de lo que tú temes á Dios: hay un lugar sagrado en que nadie se atreve ni aun á poner el pensamiento, sino de una manera reverente; el asilo de las vírgenes del Señor. Hay un lugar terrible al que nadie se acerca, sino dominado por un pavoroso respeto: la tumba; donde te he conocido yo, don Juan; dentro de un claustro que hollaba sin temor tu planta impía; delante de una tumba á cuya estátua sepulcral dirigias palabras dictadas por las pasiones de la vida: ¿qué has hecho tú al sacarme de allí mas que arrebatar una vírgen al Señor? no, tú no respetas la religion; tú no la conoces; tú eres un réprobo: yo he dejado tambien de temer á Dios; pero es porque tú, como las plantas ponzoñosas, tienes el poder de envenenar la mano que las toca, y se inficiona con su jugo: yo te he amado desde que te ví; he amado por la primera vez de mi vida: yo no sabia que te amaba hasta que he visto los brazos de esa mujer rodeados á tu cuello: al amarte, he comprendido que no habia amado; que habia equivocado la vanidad con el amor: he comprendido que estaba maldita como tú, porque tengo la seguridad, don Juan, á pesar de tu juramento,

de que no estás inocente de la sangre de mi padre; y no he dejado de amarte: te amaria aunque fueses Satanás; y no sé, no sé aun si esto es amor; pero me abraso en tu mirada, me embriago en tu hermosura: mi alma es tuya: ¿qué importa? adonde tú vayas iré contigo: ¿qué mas devorador puede ser el fuego que te devora por mí que el que yo siento por tí?

—¡Estrella, Estrella, harás que me vuelva loco!

—¡Ah! yo te enamoro: tus ojos se fijan en mi garganta, en mi boca; te envuelven mis ojos en una mirada de fuego; me amas como no has amado á ninguna, y me amarás siempre, porque siempre tendrás una sed rabiosa de mí: ¡ah! la esposa vírgen y pura será pára tí un tormento insoportable; el tormento de la vanidad y del deseo juntos: habrás encontrado una roca, y es que te amo, don Juan, como ninguna mujer te ha amado; es que á cada momento que pasa, mi amor crece; es que no quiero verme un dia despreciada; es que no quiero que dejemos de ser felices, porque esta inquietud, esta sed devoradora, esta agonía infinita, son una felicidad: tú por mí, yo por tí, suframos, pero vivamos.

—Vivamos, pues,—dijo don Juan;—y en esta lucha que hemos entablado, veamos quién es el vencedor.

—¡Yo! y estoy alegre; soy feliz: nada me importa lo que hayas sido, lo que seas; que hayas tenido parte ó no en la muerte de mi padre: para mí nada existe mas que tú; y aunque estoy maldita como tú, lanzo tambien como tú al cielo mi carcajada impía, y como tú le reto.

—¡Oh! Estrella: unidos de la mano iremos á donde la fatalidad nos guie.

—Sí: mañana á la corte: quiero que me vean á tu lado, cubierta de galas, de joyas riquísimas; quiero que humilles al emperador, bien mio; quiero ser la resplandeciente marquesa de

Marana, la hermosa, la jóven marquesa de Marana, delante de todo el mundo; quiero provocar venganzas; quiero ser, como tú, terrible; quiero aventajarte: ¡oh! y ya tengo sobre mí una venganza: esa mujer, Magdalena, tu hermana: ¡oh! ¡y cómo estás maldito, don Juan; qué vida la tuya; qué sucesos los tuyos! ¡Oh, Dios mio, cuán feliz soy!

—¡Ah! tú fuiste la primera mujer en quien yo pensé cuando salí del convento, á donde me habia arrojado un sueño espantoso: te ví en mi pensamiento hermosa, pura, casta, guardada para mí; y mi corazon ardió como no habia ardido desde el dia en que ví envenenada, muerta á mis piés á Inés de Ulloa: tú eres la continuacion de Inés: tú quizá bajarás como ella á la tumba sin que te haya poseido don Juan: te encontré detrás de su tumba, Estrella, y tú eres Ines, que ha renacido; Inés, que se ha apoderado de mi corazon y de mi cabeza, pero mas hermosa, mas ardiente, mas enamorada.

—¡Oh, don Juan, déjame sola con tu recuerdo; no puedo mas; mi cabeza vacila, mis ojos se cierran; voy á descansar en tu lecho; mañana á la corte, á la vida, al mundo, al amor! Adios; buenas noches.

—Adios, —dijo don Juan.

Y salió dominado por Estrella.

Don Juan sintió que la jóven cerraba por dentro la puerta.

—Duerme soñando en tu amor, —dijo; —duerme, tú, que has mezclado tu alma al alma de don Juan; yo voy á velar tu sueño.

Y se sentó en un sillon en la antecámara, y se arregló en él como para pasar la noche.

III.

Andrés Ceballos, entre tanto, procuraba hacer volver en sí á Magdalena.

Su semblante aparecia terrible.

—¡Y yo que la amo como si fuera mi hija,—exclamó;—yo que conozco todos sus dolores; yo que la he guardado, que la he espiado, que la he apartado de don Juan, que he servido á don Juan solo por ella, que creia que don Juan la amaba, y la veo ahora herida de muerte por la traicion de don Juan! ¡Ah! yo me consagro á ella, y si ella desea venganza, la vengaré.

Magdalena empezó á volver en sí.

Al fin abrió los ojos y miró á Andrés Ceballos.

—¿Es cierto lo que he visto, ó lo que he creido ver, ó lo que he soñado?—dijo á Andrés.—¿Es cierto que se ha casado don Juan?

—Sí, cierto, muy cierto, señora,—dijo Andrés Ceballos.

—¿Con doña Estrella Fernan-Perez?

—Sí.

—¿Y están aquí los dos?

—Sí señora.

—Tú estás al servicio de don Juan, Andrés: ¿quieres pasar á mi servicio?

—Sí señora.

—Pues salgamos al momento de aquí: ¿dónde está la silla de manos en que he venido?

—En la puerta principal de la quinta.

—Pues salgamos al momento: ni un momento mas en esta casa: sí.

Y Magdalena se levantó del sillon en que se encontraba, y salió rápidamente.

Andrés Ceballos la siguió.

Poco despues, la silla de manòs en que era conducida Magdalena, acompañada por Andrés Ceballos y por cuatro escuderos, se dirigia á Sevilla.

CAPITULO XXIII.

De cómo don Juan encontró demasiado servicial á la costurera de la Emperatriz.

I.

Don Juan pasó muy mala noche, dominado por un sueño que era un delirio.

En él se habian revuelto como sombras informes, todos los sucesos de su vida; todas las mujeres que habia amado ó creido amar, que venian á refundirse en una sola: en Estrella; pero en derredor de Estrella se agitaban amenazadoras Magdalena, Isabel, Leonor, Gabriela.

Don Juan despertó al amanecer, dolorido, pálido, calenturiento.

Llamó á Gabilan.

—Á caballo, Gabilan—le dijo.

Gabilan, que habia pasado muy mala noche, bostezó, bajó la cabeza y se fué detras de su amo, que bajó al postigo y salió fuera.

Los caballos estaban todavía atados á una reja del piso bajo: Los pobres, habian pasado tambien muy mala noche sin pienso y sin abrigo.

—Pues no es mas que una brava imprudencia—dijo Gabilan, que estaba de muy mal humor, por decir algo—dejar espuestos á cojer un pasmo que los mate, á dos bichos como el Volador y el Diamante; y que ya van siendo viejezuelos, señor.

—Monta, monta, y á Sevilla: no tengo gana de conversacion.

Gabilan tuvo el estribo á su amo, que montó; montó á su vez y partieron, don Juan delante y el lacayo detrás.

Se entraron en Sevilla por la puerta del Arenal y don Juan fué á parar á su casa.

Subió y dijo á su buen mayordomo José, que le esperaba sin acostarse.

—Que enganchen al momento un coche.

—Muy bien, señor; pero podia haber avisado vuecencia de que no le esperase, para que no estuviésemos con cuidado.

—Báh; ¿quién te manda pasar cuidado por mí, viejo incorregible? anda, anda, que pongan el coche, y traeme el cofrecillo de hierro donde están las joyas de mi madre.

—¿Y para qué son esas joyas señor?

—Es verdad, José:—dijo Gabilan—vos no sabeis que su escelencia se ha casado esta noche.

—¡Cómo!

—Ve, ve á lo que te he mandado, José, y no te detengas mas.

José salió persignándose.

—¿Tú conocerás costureras en Sevilla, Gabilan?

—¡Vaya si conozco! en la calle de la Sierpe hay una francesa famosa que viste á todas las damas de Sevilla, y que ha hecho algunos vestidos á la Emperatriz.

—¡Ah! pues entonces, debe tener allí algunos vestidos de los que no haya entregado todavia.

—¡Oh! indudablemente, señor,—dijo Gabilan.

—Ve y traeme cien doblones de á ocho: á mas, pon en una maleta un traje completo de corte; aquel de color de granate con cuchilladas color de rosa y calzas blancas, una gorra con joyé y un capotillo de terciopelo negro con forro de arminios: debo tener un equipaje completo.

—Y magnífico, señor; se ha cuidado mucho de la ropa por que se esperaba que volviérais.

—Traéme además aquella espada de empuñadura de hierro incrustrada de oro y cincelada por Benvenuto, con su puñal compañero.

—Muy bien, señor.

Gabilan salió.

II.

—Pagando bien,—se quedó pensando Tenorio,—Estrella tendrá un gran traje de córte para las doce del dia, y se presentará hermosísima: las joyas de mi madre son tan buenas como las que puede usar la Emperatriz: ¡ah! pero lo que yo no se es la cara que pondrá el emperador, el gesto que hará la emperatiz, cuando el marqués de Marana se presente con su marquesa, y vean que esta marquesa es, Estrella Fernan-Perez. ¡Ah! no pueden hacer nada; desterrarme.—Y bien: yo vivo mal en la corte; la superio-

ridad me irrita; yo no he nacido vasallo: amo al emperador, porque el emperador es como yo, con la sola diferencia de que le sobra la corona para ser completamente lo que yo soy. Pero aquí tenemos á Gabilan, y por este otro lado á José.

En efecto, por distintas puertas entraron en la cámara José y Gabilan, llevando ambos debajo del brazo, el uno una maleta, el otro un cofre de hierro cincelado.

—¿Está el coche enganchado ya, José?

—Si señor,—contestó el mayordomo;—y aquí están las alhajas de la madre de vuecencia: dentro está el inventario: ¿quiere vuecencia ver si falta alguna?

—Da, da ese cofre á Anton,—dijo don Juan,—y vete.

Anton tomó el cofre debajo del otro brazo.

—¿Y la espada y el puñal?

—Los traigo yo ceñidos, señor.

—Audacias tienes que merecian una vuelta de cintarazos: deja, deja sobre una mesa la maleta y el cofre, quítame este cinturon y pónme ese.

Con el cinturon que se quitó Gabilan, que era de riquísimo brocado, iban adjuntos una espada y un puñal cuyas empuñaduras eran maravillosamente artísticas.

—Coje tu espada y la daga; carga con esa maleta y ese cofre y vámonos.

Bajaron y encontraron á la puerta de la casa un coche, al que estaban enganchadas seis mulas.

Gabilan puso la maleta y el cofre dentro de el coche y don Juan entró en él.

—Di al cochero las señas de esa costurera.

Gabilan cerró la portezuela, y dijo al cochero subiendo al pescante:

—Guia á la calle de la Sierpe casa de madame Honorina, ya sabes, mas allá de la hosteria de la Cruz de Malta; la casa de madama Honorina tiene encima de la puerta las armas reales y un rótulo que dice: «Costurera de su majestad la emperatriz.»

El cochero puso en marcha el carruaje, volvió y revolvió por las calles de Sevilla y se detuvo al fin delante de la casa indicada por Gabilan.

Era muy de mañana; como que aun no habia salido el sol, y la casa de madama Honorina, estaba herméticamente cerrada.

Gabilan saltó del pescante y llamó á la puerta á grandes golpes, como llama un lacayo de gran señor, sin respeto ni miramiento alguno.

Abrióse al fin una ventana en un piso alto, y una mujer jóven y bien parecida, una especie de criada, preguntó qué querian tan de mañana.

—Mi amo, que es un gran señor, como que se llama don Juan Tenorio, necesita al momento ver á tu ama, amiga mia.

—¡Ah! ¿es don Juan Tenorio el que llama?—dijo con marcado acento la criada;—voy, voy á despertar al momento á mi señora.

Pero aquel momento duró tres cuartos de hora largos.

Se abrió por fin la puerta cuando impacientado ya don Juan lo daba todo á los diablos, y apareció, no ya la criada, sino una mujer hermosa y fresca, como de veinticuatro á veintiseis años, vestida con suma sencillez y elegancia.

Anton se apresuró á abrir la portezuela, y don Juan Tenorio salió del carruaje.

—Cuida de lo que queda en el coche, Anton,—dijo don Juan.

Y entró.

III.

—¿Sois don Juan Tenorio?—dijo la jóven cerrando la puerta.

—Sí, —contestó don Juan, —¿y vos, sois madama Honorina, costurera de la emperatriz?

—Tengo ese honor, señor don Juan Tenorio: permitidme que suba delante para enseñaros el camino.

Y la jóven subió rápidamente, dejando ver á don Juan su pequeño pié y parte de su pierna.

—Ellas las lucen siempre que pueden, —dijo don Juan.

—¿Eh? ¿qué decís, caballero?—dijo Honorina, ya en lo alto de las escaleras.

—Digo, que yendo tras vós se pueden estar subiendo escaleras todo el dia.

—¡Ah! pero vos sin duda no habreis venido solamente á decirme eso.

—No; porque nunca pude suponer que bajáseis á recibirme á la puerta.

—No merece menos, un caballero tan famoso como vos: pasad, señor don Juan, pasad á mi habitacion.

—¿No habrá nadie que se ofenda? dijo don Juan entrando á una habitacion bastante linda.

—¡Ah! yo soy libre como el aire, don Juan, porque yo no vendo mas que telas y trajes.

—Sin vender nada podiais tener amó.

—No los quiero, don Juan; se vive así mejor: pero veamos; ¿en qué puedo complaceros?

—¿Sabeis que no esperaba yo que la costurera de la emperatriz fuese tan bella, tan viva y tan graciosa?



—Y ¿sabeis, don Juan, que no habia yo creido que fueseis lo que sois?

—¿He perdido, al veros, de lo que os habíais figurado?

—No, pardiez, habeis ganado mucho; pero os vuelvo á preguntar que en qué puedo tener el placer de serviros.

—Al medio dia tengo que presentarme en audiencia pública al emperador,

—Señor don Juan, y bien; ¿qué tengo yo que ver con eso?

—Si yo me presentara solo, nada; pero es el caso que tengo que presentarme acompañado de mi esposa, y he aquí por qué necesito de vos.

—¡Cómo! ¿sois casado, don Juan? perdonad mi impertinencia; pero todo el mundo os cree soltero.

—Pues no; estoy casado de hace muy poco tiempo, es verdad; pero casado al fin: ya veis, es necesario que mi esposa la marquesa de Marana, se presente de una manera digna en la córte: esto ha sido cosa de anoche, ya tarde, á hoy; y por lo mismo es necesario que realiceis un milagro.

—Señor don Juan Tenorio; voy á comprometerme por vos; pero no importa, me comprometo con gusto.

—Yo os pagaré....

—No hablemos de precio: vos me pagareis lo que vale estrictamente el traje que voy á procuraros; un magnífico traje brocado de oro en negro: es verdad que necesita este traje ricas alhajas; pero supongo...

—Habeis supuesto bien.

—Encages de Flándes...

—Eso creo que tendreis que ponerlo vos.

—Bien, muy bien; se pondrá.

—En una palabra, amiga mia; quiero que lleveis un traje

completo, hasta con las ropas interiores, como si se tratase de una mujer completamente desnuda.

—Perfectamente; lo tendreis todo; todo, menos zapatos y guantes; puesto que decís que se trata de vestir á una señora desnuda.

—Mostrad vuestro pié.

—¡Ah! ¿es necesario eso?

—De todo punto, hija mia.

—Pues bien: mirad,—dijo Honorina.

Y mostró á don Juan un precioso pié y media pierna.

—No os he pedido yo que me mostreis tanto.

—¿Es así el pié de la señora marquesa?

—Creo que sí.

—¿Y su mano?

—Dadme vuestra mano.

Honorina puso francamente una de sus manos en otra de don Juan.

—Me parece que teneis la mano tan bonita como la de mi mujer,—dijo don Juan.

Y besó la mano de Honorina.

—Pero señor don Juan, que me igualais demasiado con vuestra mujer.

—Vuestro calzado y vuestros guantes deben venirla bien,—dijo don Juan, desviándose del giro del diálogo con harta pena de la costurera, y añadió: supongo que vos tendreis algunos zapatos nuevos y algunos guantes sin estrenar.

—Guantes, sí, como que los vendo; franceses riquísimos, de ámbar; y en cuanto á zapatos, tengo aquí unos de la emperatriz que se me enviaron para que los bordase, y se concluyeron ayer.

—¡Coincidencia mas singular!—exclamó riendo don Juan.

—Y es el caso,—dijo Honorina,—que el traje que va á pertenecer á la señora marquesa, vuestra esposa, es un traje mandado hacer por la emperatriz.

—Magnífico; haced un canastillo con todo eso, señora.

—Al vuelo, señor don Juan; tened la bondad de venir conmigo á la habitacion donde trabajan las oficialas; no hay nadie, don Juan; tardarán dos horas en venir; pero allí están los armarios.

Y don Juan pasó con Honorina á una habitacion inmediata.

Abrió la jóven un armario y sacó de él un magnífico traje concluido de raso negro con grandes flores y ramos de oro tegidos en él.

Aquel traje estaba acuchillado en las mangas, dejando ver en las cuchilladas finísima tela de plata.

—¿Os parece bien, don Juan?—dijo con orgullo la costurera.

—¡Oh! es un traje digno de la esposa de Cárlos V.

—Pues mirad la falda interior,—dijo Honorina dejando el traje sobre una silla, y sacando del armario una magnífica falda de raso blanco, brocado de plata, que puso sobre el traje.

Cerró aquel armario, abrió otro y sacó una caja de carton que abrió y presentó á don Juan.

—Encage de Flándes como este,—dijo,—habreis visto poco; aquí hay una pieza; las mangas y la golilla las haré yo en un momento.

—Otra impertinencia, señora; necesito que vengais vos á mi quinta, mas allá de Triana, donde está la marquesa.

—Por supuesto, don Juan: ¿pues quién sino yo habia de probar y acomodar este traje á vuestra esposa y hacer una reforma que por acaso se necesite?

—Pero vos no me negais nada, Honorina.

—Pues qué, ¿se os puede negar algo, señor don Juan? voy, voy á buscar la ropa blanca; el guarda-infante, medias de seda francesas, guantes; vuelvo, vuelvo al momento.

Y Honorina salió saltando.

—Y es linda y viva como un diablo esta muchacha;—dijo don Juan.—Francesa al fin.

IV.

Honorina volvió cargada con mas bulto que peso.

—Ahora faltan los zapatos,—dijo, dejando todo aquello en un camapé:—¿dónde he puesto yo estos zapatos, señor? ¡Ah! ya, sí; esperad un momento don Juan.

Y salió y volvió á poco con unos pequeños zapatos de raso blanco bordados de plata, y con altos tacones de color de rosa.

—¡Julieta!—dijo Honorina.

Apareció la criada.

—Trae una canasta grande y acomoda en ella todas esas prendas: Vos, caballero, permitidme: voy á prepararme en un momento para acompañaros.

Y salió.

Julieta fué poniendo lentamente las prendas en una especie de grande escusa-barajas, mirando entre tanto á la desecha, á don Juan que se paseaba á lo largo de la habitacion.

Apenas habia cerrado el escusa-barajas Julieta, volvió Honorina vestida con un sencillo traje de raso negro, y cubierta con un manto de terciopelo del mismo color.

—¿Dónde colocaremos esto, don Juan?—dijo señalando el escusa-barajas.

—Que lo baje vuestra criada, y uno de mis lacayos se encargará de ello.



Julieta cargó con el escusa-barajas.

—Cuando gusteis, don Juan; os sigo:—dijo Honorina. ¡Ah! me olvidaba; necesito llevarme una bolsa de costura.

Y abrió un armario y la tomó.

—Necesito además otra cosa,—dijo don Juan.

—¿Y qué cosa?

—Una peinadora.

—Pues yo; yo sé tambien peinar.

—Vamos, no sé con qué pagaros, Honorina; y además aun, peines, esencias.

—Pero don Juan, ¿no tiene nada de eso la marquesa?

—Callad,—dijo don Juan, poniéndose un dedo en la boca;—es un misterio.

—Ya; una aventura; alguna niña robada; y como en casa de un soltero no hay nada de lo que se necesitá para una mujer...

—Se trata, verdaderamente, de mi esposa, Honorina.

—Pues me admiro, y me callo. Esperadme un momento; voy á meter en una bolsa todo lo que hace falta.

Volvió á salir y tornó al poco tiempo.

—Creo que ya no se os ocurrirá nada mas.

—Sí: daros un abrazo,—dijo don Juan yéndose á ella con los brazos abiertos.

Honorina escapó hácia las escaleras, y dijo riendo:

—¡Ah! eso no; algo habia de negaros.

—Ved que me provocais,—dijo don Juan.

—¡Ah! sois pájaro de vuelo; pasad de largo y dejadme en en paz,—dijo Honorina bajando por las escaleras.

Al ver el coche delante de la puerta, se detuvo, y dijo sériamente:

—¡Ah! ¿vamos á ir juntos en el coche?

—No habeis de ir en la delantera, ni en la zaga; venid.

Y don Juan la asió de la mano, y la arrastró hácia el coche.

Gabilan abrió la portezuela sombrero en mano.

—Entrad,—dijo don Juan sonriendo.

Honorina vaciló, pero al fin puso el pié en el estribo y entró.

—¡A la quinta!—dijo á Gabilan.

Gabilan cerró y saltó al pescante.

El escusa-barajas habia sido acomodado en la delantera.

—¡Ah!—dijo Honorina asomándose á la portezuela y dirigiendo la palabra á su criada Julieta:—acércate.

Julieta se acercó.

—Cuando vengan las oficialas, que se vayan; me he ido de campo; si vienen de palacio por un traje, dí que se ha quemado un paño y que hay que hacerle de nuevo y con nueva tela; que esto ha sucedido por acabarle mas pronto, por velar; y mucho cuidado, Julieta; hasta luego.

El coche emprendió la marcha.

—Vaya si decia bien mi señora cuando hablando de don Juan Tenorio, nos decia que la habia de suceder con él alguna aventura;—dijo Julieta,—ya ha sucedido; cuando se entere el capitan Tormenta, va á haber una de las buenas. Allá ellos. ¡Qué suerte tiene! ¡cuidado si es buen mozo don Juan!

CAPITULO XXIV.

De cómo se representó en el alcázar de Sevilla una alta comedia, de que no pudieron apercibirse mas que sus personajes.

I.

Á las doce del dia habia un gran movimiento en la plaza de Armas, el pátio de las Muñecas y en la antecámara de Embajadores del alcázar de Sevilla.

En la plaza de Armas estaba formada la guardia española con su bandera; en el patio de las Muñecas la guardia tudesca, con su bandera tambien; en la puerta de la antecámara multitud de lacayos de la casa real, vestidos de gala; en la antecámara la alta servidumbre, de ambos sexos, y algunos dignatarios.

El emperador vestia como en los dias de grande ceremonia, y la emperatriz estaba vivamente enojada porque su costurera le habia quemado un paño de un magnífico traje de corte que pensaba estrenar aquel dia.

Pero no habia remedio, y la emperatriz hubo de resignarse á otro de sus magníficos trajes ya estrenados.

Ni aun unos preciosos zapatos blancos bordados de oro que habia mandado bordase su costurera, habia podido obtenerlos. Su costurera se habia ido del campo, y los zapatos no parecian.

Su majestad estaba, pues, de muy mal humor.

II.

En el salon de embajadores guardaban el trono los reyes de armas del imperio, dos á cada lado con las magníficas dalmáticas con las armas imperiales bordadas, y las enormes mazas de oro al hombro.

Aquellos pobres diablos estaban de planton hacia una hora, é inmóviles como estátuas.

El gran chambelan estaba de pié en la puerta de la cámara.

La capilla del alcázar estaba cubierta de ricos tapices de Flandes y paños de oro, lo que demostraba que iba á tener lugar en ella una gran ceremonia.

III.

En efecto, el emperador iba á conferir el título de marqués de Marana con grandeza de España, y hacer caballero de la órden teutónica del Toison de Oro, á don Juan Tenorio.

IV.

Dieron las doce en la Giralda.

Entonces apareció en gradas, y avanzó rápidamente hácia el alcázar, una nube de lacayos á caballo magníficamente vestidos, con librea roja y negra: tras ellos una carroza dorada tirada por cuatro caballos negros con penachos negros y rojos, y un pala-

frenero, sobre cada uno de los dos de la izquierda; y tras la carroza otra nube de criados á caballo.

Todo aquello entró rápidamente en la plaza de Armas, y se detuvo delante del vestíbulo interior del alcázar.

Desmontaron los lacayos y abrieron la portezuela de la carroza.

De ella bajó don Juan, deslumbrantemente vestido, y dió, para que bajase, la mano á Estrella, que temblaba.

No sabia por dónde iba á salir la audacia de su esposo.

Don Juan, seguido de algunos escuderos, atravesó, llevando de la mano á Estrella, el vestíbulo del alcázar, el patio de las Muñecas, la galería anterior á la antecámara, y entró en ella en medio del asombro de los cortesanos que le veian llegar llevando de la mano á Estrella.

Los escuderos se quedaron en la galería.

Don Juan saludó ceremoniosamente á derecha é izquierda, y dijo al gran chambelan.

—Hénos aquí á mi esposa y á mí, esperando á que su majestad se digne recibirnos.

—¡Vuestra esposa! ¡Vuestra esposa doña Estrella!—exclamó el gran chambelan.

—Ya lo veis, caballero,—dijo don Juan.

Aquello causó una gran sensacion.

Todos habian echado de menos entre la servidumbre á la hija del capitan Fernan-Perez, y por mas que habian procurado averiguar su paradero, no lo habian conseguido.

De repente, Estrella era presentada de la mano como su esposa, por don Juan Tenorio, y esto habia sido lo que podia llamarse, en toda la estension de la palabra, un tremendo golpe de efecto.

V.

Uno de los cortesanos que estaba en la antecámara se escurrió; tomó por una puertecita y se trasladó á las habitaciones del emperador, que acababa de ser vestido.

Este hombre era Pedro de Salcedo, primer ayuda de cámara y confidente del emperador.

—¿Qué ocurre, Salcedo?—dijo don Cárlos notando algo de estraño en el aspecto de su ayuda de cámara.

—Señor,—dijo Salcedo,—¿puedo hablar un momento á solas á vuestra majestad?

El emperador hizo seña á los otros ayudas de cámara para que se retirasen.

—Lo que ocurre, señor,—dijo Salcedo,—es una cosa inaudita; una audacia de la cual no creo haya ejemplo.

—Acaba, Salcedo, acaba,—dijo impaciente el emperador.

—Don Juan Tenorio se ha casado y se ha venido al alcázar con su esposa.

—¿Será capaz,—dijo, como hablando consigo mismo el emperador,—de haberse casado con ella? con Magdalena; pues allá se las componga con Dios y con su conciencia.

—Es, señor, que con quien se ha casado don Juan Tenorio, es con doña Estrella Fernan-Perez.

—¿Qué dices? ¡Imposible!

—Doña Estrella vestida con un lujo y una riqueza que deslumbran, está en la antecámara con don Juan Tenorio.

—¡Ira de Dios!—exclamó el emperador;—ese hombre no teme ni á Dios ni á mí.

—Que no teme á Dios, lo prueba el que anoche se la llevó del

convento, y que no teme á vuestra majestad, el venirse casado con ella á palacio.

—Pues mira, Salcedo, vé y dí al capitan de guardias tudescas que le prenda y le encièrre, y que doña Estrella se vuelva sola á su casa.

Salcedo echó á andar.

En aquel momento el emperador se acordó de su hija Rosaura.

—Espera, espera, Salcedo,—dijo,—quiero contestar con la indiferencia á su audacia.

—Y ¿le otorgará todavía vuestra majestad el título, la grandeza y el Toison de Oro, y á mas la capitanía general de la guardia española?

—Se los he dado ya: lo que haré no será dárselos, sino conferírselos solemnemente: véte y calla.

Salcedo salió.

El emperador se quedó de muy mal humor.

VI.

—¡Vive Dios!—dijo;—ese loco está dejado de la mano de Dios: me quita una mujer que me enamoraba, que me enamora; por eso me decia anoche el maldito: ¿renuncia vuestra majestad de veras á doña Estrella? Y se vá, y me la saca del convento antes de que puedan llegar los mios. Vamos, es necesario confesar que don Juan es el demonio, y que no hay medio de enojarse con él: me trata, sin decírselo á nadie y en secreto, como si yo fuera su camarada: vamos de tantos á tantos. Pues no, don Juan, yo tambien me pico, y he de hacer todo lo que pueda hacer; es decir, que don Juan no pueda gozarse con mi disgusto: ¡ah! no,

eso no; y á la verdad me escuece, me irrita, me indigna, y luego Estrella me enamora. Vamos, es menester que nos mostremos como quien somos: casándose con esa mujer me vence; pero él ha sido derrotado: ¡ah, casado don Juan Tenorio! ¿Quién lo hubiera dicho? Pero es verdad, no me acordaba; mató á su padre y le ofreció por su honor amparar á su hija huérfana: Estrella estaba sola en el mundo; la manera de ampararla no ha podido ser mas noble ni mas generosa; hay valentía y grandeza en lo que ha hecho don Juan, y no debo enojarme con él, no: ahora con mas confianza que nunca le entrego mi hija y mi secreto: doña Leonor, que le perseguia, no puede perseguirle porque ya es dama de la emperatriz; es necesario que doña Leonor nada sepa de esto, y hacer que la emperatriz no tome una medida violenta. ¡Pero bah! doña Isabel se alegrará cuando sepa que doña Estrella está casada con don Juan Tenorio, y que se vá con él á los Países-Bajos: preparémosla sin embargo.

VII.

El emperador se trasladó á las habitaciones de la emperatriz, á quien acababan de vestir sus camaristas.

—Salid,—dijo el emperador á la servidumbre.

Un momento despues estaban solos los dos cónyuges imperiales.

—Me parece, Isabel, que estais de mal humor,—dijo el emperador.

—Una pequeñez que, sin embargo, me disgusta; mi costurera me ha quemado un traje de brocado negro y oro que era hermosísimo; pero no importa, vos en cambio estais muy contento, señor.



En efecto, el emperador parecia el hombre mas contento del mundo.

—Ya sabeis,—dijo,—que estimo mucho á don Juan Tenorio: me he criado con él: tenemos la misma edad, nacimos el mismo dia, y creo que á una misma hora; y es tan bravo, ha alcanzado tal renombre...

—De libertino, de duelista, de hombre desenfrenado,—dijo la emperatriz.

—¿Y qué hidalgo nuestro no lo es? Sin hombres como don Juan, ¿cómo tendriamos el imperio de Méjico? ¿Cómo triunfarian nuestras armas en todas partes? Los hidalgos españoles son estremados, Isabel: llevan el valor, las aventuras y los galanteos allá lejos, muy lejos, mas lejos de lo que debieran llevarlos; pero en cambio España es temida y respetada en todas partes. Viniendo á nuestro asunto, en tales circunstancias veo yo á don Juan que me alegro de que se haya casado, porque como es hombre de honor, su mujer le obligará, le traerá al buen camino: don Juan será desde hoy otro hombre; por eso me alegro de su casamiento, á pesar de que lo ha llevado á cabo sin mi licencia: debe haber tenido para ello poderosas razones.

—Sí; la de que vos, señor, sabiendo lo que sabeis, le hubiérais negado la licencia de casarse con doña Magdalena.

—No, si no es con doña Magdalena con quien se ha casado.

—¿Pues con quién?

—Con una de vuestras meninas.

—¿Con una menina mia?

—Sí: con una menina que desapareció, y que nadie supo á dónde habia ido.

—¡Con doña Estrella Fernan-Perez!—exclamó la emperatriz

asombrada.—¿Pero de dónde ha sacado don Juan á doña Estrella?

—Lo ignoro; pero de todo es capaz don Juan; hasta de haberla sacado del infierno, si en el infierno se hubiera encontrado: ¿teniais vos por acaso, Isabel, noticia del lugar en que se encontraba doña Estrella?

—No, no señor,—dijo la emperatriz, que no queria decir que la habia encerrado por celos en un convento.

—Pues bien,—dijo el emperador;—aunque por ser nuestro gentil-hombre debia habernos pedido licencia para casarse, le perdonaremos el no habérnosla pedido en gracia á que ya está hecho, y nos le quitaremos de encima: le enviaremos á él y á su esposa á los Paises-Bajos; y antes de ir nosotros por allá, le mandaremos á Italia: no quiero tener á mi lado vasallo tan audaz.

—Alegrémonos, señor, de que se haya casado,—dijo la emperatriz.

—Lo mismo digo yo; alegrémonos; y puesto que nos están esperando, despachemos esas ceremonias.

Y el emperador asió de la mano á la emperatriz y salieron de la cámara.

VIII.

Un cuarto de hora despues, anunciado por el gran chambelan, entraba en la cámara del trono don Juan, llevando de la mano, y á su izquierda, á Estrella, que no se atrevia á levantar los ojos de la alfombra.

El emperador y la emperatriz estaban sentados en el trono.

La córte llenaba la cámara en la forma de los dias de gran de ceremonia.

El príncipe don Felipe, sério ya y grave, á pesar de sus po-

cos años, de pié, una grada mas abajo que sus padres, y una grada mas abajo la infanta doña Catalina.

Don Juan y Estrella llegaron cerca del trono y se arrodillaron. La emperatriz, al ver el traje que llevaba Estrella, lanzó una ligera exclamacion, se puso pálida de cólera, y tuvo que hacer un grande esfuerzo para reponerse.

—Señor, señora,—dijo don Juan Tenorio;—vengo á los reales piés de vuestras majestades con mi esposa, primero á rendirles nuestro respetuoso homenaje, y despues á suplicarles nos perdonen el haber contraido sin su licencia, por poderosas razones, un enlace necesario: ahora damos gracias á vuestras majestades por todas las honras que me concede la bondad del invicto emperador, mi dueño, y nos repetimos de nuevo humildes y reverentes vasallos de vuestras majestades.

—Don Juan Tenorio, mi gentil-hombre de cámara, mi vasallo querido,—dijo el emperador,—creemos bien que muy poderosas han debido de ser las razones que habeis tenido para casaros sin solicitar antes, como debíais, nuestra real licencia; pero reconociendo que para ello razon suficiente habreis tenido, os indultamos de la falta de licencia, y la tenemos como por dada y otorgada á su debido tiempo. Os damos el parabien por vuestro enlace, y os deseamos toda la felicidad que mereceis. Ahora bien: por nuestra real voluntad os hemos creado marqués de Marana, con grandeza de España, con todos los privilegios, exenciones y prerogativas que á la dignidad que os damos corresponden; os hemos nombrado capitan general de nuestra guardia española; os mantenemos en el oficio de gentil-hombre de nuestra cámara y persona, y os conferimos la órden del Toison de Oro, por la vacante causada por muerte del Elector de Sajonia. Alzad, y como grande de España, cubríos ante nos.

Don Juan se cubrió; permaneció un momento cubierto, y volvió á descubrirse.

Estrella, encendida, sobreescitada, enorgullecida, no podia contenerse, y de tiempo en tiempo y rápidamente miraba enamorada á don Juan.

Cuando esto sucedia, la emperatriz miraba al emperador.

Pero el emperador, fuese la que fuese la tormenta que le pasase por dentro, estaba perfectamente tranquilo.

Al notar esto, el rostro de la emperatriz se iluminaba de alegría, porque sus celos se borraban.

IX.

El gran chambelan, de órden del emperador, leyó las reales órdenes en que se concedian á don Juan aquellos títulos, aquellos honores, aquellas preeminencias.

Despues la corte pasó á la capilla, y el emperador confirió solemnemente la órden del Toison de Oro, como jefe de ella, á don Juan.

Despues adelantó á la puerta de la capilla la bandera de la guardia española, rodeada de sus oficiales, ó de sus cabos, como entonces se decia, y de una escolta de alabarderos de la misma, y el emperador le dió á reconocer como capitan general de ella.

Cuando don Juan Tenorio se volvió á su casa de Sevilla con doña Estrella, le acompañaban ya alabarderos de la guardia española, y al entrar en su casa encontró establecida ya una guardia de arcabuceros de la misma.

Poco despues don Juan salió á recibir la bandera que con una escolta traia el alférez á depositarla en su casa.

Don Juan recibió aquel noble depósito y le guardó por sí mismo en su caja de terciopelo.

X.

Doña Estrella y don Juan quedaron solos.

—Somos ya esposos ante Dios y ante los hombres, —dijo Estrella orrojándose á los piés de don Juan, —y os doy gracias porque habeis amparado á una pobre huérfana: yo procuraré haceros feliz.

—Mi felicidad, —dijo don Juan levantándola, —es poseerte: vive Dios que estás cien veces mas hermosa que la emperatriz, vida mia.

—Nuestra felicidad, don Juan, consiste en que yo no sea vuestra, y no lo seré sino por una violencia, de que creo incapaz á vuestro orgullo: guardemos, guardemos la felicidad que Dios nos ha dado, y no la malgastemos, don Juan.

No sabemos lo que don Juan hubiera respondido; porque en aquel momento Anton Gabilan entró á decirle que un caballerizo de la casa real habia venido á ordenarle, en nombre del emperador, que se presentase urgentemente á él.

Don Juan se trasladó al momento al alcázar.

CAPITULO XXV.

Dos gigantes.

I.

El emperador recibió á solas á don Juan.

Estaba sério, y se comprendia que dominaba su irritacion.

—Está visto, don Juan,—le dijo,—que no puedo teneros á mi lado: cuando yo deseaba teneros en mi corte, no os conocia: acabaríais por enredarme en cosas en que no quiero verme enredado, ó en ser con vos terriblemente severo, y no quiero serlo.

—Tampoco quisiera yo ser lo que soy,—dijo don Juan;—no está en mi mano ser otra cosa; sigo mi camino, porque no puedo volverme atrás, y natural es que remueva los obstáculos que á mi marcha se oponen.

—Me habeis traido un enjambre de mujeres, de ninguna de las cuales puedo prescindir, y que me fatigan, me molestan: ha sido necesario usar de una gran severidad con doña Magdalena: una hermana bastarda de la emperatriz es por vos tan desgracia-

da como puede serlo una mujer, y os he encontrado con ella insensible y frio: para esa desgraciada van á abrirse las puertas de un claustro, que será su tumba.

—Yo me valí de doña Gabriela como de un medio cuando no sabia que era una princesa; la culpa es del rey su padre que la abandonó, no mia: además, si yo la conocí, fué porque permanecí en Lisboa, y si permanecí en Lisboa, fué sirviendo á vuestra majestad, porque á la verdad, señor, la incorporacion de la corona de Portugal á la corona de España es uno de vuestros mas queridos sueños, y no os hubiera pesado que yo, valiéndome de mujeres, hubiera conquistado á Portugal y os le hubiera entregado. ¿Qué culpa tengo yo, pues, de que las mujeres de quienes me he servido se nos hayan venido encima? Por mi parte, sigo adelante, importándome muy poco de lo que suceda. No puedo aumentar ya la amargura de que tengo lleno el corazon, porque no cabe mas; y en cuanto á lo que haya de ser de mí, es cosa en que nunca he pensado, en que no pensaré jamás: la ola me arrastra, y yo no pregunto á la ola dónde me lleva: sea lo que el destino quiera.

—Sin embargo, don Juan, habeis hecho algo que pudiérais muy bien no haber hecho: algo que me irrita, no os lo quiero ocultar, y que me hace que sienta demasiado el peso de mis coronas que me contiene; porque si yo no fuera emperador de Alemania, rey de Lombardía, de Romanos, de España, y señor de Flandes, si yo pudiese dejar de ser por una hora César, yo os probaria que por lo menos, somos iguales: que yo tambien me dejaba arrastrar por la ola sin preguntar á la ola á donde me llevaba: yo probaria si vuestra espada era tan larga y tan fuerte como mi espada, y seria lo que Dios quisiera.

—Si vuestra majestad no fuese lo que es, no habria rey ante

el cual don Juan Tenorio doblase la rodilla; si á mí no me bastase con ser lo que soy, yo me ganaria una corona: si he aceptado el título, las preeminencias y los privilegios que hoy me habeis conferidos, por no disgustaros lo he hecho, y no renuncio á ello, tambien por no disgustaros: por lo demás, á mi me bastan mi grandeza propia, y el nombre ilustre que llevo, mas y mas ilustrado por mí; porque creo haberoslo dicho, señor, mi nombre vivirá y será tan conocido y tan respetado en las generaciones venideras, como el del mas renombrado soberano, y probablemente con el tiempo, nadie sabrá que yo he sido marqués de Marana, y qué se yo cuantas cosas mas por merced de mi rey: me llamarán don Juan, y no mas que don Juan; y este nombre recopilará lo grande, lo valiente, lo generoso, lo hidalgo, lo terrible; ¡ah, señor! no acuseis á don Juan; don Juan no es ni puede ser mas que lo que es.

—Sin embargo, don Juan; algunas de vuestras cosas trascienden un poco á traicion.

—¡Ah! ése golpe resbala en la coraza de mi honra; de seguro, señor, que no podeis convencerme de traicion: porque si os referís á lo de Portugal, no hay caso: yo no he hecho mas que procurarme los medios de combatir frente á frente, á la luz del sol con una bandera levantada: no pueden confundirse al ingenio y á la astucia con la traicion: y tan mal conspirador soy, que he estado á punto de perecer en Lisboa, y si no he perecido, lo debo á mi ingenio y á mi valor: Ved, pues, como no hay traicion en mi: en mí no cabe la traicion.

—Dejando lo de Portugal, habeis hecho algo, que si no se llama traicion, no sé cómo puede llamarse.

—Venga la acusacion, y veremos si puedo desvanecerla.

—Anoche sacaisteis de un convento á vuestra esposa: sabíais

que yo tenia contraido un empeño por ella: no debiera deciros esto, don Juan, porque no puedo tirar de la espada al decíroslo.

—¿Fué vuestra majestad quien me dijo que doña Estrella Fernan-Perez estaba en el convento de Santa Clara?

—No.

—Yo os lo dije; yo que sabia por la misma doña Estrella, que vos la habíais galanteado, y que por resultado del galanteo, la emperatiz, mi señora, la habia encerrado secretamente en el convento; pregunté á vuestra majestad si tenia interés por ella; os lo pregunté dos veces, y dos veces me dijisteis que doña Estrella era para vos una cosa concluida, que estaba bien en el convento, que el esposo que iba á tener, era el mejor esposo posible. ¡Cómo no habia yo de creer á vuestra majestad! y como yo sabia que doña Estrella no habia nacido para el claustro, como habia empeñado solemnemente á su padre muerto por mí (y don Juan acentuó fuertemente estas palabras) la promesa de protejerla, de ampararla; como no la amparábais vos, señor, y luego, como doña Estrella es la niña mas hermosa, mas entendida y mas ardiente y apasionada que he visto en toda mi vida, dije para mí: Don Juan, casado ó mozo, siempre serás tú el mismo: todo yugo se rompe al tocar á tu cerviz; tienes una obligacion de protejer á esta niña puesto que aunque provocado y obligado has dado muerte á su padre, y la has dejado huérfana, sola y desvalida: no puedes casarte con Magdalena ni con doña Leonor; doña Isabel está allá en Lisboa en un convento, y es una aventura aparte; doña Estrella además te ha provocado haciéndotese un imposible, y por todas estas razones, y sobre todo, porque tú aunque te cases no puedes ser casado, debes casarte, puesto que nada te importa, con está niña, y así, sin sacrificio alguno la habrás protegido, habrás cumplido tu palabra de la única manera que te era

posible. Me casé, y es el caso, señor, que doña Estrella y yo nos amamos como si hubiéramos nacido el uno para el otro, y como si no hubiera en el mundo mas mujer ni mas hombre que ella y yo.

II.

Pasó algo indefinible por la mirada del emperador.

—¿Estais seguro, don Juan,—dijo el emperador,—de que doña Estrella os ama de tal manera, que os encontrais esceptuado por hoy, por mañana, por pasado mañana, por siempre, de la suerte comun á la mayor parte de los maridos?

—¡Bah! segurísimo; y en prueba de ello, señor, soy capaz de dejárla sola en mi casa en Sevilla, y de irme perfectamente tranquilo.

—Lleváosla, lleváosla don Juan, y Dios os haga feliz con ella: ya hablaremos de esto dentro de algunos años, si Dios nos da vida.

—Por mi parte estoy seguro de poder hablar siempre de mi esposa con la frente alta: pero pasemos, pasemos de esto señor, porque en estos asuntos, hasta las suposiciones son injurias de la honra.

—Una palabra mas de queja y concluyo, don Juan; al presentaros vos en mi corte con vuestra esposa, ha habido algo de ofensiva jactancia contra mí.

—¡Cómo, señor! yo creia que vuestra majestad debia alegrarse mucho, y así ha parecido demostrarlo, en las benévolas palabras que me ha dirigido desde el trono y en el parabien que he tenido la honra de escuchar en los lábios de vuestra majestad.

—Don Juan: los reyes tenemos dos caras; una ante el mun-

do como reyes; otra á solas, cuando como hombres hablamos con nuestros amigos, si es que los reyes pueden tener amigos.

—Yo soy mas que amigo de vuestra majestad, y puesto que á solas estamos y de hombre á hombre, puedo decíroslo de una vez y para siempre: Cárlos de Austria, don Juan Tenorio, es tu hermano: ni reconoce en tí superioridad, ni se cree superior á tí: un destino igual nos impulsa; á tí como rey; á mi como hombre: allá vamos en busca de lo imposible, cada cual por su camino venciendo y asombrando: Cárlos de Austria, cualquiera que sea la ocasion en que nos encontremos, no podemos ser enemigos: cuando nos crucemos en nuestro camino, pasaremos la espada á la mano izquierda, enlazaremos nuestras manos derechas, nos daremos el ósculo de paz en la mejilla, y continuaremos nuestro camino, tú sobre tu carro de triunfo de César; yo, sobre el sangriento carro de mi destino.

III.

De una manera instintiva, magnética, involuntaria, se encontraron las manos del emperador y de don Juan, y se estrecharon fuertemente.

—Hemos pasado, —dijo don Juan soltando la mano del emperador: —volveis á ser el señor, y yo vuelvo á ser el vasallo.

—Aun no, aun no, don Juan; continuemos siendo hermanos algun tiempo mas; al oirte esa dulce palabra, he sentido un placer que no habia sentido nunca; me he olvidado de la herida que has hecho como hombre en mi amor propio, y he reconocido que me has dado una gran leccion; yo hubiera hecho de doña Estrella la diversion de un dia; tú la has levantado hasta tí, y doña Estrella lo merece; no la conoces bien; es muy posible que te convierta, hermano; es muy posible que te haga conocer una felici-

dad que no esperabas sobre la tierra; será para tí lo que para mí ha sido la emperatriz; ella ha aumentado con su grandeza mi grandeza; yo valgo mas desde que ella es mi esposa.

—Pero prendes al Papa, dictas condiciones al rey de Francia, mantienes la guerra en Italia, y amenazas al mundo con hacerle tu vasallo.

—¡Mi destino!—dijo con una régia altivez el emperador.

—Un relámpago de grandeza que pasa,—dijo don Juan;—porque tú como yo, Cárlos, no tienes hijos; tus hijos no serán hijos tuyos, porque no valdrán lo que tú; porque tu inmenso imperio se desmembrará en sus manos; porque morirá contigo el gran fulgor de la grandeza de las Españas.

—Dios quiera que no seas profeta,—dijo profundamente el emperador;—Dios me ha dado un hijo como él ha querido, no como hubiera querido yo; tienes razon; el príncipe don Felipe... tiene la cabeza estrecha; heredará mi soberbia, pero no este rayo de luz divina que arde en mi cabeza; por lo mismo, don Juan, yo haré por todos mis sucesores, yo dejaré escrito con letras de oro y fuego las páginas de mi reinado en la historia; yo haré que España, para tener orgullo, se vea obligada á volver la vista atrás; para mirar á su rey Cárlos I, al acreedor de la gloria y del poder que ha heredado de sus ilustres abuelos los señores reyes Católicos.

—Soñemos,—dijo don Juan;—soñemos rodeados de nuestro poder; nuestro poder irá acompañándonos hasta nuestra tumba; ¿qué nos importa lo demás, si hemos dejado resplandeciente de gloria nuestro nombre?

—Sea lo que Dios quiera,—dijo el emperador;—pero despertemos del sueño y vengamos á las realidades de la vida, á las pequeñas realidades, al único objeto para que te he llamado; vengamos á mi hija Rosaura.

—Tu hija es mi hija, hija de Estrella.

—Gracias, don Juan; cuando ella te pregunte por qué yo no la he visto, por qué no la he abrazado, dila esta sola palabra: Es esclavo de su destino; es el César: que no revele á nadie su orígen; yo la asignaré una renta tal como la de una infanta; yo la formaré un patrimonio, y daré un título y una grandeza al hombre que quiera cubrir su deshonra, porque está deshonrada; es madre; el infame que la ha deshonrado, por un misterioso designio de la Providencia ha muerto anoche á mis manos; á las manos del hombre ofendido, que exterminó al ofensor sin conocerle; es necesario que vayas á Gante, que busques al gran bailío Estéban Kresberg, que le digas: Esta es tu nieta, reconócela, oculta el nombre de su padre ó búscaselo: el emperador te dará todo aquello que tu vieja ambicion quiera, pero sirve al emperador.

—El viejo bailío hará lo que sea necesario hacer, yo te lo fio.

—Gracias, don Juan; en cambio, yo te liberto de dos terribles enemigos; Magdalena se quedará en España, en un lugar que se la señale; doña Leonor de Sese se quedará aquí en la servidumbre de la emperatriz, y ya veremos cómo te libertamos definitivamente de ella sacándola.

—¡Ah! no hay poder humano que contenga á Magdalena y á Leonor; disimularán por algun tiempo, fingirán, y el dia en que las creas mas olvidadas de mí, desaparecerán para ir á buscarme, sedientas de venganza.

—Tiembla entonces por tu Estrella.

—Mi Estrella la protegerá.

—Partirás mañana, en la misma galera que te ha traido de Lisboa; prepáralo todo; el mayor de la guardia española la mandará en tu ausencia; pero esto será por algun tiempo no mas, porque no quiero privarme del placer de verte cubriéndote de glo-

ria al frente de la guardia española en campaña; tenemos tela cortada para mucho tiempo en el Milanesado y en el Monferrato, y el rey Francisco y yo vendremos cuando menos se piense á las manos.

—Estoy completamente á las órdenes de vuestra majestad.

—Pues adios, don Juan, adios; cuando vuelvas á tu casa encontrarás en ella á Rosaura; no nos volveremos á ver por ahora; quiero que partas mañana.

—Partiré.

—Pues adios, y hasta la vista, don Juan.

—Adios, señor.

Y don Juan salió.

IV.

Al dia siguiente don Juan partió de Sevilla, en la galera Santa Teresa, llevando consigo á Estrella, á Rosaura, á Gabilan, una gran servidumbre, un grande equipaje, y algunos caballos, entre los cuales se contaban el Volador y el Diamante.

FIN DEL LIBRO TERCERO Y DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE.

Páginas.

Páginas.

COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

